
MATTEO
BAJO EL DOMINIO DEL MAFIOSO
TRILOGÍA ZAMPIERI - 1
CECÍLIA TURNER

MATTEO

BAJO EL DOMINIO DEL MAFIOSO

TRILOGÍA ZAMPIERI · 1

CECÍLIA TURNER

1ª edición

2025

Copyright© 2025 Cecília Turner
Traducción: Natacha Baraldi
Diseño de portada: Lilly Desiggn @lillydesiggn
Diagramación: Cecília Turner
Asesora: Ariel @arielassessoria

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas o acontecimientos reales es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar y/o reproducir cualquier parte de esta obra, por cualquier medio -tangible o intangible- sin el consentimiento escrito de la autora.

Creado en Brasil.

La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la ley nº 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

DEDICATORIA



A ti, que en la vida real nunca aceptarías a un mafioso, pero que en la ficción te sentarías ***bien rico sobre él…***

Este libro es para ti.

Diviértete con Matteo Zampieri.

SINOPSIS



"Sus enemigos no tendrán piedad de ustedes ni de sus mujeres, de sus hijos. Tienen que ser fuertes, protegerse a sí mismos y a la familia. Cuidar unos de otros". Giuseppe Zampieri.

Matteo Zampieri es el Don de la Sacra Siena Organizzata, la mafia más poderosa del centro de Italia, dominan la Toscana, tienen aliados poderosos y enemigos más que dispuestos a sacarlos del camino.

Es un hombre inteligente, metódico e implacable, criado para ser el líder de la organización. Aprendió desde pequeño que el enemigo siempre acecha y que no hay margen para la debilidad.

Desde que asumió el cargo de su padre, ha estado bajo presión para casarse y tener un heredero, además de tener que lidiar con algunos *jefes* que creen que sus planes de diversificar su negocio son un error.

Puede manejar esto último, pero cuando se trata de lo primero, sabe que sus días de soltero han terminado.

Todo tiene un precio.

Una reunión de negocios, una emboscada, lo pondrá cara a cara con una brasileña que habla media docena de palabras en italiano.

Ella lo salvó.

Ella simplemente no contaba con que esto la pondría directamente bajo su control.

Giulia Tomazini ha perdido a todos sus seres queridos en los últimos años.

A excepción de su mejor amiga, ella está sola.

Decide seguir con sus orígenes italianos y, como beneficio adicional, obtener su ciudadanía.

Era un viejo sueño de ella y de su madre.

Uno que fue interrumpido.

No más…

Parte hacia Italia con dos objetivos: convertirse en italiana y descubrir más sobre su familia.

Ella no fue criada en la mafia.

Todo lo que sabes es lo que has leído en novelas románticas o películas de acción, pero eso está a punto de cambiar.

Dos desconocidos.
Caminos que se cruzan.
Ella lo salvó.
Él la cuidará, la protegerá, incluso contra su voluntad.
Ella es familia.
Y honra a la familia.

NOTA DE LA AUTORA

Este es el primer libro de la trilogía ZAMPIERI, y está ambientado en el universo de la mafia.

NO es un dark romance, sino un romance hot situado en el contexto mafioso. Si esperas encontrar escenas de abuso extremo o descripciones detalladas del funcionamiento de la mafia, te recomiendo detenerte aquí.

El enfoque está en la pareja y en el desarrollo de su relación, por supuesto con una pizca de acción y misterio.

Este libro contiene escenas de duelo, abuso verbal, violencia, tortura, uso frecuente de palabrotas y sexo explícito. No recomendado para menores de 18 años.

Aclaro que la historia fue escrita a partir de una extensa investigación sobre la mafia italiana; sin embargo, opté por crear mi propia organización, con sede en la provincia de Siena, región de la Toscana, Italia.

Si aun así decides continuar, espero que disfrutes tanto como yo disfruté al escribirla.

Un gran beso, Cecilia.

LISTA DE CANCIONES

Como siempre, muchas canciones acompañaron esta historia…

Y algunos encajan perfectamente… ¡AMO!!

¿Tienes curiosidad?

Abre Spotify en tu teléfono, haz clic en "buscar" y luego en la cámara.

¡Simplemente colócalo sobre el código a continuación y disfruta!

JERARQUÍA

Sacra Siena Organizzata

- **Sacra**: proviene de "sagrada", porque cuando un nuevo miembro se afilia a la organización, es "bautizado" o "consagrado" en una ceremonia religiosa que termina con un ritual de iniciación, en el que cada miembro jura lealtad a la organización y mata a un traidor.

- **Siena:** provincia donde hace décadas se creó la organización y se reunieron las familias. Es la sede donde reside "il capo dei capi", el capo de los capos, en este caso, el Don de la Famiglia Zampieri.

- **Organizzata:** solo con organización y consenso de intereses y valores se logran la unión y la fuerza. Cada parte de la organización es esencial para el funcionamiento de la famiglia, como cada engranaje de un motor.

La SSO está dividida en seis familias autónomas en su propia área, pero están obligadas a respetar los intereses comunes de todas y a entregar parte de las ganancias al Don de la Famiglia Zampieri.

Los capos de cada provincia se reúnen anualmente en un consejo llamado "Sacro Consiglio", ocasión en la que se discuten temas de interés general de la organización y, notablemente, la elección y nombramiento del Don en caso de fallecimiento del

anterior sin que haya dejado un heredero legítimo. Si existe un heredero, este será el sucesor legítimo en la administración de la SSO.

Dentro del consejo, la figura de mayor poder siempre es el Don; incluso si el consejo delibera en determinado sentido, la decisión final sobre el rumbo de los negocios de la famiglia siempre corresponde a él, al Don.

La economía de la SSO se basa principalmente en el comercio de drogas, fraude en contratos públicos y tráfico de armas. Las ganancias generadas por estas actividades criminales se reinvierten con frecuencia en empresas comerciales y legales, como constructoras, cadenas hoteleras, restaurantes, entre otras.

Está presente en toda América del Sur, con especial énfasis en operaciones en Brasil, Paraguay, Colombia y Bolivia.

- 7.000 millones de euros al año por tráfico de drogas.
- 2.500 millones de euros por delitos relacionados con el emprendimiento (contratos manipulados, lavado de dinero, etc.).
- 2.000 millones de euros por tráfico de armas.
- 362 millones de euros por usura.

TERRITORIO DE LA SSO

Mapa de las Provincias



Provincia de Massa Carrara y Lucca: *Resp. Capo Genovese.*

Provincia de Arezzo y Florencia: *Resp. Capo Tomazini.*

Provincia de Livorno y Grosseto: *Resp. Capo Ferrara.*

Provincia de Pistoia y Prato: *Resp. Capo Rizzi.*

Provincia de Pisa e Ilhas del archipiélago toscano: *Resp. Capo Romano.*

Provincia de Siena está bajo el cuidado de la *Famiglia Zampieri.*



ÍNDICE

PRÓLOGO 1
PRÓLOGO 2
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2

PRÓLOGO



Matteo

2000 – 12 años.

Legend – The Score

Puedo tener apenas doce años, pero entiendo la importancia de estar aquí, en esta escuela llena de hijos de papá.

Claro que preferiría estar en el gimnasio con Giancarlo y mi hermano, o en el campo de tiro, entrenando hasta el cansancio, aunque ya sé disparar con precisión perfecta a la cabeza del blanco, pero sé que papá tiene razón.

Y si hay algo que él siempre nos dice, tanto a mí como a Vincenzo, es que nuestra mejor arma es la inteligencia.

De nada sirve tener músculos y buena puntería si no estás preparado para comprender todo lo que algún día controlaré: el juego de intereses, las manipulaciones, cómo extraer lo mejor de cada situación para lograr lo mejor para la *famiglia*.

Todo gira en torno a ella.

Por eso me esfuerzo, porque algún día seré el *Don* de nuestra organización y, para eso, tengo que estar listo.

Ese es el objetivo de mi vida, mi destino.

Vivir y morir por la *Sacra Siena Organizzata*.

No soy como esos pendejos que solo piensan en el próximo videojuego que va a salir.

Dejé de ser un niño hace mucho y cuento los días para mi bautismo, cuando finalmente seré considerado un hombre ante toda la familia.

—¿Cómo estuvo la clase? —disparo en cuanto me cruzo con mi hermano en el pasillo.

Como era de esperarse, ni se molesta en contestar, solo hace un gesto, y sé que todo salió bien.

A esta hora nuestros soldados ya nos están esperando para llevarnos a la mansión.

Son casi cuarenta minutos de viaje hasta la residencia ubicada en lo alto de una colina en el Valle D'Orcia, en la ciudad de Castiglione D'Orcia. La construcción ha estado en la familia por generaciones y está estratégicamente posicionada en un punto que ofrece mucho más que una hermosa vista de la Toscana.

La propiedad está completamente amurallada y rodeada por un terreno de aproximadamente diez hectáreas con miles de olivos en producción, vegetación nativa y enormes cipreses, donde varios de nuestros soldados viven con sus familias.

Además del perímetro que está bajo vigilancia constante, para llegar a la entrada hay que recorrer unos seis kilómetros de camino de tierra, también monitoreado todo el tiempo por nuestros hombres.

La residencia de los Zampieri no es cualquier lugar, es una fortaleza.

—¿Cómo estuvo la clase, señores? —pregunta Dante, el soldado que lleva años a cargo de nuestra logística y seguridad, al vernos acercar al vehículo blindado.

De nada sirve, ya le he dicho mil veces que puede llamarme simplemente Matteo, pero ni se atreve. En el fondo lo entiendo, porque sé que a mi padre no le agradaría. Giuseppe Zampieri es un hombre justo, pero dirige nuestra familia con mano de hierro y considera que este tipo de cercanía es una debilidad.

Creo que la única persona con la que mi padre realmente es cercano y baja un poco la guardia es con su consejero, Santino Salvatore, el padre de mi mejor amigo, Lucca.

Él debería estar aquí con nosotros, pero está enfermo y va a quedarse en reposo toda la semana.

Suerte la suya.

—Todo bien, Dante. ¿Y en casa?

—Todo en orden.

—Bien —respondo al subirme al auto. No es porque él insista en llamarnos "señores" que voy a ponerme formal. A diferencia de mi padre, no veo problema en llamar por su nombre a quienes trabajan con nosotros, mientras no olviden con quién están tratando. Eso no será un problema. Pero ya llegará el momento, cuando yo sea el Don.

La escuela va quedando atrás mientras Alessandro acelera por las curvas del camino.

Mantengo la mirada en la ventana, observando el paisaje pasar en un abrir y cerrar de ojos, pero noto cómo el soldado empieza a mirar repetidamente por el espejo retrovisor.

Incluso antes de que diga una palabra, ya sé que nos están siguiendo, y a mi lado Vincenzo también se da cuenta de que algo no va bien.

Intercambiamos una mirada que lo dice todo. Es una mierda no tener nuestra pistola a mano en este momento.

Solo nos queda rezar para que logren despistar al que viene detrás y que llegar sanos y salvos a la mansión todavía sea una opción.

—¡Agárrense! —grita Dante, con el arma en la mano, justo cuando el vehículo derrapa al tomar una curva a toda velocidad.

Mi corazón se dispara en el pecho y la adrenalina me inunda las venas.

Intento mirar por el vidrio trasero, y por un segundo me emociono al ver que el auto parece desaparecer de nuestra vista, pero celebro demasiado pronto. De la nada aparece un camión viniendo de frente, y Alessandro no tiene muchas opciones más que girar hacia un costado, perdiendo completamente el control al salirse del camino y volcar.

Todo ocurre como si estuviera en cámara lenta.

Cuando el vehículo finalmente se detiene, lo primero que hago es revisar si mi hermano está bien.

—¿Enzo? —lo llamo por su apodo, y él frunce el ceño, levantando el pulgar.

Siento alivio, pero solo hasta que noto que la cabeza de Alessandro está girada en un ángulo que no debería ser posible.

Mierda…

El corazón me late con fuerza.

Piensa, Matteo.

—Dante —lo llamo, y nuestro soldado está sangrando, pero sigue vivo.

—¿Están bien? —pregunta mientras se quita el cinturón.

—Sí —lo tranquilizo.

Mira hacia el asiento del conductor y no necesito decirle nada. La tristeza en sus ojos lo dice todo.

Se escuchan pasos a nuestro alrededor.

—Escuchen bien —dice, apuntándonos—. Ya avisé que teníamos problemas, la ayuda viene en camino, ustedes dos tienen que resistir… —lanza, remarcando la última palabra y, en ese instante, me mira directo mientras carga su arma.

Con solo una pistola y en desventaja numérica, no tenemos la menor posibilidad. Solo queda esperar que no nos quieran matar, sino más bien obtener algo de mi padre.

Lo cual sería un error.

Don Zampieri no negocia bajo presión. Él mata a quien se interponga en su camino, y eso es algo que ellos van a descubrir.

La puerta delantera se abre, y antes de que Dante pueda siquiera disparar, lo acribillan con varios tiros.

Me interpongo frente a mi hermano en un intento de protegerlo, pero es inútil.

En cuestión de segundos, nos sacan a la fuerza del vehículo.

Levanto el mentón, recordando las últimas palabras de Dante: resistir. Y el pecho me arde al pensar en él. ¿Seguirá con vida?

—Acabas de cometer un grave error —disparo sin dudar, mirando a los ojos negros de mi asesino… o de mi secuestrador,

todavía no lo sé. El hijo de puta se ríe, y sus compañeros también, y si el choque no logró derribarnos, el culatazo que recibimos tanto yo como Vincenzo sí lo hace.

Todo se vuelve oscuridad.



Me duele todo, pero me niego a llorar. Nunca les daría ese gusto a estos hijos de puta. Esos malnacidos mataron a nuestros soldados. Los escuché celebrando. Se llevaron nuestro auto y la escolta.

Caímos directo en su emboscada, y ahora estamos aquí, atados en una sala asquerosa, quién sabe dónde.

Si no me hubiera quedado inconsciente, tal vez habría podido pensar en algo, tener alguna idea, pero no.

La única certeza que tengo en la mente es que mi padre viene en camino.

Resistir…

Por Alessandro, Dante y todos los demás.

¡Mierda!

Fuerzo el cuerpo contra las ataduras, intentando ver si puedo aflojarlas. Se mueven, pero no lo suficiente.

—Enzo…

—Estoy aquí —murmura, y sonrío, lo que hace que todo me duela aún más.

—Papá debe estar en camino.

Ni siquiera alcanza a responder, cuando entra un tipo. Levanto el mentón, mirando directo a su cara.

Sé que tengo que ser fuerte.

Soy un Zampieri.

No puedo mostrar miedo.

—Espero que estés disfrutando tus últimas horas —disparo, aunque sé perfectamente lo que me espera.

—¿Qué dijiste, mocoso de mierda? —responde, y el golpe llega tan rápido como sus palabras. El sabor a sangre llena mi boca,

pero mantengo la expresión firme, lo que lo irrita aún más.

Papá siempre decía: tienes que ser fuerte. Eres el maldito futuro *Don*. Y es pensando en eso que no mido mis próximas palabras.

—Voy a disfrutar matándote —escupo, dándole de lleno en su bota sucia de tierra.

—Debo admitir que tienes huevos, chico, pero ¿sabes qué? —Me agarra del pelo, forzando mi cabeza hacia atrás—. Tal vez sea buena idea dejarte —finge pensar— presentable antes de contactar a tu padre.

¿Eso quiere decir que aún no lo han llamado?

No importa. A esta altura, ya deben estar rastreándonos, hablando con cada informante.

Le sonrío ante su comentario, como desafío silencioso.

—Tú y tu hermano, claro.

Siento el cuerpo de Vincenzo tensarse detrás de mí, pero no dice nada. Él no es de hablar mucho.

Papá incluso se preocupó y lo llevó al médico, eso lo escuché a escondidas. Enzo no tiene ningún problema, solo es reservado. Siempre bromeo diciendo que solo habla lo justo.

—Y tú… qué lindo rostro —Saca una navaja, acercándola al rostro de mi hermanito, y la furia me hierve en las venas—. ¿Crees que podemos divertirnos un poco? —La detiene a pocos centímetros de su ojo.

—¡Déjalo en paz! —grito, y el cabrón se ríe, alejándose de él.

—¿Crees que al *Don* le molestaría recibir a sus príncipes convertidos en princesas aquí? —Se agarra la entrepierna, y yo finjo indiferencia.

Alguien golpea la puerta y lo llama.

—Más tarde… —me guiña el ojo, pero antes de irse, me da una bofetada fuerte y luego otra a Enzo.

—¿Estás bien? —susurro apenas se cierra la puerta tras él—. A esta hora, ya deben venir —intento tranquilizarlo, mientras sigo forzando mis muñecas contra las cuerdas.

Casi…

Apenas puedo abrir el ojo derecho, y sé que Enzo también debe estar mal. Nos golpearon a los dos.

—Enzo… ¿estás bien? —repito la pregunta, necesitando escucharlo.

—Los voy a matar —dice, tras unos segundos en silencio.

Sonrío con la idea.

Todavía no hemos matado a nadie.

Nuestro padre ya empezó nuestro entrenamiento.

Pelea, desde los seis años; armas, cuchillo y técnicas de tortura, desde los nueve.

Él dice que tenemos que estar preparados físicamente para todo lo que enfrentaremos.

La frase de mi padre retumba en mi cabeza:

"*Tus enemigos no tendrán piedad de ti, ni de tus mujeres, ni hijos. Tienen que ser fuertes, protegerse a sí mismos y a sus familias. Cuídense unos a otros".*

Al principio de las clases, solo recibía golpes. Mi instructor no tenía piedad, parecía disfrutarlo.

Ya soy alto, y lo que me falta en músculo, lo compenso con agilidad.

Después de un mes de entrenamiento, di mi primer golpe. *Papá* se emocionó al ver sangrar la nariz del soldado. Yo también.

Vincenzo también entrena, es dos años menor, y se unió a mí junto con Lucca. Ahora entrenamos los tres.

Somos un buen trío.

Nuestra iniciación será a los catorce, junto con los hijos de las otras familias. Es cuando nos convertiremos en *hombres adultos* ante nuestros hombres, cuando juremos honrar a la Sacra Siena Organizzata.

Por mí, podría ser hoy.

Estoy listo para asumir mi responsabilidad.

Y vivir por la *famiglia.*

Por la Mafia de Siena, como mi padre, mi abuelo y sus antecesores.



No sé cuántas horas pasaron.

No trajeron agua ni comida.

Mi rostro late, pero nada que no pueda soportar.

Estos cabrones no saben lo que les espera cuando mi padre los encuentre.

Por el acento, son de alguna familia rival.

Hay varias, más al sur, cerca de Roma, que siempre intentan invadir nuestro territorio, pero siempre fracasan.

La Toscana es nuestra.

Tiro otra vez de mis muñecas, ignorando el dolor que quema.

—Solo un poco más… —resoplo, sintiendo que ya casi—. ¡Sí! —celebro cuando la cuerda se afloja en uno de mis brazos, pero mantengo las manos detrás de la espalda mientras reviso una vez más este agujero, buscando cámaras.

No hay ninguna.

Rápido, desato mis pies y me acerco a mi hermano, que sonríe al verme.

Además de toda la hinchazón, tiene una línea de sangre bajando por su mejilla roja.

Hijo de puta.

—¿Muy mal? —bromeo, intentando no pensar en cómo estamos.

—¿Hay algo diferente en tu cara? —se burla, lo cual es raro, y mi corazón se agita.

—¿Listo?

Solo asiente.

Escucho ruidos en el pasillo.

—Vamos a fingir que seguimos atados y los vamos a sorprender, es nuestra única oportunidad —digo, sentándome de nuevo y colocando la cuerda, aunque suelta, cerca de mis pies.

El imbécil no va a mirar ahí.

Para mi suerte, entra el mismo tipo que nos golpeó.

—¿Nos extrañabas? —me burlo, notando que entra solo y cierra la puerta detrás de sí.

Abre y cierra el puño mientras se acerca, y yo me preparo.

En cuanto está lo suficientemente cerca, lanzo el cuerpo hacia adelante, dándole un cabezazo en la mandíbula, tomándolo por sorpresa.

El desgraciado maldice y se tambalea hacia atrás.

Es ahora. Sin vacilar, le arrebato la pistola y lo veo abrir los ojos de par en par mientras se lanza sobre mí.

Otro hombre entra, abriendo la puerta de golpe.

Ni lo pienso.

Apunto a su cabeza y disparo.

Cae al suelo.

—¡Hijo de puta! —El otro levanta la pistola hacia mí y dispara. Me lanzo a un lado, pero aun así siento cómo me arde el brazo.

La sangre empieza a salir de la herida.

Duele como la mierda, pero lo ignoro.

Enzo enloquece al verme sangrar y, aunque no tiene armas, se lanza sobre la espalda del tipo armado, metiéndole los dedos en los ojos.

El bastardo grita entre sorpresa y dolor, y deja caer el arma mientras intenta quitárselo de encima. La pateo lejos, y temiendo herir a mi hermano, apunto a sus rodillas, haciendo que su cuerpo se desplome.

Vincenzo sigue golpeando su cara, mientras el infeliz grita y le golpea las costillas.

—¡Enzo! —grito, necesitando que se aparte, y justo en ese momento empieza un fuerte tiroteo en el piso de arriba.

Papá.

Mi hermano entiende el mensaje y se quita de encima del imbécil, era justo lo que necesitaba.

—Un movimiento más y estás muerto. —Mi arma apunta directo a su frente y, por primera vez, veo miedo en su mirada.

Me gusta.

Mi hermano recoge la pistola del primer hombre al que derribé y se acerca. Sin aviso, le dispara directo en los huevos. Grita, llevándose las manos ahí mientras se retuerce sobre la mancha de sangre que se expande bajo él.

—Pero… —empiezo, sin ocultar la sorpresa.

—Nunca más va a amenazar a nadie —responde Enzo, encogiéndose de hombros.

Se escuchan pasos cerca de nosotros. Señalo hacia la izquierda y me posiciono a la derecha. Cada uno a un lado de la puerta, apuntando en cruz.

—Si el que entra no es de los nuestros… —empiezo.

—Mataré —él termina mi frase, y solo asiento.

El imbécil sigue quejándose en el piso.

Antes de que pueda levantar mi arma, Vincenzo toma la iniciativa.

Un disparo certero en medio de la frente.

—Bien hecho, hermanito —lo felicito.

—Estaba haciendo mucho ruido.

No podría estar más de acuerdo.

Afuera, el caos sigue.

Escucho voces y los pasos cada vez están más cerca, aprieto la pistola con fuerza.

—Ojalá sean de los nuestros —susurro.

La puerta se abre de golpe, pero reconozco a nuestros soldados al instante.

—Matteo, Vincenzo… —Apenas reconozco la voz de mi padre. Es la primera vez que lo veo conmovido.

Viene hacia nosotros y nos agarra el rostro, inspeccionándonos.

—Mis muchachos. —Se aclara la garganta y luego retoma la voz dura que conozco tan bien—, ¿están bien?

—Mejor que ellos. —Señalo hacia los dos cuerpos, y papá mira en esa dirección.

Uno de los soldados se acerca a revisar.

—Están muertos, jefe.

—¿Fueron ustedes? —Nos mira a ambos, fijándose especialmente en las manos ensangrentadas de Enzo y el rostro desfigurado de uno de ellos.

—Me encargué de uno, y Enzo del otro —explico, y se queda callado unos segundos.

Todos se quedan en silencio.

—¡Muy bien! Ahora vamos a casa a curar esas heridas, chicos, su madre está a punto de volverse loca —dice, como si hablara de un raspón en la rodilla.

—Papá… —lo interrumpo, necesito saber.

—Dime, hijo.

—Dante, Nicola, Cesare… —digo los nombres de los soldados que estaban con nosotros y en la escolta.

—¡Murieron honrando a la familia! —exclama, agachándose hasta quedar a mi altura—. Pero los atrapamos, a todos —remarca, y una sonrisa macabra se dibuja en su rostro—. No te preocupes, la mente detrás de este ataque tendrá una muerte lenta, yo me encargaré.

—Bueno… —habla Vincenzo, limpiándose las manos en los pantalones.

Cuando llegamos a casa, el médico ya nos estaba esperando.

Mi madre, doña Eleonora, claro que casi se desmaya y terminó necesitando atención médica, pero logré calmarla.

Estamos bien.

Nada roto, por suerte.

Me pusieron cinco puntos en el hombro, bajo la mirada atenta de papá.

—¡Matteo ya consiguió su primera cicatriz de batalla! —exclama, mientras saborea su whisky.

—Preferiría que pasaran unos años más sin ninguna —responde mamá, más tranquila, aunque su voz aún revela su angustia, sin importar cuánto sangre o heridas haya visto todos estos años.

Para ella, seguimos siendo sus bebés.

Ya no.

Papá me mira, luego a Enzo, y parece que puede leerme la mente.

—Aquí están el futuro *Don y subjefe* de esta *famiglia* —declara con orgullo, vacía su vaso de un trago y lo golpea sobre la mesa.

—Solo son unos niños, Giuseppe.

—Son nuestro futuro, y ya aprendieron que a nuestros enemigos no les importa la edad —responde enseguida.

—Vamos, comamos algo. Seguro están hambrientos.

Mi estómago ruge en respuesta, pero no me muevo. Miro a papá, en un pedido silencioso, y él asiente.

Estamos a punto de salir del salón cuando él nos llama.

—Quiero quedarme a solas con los chicos —dice, y su tono basta. Mamá no discute.

Nos acercamos y nos paramos uno al lado del otro.

—Estoy muy orgulloso de ustedes. Han honrado el nombre de la *famiglia*. Son fuertes, luchadores, ¡son Zampieri! —Acaricia nuestros cabellos.

—Gracias, papá —respondo.

—Vincenzo…

—Gracias, papá.

—Bien, ahora vayan a comer, desde mañana empezarán las clases aquí en casa.

Me detengo un segundo, no es como si fuera a extrañar a los niños mimados de allá.

—¿Y Lucca, papá?

—¿Qué pasa con él?

—¿Podría estudiar con nosotros? —pregunto serio.

No dice nada, solo hace un gesto con la cabeza para que nos vayamos.

No insisto.

No dijo que no, lo cual es bueno.

Mi iniciación formal puede ser dentro de dos años, pero después de hoy, ya me considero iniciado, y sé que Vincenzo también.

Tenemos sangre en las manos.

Hemos honrado a la familia.

Julia



Photograph – Ed Sheeran

10 años – 2011

Vivir en una casa que está en el mismo terreno que la de mi abuelita es lo mejor del mundo.

¡Sí!

A mí me encanta, porque siempre puedo ir a verla, y la comida de mi abuela es mucho más rica que la de mi mamá.

No es que vaya a decirlo en voz alta.

No quiero que mi mamá se ponga triste, pero es verdad.

—Voy con la abuela —aviso, abriendo la puerta de la cocina.

Hoy es domingo, el día en que la pastelería que está debajo de nuestra casa cierra, y mi mamá aprovecha para limpiar la parte de arriba donde vivimos, ya que durante la semana no tiene tiempo: se la pasa en el mostrador atendiendo a los clientes, mientras mi papá hace las entregas con su moto.

Yo voy a la escuela por la mañana, pero cuando regreso, me quedo en el fondo mirando cómo trabaja mi abuela con los pedidos, con la ayuda de Márcia y Ana. Traté de ayudar una vez, pero hice más desastre que otra cosa, así que ahora solo observo, hasta que junte valor para intentarlo otro día.

—¿Ya arreglaste tu cuarto?

—¡Sí! —exclamo, orgullosa—. Hice la cama, le quité el polvo a todo e incluso barrí.

—Muy bien, señorita.

—¿Puedo ir o necesitas ayuda, mamá?

—Puedes ir, querida.

Bajo las escaleras emocionada, como si no la hubiera visto en días y no en horas. La verdad es que me encanta ir allá, aunque sea solo para tirarme en el sofá a ver televisión mientras ella me acaricia la cabeza, o me usa de conejillo de indias para probar nuevos rellenos de torta.

—Abu —la llamo, empujando el pequeño portón de hierro que separa su casa, en el fondo—, pero no responde.

Voy entrando y el olor a torta llena toda la casa.

Ella nunca descansa.

—Abu… —repito, pero entonces la encuentro sentada en la cama, en su cuarto, revisando una caja de madera toda decorada.

Está llorando.

Odio ver a la gente llorar.

No sé qué me pasa, pero los ojos se me llenan de lágrimas de inmediato.

—Hola, querida —dice al verme, y trata de secarse las lágrimas disimuladamente.

—¿Por qué estás triste, abuelita?

—Ay, mi niña. —Da una palmada en el colchón, invitándome a sentarme, y yo acepto de inmediato—. No es nada grave, solo estaba recordando. —Acaricia la foto que tiene sobre el regazo.

—¿Estabas pensando en el abuelo? —pregunto, y ella sonríe mientras acaricia mi cabello castaño.

Mi mamá ya me explicó que él se convirtió en una estrellita cuando estaba en… ¿cómo se llamaba? Ah, ya me acordé, Italia. La abuela y mi papá vinieron antes a Brasil, pero el abu Gio se quedó allá y nunca vino.

Es triste…

—¿Extrañas al abuelo?

—Sí, *bambina*.

Me encanta cuando me llama así, y sonrío aunque tenga ganas de llorar.

Es raro.

—Lo extraño a él, a mi casa…

—¿Tu casa? —Arqueo una ceja y ella sonríe—. Tu casa es esta —digo, como si fuera obvio.

—Mi casa allá en Italia, *patatina* —explica, llamándome "papita", porque sabe que amo la papa más que cualquier otra cosa, sobre todo si es frita o en puré con carne. Solo de pensarlo se me hace agua la boca, y eso que ni siquiera es la hora del almuerzo todavía—. Te encantaría, es tan hermoso —comenta, volviendo a mirar la foto—. Las colinas, las fiestas con la familia, la música…

—¿Quiénes son las otras personas en la foto? —señalo, curiosa.

—Eran mis amigos. Este de aquí, al lado de tu nono, abuelo —aclara al notar mi expresión de duda—, es Giuseppe Zampieri, y a su lado está su esposa Eleonora. Éramos buenos amigos —dice, y una sonrisa le aparece en el rostro.

—También debes extrañar a tu amiga, ¿verdad? —pregunto, pero no le doy tiempo de responder—. Cuando Isa se fue a la playa el año pasado, yo la extrañé muchísimo.

Ella sonríe y noto que se está secando las lágrimas.

Le aprieto la mano.

—Cuando sea grande —empiezo, llamando su atención—, voy a llevarte a ver a tus amigas, abuela —digo, muy emocionada.

—¿Ah, sí? —Arquea una ceja.

—Sí, nos vamos a Italia. Te lo prometo. —Hago el gesto de juramento y, en lugar de alegrarse, empieza a llorar más.

—Ay, mi linda. —Choca su palma con la mía—. Me encantaría que conocieras tu historia, tus raíces, *la nostra famiglia* —Se levanta y sacude la cabeza—, pero…

—¿Pero?

—Creo que es momento de darte una rebanada gigante de torta, señorita. ¿Qué opinas?

—¡Eeee! —celebro.

Sé que la abuela quiso cambiar de tema. Puedo ser una niña, pero no soy tonta.

No voy a decir nada, porque ella se pone triste, pero cuando sea grande voy a trabajar mucho, y así voy a llevar a toda mi familia a esa tal Italia.

¡Sí! Suena como un buen plan.

teo



35 años – junio/2024

Human – Rag' n' Bone Man

No eran ni las seis de la mañana cuando volví a mi cuarto. Como siempre, me había despertado en plena madrugada y ya había pasado por el gimnasio.

Dormir profundamente era un lujo que no podía darme. Al contrario, mi sueño ligero era el resultado de años de entrenamiento.

Aunque nuestra casa estaba en el corazón de la Toscana, rodeada por miles de hectáreas de tierra y con un perímetro controlado por soldados fuertemente armados y totalmente confiables, mi padre aún lograba sorprender a mi hermano y a mí con sus ataques sorpresa. El viejo entraba sigilosamente a nuestros cuartos y, si no nos despertábamos de inmediato, las consecuencias eran duras.

"*Manténganse siempre vigilantes, el peligro siempre acecha".*

Hoy, con el peso de la responsabilidad de ser el *Don* y de tener bajo mi cargo a cientos de familias, entendía su preocupación.

Un solo error podía costarte la vida.

Por eso, en los últimos años, con ayuda de la tecnología y de Enzo, mejoré aún más nuestra seguridad: cámaras, sensores, todo

de última generación, para hacer de la mansión un lugar prácticamente impenetrable.

Casi.

Eso me molesta. Saber que, incluso así, existen riesgos. Al fin y al cabo, aquí vive la cúpula de la *Sacra Siena Organizzata*, pero más allá de eso, *vive mi famiglia*.

Asumí el liderazgo hace dos años, cuando tenía treinta y tres, tras la muerte de mi padre, que había pasado cuatro años lidiando con las secuelas de un ACV.

Antes del derrame, ya participaba activamente de todo, la transición había empezado años atrás, pero aún así tuvimos que enfrentar cierta resistencia por parte de algunas familias que veían con desconfianza mis planes de enfocarme más en los sobornos ligados a grandes contratos. Lo interpretaban como una debilidad, cuando en realidad se trataba de no centrar las operaciones familiares únicamente en la exportación de cocaína y armas, donde el riesgo era mucho mayor.

Hay muchas oportunidades en la construcción civil, en proyectos de nuevos centros comerciales, resorts en la costa y, sobre todo, en las obras públicas, que son mis favoritas. Es un sector que no deja de crecer, y la corrupción en estos contratos facilita el lavado de dinero proveniente de nuestras otras actividades.

¿Qué hice?

Aparecí de sorpresa, acompañado de varios soldados de confianza, junto a mi *consigliere*, que también acababa de asumir su rol, mi viejo amigo Lucca Salvatore, y pregunté si teníamos algún problema. Si había algo que quisieran decirme.

Claro que esos hijos de puta no abrieron la boca y casi se orinan encima, especialmente el *capo* Romano, que está a cargo de la provincia de Pisa, cuando, sin andarme con rodeos, le pregunté por su hijo, el que estaba entrando a la universidad, y le recordé la ayuda que la familia le dio cuando el mocoso fue arrestado por romperle la cara a un policía durante un control vehicular.

No sé cómo no terminó muerto.

Ese imbécil nos causó muchos problemas, y solo se salvó gracias a las excelentes relaciones que mantengo con el comandante

de la fuerza y con algunos jueces.

Después de todo eso, ver al malagradecido de su padre moviéndose a mis espaldas me hierve la sangre, pero no me sorprende.

Él no es más que un pobre hijo de puta, igual que su hijo.

Al final, el mensaje fue entregado, y todo quedó en orden.

O tan en orden como se puede esperar.

Hay varios acuerdos en marcha. La obra del nuevo club nocturno en la zona turística de Castiglione della Pescaia[1] será una excelente forma de legitimar ingresos y lavar el dinero proveniente de nuestras otras actividades.

Apoyo las manos en la pared y dejo que el agua caliente caiga sobre mi espalda, intentando despejar un poco la mente, sin éxito. El día apenas comenzaba.

Encuentro a mi madre en la sala, tomando café.

—Buenos días, querido —saluda con su sonrisa de siempre.

—Buenos días, *mama* —Me acerco y beso su cabeza—. ¿Estás sola?

Si hay algo que disfruto son estos momentos en familia, cuando podemos compartir una buena comida y hablar de cualquier tontería.

—Tu hermano ya debe estar por venir, pero tu hermana... sería un milagro que saliera del cuarto antes de las diez.

Sonreí con su comentario. Si algo apreciaba Chiara era dormir, comprar zapatos y hacernos la vida imposible. Eso último, parecía hacerlo a propósito.

Tomé un sorbo de café y apoyé la taza sobre la mesa llena de cosas, mientras imaginaba cómo sería una vida así, sin preocupaciones.

—Estoy pensando en organizar una fiesta —dice doña Eleonora sin aviso, pero me mantengo impasible—. ¿Qué opinas? —pregunta, y sé que está evaluando cada una de mis reacciones.

—Lo que tú quieras, *mama* —respondo, mordiendo una tostada con mermelada de fresa.

Ella entrecierra la mirada y sé lo que viene antes de que abra la boca.

Hasta ahí llega la charla ociosa.

—Sabes que sería una excelente oportunidad… —comienza, con rodeos.

—¿Para?

—Tú sabes —pone los ojos en blanco—. Tenemos que encontrarte una esposa. Hay muchas familias con chicas hermosas, estoy segura de que alguna te va a encantar, querido.

—Estoy al tanto de esa… —Hago una pausa, porque lo último que me interesa es encadenarme a un coño, sobre todo porque si hay algo que disfruto es la variedad, pero me guardo ese comentario —… necesidad —La palabra sale con amargura de mi boca. —Estoy seguro de que pronto encontraré a la futura señora Zampieri, mamá —añado, y ella parece esperanzada.

Me gusta mi estilo de vida. Las encamadas sin compromiso, ver cómo mi polla desaparece en sus vaginas y culos, cuando me hundo con fuerza y me alimento de sus gritos y gemidos. Lo mejor es que todas tienen algo en común: saben que solo son un momento de diversión. Nada de dormir abrazados o despertar a mi lado. Les aseguro un buen rato, y con eso están más que satisfechas.

Todos salimos ganando.

He estado postergando este momento, pero sé que llegué a un límite. Necesito ponerle un anillo en el dedo a alguna mujer de familia y tener un heredero. Hay muchos buitres observando.

Pasé las manos por el cabello, pensando que una visita a nuestros clubes nocturnos seguramente me ayudaría a liberar algo del estrés de estos últimos días. Después de todo, mientras no encuentre a la elegida, una desconocida caliente y más que dispuesta es todo lo que necesito.

—Seguro que sí, querido —continúa mi madre, y mi paciencia empieza a agotarse—, pero tienes que apurarte. A tu edad, tu padre y yo ya teníamos a ti y a Enzo.

Estoy por terminar con el tema y dejar a *mama* un poco molesta, cuando entra mi *consigliere*.

No podía haber llegado en mejor momento.

Él tiene un apartamento en Florencia, pero pasa más tiempo aquí. Bromea diciendo que son "cosas del oficio", así que le regalé una casa en los alrededores de la propiedad. Como ya dije, es enorme, y además, me gusta tenerlo cerca.

Vincenzo y Lucca son las únicas personas en quienes confiaría mi vida, la de mamá y la de Chiara, sin dudarlo.

Los demás…

El nombre lo dice: son los demás.

Hablando de Chiara, mi hermanita aparece aún en pijama.

—Mira quién tuvo el honor de aparecer —la provoco.

—Imposible dormir con tanto ruido a esta hora —responde, haciendo una mueca—. Buenos días, *mama*. —Le da un beso en la mejilla y luego camina hacia mí—. Buenos días, Matteo —murmura, pero yo también recibo un beso.

—Buenos días, *sorella mia* —respondo, sacándole una sonrisita—. ¿Lucca no recibe un beso? ¿Dónde quedaron tus modales? —bromeo, sabiendo que si pudieran, se matarían entre ellos.

—Ya los usé todos cuando te saludé a ti, hermano —revira, con esa lengua afilada, y me aguanto la risa—. Buenos días, *consigliere*. —Alarga las palabras con clara intención de provocar por su nuevo cargo, pero Lucca no cae en el juego.

—Srta. Zampieri —responde él, y maldita sea, esto está siendo más entretenido de lo que pensaba.

Chiara resopla y vuelve su atención al plato. No me da tiempo de hacer otro comentario. Vincenzo aparece y se roba una manzana de la mesa.

—¿No vas a comer?

—Ya estoy comiendo —responde directo como siempre.

—En ese caso, creo que podemos ir al despacho —anuncio, levantándome—. *Mama*, Chiara, con su permiso.

—¿Puedo participar? —pregunta mi hermana, tomándome por sorpresa.

—Seguro tienes algo más divertido que hacer.

—Esto es ridículo —replica—. Si al menos me dejaras ir a la universidad, podría ayudar —argumenta.

—Te dejo —respondo, porque nunca se lo prohibí—. Simplemente tiene que ser *online*.

La tristeza se refleja en su rostro, pero no hay otra opción.

—Sabes que es peligroso, *sorellina* —le digo, aunque sé que odia que la llame "hermanita".

—Peligroso es que me entreguen a un mafioso gordo y calvo, pero al menos sería una infeliz con estudios —suelta, para horror de nuestra madre.

—¡Chiara! —Mamá se lleva la mano a la boca, impactada.

—Creo que a tu futuro marido no le va a importar tu nivel académico, sino cómo hacer que cierres la boca, hermana —respondo serio.

Lucca se ríe a mi lado y Chiara se pone roja de furia.

—Perdí el apetito, con su permiso —pide, y le indico con la cabeza que puede irse, viéndola marcharse a paso firme.

—Deberías pensarlo, querido —interviene mamá—. Ella realmente está interesada.

—Puede estudiar lo que quiera, siempre que sea aquí, donde esté segura. Incluso contrataré a un profesor, si hace falta. Usted sabe los riesgos.

Mamá asiente, y sé que el secuestro que sufrimos años atrás le vino a la mente.

—Tienes razón, querido. Ojalá las cosas fueran más simples, pero no lo son.

Me acerco y beso su frente.

—Me preocupo demasiado por ustedes. Su seguridad y bienestar son mi mayor prioridad.

—Lo sé, *figlio*. Ve a tu reunión. —Me da una palmadita en mi pecho—. Hablaré con ella —me tranquiliza.

—Bueno, me imagino que yo estoy al final de tu lista.

Mamá sonríe y esa es mi señal para irme.

Camino hacia el despacho con Lucca y Enzo siguiéndome de cerca.

—¿Cuáles son las novedades? —pregunto en cuanto se cierra la puerta.

—Algunos señores quieren agendar una reunión —empieza mi consejero.

—¿Tema? —Arqueo una ceja.

—Probablemente para negociar a sus hijas —explica, y puedo ver que se está aguantando la risa.

Hijo de puta.

Mi hermano no dice nada, pero le conozco la mirada.

Está disfrutando de esta situación.

—No quiero hablar de esa mierda —respondo, mirando a los dos—. Si oigo una risita de alguno de los cabrones, los próximos en casarse serán ustedes.

Ni una palabra.

Saben que no estoy de humor.

Se acaba el tema por hoy.

—Bien. Veo que aún le tienen cariño a sus bolas, o mejor dicho, a sus noches de juerga.

Durante la siguiente hora repasamos asuntos críticos de la organización, que claramente no incluyen mi matrimonio.

—La discoteca está casi lista —avisa Enzo.

—Una buena noticia, por fin.

—Sí, Pietro dijo que la inauguración será en quince días. Solo falta una aprobación en la comuna.

—Haz que suceda.

Él asiente y siento lástima por quienquiera que esté demorando sus pasos en este tema.

Mi hermano puede ser callado y reservado, pero es eficiente y preciso en todo lo que hace. Es un experto con computadoras, además de ser uno de nuestros mejores ejecutores; el cabrón es bueno con armas, cuchillos y a mano limpia. Es a quien envío cuando necesito respuestas y no tengo tiempo para divertirme torturando a algún hijo de puta. Además, mamá nos enseñó que siempre hay que compartir.

Eso hago, dejo que mi hermanito también se divierta y pase un buen rato. Le encanta.

—Hoy tenemos la reunión en Roma con Del Vecchio —recuerda Lucca, y por su cara, parece preocupado—. Sigo pensando que debería ser en territorio neutral, Don Zampieri.

Entorno los ojos.

—¿Qué carajo es eso?

—¿Qué?

—Don Zampieri. Como si yo exigiera que me llamen así. Mi nombre es Matteo, maldita sea.

Enzo no puede mantener la seriedad.

—Como tu humor no está muy amigable, solo pensé que… sería prudente.—El muy cabrón se está divirtiendo.

—Pensaste mal. Solo no me molesten con el tema del matrimonio, ya tengo suficiente con mi madre.

—¡Me parece bien! Yo también estaría preocupado en tu lugar.

Lo miro directo a los ojos.

—Tengo que resolver esa mierda pronto, pero hay cosas más urgentes. Volvamos a la reunión, iré con dos escoltas, además de que Del Vecchio no está tan loco como para intentar algo.

El teléfono de Vincenzo suena y pide permiso al ver el número en pantalla.

Eso solo puede significar una cosa: problemas.

—¿Cuándo? Ni loco —exclama, y por su cara, mis sospechas se confirman.

—¿Qué pasó? —disparo en cuanto cuelga.

—La carga que llegó hoy de madrugada a La Spezia acaba de ser incautada.

Cierro los ojos y me aprieto el puente de la nariz, ya anticipando el dolor de cabeza que se viene.

—¡Pero qué carajo! ¿Qué quieres decir? ¿Y nuestros contactos? —Lucca se adelanta, sacándome las palabras de la boca.

—Según Luigi, fue una auditoría sorpresa, pero fueron directo a nuestro contenedor.

Golpeo la mesa con el puño, sintiendo cómo la rabia me sube por el brazo.

—Quiero saberlo todo. Quién lidera esta operación, cómo llegaron directo a nuestra carga, quiero todos los detalles, maldita sea. ¿Saben lo que esto significa, cierto?

Asienten.

—Es la segunda carga en dos meses. —Me levanto, ya no puedo estar sentado—. Quiero saber quién de la familia estaba al tanto y quiero hablar con Franco Genovese.

—Voy a organizar la reunión —avisa Lucca.

—Hazlo, ese *capo* me debe explicaciones. Quiero saber qué mierda está pasando justo bajo sus narices.

—Tenemos que tener cuidado al hablar con él.

—A la mierda con el cuidado. Quiero saber cómo la policía supo exactamente qué contenedor buscar en un puerto como el de La Spezia, con miles de ellos. Pero por ahora, quiero los nombres de todos los involucrados en esta operación.

Camino hasta mi hermano.

—Alguien filtró la información, y yo quiero la lengua de esa persona.

Vincenzo sonríe, emocionado por la nueva misión.

—Llévate hombres contigo.

—No necesito niñera.

—Es una orden —enfatizo claro, y no discute—. Hasta que yo vuelva de Roma, tú estás a cargo. —Sujeto sus hombros, mirando sus ojos, que a diferencia de los míos, son azules.

—Cuídate, hermano —dice tras unos segundos.

—¿De verdad crees que Del Vecchio tiene los huevos para intentar algo hoy?

No, pero no sé… —Se pasa las manos por el cabello—. Algo no me cuadra.

—Tranquilo, todo está bajo control. Estaré con Vittorio —explico, sabiendo que eso lo dejará más tranquilo, ya que tendré a mi guardaespaldas conmigo, además de varios soldados—. Y tendremos muchos ojos distribuidos por Roma.

—Puedo reagendar la reunión —sugiere Lucca, observando nuestra interacción.

—No. Manténla. Quiero deshacerme de Del Vecchio cuanto antes, es importante asegurar esa ruta. Ya basta de pérdidas por hoy.

—Puedo ir yo, hermano —se ofrece Enzo, lo cual es raro, porque odia lidiar con estas reuniones de negocios.

—Quiero que te quedes. Eres el subjefe, además puedes divertirte intentando obtener información. —Le guiño un ojo, y me responde con una leve sonrisa.

Me giro hacia mi amigo y consejero, que está tan jodidamente molesto como yo con esta situación.

—Cuento contigo para hablar con Genovese y mantenerme informado. —Miro el reloj de pulsera—. De preferencia, quiero ver a ese viejo esta misma semana, y espero respuestas.

—Cuenta con eso.

Me despido de los dos y me voy directo a mi habitación.

Después de una mañana tan agitada, lo único que quiero es un poco de paz antes de lanzarme a la carretera rumbo al encuentro con el jefe de la mafia rival.

El día apenas comienza, pero promete.

Julia



["…I'd give anything to hear
[…Daría cualquier cosa por escuchar
You say it one more time
que lo dijeras una vez más:
That the universe was made
que el universo fue creado
Just to be seen by my eyes
solo para ser visto por mis ojos…]
Wish you were here – Avril Lavigne

23 años – junio/2024

—No puedo creer que realmente te estés yendo —murmura Isa en cuanto estaciona el auto en el aeropuerto internacional y, siendo tan llorona como es, ya noto que su voz está entrecortada.

—Van a ser solo tres meses —la consuelo, pero yo también estoy al borde del llanto.

Ni siquiera puedo criticarla, soy otra llorona empedernida.

—Reza para que todo salga bien allá, así puedo volver incluso antes del plazo.

—Si depende de mí, te quedas quince días allá y sales corriendo de vuelta para acá —hace una mueca, mordiéndose los

labios—. Pensándolo bien, puede pasear un poco, ver el Coliseo, la Fontana di Trevi, pero nada de enamorarte de Italia o, peor aún, de algún italiano, y dejarme tirada acá.

Es imposible no sonreír.

—¡Jamás! Más fácil sería arrastrarte allá conmigo.

—La idea es tentadora. —Finge que lo piensa.

—Ven a darme un abrazo —le pido, abriendo los brazos—. No puedo creer que manejaste todo esto solo para traerme.

—Ni loca te iba a dejar venir sola —dice, guiñando un ojo—. Ni sentí el tiempo pasar mientras charlábamos.

—¡Es verdad!

—Voy a estar mandándote todas mis mejores vibras, Giu. —Me abraza fuerte, y no sé cuánto tiempo nos quedamos así. Solo sé que me arde la garganta y me cuesta contener las ganas de llorar.

Es difícil irse sola.

Más todavía cuando había tantos planes, pero sé que ellas me están cuidando y observando.

—Vamos a hablar por videollamada —le aseguro, apenas pudiendo hablar.

—Mejor así. Maldita sea, odio las despedidas.

—¡Esto es solo un hasta luego! —bromeo, haciendo una mueca.

—Diviértete un poco, quién sabe, capaz te cruzas con un italiano guapo. —Me guiña un ojo.

—Ni brasileros aparecen por acá, menos voy a cruzarme un italiano, encima guapo. Además, solo sé decir unas pocas palabras.

—¡Como si eso fuera un problema! —Se ríe—. Si se te aparece un bombón enfrente, te las arreglas hasta con mímica.

—Eres terrible, Isa. Te quiero. —La abrazo por última vez y la veo secarse las comisuras de los ojos.

Somos un caso perdido.

—¡Yo también te quiero! Avísame apenas llegues. ¿Van a ir a buscarte al aeropuerto, verdad?

—Sí, y me van a llevar a la casa donde me voy a hospedar durante el proceso.

—¿Es seguro?

—Sí, tengo referencias. La prima de una chica de la clínica es consultora, dijo que el lugar es simple, pero que todo salió bien.

—Entonces no te olvides de llamar.

—Apenas llegue a Roma, voy a buscar un chip internacional y te escribo.

—Buen viaje.

—Cuídate.

—Lo haré —asegura—. Y con mucha nostalgia. Me voy antes de que esta humillación empeore. —Hace una mueca.

Me despido, y con una punzadita en el pecho, me doy vuelta y camino hacia la zona de embarque.

Antes de escanear mi tarjeta de embarque, echo un último vistazo en su dirección, pero veo que ella ya se ha ido.

Estoy completamente sola… otra vez.

Esta ha sido mi rutina y así será durante los próximos meses. Mi cabeza es un torbellino con todo lo que pasó.

Ni siquiera puedo creer que ya hayan pasado seis meses.

Estoy yendo, mamá. Estoy yendo.

Sentada junto a su cama en el hospital, cuando ya no había mucho más por hacer que esperar, yo lo prometí.

Ella me hizo… ir tras mis sueños, viajar, como habíamos planeado. Y eso es lo que estoy haciendo.

Yendo, tratando de seguir adelante.

Los últimos años fueron duros. Puedo tener apenas veintidós años, veintitrés, me corrijo, pero siento como si fueran muchos más.

Fue un golpe tras otro.

Primero perdí a mi papá, cuando tenía quince. De un día para el otro, lo arrancaron de nuestras vidas. Un accidente de tránsito, un conductor imprudente. Y toda la alegría de la casa se fue con él.

Mi abuelita nunca volvió a ser la misma.

Nadie lo fue.

Él tenía tanto por vivir.

De repente, éramos solo nosotras tres.

La casa parecía enorme, todo se volvió difícil, pero me hice la fuerte, porque ellas me necesitaban. Para colmo, unos meses

después, llegó el diagnóstico de mi abuelita: Alzheimer[2].

No fue fácil verla perderse en sus propios recuerdos, olvidar nuestros rostros. Dolía verla mirarnos con esa mezcla de frustración y emoción, porque en el fondo, ella sabía que éramos importantes, que éramos su familia, aunque no pudiera reconocernos ni recordar nuestros nombres. Pero lo más importante sí lo sabía: que estábamos ahí para ella.

Para recordarle cada día cuánto la amábamos.

En sus últimos años, casi no nos reconocía y hablaba en italiano, mencionando nombres que nunca había dicho antes y, día tras día, llamaba a mi abuelo.

Su Gio.

Le pedía que fuera a buscarla, y al final, fue a su encuentro.

No logré llevarla de nuevo a Italia, tampoco pude cumplir el sueño de mi mamá de hacer ese viaje juntas.

Todas las personas que amo me fueron arrancadas.

Una por una.

La última, mi mamá, con un cáncer de cuello uterino, descubierto ya en una etapa avanzada, en un examen que debía haber sido de rutina, pero que, por la locura del día a día, se fue posponiendo una y otra vez.

Tal vez si lo hubiéramos descubierto antes…

Tal vez si yo hubiera insistido más…

Tantos "tal vez", pero nada cambia.

Ella no va a volver. Nadie va a volver.

Mi suerte es tener a Isa, mi vecina de toda la vida, desde que tengo memoria, somos nosotras contra el mundo.

Mi tía incluso me ofreció irme a vivir con ella, en Uberlandia.

No quise.

He estado en silencio en lo que un día fue un hogar. Nuestra casa. Ahora son solo habitaciones vacías, demasiado espacio para una sola persona. Sé que tengo que venderla y mudarme a un departamento, algo pequeño, pero todavía no tengo cabeza para eso.

Lo único seguro es que, con cada segundo que paso ahí, me siento más y más sola.

Estoy sola.

La gente dice "guau, vas a viajar y pasar tres meses sola en Italia", pero ni se imaginan que esa ya es mi realidad.

Por lo menos, voy en busca de mi historia, de mis antepasados. Quiero saber más sobre los Tomazini.

Ya habíamos empezado a reunir toda la documentación, íbamos a hacerlo juntas, pero entonces llegó la enfermedad, las internaciones, y todo eso quedó en segundo plano.

Antes de morir, me pidió que viviera.

"Vive, viaja, sé feliz. No lo pienses tanto. Haz todo lo que planeamos y mucho más."

Mis ojos se llenaron de lágrimas de inmediato al recordarlo, y respiré hondo, intentando calmar mi corazón.

Después de cuatro meses yendo del trabajo a casa y de casa al trabajo, retomé el asunto. Actualicé todos los certificados que pidió la consultora, todo está en orden en mi mochila, renuncié a la clínica donde trabajaba como enfermera, tomé mis ahorros, cerré la casa y le pedí a doña Lourdes que la vigilara, solo para que el patio no se llene de hojas ni parezca abandonado.

No hay nada de valor, pero es todo lo que tengo.

Hasta podría haberle pedido a Isa, pero ella trabaja tanto para mantener a ese montón de vagos en su casa, que sería cargarle con otro problema más.

Ya está, con todo planeado, llegó el momento de partir.

Cuando regrese, tal vez recupere mi antiguo empleo o, quién sabe, decida quedarme allá. Suena loco siquiera imaginarlo, pero dicen que hay muchas oportunidades de trabajo.

De algo estoy segura: no hay nada que me retenga en Brasil.

Nada, excepto Isa…

—Atención, señores pasajeros, iniciaremos el embarque del vuelo con destino a Roma, Fiumicino, puerta E15.

—Es ahora, hora de la verdad.

Hora de hacer realidad este viejo sueño. Crecí escuchando a mi abuela hablar de allá. Soy italiana al fin y al cabo, solo necesito

poner en orden los papeles y aprender el idioma.

¡Todo va a salir bien!

Lo sé, porque tengo tres ángeles de la guarda cuidando de mí y observando cada uno de mis pasos.

Abuela, mamá… papá.

Ya voy.

Italia, prepárate, porque Giulia Tomazini está en camino.

Puede que solo sean tres meses, pero voy con muchas ganas de vivir, de explorar, de ser feliz, cada segundo que esté ahí.



Fue una ilusión pensar que podría dormir. Aunque era un vuelo nocturno, fue imposible.

No sé si fue la emoción de estar por primera vez en un avión, el miedo a las turbulencias o todo junto. Creo que fue eso.

Mi primer viaje sola, y nada menos que al extranjero. Al menos fue un vuelo directo, sin escalas. Me distraje como pude.

Vi películas, series, escuché canciones de Laura Pausini para ir entrenando el oído, lo que me recordó que necesito retomar mis lecciones en la app para aprender italiano. Sé saludar y decir algunas frases básicas, pero estoy lejos de lo que me gustaría.

Seguro que ir al supermercado será toda una aventura, pero, si Dios quiere, habrá alguien que hable inglés, y ahí me las arreglo.

El avión aterrizó con quince minutos de anticipación, y apenas bajé, el primer sentimiento que me invadió fue miedo.

Mucho miedo.

Estar tan lejos de todo lo que conozco, entendiendo poco del idioma, es aterrador. Pero así como vino el pánico, se fue.

Demasiado tarde para arrepentirse, Giulia.

¡Coraje, mujer!

Seguí el flujo de pasajeros y la primera parada fue en inmigración.

Todo lo que había visto en internet era aterrador. Casos de personas deportadas y cosas peores. Pero llevo todos mis

documentos en regla, una cantidad razonable de dinero, seguro de viaje y, por supuesto, mi tarjeta de crédito. No es que tenga mucho límite, pero es mejor que nada, ¿no?

Para mi sorpresa, más allá de la fila enorme, fue súper tranquilo. El oficial no hizo ninguna pregunta, solo selló mi pasaporte y me deseó buen día.

Más tranquila después de superar la temida inmigración, recogí mi equipaje de la cinta transportadora y eso fue todo.

Hora de encontrarme con Stella, la chica de la consultora. Me dijo que vendría a buscarme y me llevaría a la casa donde me quedaré los próximos meses.

En la zona de arribos había varias personas con carteles esperando a otros pasajeros.

No vi ninguno con mi nombre, y mi corazón se aceleró. Ella dijo que estaría aquí.

Respira, llegaste un poco antes, seguro ya viene. Todo va a salir bien —me repito eso en la cabeza como un mantra.

Me recuesto contra una de las paredes, con la maleta pegada a mí, e intento conectar el celular al wifi del aeropuerto.

—Funciona —murmuro.

Cada minuto que pasa, los nervios me dominan.

Vuelvo a mirar nuestra conversación. Todo está en orden: la fecha de llegada, el horario del vuelo. Ella va a venir. No le pagué todo, solo una parte. El resto será cuando iniciemos el trámite. He visto muchos videos en YouTube sobre el proceso para obtener la ciudadanía italiana directamente en Italia, y todo lo que ella dice coincide con los testimonios que vi.

—¿Giulia? ¿Giulia Tomazini?

Gracias a Dios.

—Sí, sí, soy yo —respondo, con unas ganas tremendas de abrazarla del alivio que me da encontrar a alguien de la consultora —. ¿Stella?

—¡Sí, soy yo! —Sonríe, y parece tan simpática como en las conversaciones de WhatsApp—. Bienvenida a Roma.

—Gracias —digo, sin poder contener la sonrisa.

—¿Tuviste un buen viaje?

—Sí, todo bien.

—Perfecto, estamos a veinte minutos de tu residencia, si el tráfico ayuda.

—Ok.

Stella habla portugués con un acento muy marcado, pero con mucha fluidez. Ojalá algún día hable italiano así de bien.

—Lo primero es conseguirte un chip para datos móviles, ¿de acuerdo?

—¡Uy, sí! Sería perfecto.

Ella sonríe.

—Hay un supermercado en el camino. Vamos a parar ahí, así resolvemos dos cosas: el chip y una compra inicial, y luego seguimos.

—Perfecto —respondo, y ya tengo una lista preparada con víveres y productos de limpieza que seguro voy a necesitar apenas llegue.

—Cerca de la casa hay un mercadito, pero es muy limitado y más caro. Mejor comprar algunas cosas aquí, así puedes esperar al *vigile* bien abastecida.

—Sí, sí. Claro.

Según lo que investigué, el *vigile* es como un guardia municipal y puede tardar hasta cuarenta y cinco días en pasar por donde voy a vivir. Su función es confirmar que estoy residiendo ahí, y durante ese tiempo no puedo salir ni pasear, porque él puede llegar en cualquier momento dentro del horario comercial.

Hay que quedarse en casa esperando su visita, comiendo y viendo televisión. Esa es la primera etapa del proceso para el reconocimiento de la ciudadanía.

—¿Van a iniciar el proceso en estos días? —pregunto, sabiendo que el plazo solo empieza a contar cuando se presenta oficialmente la solicitud en la oficina correspondiente.

—Sí, sí —dice, mientras me ayuda a poner el equipaje en el maletero—. Lorenzo es quien se encarga de todo.

—Qué bien.

—Ya que estamos, dijo que tienes que pagar la mitad que falta.

Muerdo mis labios, algo insegura.

—Lo que habíamos acordado era que el resto lo pagaba cuando presentaran mi solicitud de reconocimiento —digo, incómoda.

—Es porque hay comisiones y demás —explica—. Si quieres, puedes hablar con él. —Se encoge de hombros y arranca el auto.

—No, no hace falta. Pago la mitad ahora, sí —respondo, dejando de lado mis dudas.

—Bien.

Tal como acordamos, paramos en el supermercado y Stella me acompaña hasta la tienda de telefonía, lo que agradezco muchísimo, porque sola me hubiera enredado toda.

En la parte del supermercado, ella opta por esperarme en una cafetería cerca de las cajas mientras yo hago una pequeña compra con tranquilidad.

—Listo. Perdón por la demora.

—No te preocupes, fuiste rápida. ¿Encontraste todo lo que buscabas?

—Casi todo. Lo que faltó lo busco en el mercadito del barrio.

Ella hace una sonrisa rara, pero asiente para que vayamos al estacionamiento.

El resto del trayecto lo hacemos casi en silencio.

Me quedo observando por la ventana, y a medida que Stella conduce, los barrios hermosos dan paso a un paisaje aterrador.

—¿Esto todavía es Roma?

—Sí, estamos cerca del puerto y de Ostia.

Ok, no tengo ni idea de qué me está hablando.

En Monte Verde, mi casa está en un barrio humilde, pero esto es mil veces peor.

No hay asfalto en la calle.

Las casas, sin excepción, están en pésimo estado. Hay escombros tirados por todos lados. Dios… ¿eso es un inodoro?

Aprieto el bolso contra el pecho, rezando para que siga manejando y pronto dejemos este lugar atrás, pero baja la velocidad.

No puede ser.

—Llegamos —anuncia, deteniéndose frente a una casa que parece a punto de caerse—. La parte de abajo es la tuya. —Señala, pero ni siquiera logro mirar la casa, solo veo el enorme terreno al lado, lleno de basura, piedras y un grupo de hombres extraños que en ese momento miran el auto con curiosidad.

—¿Cómo?

—La parte de arriba la alquila otra persona —explica, sin entender mi pregunta.

—Perdón, quise decir… ¿es aquí de verdad? ¿Eso es un río? —pregunto, señalando el curso de agua justo detrás del terreno.

—Ajá… fue aquí donde Lorenzo dijo que te trajera. Y sí, es un río, el Tíber. Desde el fondo tienes una buena vista.

¡Di algo!

Stella baja del auto y yo la sigo en shock, con miedo de quedarme y que me asalten.

No tengo muchos euros, pero igual, es todo lo que tengo.

Ella empuja un portón de madera que casi se cae.

—La ventana de atrás está trabada, mejor no la toques, porque capaz después no la puedes cerrar —advierte, y no sé si tomar nota o gritar.

Esto no es nada como lo había imaginado.

—La calefacción funciona —sigue, abriendo una puerta de hierro con reja que da a lo que supongo es la cocina y el comedor—, pero como estamos en verano, no la vas a necesitar. —Me guiña un ojo. Sí, me guiña—. El mercadito que te mencioné está a tres cuadras, solo tienes que seguir por esta calle, pero si vas, que sea de día. —Sonríe.

—Yo… —No sé ni por dónde empezar.

Shock es poco.

El lugar es muy simple. Hay una mesa de madera con cuatro sillas en la cocina-comedor y otra habitación que es el dormitorio, con un pequeño baño. El olor a desinfectante mezclado con humedad me inunda las fosas nasales.

—Mira, si no te gustó el lugar, habla con Lorenzo después —dice, haciendo una mueca, porque si hay algo que no sé hacer es

fingir cuando algo no me gusta—. Yo solo tenía que buscarte y traerte acá.

—Voy a hablar. Gracias, Stella, me ayudaste mucho llevándome al mercado.

—No hay de qué. En ese caso me voy, tengo que resolver unas cosas antes de volver al aeropuerto —dice, y me mira, esperando que le pague.

—Claro. —Saco un sobre de papel madera de mi bolso, con dos mil euros, prácticamente todos mis ahorros, y se lo entrego, rezando para que este proceso termine lo antes posible, porque algo es seguro: es imposible quedarme aquí.

La acompaño hasta el patio y recibo las llaves del lugar. Solo son dos: la de la puerta principal y la del candado del portón de madera. Como si sirviera de algo… con empujarlo, se cae.

Ni espero a que arranque el auto. Cierro el candado y corro hacia adentro, trancando la puerta de inmediato.

El corazón me late descontrolado.

¿Dónde me vine a meter?

Sola, inspecciono con calma el resto del lugar. El baño es minúsculo y está asqueroso, y la cama no parece gran cosa, pero al menos traje sábanas nuevas.

Para colmo, en el fondo, donde alguna vez hubo un jardín, solo hay tejas apiladas y maleza creciendo.

El muro es tan bajo que cualquier niño podría saltarlo, y al fondo, el río.

Debería ser hermoso, pero es una pesadilla.

El miedo recorre mis venas, y no logro imaginar cómo voy a poder dormir.

Respiro hondo, sabiendo que necesito ocuparme.

Limpio la heladera y guardo lo que compré. No es mucho, pero necesita refrigeración. Dejo las demás bolsas sobre la mesa, que como todo aquí, ya vivió tiempos mejores, y antes de seguir acomodando, le mando un mensaje a Isa, avisándole que llegué, que todo está bien, pero que después le cuento.

Antes de ponerme a hablar, tengo que hacer que este lugar sea menos horrible.

Es literalmente reír para no llorar.

Aprovecho que Stella ya me pasó el contacto del tal Lorenzo y le mando un mensaje. Su respuesta llega casi de inmediato y es muy directa.

Con lo que pagué, el inmueble incluido es ese. Un departamento más cerca del centro cuesta el doble, dinero que no tengo.

Le agradezco, sabiendo que parte de la culpa es mía.

Fui muy ingenua, debí haber pedido más fotos.

La prima de Carol me mostró fotos del lugar donde se hospedó y yo, tonta, creí que todo era así. Seguro ella pagó el más caro.

Como decía mi abuela, no sirve de nada llorar sobre la leche derramada. Solo me queda rezar para que el tal *vigile* venga pronto.

Espío por la ventana. La calle está vacía.

No puedo ver si esos hombres siguen ahí adelante y tampoco quiero averiguarlo.

Mejor ocupo la mente y el cuerpo, porque tan seguro como que dos más dos son cuatro, es que solo voy a poder relajarme después de dejar este lugar medianamente limpio.

Modo limpieza: activado.

CAPÍTULO 3
Matteo



I'm a wanted man – Royal Deluxe.

El trayecto hasta *La Carbonara*, un restaurante elegante en Roma, está dentro del tiempo estimado.

Apenas llego y ya quiero irme.

Estoy en territorio enemigo. La región del Lacio está bajo el control de Cesare Del Vecchio, un hombre de casi setenta años, pero que no te engañe, el hijo de puta sigue activo y lo maneja todo con mano de hierro.

Normalmente, yo ni siquiera participo en esta mierda. El capo responsable de la región de Grosseto, provincia que limita con las operaciones de Del Vecchio, podría encargarse perfectamente de las negociaciones.

Riccardo Ferrara puede ser un imbécil en cuanto a cómo maneja su propia familia, pero es un hombre inteligente, tengo que reconocerlo. Eso no significa que me guste pasar más tiempo del necesario en su presencia, y mucho menos en la de su hijo mayor, que es un idiota.

De esa familia, solo se salva el hijo menor, Mattia, aunque no se involucra mucho en los asuntos de la organización. Por eso me sorprende verlo ahí, completamente fuera de lugar.

—Buenas noches, señores —saludo, en cuanto bajo del vehículo acompañado por Vittorio, mientras otros soldados se mantienen a unos pasos detrás. Además de ellos, hay otro coche cerca, por si es necesaria una intervención rápida.

—Don Zampieri, ¿tuvo un buen viaje? —pregunta Riccardo, extendiéndome la mano.

—No me quejo. ¿Y ustedes? No esperaba encontrarte por aquí, Mattia —señalo, y el viejo capo no deja que el hijo responda.

—Mi hijo está ansioso por participar más activamente en los negocios de la familia, *Don*.

Extraño.

—La última vez que hablamos, él no tenía ningún interés.

—Jóvenes. —Le aprieta el hombro al muchacho, que es apenas unos años menor que Vincenzo. Cuando éramos adolescentes, papá siempre nos dejaba participar en las fiestas que daba en la mansión. Era una oportunidad para que nos vieran, para que supieran quién sería su futuro *Don*, y claro, como todo lo que tiene que ver con Giuseppe Zampieri, también era una oportunidad para aprender. Él nos enseñaba a leer a las personas, a percibir sus emociones. Siempre fue fácil leer al menor de los Ferrara, y nada de lo que veo aquí encaja con alguien ansioso por estar presente.

No digo nada. Mientras no estorbe, es problema de Riccardo, no mío.

Apenas entramos, nos llevan de inmediato a una zona reservada en la parte trasera. Observo todo con atención. En segundos tendría la pistola en la mano si fuera necesario.

No es la primera vez que estoy aquí, pero aun así, mis ojos escanean todo a mi alrededor.

—La reunión debe ser rápida —dice Riccardo, que parece disfrutar del sonido de su propia voz.

Asiento, sabiendo que hay algo más en la mente del viejo Del Vecchio. De otro modo, no habría insistido tanto en mi presencia.

No puedo negarme.

Nuestra tregua es reciente, y se logra con mucha sangre de ambos lados. Lo último que quiero o necesito es poner en riesgo la paz entre nuestras mafias rivales.

Es una línea muy delgada.

Mientras él y sus hombres respeten los límites de nuestro territorio y no intenten robarnos, la sangre podrá ahorrarse y hasta podríamos beneficiarnos mutuamente.

—Pensé que enviarías a tu hermano —dice con voz firme. Lo encuentro sentado en una de las mesas del rincón. Está acompañado por dos hombres, su *consigliere* y su guardaespaldas.

Sonrío al ver que, incluso en su propio territorio, ha tomado precauciones.

Inteligente.

—Tú pediste mi presencia, y aquí estoy. Vamos al grano, quiero volver a casa esta misma noche.

Tenemos una tregua, no somos amigos. Todo lo contrario: estoy seguro de que apenas puse un pie en la acera, el viejo ya estaba calculando cuántos hombres traje conmigo y evaluando todos los riesgos involucrados.

Lo sé porque hago lo mismo desde que salgo de casa hasta llegar aquí.

Es lo que somos.

—Siempre tan directo, Don Zampieri. —Sonríe, señalando las sillas frente a él.

—Lo mismo digo de ti, Don Vecchio —asiento—. Considerando que todos aquí ya se conocen, podemos ir directo a lo importante.

Y así es.

Durante la siguiente hora hablamos de negocios. En las últimas semanas notamos un aumento en los controles policiales en algunas autopistas que cruzan nuestros territorios. Es algo que afecta la distribución de mis productos y también de los suyos.

—¿Cuál es tu propuesta?

—Normalmente habría enviado un mensaje —empieza, y me imagino perfectamente qué clase de mensaje sería—. Sin embargo, sabemos que el *Don* tiene algunos contactos influyentes en el departamento de carreteras, lo cual podría ser una solución a "nuestros" problemas —remarca el pronombre.

—Dalo por hecho —respondo sin rodeos.

Tenemos al superintendente en nuestra nómina, y eso sin duda será fácil de resolver.

Riccardo, a mi lado, solo sonríe, y no entiendo cómo no se le caen las mejillas de tanto forzar la cara.

—Ya que resolvimos ese punto, creo que podríamos hablar de algunas nuevas rutas que cruzarían el territorio de la Sacra —continúa, y estoy a punto de responder que el capo Ferrara podría encargarse del resto, cuando el viejo me sorprende—. Y claro, de tu hermana.

Mantengo el rostro impasible, pero no soy ningún idiota. Solo hay una cosa que un hombre como Del Vecchio puede querer: una alianza fuerte, un matrimonio que una a las familias.

—No veo qué tiene que ver mi hermana con esta reunión —respondo, indiferente, pero por dentro mi cabeza no para.

—Según mis fuentes, tu hermana no está prometida y ya tiene edad para casarse —empieza, y tengo que contener las ganas de partirle la cara solo por insinuar que yo sería tan estúpido como para entregarle a mi hermana a él o a sus sádicos hijos.

Maldito hijo de puta.

—Según mis fuentes, tú sigues casado —me burlo, ganando tiempo mientras busco una manera de cerrar ese asunto.

—Ojalá fuera yo. —Se ríe, rascándose la barba blanca, y casi vomito—. Mi hijo mayor quedó viudo hace unos meses. Una tragedia lamentable. Una caída por las escaleras se llevó a mi dulce nuera, Ariela.

—No según lo que escuché, ya que la mujer tenía varias marcas de golpes anteriores y todo indica que fue estrangulada antes de ser, digamos, lanzada.

Vincenzo, además de ser hábil con armas y cuchillos, también es un genio con las computadoras, y pudo haber conseguido el informe del forense antes de que el *Don* metiera mano en él. De hecho, al día siguiente, milagrosamente, el informe fue actualizado como accidente, pero tengo guardada la versión original, así como las fotos de la víctima.

Aunque el viejo no tiene idea.

—Todo fue un gran malentendido. Mi nuera, que Dios la tenga en su gloria, era muy… ¿cómo decirlo? Torpe. Siempre andaba lastimándose, pobrecita.

—Entiendo.

Ni se le mueve un músculo en la cara al bastardo.

—Como puedes ver, Don Zampieri, una alianza entre nuestras familias podría consolidar la paz.

—No estoy aquí para negociar a mi hermana, Del Vecchio. —Mi tono deja claro que el tema está cerrado—. Casar a Chiara aún no está en mis planes —digo, dándole una falsa esperanza a ese bastardo, pero ni muerto la entrego al enemigo.

—Muy bien. —Si está molesto, lo disimula bien—. Dejemos ese asunto para otro momento.

Perfecto.

Asiento en señal de acuerdo, tragándome las ganas absurdas de responder que ese momento nunca va a llegar.

—Fue un placer hacer negocios contigo —agradezco y me levanto, dejando un fajo de billetes de cien que es más que suficiente para pagar la cuenta, sorprendiendo a Ferrara y a sus hijos, que hasta ahora no han sido más que simples espectadores—. Espera noticias mías sobre la ruta.

Del Vecchio asiente y hace un gesto con los dedos, llamando al maître.

—Por favor, Gianluca, acompaña al señor Zampieri y a sus invitados hasta la salida. Don… —llama, y mi mirada se cruza con la suya—. La próxima cena corre por mi cuenta. Creo que tendremos motivos para celebrar.

Mierda, el viejo es insistente, hay que admitirlo.

Intercambio una mirada discreta con Vittorio y nos preparamos para salir del restaurante. Al igual que la llegada, este es uno de esos momentos en los que hay que estar más alerta. Todo es un posible blanco.

Estoy casi en la puerta cuando vibra mi celular.

Vincenzo.

No puedo contener la sonrisa.

Mi hermano está con los responsables del contenedor incautado, el objetivo: una "charla" en Chiusure, un pueblito donde tenemos una finca y algunos galpones, a unos cincuenta minutos de la mansión. Pero lo interesante es la estructura subterránea que hay ahí, que por supuesto no figura en ningún registro oficial, y que asegura que nuestras charlas, así como lo que queda de ellas, se mantengan en secreto.

Yo: *Esperando tener buenas noticias cuando llegue a casa. Saliendo de Roma. Diviértanse.*

Enzo: *Siempre.*

Si no logra sacar la información, es porque o los desdichados no saben, o decidieron llevarse el secreto a la tumba.

Mi auto ya está listo, esperándome, cuando la voz molesta de Riccardo suena justo detrás de mí.

—Nada como una reunión productiva.

Claro, como si pasar tres horas metido en un auto para resolver algo que con una llamada habría bastado me encantara.

Si él tiene tiempo que perder, yo no.

—Lucca va a contactarte y resolver el tema. Te mantendré informado.

—Perfecto, Don. ¿Ya haciendo planes para la boda?

No sé si su intención es ser gracioso o molestarme, pero lo segundo tiene mucho más efecto.

—Sugiero que te ocupes de tus propios asuntos, Ferrara. De mi hermana me encargo yo.

—Claro, claro, solo pensé… —El infeliz se pone rojo como un tomate, y lo interrumpo.

—Buenas noches, señores.

—*Don*… —Me detengo, porque no es él quien llama, sino su hijo menor.

—¿Podría irme contigo?

—Mattia —su padre lo reprende.

El pedido me parece extraño.

—No me avergüences más, muchacho. Viniste con nosotros, te vas con nosotros.

—Usted y Enrico van a ir a los clubes, y yo tengo un compromiso temprano mañana —se justifica, y confieso que me da pena. El pobre no tiene la culpa del padre que le tocó.

—Iremos cerca de Grosseto, podemos desviarnos un poco y dejarte allí. Será un placer tener tu compañía, Mattia.

El *capo* se pone rojo de rabia.

—De hecho, insisto —resalto esa última parte.

—Siempre tan considerado, Don Zampieri —Riccardo Ferrara escupe las palabras.

—Todo listo para salir, señor —susurra Vittorio a mi lado.

Me despido y observo con curiosidad la despedida nada afectuosa entre los miembros de la familia Ferrara. En ese momento es imposible no recordar y reconocer que mi padre, aunque fuera un Don serio, respetado por los capos y temido por los enemigos, en casa lograba ser, a su manera, un padre cariñoso y un esposo amoroso.

No era perfecto, pero mil veces prefiero la forma en que nos crían a mis hermanos y a mí antes que esto.

El inicio del trayecto se hace en silencio, pero es evidente que algo no está bien.

—¿Qué pasa, Mattia? —pregunto, observando su inquietud y la cantidad de veces que revisa su celular.

Ni siquiera se molesta en mentir, lo cual agradezco.

Si hay algo que detesto, es la mentira.

—¿Tanto se nota? —Hace una mueca y afloja el nudo de su corbata.

—¿Por qué viniste hoy? —disparo sin rodeos, y él abre los ojos de par en par—. Sé que no es porque quieras participar, ¿cómo fue que dijo tu padre? "activamente" en los negocios. Porque aunque no tuvieras elección, nunca ocultaste que no estabas cómodo con la situación.

Asiente.

—Entonces te voy a preguntar una vez más, ¿por qué viniste hoy y por qué pediste que te lleve?

Desvía la mirada hacia la ventana y luego vuelve a mirarme.

—Necesitaba hablar contigo a solas.

—Ya te dije que una vez en la mafia… —empiezo, pero la voz grave de Vittorio me interrumpe.

—Tenemos problemas, señor —avisa, y con solo ver que ya tiene el arma en la mano, sé que no se trata de nada bueno.

—¿Cuál es la situación?

—Un Sedán plateado nos sigue desde el restaurante. Perdimos contacto visual con la escolta en los últimos quinientos metros. —Hace una pausa, observando atentamente los espejos retrovisores, y veo algo que nunca había presenciado: sus párpados temblando del nerviosismo—. Tampoco tengo contacto con el vehículo de apoyo. Cero. Estamos por nuestra cuenta.

Cazzo.

—¿Crees que podamos despistarlos? —dirijo la pregunta al soldado al volante.

—No, pero tal vez logre sacarlos de la pista —advierte, apretando el volante con fuerza.

—Hagan lo que sea necesario.

El motor de la camioneta ruge cuando Aurelio pisa a fondo el acelerador.

—Será mejor que se sujeten —aviso, mientras saco mi arma y con la otra mano intento mantenerme firme mientras el vehículo serpentea a toda velocidad.

—Fallé —Mattia susurra, y ya no sé si me está hablando a mí o si está rezando.

De cualquier forma, no tengo cómo consolarlo, no cuando nos damos cuenta de que no hay solo un sedán, sino dos. Aceleran hacia nosotros, acorralando nuestro vehículo entre ambos.

Pero qué mierda.

El vehículo está blindado, lo que significa que no podemos bajar los vidrios y disparar contra ellos, o pondríamos en riesgo nuestra propia protección.

—Tenemos que deshacernos de estos hijos de puta —grito, y Aurelio lanza nuestro vehículo contra el de la derecha, haciéndolo apartarse por unos instantes, solo para que vuelva a embestir.

Con cada golpe es más difícil mantener la estabilidad del coche.

Sé que estamos en un serio problema cuando leo el cartel que indica *puente angosto, solo un vehículo por vez*, a doscientos metros, y los tres autos están uno al lado del otro.

Y como todo lo malo siempre puede empeorar, un camión aparece en sentido contrario y, en lugar de frenar, acelera directamente hacia nosotros.

Está con ellos, llevándonos directo a la muerte.

—Señor… —grita Aurelio, pero no logra sacarnos de en medio de los dos sedanes.

Piensa, carajo.

—Pisa el freno a fondo —grito, y el soldado me mira con pánico—. ¡Ahora! —ordeno, y él obedece.

Todo sucede en un abrir y cerrar de ojos.

Aurelio reduce bruscamente la velocidad, los sedanes se sorprenden y siguen de largo, pero al pasar por una hondonada en la pista, nuestro vehículo pierde el control, choca contra la barrera de seguridad y se precipita más de diez metros hacia el río Tíber.

El dolor me atraviesa la cabeza, y siento la sangre corriendo por mi frente cuando mi cuerpo, aunque sujeto por el cinturón, impacta contra el techo del auto.

Todavía estoy aturdido, pero noto de inmediato dos cosas. Primero: nos estamos hundiendo rápido y el agua comienza a entrar por la ruptura en el parabrisas, consecuencia del impacto contra la barrera. Segundo: quien sea que haya intentado matarme, todavía no se ha dado por satisfecho.

—Tenemos que salir de aquí —grita Vittorio, soltándose el cinturón y revisando a Aurelio a su lado, que está inconsciente y con el rostro cubierto de sangre.

Las balas siguen golpeando la carrocería, y una de ellas impacta de lleno en el vidrio ya dañado, que termina por romperse, permitiendo que el agua entre con fuerza, obligándome a contener la respiración y salir de este desastre cuanto antes.

Vittorio me mira y le indico que ayude al conductor. Parece dudar, pero obedece, arrastrando el cuerpo inerte de Aurelio mientras intento soltar mi cinturón para luego ayudar a Mattia, que

no lo llevaba puesto y está caído torcido a mi lado, también inconsciente.

La hebilla no abre. No lo pienso mucho, saco mi navaja y corto el cinturón, mientras Vittorio lucha por abrir la puerta del pasajero, peleando contra la presión del agua.

Quiero gritar que es inútil, pero eso significaría perder un aire que ahora es vital.

Solo cuando el auto esté completamente inundado, la presión interna y externa será igual y podremos salir. Forzar la puerta ahora solo desperdicia energía, y la necesitamos toda, porque el enemigo sigue al acecho y disparando.

Voy a matar a cada uno de estos hijos de puta.

Vittorio logra salir por la puerta delantera, arrastrando a Aurelio, y nuestras miradas se cruzan cuando yo hago lo mismo por la parte trasera, tirando con dificultad del cuerpo de Mattia, esperando que aún se pueda salvar.

Las balas siguen atravesando el agua, el dolor me atraviesa el hombro y el rojo tiñe el agua. Sigo nadando, intentando alejarnos de la trayectoria de los disparos. Mis pulmones arden, pero tengo que seguir. Si salgo a la superficie ahora, seguro recibo un tiro en la cabeza. Cuando ya no aguanto más, uso toda mi fuerza para sacar a Mattia a flote.

Solo un poco más.

Todo me duele, y por un segundo creo que no voy a lograrlo, que voy a fallar. Pero entonces veo luz.

La luna.

Y el aire llena mis pulmones.

—Ahhh… —Respiro hondo, tosiendo mucho, intentando mantener la cabeza de Mattia fuera del agua.

El puente está a poco más de quinientos metros. No podemos quedarnos aquí. Tenemos que alejarnos.

Ellos van a revisar las orillas.

Es lo que yo haría.

—Mattia. —Le doy una palmada en la cara, y mi mano se mancha de rojo.

—Mierda, mierda.

No tarda mucho en quedar claro por qué.

Un disparo.

Si había alguna posibilidad de que sobreviviera al accidente y al ahogamiento, el disparo que destrozó el lado derecho de su rostro acaba con toda esperanza.

—¡Cazzo! —Busco su pulso. Nada.

Muerto.

Cierro los ojos y suelto el aire.

No hay nada más que pueda hacer por él, salvo asegurarme de ir detrás de cada malnacido que está detrás de esto.

Y lo haré.

Y con eso en mente, suelto su cuerpo, ignoro el dolor, el cansancio, y dejo que la corriente me arrastre río abajo, hacia el océano, poniendo la mayor distancia posible entre yo y esos cabrones. Y la mejor forma de hacerlo es dentro del río, sin dejar rastro.

No sé cuántos minutos llevo flotando.

Ya no veo el puente, y hay poca iluminación en este tramo, lo que significa que es relativamente seguro deslizarme por la orilla.

Sé exactamente dónde estoy.

Y no podría ser un lugar peor. Sigo en territorio Del Vecchio, en la periferia de Ostia, cerca del puerto, un barrio dominado por la pobreza, donde la regla es disparar primero y preguntar después.

Lamentablemente, no tengo otra opción. Mi suerte está echada.

Julia



Zombie – Cramberries
I don't wanna live forever - Zyan & Taylor Swift

Después de pasarme todo el día barriendo, fregando y recogiendo escombros del fondo, todo con tal de hacer la casa un poco más habitable, el saldo del día es una uña rota, callos en las palmas de las manos y dolor por todo el cuerpo.

Dios, parece que me hubieran dado una paliza.

Ojalá dormir ayude. Sí, mañana será un nuevo día.

Ni siquiera deshice mis maletas, eso tendrá que esperar hasta que consiga limpiar el interior de los armarios. Por hoy, solo con limpiar la parte de afuera ya quedé hecha polvo y, en el fondo, mi lado soñador todavía alberga la esperanza de que todo esto haya sido un error y que mañana ese tal Lorenzo me llame para decirme que me instalaron en la casa equivocada.

Juro que ni me enojo, y la limpieza queda como cortesía. Solo sáquenme de aquí.

Acéptalo de una vez, Giulia, que así duele menos.

Ya sé lo que necesito: una ducha y una cama.

Miro el mueble, y al menos ahora tiene sábanas y fundas limpias. Lo que estaba antes lo tiré a la basura. Ni para trapo de piso servía.

Sí… cuando dije que era pesado, no estaba exagerando.

El baño ahora huele a cloro y desinfectante, está limpio. Algunas partes siguen manchadas, pero para eso necesito una esponja de acero, y no compré una.

Hice lo mejor que pude con las herramientas y productos que tenía.

—Al menos el agua está caliente —murmuro, cerrando los ojos, dejando que el agua tibia caiga sobre mis músculos cansados.

No sé cuánto tiempo me quedaré ahí, pero me da igual. Lo mínimo que merezco después de hoy es una ducha larga.

Me enjabono y lavo mi cabello largo con calma, y cuando por fin apago el agua, ya me siento un poco mejor.

Me pongo mi pantalón de buzo favorito, es Adidas y viejo, hasta está medio desteñido, pero es esa prenda cómoda de la que no me separo, así que la traje en la maleta. Estoy terminando de ponerme la camiseta de manga larga cuando escucho un ruido fuerte en el fondo.

Mi corazón se acelera y doy un salto. Debe haber sido solo mi imaginación.

¿Tal vez fue en la casa del vecino?

Mierda…

Me quedo quieta, tratando de ver si el sonido se repite.

Nada…

Solo mi corazón latiendo a mil. Cierro los ojos, intentando calmarme, pero no sirve de nada.

¿Y ahora?

Termino de vestirme y con cuidado tomo mi celular de la cama y enciendo la linterna.

Respira, Giulia.

Miro alrededor buscando algo que pueda usar como arma y mis ojos se detienen en la escoba apoyada contra la pared del baño.

Tendrá que servir.

La escena es, como mínimo, ridícula: el celular en una mano y el arma mortal en la otra.

Debe ser solo un gato o un ratón moviéndose entre los escombros, y solo de pensar en la segunda opción se me eriza la piel. Camino en puntas de pie hasta la cocina y me detengo junto a

la puerta que da al fondo del terreno. Intento mirar por el vidrio, pero solo hay oscuridad. No se oye más ruido, debería volver al cuarto y olvidarlo, pero sé que no podré dormir, no sin saber si hay algo ahí afuera.

—Voy a llamar a la policía —grito, y solo entonces me doy cuenta de que lo dije en portugués, como si alguien fuera a entender—. Polizia —me corrijo—. Voy a llamar…

Me trabo, sin tener idea de cómo decir toda la frase en italiano.

Intento iluminar el fondo de nuevo, pero no sirve de mucho.

Solo hay oscuridad.

Con cuidado, quito el pestillo de la puerta y mi corazón parece querer salirse por la boca cuando empujo la madera, que cruje delatando mi acción.

Mierda.

Levanto el celular y vuelvo a iluminar afuera.

Nada.

Todo exactamente igual: los escombros, el pasto alto y el río, que ahora ni siquiera se distingue dónde termina.

Suelto el aire aliviada y me doy vuelta para volver adentro, pero apenas doy un paso, me estrellan contra la pared dura. Un dolor punzante recorre mi espalda, pero ni siquiera puedo gritar, una mano húmeda cubre mi boca con fuerza.

Mi primer reflejo es forcejear y tratar de zafarme, pero enseguida me doy cuenta de que es inútil.

Quienquiera que sea el intruso, es tan alto que, con mi metro sesenta y cinco, me siento diminuta.

El hombre dice algo en italiano, pero no entiendo, aunque no parece querer hacerme daño.

Vuelvo a analizarlo, y el maldito, además de alto, es fuerte. Incluso en la oscuridad puedo ver sus bíceps marcados bajo la camisa empapada, pero son sus ojos los que me dejan sin aire, de un marrón oscuro e intenso, mortales.

Debería morderle la mano, hacer cualquier cosa, no quedarme analizando el color de sus ojos.

Dios, ayúdame.

No puedo creer que vine hasta aquí para morir en manos de un italiano con ojos hermosos.

—*¿Parla inglese o portoghese?* —pregunta, y esta vez logro entender: quiere saber si hablo inglés o portugués. Quiero gritar que hablo ambos, pero como su mano sigue tapándome la boca, parpadeo para que sepa que comprendo.

—No voy a hacerte daño. Sufrí un accidente y necesito ayuda. Voy a quitar la mano, ¿ok?

Parpadeo de nuevo, y ya un poco pasada la impresión inicial, noto que está completamente empapado y hay sangre en su ropa, que, a pesar de mojada, se nota que no es barata.

Él irradia dinero y poder.

—¿Cuál es tu nombre? —dice en mi idioma, sin rodeos, con sus ojos evaluándome.

—Giulia… —logro decir después de unos segundos.

—Yo soy Matteo.

—Matteo… —repito, como una idiota, y él sonríe, pero enseguida hace una mueca y recuerdo que está herido.

—Ven, entra, voy a llamar a la policía y a una ambulancia, ¿te atacaron? —digo de golpe, y él me agarra la muñeca con fuerza.

—Sin policía —su voz es dura, no admite discusión—. Ni ambulancia.

—¿Estás loco? Estás herido. —Toco su camisa con cuidado y la sangre sigue tiñéndola de rojo.

Él niega con la cabeza.

—Solo necesito descansar un poco y llamar a mis hombres.

¿Hombres? Deben ser sus amigos.

—¡Terco! Ven. —Lo abrazo por la cintura, ayudándolo a entrar a la cocina—. ¿Qué pasó?

—Accidente de auto —responde, y no puedo disimular mi sorpresa. —Larga historia y, créeme… no quieres saberla.

Levanto una ceja y nuestras miradas se cruzan. Se me eriza la piel. Incluso herido y sangrando, este hombre tiene un aura... es peligroso. Pero, de alguna forma, siento que no va a hacerme daño.

¿Estás loca? ¿Aspiraste demasiado cloro mientras limpiabas el baño?

—Creo que tienes razón —murmuro solo para mí, pero por su sonrisita de lado, sé que me escuchó.

A cada paso, la sangre gotea en el piso de la cocina.

—Sigo pensando que deberíamos llamar a una ambulancia.

—Sin ambulancia, sin policía.

—Pero…

—Prométemelo, Giulia —pide, y sus ojos marrón oscuro se clavan en mí.

—Yo… —Cierro los ojos, dividida, porque no sé cuán graves son sus heridas—. ¿Y si te mueres aquí?

Él ríe, y su rostro se vuelve aún más atractivo.

—Créeme, se necesita mucho más que esto para tumbarme. —Levanta una ceja, como si fuera obvio—. Solo necesito descansar y te dejaré en paz. Serás muy bien recompensada —habla con naturalidad, como si no fuera la primera vez que se lastima en serio —. Promételo —insiste, al ver que me quedo callada.

Oh, mierda.

Esto va a terminar mal, aun así, me escucho diciendo justo lo que quiere oír.

—Lo prometo.

—Gracias, ragazza.

No tengo idea de lo que significa, pero imagino que no es un insulto.

Con dificultad, lo ayudo a dar unos pasos más.

—Siéntate, vamos a revisar tus heridas.

Él obedece, observando el lugar con curiosidad.

—¿Tú vives aquí?

—Es una larga historia —repito su frase, y él asiente—. Voy a quitarte la camisa para ver qué tan graves son tus heridas, ¿ok? —aviso, y lo veo tensar los músculos al intentar sacarse la prenda solo.

No se queja, pero debe estar con mucho dolor, la mandíbula apretada es la única señal.

—Yo te ayudo. —Me adelanto, desabrochando los botones restantes antes de que este terco se lastime más.

Apenas le quito la camisa, noto dos cosas, y claro que no puedo quedarme callada.

Es más fuerte que yo.

—¿Accidente de auto, eh? Esto parece más una herida de bala.

—Como te dije, complicado.

¿Será un policía encubierto?

La sangre sigue brotando del agujero, y tengo que hacer algo o va a empeorar, porque ya está pálido.

—Vamos a atender esto. ¿Puedes caminar un poco más?

No responde. Se levanta de golpe y casi se va al suelo.

—¡Mierda! —grita pero logra apoyarse en la pared.

—Estás muy pálido, necesito que te acuestes para intentar detener esta hemorragia y revisar los demás golpes.

No dice nada, pero se sienta en el borde de la cama.

Una mirada a su pecho definido muestra que ya tiene una parte morada por un golpe, además de varios cortes superficiales, pero la herida de bala es la peor.

—Voy a traer agua caliente y mi botiquín. Está en mi maleta.

—¿Maleta?

—Llegué hoy. —Hago una mueca, y él entrecierra los ojos—. Vine a tramitar mi ciudadanía —explico, sin saber por qué.

Por lo que sé, podría ser un criminal y yo contándole mi vida.

¡Felicitaciones, Giulia!

—Ya vuelvo. —Corro a la cocina, pongo agua a hervir y regreso al cuarto.

Siento su mirada sobre mí, pero voy directo a la maleta. Encontrar el neceser con los medicamentos es fácil.

—Ok, ya regreso.

No dice nada, solo sigue cada uno de mis movimientos.

Cuando vuelvo, unos minutos después, está de pie, de espaldas a mí y, Dios, ahora parece aún más alto en este cuarto diminuto. Hago una tos pequeña y se gira. Su mirada encuentra la mía y siento el rostro arder.

Contrólate, mujer.

Es solo un hombre que necesita ayuda. Uno muy guapo y misterioso.

Un extraño, ¡recuérdalo!

—Giulia…

Escuchar mi nombre en su boca, con ese acento, no debería afectarme, pero carajo, es demasiado sexy.

Está herido, por el amor de Dios. Pero tampoco soy ciega. Qué infierno de situación. Isa se va a morir de risa cuando le cuente esta historia.

Seguro. Pero por ahora… ¡enfócate!

—Lo correcto sería quitarte esta ropa mojada… —Muerdo los labios—. Pero no tengo…

Dios, no puedo ni imaginar al hombre desnudo aquí. Mis mejillas se enrojecen solo de pensarlo, y no sé si notó mi preocupación, pero me tranquiliza.

—La ropa se queda.

—Está bien, tienes razón. Nada que un descongestionante no pueda resolver —empiezo a hablar y él solo sigue mirándome de una forma extraña.

Respira, Giulia.

—¿Tienes alguna herida en las piernas? —pregunto y él niega con la cabeza—. Bien, en ese caso, puedes recostarte que voy a cuidar de ti —digo y en ese momento su mirada se encuentra con la mía.

Nos quedamos mirándonos en completo silencio por unos segundos, y mi corazón late acelerado en el pecho.

—¿Dije algo mal?

—No —responde con voz ronca, recostándose en mi cama.

Trato de no pensar en las sábanas que voy a arruinar.

Es por una buena causa.

Con cuidado, humedezco una gasa en agua tibia y la paso por su piel, removiendo sangre, suciedad, cielos, tiene pedazos de vidrio pegados.

No sé cuánto tiempo hago eso, pero necesito asegurarme de que esté limpio.

Matteo no dice nada, pero siento su mirada fija en mí.

—Bien —suspiro, colocando otra gasa manchada de sangre sobre la mesa de noche—, la mayoría son cortes superficiales y ya tienes algunos hematomas, pero no parece nada grave. —Toco su

costilla y él tensa el cuerpo—. Perdón —susurro—. Quizás alguna esté fracturada, tendrás que ir al médico para confirmarlo —aviso y él asiente—. Ahora vamos a ver si podemos detener el sangrado —digo y Matteo suelta el paño que le pedí mantuviera presionado sobre la herida—. Mucho mejor. —Sonrío al ver que casi no sale más sangre.

—La mayoría se desmayaría con solo ver sangre —dice de repente.

—Lamentablemente, ya he visto mucho.

Me mira con curiosidad y yo me anticipo.

—No soy médica, pero ya vi muchas heridas de bala. Soy enfermera, trabajaba en una clínica privada antes de llegar aquí. —Miro alrededor—. Pero hice prácticas en un hospital público, ahí llegaban baleados directo a emergencias.

Omito la parte de que la mayoría eran delincuentes, atacados por rivales o heridos en tiroteos con la policía. No quiero pensar qué le pasó a él. Lo cierto es que Matteo tuvo suerte.

—La bala atravesó la vena y aparentemente no la lastimó.

—Bueno —es su respuesta.

Guardo silencio y trato de concentrarme en la tarea.

Cuanto antes termine, antes se irá.

Le pongo una pomada con antibiótico que, por suerte, traje conmigo, y hago un punto falso, colocando la cinta para juntar los bordes de la piel.

No quedó perfecto, pero es el mejor vendaje posible dadas las circunstancias.

—Espero que esto ayude, pero puede que necesites puntos. Será necesario reposo para no abrir la herida —digo y justo cuando hablo él intenta mover el brazo y pone una mueca.

—Como decía: RE.PO.SO.

Su mirada se encuentra con la mía y por un segundo me arrepiento de haberlo enfatizado, pero entonces una sonrisa aparece en su rostro.

Y en el mío…

—Intentaré portarme bien.

—Ajá —respondo, sin creer ni un poco en eso, pero bueno, problema suyo.

Sigo atendiendo las demás heridas.

En el enorme hematoma que tiene en las costillas le aplico una pomada para contusiones, esperando que ayude un poco con la inflamación y el dolor.

Cuando finalmente termino, busco un analgésico en mi neceser y se lo doy.

—¿Qué es esto?

—Para el dolor, pain... —digo en inglés también, sin saber cuánto entiende de portugués.

Matteo toca mi mano, e intento ignorar las sensaciones extrañas que eso me provoca.

—Voy por un vaso de… —empiezo a decir, pero ni siquiera termino la frase, sin dejar de mirarme, él toma la pastilla y la traga sin agua, simplemente la traga.

—¿Qué te pasó? —pregunto, aunque sé que no es asunto mío.

—Nada comparado con lo que les pasará a los responsables —responde y siento que no son solo palabras.

Termino de poner antiséptico en los otros cortes y cuando acabo, mi espalda, que ya estaba molida, está peor.

Me estiro y no puedo evitar un gemido, pero no podría estar más satisfecha. Hice un milagro con los recursos que tenía, mi profesora estaría orgullosa.

—Gracias —Matteo agradece sujetando mi mano con delicadeza sin apartar la mirada—. Es una mezcla de sensaciones, su toque es gentil pero su mirada dura e intensa.

—No hace falta agradecer.

—Me salvaste la vida.

—Exagerado. —Pongo los ojos en blanco—. Además, cualquiera haría lo mismo.

—No, *ragazza*. No lo harían —afirma y su mirada baja hacia mi mano—. Este anillo… —Su vista se fija en la joya de plata envejecida con una obsidiana negra en el centro, y luego susurra algo en italiano que no logro entender.

—¿Qué? —levanto la ceja, confundida—. Era de mi abuela —explico pasando el dedo índice por la piedra negra—. Es una de las pocas cosas que me dejó —agrego con la voz un poco quebrada.

Mierda.

Solo de pensar en eso siento la garganta apretarse y las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos al recordar el lío en el que me metí en menos de 24 horas en suelo italiano.

Ay, abuelita…

Seco disimuladamente una lágrima rebelde, pero su mirada parece captar todo.

—Voy a… —Me levanto rápido—. ¿Quieres jugo, agua? Solo tengo eso. —Hago una mueca intentando ocultar mis emociones.

—Agua está bien —responde sin dejar de mirarme.

Voy a la cocina con el corazón latiendo acelerado.

Estar cerca de este extraño me pone los nervios de punta.

—¿Cuál es tu apellido, Giulia? —pregunta y cuando me doy cuenta, está parado justo detrás de mí.

Con el susto casi dejo caer el vaso, pero él lo atrapa al vuelo.

—Dios mío… —Me llevo la mano al pecho—. Deberías estar acostado, estás débil.

Él sonríe y siento mariposas en el estómago.

—Créeme, se necesita más que un disparo y algunos rasguños para tumbarme —asegura, dando un paso más hacia mí.

Muy cerca.

Doy un paso atrás pero quedo apoyada en el fregadero.

—¿Entonces?

—¿Qué?

—Tu apellido, ¿cuál es? —insiste y juro que no entiendo ese súbito interés.

—¿Qué importa? —respondo, y en respuesta él acorta la distancia entre nosotros, con la mirada fija en mí, dificultando pensar—. Yo… —Muevo la cabeza—. Mi nombre es Giulia Costa —empiezo bajo su escrutinio—. Tomazini. ¿Satisfecho?

Matteo cierra los ojos al oírme, pero no comenta nada.

Cuando vuelve a mirarme, hay un brillo extraño en sus ojos.

—Vamos a descansar, mañana será un gran día —anuncia como si supiera algo que yo no sé.

Toma el vaso de agua y cuando da el primer paso para salir de la cocina, casi pierde el equilibrio.

—Se necesita más para tumbarme —repito su frase, agarrándolo por la cintura—. Los hombres son todos unos terco, si me preguntas.

El desgraciado sonríe un poco pero acepta mi ayuda para regresar a la cama.

—Descansa unas horas. Apenas puedes mantenerte de pie. ¡Estás hecho un desastre! —exclamo y él entrecierra los ojos. Seguramente no está acostumbrado a que le digan verdades, pero al final asiente y cierra los ojos; el medicamento debe estar haciendo efecto y relajándolo.

Lo cubro con la otra sábana que traje, y el olor a suavizante me recuerda a casa.

Su pecho sube y baja, y creo que ya se quedó dormido.

Bueno… cuanto antes te sientas un poco mejor, antes te marcharás.

Pongo unas toallas sobre el sofá viejo y me acomodo ahí. La cama es diminuta y Matteo la ocupa casi entera; no hay forma de que me acueste junto a él. Me acomodo lo mejor que puedo sobre el duro mueble y cierro los ojos.

Si Dios quiere, mañana estará mejor y se irá.

Sí.

Y yo seguiré aquí para empezar mi proceso de ciudadanía italiana.

Todo está bajo control.

CAPÍTULO 5



Matteo

I'm a wanted man – Royal Deluxe
Human – Rag'n Bone Man

Los últimos acontecimientos surgen como flashes en mi mente.

Rápidos, confusos.

Recuerdos vagos de mi día. El café con mi madre, mis hermanos, Chiara enojada conmigo. La reunión con Lucca y Enzo. El viaje a Roma. La cena con el hijo de puta de Del Vecchio. La sugerencia de una alianza entre las familias.

Aprieto los puños, pero todo sigue viniendo a alta velocidad.

El *capo* de Grosseto, acompañado por sus hijos, incluido el más joven.

Mattia.

Los dos en el auto saliendo de Roma, él quería decirme algo, pero no pudo...

La mirada de pánico de Vittorio, los sedanes persiguiéndonos. El puente, el camión y de repente... agua. Mucha.

Aguanto la respiración, corriendo contra el tiempo para salir del vehículo inundado, los tiros cortan el agua, el dolor quema en mi hombro, pero sigo arrastrando el cuerpo inconsciente de Mattia conmigo.

Solo un poco más.

Aquí somos blanco fácil.

Mis pulmones arden y por más que intento llegar a la superficie, parece cada vez más lejos.

Sigo nadando, hasta que lo consigo.

¡Aire, mierda!

Respiro profundo, observando la luz de la luna iluminar la noche oscura.

Sangre en mis manos.

Muerto... el hijo de Ferrara está muerto.

La información sobre este encuentro era secreta, pocos en la organización lo sabían.

¿Cómo pudo pasar esto?

Los flashes de la persecución y el vehículo cayendo al río siguen atormentándome. Es como estar viendo una película, donde el protagonista soy yo.

Recuerdo estar en territorio enemigo. Mi cuerpo arrastrado por la corriente del río, rumbo al océano, hasta que fue seguro dejar la oscuridad del agua.

Con dificultad, nado hasta la orilla, necesitaba cuidar el brazo y encontrar la forma de contactar a mi hermano. Me escabullo por el patio de una pequeña casa. El patio lleno de escombros dificulta caminar sin hacer ruido. Tropiezo con un pedazo de madera y el silencio se rompe.

Una voz femenina suena.

No parece italiana. Reconozco el idioma: portugués.

¿Qué mierda hace una brasileña aquí?

Por suerte, hablo un poco el idioma, una necesidad por los muchos negocios con Sudamérica, especialmente Brasil y Colombia.

Me escondo en las sombras y alcanzo a ver su cuerpo. Aún en la oscuridad sé que es atractiva. Con curvas, como me gusta, pero no puedo pensar con mi polla ahora.

Está sola y asustada. Si estuviera acompañada, no habría venido a revisar el fondo con una escoba en mano.

Maldición. Hasta siento pena de asustarla, pero no hay otra opción.

Necesito descansar unos minutos y contactar a Vincenzo y Lucca.

Debe ser un caos. No sé cuántos hombres perdimos ni si Vittorio y Aurelio lograron escapar.

La única certeza es que los perdí al dejar que el agua del Tíber arrastrara mi cuerpo.

Hijos de puta.

Quien esté detrás de esta mierda tiene los días contados.

Y es con eso en mente que me pego a la pared y lo primero que noto son sus ojos, de un marrón claro, casi verdosos, la poca luz que viene de la casa no ayuda mucho, pero me pierdo en ellos unos segundos y quiero darme un golpe por ser el responsable de poner en ellos ese sentimiento que veo reflejado: miedo.

Cazzo.

Por suerte superamos la barrera del idioma y mientras solo quería refugio y un celular, me sorprendió su preocupación por mis heridas.

No es la primera vez que me disparan, pero reconozco que la situación en el río drenó mis fuerzas, me siento una mierda, tal como la chica sin pelos en la lengua dijo.

A la luz tuve otra constatación, la chica es joven, apuesto que tiene la misma edad que mi hermana menor, lo que me hace sentir mal por haberla deseado, pero mi cerebro no parece entender el mensaje, porque no dejo de pensar en la *bella ragazza*.

Para colmo, fue bueno tenerla cuidando de mí, sentir su tacto, observar la concentración en cada movimiento suyo mientras hacía las curaciones.

Ni recuerdo la última vez que tuve eso.

Giulia...

Las sorpresas no terminan ahí.

Solo el cansancio me hizo tardar tanto en notar el anillo en su mano... Maldita sea, solo de imaginar qué podría haberle pasado si la gente equivocada hubiera visto la joya, la rabia hierve dentro de mí.

Mi madre suele decir que las cosas pasan por una razón, que nada es casualidad, y aunque no creo en esas tonterías, solo eso

explica que nuestro camino se haya cruzado.

Aquí, en Ostia, en esta choza.

Pensé que estaba delirando, pero cuando dijo su nombre, todo tuvo sentido, las piezas comenzaron a encajar.

Giulia no parece saber el significado de esa joya, pero lo descubrirá, o no me llamo Matteo Zampieri.

Despierto después de no sé cuántos minutos y mi primera reacción es buscar mi arma.

Ni rastro.

Miro alrededor solo para confirmar que no fue un sueño ni una pesadilla, todo esto realmente pasó.

Mi arma está ahora en el fondo del río Tíber, y yo estoy aquí... con ella.

¿Cuándo fue la última vez que me quedé inconsciente así? ¿Qué tipo de analgésico me dio? ¿Para caballos? Lo que sea, el efecto comenzó a ceder, porque todo duele.

Me esfuerzo por levantarme y lo primero que veo me enoja. Yo acostado en su cama, mientras Giulia está toda encorvada durmiendo en el pequeño sofá.

¿Qué mierda?

Miro alrededor de este antro, tratando de entender cómo una Tomazini terminó aquí.

Ignoro el dolor, con cuidado la cargo en brazos y la pongo sobre la cama.

Aparto un mechón de cabello de su rostro, sin cansarme de admirarla, linda como el demonio, aún dormida la chica murmura mi nombre y algo en mí se agita.

Seguro está teniendo pesadillas.

La asusté... vi el miedo en su mirada, pero igual la chica me ayudó.

Miro mi vendaje, donde aparece una pequeña mancha de sangre. Seguro me va a regañar cuando vea que no sigo sus indicaciones y me sorprendo sonriendo al imaginar la escena.

Concéntrate.

Veo que mi camisa está apoyada en una silla, todavía húmeda y sucia, pero es mejor que nada. Me visto, consciente de

que estoy en territorio de Del Vecchio contando solo con el cuchillo escondido en mi cinturón. Claro que puedo hacer un gran daño con él, pero prefiero mi pistola Beretta.

Veo su celular sobre la mesa y lo tomo.

Hay dos conversaciones recientes en WhatsApp, la más reciente es de una tal Isabella, que por el número es de Brasil, seguramente una amiga.

La segunda llama mi atención, número local, Lorenzo. Hago clic en el nombre y como sospechaba hablan sobre este pedazo de mierda. No necesito leer mucho para darme cuenta de que le robaron el dinero y la tiraron en este agujero.

Ella dijo que llegó hoy, menos mal, porque cada minuto aquí es un riesgo que ni siquiera imagina.

Creo que le gustará la noticia que tengo para darle, la maleta sin deshacer es una señal de que aún tiene esperanza de ir a un lugar mejor.

Créelo, vas a ir, ragazza, me aseguraré de eso.

Ya no puedo decir lo mismo de quienes te hicieron daño.

Miro su cuerpo encogido y sé que ellos pagarán.

Hago la llamada y Enzo contesta al primer tono.

—Hermano.

—Matteo, mierda, qué bueno oír tu voz, carajo. Estaba a punto de ir a sacarle información a ese maldito Del Vecchio yo mismo.

—Estoy bien. Nos tendieron una emboscada.

—Mierda, sí. Recibimos el mensaje de tu guardaespaldas, pero cuando nuestros hombres llegaron, ya era demasiado tarde.

Cierro los ojos, sabiendo que las noticias no son buenas.

—¿Cuál es la situación?

—Solo dos soldados sobrevivieron.

—¿Vittorio?

Su silencio es mi respuesta.

Maldita sea.

—Te voy a pasar las coordenadas de este lugar. Habla solo con Lucca, reúne a unos hombres de confianza, no digas nada a nadie más.

—¿Y los capos? Ferrara está como un loco buscando información del hijo, y todos los demás me llaman cada cinco minutos.

—Mattia está muerto —le digo directo.

—Mierda.

Sí, ni me lo recuerdes, pero tengo que ser racional ahora.

—A menos que su cuerpo aparezca en las orillas del río, guarda esta información para ti. Por ahora no quiero que sepan que hablamos.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta, pero yo sigo:

—Tranquiliza a mamá y a Chiara, y a nadie más —insisto—. Estoy en las orillas del Tíber, en la zona controlada por los hombres de Del Vecchio, pero no quiero abusar de nuestra tregua. No sabemos quién está detrás de esto, pero algo me dice que es la misma persona que filtró los datos de La Spezia a la policía.

—Sobre eso... —empieza, pero lo interrumpo.

—Cuando estés en casa hablamos —digo mirando a la chica dormida, pensando que no faltará tema—. Vamos a descubrir a los responsables —afirmo, categórico—. Y cuando eso pase, desearán estar muertos.

—Me gusta cómo piensas —responde, y sé que está sonriendo, ya imaginando toda la diversión que nos espera.

—Quiero la sangre de todos los involucrados.

—Será un placer para mí.

—Vamos a divertirnos juntos con esto, hermanito.

Ni loco lo dejo tener toda la diversión.

—Claro que sí.

—Y, Enzo —digo, mirando a mi invitada.

—¿Hermano?

—No te demores. Ven por el río, sin hacer ruido.

—Dalo por hecho.

Corto y al mismo tiempo le envío la ubicación exacta.

Ahora solo queda esperar.

Me siento en el sofá duro y paso unos minutos solo observándola dormir.

Está cansada también.

Tengo muchas preguntas, pero tendrán que esperar.

El objetivo es salir de aquí, volver a casa y luego conseguir todas las respuestas.

Mi mirada vuelve a su mano y de inmediato recuerdo su toque en mí.

¡Concéntrate, mierda!

La obsidiana negra brilla como un recordatorio constante de su significado y en un parpadeo me transporto al pasado.

Recuerdo a mi padre explicando sobre las cinco grandes familias de la Toscana. Cada una comandada por sus respectivos jefes de familia. Todos los *caporegimes* me responden a mí, incluido el jefe de la famiglia Tomazini, la familia de Giulia.

En la oficina hay un gran cuadro con los escudos de las familias. Está ahí desde que tengo memoria.

Cuando éramos niños, papá hacía que Enzo y yo aprendiéramos de memoria los escudos y la historia de cada familia. Cuando preguntábamos por qué, más interesados en ir al gimnasio, pelear o jugar con armas y cuchillos, el viejo simplemente decía que era importante conocerlas porque el futuro muchas veces se mezcla con el pasado.

Era su forma de decir que a veces surgen temas que por alguna razón no quedaron olvidados, o que errores antiguos pueden afectar el futuro de la organización.

En el caso de los Tomazini, recuerdo que hablaba con admiración del antiguo *capo*, Giovanni, abuelo de la chica. Su tío asumió el liderazgo cuando lo encontraron muerto, con señales de tortura, la lengua cortada y la palabra traidor grabada en su pecho.

Papá nunca creyó eso, tampoco mi abuelo.

Las familias de traidores sufren las consecuencias, pero los Tomazini no, lo que significa que por más que hubiera un cuerpo y rumores, el *Don* no lo creyó.

Casi treinta años después, siguen siendo una de las familias que componen la Sacra Siena Organizzata, lo que me lleva a la pregunta: ¿qué está haciendo la nieta del antiguo capo aquí?

Dejo que la *bella ragazza* descanse un poco más. Sé que no va a estar nada feliz con la noticia que le daré, pero no hay otra

opción.

Le guste o no, Giulia Tomazini viene conmigo.

Julia



I don’t wanna live forever – Zayn & Taylor Swift

La mayoría de las veces no recuerdo mis sueños.

Hoy no fue así.

Claro que, además de invadir el jardín, casi matarme del susto y después hacer que mi corazón se acelerara con cada mirada suya, el italiano alto y con cara de malo tenía que perseguirme hasta en el subconsciente. Pero estuvo bien, no voy a mentir.

En el sueño no estábamos en este agujero donde me dejaron, él no estaba herido, estábamos en una fiesta y la intensidad de su mirada estaba otra vez en mí…

Sueño, ¿verdad?

Despierto con un toque suave en mi hombro y abro los ojos para encontrar esos ojos marrones, los mismos de mis pensamientos.

—Matteo —suspiro, todavía entre dormida, y veo cuando él esboza una sonrisa ladeada.

No pasa mucho tiempo y noto dos cosas: ya no estoy en el sofá, estoy en la cama, y él está de pie, vestido.

—¿Pero qué? —Me levanto, sin ocultar la confusión—. Dios, me quedé dormida. —Intento acomodarme el cabello sin querer ni pensar en mi estado actual.

—Yo también estaba cansado —responde, aún observando cada movimiento mío.

—No pude dormir en el avión. —Hago una mueca y voy hasta la cocina a servirme un vaso de agua.

Él asiente sin decir nada.

Maldita sea, ¿qué hora será? Aún está oscuro afuera.

Estoy a punto de revisar el celular cuando su voz suena justo detrás de mí, haciéndome erizar la piel.

—Necesito que recojas tus cosas, nuestro transporte llega en unos minutos.

—¿Qué? —pregunto, dándome vuelta solo para encontrar su mirada intensa.

—Mis hombres vienen y tú vas conmigo —señala, como si hablara del clima.

Debo estar dormida todavía. ¡Eso es!

Cierro los ojos y respiro profundo, pero cuando los vuelvo a abrir, él sigue ahí parado frente a mí, mirándome.

—Creo que te golpeaste la cabeza en el accidente —exclamo sin filtro y lo veo apretar los labios.

Un poco de filtro, ¿no, Giulia?

En segundos, su mano está en mi brazo, el toque es firme, fuerte, y mi mirada encuentra la suya.

—No tenemos tiempo para esto —avisa, directo como siempre—. Toma tu maleta y todo lo que quieras, hablamos en el camino.

Saco mi mano de su agarre.

—No voy a ir a ningún lado contigo.

Él entrecierra los ojos; creo que no está acostumbrado a un no por respuesta.

Doy un paso atrás, pero siento su iris en mí.

—Me alegra que estés bien y animado —comienzo, sin saber bien cómo salir de esta situación. Este hombre está loco si cree que voy a ir con él.

Matteo sigue mirándome, su rostro es una máscara de indiferencia, imperturbable, salvo por un músculo que palpita cerca de la mandíbula.

Está molesto. Y yo siempre hablo de más cuando estoy nerviosa, y este es el caso.

—Tengo que quedarme. La consultoría va a iniciar mi proceso de ciudadanía, tengo que esperar al *vigile* —explico, aunque no le debo ninguna explicación.

Da un paso hacia mí, quedando a pocos centímetros, y mi corazón late fuerte, pero me niego a mostrar cómo me afecta su cercanía.

—Hay dos formas de resolver esta situación —empieza, y no veo cómo pueda ser de otra manera—. O vas caminando o te cargo al hombro. Va a doler como el demonio, pero no me desafíes.

Mis ojos se abren de par en par y la sorpresa me recorre el cuerpo.

—No lo harías —replico y él se acerca, retrocedo hasta encontrar la pared detrás de mí—. Matteo —jadeo, y su mirada no deja dudas, lo haría.

—Giulia —parece gustarle mi nombre, sus ojos no me sueltan —. Hay mucho que no sabes.

—¿Cómo? —pregunto sin entender a dónde quiere llegar.

—Tu abuelo trabajaba para mi familia.

—¿Qué? —Niego con la cabeza—. Ni siquiera sabes quién es mi abuelo —insisto, arqueando una ceja.

—Giovanni Tomazini —responde sin dudar, y no puedo disimular el impacto.

¿Cómo puede saberlo si no dije nada?

—Si quieres saber más de tu historia, ven conmigo —dice, como si fuera una invitación.

Solo puedo pensar en mi abuelita, en la nostalgia en su voz cada vez que hablaba de su tierra, y si él habla en serio, eso significa saber más sobre mis antepasados, y es todo lo que siempre he querido, pero…

—Yo… —Cierro los ojos intentando ordenar mis ideas—… por más tentador que sea, solo tengo unos pocos euros y está el proceso… —Hago una mueca.

—Yo me encargo de eso —su respuesta es rápida y firme—. El dinero no es problema.

¿Ajá? ¿Desde cuándo?

Matteo sigue esperándome. Increíble, realmente está hablando en serio.

—No te conozco —mi voz es apenas un suspiro.

—Aun así ayudaste a un desconocido —señala y me sorprendo mordiéndome los labios.

—Es diferente —argumento, aunque ni yo misma me creo.

—Quieres respuestas y yo puedo dártelas. —Extiende la mano hacia mí, con la voz llena de promesas.

Debo estar loca, pero confío en él, y no creo que me vaya a hacer daño.

Piensa, Giulia.

Aunque dijo que me cargaría al hombro como una bolsa de papas, aún así está siendo amable, dándome, aunque de manera retorcida, una elección. Al final creo que corro más peligro aquí en esta casa que con él.

Me encuentro con sus ojos marrones y nos quedamos en silencio unos segundos, solo mirándonos. La tensión en la habitación es casi palpable cuando finalmente tomo mi decisión y extiendo la mano aceptando la suya, siento una descarga eléctrica que me pone los pelos de punta.

Matteo sonríe y, maldita sea, no debería ser tan guapo, pero lo es.

—*Bienvenida a la famiglia, bella ragazza.*

CAPÍTULO 7 Matteo



Mateo

Believer – Imagine Dragons
Walking the wire – Imagine Dragons

No mentí cuando dije que la cargaría al hombro. No tenías opción, pero reconozco que aceptarme la mano fue jodidamente impresionante. La chica no deja de sorprenderme.

Debería estar concentrado exclusivamente en el caos que me espera al regresar a Siena, pero aquí estoy, pensando en sus ojos, en su boca, en ese cuerpo hermoso que ni siquiera ese suéter raído puede ocultar. Aprieto el puño y camino hacia afuera mientras guarda las pocas cosas que tiene fuera de la maleta.

No sé qué carajo está pasando, solo sé que necesito mantenerme alejado de ella.

Por mi cordura.

La brisa fría de la madrugada me recibe y lo agradezco.

Necesito estar alerta y no pensar con mi miembro.

Por ahora todo está oscuro y tranquilo, pero en segundos todo puede cambiar.

Enzo debe llegar pronto y solo espero que nos hayamos ido antes de que salga el sol.

¿Podría haber hablado directo con Ferrara? Sí, habría sido más rápido y lógico, pero algo me dice que por ahora esto debe

quedarse dentro de casa.

Siento su presencia antes de que me hable.

—Todo listo.

—Bien —respondo sin darme vuelta.

—No tengo bolsa térmica, espero que no sea lejos a donde vamos, si no, los jugos y las cosas de la nevera se van a echar a perder.

Cierro los ojos con su preocupación.

—Deja todo aquí. No vas a necesitar nada de eso.

—¿Perdiste la cabeza? —exclama indignada—. Es poco, pero todo está fresco, lo compré hoy, bueno, ayer. En fin, no voy a dejar que se eche a perder.

Terca.

Me giro hacia ella y la encuentro mirándome fijamente.

—Me aseguraré de que la comida llegue a quien la necesite —le digo y su expresión se suaviza.

No debería importarme si ella es feliz o no, pero maldita sea...

—Gracias —agradece y una sonrisa tímida aparece, lo que me desarma.

Aprieto los puños para controlar la mierda que llevo dentro.

Cuando esto se calme, hay algo seguro: tengo que buscar una chica caliente para aliviar esta tensión acumulada, tiene que ser eso, pronto la chica de ojos verde claros será solo un recuerdo de este día de mierda.

El sonido inconfundible de una embarcación acercándose me pone en alerta.

Por suerte, pronto reconozco a Enzo en la proa de la lancha que ancla cerca del barranco y mis hombres bajan de inmediato.

—Hora de irnos —susurro cerca de su oído, apoyando mi mano en tu espalda y el mensaje es claro.

Ella esta conmigo.

Nadie está tan loco como para ponerle las manos encima, porque de lo contrario se quedará sin ellas.

—¿Vamos en esto? —Su expresión es de total asombro, y no me sorprende. Enzo eligió uno de nuestros barcos más grandes, y la

chica probablemente pensó que saldríamos por la puerta principal.

—Hermano… —Vincenzo me abraza fuerte y yo ignoro el dolor en mi hombro.

—Qué bueno verte, maldita sea—Agarro su nuca y apoyo mi frente contra la suya.

—*Mama* te va a matar por otro susto más —bromea y puedo imaginar el discurso de doña Eleonora—. Estoy feliz de verte… —me observa atento y claro que la camisa manchada de sangre no le pasa desapercibida, pero como yo, sabe que no es nada. Ya hemos estado peor—. Entero.

Asiento.

La charla está buena, pero tenemos que salir de aquí.

—Vincenzo, esta es Giulia, mi invitada. —Solo le lanzo una mirada y sabe que no debe hacer preguntas.

—Giulia —Él extiende su mano y, para mi sorpresa, ella sale de su letargo.

—Molto piacere —dice, con un italiano tímido, sorprendiendo a mi hermanito.

—Él también habla portugués —aviso y ella parece aliviada.

—El placer es mío —responde, confirmando mi punto y no me gusta cómo me siento.

—Vamos a casa —ordeno, queriendo salir de aquí cuanto antes—. Hay una maleta allá adentro, tráiganla —pido y uno de los soldados avanza.

—Mi mochila… —abre los ojos como platos, pero apenas da un paso cuando el soldado aparece con tu maleta y mochila—. Oh, gracias.

Con un gesto, él se dirige al barco.

No sabe a dónde mirar, desorientada con el movimiento de mis hombres, y me imagino que tiene mil cosas en la cabeza, pero Giulia tomó la decisión correcta al aceptar venir conmigo.

No es que tuviera opción, pero…

—Una lancha —murmura al acercarnos a la embarcación. No sé si está más sorprendida por eso o por nuestros soldados armados con semiautomáticas, ya que su mirada se fija en los hombres

posicionados en la proa y popa, atentos al más mínimo signo de peligro.

—Vamos a Castiglione della Pescaia y de ahí seguimos a casa.

—Castiglione… —repite, con una expresión interrogante, echa una última mirada atrás y luego toma mi mano.

Mi corazón late rápido y cuando nuestras miradas se cruzan solo quiero tranquilizarla.

Concéntrate, carajo.

—Es una ciudad costera a unas horas de aquí. Allí estaremos en nuestro territorio y no tendremos que preocuparnos.

—¿Territorio? —Arquea la ceja pero me sigue hacia la cabina.

—Ya vas a entender —exclamo, observando su sorpresa ante el lujo de la embarcación y me imagino su reacción al subir al *flyerbridge*, que no es más que la cubierta superior, un espacio abierto en la parte alta del barco con vista panorámica—. Siéntete cómoda —señalo hacia el sofá en forma de C con capacidad para diez personas, y ella obedece, fijándose en cada detalle.

Reconozco que impresiona, sobre todo si nunca has estado en uno. La cabina es amplia y cuenta con televisión de 42 pulgadas, sistema de sonido, cortinas con control electrónico que permiten ver a través de las ventanas, dando la sensación de estar navegando, aunque estés dentro del barco.

Además, hay un comedor para ocho invitados integrado con el área donde estamos. Sin contar la cocina gourmet totalmente equipada, horno grill, microondas, nevera con congelador, hasta lavavajillas tiene esta belleza.

No es casualidad que a Enzo y Lucca les guste, de vez en cuando, organizar "fiestas" en alta mar. Generalmente la fiesta empieza en alguno de nuestros clubes nocturnos y termina aquí. No soy santo, ya perdí la cuenta de cuántos eventos así he participado, pero cada vez prefiero más la tranquilidad y paz que solo la soledad permite, y cuando las responsabilidades dan una pausa, me gusta salir solo para disfrutar del silencio y aprovechar aunque sea un momento breve de calma.

No puedo apartar mi atención de ella y veo el momento en que se estremece cuando uno de los soldados armados pasa cerca de ella, y le dice algo al oído a Enzo, quien incluso intenta ocultarlo, pero sé que me estaba observando.

Mi hermano es de pocas palabras, pero es astuto.

—Ahora que estamos en mar abierto —comienzo, sabiendo que aquí el riesgo de ataque es bajo—, hablo —escupo, mirando tus ojos de un azul frío y cortante.

—Estás hecho un desastre —dispara, otra vez analizándome con su mirada perspicaz.

Alzo la ceja recordando que ella dijo exactamente lo mismo y en ese instante la veo mordiéndose los labios. La diabla también lo recordó y se está aguantando para no reírse.

Increíble.

Me convertí en el chiste de esta mierda.

Su mirada se cruza con la mía y sabe que me di cuenta, sus mejillas se tiñen de rojo y maldita sea, si no se ve aún más hermosa, pero entonces disimula y desvía la atención.

—¿Cuál es la situación? —pregunto, tardando más de lo necesario en volver a mirar a mi hermano.

Él asiente discretamente hacia Giulia, y sé a dónde quiere llegar.

Hago un gesto para que continúe. Giulia no es tonta y ya debe tener sus sospechas.

—Solo dos soldados sobrevivieron —comienza—. Los estamos cuidando, pero no hay mucha esperanza.

Maldita sea.

—¿Mattia?

—Su cuerpo fue encontrado hace unos cincuenta minutos. Ya contacté a Tommaso, y está viendo para que liberen el cuerpo lo antes posible.

—Bien. Él sabrá qué hacer.

Es decir, hablar con el jefe de policía, con el abogado, socio de uno de los despachos más poderosos de la región, está en nuestra lista, y se asegurará de que el cuerpo esté pronto en

Grosseto con la familia para la despedida apropiada, aunque tenga un agujero de bala en medio de la cara.

Normalmente esto lo investigaría el equipo de homicidios, pero tenemos asociados infiltrados estratégicamente en varias capas de la sociedad, lo que nos da ciertos privilegios y beneficios.

El punto es que quienquiera que esté detrás de este ataque contra mí, contra Sacra Siena, contra la familia, tendrá que responder con sangre ante nosotros.

Cierro los ojos y aprieto la frente, sintiendo que se acerca un fuerte dolor de cabeza.

—Hay más... —por la voz de Enzo sé que no son buenas noticias.

Lo vuelvo a mirar.

—Cuando recibí el mensaje de Vittorio, envié a algunos hombres de confianza al último lugar indicado por el GPS. Lucca fue conmigo, y me quedé con mamá y Chiara.

—Actuaste bien —lo tranquilizo, conociéndolo bien para saber lo difícil que fue para él no venir en persona.

Él se pasa las manos por el cabello.

—Cuando llegaron, las autoridades ya habían sido alertadas. Había policías por todos lados, pero aún así...

—Ve al grano, hermano.

—Aunque encontraron a la mayoría muertos, sabíamos que estabas vivo. Teníamos que creerlo, y Lucca vio el cinturón de seguridad cortado.

Los recuerdos de ese momento me inundan.

La prisa, el agua entrando, aprieto los puños.

—Lo cierto es que sabíamos que habías logrado salir al menos del auto, era cuestión de tiempo hasta que... demonios, mientras estábamos preocupados por encontrarte, VIVO, aunque herido —Señala mi camisa—, hubo movimiento en otra dirección.

—Ni esperaron a encontrar mi cuerpo —resoplo, con la rabia hirviendo dentro de mí—. Malditos buitres.

—Eso fue exactamente lo que dije cuando me llamaron para convocar al consejo.

—Quiero nombres, de todos. Tendremos una charla apenas lleguemos a Siena. Avísale a Lucca, quiero todo organizado para mañana.

—¿Mañana? Necesitas...

—No hay tiempo que perder, Enzo. —Me levanto, necesitando urgentemente aire fresco.

Mi hermano hace lo mismo, y sé que estas últimas horas no han sido fáciles.

Puedo estar hecho mierda, pero él no está muy lejos.

Me acerco y sostengo su nuca, pegando mi frente a la suya.

—Me hiciste sentir orgulloso.

—Maldita sea, no me asustes más.

Aprieto su hombro, sabiendo que es imposible prometer eso, y en el fondo él también lo sabe.

Es nuestra vida.

—Tenemos un traidor entre nosotros —le susurro al oído—. Y vamos a descubrir quién es.

Su mirada se cruza con la mía y ahí está la respuesta que necesito.

La cacería apenas comienza.

Intentaron joder a la familia equivocada.

CAPÍTULO 8

Julia



Never Let me Go – Florence + The Machine
Only When I Sleep – The Corrs

"*Bienvenida a la famiglia",* ¿qué diablos quiso decir con eso?

Debería haber preguntado, pero en ese momento estaba tan nerviosa que luego empecé a guardar lo que había sacado de la maleta.

En fin, solo ahora, sentada en este sofá cómodo, con Matteo y su hermano a pocos centímetros, logro pensar: ¿en qué me metí?

Ayúdame, Dios.

Intenté engañarme, decirme que los tipos armados eran solo guardaespaldas, que él era algún personaje importante, alguien famoso, tal vez un actor, porque hermoso, definitivamente es.

Luego llegó la lancha, un yate, no sé qué es exactamente, pero es enorme, y descubrí que además de todo eso, son ricos hasta la mierda.

No sé ni dónde mirar sin parecer demasiado sorprendida. Imposible fingir que es normal.

¿Quién es este hombre?

Tengo el celular guardado en la mochila y juro que me dan ganas de buscar su nombre en Google solo para ver qué aparece, pero me contengo.

Todo iba relativamente bien, pensé que había superado el shock inicial, que nada podía sorprenderme, sí…

Aquí estoy, paralizada, escuchando su conversación, y ni siquiera se molestan en hablar en italiano -así no entendería nada, excepto sí o no-, trago el nudo que se forma en mi garganta y miro disimuladamente hacia él.

Él quiere que entienda, que sepa… es la única explicación.

"*Solo dos soldados sobrevivieron…"*

"*Su cuerpo fue encontrado…"*

Fragmentos de su charla siguen martillando en mi mente y siento las manos heladas. Dios, ¿salí de aquella casa para meterme en un problema aún más grande?

Mi mente hierve con tantas preguntas, pero desde que salimos de ese lugar no tuvimos oportunidad de hablar.

Él tenía asuntos urgentes con su hermano y yo intenté pasar lo más desapercibida posible.

—¿Quieres algo para beber? —Me sobresalto al escuchar a Vincenzo, sí, ese es su nombre.

—Gracias, yo... —Pauso, intentando calmar mi corazón y siento su mirada en mí, *respira, Giulia*—...gracias.

El moreno, tan alto como Matteo, se aleja unos pasos, abre uno de los compartimentos y me entrega una botella de agua fría y una copa.

—Muchas gracias —agradezco de nuevo.

—Soy yo quien debe agradecerte —comienza, sorprendiéndome—. Gracias por cuidar de mi hermano. Te lo agradezco.

Asiento incapaz de decir algo. No siento que haya hecho nada extraordinario. Él necesitaba ayuda... y yo ayudé.

Lo miro y ahí están esos ojos marrones, fijos en mí.

¡Santo cielo!

Tomo el vaso rápido y desvío la mirada, sin entender qué efecto tiene este hombre en mí. Debería tener miedo y no memorizar cada detalle suyo.

Piensa, Giulia.

—Ven conmigo, ragazza. —Matteo se levanta y con dos pasos está frente a mí, extendiendo la mano.

¡Oh, mierda!

¿Por qué mi corazón no late normalmente?

Respiro profundo, miro su mano unos segundos que parecen eternos, pero finalmente la acepto.

Recuerda que prometió respuestas y eso es lo único que te mueve. Concéntrate en eso.

—Por aquí. —Nos guía hasta una escalera estrecha.

—¿Quieres que suba?

—Esa es la idea —dice, siendo directo como siempre.

Me muerdo los labios y empiezo despacio, cuidando no tropezar porque los escalones son estrechos.

Por suerte no son muchos.

Cuando piso el último y levanto la cara, pierdo la capacidad de hablar.

¡Santo cielo!

Es absolutamente hermoso.

Estamos en una especie de entrepiso, no sé el nombre técnico, pero es un deck justo encima de donde estábamos.

Hay un sofá, una mesa pequeña, pero eso es lo de menos; solo puedo concentrarme en la inmensidad azul que nos rodea.

El olor a mar y el sol saliendo en el horizonte, tan hermoso.

—Es... —empiezo, sintiendo su presencia a mi lado—. No tengo palabras. Decir lindo no es suficiente. —Suspiro, hipnotizada por el paisaje.

—Espera a ver la vista desde nuestro balcón —dice con una sonrisa en su rostro, siempre serio, y admito que me da curiosidad.

—¿Ya llegamos? —pregunto, y él apoya la mano suavemente en mi espalda, haciendo que todo mi cuerpo se erice.

Infierno.

—Unos minutos más. ¿Qué te parece si nos sentamos a disfrutar la vista?

—Me parece bien —respondo, con el corazón casi saliéndose del pecho.

Nos sentamos lado a lado, Matteo no dice nada más, pero sé que está atento a cada movimiento mío.

Simplemente lo sé.

Él tiene la mirada perdida en el horizonte, pero estoy segura de que su mente está tan agitada como la mía.

Pregunta... ¡Vamos! ¡Ánimo, Giulia!

Estoy a punto de abrir la boca cuando veo a lo lejos la costa.

—¿Es aquí?

—Sí, esto es Castiglione della Pescaia —dice mientras observa cómo la lancha se acerca cada vez más a un puerto donde hay decenas de embarcaciones—. Ahora seguiremos en auto hasta Siena.

—¿Siena?

—Sí. ¿Vamos? —Se levanta y me ayuda a levantarme, lo que agradezco porque la embarcación ahora se mueve más.

—Los autos ya nos esperan —avisa Vincenzo cuando bajamos, y veo que su mirada se fija en nuestras manos, todavía unidas.

Oh, mierda, ni cuenta me di que todavía me estaba sosteniendo de él. Me apresuro a soltar su mano y su mirada se encuentra con la mía.

Respira...

—No es tu pistola, pero creo que te gustará sentir su peso —dice su hermano, y me tomo unos segundos para darme cuenta de lo que le está entregando.

Una pistola.

¡Santo cielo!

Matteo ni titubea, la acepta y con una destreza que solo alguien que hace mucho eso puede tener, revisa el cargador y se la pone en la cintura.

No te asustes.

Debe haber una explicación totalmente plausible para esto.

Sí, seguro que sí.

La embarcación atraca y los hombres armados son los primeros en bajar. Matteo y Vincenzo se miran y no sé qué esperan

para bajar. Tengo la respuesta cuando aparece un tipo de traje y dice que el perímetro está seguro.

¿Qué está pasando aquí?

—Después de lo de ayer, mejor pecar de exceso, hermano — dice Vincenzo y luego se va del barco.

Sigo paralizada en el mismo lugar.

Mis pies se sienten como plomo cuando siento su toque suave en mi espalda y contengo la respiración.

—Hora de ir a casa.

Casa...

—¿Por qué hay tantos guardias? ¿Eres alguien famoso? — pregunto, sabiendo que de todos los momentos elegí el peor para hacer la pregunta.

Me mira unos segundos y temo que pueda oír mi corazón.

—Famoso... —parece elegir las palabras—. Creo que sí, pero no son guardaespaldas, Giulia.

—¿No?

—Son soldados.

—¿Soldados? ¿Eres algún tipo de militar? —pregunto.

—Sé que tienes muchas preguntas. Vamos al auto, te voy a responder todas las que pueda.

—¿Las que puedas? —Alzo una ceja, pero él no dice nada.

Su mirada sobre mí es intensa, y me descubro siguiéndolo hasta la zona de desembarque, donde un "soldado" espera con un arma enorme en las manos.

Matteo logra bajar sin ayuda, pero enseguida se da vuelta y extiende la mano hacia mí, ayudándome a descender.

—Gracias.

Apenas pisamos el muelle de madera, tres camionetas negras se detienen a pocos metros de donde estamos.

Todo sucede muy rápido.

Vincenzo da varias órdenes en italiano mientras Matteo permanece impasible, pero no hay ninguna duda de quién es el jefe. El poder emana del hombre que tengo al lado, y trato de no enloquecer por el hecho de que su mano esté nuevamente apoyada en mi espalda.

No debería ser agradable sentir que me toca.

Matteo nos dirige hacia el vehículo del medio y, cuando uno de sus hombres abre la puerta, ahí está otra vez, al rescate, ayudándome a subir.

—¿Tu hermano? —disparo, en cuanto noto que cerró la puerta y estamos solo nosotros dos aquí.

—Él va en otro auto.

—Oh… —se me escapa, y trato de mantenerme alejada de él. El auto es enorme por dentro, y aun así, parece que lo llena con su sola presencia.

—Mi maleta.

—No te preocupes —responde, y me muerdo los labios, nerviosa.

Pronto nos ponemos en movimiento, y eso es: estoy atrapada en el auto con él, no sé por cuánto tiempo. *Que Dios me ayude.*

Intento enfocar la atención en la ventana, pero es imposible. La tensión es casi palpable.

¿Soy solo yo, o hace calor aquí?

Para empeorar, Matteo hace una seña con los dedos y una ventanilla polarizada sube, aislándonos del conductor.

—Ahora podemos hablar con más tranquilidad. —Se arremanga la camisa, y veo de reojo sangre fresca manchando el área del vendaje, que a estas alturas necesita ser cambiado con urgencia.

—Todavía estás sangrando —susurro, acercándome, ignorando mi lado racional que me dice que debería mantenerme lejos.

—Solo un poco. —Se encoge de hombros, como si no fuera nada—. ¿Qué quieres saber, Giulia? —pregunta, y carajo, no vi venir la pregunta. Su mirada me escanea por completo.

Quiero saber… *tantas cosas.*

—¿Quién eres?

—Directa. Me gusta eso. —Alza una ceja, y podría jurar que se está divirtiendo con la situación—. Por eso, también seré directo.

La expectativa me consume.

—Matteo Zampieri. Para el mundo, soy apenas un empresario exitoso. Propietario de varias constructoras, cadenas de hoteles, viñedos, clubes nocturnos… —comienza a enumerar, y con cada palabra que sale de su boca, solo puedo imaginar cuánto dinero debe ganar con tantos negocios.

Concéntrate, dijo "para el mundo".

—Siento que hay un *pero*… —comento, y él permanece en silencio unos segundos, pero luego asiente con la cabeza.

—También soy el Don de la Mafia de Siena, más conocida como Sacra Siena Organizzata —dispara, sin apartar la vista de la mía.

Don…

Don DE LA MAFIA.

He visto películas, leído libros sobre mafiosos malvados, pero todo eso era solo… ficción.

Respira.

La forma en que apareció en el patio, el hecho de que exigiera no llamar a la policía, la herida de bala, los soldados armados hasta los dientes… todo encaja.

Cierro los ojos, intentando calmar mis pensamientos.

Matteo no es un delincuente cualquiera.

—Tú eres…

—Soy el jefe de la *famiglia Zampieri*, y de las demás de la región. La Toscana es nuestro hogar.

Voy a vomitar, en serio.

—¡Para! —pido, cerrando los ojos con fuerza, tapándome los oídos.

No quiero escuchar más.

Esto tiene que ser una pesadilla.

Tiene que serlo.

—Tu abuelo era uno de los nuestros —dice, sin siquiera cambiar el tono de voz—. Esta joya lo representa. —Señala mi mano, y el anillo parece pesar una tonelada en mi dedo.

Niego con la cabeza, confundida, y él continúa:

—Desde hace décadas tenemos una tradición en la Sacra: los jefes de familia llevan en la mano izquierda un anillo de plata

envejecida, con una obsidiana negra al centro, en forma de línea recta.

—Pero… —Quiero gritar que el mío no es así, que está equivocado.

—A la derecha, el escudo de la familia y a la izquierda, el mío, el de la familia Zampieri.

¿Qué?

Observo con cuidado la pequeña pieza, y de hecho, hay un relieve en ambos lados, al que confieso nunca haberle prestado mucha atención.

—Estás equivocado… —murmuro, aferrándome con fuerza a ese pensamiento, pero él lo ignora.

—Las esposas de los *capos* también llevan un anillo de plata, pero en estos, en lugar de la línea, hay una piedra ovalada en el centro, también de obsidiana. —Su mirada cae en mi dedo—. Igual que este, como el que tenía tu abuela.

¡Puta mierda! Respira…

Inconscientemente, miro su mano izquierda, y él lo nota. Observo dos cosas: tiene la letra "S" tatuada en los dedos medio y anular, y una "O" en el meñique, formando "SSO", Sacra Siena Organizzata.

¡No entres en pánico!

Y en su dedo índice lleva un anillo de plata, pero en lugar de una sola línea negra, hay seis, formando un hexágono.

—Como Don, mi anillo es diferente —comienza, leyendo mis pensamientos, y cierro los ojos, sin poder creer que esto esté pasando de verdad. Pero Matteo continúa—: Son seis líneas de obsidiana, cada una representa una familia bajo mi mando: la mafia de Siena.

Tiene que estar equivocado.

Tiene que estarlo, porque si mi abuelo era un mafioso, eso significa que mi abuela…

Me vienen flashes de ella sonriendo, las dos haciendo pastel de maíz, bollitos fritos.

Es imposible.

—Estás mintiendo —escupo, con la rabia hirviendo dentro de mí por escucharlo decir semejante barbaridad.

—Yo no miento —afirma, y pongo los ojos en blanco, indignada por su descaro. En segundos, su mano agarra mi nuca con fuerza. El maldito está tan cerca que puedo sentir su respiración.

—Suéltame —reclamo, intentando alejarme, pero su agarre se intensifica.

—Entiende una cosa, Giulia… —Su voz es feroz, y su mirada no me suelta—. Yo no miento. NUNCA.

Cierro los ojos.

—¡Mírame! —ordena, y por más tentadora que sea la idea de desobedecerlo, hago lo que pidió, solo para encontrar sus ojos castaños fijos en mí con tanta intensidad, que no deja lugar a dudas.

Matteo está diciendo la verdad, y eso da miedo.

—Yo… —Mi voz es un susurro, y él afloja el agarre. Su dedo índice roza suavemente mi cuello, haciendo que mi cuerpo, traidor, reaccione.

Me aparto y vuelvo la mirada hacia la ventana.

Con la vista perdida. La confusión me inunda.

—Mi abuela no era una mala persona —murmuro para mí misma, las lágrimas acumulándose en mis ojos, pero él escucha, acorta la distancia entre nosotros y levanta mi mentón con el índice, obligándome a mirarlo.

Mi corazón se dispara y mi garganta arde, pero respiro hondo, intentando no llorar.

No aquí.

No frente a él.

—Estoy seguro de que no lo era —dice, y me muerdo los labios, sabiendo que tiene razón.

Ella era maravillosa. Cariñosa, siempre preocupada por los demás.

Cierro los ojos, sintiendo que mi control pende de un hilo.

—Querías la verdad, y te la estoy dando, en agradecimiento por lo que hiciste por mí. Tu abuelo era una figura respetada dentro de la familia, al igual que tu tío…

¿Tío?

No sé qué me impacta más: saber que tengo un tío abuelo vivo o que él también es mafioso. Dios, debo tener primos, primas.

¿Serán todos criminales?

Mi cabeza va a estallar.

—Voy a cumplir mi palabra y ayudarte a conseguir tus papeles —dice, y me obliga a volver al presente.

Los papeles de la ciudadanía…

Ese asunto ahora parece tan lejano, después de todo lo que acabo de escuchar.

—¿Voy a poder irme… cuando tenga los documentos? —Puede parecer tonto, pero necesito saberlo.

Pensamientos descabellados sobre el tráfico de mujeres y órganos me invaden la mente. Para agravar mi angustia, él permanece en silencio unos segundos, como si reflexionara.

—No lo sé —responde después de unos segundos.

—¿Cómo que no sabes? —Intento contener mi voz, pero no lo logro.

—Te lo dije: no miento.

—Bueno, te felicito —sí, que se joda, capaz estoy jugando con fuego, pero soy irónica—, pero eso no tiene nada que ver con mi vida en Brasil —enfatizo la última palabra—. Tengo una vida allá, mi casa, amigos.

—Puedes tener todo eso aquí —lanza, alejándose, como si con eso diera por terminada la discusión.

—Tienes que estar loco. —Pongo los ojos en blanco, alzando el tono.

—Eres de la familia. Tu lugar es aquí —dice, mientras se acomoda de nuevo la maldita manga de la camisa.

—Mi lugar es donde yo quiera —replico, irritada, y él sonríe.

El muy cabrón sonríe.

Respira, Giulia, recuerda, mafioso armado y rudo.

No es una buena combinación.

Como si escuchara mis pensamientos, el cretino se acerca, me sujeta del mentón. Intento empujarlo, pero con la otra mano me inmoviliza, tomándome ambas muñecas, dejándome justo donde quiere.

—Ahí es donde te equivocas, *ragazza* —dice lentamente, divirtiéndose a mi costa—. ¡Tu lugar es donde yo quiera! —exclama con una sonrisa sarcástica, y se aleja.

—Yo, ah, maldito… —Levanto la mano, lista para abofetearlo, pero él es más rápido, agarra mi muñeca. Intento golpearlo con la otra, solo para que me inmovilice otra vez.

Mi sangre hierve, mi pecho sube y baja con el ritmo de mi respiración agitada. Matteo se inclina hacia mí, haciendo que mi espalda se apoye con fuerza contra la puerta del auto.

Casi no hay espacio entre nosotros.

—Así que la gatita tiene garras… —susurra cerca de mi oído, y no puedo ni responder. Solo puedo enfocarme en su rostro tan cerca, en su aliento caliente. Maldito hombre—. Tu estadía en la Toscana va a depender exclusivamente de ti, Giulia… —continúa, con su cara a centímetros de la mía—… puede ser agradable o no.

—¿Me estás amenazando? —respondo, entrecerrando los ojos, y su agarre sobre mí se intensifica.

Mierda.

Matteo se acerca aún más. Oh, Dios, va a besarme. ¡Gira la cara, gira! Mi cerebro da la orden, pero me quedo petrificada, perdida en su mirada. Observo con frustración cómo cambia de dirección y deposita un beso en mi frente.

Cuerpo traidor.

Debería estar pensando en cómo escapar, no en cómo deben ser sus besos.

—¡Considéralo una advertencia de amigo! —exclama, luego se aleja como si nada hubiera pasado.

—Muy amable. —Bufo, volviendo a mirar por la ventana.

Necesito calmarme e ignorarlo. Sí, es un buen plan.

No puede estar hablando en serio, ¿verdad?

La parte de ser mafioso, ok, es cierta, pero… no me retendría aquí contra mi voluntad.

Respira.

Mi pasaporte está conmigo. Mi dinero, bueno, lo poco que me queda, debería alcanzarme para comprar un pasaje de tren y llegar al aeropuerto.

Es todo lo que necesito.

Está todo bajo control. Sigo repitiéndome eso en la mente, esperando que se vuelva verdad, pero sé que la realidad es otra.

—Descansa, *bella ragazza*, ya hablamos demasiado por ahora.

Lo ignoro y no respondo.

No soy ingenua.

Ya me quedó claro que tiene hombres y más hombres a su disposición. Incluso la policía. Sí, escuché la conversación con su hermano.

Voy a esperar su ayuda con la ciudadanía, conseguir más información sobre mi familia de mafiosos, mantenerme bien lejos de él y volver a casa.

Sí, ese es el plan.

Dios, necesito hablar con Isa.

Va a enloquecer.

—Una cosa más —dice, sin siquiera mirarme—. Ten cuidado con quién compartes lo que acabo de decirte. No queremos que nadie salga herido sin necesidad.

Trago saliva. ¿El cretino ahora lee mentes?

Si le cuento a Isa lo que está pasando, él lo va a descubrir, lo sé… Finjo que su última advertencia no me afectó.

Sigo observando el paisaje, pero en mi mente solo hay un pensamiento: *estoy jodida.*



Julia

Never Let me Go – Florence + The Machine
Only When I Sleep – The Corrs

No me preguntes cómo, pero logré quedarme dormida en el carro. Me desperté sobresaltada solo para encontrar a Matteo mirándome.

Oh, mierda.

Por favor, que no haya babeado.

No es que me importe la opinión de ese imbécil, pero un poco de dignidad, ¿no?

Respiro hondo, paso los dedos por el cabello, intentando deshacer un poco los nudos, y giro el rostro hacia el lado opuesto. No estoy preparada para la intensidad de este hombre. El sueño no redujo la rabia por lo que me dijo, y mucho menos por lo que provoca en mí solo con acercarse.

Necesito mantenerlo a distancia.

—Qué bueno que despertaste, *ragazza*.

Lo ignoro, pero él continúa:

—Ya estamos cerca, unos diez minutos más —avisa, como si pudiera importarme menos. En realidad, lo único que me interesa es que en esa casa haya un baño.

Estoy que reviento, pero me negué a pedir que paráramos en algún lugar. La verdad es que no quiero ni mirarlo a la cara, y con el clima que hay entre nosotros, capaz que me habría dicho que hiciera mis necesidades en medio del monte al lado de la carretera.

Cretino.

Muerdo los labios, intentando contener los nervios al imaginar que voy a conocer al resto de la familia de mafiosos.

¿Serán como él?

No tuve mucha interacción con su hermano, pero fue educado.

No olvides que también es mafioso, no te dejes engañar.

En fin, delincuente o no, Vincenzo es del tipo más callado y reservado, quedó claro que solo habla lo necesario y es el brazo derecho de su hermano.

¿Será cosa de familia?

Toda esa intensidad.

Fijo mi atención en la ventana, deseando que la propiedad aparezca en la siguiente curva, pero todo lo que veo son colinas verdes.

Es hermoso…

Aunque las circunstancias no sean las mejores, no puedo dejar de admirar. Parece escena de película: la carretera sinuosa, con grandes pinos marcando el camino y a ambos lados, un mar verde que se pierde en el horizonte.

Entonces la veo, más adelante, todavía lejana, pero no tengo dudas, es una muralla de piedra rústica, y en el centro, un gran portón de hierro.

—Estamos llegando —suspiro.

—Sí, estamos —responde a mi lado, siempre atento a todo—. Aunque ya estamos dentro de la propiedad desde hace más de cinco minutos —avisa, y no puedo fingir que me parece normal.

¿Cómo es eso?

¿Todas esas colinas interminables ya eran parte de su propiedad?

Muerdo los labios, conteniendo las ganas locas de hacerle más preguntas. Vuelvo mi atención a la ventana, justo en el

momento en que el gran portón se abre y nos dan paso.

No veo a ningún portero, pero no soy ingenua. Enseguida noto cámaras colocadas estratégicamente en las columnas de piedra.

El vehículo continúa avanzando por un camino rodeado de cipreses, y hasta ahora, ni rastro de la casa.

¿Qué tan grande es este lugar?

Pronto tengo mi respuesta, y si mi mandíbula pudiera, habría golpeado el suelo.

¡Sí!

¡Es gigante!

—¿Tú vives aquí? —susurro, sin saber ni por dónde empezar a mirar.

En lo alto de una colina se impone una mansión, castillo, no sé qué nombre darle a esa construcción.

Es absolutamente hermosa.

No sé ni cómo empezar a describirla.

Desde el carro solo alcanzo a ver una gran torre de estilo medieval, conectada a una estructura más baja, pero aun así no es de un solo piso, porque hay grandes ventanas en lo que imagino que es el segundo nivel.

Eso es, una enorme casa en forma de U, rodeada de mucho verde, flores, sí… es para quedarse sin aliento.

El carro se detiene y siento las manos heladas. Llegó la hora de la verdad.

—Giulia —llama, y cierro los ojos, respiro hondo, sabiendo que mi tormento está por comenzar, pero si sirve de consuelo, al menos no fue agresivo, ni siquiera cuando amenacé con darle una bofetada. No respondió con violencia.

No vamos a tentar a la suerte, ¿verdad?

Giro el rostro hacia él, y su expresión es más suave. Quisiera olvidar todo lo que escuché en este carro, pero sé que es imposible. Miro mi anillo y siento que el corazón se acelera.

Ay, abuela, en qué lío me metí.

—*Benvenuto a casa nostra* —dice, con la mirada fija en la mía, y por un segundo, olvido que es un criminal—. Bienvenida a

nuestra casa —repite en portugués, y asiento en agradecimiento.

No tenía que traducirlo, pero lo hizo.

La puerta de la camioneta se abre por uno de sus hombres y él baja, pero en vez de seguir su camino, extiende la mano hacia mí.

Mi mirada se cruza con la suya y, a regañadientes, acepto su ayuda. Un escalofrío me recorre el cuerpo, y me apresuro a soltar su mano, mirando a mi alrededor, sin ocultar la curiosidad ni la sorpresa.

Sí, Giulia, escapar está fuera de toda posibilidad.

Estamos en medio de la nada, seguramente sus soldados me encontrarían, o me moriría de sed, o mordida por algún animal.

—La ciudad más cercana queda a más de cuarenta minutos en carro —resalta, entrecerrando los ojos en mi dirección, como si supiera lo que estoy pensando.

Dios, ¿cómo hace eso?

Sí, huir no es opción. Primero necesito averiguar más sobre dónde estoy y entonces encontrar una solución.

Mi abuela siempre decía que para cada problema hay una solución. Espero que tenga razón.

—¡Oh, Dios mío! —Una señora, que calculo de unos sesenta años, súper elegante, aparece en la puerta de entrada. A su lado, una joven que imagino debe tener mi edad, o tal vez un poco menos.

Ambas parecen emocionadas al ver a Matteo, y bajan las escaleras apresuradas hasta donde estamos.

—¡Llamen al médico! —grita, acercándose nerviosa, examinándolo de arriba abajo.

—*Mama*, cálmese. Estoy bien. —Camina hacia ella, tomando su rostro entre las manos—. Fue una herida limpia —dice, y no sé en qué mundo eso debería tranquilizar a alguien.

¿Hola? ¿Familia de mafiosos?

—¿Estás seguro?

—Claro que sí, doña Eleonora. —Le da un beso en la frente —. No fue esta vez que te libraste de mí. —Guiña un ojo, y ella le da una palmada en el hombro.

—No digas eso ni en broma, Matteo —lo reprende, haciendo cara de enojada, pero luego acaricia su rostro, con lágrimas cayendo por sus mejillas, que disimula rápidamente.

—¿De verdad quieres que la *mama* muera del susto, eh? —La rubia se acerca y pone los ojos en blanco, pero es evidente que está emocionada también.

—¿Todo esto es preocupación, hermanita? —Arquea una ceja.

—¿Yo? ¡Jamás! Sé que sabes cuidarte bien, aunque, creo que estás perdiendo práctica, Teo. ¿En serio una heridita te dejó así? —se burla, y yo muerdo los labios para contener las ganas locas de reír.

¿Quiénes son estas personas? ¡Jesús amado!

—*Mama*, Chiara, quiero que conozcan a Giulia —dice, acercándose, y me tenso al sentir sus miradas sobre mí—. Ella es la gran responsable de que esté aquí… entero —subraya, apoyando la mano en mi espalda y, maldita sea, mi cuerpo reacciona al contacto.

Respira, Giulia.

Está siendo amable.

—Oh, mi querida, ¡Dios te bendiga! —exclama su madre, mirándome con tanta gratitud que resulta difícil permanecer impasible.

Incluso en italiano y hablando rápido, logro comprender lo que dijo.

—Está exagerando, solo le di una ayudita —digo en inglés, algo avergonzada—. *Solo dato un piccolo aiuto* —añado, en un intento fallido de hablar italiano, pero creo que entendieron.

—Además de todo, es modesta. Giulia me acogió cuando invadí su patio, herido, y cuidó de mis heridas. —Su mirada no se aparta de mí y es difícil concentrarme en cualquier otra cosa con él tan cerca.

Recuerda lo que dijo en el auto. ¡Concéntrate!

Soy una tonta, incluso después de todo lo que pasó esta mañana, aquí estoy, con el corazón acelerado como una adolescente y todavía preocupada por sus heridas.

—Muchas gracias, querida —dice en un portugués cargado de acento y luego se acerca, deteniéndose a pocos centímetros de mí.

—Hice lo que cualquiera haría —respondo, feliz de saber que me comprende.

Deseo mucho aprender italiano, pero sé que no será de la noche a la mañana.

—Oh… —Toma mi mano entre las suyas, dándole una ligera palmada—. Me gustaría creerlo, pero ya he visto demasiada maldad en este mundo —afirma, y entonces su mirada va hacia mi anillo y se detiene.

Un destello de sorpresa cruza por sus ojos, pero lo disimula rápido.

—*Figlio*… —Mira a Matteo y algo en mí se agita.

Era todo verdad. La reacción de su madre al ver la joya solo lo confirma. No tuvieron tiempo de acordar nada y ahora, analizándola, veo que usa un anillo idéntico al mío.

Siento las manos frías.

—Sí, *mama* —confirma su pregunta silenciosa—. Giulia es de la *famiglia*. Es la nieta de Giovanni Tomazini.

—*¡Madonna mia!* —Lleva la mano al pecho y, por un momento, me preocupo, pero enseguida vuelve a acercarse a mí, analizándome con atención.

—No puede ser, después de todos estos años… —Cierra los ojos y es evidente que está sorprendida—. Querida, ¿cuál es el nombre de tu abuela? —pregunta, incrédula.

—Soy hija de Mattia Tomazini y Patricia Monzani Tomazini —comienzo, y siento sus dedos acariciar suavemente mi espalda; miro de reojo en su dirección, pero no me quejo, de alguna forma insana, me gusta sentirlo—. Mi abuela es Francesca Tomazini —digo, y noto mis ojos llenarse de lágrimas al pensar en ella—. Falleció hace cuatro años, durante la pandemia —añado, y veo la tristeza inundar su mirada.

Eso me rompe el corazón.

Muerdo mis labios con fuerza, intentando contener las ganas locas de llorar.

De repente, me sorprende con un abrazo fuerte.

—Lo siento mucho, querida —susurra en mi oído, solo para mí—. Tu abuela era mi mejor amiga y no hubo un solo día, en todos estos años, en que no sintiera su falta… —Su voz se quiebra—. Ahora, al menos, sé que está feliz junto a su Gio —dice, exactamente como lo diría mi abuela, y me descubro apretando mis brazos a su alrededor. Contra todo pronóstico, se siente bien estar aquí.

Cuando se aparta, es imposible ocultar las lágrimas que marcan nuestros rostros. Matteo me mira, luego a su madre, y su mirada, siempre tan dura, se suaviza.

—Aún no lo creo —exclama Eleonora, secándose la cara.

—Créalo, *mama*. Ella se quedará con nosotros —avisa, y estoy a punto de protestar cuando la señora aplaude, entusiasmada.

—¡Oh, qué maravilla!

Sonrío con incomodidad, pero lo fulmino con la mirada.

—Giulia vino a Italia para tramitar la ciudadanía y fue engañada por unos hijos de puta que la dejaron en las afueras de Ostia.

—¡No! —exclama—. Dios mío, fue el destino el que los puso uno en el camino del otro. —Mira al cielo y agradece a una santa cuyo nombre no entiendo.

—No te preocupes, *mama*, voy a resolver esta situación —la tranquiliza, lo que sea que eso signifique.

—Bien, tienes que ver al médico. —Apoya la mano en su pecho.

—Primero necesito una ducha.

—Está bien, querido. Vamos entrando, estoy tan feliz de tenerlos a los dos aquí, sanos y salvos. —Abraza a sus dos hijos y, por unos minutos, hasta había olvidado que Vincenzo estaba allí—. Y tú, Giulia, qué sorpresa tan maravillosa.

Caminamos hacia la casa e intento, en vano, calmar el torbellino dentro de mí, cuando siento un toque suave en el hombro.

La rubia, Chiara.

—Ahora que mi madre te dejó libre, es mi turno de agradecerte. —Sonríe, y es imposible no devolverle la sonrisa,

notando que es aún más hermosa de cerca—. Gracias por ayudar a mi hermano. —Me guiña un ojo y hace un gesto con la cabeza hacia el hombre, que en ese instante gira para observarnos—. Puedo ayudarte con el italiano y tú me enseñas un poco de portugués, ¿qué opinas?

—Yo… —me trabo, sin saber siquiera qué responder. La verdad es que no espero quedarme aquí el tiempo suficiente para aprender, pero tampoco contaba con una recepción tan cariñosa—. Creo que será fantástico —digo finalmente, y su sonrisa se hace aún más grande—. *Perfetto* —añado, sonriendo al usar una de las palabras que aprendí en los últimos meses.

—*¡Molto bene!* —responde, y me siento orgullosa.

Antes de viajar, estudié todos los días con una aplicación para aprender italiano y compré un libro sobre el idioma, pero llegar aquí y escuchar a todos conversar es un reto. Incluso entiendo algunas cosas, el problema es responder, ya que mi vocabulario es muy limitado.

—*Piacere di conoscerti*, Chiara —digo, y ella abre los ojos sorprendida—. Es un placer conocerte. —Le guiño un ojo.

—*Il piacere è mio* —responde y luego intenta repetir la frase en portugués—. Vamos a divertirnos, Giulia. Ya me caíste bien —suelta de la nada, y siento un nudo en el pecho.

Yo también, aunque sé que no debería.

No cuando mis días aquí están contados, pero eso es algo para pensar más tarde.

Con Chiara a mi lado, entro en la mansión de los Zampieri y, si el exterior ya era impresionante, no contaba con lo que me esperaba dentro.

Espectacular sería la palabra para empezar, ya que hasta ahora solo he visto lo que imagino es la sala de estar y el comedor, ambos enormes.

Grandes puertas de vidrio permiten que la luz del sol inunde el ambiente, haciéndolo acogedor y cálido, y también ofrecen una vista del jardín en lo que imagino es la parte trasera, donde hay una piscina gigantesca.

¿Qué no es grande aquí?

—Aún no puedo creer que ya querían convocar una reunión del consejo. —Incluso estando a unos pasos detrás, puedo oírlo, y si hay algo que ya noté es que el hermano de Matteo es de pocas palabras, lo que significa que esto lo puso furioso.

—Vincenzo —lo reprende su madre, pero tengo que darle la razón, aunque en este momento yo misma quiera matar a su hijo, que no deja de observarme. La preocupación de ese tal consejo debería ser encontrar a su *Don*, no reemplazarlo.

—Relájate, Enzo —le aprieta el hombro a su hermano—. Voy a descubrir quién está detrás de esto y va a desear estar muerto —dice sin titubear, y en ese instante su mirada se cruza con la mía.

Dios, él… realmente lo dice en serio.

Un hombre alto, aunque no tanto como Matteo, carraspea al entrar en la sala desde otra habitación.

—Carajo, qué susto nos diste. —Se acerca y lo abraza con fuerza.

¿Otro hermano?

—Dios me libre —susurra Chiara a mi lado, y solo entonces noto que lo dije en voz alta—. Son amigos de toda la vida —explica, y su mirada no se aparta del recién llegado.

—¿Cómo están las cosas? —pregunta Matteo, y el desconocido responde rápido, lo que solo puede significar una cosa: está involucrado en los "negocios de la familia".

—Lucca es el *consigliere* —murmura ella solo para que yo escuche, pero la interrogación en mi rostro debe ser tan evidente que apenas añade—: Después te explico.

Ok…

—Un caos. Los capos estaban agitados, pero acabo de tranquilizarlos asegurándoles que el Don está bien y a salvo.

—Quiero una reunión mañana, aquí, con todos.

—¿Mañana? —Lucca arquea una ceja.

—Deberías descansar, hijo —comenta su madre, pero él ni se molesta en responder.

—Voy a darles el día de hoy para que se preparen. Haz los arreglos.

—¡Considera que ya está hecho! —responde de inmediato el rubio de impresionantes ojos verdes.

—Asegúrate de que las familias de nuestros soldados tengan lo que necesiten. No escatimes en esfuerzos.

—Ya estoy ocupándome de eso, tranquilo.

Matteo le sujeta la nuca a su amigo y apoya la frente contra la suya.

—Vamos a encontrar a los responsables —promete, y su mirada no deja lugar a dudas. Incluso a varios pasos de distancia, siento que se me eriza la piel.

Quien sea que esté involucrado, solo tiene un destino.

La muerte.

—¡Vamos! —responde el *consigliere*.

—En cuanto a los heridos, quiero el mejor tratamiento y seguridad en el hospital. No sabemos si lograron identificar a alguien o algo que pueda llevarnos hasta los traidores.

—Dejé a cuatro hombres allí, pero la probabilidad de obtener algo es baja.

Un clima tenso inunda la sala.

—El médico no dio muchas esperanzas.

Observo a Matteo cerrar el puño. Ni siquiera necesita hablar; está claro que está furioso.

—Mantenme informado.

Su mirada se cruza con la mía y, por un instante, creo que va a decir algo, pero luego susurra algo incomprensible a su amigo, que entonces parece notar mi presencia y asiente con la cabeza.

Mucho gusto en conocerte también, Lucca.

—Voy a subir a mi cuarto —avisa, y cómo quisiera que dejara de mirarme. Mis manos están frías como hielo—. Mamá, ¿podrías avisar al doctor que me vea allí, por favor?

—Claro, querido. Voy a acomodar a Giulia y enseguida hablo con él. Ve a descansar, me aseguraré de que el almuerzo esté listo pronto. Imagino que todos deben de estar hambrientos.

La mención a la comida me recuerda que apenas probé bocado en toda la mañana. La verdad es que, desde que subí a

aquella lancha y luego en todo el trayecto hasta aquí, he sobrevivido solo a base de agua y odio.

—*Perfetto.* —Vuelve a besar su frente y se aleja, subiendo las escaleras con esa pose altiva que ya entendí: le sale natural.

Deja de observarlo.

Su madre me pasa la mano por el hombro, y agradezco la interrupción más que bienvenida. Lo último que necesito es quedarme pensando en el enemigo.

—Oh, querida, todavía no puedo creer que estés aquí de verdad. Ven, vamos a buscarte un cuarto. Imagino que estás cansada y con hambre.

—Me encantaría —admito, necesitando con urgencia un momento a solas—. Mi maleta. —Muerdo los labios.

—Ya pediré que la traigan. Vamos a ver si te gusta el cuarto.

—Por supuesto—digo automáticamente.

Me despido de Chiara y sigo a su madre hacia el piso superior, subiendo las mismas escaleras que Matteo.

Ojalá su cuarto quede bien lejos de donde me van a meter.

Caminamos por un pasillo largo y pierdo la cuenta de cuántas puertas veo. Así no hay manera de no perderse en esta casa.

—Aquí. Espero que te guste. —Empuja la puerta, revelando una habitación amplia. Dios, debe ser más grande que la sala de mi casa, y eso que no es pequeña.

—Es hermosa… —suspiro, sin poder ocultar mi asombro.

Es rústica, con paredes que parecen revestidas en piedra natural, techo de madera aparente con grandes vigas expuestas, piso de madera en un tono claro. En el centro, una gran cama matrimonial; a la izquierda, una mesa de noche con una lámpara y un bonito florero; para completar, una alfombra mullida color crema en la que solo puedo imaginarme pisar descalza después de una ducha caliente.

La sensación es acogedora.

—Tienes un baño privado, querida. Si necesitas algo, solo avísame, aunque creo que encontrarás todo lo necesario en el armario.

—Gracias, señora Zampieri.

—Eleonora, por favor. Eres familia.

Familia.

Muevo la cabeza, incapaz de responder.

—Voy a dejarte tranquila, ya traerán tu maleta. —Con eso, me deja sola con mis pensamientos.

Miro a mi alrededor, asimilando todo lo que pasó en las últimas veinticuatro horas, y no parece real. Pongo mi mochila sobre la cama y lo primero que hago es buscar mi celular.

Muerto.

Busco un enchufe y lo pongo a cargar. Si conozco bien a Isa, debe estar volviéndose loca esperando un mensaje mío.

Perdón, amiga, tardaré un poco más.

Un golpe en la puerta llama mi atención. La abro y aparece una señora de unos cincuenta años, impecablemente uniformada, con mi maleta en la mano.

—*Ciao, signorita, la tua valigia.*

Oh, sí.

—*Grazie mille* —agradezco, y tan rápido como llegó, desaparece.

Cierro la puerta y respiro hondo, decidida a darme una buena ducha caliente y empezar de nuevo el día, pero antes, quiero hacer algo más. Camino hasta la ventana, solo para descubrir que en realidad es una puerta corrediza de vidrio que da a una terraza.

No puede ser.

Abro la cortina y, si ya había amado el cuarto, nada me preparó para esto.

—¡Oh, Dios mío!

Me llevo la mano a la boca, impactada al ver que desde aquí tengo una vista privilegiada de colinas verdes salpicadas de cipreses que se pierden en el horizonte.

Un mar verde.

Parece una pintura de lo hermosa que es.

Siento un nudo en el pecho.

Estoy en un lugar tan maravilloso que quisiera que las circunstancias que me trajeron aquí fueran otras.

Treinta minutos después, salgo de la ducha sintiéndome renovada. Lavé mi cabello, desde que salí de Brasil no sabía lo que era eso, y tomé un baño largo, dejando que el agua caliente cayera sobre mi piel y se llevara algo de la tensión y angustia acumuladas en las últimas horas. Bueno, al menos una parte.

Intenté reflexionar sobre mis opciones y no encontré ninguna salida. La única alternativa es intentar tener una conversación racional con él. El problema es exactamente ese.

Él y racional en la misma frase.

Me envuelvo en la toalla blanca y abro la puerta del baño, dejando que la nube de vapor salga conmigo, solo para encontrarme con el dueño de esos ojos castaños que no logro sacar de mi mente, sentado en mi cama.

—¡Jesús! —Doy un salto, aferrándome a la toalla como si mi vida dependiera de eso.

—Perdón, no quise asustarte.

Ah, si el único problema fuera el susto… Es imposible no notar que él también se bañó y que luce increíble con un pantalón de algodón gris y una camiseta sin mangas blanca que debería estar prohibida.

Míralo a los ojos, Giulia.

Debe pasar horas en el gimnasio para conseguir todos esos músculos, ¿o no? No es posible. Me obligo a subir la mirada y responder, intentando mantener la distancia.

—Golpear la puerta la próxima vez tal vez funcione —disparo con acidez, y él arquea una ceja.

Oh, mierda. Filtro, Giulia. Recuerda: mafioso peligroso. Deshacerse de tu cuerpo podría ser increíblemente fácil para él.

—Golpeé —avisa mientras se pone de pie, haciéndome sentir aún más pequeña de lo que soy.

Doy un paso atrás, solo para toparme con la pared de piedra.

Piensa…

—¿Qué quieres, Matteo? —pregunto, alzando el mentón y reuniendo toda la valentía que tengo.

Parece meditar unos segundos y juraría que casi sonríe. Mis dedos están blancos de tanto apretar la tela que me cubre, mientras

lo observo acercarse como un depredador.

Respira.

—Quiero que tu estadía en Italia sea feliz —afirma, deteniéndose a pocos centímetros de mí. Solo puedo pensar en su perfume amaderado y en las pequeñas gotas de agua que aún escurren de su cabello.

Di algo. Lo que sea.

—Yo… —mi voz se quiebra y carraspeo, porque estar cerca de él me desconcierta—… quisiera que así fuera.

—Sé que no te gustó lo que escuchaste en el auto, pero como dije, no miento ni soy de medias palabras. Ya lo notarás.

Anotado.

—Aquí eres bienvenida. Estás bajo mi dominio, eres mi protegida. Nadie va a hacerte daño ni impedirte caminar por la propiedad. —Sus ojos están fijos en los míos, intensos, penetrantes.

—¿Eso quiere decir que puedo irme? —pregunto, sin apartar la vista de sus pupilas.

—Excepto si intentas marcharte, *ragazza*.

—¿Soy tu prisionera? —Arqueo una ceja, en desafío.

—Prefiero decir mi huésped.

—Creo que deberías buscarlo en el diccionario, porque hasta donde recuerdo, el significado es muy distinto —escupo, rompiendo el contacto visual, intentando controlar el torbellino de emociones que me atraviesa: rabia, miedo y algo que no sé nombrar.

—Disfruta tu estadía. —Me toma del mentón y me obliga a mirarlo—. Creo que estarás mejor instalada aquí que en Ostia. Voy a protegerte, *ragazza.*

Otra vez con lo de ragazza.

Que se joda el ragazza.

Sí, recuerdo perfectamente lo que significa.

—No soy ninguna niña, Matteo, y claramente no necesito protección, mucho menos la tuya —marco cada palabra, dejando que la ira me domine.

Tienes que mantener el control.

Él se ríe, lo que solo me irrita más.

—¿Cuántos años tienes, Giulia? —pregunta con las manos en los bolsillos, relajado, como si no hubiera escuchado nada grave.

—Eso no es asunto tuyo, ¿sabías? —replico, furiosa.

—Imagino que tú y mi hermana tienen la misma edad, quizá los mismos intereses. —Se encoge de hombros y yo me contengo para no rodar los ojos; opto por quedarme callada, lo que, créeme, es un sacrificio—. Voy a hablar con nuestro abogado mañana para ver lo de tu proceso —avisa, ignorando mi arranque, y no sé cómo sentirme al respecto.

No sé si gritar o agradecer por la tregua.

Matteo me mira en silencio. No sé cuánto tiempo pasa, pero parece una eternidad. Es difícil respirar cuando su presencia me aplasta.

—Nos vemos en el almuerzo —dice al fin, dándome la espalda y caminando hacia la puerta.

Mierda. Piensa, Giulia, discutir con este imbécil no te llevará a ninguna parte. Necesitas ganarte su confianza y luego convencerlo de que te deje ir.

Sí, eso es.

Es la única opción.

—Gracias —digo, incapaz de seguir callada por más tiempo. La verdad es que está haciendo algo que no tendría por qué. Podría simplemente tenerme aquí encerrada, matarme y disolver mi cuerpo en ácido, como en las películas.

Estoy perdiendo la cabeza, eso es.

Matteo sonríe, y aunque no es la primera vez que lo veo así, no me canso de mirarlo. Maldita sea, no debería parecerme atractivo, pero lo es, sobre todo ahora, sin ese traje hecho polvo.

Ya tiene la mano en la manija cuando añado:

—Y, por cierto, tengo veintitrés años. —Hago una mueca. Él masculla algo en italiano que no entiendo, pero podría jurar que está maldiciendo, y sale, dejándome atrapada con mis propios pensamientos.

Respiro hondo una, dos, tres veces, hasta que mi corazón recupera un ritmo más estable.

No sirve de nada perder el control. Necesito entender con quién trato y qué me espera en este tiempo en la Toscana.

Aún envuelta en la toalla, camino hacia la ventana y fijo la vista en el horizonte.

Quizá no sea tan malo quedarme aquí un tiempo.

Una cosa es segura: dudo que Chiara y yo tengamos algo en común. Alguien criado en este palacio debe estar acostumbrado a algo completamente distinto de lo que yo viví.

Esto va a ser, como mínimo, interesante. Y ya que no puedo irme… todavía, voy a intentar aprovechar mi estadía y no volverme loca o matar al dueño de esta maldita casa en el proceso.

Toscana, ¡he llegado!

CAPÍTULO 10



Matteo

Mateo

Human – Rag'n Bone Man

"*I love the smell of gasoline*
Me encanta el olor de la gasolina.
I light the match to taste the heat
Enciendo la cerilla para saborear el calor
I've always liked to play with fire…"
Siempre me gusta jugar con fuego.

Extracto de Play with fire – Sam Tinnesz feat Yacht Money

Intenté dejar los problemas a un lado mientras el agua caliente caía sobre mi cuerpo. No lo logré. Para empeorar mi humor, todo me dolía.

Un vistazo al espejo mostró el motivo: mi pecho parecía un lienzo pintado en tonos de negro, morado y verde. El hematoma tardaría varias semanas en desaparecer, lo sabía bien, y como todo lo malo siempre puede empeorar, por supuesto que la condenada no salía de mi cabeza.

El momento no podía ser peor.

No es como si pudiera salir y cazar un coño caliente, hay problemas más urgentes que lograr que mi polla deje de pensar en

la casi italianita.

La *diavoletta* es brava y, maldita sea, si eso no me calienta todavía más.

Apoyo la mano en la pared y observo la vista desde mi ventana, intentando no pensar en lo que estará haciendo en este momento.

¿Estará vestida o aún envuelta en aquella toalla blanca, que fácilmente podría arrancarle?

Hermosa.

Ese pedazo de tela no logró esconder sus muslos gruesos y, carajo, con solo pensarlo siento que se me pone dura. No sé qué demonios se me metió en la cabeza para ir a su habitación, que, por supuesto, está a pocos metros de distancia.

Paso la mano por el cabello, frustrado, recordando que la idea era tranquilizarla, calmar los ánimos. No es que eso alguna vez haya sido mi prioridad. Por lo general, doy órdenes y poco me importa quién está de acuerdo o no.

A la mierda, la chica es distinta.

Quise demostrar que estaba dispuesto a llevar una buena convivencia, pero ver sus ojos disparando furia parece despertar lo peor de mí.

Le guste o no, Giulia se quedará aquí el tiempo que yo quiera.

Y no parece que vaya a ser por poco.

Sé que estoy jugando con fuego, y enterarme de su edad, en lugar de ser como un balde de agua fría, fue justo lo contrario. Giulia es gasolina, y siento que voy a quemarme.

¡Concéntrate, carajo!

Necesito averiguar quién está detrás de toda esta mierda, lo que significa tener la cabeza en los negocios y no en la morena de ojos verdosos.

Para colmo, el médico elogió el vendaje y dijo que solo no necesité puntos gracias a la intervención de la *bella ragazza*. A la mierda, todo parece llevar mis pensamientos directo hacia ella.

Directo hacia quien no debería.

Giulia Tomazini no es mi prioridad.

¡No, carajo!



Si hay algo que me gusta, son los almuerzos en familia. Es una tradición de mi padre que conservo siempre que puedo.

Podemos lidiar con toda la mierda afuera, pero en casa, el ambiente debe ser de paz. Aun así, hoy tengo la cabeza a mil, pero me obligo a sentarme con todos y comer.

Fue un susto de los grandes, muchos ya no tienen esta oportunidad, lo que es una razón más para agradecer.

Observo a la italianita mientras mi madre hace una breve oración y no dejo de pensar en lo que habría sido si otro la hubiera encontrado. Solo imaginarla en ese agujero ya me hace hervir la sangre.

—Amén —todos responden y me obligo a enfocarme en el aquí y ahora, y no en lo que pudo haber pasado.

Todo estaba delicioso y ya me siento renovado.

Me atrevería a decir que me encantaría ir al gimnasio a descargar un poco de tensión, pero el médico y mis costillas se quejarían.

—Enzo, ¿conseguiste la información que pedí? —Arqueo una ceja hacia mi hermano y él solo asiente.

Bien.

—Todo listo para mañana también —apunta Lucca, leyendo mis pensamientos. Esa iba a ser mi próxima pregunta.

—Perfecto, pídele a Alberto que llegue más temprano. Tengo un asunto extra con él —indico y siento la mirada de doña Eleonora sobre mí.

Mama odia que hablemos de negocios en la mesa, pero a veces es necesario para ganar tiempo.

Hoy es uno de esos días. Además, la chica no tiene idea de quién es ese desgraciado.

—Giulia, querida, ¿qué tanto sabes sobre tu familia? —pregunta mi madre, y ella se sonroja, captando toda la atención.

Esto va a estar interesante.

—Mi abuela no hablaba mucho. Solo decía que extrañaba mucho su tierra, sus amigos y a su Gio. Era bastante reservada, pero siempre que hablaba de Italia, lo hacía con mucha nostalgia.

—¿Por qué viniste sola? —disparo, tomando un trago de vino, y su mirada se encuentra con la mía.

A diferencia del desafío de siempre, veo tristeza. Y se siente como un puñetazo en el estómago.

—No tengo a nadie más —responde y desvía la mirada.

¡Mierda!

—Mi padre falleció en 2016, en un accidente de moto. Mi abuela no resistió al covid y se reunió con él hace cuatro años. Desde entonces, solo quedábamos mi madre y yo.

Silencio absoluto.

Nadie dice nada, pero no dejo de notar que usó el verbo en pasado: "quedábamos".

La chica no tarda en dar la explicación.

—Mi madre —su voz se quiebra, pero continúa— luchó los últimos dos años contra un cáncer de cuello uterino. Desafortunadamente, la enfermedad se la llevó hace seis meses. —Levanta el rostro y me invade la necesidad de arrancarle toda esa tristeza—. Desde entonces, solo estoy yo. —Sonríe con tristeza.

Ya no más.

—El plan era venir juntas a Italia, un viaje solo nuestro, hacer turismo, reconectar con mis raíces y, de paso, obtener la ciudadanía. —Parece estar con la mente en otro lugar—. Antes de morir, me pidió que viviera, que viajara y cumpliera todo lo que planeamos. Y aquí estoy.

En los últimos siete años lo perdió todo. A su padre, a su abuela y ahora a su madre. ¿Qué tan jodido es eso?

Puede que ella crea que está sola, pero ya no más.

—Oh, mi querida —comienza mi madre, rompiendo el silencio —. Lo siento mucho.

—Está bien. Creo que todo en la vida tiene un propósito y —muerde los labios— sé que los perdí muy joven, pero los recuerdos que compartimos estarán conmigo para siempre.

Mamá se seca discretamente una lágrima y mi hermanita también tiene problemas para contenerse.

—Tenemos que remediar eso, *figlio.* —Me mira y, carajo, no podría estar más de acuerdo.

—Lo haremos —afirmo, bajo la mirada atenta de todos.

—¿Qué? No entiendo —pregunta Giulia.

—Tienes que conocer a tus parientes, a tu tío abuelo, primos, primas… —empieza mamá, y no puedo quedarme callado.

—Massimo es un imbécil —advierto—. No te estás perdiendo de nada.

—¡Matteo! —reprende mamá, y veo que Enzo, Chiara y Lucca apenas se aguantan la risa.

—Es verdad, mamá. —Mi hermana no se contiene y sale en mi defensa.

—Dejen que Giulia forme su propia opinión. Vamos, el tipo puede ser un tanto...

—Imbécil —es Enzo quien habla, lo que solo hace todo más divertido.

—¡Ustedes son terribles! —nos reprende como si fuéramos niños—. Miren a Lucca, sin comentarios inapropiados. ¡Muy bien, querido!

—El cabrón se está conteniendo —replico, pero él se mantiene impasible.

—Cobarde —provoca Chiara, y veo al *consigliere*, siempre político, entornar la mirada.

Mi hermanita sabe cómo sacarlo de quicio.

Bien hecho, Chiara.

—Tengo que admitir que mi opinión sobre él tampoco es la mejor —dice, después de mucho suspenso, y Enzo y yo golpeamos la mesa, riendo, mientras mamá solo pone los ojos en blanco.

—Incluso tú, Lucca Salvatore.

—Perdón, madrina, pero es un hecho conocido.

—Ok, ok, aquí no ha pasado nada. Sé cuándo he perdido.

—Mamá, la estamos protegiendo —señala Chiara, y yo no podría estar más de acuerdo.

Giulia sigue mirándonos con una mezcla de confusión y risa.

Ah, ragazza, realmente no sabes en qué te has metido.

—Vamos a organizar una fiesta —anuncio, y todas las miradas se posan en mí.

—¿Fiesta? —Doña Eleonora abre los ojos como platos—. ¡Querido, casi mueres!

—¡Exacto! —respondo—. La idea es mostrarle a quien lo intentó que su plan fracasó, vamos a celebrar la vida, la memoria de los que murieron honrando a la familia, la llegada de Giulia… —Mi mirada se dirige a ella, es imposible resistir—. ¡Tenemos mucho que celebrar! —Me levanto animado y todos me siguen, visiblemente sorprendidos.

—Bueno, viéndolo así… —comienza *mamá*.

—¡Es una excelente idea! —exclama Lucca—. Podemos observar la reacción de todos. Seguro que mañana vendrán preparados y con el discurso ensayado, pero es en una fiesta donde la gente se muestra tal cual es, sobre todo después de unas copas de vino.

Ese es el espíritu.

—Dios, Lucca, ¿no te cansas de hablar de trabajo?

—No todos viven de sombra y agua fresca, *bambina*.

—¡No me llames así! Ya no soy una niña.

Vincenzo se ríe y yo ni me inmuto con los dos.

—Tú también, Enzo —Chiara lo empuja con el codo, pero no consigue enojarse por mucho tiempo—. Bueno, ya que haremos una fiesta, mamá, Giulia y yo tendremos que ir de compras.

—Puedo ver desde aquí la tristeza en tu rostro —provoca Lucca.

El hijo de puta no pierde una oportunidad para fastidiarla, y claro que Chiara le levanta el dedo del medio, aprovechando que mamá está de espaldas, pero yo lo veo.

—Yo… —empieza Giulia, y por el rojo que tiñe sus mejillas ya sé lo que va a decir—. Agradezco, pero no sé si…

—No te preocupes por el dinero —la interrumpo, y la sorpresa inunda su mirada.

—Pero…

—Sin peros. —Se muerde los labios, y sé que está a punto de darme una respuesta atrevida, pero aun así se calla, y yo solo puedo pensar en lo suaves que deben ser—. Considéralo un regalo mío, de bienvenida… a la *famiglia* —digo, y enseguida pido permiso, necesitando la paz de mi oficina.

—Vas a quedar preciosa. —Escucho la voz entusiasmada de Chiara, y solo puedo pensar que se equivoca.

Giulia podría estar metida en un maldito saco de papas y aun así sería absolutamente hermosa.

Mierda.

Necesito un maldito poco de distancia de esta chica y un buen sexo para aliviar la tensión de estos últimos días. Urgente.

No han pasado ni veinticuatro horas desde que Giulia entró en mi vida y lo único en lo que pienso es que estoy jodido.

¿Qué demonios me está pasando?



Dormí como el carajo.

No es que yo suela tener grandes noches de sueño, pero mi mente está constantemente en una de las habitaciones de huéspedes.

Me rendí y fui al gimnasio, solo para descubrir que no fui el único en madrugar.

—Sea lo que sea, la bolsa no tiene la culpa —bromeo al ver a Enzo golpeándola sin piedad.

El sudor le gotea por la frente.

—¿Quieres usarlo? —Se aparta.

—No debería. —Apoyo la mano sobre el equipo y cierro el puño—, pero lo necesito. —Me quito la camiseta, quedando solo con el pantalón de buzo, y escucho su silbido.

—Carajo, si no lo supiera, pensaría que te usaron como bolsa de boxeo por ahí —dice, y lanzo el primer golpe.

Un dolor me recorre el brazo, el hombro y las costillas, pero lo ignoro.

Necesito descargarme. Necesito dejar de pensar en ella.

Doy media docena de golpes y ya estoy agotado.

—Creo que por hoy es suficiente. Alfonso va a regañarte si tiene que revisar otra vez tu herida.

—No me importa, el viejo está muy bien pagado. Tiene que venir aquí cuando sea necesario.

—¿Qué es lo que te molesta, hermano?

—Podría hacerte la misma pregunta —respondo, y él se encoge de hombros.

—No me gusta no tener las respuestas que quiero —admite, y sabía que eso lo estaba incomodando.

Vincenzo siente un placer especial al conseguir información; para él es más que la tortura en sí: es ver la verdad escapando entre los gritos y lamentos de los pobres infelices. Cuando no lo logra, se pone así, frustrado.

—Si no lo conseguiste, es porque esos cabrones realmente no sabían —lo tranquilizo.

—Aun así.

—Estoy seguro de que pronto tendremos nuestras respuestas. —Le aprieto el hombro—. En breve estarán aquí los capos. ¿Todo bien con nuestra seguridad?

—Todos los arreglos están hechos. Tripliqué la cantidad de soldados y todo está siendo monitoreado al mínimo detalle.

—Perfecto. En la sala de reuniones quiero solo a ellos; los demás invitados deben esperar en otra sala. Eso ya los hará sudar —comento, animado para empezar el día—. Toma una ducha y prepárate, será divertido.

Lamentablemente, la reunión no fue tan productiva como me habría gustado.

Como sospechó Lucca, todos vinieron a la defensiva y con ese discurso preparado de "*gracias a Dios que el Don está bien y a salvo"* y mi frase favorita: "*tenemos que encontrar a los responsables".*

Pueden estar seguros de que sí.

Todos en esta sala son hombres de confianza de la familia, que están con nosotros desde hace generaciones. Me siento mal por dudar de su integridad, pero si hay algo que mi padre y la historia

nos enseñaron, es que la traición suele venir de donde menos se espera: de adentro.

No voy a esperar a que me apuñalen por la espalda. Prefiero tomar el cuchillo, clavarlo en el cráneo del hijo de puta, sentir cómo la vida se le escapa mientras su sangre caliente escurre por mi mano.

Me despido de cada uno, agradeciendo con entusiasmo que hayan venido y asegurándoles que se tomarán las medidas necesarias, y que el ataque no quedará impune.

—Cuente con nosotros para lo que necesite, Don Zampieri —Franco Genovese y Alessandro Romano hablan prácticamente al unísono. Los dos son responsables de zonas estratégicamente cercanas a La Spezia, lo que me hace pensar en cuánto saben sobre el problema en el puerto.

—Continúen haciendo el excelente trabajo que ya realizan en la región, señores —agradezco, y, carajo, debería ganar un maldito premio—. Cualquier señal de algo sospechoso, avísenme. Les sugiero sondear con nuestros asociados si hay algún rumor en las calles.

—Hay rumores de un aumento en el número de grupos de la 'Ndrangheta en la región de Liguria; parece que no se conforman solo con Piamonte —comenta Genovese, y si algo tiene el viejo, es astucia.

No creo que el atentado tenga la mano de la mafia calabresa. Aunque ellos operan en Calabria y cuentan con varios refugios en el norte, nuestros principales rivales en cuanto a territorio y negocios son la mafia de Civitavecchia y la Camorra en Nápoles. Pero no está de más pedirle a Enzo que haga su magia con las computadoras y trate de encontrar algún movimiento sospechoso.

Desde hace décadas no hay una gran guerra entre mafias rivales, eso no le interesa a ninguna de las organizaciones; se pierden vidas y se complican los negocios, es una pérdida segura. Pero como la codicia humana no tiene límites, siempre tenemos que estar atentos a los movimientos más mínimos y trabajar de forma

preventiva. No es casualidad que siempre ocurran matrimonios de conveniencia y se forjen alianzas.

Eso me recuerda al desgraciado de Del Vecchio y nuestra última conversación, de la que todavía no he hablado con Enzo ni con Lucca. Algo me dice que hay más detrás del súbito interés del viejo, y no es solo la belleza de mi hermanita.

—Vamos a observar, sin involucrarnos —respondo, deseando cerrar pronto este asunto.

—Como usted desee, *Don*. Que tenga un excelente día.

—Buen regreso.

Finalmente mi oficina queda vacía, solo estamos Lucca y yo, ya que Enzo fue a acompañar la salida de la mayoría de nuestros invitados.

—¿Alberto?

—Esperando en la sala, junto con su hijo, Massimo.

—Hágales pasar, vamos a terminar pronto con esta mierda.

—Don Zampieri —entra el viejo Alberto Tomazini, y entre todos mis capos es el que menos dolor de cabeza me trae.

Responsable de las provincias de Arezzo y Florencia, gobierna con mano de hierro la región que aporta un volumen significativo de nuestras ganancias, provenientes de usura y, más recientemente, contratos sobrevalorados y lavado de dinero.

Durante décadas, la región fue usada como ruta para el tráfico, ayudando a distribuir la mercancía hacia las demás provincias al norte, pero hoy diversificamos la red de distribución y cambiamos el enfoque.

Al principio, el viejo capo se resistió, pero ahora vio que el dinero sigue entrando; solo reducimos el riesgo.

—Perdone la espera, Tomazini, pero necesitamos tratar un asunto especial.

—Siempre a su disposición. —Aprieta mi hombro—. Y nuevamente, muy contento de verlo bien; nos asustamos mucho cuando llegó la noticia del accidente.

—Agradezco su preocupación. Estoy excelente, como puede ver —destaco.

Su hijo mayor me lanza una sonrisa forzada y contengo las ganas de sacarlo de ahí. Mi asunto es con su padre, pero aun así me esfuerzo por ser político, aunque lo veo analizar cada centímetro de la oficina, como un maldito chacal.

Menos mal que Giulia salió con mi madre y mi hermanita. No la quería aquí. No es momento de exponer a la chica. No es que pueda esconderla por mucho tiempo.

Durante los minutos siguientes, relato brevemente mi encuentro inesperado con su bisnieta y la primera reacción que veo es sorpresa.

Genuina.

Diría que el viejo Tomazini hasta se emocionó; no puede decirse lo mismo de su heredero, que ni se molestó en disimular el descontento.

—Eso significa que tendremos que cuidar a la chica, una más ahora, papá —susurra, pero lo escucho.

—Giulia está bajo mi protección, y es mi huésped por tiempo indefinido —destaco, sintiendo la sangre hervir—. Debo recordarle que su abuelo, el fallecido Giovanni Tomazini, dejó varios bienes cuando fue asesinado.

Sus ojos se abren como platos.

—Nuestra casa en Florencia… —empieza.

—Corrección, su casa.

El imbécil se pone rojo y espero que diga algo, estoy ansioso por hacer que mi cuchillo trabaje.

Su padre levanta el dedo índice.

—El Don tiene razón. Cállate la maldita boca, Massimo, no me avergüences.

No aparto la mirada de su hijo, atento al menor movimiento, y sé que justo detrás de mí Lucca podría meterle una bala en la frente en segundos.

—Mi hermano dejó muchos bienes y dinero. Los hemos administrado todos estos años, pero claro que la niña no quedará desamparada, es una Tomazini —puntualiza—. Mi único temor es que sea complicado conseguirle un matrimonio conveniente, dadas las circunstancias de su crianza.

¿Casarla? ¡Pero qué mierda!

Apenas descubrió que la *ragazza* existe y ya quiere negociarla.

Aprieto los puños, necesitando calmarme.

—Giulia no está familiarizada con nuestras tradiciones —interviene Lucca, destacando lo obvio—. ¡No lo aceptará bien!

—No tiene que estar de acuerdo con ninguna mierda, es mujer, solo debe saber abrir las piernas —puntualiza Massimo y, cuando me doy cuenta, estoy encima del hijo de puta, con su lengua entre mis dedos y un puñal en la otra mano.

La rabia me domina.

Sus ojos están desorbitados y me mira con pánico.

—Sugiero que escuches a tu padre y mantengas la maldita boca cerrada. Escuchar tu voz me está irritando.

Maldita sea, podría matar a los dos solo por estar pensando en negociarla, pero entonces Giulia se quedaría con dos familiares menos.

Malditos.

—La chica no se casará con nadie. A menos que yo diga lo contrario —comunico en un tono que solo un loco se atrevería a contradecir—. ¿Alguien tiene algo que decir? —Arqueo la ceja y su tío abuelo es lo suficientemente sabio como para asentir. Massimo sigue babeando sobre mi mano—. Qué carajo, estás babeando como un perro. Espero que enseñes modales a tu hijo, Alberto —digo, alejando mi cuchillo y bajándome de encima.

—¿Podemos al menos conocerla, Don Zampieri? —Alberto suena como un corderito.

Bueno...

Me gusta que se pongan en su maldito lugar.

—Hoy no. Pronto. Avisaré. Eso es todo por hoy, señores. Que tengan buen viaje de regreso —señalo, arremangando la manga de mi camisa, con la ira aún pulsando en mis venas, y luego tomo mi whisky despacio mientras observo a los dos Tomazini salir de la oficina con el rabo entre las piernas.

Maldita sea, me está explotando la cabeza y el día apenas comienza.

—¿Qué demonios fue eso? —pregunta Lucca cuando quedamos solos en la oficina.

—¿Qué? —respondo, tirándome en la silla de cuero negro que fue de mi padre.

—Eso, tú y los Tomazini. Por un segundo pensé que le ibas a cortar la lengua al hijo de puta.

—Casi —confirmo—. El pedazo de mierda estaba preocupado por los inmuebles y cuando creí que no podía empeorar, sueltan ese maldito comentario sobre el matrimonio.

—Bueno...

—Ni siquiera la conocen, Lucca, y ya están pensando en cómo lucrar con su llegada, su propia sangre; eso es jodido de muchas formas —sigo, deseando volver al gimnasio.

—Eso ya se esperaba, Matteo —dice y nuestra mirada se encuentra—. No digo que esté de acuerdo, me parece enfermizo, pero ella es de su familia; queramos o no, nuestra tradición determina que el pariente hombre más cercano sea el responsable —señala algo que sé muy bien, pero que ignoré en ese momento.

—Ella es diferente —murmuro para mí.

Solo pensar en ella con alguien me dan ganas de matar al hijo de puta.

—No me digas que estás interesado en la chica.

—Vete a la mierda, Lucca.

El imbécil se acerca, saca una la silla y se sienta frente a mi escritorio.

—Ni lo intentes, amigo o consejero; te lleno de golpes si sigues con esa mierda.

Él levanta los brazos, pero continúa, y cierro los ojos, sabiendo que no me gustará lo que viene.

—Matteo, no es mala idea, amigo mío...

—¿De qué mierda hablas? Necesito un maldito analgésico —respondo, abriendo mi cajón y tragando la pastilla con el resto del whisky que queda en el vaso.

—Solo escúchame, si te molesta tanto la idea de ver a la chica casada —sigue y siento mis dedos apretar el vaso vacío—, mi punto es que podrías ser el novio.

Maldito hijo de puta.

El vaso se rompe en decenas de pedazos y la sangre empieza a correr por mi mano.

—Maldita sea, Matteo. Voy a llamar al doctor —advierte, sacando el celular para llamar al médico.

Nunca pensé en casarme. Nunca encontré a una mujer que me hiciera considerar la posibilidad. Me tomo en serio el tema del matrimonio, por eso no me he casado hasta hoy.

—¿Te escuchas? —Apenas reconozco mi voz, me levanto sin importarme la sangre—. La chica tiene la edad de Chiara —argumento y él hace una mueca, pero sigue.

—Es mayor de edad —puntualiza—. No sabemos si es pura, pero imagino que no le importa esa mierda.

Con la mano buena, enciendo un cigarro.

La idea de que otros hayan tocado lo que es mío me molesta.

Pero qué carajo.

¿De dónde salió eso?

Mía.

Debería cerrar este tema pronto.

Al contrario, me aparecen imágenes de mi polla enterrándose en ella, profundo, fuerte, marcándola como mía, bañándola con mi sleche, la marca de mi mano en su trasero.

¡Mierda!

—Quiero saber si conseguimos algo sobre la carga incautada —desvío la conversación—. Basta de charla, a trabajar.

—Estás sangrando, carajo.

—Alfonso debe estar llegando, ve. —Hago un gesto con la mano buena y él me observa unos segundos.

El hijo de puta me conoce muy bien, lo que a veces, como ahora, puede ser irritante.

—Creo que en vez de preocuparte por mi matrimonio, deberías empezar a pensar en el tuyo. También necesitas mujer e hijos —provoco, sabiendo cuánto odia esa idea.

—Después de ti y Vincenzo, quién sabe —Guiña un ojo—, soy el más joven.

—Meses —destaco—. Eres unos malditos meses más joven que Enzo.

—Aun así. —Se encoge de hombros.

Un golpe en la puerta nos interrumpe.

Pronto aparece mi hermano y, a su lado, el esperado doctor.

—¿Qué pasó?

—Nada grave, pasa, tenemos negocios que tratar con Lucca mientras el doctor hace su magia.

El médico se acerca en silencio, lleva años trabajando para la familia; no sería tonto de decir algo crítico en su presencia, pero si por un segundo sospecho del hombre, la próxima cosa que él coserá será su propia boca.

El resto del día fue una sucesión de reuniones infructuosas.

Si tuviera que resumirlo en una línea sería: "nadie sabe una mierda". Aun así, puse a todos a trabajar.

Quiero información.

—Hablen con los informantes, asociados, los cabrones deben levantar cada maldita piedra del puerto si es necesario, pero quiero respuestas. Es imposible que alguien haya actuado sin dejar un maldito rastro.

—Voy a hablar con Vito, es uno de nuestros policías en la ciudad vecina, pero tiene conocidos en La Spezia —advierte Lucca y yo solo asiento, liberando a mi consejero y hermano, seguro que tienen cosas más importantes que aguantar mi mal humor.

Ya pasan las tres de la tarde cuando ellas regresan, cargadas de bolsas y acompañadas de cerca por los mejores soldados, liderados por Raffaele, uno de nuestros mejores ejecutores y que cuida personalmente la seguridad de mamá y Chiara desde hace años.

Incluso por las cámaras del circuito cerrado puedo verla sonreír y conversar.

Hermosa.

Ligera, feliz, tan diferente de cuando está conmigo.

Y en ese momento, recuerdo mi conversación con Lucca.

Soy un maldito egoísta, pero esto es una locura.

Incluso para mí.

Julia



Be Your Love – Bishop Briggs

En los últimos días, casi no he visto a Matteo. Debería agradecerlo, pero, por más difícil que sea admitirlo, lo extraño.

¿Estará bien? ¿Se habrá recuperado al cien por cien? ¿Habrá descubierto quién intentó matarlo?

Las preguntas siguen sin respuesta, pero su madre y su hermana se han encargado de mantenerme ocupada.

No es de extrañar que mi abuela extrañara tanto a su amiga. Aunque la conozco poco, ya sé que es maravillosa. Eso me recuerda que debo mostrarle la foto que mi abuela guardó con tanto cuidado durante todos estos años.

Estaba hojeando su viejo diario, el que traje conmigo, por supuesto, y ahí la encontré, entre las hojas: la misma foto que, cuando era niña, la vi mirar con nostalgia.

Han pasado tantos años, pero nunca olvidé aquel día. Fue entonces cuando prometí que algún día la traería aquí.

Viniste, abuela… en mi corazón.

¡Oh,mierda!

Siento que los ojos se me humedecen y me obligo a pensar en otra cosa, urgente.

Clases de italiano, sí, buena idea.

Todavía uso la aplicación que tengo en el celular, pero todos los días Chiara me da "clases" y sé que, muy pronto, *recemos*, podré

leer todo lo que está escrito en el diario sin dificultad. Ese momento aún no ha llegado.

Podría pedirle a ella o a su madre que me ayuden con la traducción, pero hay una parte orgullosa de mí que quiere lograrlo por su cuenta.

Voy a aprender el idioma, leer las anotaciones de mi abuela y todo lo demás que sea necesario… o no me llamo Giulia Tomazini.

Sobre las clases, pensé que no funcionarían, pero debo admitir que me he sorprendido. Chiara tiene un don para explicar y ha sido una profesora muy paciente. A cambio, le enseño algunas palabras en portugués o alguna regla de conjugación. El tiempo pasa volando; es agradable conversar con alguien de mi edad, pero más que eso es la compañía: ligera, divertida, una garantía de risas. Todo lo contrario a su hermano mayor.

Mírame, pensando otra vez en el enemigo.

Concéntrate, Giulia.

Mi celular vibra sobre la mesa de noche: "Isa".

Muerdo los labios, nerviosa. No puedo seguir evitando a mi amiga para siempre. Sé que estos días han sido una locura, pero aun así… La verdad es que la he estado evitando a propósito. No sé qué decirle.

Seguro que: "*Entonces, amiga, descubrí que mi abuelo era mafioso, conocí al jefe de toda la maldita organización, que es guapo e irritante, y me llevó a su mansión en medio de la nada. Ah, y amenazó con no dejarme volver"* resumiría bastante bien la situación.

Claro que es *demasiado guapo* y, en realidad, no me llevó a rastras… aunque amenazó con cargarme al hombro.

—Te encantaría aquí, Isa —murmuro para mí misma, admirando el paisaje. Simplemente no me canso de mirarlo.

Tomo el celular y parece pesar una tonelada en mi mano.

Coraje.

Pulso su foto y no pasan ni cinco segundos antes de que atienda, con una sonrisa enorme en el rostro.

Oh, oh… No puedo creer que finalmente logré hablar con usted, Sra. Giulia, e incluso en video.

—Perdón. —Hago una mueca—. Sé que te debo una.

—Puedes apostar que sí, señorita. Ya llevas más de una semana ahí y todavía no he visto ni el apartamento de un cuarto en el que estás, mucho menos el barrio. ¿Y los italianos? ¿Guapos, feos? Me encantan los detalles.

No puedo contener la sonrisa.

—Si supieras la mitad…

—Estoy lista para saberlo, suéltalo. Y nada de "está todo bien", o juro que gasto todos mis ahorros, tomo un avión y voy a buscarte.

—Loca.

—Me preocupo por ti, amiga. Una ve cada noticia horrible sobre gente engañada y traficada… Te juro que cuando empezaste a responder solo con monosílabos, estuve a punto de contactar a la embajada.

—Exagerada.

—Fue tu culpa.

—Bueno… —empiezo, mordiéndome el labio, buscando la mejor forma de decirlo—. Tal vez deberías sentarte.

Ella abre mucho los ojos.

—Si intentas asustarme, lo estás logrando —exclama, pero hace exactamente lo que le pedí.

—No estoy en Roma. —Decido arrancar de una vez la curita.

—¿Cómo que no? ¿No era ahí donde habías reservado con la consultora?

—Lo era… o eso creí, pero al final la casa quedaba en un lugar llamado Ostia. Créeme cuando te digo que era espeluznante.

—Oh, Dios… ¡te dejaron en cualquier lugar! —casi grita—. Espera un segundo… dijiste "era espeluznante". ¿Ya no lo es? ¿Te cambiaron de lugar?

—Sobre eso… —empiezo.

—¡Giulia! Habla de una vez, ¿qué diablos está pasando? ¿Dónde estás, por el amor de Dios?

—En Toscana.

—¿Toscana?

—Sí, en una ciudad llamada Castiglione d'Orcia. Es una comuna, en la provincia de Siena —informo, agradeciendo mentalmente la información básica que me dio Chiara.

—Ok… —dice, y escucho sus dedos tecleando; seguro ya está buscando en Google—. ¡Guau! Según esto, es precioso. Pero no entiendo… ¿Cómo pasamos de Roma a este paraíso?

—Espera a que te muestre la vista desde mi balcón.

—Creo que me estoy preocupando de más… ya hasta suenas presumida —bromea, y no puedo evitar reír.

—Ah, Isa…

—¿Qué no me estás contando?

Durante los siguientes minutos, le cuento casi todo.

—En resumen, fue así: mi camino se cruzó con el de Matteo —omito que apareció herido de bala en el patio—. Me reconoció como parte de la familia por el anillo de mi abuela, ¿te acuerdas?

—Sí, ese de plata con la piedra negra.

—Ese mismo. Parece que aquí todos lo usaban. En fin, él conoce a mi tío abuelo, primos y demás.

—¡Qué locura!

—Ni me lo digas. Todo fue tan rápido… Cuando me propuso venir a Toscana a conocer a mis parientes, me pareció la mejor decisión en vez de quedarme en ese lugar.

—¿Y simplemente te fuiste con él? ¡Con un desconocido! — Sus ojos parecen platos.

Muerdo los labios, odiando contar medias verdades.

—Amiga… fue muy convincente.

—No sé si yo tendría tu valor.

Me levanto de la cama, decidida a aligerar el ambiente.

—Mira qué hermoso. —Giro la cámara para que vea un poco de la vista que me acompaña estos días.

—¡Caramba! Es realmente hermoso… Pero dime, ¿estás quedándote en la casa de este Matteo?

—Sí.

—¿Sola? ¿Solo ustedes?

—No, loca. Vive toda su familia: hermano, una hermana de nuestra edad, la madre… además de decenas de empleados.

Mejor protegida que con soldados.

—¿Decenas?

—La propiedad es enorme.

—¡Maldición! Oh, perdón, se me escapó.

—Tranquila, entiendo la reacción… fue la misma que tuve al ver la mansión por fuera.

Y eso que no le he contado ni la mitad.

—¿Mansión? —Abre aún más los ojos—. Pensé que ya nada me sorprendería, pero tú…

En ese momento, me llega una notificación: Chiara, llamándome para nuestra clase diaria.

—Amiga, la charla está buenísima, pero tengo que cortar… Voy a mi clase de italiano —le digo, inflando un poco el pecho.

—¿Clase, eh?

—Sí, Chiara, la hermana de Matteo, me está enseñando.

—Qué fantástico, Giu. ¿Y tu ciudadanía? ¿Esos estafadores al menos iniciaron el trámite?

—Ese es tema para nuestra próxima llamada, pero tranquila, todo está en proceso. Pronto seré italiana. —Le guiño un ojo.

—¡Y volverás! —celebra, aplaudiendo.

Y yo… no puedo decir nada. Solo sonrío, aunque no refleje la confusión que tengo por dentro.

—Te extraño, amiga —susurro, con un nudo en el pecho.

—Yo también… se siente rarísimo estar aquí sin ti.

—Seguro te estás divirtiendo con tus primos.

—Creí que me querías. —Resopla y pone los ojos en blanco, haciéndome sonreír.

Isa solo tolera a esos dos por su madrina, con quien vive desde que perdió a sus padres en un accidente de auto, cuando tenía apenas dieciséis años. Siempre fuimos cercanas, pero en esa etapa de nuestras vidas, cuando deberíamos estar empezando a salir con chicos y yendo a fiestas, ambas estábamos lidiando con el duelo. Para ella fue peor… perdió todo. Solo recordarlo me aprieta el corazón. Ya éramos uña y carne, pero eso nos unió más.

Isabella es la hermana que nunca tuve.

Podemos bromear y fastidiarnos, pero también cuidarnos y preocuparnos una por la otra. Por eso me cuesta tanto ocultarle cosas, aunque sea para protegerla.

—No dejes que esos vagos se aprovechen de ti —le suelto, aunque sé que la realidad es otra: se mata trabajando en una empresa de tecnología y prácticamente mantiene a toda la casa. O sea, a la madrina… y a los dos primos treintañeros que se niegan a madurar y a encontrar un empleo para ayudar con los gastos. Dos acomodados que se aprovechan de su bondad, si me preguntan.

—Quisiera que fuera más fácil… Ya le dije a mi madrina que estoy buscando un lugar para vivir sola. Nunca voy a dejar que pase necesidades, pero ellos tienen que hacerse cargo.

—Por supuesto.

—Veremos qué pasa. Ahora que trabajo 100 % en home office, podría mudarme a Italia contigo… Imagínate que estamos los dos allí.

—Ay, no me tientes —bromeo—. Tengo que irme, Isa.

—Ve a tu clase… Aquí nunca nos faltan temas de qué hablar.

—Es verdad.

—Cuídate y mantenme al tanto.

—Claro.

—Ah… —grita de pronto—. Casi lo olvido, ¿cómo se llama el pariente que conociste?

¡Mierda! La conozco demasiado bien… Sé para qué quiere la información.

Hurgar en internet sobre él.

Además de trabajar de día como analista de sistemas en una empresa de aplicaciones, por la noche Isa es una hacker increíblemente talentosa. No usa sus habilidades para el mal, al contrario: ayuda a empresas a encontrar fallos en sus sistemas y sitios web, para que puedan mejorar la seguridad y evitar ataques cibernéticos, chantajes, etc.

—¿En serio, Isabella?

—¿Qué? —Pone cara de inocente—. Solo voy a echar un vistazo… No debe haber nada raro.

Eso espero. Y de inmediato me acuerdo de su frase: "Para el mundo soy solo un empresario de éxito…". Espero que así sea, porque si hay algo mínimamente sospechoso, Isa lo encontrará.

—Claro… como si no te conociera.

Ella se ríe.

—Besos, amiga —me despido, sintiendo ese nudo otra vez al pensar en cortar la llamada.

—No tardes tanto en llamarme otra vez… promételo.

—¡Lo prometo! —Cruzo los dedos y cuelgo, invadida por una mezcla de nostalgia y angustia por no haberle contado todo.

Es mejor así.

Visto desde el lado positivo, mafioso o no, estoy segura de que si viera dónde terminé, diría que tuve suerte de encontrarlo.



—Oye, ya estaba a punto de ir a buscarte —bromea Chiara en cuanto abre la puerta.

—Perdón, estaba en una llamada con mi amiga y, cuando empezamos, es difícil parar.

—Relájate, Giu. Solo estoy molestándote. —Me guiña un ojo y me siento más aliviada—. Pensé que podríamos repasar lo que vimos ayer y aprender nuevas palabras, frases… quién sabe, hasta unas cuantas groserías. Al final, eso también es muy importante.

—No podría estar más de acuerdo.

—Así, cuando quieras insultar a Matteo, lo haces en italiano —dispara, y me atraganto con mi saliva—. ¡Guau! —Me mira preocupada.

—Ya estoy bien. Es solo que… me sorprendiste.

—Te gustó la idea, ¿verdad? —Arquea una ceja.

—Admito que a veces es tentador —reconozco, sintiendo mis mejillas arder, y ella suelta una carcajada tan contagiosa que es imposible no unirme.

—Ah, espero ansiosa ese momento. —Aplaude, como si fuera algo divertido. Incluso pienso en responderle que todavía amo mi vida, pero me quedo callada. Me conozco lo suficiente para saber

que, en un momento de ira, aunque él fuera el Papa, lo mandaría a la mierda.

La siguiente hora pasa volando, como siempre.

Aprendí nuevas palabras, sobre todo cosas del día a día, como nombres de alimentos y bebidas. Y, ya que pronto habrá una fiesta en la mansión, Chiara me ayudó con frases de presentación, esas que siempre surgen cuando conocemos a alguien nuevo, y claro, cómo pedir una copa de vino o algún aperitivo. Necesidades básicas, argumentó ella, y ¿quién soy yo para contradecirla?

Sé que aún puedo comunicarme en inglés con la mayoría de los invitados, pero no sé cuántos de ellos lo dominan realmente.

Ojalá mi tío y mis primos lo hablen.

Estoy entre el miedo y la ansiedad por conocerlos.

Al menos, el tema de la ropa ya está resuelto. Confieso que fue un gran susto cuando vi el tipo de tienda a la que entramos y, sobre todo, los precios. No quería aceptar, pero ellas fueron inflexibles.

"Escuchaste a Matteo, es un regalo de él."

Al final, salí de ahí con un vestido rojo de tul con micro cristales incrustados. Es la prenda más hermosa y cara que me he probado. Me enamoré en cuanto lo vi, y ellas lo notaron.

Ese fue mi error. Por más que intenté encontrar algo que no costara un riñón, doña Eleonora y Chiara fueron tercas y me convencieron de llevármelo. Era eso o compraban los dos, palabras textuales de ellas.

¿Están locas, no?

Y no quedó ahí la cosa. Obviamente, en mi maleta no tenía zapatos ni aretes que combinaran con semejante belleza.

Salí de la tienda con tres bolsas más y un poco de lástima por Matteo, aunque imagino que, si compraron todo eso, es porque él puede pagarlo.

Recuerda el yate… pobre no es.

—¿Ya sabemos cuándo será la fiesta? —aprovecho para preguntar, porque el día de las compras ninguna tenía esa información.

—Mamá no comentó nada, debe estar revisando la agenda de Teo. —Se encoge de hombros—. Cada tanto tiene reuniones de negocios en otras provincias. Seguro que buscan un fin de semana que le quede bien. ¿Estás ansiosa?

—¡Un poco! —admito.

—¡Vas a estar maravillosa! Muero por ver la reacción de esos viejos babosos.

—¿Viejos babosos? —Arqueo una ceja.

—Lo entenderás en cuanto los veas, pero no te preocupes, nuestras fiestas son geniales.

—Seguro que sí. Tú y tu mamá también estarán hermosas.

—No puedo esperar para ponerme ese vestido y ver la cara del hijo… —se detiene a mitad de frase.

—Empieza y termina, ¿sí? —bromeo, y ella se sonroja.

—Lucca.

—¿El consejero?

Ella ríe y asiente.

—Sí, es el *consigliere* y mejor amigo de mis hermanos. Se conocen desde niños.

—Mmm, entiendo.

—Insiste en tratarme como si fuera una niña. Voy a mostrarle al cretino que la niña creció.

Oh, Dios…

Esto va a ser interesante.

—¿Tu hermano no se va a enojar? —pregunto, recordando perfectamente la abertura de su vestido negro.

Absolutamente hermoso, digno de una mujer imponente.

—Cuando lo note, ya estaremos en la fiesta. —Se encoge de hombros—. Además, cuento con que mi hermano esté ocupado. —Sonríe, y solo puedo imaginar al infeliz con un montón de mujeres colgadas de su cuello.

Ese pensamiento me irrita y decido cambiar de tema antes de arruinar mi humor.

Maldito hombre.

—Dices que tu hermano siempre viaja mucho por trabajo… y tú, ¿lo acompañas a veces? —pregunto, sabiendo que desde que

llegué Chiara ha estado todo el tiempo aquí.

—Ojalá —suspira—. Me encantaría participar más en los asuntos de la familia, pero ya desistí. Por ahora, lucho por entrar a la universidad.

—¿Cómo es eso?

—Matteo quiere que haga un curso *online* y yo, bueno…

—Quieres ir de forma presencial.

—Exacto. Tener una vida normal, pero…

—Háblalo con él.

—No lo entiendes. —Muerde los labios y se nota su frustración.

—No es posible que no te deje ayudar con los negocios —comento, pensando en los asuntos legales, porque no puedo imaginar a Chiara metida en cosas ilegales.

Ella ríe.

—Ojalá te escuchara.

—¿Qué fue tan gracioso de lo que dije? —pregunto, confundida.

—No tienes idea de lo infernales que son nuestras… —hace una pausa, como eligiendo la palabra— tradiciones.

—¿Tradiciones?

Durante los siguientes minutos, me explica que, a diferencia de sus hermanos, que desde pequeños fueron entrenados para luchar, disparar y administrar los negocios de la familia, las mujeres son criadas para ser buenas esposas, manejar la casa y a los empleados, cuidar de los hijos, preferiblemente un varón, un heredero y, mi parte "favorita", ser sumisas y tranquilas.

—Dios mío, dime que estás bromeando —pido, sin ocultar el shock.

—¡Ojalá! Ni siquiera podemos elegir a nuestros maridos. La mayoría de los matrimonios son acuerdos comerciales. Créeme, poder ir a la universidad ya es un gran logro, y debo agradecer que mi hermano aún no me haya entregado a uno de esos viejos asquerosos.

—No lo puedo creer. Eso es… un absurdo. Las mujeres no son objetos para entregarse al mejor postor.

—Son nuestras tradiciones —responde una voz ronca justo detrás de mí. Cierro los ojos y siento mi corazón acelerarse.

¡Puta madre!

—Llamarlo locura sería más apropiado —respondo, girándome para encontrarme con sus ojos castaños. Maldita sea, ¿por qué el hombre tiene que ser tan atractivo?—. ¿En qué década se quedaron? Una mujer debe poder estudiar, trabajar si quiere y no vivir solo para el marido e hijos, y sobre todo, elegir con quién quiere o no casarse.

—No entiendes nuestro mundo —dice con desdén—. Es peligroso —remarca, dando un paso hacia mí, sin apartar la mirada —. Protegemos a nuestras mujeres —subraya cada palabra.

—Manteniéndolas prisioneras —acuso, levantando el mentón, esperando su respuesta.

—Si es necesario —devuelve sin titubear—. Algunas mujeres… —se detiene a escasos centímetros de mí y mi cuerpo reacciona traidoramente. El corazón late tan fuerte que parece querer escapar— agradecerían ser mantenidas prisioneras en estas condiciones. —Mira a su alrededor, y sé que es una indirecta.

Cretino.

—Yo nunca —afirmo, fulminándolo con la mirada.

—Más te vale acostumbrarte, *ragazza*, porque eres parte de la *famiglia*, lo que significa que las tradiciones también se aplican a ti —retruca, y me quedo rígida un segundo.

—¿Qué? —Mi voz casi es un grito.

—Exactamente lo que escuchaste. Tu tío decidirá sobre tu vida, lo que incluye tu matrimonio. Seguramente se podrá llegar a algún arreglo en el futuro. —Sus palabras son como una bofetada.

—No… —Abro los ojos con pánico mientras siento la mano de Chiara tocar la mía.

—Matteo —dice su hermana, y todo a mi alrededor parece girar.

¿Está hablando en serio?

—Giulia necesita entender dónde está y cuál es su lugar.

—Mi lugar es donde yo quiera —respondo con la voz cargada de rabia.

A la mierda con este hombre.

Él ríe, y yo aprieto los puños.

—¡Ya veremos! —se burla, y eso es la gota que colma el vaso.

Nunca pensé que lo diría, pero las palabras salen.

—¡Prefiero morir! —exclamo, con voz firme, y entonces me empuja contra la pared, su cuerpo fuerte pegado al mío, el rostro a centímetros.

—NUNCA repitas eso —su voz es casi un gruñido, y su mirada me quema—. Ni en broma —susurra con furia en mi oído y luego se aleja, saliendo de la habitación como un huracán y cerrando la puerta de un portazo.

Mi pecho sube y baja acelerado.

—Dios mío, realmente lograste sacarlo de quicio. Nunca vi a Matteo tan alterado —Chiara me mira, sorprendida, y luego a la puerta.

—Tu hermano es un gran… —Muerdo los labios y respiro hondo, guardándome el insulto, al fin y al cabo es su pariente. Pero mi corazón sigue desbocado.

—Estoy segura de que las clases de groserías habrían sido útiles ahora, ¿no? —dice, guiñándome un ojo para aliviar la tensión.

—Creo que, tratándose de tu hermano, no voy a aprender lo suficiente —bromeo, y parte de la tensión se disipa—. Me alegra que te estés divirtiendo.

—Oh, perdona, Giu, no pude resistirme. Mira, para compensar, voy a enseñarte una para que la uses la próxima vez que lo veas —comenta, apenas pudiendo contener la risa.

—Mmm, ¿cuál?

—*Sei un coglione*.

—*Sei un coglione* —repito—. ¿Qué significa?

—Eres un idiota —explica, y sonrío.

—Bueno, seguro que pronto tendré oportunidad de usarla —digo, para su deleite.

—No te pongas tan brava con él, tiene que ser duro, y a veces eso significa ser idiota. —Hace una mueca—. Es el jefe de nuestra familia, de toda la organización. Muchas vidas dependen de

él —continúa, y me quedo en silencio, observándola hablar con tanta naturalidad sobre el tema—. Mientras yo fui criada para ser una buena esposa, dar fiestas, manejar una casa -aunque en este punto mi madre todavía debe arrancarse los pelos-, él y Vincenzo, bueno… —Se muerde los labios y calla unos segundos.

—Está bien, sé que es un tema delicado.

—Eres familia —Esa frase me pone los pelos de punta cada vez que la oigo—. Cuando yo era niña, ellos ya eran mayores, pero siempre fue duro ver sus entrenamientos, las peleas… papá exigía mucho de ellos —explica, y trato de imaginarme a Matteo de joven. ¿Tendría ya esa misma intensidad en los ojos castaños?—. Los secuestraron cuando tenían doce y diez años. Desde entonces estudiaron en casa. Por eso es tan radical con que yo vaya a la universidad, ya vivió en carne propia lo que nuestros enemigos pueden hacer y, créeme, tenemos muchos.

Su tono ya no tiene nada de broma, y se me eriza la piel al imaginar a esos dos niños en manos de delincuentes.

El estómago se me revuelve al pensar en esa escena.

¿Qué clase de mundo es este en el que viven?

—Pero Matteo tiene buen corazón —continúa—, y aparentemente se preocupa mucho por ti. Eso es interesante. —Me observa unos segundos, como esperando una respuesta.

—Es porque lo ayudé —justifico.

—Podría ser —dice, aunque parece estar imaginando mil posibilidades más—. Creo que por hoy basta de estudios, tengo una idea mejor —exclama de repente, animada.

—¿Idea? —pregunto, intentando sonar un poco emocionada. Difícil, después de la bomba que me lanzó su hermano.

Nada está tan mal que no pueda empeorar, ¿verdad?

—Basta de estar encerradas en el cuarto, hace un día precioso. Vamos a aprovechar el calor y meternos en la piscina —aplaude, entusiasmada.

—Piscina —murmuro.

—Todavía no has ido, tenemos que estrenarla.

Quizás sea buena idea, así intento relajarme y despejar la cabeza. Pero, tan pronto como me viene la motivación, recuerdo que

no traje bikini ni traje de baño.

—No tengo… —empiezo, pero ella me interrumpe, como si me leyera la mente.

—Relájate, Giu, tengo muchos, algunos ni los he usado. —Me guiña un ojo—. Puede que te queden un poquito más ajustados, porque tú pasaste más veces por la fila de las tetas y el trasero que yo, pero…

—¿Qué? —La miro, sorprendida, y bajo la vista hacia mi cuerpo.

—Eres más tetona y nalgona, qué envidia.

—Pues yo creo que tu cuerpo es absolutamente hermoso —le devuelvo, y ella sonríe—. Me gustaría ser menos… rellenita.

—Pues vas a descubrir que a los italianos les encanta la carne —bromea—. Quién sabe, igual hasta te sale un marido, ¿no?

—¿Se supone que eso me anime? Después de lo que dijo tu hermano, no quiero ni escuchar esa palabra.

—¡Te entiendo! —Ríe, aún más bonita—. Vamos a buscar algo para que te veas todavía más atractiva.

—Vaya, los milagros no existen.

—¡Ya basta!

Durante los siguientes cinco minutos, Chiara coloca sobre la cama varias opciones de bikinis. Realmente no bromeaba cuando dijo que tenía muchos.

—Yo voy con este —avisa, tomando uno blanco—. Creo que este rojo se te verá increíble. ¿Por qué no te lo pruebas?

—No sé… parece pequeño.

—Cámbiate en mi suite y veamos cómo queda.

—Ok.

Minutos después, abro la puerta y asomo la cabeza.

—¿Entonces?

—Creo que me quedó muy pequeño.

—Déjame ver.

Muriéndome de vergüenza por mi barriga flácida, abro la puerta del baño.

—Estás…

—Puedes decirlo, sé que estoy gorda.

—Iba a decir "hermosa" —remarca la última palabra, y muerdo los labios, nerviosa—. Tienes pecho, trasero, más curvas que yo. Nada de gorda, prefiero decir "apetitosa".

—¡Eres única! —Niego con la cabeza, todavía indecisa sobre si usarlo o probar otro.

Me siento bonita, pero mis pechos parecen a punto de salirse en cualquier momento y la parte de abajo, aunque no es un hilo dental, no cubre mucho mi trasero.

¿Quién me manda tener semejante trasero?

Maldita sea.

—Recuerda lo que dije, aquí la mayoría de los hombres aprecian la abundancia.

—Lo último que quiero es llamar la atención de alguno —le advierto, y ella pone los ojos en blanco.

—Imposible, Giulia. Eres atractiva, acéptalo.

—Realmente sabes cómo subirle la autoestima a alguien.

—Contra los hechos, no hay argumentos.

Dudo unos segundos conmigo misma.

A la mierda. No es indecente en absoluto.

—Ok, me convenciste, voy con este.

—¡Iujuuu! Me voy a cambiar y nos vamos.

Minutos después, las dos estamos listas. Chiara me prestó un pareo playero y un sombrero precioso para protegerme del sol.

—¡Lista! Vamos a tostarnos un poco.

—Vamos.

La piscina está en la parte trasera de la mansión Zampieri, con solo las montañas como testigo.

Chiara tenía razón: el día está hermoso.

Saco el celular y tomo unas fotos, loca por mostrarle un poco de este lugar a Isa. Seguro se enamoraría.

Me quito el pareo, me pongo un poco más de protector en la cara y me acomodo boca abajo en una de las reposeras.

—¿No vas a entrar al agua?

—Primero voy a juntar un poco de valor —le digo, viéndola probar el agua con un pie y luego lanzarse a nadar como toda una profesional.

—¡Está deliciosa! Vamos, anímate.

—Déjame calentar aquí un rato y voy.

La observo, sorprendida, nadar de un extremo al otro con tanta facilidad… y me acuerdo de que yo tengo la habilidad de una piedra para flotar.

Ok, exagero. Sé nadar lo suficiente para no ahogarme.

¿Será muy profunda?

Mi piel empieza a calentarse cuando una gran sombra se proyecta sobre mí.

¿Una nube?

No debería nublarse tan rápido.

Tardo solo unos segundos en darme cuenta de que no es una nube, sino Matteo Zampieri mirándome con cara de culo.

¿Qué demonios pasó ahora?

El tiempo se ha vuelto feo por aquí.



Mateo

Way Down we go – Kaleo
River – Bishop Briggs

La chica me saca de quicio. Si Chiara no estuviera en la habitación, no sé si habría resistido.

Deseo tanto probarla.

Lucca tiene razón. Giulia me afecta, y ese es un motivo más para buscarme de una vez una esposa y sacarla de mi cabeza.

Honrar las tradiciones que ella repudia con tanto fervor, pero diablos si el recuerdo de su mirada cargada de furia no invade mi mente y mi polla cobra vida.

Concéntrate, carajo.

Desde el fallecimiento de papá he estado ahogado en los asuntos de la familia y he postergado este tema. Mamá ya hizo listas interminables de mujeres adecuadas para el *Don* de la Sacra, pero admito que apenas presté atención a esa mierda.

Fallé en mi deber… no más.

Necesito hacer lo que se espera, formar una familia y conseguir un heredero pronto, pero solo de pensar en un niño pasando por todo lo que Enzo y yo pasamos, carajo… siento un nudo en el pecho.

Es mi destino, mi llamado.

Mi padre fue un gran hombre, un Don justo y un buen padre. ¿Será que podré ser siquiera la mitad de lo que él fue?

Cuanto más intento pensar en el futuro, más sus ojos verdosos se cuelan en mi cabeza.

Diabla… imposible no pensar en ella.

Mi salvadora pertenece a una familia importante dentro de la organización. Una que casi lo perdió todo con el asesinato de su patriarca, un gran amigo de mis padres. Yo aún era un niño, pero recuerdo que me hablaba sobre las grandes familias y la importancia de honrarlas.

En la cima de la jerarquía estábamos nosotros.

El destino hizo que esta italiana, que no sabe decir ni media docena de palabras en italiano, apareciera en mi vida.

Ella me salvó.

Yo cuidaré de ella, la protegeré.

Lo quiera o no.

Giulia Tomazini es de la familia y yo la honro. Es lo que mi padre habría querido, pero demonios, es difícil ser racional cerca de ella.

Un golpe en la puerta me trae de vuelta al presente.

—Adelante.

Vincenzo entra y, por un segundo, agradezco no ver a mi *consigliere*. No tengo humor para sus bromas o comentarios sobre la chica.

—¿Algún problema?

—Yo debería preguntarte. Te ves pésimo.

—Preocupaciones. —Me paso la mano por el cabello mientras me sirvo una dosis de whisky—. Creo que esperaba más de la reunión con los capos.

—Ya sabías que no iba a servir para una mierda.

Asiento.

De hecho, ya imaginaba este escenario.

—¿Cómo fue tu conversación con el viejo Ferrara? —pregunta, y dejo el vaso vacío sobre la mesa.

Tal vez sea demasiado pronto para repetir la dosis.

Qué día de mierda.

Riccardo Ferrara fue el único al que liberé de asistir a la reunión. El hombre estaba ocupado con los arreglos del entierro de su hijo.

—Se pasó lloriqueando por la pérdida de Mattia —digo, y claro que Enzo se ríe. Ambos sabemos que el viejo no podía importarle menos su hijo, siempre lo despreció, pero aun así era su sangre.

—Menos mal que estaba ocupado. No me tragué eso de que este viejo cabrón quisiera convocar al consejo cuando todavía estábamos buscándote a ti y a su maldito hijo.

Me río.

—Está de luto. Vamos a darle un crédito.

—Si tú lo dices…

Vincenzo siempre tuvo un problema con los Ferrara, desde pequeño. Odiaba cuando Enrico y Mattia venían a nuestra casa acompañando a su padre, que tenía reuniones frecuentes con el nuestro.

La verdad es que nos estorbaban.

Siempre fuimos muy exigidos. No había tiempo para perder siendo niños; teníamos que entrenar, y sus visitas significaban perder tiempo haciéndoles compañía.

El hecho es que desde temprano cargábamos con responsabilidades, mientras que ellos… parecían más preocupados por competir a ver quién tenía más atención del padre o quién recibía el mejor juguete, como si a nosotros nos importara esa mierda.

Aun así, durante años fueron una presencia constante aquí. Papá tenía muchos negocios que atender con el capo de Grosseto por la red hotelera que estábamos ampliando en la costa. Nunca me agradó el infeliz, pero aun así lamento el final que tuvo su hijo.

—Traje lo que me pediste —avisa Enzo, cambiando de tema al entregarme un sobre marrón—. Las partidas de ella están todas correctas, hablé con nuestro contacto en la Comuna y los papeles estarán listos en una semana.

—¿Entonces será oficialmente italiana? —pregunto.

—Ya lo es por ley, por tener sangre italiana; solo que estará reconocido en el papel.

—Bien… —murmuro, echando un vistazo a los documentos.

—¿Por qué estás tan preocupado por la chica?

¿Tú también, hermano?

—Es de la *famiglia* —respondo simplemente, deseando que salga a relucir el lado callado de Enzo.

—Hay más que eso —retruca, observándome, pero lo ignoro.

—¿Y su teléfono?

—Solo envió algunos mensajes y llamó a una chica en Brasil, Isabella.

—¿Algo que nos afecte?

—No.

Asiento.

—Sigue monitoreando. No quiero sorpresas.

—Sabes que, aunque le cuente a alguien sobre nosotros, la posibilidad de que salpique a la familia es nula.

Le doy la razón con una sonrisa.

Tenemos contactos en la policía local, estatal, incluso en los tribunales y el consulado. La verdad es que solo quiero ver hasta dónde llega la osadía de la pequeña italiana.

Observo a mi hermano caminar hacia la puerta y estoy a punto de guardar los papeles en el sobre cuando Vincenzo gira el rostro.

—Tal vez te interese saber que tu *ragazza* está en la piscina con Chiara. —No dejo pasar la entonación de "tu", pero decido ignorarlo, hasta que añade—: Los soldados están disfrutando de la vista.

De ninguna manera.

Conociendo a mi hermana, sé que está tramando algo.

—¿Por qué no lo dijiste antes, carajo? —disparo, tirando el sobre sin cuidado sobre la mesa.

—No pensé que te interesaran esos asuntos banales.

—Vete a la mierda, Vincenzo.

Paso junto a él y bajo las escaleras, intentando calmarme.

No lo logro.

Apenas llego al fondo, ahí están ellas, ajenas a toda la atención que provocan.

Chiara está dentro de la piscina y no puedo ver su bikini, pero seguro es diminuto. Le encanta ponernos de los nervios, pero esa no es mi preocupación ahora.

Sin decir palabra, miro a los soldados que curiosamente están patrullando la zona de la piscina, y todos desaparecen de mi vista, no sin antes grabarme bien sus caras. A partir de mañana, los cabrones patrullarán el perímetro.

La rabia hierve dentro de mí.

Tirada boca abajo en un sillón, está ella: Giulia Tomazini, en un maldito bikini rojo que apenas cubre su delicioso culo.

Aprieto los dientes y me acerco.

—Matteo, ¿vas a entrar? —Chiara me llama, pero la ignoro.

—Ven conmigo —gruño junto a ella.

—¿Qué pasó? —Giulia parece realmente ajena al caos que está causando.

—Tienes dos segundos antes de que te cargue al hombro y suba las escaleras.

—¿Qué? Yo…

—Se acabó el tiempo.

Aunque la herida aún duele, la levanto con facilidad por la cintura y la echo sobre mi hombro.

—Bájame. —Golpea mi espalda, indignada, y solo la ignoro.

—¿Qué sucede? —pregunta mi madre, apareciendo preocupada.

—Giulia y yo necesitamos hablar, solo eso.

Ella abre los ojos, pero no interviene.

—Bájame —sigue refunfuñando, dándome golpes en la espalda—. Puedo ir caminando —insiste, pero no disminuyo el ritmo mientras subo las escaleras.

Entro en su habitación, cierro la puerta con el pie y la dejo en el suelo.

—¿Qué demonios fue eso? ¿Quién te crees que eres…? —La gatita está furiosa y me golpea el pecho con el dedo índice.

Yo solo recorro su cuerpo con la mirada. Los pechos, apenas sujetos por ese pedazo de tela, se mueven con cada gesto suyo. Sus muslos gruesos y el pequeño triángulo entre sus piernas.

Giulia atrapa mi mirada y se calla. El rostro se le sonroja, la respiración se acelera. No pienso, solo actúo. La arrincono contra la pared, las manos apoyadas a cada lado de su cabeza.

—¿Qué carajo tienes en la cabeza para ir así a la piscina? —gruño, con la boca a pocos centímetros de la suya.

—Yo… —jadea, el pecho subiendo y bajando contra el mío.

Maldición.

—Mi deseo era matar a esos soldados —vocifero, fijándome en sus labios carnosos.

—No entiendo —susurra, y veo cómo su mirada baja a mi boca.

—Solo por estar mirando —pauso, intentando controlar la mierda que siento, deseando que me empuje, pero es inútil—, lo que es mío —sentencio, descendiendo mis labios sobre los suyos.

No es suave ni gentil.

Es hambriento, intenso, voraz.

Dulce…

¡Mía!

Agarro su trasero con fuerza, levantándola, y ella no se queja; al contrario, enlaza sus piernas alrededor de mi cintura mientras sus manos rodean mi cuello.

¡Carajo!

Presiono mi cuerpo contra el suyo, haciéndole sentir lo duro que estoy, mientras nuestras lenguas se baten en duelo.

Su piel es cálida y suave bajo mi tacto; muerdo su labio, solo para pasar mi lengua, tragándome de nuevo sus gemidos. Siento sus manos enredarse en mi cabello, tirando de los mechones, y maldita sea, eso me pone aún más duro.

Por más que quiera arrancar ese maldito pedazo de tela y hundirme en su coño, me obligo a razonar.

Esto está mal, carajo. Tiene la edad de mi hermanita.

Con cuidado, la bajo al suelo, rompiendo nuestro contacto.

Ambos respiramos con dificultad.

Sus labios están rojos e hinchados, y la mirada de deseo que me lanza refleja la mía. Aprieto los puños, conteniendo las ganas de perderme en la pequeña italiana.

—Me vuelves loco, *bella ragazza* —digo, rozando su labio con mi dedo índice, y camino hacia la puerta antes de hacer algo de lo que me arrepienta—. Si vuelves a ir a la piscina —empiezo, apretando con fuerza el picaporte—, más vale que te cubras o no responderé por mis actos —advierto, dejando que la puerta se cierre de golpe detrás de mí.

Marcho hacia mi habitación con un único pensamiento: si antes ya era difícil sacarla de mi cabeza, ahora que he probado un bocado del paraíso, estoy jodido.



Like I'm Gonna Lose You – Jasmine Thompson

¿Qué fue eso?

Me toco los labios, el corazón latiendo acelerado en el pecho y las piernas todavía temblorosas. ¿Cómo es posible que en un segundo quiera matarlo y en el siguiente me muera por perderme en sus brazos?

Dios, ¿qué beso fue ese?

¡Y el agarre de ese hombre! Seguro que mis muslos tendrán la marca de sus dedos, pero solo de pensar en que él me tome...

No vayas por ahí… eso fue un error.

Matteo se dio cuenta y se alejó como si hubiera visto al mismo diablo.

Nos odiamos.

Sí, repítelo, un millón de veces más, a ver si entra en tu cabeza.

Cierro los ojos y me obligo a respirar profundo, una, dos veces, y cuando finalmente siento que mi pulso se calma, sé que ya no quiero ir a la piscina.

Normalmente, iría solo para molestarlo, para demostrar que él no manda en mí ni en la forma en que me visto, pero…

Maldita sea, el hombre es demasiado intenso y sé que quiso decir cada palabra que salió de esa boca deliciosa.

¡Giuliaaaaa! ¡Concéntrate!

No estoy obedeciendo, solo estoy cuidando la vida ajena.

Quién sabe lo que ese loco podría hacer, además de que yo misma no estaba cómoda con ese bikini.

Tal vez otro me haga sentir más cómoda, entonces iré a la piscina y que él mande a sus hombres a mirar para otro lado de la propiedad, si le molesta tanto que me vean.

"*Solo porque ellos miren, lo que es mío".*

Su frase no sale de mi cabeza y, en lugar de indignarme, yo… maldita sea, me excito.

Por él.

Maldito italiano.

Decido cambiarme y paso el resto del día en la habitación viendo Grey's Anatomy[3], con subtítulos en italiano para aprender. Es una serie que ya vi y revisé muchas veces, y no hay nada mejor que ocupar la mente con Meredith y Cristina.

Sí, empecé desde la primera temporada.

Como ya imaginaba, Chiara viene a verme y claro que ya tenía alguna excusa preparada.

¿Se lo creyó? Claro que no. Y parece realmente molesta.

—Perdón por todo este lío. No sé qué diablos le pasó a mi hermano.

—Tranquila —la calmo.

—¿No estás enojada conmigo?

—¿Contigo? Claro que no, loca.

Ella sonríe ampliamente.

—Voy a hacer que los soldados nos lleven al centro comercial y podemos comprar docenas de bikinis y trajes de baño de abuela, para cubrir toda tu belleza.

Intento no reír, pero es imposible.

—Solo a ti se te ocurren esas cosas.

—Debería haber imaginado que tú, con uno de mis bikinis, serías la receta para el caos. —Hace una mueca—. Pasaste más de una vez por la fila de los pechos y la cola. Eso no es justo, ¿sabías?

—Pues creo que tú también estás muy bien servida —le devuelvo y ella se mira el cuerpo.

—Mmm, no sé, podrían ser un poco más grandes. —Se sostiene los pechos con las manos, y solo espero que nadie esté en el pasillo.

—Eres demasiado hermosa, tal como eres, tonta.

—Después soy yo la que sabe levantar la autoestima. —Me guiña un ojo, recordando lo que dije antes.

—Sobre hoy, me divertí mucho, aunque fue poco tiempo.

Soy absorbida por sus brazos.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser así. —Se encoge de hombros—. Maravillosa.

Alzo la ceja.

Sigo sin entender nada.

—Pensé que me odiarías por la reacción de mi hermano.

—No tienes la culpa por las acciones… del hombre de las cavernas —los flashes del beso llegan a mi mente y siento mis mejillas arder— de él.

Chiara me observa en silencio unos segundos y si se dio cuenta de algo, no dice nada.

Gloria.

—Voy a —toso un poco— descansar un rato, todavía me duele la cabeza.

—Sí, sí, ve. Nos vemos más tarde en la cena, Giu.

—Claro que sí —le respondo y observo a la rubia, que cada día me conquista más con su forma única, alejarse hacia su habitación.

Me tiro en la cama y ni veo pasar el tiempo. Meredith hizo su magia y mantuvo mi mente ocupada. Excepto a Chiara, no vi a nadie más.

Principalmente, a él.

Tengo ganas de quedarme en la habitación, solo de pensar que su madre fue testigo de esa escena, pero mi estómago gruñe como recordatorio de que necesito comer algo.

Bajo las escaleras y solo respiro aliviada cuando noto que él no está en la mesa. Lo peor es no saber si lo que siento es alivio o tristeza.

—Ya pensaba que nos ibas a abandonar también —comenta Eleonora, haciendo un gesto hacia la silla junto a ella.

—No. El olor está delicioso, sería difícil resistir —respondo, sentándome a su lado—. Además, la compañía es excelente —agrego y ella sonríe ampliamente.

—Oh, querida mía —toca mi mano con cariño.

—¿Matteo? —pregunta Chiara, leyendo mis pensamientos.

—Tuvo que salir a resolver unos negocios con Lucca y Vincenzo —comenta—. Parece que la cena será solo con nosotras. —Me guiña un ojo.

—Bueno, al menos sabemos que será tranquila.

—¡Chiara! —la regaña su madre.

—Usted sabe que es verdad. Últimamente, todos estamos muy nerviosos y, sinceramente, ya no soporto escuchar a Lucca hablar de trabajo.

—Sabemos que tu problema es cualquier cosa que diga el pobre chico.

—Es verdad, pero es todo culpa de él.

—Ignora a mi hija, Giulia. Ya me cansé de hacer que estos dos se lleven bien. Parecen perros y gatos.

—¡Mamá!

—Es verdad, querida. Y lo gracioso es que cuando eras más pequeña, siempre te gustaba estar con él. Tu papá y yo teníamos que arrastrarte para sacarte del gimnasio, si no, te quedabas ahí sentada viendo a tus hermanos y a él entrenar.

La pobre se pone roja como un tomate.

Interesante.

Ya tengo tema para nuestra próxima clase de italiano.

—Solo estaba viendo a Teo y Enzo, nada más. —Se encoge de hombros y su madre sonríe, con esa sonrisa astuta que sabe que hay más cosas entre el cielo y la tierra.

La siguiente hora pasa en un abrir y cerrar de ojos. Buena comida y mejor compañía. Temo que Chiara tenía razón, sin los hombres la conversación fue ligera; hablamos de todo un poco: comida, decoración, música, películas y lugares que, según ellas, son imperdibles para que conozca en la Toscana.

—Voy a anotar todos esos nombres, tal vez pueda visitar alguno antes de irme... —empiezo, pero me detengo al sentir las miradas de ambas sobre mí.

—Seguro que Matteo te llevará a conocer los alrededores —dice su madre, y confieso que no tengo muchas esperanzas, pero aun así, esbozo una sonrisa.

—Tranquila, Giu, en el peor de los casos podemos hacer un día de chicas y salir con algunos soldados detrás de nosotras para explorar un poco. Hace tiempo que no lo hago.

—Sería divertido —respondo y ella me guiña un ojo.

—Yo... todo estuvo maravilloso, pero creo que me voy a acostar, hoy fue —me muerdo los labios— un día agitado.

Doña Eleonora no dice nada, pero sé que sabe lo que pasa por mi mente.

Me despido de ambas y es bueno estar de vuelta en la habitación, aunque me encanta la compañía de las dos, solo quiero estar sola.

Estoy tan confundida.

Camino hasta el balcón y la fresca brisa del verano me recibe. Me siento en el sillón y pierdo la cuenta del tiempo que paso ahí, perdida en mis pensamientos, solo admirando el paisaje.

El silencio y la calma ayudan un poco, pero dentro de mi mente y pecho hay un torbellino.

Esto puede ser un paraíso, pero debo recordar que no estoy de vacaciones.

De ninguna manera.



Hace tres días que no lo veo.

Cada día es lo mismo, esa tensión y expectativa. Cualquier movimiento creo que puede ser él, solo para decepcionarme. Parezco una adolescente esperando a que llegue su c*rush.*

Por el amor de Dios, Giulia.

Mi rutina consiste en: tomar café con Chiara y la señora Zampieri, hablar media hora con Isa, contar novedades, o parte de ellas, y aprender italiano.

La verdad es que estoy tensa por no tener qué hacer y, sobre todo, por la ausencia de Matteo después de nuestro beso.

¿Será que para él fue tan fácil olvidarlo?

Porque, maldita sea, no dejo de pensar en eso y revivo el momento a cada rato.

Es una tortura.

Pasos y voces en la entrada anuncian que alguien llegó. Contengo la respiración, pero solo es Lucca, para la emoción de Chiara a mi lado.

—¡Buenos días! —saluda y con una sonrisa enorme se acerca a besar la mejilla de doña Eleonora—. Madrina, ¿cómo estás?

—Bien, querido, ¿y tú?

—¡Mejor ahora! —Le guiña un ojo y ella sonríe.

—Giulia —saluda hacia mí y yo devuelvo el saludo.

—Chiara... —vuelve su atención a la rubia.

—Buenos días.

—¿Te despertaste de malas hoy, *bambina*?

—Creo que por tu presencia —responde y muerdo los labios para no reír.

Eso sí que es entretenimiento.

—¡Chiara! —la regaña su madre, pero ella sigue mirando al *consigliere* que no se intimida y sonríe ampliamente, tomando una manzana de la frutera en el centro de la mesa.

—En ese caso, no se preocupen, que tan rápido como llegué, ya me voy. —Le guiña un ojo a ella, que sonríe agradecida levantando las manos—. Solo vine a entregarle algo a Giulia.

—¿Para mí? —Me asusto.

—Matteo pidió que te entregara esto —avisa, extendiendo un sobre negro hacia mí.

—Gracias.

—¿Dónde está él, querido? —pregunta su madre mientras lucho por abrir el sello.

—Tuvo que ir a La Spezia. Salió de madrugada con Enzo y algunos hombres.

—Este chico casi no está en casa estos últimos días. Debería estar descansando.

—Parece que no lo conoces —dice, sentándose con nosotros en la mesa.

—Supongo que tienes razón —Toca suavemente su mano—, pero me preocupo, apenas se ha recuperado. —Hace una pausa y su expresión cambia—. Además, aún no sabemos quién está detrás del ataque.

—Estamos trabajando en eso. —Lucca intenta tranquilizarla, pero no funciona mucho.

Finalmente, logro abrir el sobre y cuando saco los documentos, apenas puedo creer lo que veo.

Lo logró de verdad.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo, leyendo, incluso en italiano, un documento donde dice "*Estratto dell atto di Nascita"*.

—¿Qué pasa, Giu?

Ni siquiera puedo quedarme sentada.

—¡Son los papeles de mi ciudadanía! —aviso, girando el documento para que lo vean—. Es mi acta de nacimiento.

Mis ojos se llenan de lágrimas porque sé el trabajo que costó conseguir todos los documentos, certificados, traducciones, el tiempo, el trabajo y el dinero que no teníamos para llegar hasta aquí.

—Giulia Costa Tomazini es ciudadana italiana —leo un fragmento del papel.

Ciudadana italiana.

Doña Eleonora también se levanta, con una sonrisa enorme, y me abraza fuerte.

—¡Felicidades, hija mía! —me felicita—. Seguro que tu abuela estaría muy feliz —dice con la voz quebrada—. Yo lo estoy, de tenerte aquí con nosotros.

Oh, mierda. Respira, no llores.

Sonrío, incapaz de responder.

Chiara es la siguiente en abrazarme y maldita sea, es difícil contener el llanto. Es un logro tan grande.

Estoy cansada de leer historias de gente que tarda meses en lograr esto, que le reconozcan este derecho, y yo lo conseguí.

—Soy italiana —susurro en su oído.

—Lo eres —destaca, sosteniendo mi rostro entre sus manos.

Lucca tose, llamando nuestra atención.

—Ahora tenemos que hacer tu pasaporte y documento de identidad, pero ya está en trámite, no te preocupes.

—Yo… ni sé cómo agradecerte —digo.

—Háblale a Matteo después. —Me guiña un ojo—. Él se encargó personalmente, yo solo soy el mensajero.

Oh...

—Una cosa más, esto también es tuyo. —Me entrega un sobre más pequeño y al abrirlo encuentro varios billetes de euros.

—¿Qué es esto? —pregunto, sorprendida.

—El dinero que pagaste a esa consultora tramposa —dice y no puedo ocultar mi sorpresa.

—¿Cómo?

No dice nada.

—Es más de lo que les pagué —comento, viendo que hay mucho más que los dos mil euros que le entregué a Stella cuando llegué.

—Considera el interés por la molestia.

—¿Estás bromeando?

—Son las palabras de Matteo, solo las estoy repitiendo.

Claro que él metió mano en eso.

Espero que no haya matado a nadie, pero ni siquiera puedo creer que recuperé ese dinero. Es mucho, sobre todo para alguien que estaba totalmente quebrada como yo.

—Qué bueno que Matteo logró recuperar tu dinero, querida.

—Sí, ya pensaba que había perdido todo.

—Sin pérdidas por aquí —Chiara celebra a mi lado—. Ahora solo falta encontrar un italiano para llamar tuyo, quién sabe si mi hermano también te puede ayudar con eso —dice y me atraganto al oír la última parte, tosiendo como loca.

—¡San Blas! —dice su madre dándome unos golpecitos en la espalda.

—Uff, qué emoción tan grande —comenta Chiara.

—Ajá —suspiro después de unos segundos, pensando que eso es todo, y los recuerdos de nuestro beso.

Concéntrate en la ciudadanía.

Esto es enorme, significa que puedo irme, que la razón que me trajo a Italia, al menos la principal, ya está cumplida.

Mi corazón se acelera con la idea de partir.

—¿Matteo vuelve hoy? —pregunto, mirando a Lucca.

—Sí —confirma mirándome curioso.

—Bueno, yo… —empiezo, sintiendo todas las miradas puestas en mí—. Quiero agradecerle en persona.

—Se lo avisaré —dice y luego se despide, dejando a los tres en un desayuno que ahora es mucho más, es una celebración familiar.



Son más de las diez de la noche y ya estoy en pijama, sentada en la terraza cepillándome el cabello cuando alguien toca la puerta suavemente.

Es Chiara.

—Puedes entrar —digo, ya imaginando que habrá convencido a su hermano para que libere algunos soldados y vayamos al centro comercial que hay en Siena, pero no son sus largos cabellos rubios ni sus ojos azules lo que veo.

Es él…

Una barba incipiente cubre su rostro.

Cansado.

Lindo.

Y ahí están las mariposas en mi estómago solo por tener a este hombre mirándome.

—Giulia.

—Matteo —mi voz apenas suena reconocible.

—Querías hablar conmigo.

Muévete.

—Yo… —Me levanto y solo entonces me doy cuenta de que estoy parada en medio del cuarto con un short de pijama con estampado de panda que ya ha visto mejores días.

Siento su mirada sobre mí, y todo mi cuerpo cobra vida.

Habla. Agradece, por favor.

—No, quiero decir, sí… —comienzo, toda nerviosa, y su mirada se estrecha hacia mí.

Maldita sea.

—Quería darte las gracias, ya sabes…

Matteo sigue mirándome en silencio.

—Por ayudarme con los papeles de la ciudadanía —explico, con el corazón a mil—. Seguro que sin tu ayuda esto habría tomado meses, con tanta burocracia y los tiempos del consulado, etc. —Hago una mueca.

—Tu documentación estaba perfecta. No fue un problema.

—Aun así, gracias.

—Me alegra que todo haya salido bien —responde y el silencio llena la habitación.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, solo mirándonos.

¿Se dará cuenta de cómo me afecta?

—¿Cómo está tu herida? —rompo el silencio.

¿Dónde has estado todos estos días? Esa pregunta no sale de mi cabeza.

—Estoy nuevo y listo para lo que venga —comenta, y pensar en que esté lastimado me incomoda.

Sé que no debería importarme, pero me importa.

Muerdo mis labios, nerviosa, y doy un paso atrás, necesitando alejarme un poco de la tentación.

—Gracias otra vez —digo, esperando que entienda la indirecta y me deje sola con mis pensamientos, pero él no se va; al contrario, sigue mirándome y mi corazón se acelera.

Matteo finalmente se aleja y una sensación extraña me invade.

Habla, por favor, cualquier cosa.

Estoy a punto de abrir la boca cuando se detiene a pocos centímetros de la puerta.

—*Cazzo* —maldice, pero lo escucho y ya no entiendo nada.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando sus ojos encuentran los míos.

—Te debo unas disculpas —dice, acercándose, y yo contengo la respiración—. Eso no debería haber pasado.

Nuestro beso. Ese que no sale de mi mente.

—Claro —asiento, fingiendo una calma que no siento.

—No debería haber… —se pasa las manos por el cabello—. ¿Podemos empezar de nuevo?

—¿Estoy segura de haber oído bien? ¿Tú preguntando si podemos y no ordenando? —Alzo la ceja, sin poder quedarme callada, y por un segundo creo que lo irrité, pero entonces sonríe.

Maldita sea.

—Y sí, podemos… empezar de nuevo, sea lo que eso signifique —agrego, sintiendo mis mejillas arder.

—Ven conmigo. —Extiende la mano y mi corazón late fuerte solo con la idea de tocarlo.

—¿A dónde? Estoy en pijama.

—Solo ven —insiste, con la palma extendida, esperando paciente.

—Está bien —respondo sin querer, aceptando su toque áspero y cálido, y todo en mí se agita.

Respira. Recuerda que dijo que el beso no debería haber pasado.

Bajamos las escaleras, lado a lado, y es difícil mantenerse indiferente a su presencia.

Tan cerca.

La casa está en silencio cuando Matteo abre la puerta de su oficina y la cierra apenas entramos. No dejo de mirar alrededor. Es diferente a lo que imaginaba.

A diferencia del resto de la casa, con un estilo más rústico, la oficina parece reformada. La madera sigue presente en las estanterías y en la gran mesa, pero el piso es más claro, y qué decir de la ventana enorme que va del suelo al techo, mostrando una vista espectacular del exterior.

—¿Sorprendida?

—¿Tan evidente soy?

—Eres muy expresiva.

—Es tu culpa. No sé, imaginaba un lugar más oscuro.

—¿Digno de un mafioso? —Alza la ceja y, maldita sea, es justo lo que imaginé.

—Algo típico de las películas —confieso, entrando en el juego —. Una sala llena de tonos marrones, muebles de cuero, olor a cigarro, botellas de whisky.

—Bueno, creo que no estamos tan lejos. Hay marrón, cuero —señala las dos sillas frente al escritorio— y, claro, cigarros y alcohol. —Señala un mueble donde están ordenadas varias botellas.

De alguna forma, el resultado es un ambiente con su toque, masculino, fuerte, intenso y a la vez hermoso.

—La ventana me sorprendió. Pensé que todo sería cerrado. ¿No es peligroso?

—Créeme, para que alguien pueda disparar aquí, ese hijo de puta necesita un rifle militar de precisión, además, el vidrio es blindado, capaz de resistir ese tipo de munición. Estamos seguros.

—Ok, si tú lo dices.

—Y no te preocupes, nosotros podemos ver afuera, pero quien esté ahí afuera no puede ver hacia adentro.

Guau…

—Te traje aquí porque quería mostrarte algo.

—Ok, me dejaste con curiosidad.

—Aquí. —Señala un cuadro gigante colgado en una de las paredes.

—¿Un mapa? —pregunto, acercándome.

—De la Toscana —informa.

—Oh, todo esto es… —No sé cómo terminar la frase.

—Nuestro territorio —confirma.

—¿Qué son esos dibujos?

—Estamos divididos en varias provincias —explica, señalando las divisiones en el mapa—. Cada una está dirigida por uno de mis capos.

—¿Capo?

—Jefe —traduce.

—¿Pero no eres tú el jefe? —Levanto la ceja confundida y él sonríe.

—Soy el *capo del capi*, el jefe de los jefes —dice con orgullo en la voz—. Mi padre, mi abuelo, lo fueron antes que yo, y así sucesivamente.

Asiento, entendiendo a dónde quiere llegar. Tradición, historia, y me imagino cómo debió ser su crianza, qué difícil habrá sido.

—Tu abuelo era el capo de Arezzo y Florencia —señala en el mapa y abro los ojos.

—¿Florencia, Florencia, la ciudad famosa por su cúpula?

—¿Hay otra? —bromea y le doy un empujón en el hombro.

—Guau, he visto varios videos de ahí, debe ser hermoso.

—Hay muchas cosas hermosas para que veas por aquí, *ragazza*.

Maldita sea, escucharlo llamarme así me derrite.

Me alejo, necesitando un poco de distancia.

—Tu mamá y tu hermana dijeron lo mismo hoy, pero…

—Pero…

—No sé cuándo ni si podré visitar algo.

Guarda silencio y no sé si eso es bueno o malo.

—¿Quién es el capo en Siena? —pregunto, sin poder quedarme callada.

—Vincenzo se encarga de todo por mí.

—¿Y tú qué haces, entonces, si dejas que los demás hagan el trabajo duro? —pregunto y en cuanto salen las palabras de mi boca pienso que tal vez estoy jugando con fuego.

Su mirada se estrecha y Matteo da un paso hacia mí.

Muy cerca.

Demasiado…

—Te sorprendería si te dijera —susurra cerca de mi oído—, pero te aseguro que no falta trabajo. —Sonríe, y es bueno verlo así, ligero.

—Solo te estaba molestando. En el poco tiempo que llevo aquí ya noté que trabajas mucho.

No responde, no dice nada, sigue mirándome y maldita sea, si mi corazón no parece a punto de salir por mi boca.

—¿Qué son esos dibujos en el mapa? —disparo, necesitando romper el silencio y la tensión que nos rodea.

—Dos de ellos ya los conoces —comenta y su mirada baja hacia mi mano.

El anillo.

—Hasta ahora solo conocías los escudos de los Tomazini y los Zampieri —Señala mi anillo—, ahora conoces todos.

Vuelvo mi atención al cuadro, observando con cuidado cada uno. Son solo seis provincias, pero parece mucha información.

—Quiero memorizar cada dibujo, pero son tantos detalles.

—No te preocupes por eso, lo importante es que sepas el escudo de tu familia.

—¿No es el tuyo? —pregunto y él sonríe.

—También el de ella —confirma y muerdo mis labios, conteniendo una sonrisa.

Maldita sea, ese desgraciado me desarma tan fácil.

Durante los siguientes minutos, Matteo me explica sobre cada familia. Quién es el *capo*, si está casado, si tiene hijos, quién debería venir a la fiesta, es casi un resumen.

—Ahora ya sabes qué esperar en el evento de doña Eleonora. —Se encoge de hombros, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y mis ojos traicioneros se quedan en su bíceps marcado.

Concéntrate, Giulia.

—Gracias por esto. Me siento mejor sabiendo algo.

—Sé que odias escucharlo, pero eres parte de esto.

Me quedo en silencio mirando el mapa y lo que representa.

No sé cuánto tiempo pasa, pero no puedo seguir callada.

—No odio ser parte de la familia, pero ¿qué significa…? —Muerdo mis labios—. Es difícil entender que mi abuela, mis abuelos eran parte de esto, yo solo conocí un lado de ella, y créeme, es muy diferente… a esto.

Matteo levanta mi mentón con el dedo índice y mi corazón se detiene un instante.

Dios mío.

—Vas a darte cuenta que, sin importar lo que hagamos fuera de casa, de nuestros negocios —su voz es firme—… aquí —mira a su

alrededor— somos solo una familia.

Familia.

—Somos mafiosos, criminales, el término que prefieras, pero incluso en el crimen tenemos nuestro código, nuestro honor, aunque eso es tema para otro día.

Asiento, mi cabeza está a punto de estallar con tanta información.

—Hora de dormir, *ragazza* —dice acariciando mi mejilla, y contengo la respiración al sentir su toque.

Su mirada encuentra la mía y por un segundo creo que va a besarme otra vez, hay tanto ahí.

—¿Dormir? No sé si podré después de todo esto —reconozco, con la voz casi en un susurro.

—Será mejor que sí, o estarás cansada mañana para nuestra salida.

—¿Dijiste salida? —Levanto la ceja sin ocultar la confusión y él sonríe.

—¡Vamos! Mañana será un día largo —dice sin dar más detalles, pero ni insisto. Seguro que será mejor que quedarme aquí parada.

No me malinterpretes, todo es maravilloso, pero salir es diferente.

Juntos subimos las escaleras y, cuando llegamos a la puerta de mi cuarto, apoyo la mano en la manija.

Mi pecho sube y baja descompasado y trato de actuar normal, pero estoy hecha un manojo de nervios.

Nuestras miradas se encuentran y es difícil pensar cuando lo siento como una brasa dentro de mí.

—Gracias por los documentos —susurro—. Y por lo de hoy.

Él niega con la cabeza sin apartar sus ojos marrones de los míos.

—Buenas noches, Giulia. Que tengas dulces sueños, *ragazza*. —Luego, sin más, se aleja por el largo pasillo.

—Buenas noches —respondo, pero ya está lejos para escuchar.

Si dormir ya era difícil, ahora es casi imposible, pero con una sonrisa tonta en el rostro cierro la puerta detrás de mí.

Una palabra me define: *jodida.*



Despierto con los primeros rayos de sol entrando por la cortina. Me estiro, tratando de no pensar que en realidad tuve sueños muy reales, si me preguntan… con alguien que no debería.

Él.

—Vamos a levantarnos, que el día de hoy promete.

Tomo una ducha, me lavo el cabello y elijo un vestido largo de verano que traje de Brasil. Me hago una cola de caballo y bajo las escaleras para encontrar a los Zampieri.

Como imaginaba, Matteo, Vincenzo y su madre ya están allí.

—Buenos días, creo que dormí demasiado —saludo.

—No te preocupes, querida. Nosotros somos los que siempre madrugamos por aquí.

—¿Chiara?

—Debe unirse a nosotros pronto —dice—, y me siento cerca de ella, sintiendo su mirada seguir cada uno de mis movimientos.

Por el amor de Dios.

—Giulia y yo saldremos en un rato y deberíamos estar de regreso por la tarde —avisa, sorprendiendo a todos, incluso a mí.

Ok.

—¿Puedo pedirle a Aurora que prepare algo para llevar?

—No hace falta, mamá. Todo bajo control.

—En ese caso, me alegra que vayan —hace una pausa, mirando a su hijo y a mí con curiosidad— a dar un paseo.

No puedo decir nada.

Tomo mi jugo de naranja, haciendo un esfuerzo para no atragantarme. Es difícil fingir que es algo normal, sintiendo la mirada de la matriarca y de su hermano, analizando cada uno de nuestros movimientos.

—Buenos días, familia —saluda Chiara, bajando las escaleras.

—¡Alguien despertó animada, eh! —comenta Matteo, después de tomar un sorbo de lo que supongo es café.

—Siempre estoy animada, hermano, a diferencia de ustedes, que son unos gruñones.

—Eso hasta que te cruces con Lucca —le responde él, provocando una sonrisa incluso en Enzo.

—No empiecen.

—Tranquila, mamá. No voy a dejar que Teo me moleste. Fingiré que no escuché eso. —Vuelve su atención hacia mí—. ¿Qué te parece si vamos a la ciudad? Necesitamos comprar tu bikini nuevo y aprovechar este sol maravilloso.

—Yo… —No puedo ni responder, porque su hermano es más rápido.

—Giulia y yo vamos a salir. Podemos ver qué necesitas cuando regresemos —avisa, y veo el instante en que la sorpresa invade su rostro.

—Interesante —dice, observándolo atentamente—. Bueno, diviértanse y, Giu —me llama, atrayendo mi atención—, ignora a mi hermano y compra algo digno de esas curvas, por el amor de Dios.

Esta vez soy yo quien casi se atraganta, mientras Matteo estrecha la mirada hacia su hermana.

Oh, mierda.

—Déjamelo a mí —respondo después de dejar de toser, sintiendo mis mejillas arder y no necesito ser una genia para saber que estoy roja como un pimiento.

—Creo que es mejor que vayamos —señala Matteo y asiento.

—Solo necesito agarrar mi bolso —comienzo, pero me interrumpe.

—Tómate el tiempo que necesites, te espero aquí.

—Ok. Estuvo todo delicioso, como siempre, con su permiso —digo, mirando a su madre.

—Diviértanse.

—No olvides lo que te dije —susurra Chiara solo para mis oídos y esta vez pongo los ojos en blanco. La loca se ríe.

Me despido de Enzo y voy hasta mi cuarto a buscar mi bolso, cepillarme los dientes y, claro, aprovecho para hacer un maquillaje

suave, nada exagerado: lápiz, rímel y un labial nude.

Miro mi reflejo y me gusta lo que veo.

Es solo un paseo.

Bajo las escaleras tratando de controlar mi entusiasmo y lo encuentro en la sala, hablando con Lucca y Enzo.

—Creo que tu alegría no duró mucho —murmuro a la rubia que sigue sentada en la mesa del desayuno.

—Hermanos, suerte que no tienes —responde refunfuñando —. Claro que Matteo iba a llamar a este infeliz y encontrar la manera de molestarme.

Trato de no reír, pero es imposible.

—Seguro que encuentras la manera de devolverle la jugada.

Ella estrecha la mirada.

—No tengas dudas sobre eso. ¿A dónde van?

—No tengo la menor idea.

—Esto se pone cada vez más interesante.

—¿Cómo?

—Nada, solo estoy pensando en voz alta. —Se ríe con misterio—. Trata de recordar que detrás de todo ese mal humor hay un ser humano —Me guiña un ojo.

—¡Chiara! —la regaña su madre.

—Hechos, mamá, hechos.

—Ok —respondo sonriendo, y justo en ese momento mi mirada se cruza con la suya.

—Perdona la demora, si estás lista, podemos irnos.

Respiro y respondo.

—¡Claro! —exclamo y aparece una sonrisa en mi rostro.

Tal vez Chiara tenga razón, hay algo ahí, solo hay que tener paciencia para ver sus matices.



—¿Cada vez que quieres salir a pasear es así? —pregunto después de unos minutos en el camino.

—¿Qué quieres decir?

—Los guardias, los soldados —me corrijo.

—Siempre.

—¿Nunca sales solo? ¿Nunca? —insisto, sorprendida.

—Es raro, pero de vez en cuando logro hacerlo, en un ambiente controlado.

—¿Cómo sería?

—A veces me gusta salir a navegar en alta mar. Mis hombres se quedan en el muelle vigilando que no se acerquen barcos en esa zona y puedo tener unos minutos de paz.

—Eso es triste y solitario —digo después de unos segundos.

—Es mi vida —responde, como si no fuera gran cosa.

—¿Nunca pensaste en casarte? —sale de mi boca antes de poder controlarme.

Filtro, Giulia. ¡Caramba!

Me mira unos segundos. Seguro que está dividido entre contestarme y reírse de mi descaro.

—No tanto como en las últimas semanas —revela y arqueo la ceja, con una enorme pregunta en el rostro—. Mi madre me ha estado presionando al respecto —explica.

—Pensé que solo las mujeres eran "objetos" —enfatizo la palabra, es más fuerte que yo— en la mafia.

Él sonríe.

—Como *Don*, se espera que me case y tenga…

—Déjame adivinar, herederos.

—Exacto.

—¡Dios! —Sacudo la cabeza, indignada.

—Créeme, si chasqueo los dedos, decenas de mujeres estarían listas para ofrecerse.

Pongo los ojos en blanco.

—Eso dicen, hay locos para todo en este mundo.

Su sonrisa se amplia.

—¿Qué voy a hacer contigo, Giulia Tomazini? —pregunta acercándose, y de repente la temperatura en el auto parece subir diez grados.

Muerdo mis labios en una mezcla de nervios y expectativa.

Su celular vibra y él maldice, rompiendo el contacto, pero enseguida sonríe.

—Estamos llegando.

—¿En serio? —pregunto, volviendo la mirada a la ventana y ahí la veo—. ¡Puta madre!

—Tienes que trabajar esa boca sucia si quieres conseguir un marido, *ragazza*.

—Vete a la mierda, antes de que se me olvide —replico, pero sabe que en este momento solo estoy bromeando—. No sabía que tenías sentido del humor.

—¡No lo tengo! —responde, pero sé que está a punto de reír.

—Casi lo creí, puedes reírte, oh todopoderoso *Don* —bromeo, y él no se contiene.

Mierda, si no termino uniéndome a él.

—Vamos, Giulia —Extiende la mano—. ¿Qué te parece ver todo esto de cerca? —pregunta cuando el auto se detiene.

—¿Podemos? —Abro los ojos de par en par.

—¿De verdad crees que te traje aquí solo para quedarte en el auto?

—No sé, tanta seguridad, peligro, enemigos —balbuceo emocionada—. ¡Oh, Dios mío, quiero salir, sí! ¡Sí, mil veces sí!

Bajamos y la vista es impresionante. Frente a nosotros no hay nada, solo un mar de girasoles.

—Es hermoso —susurro, con la voz ligeramente quebrada.

—No tanto como tú —su voz suena justo detrás de mí y todo mi cuerpo se eriza.

Respiro profundo sin atreverme a buscar su mirada, temo lo que encontraría.

Los soldados se mantienen tan alejados como pueden. Solo estamos nosotros dos y el silencio.

—¿Podemos? —Hago un gesto hacia la plantación.

—Siéntete libre —dice, mirándome de una forma extraña. Ignoro las mariposas en mi estómago y comienzo a caminar entre las plantas, sintiendo el sol en mi rostro.

No puedo ni explicar la sensación de estar aquí.

Cierro los ojos, dejando que las emociones me invadan. Cuando los abro, encuentro los suyos a pocos pasos.

—Gracias —susurro.

—Debería haberte traído antes.

—Lo importante es que me trajiste —suspiro.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, perdidos en pensamientos, admirando la naturaleza, solo sé que este día, estas horas, quedarán marcadas en mi memoria.

Para siempre.

Claro que tomé decenas de fotos, pero ninguna podrá reflejar la belleza de este lugar, lo que es pisar, estar… aquí.

—Vamos, Don Zampieri, sonríe —le pido. Es evidente que Matteo mantiene el rostro serio por unos segundos, pero finalmente cede, regalándome su sonrisa y recuerdos increíbles.

Su teléfono vuelve a sonar y por la expresión que pone al ver el mensaje, presiento que el paseo terminó.

—¿Problemas?

—Lamentablemente, tenemos que regresar.

Nada de bikinis, al parecer.

—Ok, valió cada segundo aquí.

—Me alegra que te haya gustado.

Matteo apoya la mano en mi espalda mientras caminamos hacia la camioneta. Los soldados siguen esparcidos a algunos metros, con las armas en mano, y confieso que esa imagen me devuelve a la realidad, que definitivamente no es un mar de flores.

Pronto estamos de nuevo en la carretera y la mayor parte del camino la hacemos en silencio. No sé qué pasó, pero él está tenso y no para de hablar con alguien por teléfono.

¿Será Lucca o Enzo?

—¿Todo bien en la mansión? —pregunto preocupada.

Su rostro se llena de sorpresa.

—¿Preocupada?

—Claro, no quiero que pase nada malo con nadie allí, tu madre, Chiara, Enzo…

Él sonríe.

—¿Dónde está la gracia?

—Solo pienso que te importa —señala sin apartar la vista de mí—, una familia de criminales.

Muerdo mis labios porque tiene razón.

Antes que nada, son personas que en poco tiempo conquistaron mi corazón.

El silencio vuelve a reinar en el auto y solo cuando veo los carteles que indican "Castiglione D'Orcia" me animo.

Estamos llegando.

—¿Todo esto es felicidad por volver?

—Eso dicen, es bueno pasear, pero mejor aún, regresar a casa —digo en automático y solo después de unos segundos noto lo que dije.

Siento mis mejillas calientes.

—Quise decir… —intento corregirme.

—Lo entendí, relájate.

—Gracias de nuevo, realmente me divertí.

—¿Duele admitirlo?

—Un poco —reconozco haciendo una mueca—. Desde que… —sigo, pero me detengo para encontrar las palabras correctas—. Dadas las circunstancias de mi llegada a tu casa. No pensé que lograría ver mucho.

—No eres una prisionera —dice categórico.

—Tenemos una interpretación diferente sobre eso.

—¿Estás infeliz? —pregunta acercándose y acortando la distancia y quiero decir que pensar así es difícil, pero me callo.

—No dije eso, todos me tratan bien, pero ahora que la ciudadanía está en camino, que llegan mis documentos, yo…

—Eso está fuera de discusión —ni siquiera me deja terminar la frase.

Lo sabía. Y aún dice que no soy…

Respira, no te alteres.

Miro la ventana. Ya estoy cansada de discutir con Matteo. No quiero arruinar un día que fue perfecto.

—Ni siquiera conociste a tus familiares —argumenta después de unos segundos.

—¿Me estás diciendo que después de esto me dejarás ir? —pregunto y claro que él guarda silencio—. ¡Eso pensé! —exclamo volviendo a mirar por la ventana.

—Giulia —me llama, pero lo ignoro.

No respondo y sigo mirando por la ventana. En silencio seguimos a la mansión Zampieri.

Mi celular vibra dentro del bolso: "*Isa".*

Claro que solo puede ser ella, no tengo a nadie más. Por los próximos minutos me distraigo enviándole fotos del campo de girasoles.

Isa: *¡Guau, qué sueño! ¿La estás pasando bien?*

Yo: *Vaya, no tienes idea.*

Respondo con el corazón pesado, pero no es mentira.

Isa *: ¡Bien! Investigué un poco sobre ese tema.*

Yo *: ¿?*

Isa *: El familiar.*

Yo *: ¡No lo hiciste!*

Isa: *Es como si no me conocieras. Tranquilo, todavía no he descubierto nada malo... Su sistema es muy bueno, pero me gusta pensar que soy mejor.*

Yo: *Isa…*

Isa: *Créeme, Giu. Si algo anda mal, lo averiguaré.*

Ese es mi miedo.

Yo: *Necesito irme.*

Escribo cuando veo que estamos casi en la entrada de la mansión.

Isa: *Bueno, hablamos luego. Envía más fotos. Besos.*

Yo: *besos.*

Guardo el celular y por primera vez en mi vida deseo que mi amiga falle, que no encuentre nada, porque no sé qué pasará si lo hace.

Piensa, Giulia.

Si hablo con ella, la pongo en riesgo; si me quedo callada, también.

¿Qué hacer?

Voy a hablar con ella, no sé qué excusa usaré, pero necesito que se aleje y deje de meter las narices donde no debe.

Eso es todo. No es lo mejor, pero es un plan.

El auto se detiene y él baja apenas los soldados nos liberan. Matteo extiende la mano, pero delicadamente lo ignoro y bajo sola.

—Gracias, señor Zampieri, por el paseo.

—Giulia…

—Me duele la cabeza y voy a descansar —aviso, forzando una sonrisa mientras camino rápido hacia la mansión y agradezco no encontrar ni a su madre ni a su hermana en el camino a mi cuarto.

Lo único que quiero en este momento es una ducha y tirarme en la cama.

Nunca he estado tan confundida.

Ese hombre me vuelve loca, pero al mismo tiempo me atrae de una manera que nunca había sentido.

Quiere mantenerme aquí contra mi voluntad, pero me sorprendo pensando cuánto de mí realmente quiere quedarse.

Lo único que me retiene es mi amiga, y ella ciertamente podría visitarme si quisiera quedarme aquí. La pregunta es: *¿quiero?*

No sé qué es peor, la rabia y frustración por tener a este italiano mandón queriendo decidir por mí, o porque, a pesar de saber todo lo que sé de él, estoy tentada a quedarme.

Ay, abuela, en qué lío me he metido.

CAPÍTULO 14
Matteo



Human – Rag' n' Bone Man
Call Out my Name – The Weeknd

Todo estaba más que perfecto. Los dos teniendo una conversación normal. Claro que la diablilla soltaría algunas bromas, pero no sería ella si no lo hiciera. Entonces llegamos y me perdí en su sonrisa.

Ahí, todo valió la pena.

Un maldito campo de girasoles, y carajo si no quiero verla así más veces, sonriendo, y sabiendo que fui yo, el hijo de puta, quien puso esa sonrisa en su rostro.

Hermosa… mía.

No puedo sacar esa sensación del pecho, lo que hace que la misión de mantener las manos lejos de ella sea cada vez más difícil.

Una maldita situación.

La idea era ver la plantación, llevarla a almorzar a un restaurante típico y, de regreso, pasar por Siena y comprar los benditos bikinis.

Solo un anfitrión llevando a su invitada a conocer los alrededores, nada más.

¿Cuántas veces he hecho esto en mi vida? Ninguna.

No es de extrañar que Chiara y Enzo me miraran como si me hubiera vuelto loco. Para empeorar, los planes no salieron como

esperaba.

Claro que alguna mierda iba a hacer que regresara antes de lo previsto y, como si no bastaran los mensajes de Lucca sobre el desgraciado de Del Vecchio, todavía logré arruinar todo otra vez con Giulia.

Podría haber ido tras ella. Hacerla escucharme.

La idea fue tentadora.

No estoy acostumbrado a que me dejen hablando solo, mi sangre se calentó, pero como todo lo que tiene que ver con ella, apenas me reconozco en su presencia.

Ya pasaron tres días desde nuestro paseo, y claro que la diabla me está evitando, pero lo que ella me pide, no puedo dárselo.

Soy un maldito egoísta y la quiero aquí, conmigo. La idea de tenerla lejos es aterradora.

Su intento de quedarse en la habitación y evitarme es hasta gracioso.

Ah… Giulia, ¿qué haré contigo?

Claro que tuve que actuar, y sabía exactamente cómo.

La sorpresa en su rostro al ser sorprendida en el desayuno con no una, sino media docena de bolsas con innumerables bikinis y trajes de baño de marca, de todos los modelos y colores, hizo su trabajo.

No es una disculpa, no cuando no tengo por qué disculparme, pero es mi forma de hacerla ver que la quiero feliz.

La quiero divirtiéndose en la piscina con Chiara, aunque sé que será una tortura. La chica podría estar en una maldita bata, y yo aún estaría celoso de cualquiera que la mirara.

—¿Cincuenta bikinis? —pregunta mi consejero al entrar en mi oficina, tras toda la escena matutina.

—¿Qué puedo decir? Necesitaba opciones.

—¿Cincuenta?

—¿Ahora eres experto en bikinis?

Enzo, que está sentado frente a mí, se muerde los labios.

—Más en lo que queda oculto bajo ellos.

—Vamos a lo que importa. ¿Algún avance en las investigaciones? —lanzo, dejándome caer en la silla de cuero y

recordando de inmediato su comentario astuto sobre los colores y muebles mafiosos.

¡Concéntrate, maldita sea!

—Uno de nuestros informantes consiguió algo en La Spezia —avisa Enzo y, por su expresión, veo que está ansioso por hablar con quien sea ese desgraciado.

—Bien. ¿Cuál es el plan?

—Estamos vigilando de cerca al hijo de puta, viendo si nos lleva a alguien más. La idea es traerlo aquí para una charla esta misma semana.

—Solo después de la fiesta, no quiero a mamá en mi oído preguntando por qué saliste a la mitad de la fiesta o llegaste con el esmoquin manchado de sangre, como la última vez.

—Fue una gota.

—Ella lo vio. —Estrecho la mirada y él solo asiente—. ¿Algo más?

—Intentaron hackear la página de la familia —dice, sin cambiar su expresión.

—¿El sitio del holding? —pregunta Lucca, leyendo mis pensamientos.

—Sí.

—Pensé que habías construido esa mierda para que fuera inviolable —digo, encendiendo un cigarro.

—Como dije, lo intentaron, no pudieron. —Sonríe con picardía, señal de problemas.

—Ok, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Descubrir quién está detrás y qué quiere.

—Si no consiguieron nada, ¿no sería solo cuestión de reforzar las "defensas", como se llame esta mierda, y olvidarlo? Debe ser algún nerd de quince años que se masturba mientras juega en la computadora. Además, no hay nada de nuestras operaciones ahí.

Lucca tiene razón.

La información sobre los negocios está en otro servidor, mucho más protegido, pero lo cierto es que intentaron meterse con nosotros.

Miro a mi hermano y reconozco esa mirada.

Jugaron con sus juguetes y ahora quiere saber quién fue.

Es personal.

—Diviértete.

—Solo una cosa más —dice y capto su atención.

—Carajo, Enzo, ¿qué mierda te pasa hoy? —Lucca no se contiene.

Él ni responde, solo levanta el dedo medio y me contengo para no reír.

Quién iba a pensar que esta reunión sería interesante.

—La IP de quien intentó hackearnos es de Brasil —dice arqueando la ceja.

Giulia.

—Solo mantenme informado —digo y él asiente—. Tu turno, Lucca —murmuro—. Espero que tus temas sean tan interesantes como los de mi hermano.

—No te metas conmigo.

Como era de esperarse, fue lo contrario, pero todo estaba bien encaminado.

Con un territorio tan vasto como el nuestro, siempre hay numerosos asuntos que atender, aunque los capos manejen la mayoría de las mierdas en las provincias, algunos temas se escalan. Además, me gusta cómo pensaba mi viejo. Ellos pueden ser la línea del frente, pero al final del día, es nuestro ojo y cuidado lo que hace que el negocio prospere, por eso mantengo todo con mano de hierro y con los problemas en el puerto, aún así.

—Bueno, señores, todo resuelto. Creo que es hora de que empiecen a prepararse, conocen a doña Eleonora.

Lucca asiente y se levanta.

—Nos vemos más tarde. Tengo curiosidad por ver la reacción del viejo Tomazini y su hijo cuando conozcan a Giulia, más después de lo que hizo.

—¿Me perdí de algo? —Enzo arquea la ceja.

—Nada, excepto Lucca y su reciente dificultad para mantener la lengua en la boca —mi tono es cortante, cerrando el tema.

—Esto va a ser interesante —comenta el hijo de puta sonriendo antes de salir.

Estoy perdiendo la cabeza, no puede ser.

—¿Algo que deba saber?

—No le hagas caso, el hijo de puta decidió hacerme la vida imposible.

—En ese caso, me voy. Tengo algunos asuntos que tratar con el jefe de seguridad, ya que tendremos muchos invitados armados.

Asiento con la cabeza en señal de acuerdo.

Enzo sabe lo que hace. No es nuestra primera fiesta. Podemos estar rodeados de lobos con piel de cordero, pero aquí, los peores depredadores somos nosotros.



Cuando salí de la oficina por la tarde, ya había varias personas trabajando en la decoración de la casa y el área de la piscina bajo la mirada atenta de doña Eleonora, y claro, varios soldados.

Aunque tienen un salón enorme en el área externa, mamá prefiere recibir a los miembros de la familia dentro de la mansión; es casi una tradición y hoy no será diferente.

Puntualmente, a las siete de la noche, salgo de mi cuarto y me dirijo a la sala, donde mi madre seguramente ya me espera para recibir juntos a nuestros invitados.

Odio esta mierda.

Las sonrisas falsas, los elogios, los que viven de las apariencias, que aquí son una familia feliz y ejemplar, pero entre cuatro paredes son verdaderos monstruos.

Papá siempre nos enseñó a ver más allá de las apariencias, pero desgraciadamente eso tiene un precio con el tiempo: fingir indiferencia ante tanta hipocresía.

Hoy no es una fiesta normal.

—¿Listo? —susurra Lucca a mi lado, elegante con un esmoquin negro, igual que yo.

Asiento con la cabeza, observando a Enzo acercarse, claramente incómodo con el traje. Si dependiera de él, estaría en

jeans y camiseta negra, no es que yo no prefiera eso también, pero la situación exige algo más formal.

—Recordé por qué odio estas reuniones —comenta, deteniéndose a nuestro lado.

—Fiesta, amigo —recuerda el *consigliere*, sin ocultar la emoción.

—No recuerdo estar celebrando nada.

—Carajo, ustedes dos parecen dos viejos gruñones. —Esta fiesta solo sirve para dos propósitos: observar la reacción de los capos después de unas copas de whisky y presentar a Giulia a la organización.

—No olvides a los padres ansiosos por presentar a las hijas para un posible matrimonio —recuerda mi amigo.

Doy un trago de una sola vez, negándome a pensar en esa mierda hoy. Ya tengo suficiente con mis tareas, aunque el hijo de puta tenga razón.

Seguramente estarán ofreciendo a las hijas, algunas aún niñas, con la esperanza de fortalecer nuestras alianzas, como si yo considerara algo así.

Un puñado de buitres.

—Supe que Genovese quiere arreglar un marido para su hija que apenas cumplió doce años —señala, arqueando la ceja.

—Sugiero que lo mantenga lejos de mí o, quién sabe, podría enfocar toda mi atención en buscarle esposa a usted, viejo amigo.

El hijo de puta abre los ojos, vaciando su copa de vino de un solo trago y tomando otra de la bandeja del camarero que acaba de pasar.

—Vamos a divertirnos, señores, que sea una noche llena de descubrimientos. —Levanta la copa y solo puedo desear que la noche transcurra sin grandes dolores de cabeza.

Enzo y yo alzamos nuestras copas y en ese instante toda la sala queda en silencio.

¿Qué carajo?

No pasa mucho para que descubra la razón.

¡Santo cielo!

Aprieto los puños, controlando la loca necesidad de ir hacia ella y asegurarme de que cada hombre presente tenga una sola certeza: esa mujer es mía.

—¡Pero qué carajo! —Lucca casi se atraganta y espero que sea solo el choque de ver a mi hermanita junto a Giulia, con el maldito vestido que muestra mucho más de lo que considero adecuado y no porque Giulia esté jodidamente deslumbrante en un vestido rojo que hace que sus pechos parezcan aún más apetitosos.

Mierda, no logro dejar de imaginarme chupando esos pechos, solo para después verla tragarse toda mi polla hasta casi ahogarse, para luego alejarme y que me pida más.

Mi polla se aprieta contra el cierre, señal de que necesito calmar esta mierda dentro de mí.

—Lucca, conmigo. Enzo, verifica si los Tomazini ya llegaron. Hay que hacer las presentaciones.

—Considéralo hecho —dice, antes de alejarse.

—¿Dije diversión? Olvídalo —refunfuña mi amigo, apoyando la copa aún llena en la mesa y siguiéndome hacia las dos.

—Hermano, qué elegante estás —saluda ella, sonriendo, y respiro hondo.

—Espero que te comportes, Chiara, porque ahora mismo quiero hacer que subas a cambiarte ese maldito vestido. —Mi voz es cortante.

—Es solo una abertura, Matteo. No se ve nada —argumenta, pero ni pierdo tiempo en responder.

—Lucca, asegúrate de que mi hermana no cause ningún problema y mantén a esos hijos de puta lejos.

—No necesito niñera.

—Es eso o subes ahora a tu cuarto —replico, y ella sabe que no estoy bromeando.

—Está bien —responde, forzando una sonrisa—. Creo que tendré que soportar la compañía del *consigliere*.

—Ten por seguro que el sentimiento es mutuo, *bambina*. ¡Qué noche tan divertida!

Ignoro a los dos que se alejan discutiendo, sabiendo que se entenderán y que Lucca protegerá a Chiara, incluso de ella misma.

Cierro los ojos, ya imaginando la mirada de reproche que me lanzará la italiana.

Respiro hondo, tratando de calmarme, luego levanto la mirada, solo para encontrar sus ojos verdes, la mejilla ligeramente sonrojada, el pecho subiendo y bajando, Giulia Tomazini, la razón de mi insomnio y mis huevos a punto de estallar, parada frente a mí.

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 1PÍTULO 1**Julia**CAPÍCAPÍTUCAPÍTULO 1LO 1
CTULO 1CAPÍCAPÍTULO 1TULO 1



Be your love – Bishop Briggs
River – Bishop Briggs

Llegó el gran día. La fiesta en la mansión Zampieri. El día en que seré presentada a las demás familias y conoceré a mi tío, tía, primos, los Tomazini.

Estoy entre nerviosa y emocionada, pero el nerviosismo está ganando. Para empeorar, están todos los sucesos de los últimos días. Desde la salida al campo de girasoles, he intentado mantener a Matteo fuera de mi vista.

Qué suerte la mía, claro que justo en estos días él casi no tuvo compromisos externos, quedándose todo el día circulando por la casa, hermoso como el diablo. Como resultado, pasé la mayor parte del tiempo encerrada en mi cuarto, viendo series o estudiando.

La cordura no tiene precio.

Chiara vino varias veces a hablar conmigo, insistió en que fuéramos a tomar el sol, a disfrutar la piscina, a caminar entre los olivos, pero amablemente le dije que no. No quiero dolores de cabeza, y su hermano es eso, una receta para la migraña.

No sé si le dijo algo a él, lo cierto es que hoy me sorprendió con un montón de bikinis de regalo.

Es ridículo.

¿Quién necesita tanta cantidad?

¿Qué problema tiene ese hombre? Primero me saca de la piscina como si fuera una bolsa de papas y después hace esto.

Sé que está tratando de ser atento, pero me hierve la sangre al recordar sus palabras y cómo en este momento tengo las manos atadas.

Él dice que no soy su prisionera, pero entonces, ¿qué soy?

Para empeorar las cosas, lo de Isa se fue al carajo. Esperé un día después del paseo para hablar con mi amiga y ese fue mi error.

Cuando le dije que no quería que tocara nada, me respondió que ya era tarde, que había intentado invadir el sitio web de las organizaciones Zampieri, una holding que, según ella, controla todas las demás empresas del grupo: cadena hotelera, constructoras, transportes, alquiler de vehículos y equipos; son muchos los rubros que manejan en la Toscana, pero que la descubrieron.

No sé cómo no me dio un infarto en ese momento.

El corazón está bien, porque, mira, te lo digo.

Isabella estaba indignada, no sé si por haberla atrapado o por caer en las trampas que dejó el desarrollador del sitio.

No quedó claro.

Le rogué que dejara de meterse en eso, pero siguió ignorándome. No hubo caso, tuve que contarle, y así fue como, por primera vez desde que nos conocemos, se quedó sin palabras.

Eso para ella es surreal.

Isa habla sin parar y, aunque es una ninja de las computadoras y muy extrovertida, verla sin palabras es algo que nunca había visto, hasta ayer.

"¿CÓMO QUE MAFIOSOS?"

Sí, ese fue el mensaje que me mandó, seguido de varios emojis gritando, antes de llamarme por video casi gritando de verdad.

Después de una hora, logré calmarla y la convencí de desistir de la idea loca de ir a la embajada, a la policía federal, etc.

Le aseguré que estoy bien, segura, y que la familia Zampieri es fantástica y acogedora, sin importar la legalidad de sus negocios que, gracias a Dios, no tengo la menor idea de cuáles son.

Me han privado de los detalles sórdidos hasta ahora. ¡GRACIAS!

Apenas salgo del baño, escucho mi celular vibrando sobre la mesa de noche.

Hablando de ella.

—Hola.

—¿Cómo está la más nueva mafiosa? —bromea, pero sé que está tan nerviosa como yo.

—Ni lo digas.

—No dormí en toda la noche, dime que fue una pesadilla y que no me contaste nada de eso.

—Me gustaría decir que sí, pero no, fue real.

—Invadí el sitio de una organización criminal. Felicidades, Isabella, te superaste esta vez.

—¡Tú lo intentaste! —le recuerdo.

—Sobre eso, quizá hice... un poco más que intentarlo.

—¿Cómo es eso?

—No conseguí nada confidencial, pero yo, bueno... tumbé algunas defensas, y hablando en tu idioma, pude llegar a lugares que imagino que nadie ha explorado antes. —Sonríe.

—Isa...

—Me van a matar por esto.

—Cállate. Claro que no.

Dios, Matteo no haría eso, ¿verdad?

Ella no sabe nada.

—Para empeorar, quien sea que maneje el IT allá es bueno, porque me rastreó hasta aquí, pero lo tumbé enseguida. Creo que no logró descubrir mucho, salvo mi gusto por la ropa negra y temporadas de Supernatural[4].

—¡Dios mío!

—Tranquila —intenta calmarme—, pero si algo me pasa, ya sabes. —Guiña un ojo.

—Hablaré con Matteo —aviso, caminando de un lado a otro en el cuarto.

—¿Con el *Don* Corleone de la Toscana?

—Deja de jugar con cosas serias.

—Perdón, estoy nerviosa. Sabes que me pongo así en estas situaciones. Hablo mucho y no siempre soy coherente.

—Todo va a estar bien. Lo prometo —digo, sabiendo que pase lo que pase, me aseguraré de que Isa no sufra represalias por intentar protegerme.

—Ocúpate de ti, Giu. Estoy a miles de kilómetros y seguro tienen cosas más importantes en qué pensar que en una analista de sistemas de Nexus Tech.

—No sé... —muerdo los labios—. Quizá sea mejor contarlo y evitar que lo descubra después.

—No quiero que tengas problemas por algo que solo yo provoqué, por mi curiosidad.

—Lo pensaré, pero prométeme que no volverás a acercarte a su página.

—Palabra de scout.

—¿Scout tú?

—Lo juro por mi dedo meñique —bromea, recordando lo que hacíamos hace años.

—¡Mejor! —Sonrío—. Tengo que empezar a arreglarme. Hoy conoceré a mis tíos, primos y a toda la gente.

—Tengo que dejar de ver "El Padrino", en serio, ya te imagino en una de esas fiestas al aire libre.

—Será aquí en la mansión, tonta.

—Luce hermosa y trata de divertirte. Ya que no puedes volver, al menos haz eso. ¡Disfruta! Con moderación... nada de arruinar tu récord como reo primario —se burla, y ahí está Isabella otra vez.

—Mañana te cuento todo.

—Viviré los detalles por ti. Besos.

—Besos, te quiero.

—Yo también.

Por los siguientes minutos, me ocupo de secar y peinar mi cabello, hasta que cae en ondas sobre mi espalda.

Llega la hora del maquillaje y agradezco cuando Chiara aparece en mi cuarto, hermosa como siempre.

—¿Aún no estás lista?

—Me atrasé un poco secando el cabello y ahora no sé qué hacer, no tengo muchas opciones de sombras aquí. Nada parece combinar. Estoy casi por rendirme y ponerme solo delineador y rímel.

—¡Nunca! Déjamelo a mí, Giu.

—¿En serio?

—Claro, tengo años de práctica. Al principio dejaba que las maquilladoras de mamá me arreglaran, pero descubrí que prefiero hacerlo yo misma.

—¿Fuiste tú quien lo hizo? Carajo, yo juraría que fue otra persona.

—No, yo solita, y la próxima vez puedes hablar con doña Eleonora, estará más que feliz si te unes a ella para que te consientan.

—Buen dato, aunque prefiero tener a mi maquilladora privada. —Le guiño un ojo y ella sonríe.

—Vamos a dejarte aún más hermosa.

—¿A mí? Quiero ver la reacción de tu hermano cuando te vea.

—Shhh, no digas eso que se cumple. —Toca madera—. Seguro que estará ocupado con otro asunto o con alguien.

—Si prefieres engañarte —replico, sin gustarme nada pensar en la última opción.

Quince minutos después, Chiara se aparta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Carajo, ¡sí que soy buena!

—Agrégale "modesta" a tus cualidades.

Ella ríe, más linda todavía.

—¿Lista para ver el resultado?

—¡Muriéndome por eso!

Me levanto de la silla y camino hacia el espejo de cuerpo entero del baño y… puta madre. ¡Casi no me reconozco!

El vestido ya era precioso, pero ahora, combinado con el peinado y el maquillaje, quedó increíble.

—No sé ni qué decir.

—Gracias, Chiara, tú arrasas, con eso basta.

La abrazo con cuidado para no arruinar su peinado y repito sus palabras, enfatizando una y otra vez el "tú arrasas", porque es la pura verdad.

Sombra suave con un toque dorado, delineador y rímel resaltando los ojos, y el broche de oro: un labial rojo casi del mismo tono que el vestido. Perfecto.

—No sé tú, pero yo ya estoy lista para conocer a la gente. —Le guiño un ojo.

—No debiste decir eso, mujer. ¡Yo nací lista! —exclama, y no me queda la menor duda.

Chiara está absolutamente espectacular con su vestido negro de corsé, con una abertura que se detiene justo arriba de la rodilla. Cabello recogido en un moño, maquillaje suave resaltando sus ojos azules y en los labios, un tono vino oscuro. Bellísima.

—¿Dije lista? Más bien nerviosa —admito, sintiendo que el estómago se me revuelve.

—Vamos, eres una de nosotras. Levanta ese mentón y vamos a dejar a esos hombres boquiabiertos. —Extiende su mano con uñas impecables, y agradezco que al menos haya logrado arreglar las mías.

"Una de nosotras." Sus palabras resuenan en mi cabeza. Cierro los ojos y respiro hondo.

—Vamos —digo, tomando su mano.

Fiesta de los Zampieri, allá voy.



Empezamos a bajar las escaleras y creo que nunca había estado tan nerviosa. Mis manos están heladas, pero aun así Chiara no me suelta.

—Todo va a salir bien —me susurra, y sonrío en medio del pánico de tropezar con el vestido y rodar escaleras abajo.

Para empeorar las cosas, todos parecen mirarnos.

—No te asustes, pero mi hermano y el desgraciado de Lucca vienen hacia nosotras y parecen…

—Enojados —termino su frase—. Oh, mierda. —Suelto el aire, pero ella me oye.

Su expresión no es la mejor, lo noto, pero mis ojos solo pueden enfocarse en cómo el esmoquin se amolda a cada músculo de su cuerpo. Espalda ancha, muslos definidos… *no mires ahí, no lo hagas, ¡contente!* Vuelvo a subir la vista a su rostro y, demonios, Matteo Zampieri es atractivo de pies a cabeza.

Madre mía, de las bragas arruinadas, esto debería ser ilegal.

Cierra la boca, Giulia, que vas a babear.

¿El tipo tenía que ser así de irresistible? ¿Dónde está la justicia divina?

—Relájate, el problema soy yo. Mi hermano está molesto por el vestido, ¡maldición! Tan recatado —murmura Chiara, devolviéndome a la realidad.

—¿Estamos hablando del mismo? —pregunto en un susurro, y ella sonríe con picardía.

Ni siquiera alcanzamos a bajar el último escalón. Antes de pisar la sala, nos "reciben" su hermano y ese consejero al que ella ama u odia, todavía no lo tengo claro.

—Hermano, qué elegante te ves —lo saluda Chiara con una sonrisa enorme, y tengo que contener la risa.

Hay que reconocerlo: la mujer es valiente.

—Espero que te comportes, Chiara, porque ahora mismo lo que quiero es hacerte subir y cambiarte la maldita ropa. —Su voz es cortante, y por un segundo hasta me da pena la rubia, pero recuerdo que ya lo esperaba.

—Es solo una abertura, Matteo. No se ve nada —replica, pero él ni se molesta en contestar.

—Lucca, asegúrate de que mi hermana no cause problemas y mantén a los hijos de puta alejados.

Vaya, vaya, esto se pone cada vez mejor.

¿Lucca de niñero de Chiara?

O Matteo no tiene idea de lo caótico que será, o simplemente no le importa. En cualquier caso, es garantía de diversión… al menos

para quien lo vea desde afuera.

—No necesito un niñero —protesta ella.

—Es eso o puedes subir ahora mismo a tu cuarto —responde él, con ese tono autoritario que debería repelerme, no ponerme… caliente.

¡Infierno!

Contrólate, Giulia.

—Ok —responde Chiara, y sé que está molesta—. Supongo que tendré que soportar la compañía del consigliere.

Soportar es un decir, porque el hombre es un regalo para la vista. Aunque solo tenga ojos para el maldito jefe/amigo, no soy ciega: Lucca Salvatore es un bombón, y si mi radar no me falla, siente más que simple indiferencia hacia la hermanita de su amigo.

—Ten por seguro que el sentimiento es mutuo, *bambina*. Vamos a tener una noche divertida.

Lo sabía.

El que desprecia, quiere comprar.

¡Me encanta!

Chiara me dedica una media sonrisa y se aleja con el *consigliere* pisándole los talones, y recién entonces me doy cuenta de que estoy sola con su hermano.

Su mirada se cruza con la mía y siento las mejillas arder.

Oh, mierda.

Respira.

No pierdas la calma.

—Giulia…

—Matteo —respondo, usando todo el autocontrol que me queda.

—Estás… maravillosa.

Su elogio me toma desprevenida y termino sonriendo.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal, Don Zampieri —digo, y él arquea una ceja—. ¿Dije algo mal? Pensé que debía llamarte así aquí.

—Para ti, soy solo Matteo.

—Lo recordaré cuando te pongas mandón, como un neandertal —replico, y su mirada se estrecha.

—Ah, *diavoletta…*

—¿Acabas de llamarme diablilla? —pregunto, entre sorprendida e indignada.

—Veo que las clases con Chiara están dando resultado —susurra—. No te ofendas. —Se acerca, quedando a un paso de distancia. Mi pecho sube y baja al ritmo de mi respiración acelerada —. Y sí, te llamé diablilla —dice, con los ojos fijos en los míos—, porque desde que entraste en mi vida —Acerca su boca a mi oído—, te has convertido en mi infierno personal.

Puta madre.

¿En serio dijo eso?

Pierdo la capacidad de sumar 1+1.

—Vamos, *ragazza*. —Se aparta, ofreciéndome el brazo—. Hay decenas de invitados ansiosos por conocer a la heredera de los Tomazini.

Dios, ayúdame.

Porque, en este momento, quiero que todo lo demás se vaya al demonio. Solo puedo pensar en lo que Matteo acaba de susurrarme al oído y en cómo mi cuerpo traidor reaccionó a cada palabra. Pero es como dicen: una vez en el infierno, abraza al diablo.

Y eso es exactamente lo que hago. Apoyo mi mano en su brazo, dejando que las palabras de Chiara sigan resonando en mi mente.

Soy una de ellos, quiera o no.

Y pensando en eso, dejo que el Don de toda esta mierda me guíe en mi debut en la mafia de Siena.



Durante las siguientes horas, me presentan a tanta gente que termino mareada. Tantos nombres, tantos rostros, unos más simpáticos que otros, pero todos con algo en común: parece que quieren analizarme como si estuviera bajo un microscopio.

Respiro hondo, mantengo el mentón en alto y una sonrisa en el rostro.

¿No te gusta? Adivina qué: problema tuyo, amigo. No estoy aquí para agradarte.

El momento más esperado, claro, fue conocer a mi tío abuelo Alberto y a su familia. Fue emocionante, lo reconozco. Tanto él como su esposa, Anna, fueron sumamente amables y atentos. No puedo decir lo mismo de su hijo mayor… ¿Cómo era el nombre? Massimo. Sí. Él tenía una sonrisa tan forzada y no dejó de mirarme ni un segundo. Me incomodó.

Sus hermanos, gracias a Dios, parecen normales, y con ellos pude mantener una conversación tranquila por algunos minutos, incluso con las limitaciones del idioma.

No todos hablan inglés, y eso fue un problema, pero Matteo fue atento y me ayudó. Claro que tuve que escuchar comentarios de sorpresa:

"*Pero ni siquiera habla italiano".*

Tuve ganas de contestar: *sí hablo un poco, imbécil, tanto que entendí lo que acabas de decir*. Pero lo ignoré y sonreí.

No hizo falta que me molestara. Una sola mirada de Matteo hizo que los más impertinentes metieran el rabo entre las piernas y se alejaran rápido.

Un señor de unos setenta años se acerca y me esfuerzo por recordar su nombre.

Dios, ¿cuál es?

Ya está: Franco Genovese, capo de Lucca y de otra provincia que olvidé.

Maldición.

—Perdonen la molestia, pero quisiera saber si podría tener un minuto con el Don —pregunta, mirando a Matteo, que desde el inicio de la fiesta no se ha separado de mi lado. El señor no necesita decir más; está claro que quiere hablar en privado con su líder. Es mi oportunidad.

—Con permiso, señores, voy a hablar con Chiara —anuncio, y me alejo, necesitando con urgencia unos minutos de paz, lejos de toda la tentación que representa Matteo Zampieri.

Siento su mirada siguiéndome, pero hago un gran trabajo ignorándolo. Tomo una copa de champaña de la bandeja de un

camarero que pasa y finjo no notar las miradas curiosas que me lanzan.

Chiara, ¿dónde estás?

Estoy a punto de salir a buscarla cuando un hombre alto, calculo que de unos treinta años, sonriente, aparece frente a mí.

Me lo presentaron antes, pero lo olvidé.

—¿Bailarías conmigo, señorita Tomazini? —pregunta en italiano, y me quedo inmóvil.

—Yo…

Oh, mierda, ¿cómo se llama? ¿Y cómo digo que no en italiano?

Miro alrededor buscando a alguien conocido para ayudarme a salir de esta, pero doña Eleonora está entretenida conversando con unas señoras, no veo a Enzo, y mucho menos a Chiara y a Lucca. Y, para empeorar todo, veo a Matteo bailando con una mujer deslumbrante, con un vestido dorado que se ajusta a cada curva de su cuerpo.

La charla con ese tal Franco fue rápida, ¿eh?

La rabia me hierve por dentro y no pienso demasiado; acepto la mano extendida con una enorme sonrisa.

—No tienes la menor idea de quién soy, ¿verdad? —pregunta después de unos minutos.

Lo pienso un segundo, pero decido admitirlo.

—Lo siento, conocí a tantas personas hoy.

—Perdonada. Soy Enrico Ferrara, heredero del capo de…

—Grosseto y Livorno —completo, para su total sorpresa.

—Vaya, impresionante.

—Memoricé las provincias y los apellidos de los capos, cuando dijiste Ferrara…

—Veo que tienes buena memoria.

—Podría decirse que sí. —Sonrío, agradecida de que ahora hable en inglés. Me estaba costando seguirle el ritmo, sobre todo porque habla rápido.

—¿Te gusta Siena?

—Sí, mucho. Todavía no he explorado demasiado, pero lo que he visto es maravilloso.

Miro en dirección a Matteo solo para encontrarme con su mirada clavada en mí como cuchillas. Si antes, al ver a Chiara en la escalera, parecía molesto, ahora está peor.

La mujer en sus brazos le dice algo y se acerca más de lo que me gustaría. Y eso es todo, basta de presenciar este espectáculo de horror.

La música termina, para mi alivio.

—Muchas gracias por el baile, señor Enrico.

—Solo Enrico, por favor —corrige con simpatía, aún sujetando mi mano—. Me encantaría darte la bienvenida a Grosseto, Giulia.

—Muchas gracias, es muy amable de su parte —respondo, sintiendo cómo se eriza la piel de mi nuca.

Ni siquiera miro atrás para saber si el Don Zampieri sigue bailando o no. No es asunto mío y no podría importarme menos.

Mentirosa.

Veo a Chiara cerca de la zona de la piscina y me dirijo rápidamente hacia allí, necesitando sacar a cierto italiano de mi cabeza.

—Ahí estás.

—Pensé que no iba a poder verte tranquila hoy. Matteo no parecía dispuesto a compartirte con nadie.

—Créeme, tu hermano está muy ocupado en este momento como para preocuparse por mí —digo, y solo después de pronunciarlo me doy cuenta de cómo sonó.

Como una novia celosa.

No puedo creer que esté celosa de ese infeliz.

Por la mirada que me lanza, Chiara también lo nota.

—¡Ni una palabra! —pido, ignorando su sonrisita—. ¿Dónde está tu niñero? ¿Lograste librarte de él?

—No digas el nombre de Satán que puede aparecer —bromea, y me río, aunque podría jurar que su hermano es el diablo.

Maldición, no pienses en eso.

Inútil, aquí estoy recordando cómo me llamó diablilla.

Bien hecho, Giulia.

—En serio, ¿qué hiciste con Lucca?

—Nada de lo que me gustaría —responde, y podría jurar que hay un doble sentido ahí.

Cuando sus mejillas se tiñen de rojo, tengo mi confirmación.

—Aquí no hay nadie que pregunte —bromeo.

—Fue a hablar con Enzo y con el jefe de seguridad, tonta. Me hizo jurar que me comportaría.

—¿Así de inocente eres?

—Soy un ángel, Giu —se burla.

—Lúcifer es el nombre. —Toso, y ella suelta una carcajada. Me uno a ella—. Ay, te necesitaba, nada en contra de Enrico, pero eres mucho más divertida.

—Espera un segundo, ¿estabas conversando con Enrico Ferrara?

—Me invitó a bailar. —Me encojo de hombros—. Y acepté, fue muy amable y simpático.

—No dejes que mis hermanos escuchen eso. No lo soportan.

—¿En serio?

—Sí, desde… siempre.

Carajo.

—Ahora me dio curiosidad.

—Si Matteo te vio con él, debe estar furioso.

—Estaba ocupado en ese momento, bailando con una morena, con un vestido dorado.

—Ah, ya sé quién es. —Pone cara de disgusto.

—Por lo visto, tu opinión sobre ella no es muy buena.

—Es Arianna Rizzi, la hija mayor del capo de Pistoia —explica, y recuerdo vagamente la vez que Matteo me habló de ese hombre, casado y con tres hijas—. Nada en su contra, pero es muy insistente cuando se trata de intentar convencer a mi hermano de que le ponga un anillo en el dedo.

—¿Qué?

—Casarse, Giu —aclara, y Dios, qué lenta estoy—. Ella tiene la esperanza de ser la próxima matriarca de la familia.

—¿Matriarca? Pensé que tu madre lo era.

—Sí, lo es. Hasta que Teo deje la soltería. Su esposa será la matriarca de la organización —explica, y siento un nudo en la

garganta—. Es mucha información, ¿no?

—Mucha.

—Tranquila, ya estás muy bien informada para alguien que creció fuera de nuestra cultura.

No sé si tomarlo como un cumplido, pero me quedo callada.

—Hoy los buitres están agitados —suelta, después de unos segundos.

—Explícate.

—Mira hacia la derecha, cerca de la chimenea. A veces hasta me dan pena, pero claro que se me pasa rápido.

Sigo su indicación y veo a Matteo rodeado de señores, algunos que conocí hoy, acompañados de adolescentes.

—No me digas que es lo que estoy pensando —murmuro.

—Exactamente. Son pretendientes potenciales. Sus padres aprovechan la ocasión para presentarlas, con la esperanza de que Matteo se interese y acepte un compromiso.

—¿Con alguien tan joven? —casi grito.

—Hay muchos acuerdos así en la organización —explica, y no puedo fingir que me parece normal—. Algunos matrimonios se pactan cuando los involucrados aún son bebés. Las familias hacen el acuerdo y, en el futuro, cuando tienen la edad suficiente, el matrimonio se concreta.

—Eso es absurdo. Me indigna la cantidad de padres presentando a sus hijas.

—Todos quieren un matrimonio con el Don.

—¿Y ellas al menos lo conocen?

—Eso no importa. Recuerda lo que dije: contratos matrimoniales. Somos piezas.

—¿Y tú estás dispuesta a aceptar eso? ¿Casarte con un desconocido?

—Aún tengo esperanzas —susurra. Sigo su mirada, solo para verla admirando a lo lejos al consejero.

Oh, mierda.

—¿Esperanzas?

—De casarme por amor o conseguir algo parecido a lo que mis padres tuvieron. —Se encoge de hombros—. ¿Y tú?

—Nunca lo pensé —reconozco y miro a la multitud alrededor de Matteo.

Es difícil mirar ese espectáculo de horror.

Él me besó y, en poco tiempo, se va a casar.

—Dios, creo que necesito algo más fuerte que champaña.

—¿Whisky?

—Nunca lo he probado, pero lo estoy considerando.

Ella hace una seña a uno de los meseros y, segundos después, él regresa con dos vasos.

—¿No tendrás problemas?

—Tengo veintidós, igual que tú. ¡Puedo beber! —Hace una mueca.

—Para tu información, tengo veintitrés —bromeo, aunque cumplí años hace apenas dos meses.

—Detalles. Pronto es mi cumpleaños. En poco tiempo tendremos la misma edad.

—Aun así, soy mayor —digo en tono juguetón y ella pone los ojos en blanco—. ¿Por qué vamos a brindar? —pregunto, mirando el líquido ámbar que se mueve en el vaso.

Chiara entrecierra los ojos, luego sonríe, y ya sé que se viene una bomba.

—Matrimonios por amor y no por contrato.

—Mmm, ¡me gusta! —Levanto el vaso—. Y que el príncipe azul no sea un viejo baboso —añado, recordando su comentario cuando nos conocimos.

—¡Sí! —exclama, chocando su vaso con el mío, y luego ambas damos un sorbo.

La bebida baja quemando.

Misericordia.

—¿Cómo alguien bebe esto? —disparo, con el sabor amargo aún en la boca.

—Sí, el vino es mucho mejor —dice, haciendo una mueca y riendo.

—Veo que se están divirtiendo, señoritas —Lucca aparece de la nada, sorprendiéndonos, y Chiara casi derrama el resto de su bebida.

—Carajo, ¿tienes que llegar así, de golpe? Casi hago un desastre.

Él sonríe.

—Mejor así. No sé si tu hermano aprobaría este tipo de bebida.

—Vete al carajo, Lucca. Soy mayor de edad, bebo lo que me da la gana —responde, y el *consigliere* entrecierra los ojos.

Los dos se quedan mirándose en silencio, y yo aprovecho la oportunidad.

—Con permiso, necesito ir al baño —aviso, saliendo y dejándolos matarse… o no, ¿quién sabe?

No sé si es el alcohol, pero al mirar hacia atrás no puedo evitar imaginar que harían una linda pareja. Quizá todavía haya esperanza para Chiara.

Claro, si a Matteo no le importa y no quiere matar a su mejor amigo. Es tan troglodita e impredecible que no pondría las manos en el fuego.

Recuerda lo que dijo su hermana: "*hay un ser humano detrás de todo ese mal humor".* Ajá, pero solo aparece cuando le da la gana.

Salgo del baño y Lucca y Chiara siguen discutiendo. No quiero interrumpir su interacción.

Ni rastro de Enzo, y doña Eleonora sigue entretenida con unas señoras. ¿Qué hago? No es como si pudiera simplemente irme a mi cuarto…

Miro hacia Matteo, solo para confirmar que sigue ocupado con sus posibles futuros suegros, y nuestras miradas se cruzan por unos segundos.

Es rápido, pero suficiente para desestabilizarme.

Rompo el contacto y camino apurada hacia el exterior, esperando que la brisa nocturna me ayude a enfriar la cabeza.

La primera cosa que noto al salir es que, aparentemente, fui la única con esta idea.

Perfecto.

Justo lo que necesito: un poco de silencio y tranquilidad.

Me siento en uno de los sillones colocados alrededor del jardín y respiro hondo, inhalando el aroma de las flores.

Cierro los ojos, esperando que unos minutos aquí hagan su magia y calmen mi corazón lo suficiente para regresar a la fiesta y a todas esas miradas curiosas.

El sonido de pasos detrás de mí es señal de que mis planes fallaron. Los abro, esperando encontrar a Chiara, pero no son sus ojos azules los que veo, sino la mirada de desagrado de mi primo.

—Massimo.

—Giulia.

—¿También viniste a disfrutar un poco del silencio?

Él ríe, pero la sonrisa no parece real.

—No, vine a hablar contigo.

—Oh… —suspiro, sin disimular la sorpresa.

—¿Te están tratando bien en la mansión Zampieri? —pregunta.

—Oh, sí, mucho. Todos son muy amables.

—¡Claro que lo son! —afirma, y siento la ironía en su voz.

—¿Pasa algo?

—Toda esta situación está mal.

—Disculpa, no entiendo.

—¿Qué podrías esperar de una mujer que, además, ni siquiera fue criada dentro de nuestras costumbres?

—¿Cómo dices? —Alzo una ceja, impactada por su grosería.

Él se acerca, quedando a pocos pasos.

—Aprovecha tu estadía aquí. Pronto el Don se va a cansar de ti, de la novedad que representas. —Me mira con asco—. Y cuando eso pase, te va a mandar con el rabo entre las piernas de vuelta a nuestra casa.

—¡Estás loco!

Él ríe, casi de forma enfermiza.

—Pero no te preocupes, prima. Ya estoy revisando y, aunque tu crianza haya sido defectuosa —continúa, para mi total sorpresa—, creo que al menos podremos conseguirte un marido. Deberías agradecerme. —Sonríe y, sin decir nada más, se aleja.

El pánico me invade.

¿Esto realmente pasó?

Respira, Giulia.

Cierro los puños, intentando controlar las ganas absurdas de llorar, gritar, maldita sea, de correr muy lejos de aquí.

¿Qué voy a hacer?

Lágrimas calientes empiezan a rodar por mi rostro, y me apresuro a secarlas.

Aquí no.

Un toque en mi hombro me hace dar un salto, asustada. Entonces me encuentro con sus ojos castaños, esos que parecen ver dentro de mí.

—Giulia…

Siento alivio y un sollozo se me escapa.

—¿Qué pasó? —Su mirada se llena de preocupación al ver mi estado.

—Yo… —empiezo, pero me trabo, incapaz de hablar sin romper en llanto.

—¿Alguien te hizo daño? —me examina, buscando cualquier señal de herida—. Carajo, dime que mato al hijo de puta que haya osado tocarte.

Oh, mierda.

Mi tío fue tan amable cuando me conoció… ¿Compartirá él los mismos planes de su hijo loco? Cierro los ojos, intentando calmarme, sabiendo que si cuento lo que pasó, Matteo podría hacer algo impensado.

—Giulia —insiste, levantándome el mentón con un dedo—. ¿Qué pasó? ¿Por qué estás así?

—Nadie me lastimó —susurro, mordiéndome los labios.

—Bien. —Acaricia mi mejilla y cierro los ojos—. Entonces, ¿qué te puso así?

—Déjalo —murmuro—. No es importante.

—Una mierda que no es —responde, autoritario como siempre—. ¿Qué pasó? —Sujeta mi rostro, y no me queda otra que perderme en sus ojos castaños—. ¿Qué te dejó así, *ragazza*?

Más lágrimas se acumulan en mis ojos, y por más que intento contenerlas, caen sin control.

—Por favor, déjame volver —imploro en un susurro.

Su mirada se llena de sorpresa, y juraría que también de tristeza.

—¿A Brasil?

Asiento, incapaz de hablar en ese momento.

—¿Es tan malo estar aquí con nosotros? —pregunta, acariciando mi rostro con el pulgar.

Más lágrimas caen.

—No —admito, mordiéndome los labios, intentando controlar mis emociones y fallando miserablemente—, pero no puedo quedarme aquí para siempre.

Matteo entrecierra los ojos, analizándome.

Apoyo la mano en su pecho y cierro los ojos, queriendo alejarme, necesitando ser racional, pero mientras más quiero irme, más quiero quedarme aquí, con él.

—Te vas a casar —digo después de unos segundos.

No lo niega, y me obligo a continuar:

—Me vas a entregar… a los Tomazini.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada.

Intensa, dura…

No tengo la menor idea de lo que pasa por su cabeza.

—No puedo soportar la idea de ser obligada a casarme con un desconocido.

—Ni yo —afirma, con la voz ronca.

—¿Qué dijiste? —balbuceo, confundida.

Matteo acorta aún más la distancia entre nosotros.

Tan cerca… que temo que pueda oír mi corazón latiendo desesperado en el pecho.

Levanta mi mentón y nos quedamos en silencio unos segundos.

Su boca queda a centímetros de la mía.

En un segundo estamos en el jardín, y al siguiente me agarra la mano con fuerza, guiándome por un pasillo lateral, lejos de la vista de los invitados. Abre una puerta, me lleva adentro, la cierra, y luego presiona mi cuerpo contra el.

—¡Matteo! —exclamo, con sorpresa y excitación inundando cada célula de mi cuerpo.

—Dijiste que no soportas la idea de ser obligada a casarte con un desconocido —susurra en mi oído, repitiendo mis palabras.

—Lo dije —respondo, agitada por su perfume, su cuerpo pegado al mío.

—Pues yo tampoco… —su voz es casi un gruñido, erizando mi piel—… no soporto —continúa, sujetando con fuerza mi nuca, su boca a centímetros de la mía— la idea de verte con nadie más, no cuando te quiero —levanta la mirada, fijándola en mí— para mí.

Ni pienso. Solo actúo, pegando mis labios a los suyos, necesitando probarlo otra vez.

Y otra…

—¡Diablos! —gime contra mi boca, mordisqueando, lamiendo, nuestras lenguas librando una batalla frenética, mientras sigue presionando su cuerpo duro y firme contra el mío.

Matteo baja a mi cuello, dejando un rastro de besos y mordidas, y gimo, enredando mis dedos en su cabello, perdida en su toque, necesitando tanto esto… tanto de él.

—Giulia —susurra, acariciando mis pechos sobre el vestido, el pulgar rozando la tela fina, haciendo que mi sexo lata en respuesta.

—Oh, Dios…

En un movimiento rápido, baja la parte frontal del corsé, liberándolos, y casi me ahogo en una mezcla de sorpresa y nervios.

Su mirada se cruza con la mía, y antes de que pueda decir algo, atrapa mi pezón endurecido con su boca, succionando con fuerza y arrancándome un jadeo de placer.

—Puta madre —grito, echando la cabeza hacia atrás, mientras sigue chupando, serpenteando su lengua, para luego aplicar la succión perfecta, haciendo que mi cuerpo palpite y ansíe más.

Mucho más.

Sin dejar de chupar mis pechos, sube la mano por debajo de mi vestido. Y no quiero ni pensar en el desastre que debe ser mi ropa.

Por ahora, solo puedo pensar en él y en cuánto necesito más… *de todo, de él.*

Los problemas, nuestras diferencias seguirán existiendo, pero aquí, encerrada con él en este cuarto de depósito, no existe nada más que nosotros y nuestro deseo insano del uno por el otro.

CAPÍTULO 16 Matteo



Mateo

"Something about you
Tienes alguna cosa en ti
It's like an addiction, hit me with your best shot, honey
Es como una adicción, golpéame con tu mejor tiro, cariño
I've got no reason to doubt you
No tengo motivos para dudar de ti
'Cause certain things hurt and you're my only virtue
Porque ciertas cosas duelen y tú eres mi única virtud
And I'm virtually yours
Y soy prácticamente tuya…"

Trecho de Certain Things – James Arthur con Chasing Grace

—Carajo, estás chorreando, *diavoletta* —exclamo, solo para volver a atrapar su pezón con la boca, sintiendo mis dedos deslizarse por su coño empapado.

Froto mi pulgar en su clítoris, y la chica gime fuerte, agarrándome del cabello, mientras sigo chupando como el hombre hambriento que soy.

Cada gemido va directo a mi polla, que está a punto de explotar, presionando con fuerza contra el cierre del pantalón de

vestir.

Tan deliciosa…

Sentir a Giulia moviéndose contra mis dedos, tan entregada, es mi perdición. Lo que más deseo es marcarla como mía, para que nunca tenga dudas de a quién pertenece.

El recuerdo de dónde estamos y de las decenas de invitados a pocos metros de distancia me obliga a apartarme de esos pechos deliciosos.

Mierda, podría pasar horas solo chupando esas tetas generosas, teniendo mi polla atrapada entre ellas, cubriéndola toda con mi semen.

¡Concéntrate, carajo!

Apoyo mi frente contra la suya, mirando sus ojos nublados de deseo, igual que los míos.

Los dos respiramos con dificultad.

—Me haces perder el control.

No dice nada.

Su pecho sube y baja, atrayéndome como un imán.

Dios, cómo la deseo.

—¿Tienes idea de lo que me haces? —murmuro, pasando el pulgar por su labio.

—Si es una milésima de lo que provocas en mí, ya sería feliz —jadea.

Tomo su mano y la apoyo sobre mi polla.

—Me pones así, duro.

—Matteo… —gime, moviendo la palma sobre mi erección.

—Sería tan fácil perderme en ti —digo, tirando de su labio inferior, mientras mis dedos siguen provocando su coño mojado.

—Oh… —gime contra mi boca.

Se escuchan pasos afuera y abre los ojos de golpe.

—Tendrás que quedarte callada si quieres acabar, *bella ragazza* —susurro en su oído, mordiéndolo suavemente mientras mi pulgar presiona su clítoris, haciéndola morder los labios.

—¿Lo dices en serio?

—Mucho, no salgo de aquí hasta sentirte apretar mis dedos.

Ni dejo que Giulia responda. Pego mi boca a la suya, tragando sus gemidos, mientras sigo provocando su punto sensible y, al mismo tiempo, meto dos dedos en su coño apretado, embistiendo con fuerza.

—*Così bella* —murmuro, sintiendo su cuerpo temblar contra el mío.

Intensifico el ritmo, viendo cómo el placer inunda su rostro con cada embestida.

—Matteo… —Tensa el cuerpo, mordiéndose los labios, y sé que está cerca.

—Carajo, qué coño más delicioso. Aprieta mis dedos, *diavoletta*, mójalos bien —gruño, afirmando una mano en su cintura mientras la otra sigue trabajando.

Giulia se mueve, cabalgando mi mano, con el rostro sonrojado, los labios entreabiertos, totalmente entregada.

Cada pequeño gemido que intenta contener va directo a mi polla, pero lo ignoro, concentrado en verla deshacerse en mi mano. Aumento la presión en su clítoris mientras sigo penetrándola con los dedos.

—No pares. —Ella agarra mi saco, abriendo los ojos, y siento cómo su coño se contrae, abrazando mis dedos con fuerza.

—¡Eso, carajo! Goza, ragazza, apriétame, mierda.

Qué vista.

—Oh, Dios… —Clava las uñas en mi brazo, mordiéndose la mano para ahogar el grito de placer, mientras sigo embistiéndola de forma rítmica, sintiendo su coño palpitar y su cuerpo entero temblar.

Giulia apoya la cabeza contra la puerta, el rostro sonrojado de quien acaba de tener un orgasmo delicioso, y me mira con los ojos entrecerrados.

Saco los dedos y, con ella observando cada movimiento, chupo cada gota de su excitación.

—Dios…

—Dulce como la mierda, no puedo esperar para comerme tu coño y tu culo, tener mi lengua lamiéndote entera, metértela rico, ver mi polla desaparecer —digo, y la chica se sonroja, poniéndose aún más adorable.

Pego mis labios a los suyos, necesitando sentirlos otra vez, y vibro cuando no me aparta, correspondiendo con la misma necesidad.

Me agarra la camisa con fuerza, acercándome a ella, y presiono mi cuerpo contra el suyo para que sienta lo duro que estoy.

—Mierda… —Me aparto, mordiendo su labio, sintiendo su olor y su sabor en mí, lo que, créeme, es una tortura.

Mía. Tan jodidamente mía.

—Volvamos adentro, deben estar buscándonos —indico, ayudándola a acomodar el vestido.

—Oh, sí, ni había pensado en eso. —Alisa la tela y se acomoda el cabello—. Dios, no puedo creer que… —murmura, y no la dejo terminar la frase.

—Sí, lo hicimos y fue jodidamente bueno, y no te equivoques, Giulia Tomazini, quiero mucho más… *de ti.*

Sus mejillas se ponen todavía más rojas.

—Yo…

—No pienses. No ahora.

Asiente con la cabeza.

—Vamos, que todavía me debes un baile —digo, extendiéndole la mano en señal de invitación.

—No recuerdo haber aceptado eso. —Arquea una ceja.

—Ahora lo estás aceptando, *ragazza* —susurro cerca de su oído.

Ella sonríe y es agradable verla así.

Aunque ver a Giulia acabar y temblar en mis brazos se haya vuelto mi nuevo vicio, tenerla sonriendo es mi visión favorita. Es algo a lo que podría acostumbrarme… todos los días.

—En ese caso, vamos a bailar, señor Zampieri.

—¡Buena respuesta! Y no creas que olvidé mi pregunta —resalto, cuando acepta mi mano.

—¿Pregunta?

—Todavía no me dijiste qué pasó en el jardín.

—Dejemos eso así —dice, pero noto que es algo que todavía le molesta—. Es mejor así —añade, aunque no me convence.

—Vi al cabrón de tu primo saliendo del jardín —señalo, y abre los ojos de par en par.

Tan transparente.

—Prométeme que no vas a hacer nada —pide, y parece preocupada.

—¿Qué pasó? —insisto.

—Solo dijo unas cosas —hace una mueca— que me lastimaron.

—¿Cosas? —Arqueo una ceja, dejando claro que no se va a librar de mí tan fácilmente.

—Dijo que tal vez ya está buscando un… —Respira hondo—… un pretendiente para mí, ¿ok? ¿Satisfecho ahora?

—¡Voy a matarlo! —disparo, con la rabia hirviendo dentro de mí.

—¡No lo harás! —me sujeta el rostro, y es bueno sentir su toque.

—Maldito hijo de puta —gruño, tratando de no pensar en formas dolorosas de acabar con la vida del imbécil.

—Olvidemos eso, por favor. —Sus manos se apartan y de inmediato siento su ausencia.

—No puedo prometerlo, pero por ahora, quédate tranquila, no voy a matarlo.

—¿Por ahora?

—Nunca se sabe qué pasará mañana —remarco, y asiente.

Giulia no me dio detalles de la conversación, pero conociendo al imbécil y sabiendo las mierdas que dijo en mi oficina, puedo imaginar cómo fue.

Si antes ya lo despreciaba, ahora el hijo de puta está en mi lista.

No necesito demasiados motivos para volarle la cabeza a alguien, y en lo que a mí respecta, el mundo sería un lugar mejor sin Massimo Tomazini.

—¿Me vas a llevar a bailar o solo hablas? —cambia de tema, intentando distraerme.

Pongo mi mano en su espalda, esperando que el mensaje sea lo bastante claro, y juntos volvemos al interior de la mansión.

De inmediato, decenas de miradas se posan sobre nosotros.

—Matteo… —susurras, nerviosa.

—Solo ignóralos.

—Es fácil decirlo.

—Ahí estás, Giu —dice Chiara, caminando rápido hacia nosotros, con Lucca pisándole los talones—. Te estaba buscando.

—Yo… —Parece pensar y decido ayudarla.

—Encontré a Giulia en el jardín y terminamos distrayéndonos —explico con naturalidad, ignorando la mirada que me lanza mi *consigliere*.

—Ah, bueno. Seguro estabas escondiéndote de los padres ansiosos por asegurar un compromiso. Buena táctica —bromea, y diablos, hasta en eso fue productivo nuestro encuentro.

—¿Todo en orden? —pregunto, mirando a Lucca, que solo asiente—. ¿Enzo?

—Estaba aquí hace un momento.

—Nada de hablar de negocios. Es una fiesta, por Dios.

Veo que mi amigo está a punto de darle una respuesta ingeniosa a mi hermanita, así que lo salvo, motivado por razones totalmente egoístas.

—Tienes razón, hermanita. ¿Bailas conmigo, Giulia? —Extiendo la mano, para sorpresa de mi hermana y de mi consejero.

—No me hago responsable si piso tus pies.

—Acepto el riesgo.

—En ese caso, será un placer, señor Zampieri —provoca, con la lengua siempre afilada.

Tiro de Giulia hacia mí, ignorando toda la curiosidad que podamos despertar, y al sonido de "Con te Partiro" del gran Andrea Bocelli, comenzamos a bailar en la sala.

En segundos, otros invitados se unen a nosotros, incluso mamá, que parece feliz al ver a todos divertirse.

O eso, o tiene serios problemas, ya que no deja de sonreírme.

—Tu madre parece feliz.

—¿También lo notaste?

—Imposible no verlo. Creo que está contenta de que todavía no te haya clavado mis uñas en los ojos.

—Mmm, puedo pensar en otras formas de usar tus garras, *diavoletta*.

—¡Para ya! ¡Podría escucharnos alguien! —suelta, sonrojándose, y me muerdo los labios para no reír.

—Estás todavía más linda cuando sonríes.

—¿Quién eres tú y qué hiciste con Matteo, el ogro mafioso?

—¿Ogro?

—Entre otros adjetivos —parpadea, sonriendo.

—Ah, *ragazza*, el ogro y todos los demás siguen aquí. No te preocupes.

Y todos son tuyos.

—No lo hago —susurra—. Creo que ya me estoy acostumbrando a tus cambios de humor.

Intento no reír, pero es imposible. La chica no tiene filtro alguno.

—Tu hermana también está bailando —cambia de tema.

—Lucca la está vigilando —la tranquilizo.

—Claro, ya que es él quien está bailando con ella.

—Pero qué…

¿¡No lo son en realidad!?

—Si no tenemos un baño de sangre antes de que acabe la canción, doy el día por ganado.

—No seas terrible. Son lindos, creo que sobrevivirán.

—¿Lucca lindo? —Entrecierro los ojos.

—No él, ELLOS —enfatiza, y miro otra vez. No sé nada de ternura, solo sé que mi *consigliere* parece divertirse demasiado con mi hermanita en sus brazos.

¿Qué carajo está pasando?

—¿Viste? —pregunta sonriendo, y por un segundo olvido hasta en qué estaba pensando—. Nada de matar a tu amigo, es solo un baile —bromea, guiñándome un ojo.

—¿Estás intentando conseguirle marido a Chiara?

—¿Yo? Nunca, solo era una observación. —Se encoge de hombros—. Pero ya que lo dices, me alegra que no estés

desesperado buscando a alguien para ella. Hoy vi a todos esos hombres ofreciéndote a sus hijas. Eso es tan…

—¿Celosa, *ragazza*?

—¿Qué? ¿Yo? ¿Bebiste o qué? Solo comento lo arcaicas —remarca la palabra— que son estas "tradiciones".

—En algún momento, Chiara tendrá que casarse —digo, y mi mirada va hacia ella, que aún bailando sigue discutiendo con el pobre Lucca. Lo gracioso es que ambos parecen divertirse.

—¿En algún momento? —pregunta Giulia.

—Sí, pero no ahora.

—Si tuviera una copa, diría que brindemos.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál sería el brindis?

—¡Por el momento correcto! —Sonríe, y es como un puñetazo en el estómago.

Y ahí lo supe.

No hay vuelta atrás.

La quiero, pero más que eso… quiero que ella elija casarse conmigo, que sea mía. Y no porque yo lo determine.

Carajo, mi hermano y Lucca seguro dirán que me estoy ablandando, y tal vez tengan razón.

La verdad es que cerca de ella no soy solo el Don de la Sacra Siena.

Con ella, solo soy Matteo Zampieri.



La fiesta fue un éxito.

Sin peleas, escándalos ni muertes, aunque todavía no tengo claro el destino de Massimo Tomazini.

Encuentro a mamá en la cocina y, por su sonrisa, comparte la misma opinión.

—Buenos días —saludo, besando su frente.

—¡Buenos días, querido! ¿Dormiste bien?

—Como una piedra —miento, porque no necesita saber de los sueños nada puros que tuve con nuestra huésped.

—¿Consiguieron la información que necesitaban ayer? —pregunta, bebiendo un sorbo de su café, mientras me observa con curiosidad.

No pasa desapercibido su repentino interés, pero sigo el juego.

—Todavía no hablé con Enzo y Lucca —aviso, sirviéndome una taza de café negro.

—Espero que haya sido una noche provechosa, ¿no?

—Sí.

—No pude evitar notar que hablaste con varios señores ayer —comenta.

Lo sabía.

Permanezco en silencio, viendo hasta dónde quiere llegar con este asunto.

—¿Entonces?

—¿Entonces? —replico, arqueando una ceja.

—¡Vamos, *figlio*! —exclama, exasperada—. ¿Alguien te atrajo?

Definitivamente.

—Tal vez —admito, tomando otro sorbo.

—Dios mio. ¿En serio?

—Tranquila, mamá.

—¿Quién?

Mi celular vibra en el bolsillo, y al ver el nombre en la pantalla, mi buen humor se esfuma.

—Tengo asuntos que atender. Con permiso, mamá.

—¿Pero ahora? —Abre los ojos, sorprendida—. ¿Quién te interesó, *figlio*?

Beso su mano y camino sin prisa hacia el despacho.

—Eso no se le hace a una madre, Matteo Zampieri —murmura y, aún a la distancia, la escucho.

Ah, mamá, ya la conoces, quiero gritar, pero me mantengo en silencio. Todo a su tiempo.

Cinco minutos después, Lucca se une a mí.

—No son ni las ocho —gruñe, entrando con una taza enorme de café.

—Si yo tengo que lidiar con el viejo Del Vecchio a esta hora, tú también vas a sufrir. Y no te quejes, Enzo madrugó y ya se fue a Chiusure.

—Una charla saludable temprano, ¿eh? —bromea.

—Sabes que le encanta.

—¡Cierto!

—Dijo que guardará lo mejor para cuando lleguemos, por eso quiero acabar rápido con esta mierda.

—¿Qué querrá el infeliz a esta hora? ¿Será por el hijo de Ferrara?

—No creo que sea eso —digo, recordando la información que recibimos esta semana de uno de nuestros informantes. Enrico Ferrara, hijo del capo de Grosseto, fue visto en un burdel en la frontera con el territorio de Del Vecchio, mientras velaban el cuerpo de su hermano—. Mientras el cabrón permanezca en nuestro territorio, no tendremos problemas con el viejo por alguno de nuestros hombres comiéndose su mercancía.

No tratamos con prostitución y detesto esta mierda, pero eso no significa que mis hombres no sean clientes de esos lugares. La verdad es que, si dependiera de mí, le cortaría la polla a Enrico como ejemplo, pero si hiciera lo que quiero, es probable que la mitad de mis hombres temiera perder su equipo.

—Pronto lo sabremos —digo, apoyando los pies sobre la mesa—. Mientras tanto, actualízame. ¿Conseguimos algo ayer o fue solo una pérdida de tiempo y buenas bebidas? Pasé casi todo el tiempo intentando librarme de los idiotas que me ofrecían a sus hijas que apenas habían dejado los pañales.

—Míralo por el lado bueno, sería un noviazgo largo.

—¡Vete a la mierda! Y no creas que no te vi bailando con mi hermanita anoche. —Mi amigo se atraganta, pero lo ignoro y continúo—: ¿Algo que deba saber? —Mi voz es dura, pero en el fondo me divierte la situación.

Es culpa de ella.

De la morena de ojos verdes que me hizo fijarme en ellos dos.

—¿Estás loco, carajo? Me dijiste que cuidara a Chiara. Estaba siguiendo tus órdenes.

No digo nada, solo lo observo.

—Carajo, ¿no encendieron el aire de esta mierda hoy? —pregunta, tomando el control remoto.

El teléfono suena y la broma se acaba.

—¿A qué debo el placer de su llamada, Don Del Vecchio?

—¿Cómo está, Don Zampieri? ¡Espero que bien! Me enteré de su accidente en mi ciudad, qué tragedia.

Cierro los puños.

Lucca me hace señas para que le dé cuerda, como si el infeliz necesitara más incentivo para escuchar su propia voz.

Media hora después, misterio resuelto y un problema más para la lista.

Hubo un inconveniente en la ruta de distribución de cocaína, de su lado de la frontera, pero sus hombres lograron resolverlo.

El jefe de la mafia de Civitavecchia estaba más cabreado por haber sido tomado por sorpresa.

Al parecer, el tramo usado es el más seguro, ya que pasa por carreteras secundarias que difícilmente son objetivo de inspecciones. Aunque contamos con varios policías en nómina, evitamos rutas muy transitadas.

Nuestra suerte fue que el conductor necesitara parar a mear y escuchara a otros colegas que usan la ruta para evitar peajes, diciendo que un grupo antidrogas estaba escondido en un punto sin visibilidad, eligiendo a dedo los camiones que inspeccionaban.

Detalle: todos de nuestra transportadora.

Malditos hijos de puta.

Por suerte, todos los vehículos detenidos estaban limpios y el camión con la carga de cocaína pasó desapercibido y sin problemas por una de las autopistas más vigiladas.

Puta ironía.

—Bueno, al final fueron buenas noticias. Pasamos con toneladas de producto bajo sus narices.

—No me oirás quejarme, don Zampieri, pero la cuestión es cómo los federales descubrieron nuestra ruta. ¿Y su contacto en el

departamento?

Tamborileo los dedos sobre la mesa.

El viejo tiene razón.

Pocos tienen acceso a esta información y quizá sea necesaria una conversación con nuestro asociado.

Es lo que dicen…

La coordinación lo es todo, y este tipo de información debió haberse señalado.

Primero La Spezia y ahora aquí.

¿Qué carajo está pasando?

—Me voy a asegurar de descubrir por qué no nos informaron sobre el bombardeo. —Intercambio una mirada con Lucca y él ya sabe qué hacer—. Pero más que eso, lo que me preocupa es cómo sabían que debían esperarnos justo aquí, en esta ruta y no en otra.

—Estoy seguro de que no hay filtraciones de mi lado —afirma, subiendo el tono de voz.

—Déjate de tonterías, Del Vecchio —digo pausadamente, sin que me afecte en lo más mínimo—. No sabemos qué carajo está pasando; puede ser tanto de tu lado como del mío, y no sirve de nada apuntar dedos. Vamos a encontrar una solución que les arruine la vida a esos hijos de puta, hasta que descubramos quién es, y entonces lo vamos a borrar de la faz de la Tierra.

El viejo ni replica; sabe que tengo razón.

—Además de restringir aún más quién tendrá acceso a la información sobre la ruta, recomiendo que difundamos información falsa sobre ella —continúo.

—Me gusta cómo piensa, *Don* —exclama, y puedo ver al hijo de puta rascándose la barba amarillenta.

—Cinco camiones. A todos los efectos, estarán cargados de producto. Cinco rutas, cada una asignada a un grupo específico.

—Cuando intercepten una, sabremos en cuál está el traidor —apunta Lucca.

—Y entonces vamos a dar vuelta la vida de todos los que sabían de ese trayecto.

—¡Muy bien! —Del Vecchio se entusiasma—. Voy a disfrutar arrancando información… y otras partes de los cuerpos de esos

bastardos.

—¡Seguro que sí! —comento, sabiendo muy bien que el líder de la mafia rival es conocido por disfrutar la tortura.

—En paralelo, seguimos monitoreando de cerca los contactos del chofer y del equipo de vigilancia —refuerza Lucca.

—¡Parece que tenemos un plan, señores! —celebra, y yo solo pienso en colgar de una vez.

¿Será que Giulia ya despertó? Me encantaría verla antes de ir a encontrarme con Vincenzo.

—¿Algo más, *Don* Del Vecchio? —pregunto, rezando para que la respuesta sea que no.

—Espero que no haya olvidado nuestra última conversación sobre la bella Chiara.

Claro que aprovecharía la oportunidad para volver a este tema. Está desesperado por cerrar esta alianza.

—Claro que no, pero como podrá imaginar, desde el inconveniente ocurrido después de nuestra última reunión, he estado ocupado.

—Puedo imaginarlo —apunta, y sé que lo dice en serio. El hombre ya sufrió innumerables atentados y, si algo sabe hacer, es librarse de los enemigos. Otro motivo para que yo maneje este asunto con cuidado—. Nos hablamos, *Don* Zampieri.

—Cuente con ello. —Cuelgo, y apenas tengo tiempo de abrir la boca.

—¿De verdad estás considerando entregar a Chiara a ese enfermo?

Alzo una ceja por su tono. Lucca suele ser muy calmado y centrado, pero ahora está furioso. Por más que intente disimular, es evidente.

—Jamás entregaría a mi hermana a los enemigos, pero es un hecho que necesita casarse. —Me levanto y camino hasta el cuadro con los escudos de las familias—. Tal vez tengamos que considerar ampliar nuestras conexiones, y esto podría ser una oportunidad. ¿Qué opinas?

—Opino que, por el momento, tenemos preocupaciones más urgentes. El atentado, La Spezia… —retruca, y mi mirada se cruza

con la suya.

Camino hacia él y mantiene la vista fija en mí.

—Tienes razón. —Le aprieto el hombro.

Lucca es mi mano derecha desde hace décadas; confío en su criterio y en sus consejos, y ahora no sería diferente.

—Vincenzo mandó un mensaje, nos está esperando —avisa.

—En ese caso, no lo hagamos esperar. Tengo curiosidad por conocer a nuestro invitado. —A esta hora, conociendo a mi hermano, debe estar deseando estar muerto, pero igual será divertido—. Y, Lucca, esta conversación aún no ha terminado. Tenemos que pensar en una propuesta para Del Vecchio y en una solución para Chiara.



Llegamos a Chiusure en treinta minutos y, apenas entramos al subterráneo, el olor a sangre, orina y miedo nos recibe.

Vincenzo está ocupado.

—¿Quién? —Su voz suena a pocos pasos, seguida del inconfundible crujido de huesos rompiéndose.

—¿Algo? —pregunto en cuanto nos acercamos lo suficiente para ver al objetivo de su atención.

Quien sea, está irreconocible. Apenas puede abrir los ojos, y ese es el menor de sus problemas.

Enzo ya trabajó bastante en el infeliz, que está sin uñas y con múltiples cortes por todo el cuerpo, pero no tan profundos como para matarlo por shock. El objetivo es infligir la mayor cantidad de dolor posible.

El terror psicológico es nuestro aliado, por eso sus instrumentos de tortura están a la vista, para que quien esté ahí, bajo el reflector, sepa lo que le espera.

—Giorgio estaba tímido —comenta mi hermano, encendiendo el soplete, para desesperación del auxiliar portuario que es nuestro asociado, pero que, casualmente, fue visto conversando con las autoridades del puerto—. Lo voy a repetir —explica Vincenzo

acercándose, y el hombre se retuerce intentando escapar, pero es inútil.

—No sé su nombre. Lo juro por Dios, no lo sé —grita cuando la llama queda a dos centímetros de su ojo.

—Joder, Enzo, como si aquí no apestara lo suficiente, hiciste que este cabrón se cagara —rezonga Lucca, y Enzo solo sonríe.

—Por favor —lloriquea Giorgio.

Con una seña mía, Enzo se aparta y vuelve a sus juguetes.

Agarro el mentón del imbécil que creyó que podía traicionarnos, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Giorgio, hoy vas a morir, aquí, por tus acciones —afirmo, y él empieza a suplicar perdón, como si me importara—. No gastes tu energía implorando. Di lo que sabes y te garantizo que será rápido.

Enzo toma una sierra y se acerca; nuestro invitado forcejea contra las esposas.

—¿Lento, Giorgio? —pregunto, presionando mis dedos.

—No sé el nombre —balbucea—. Solo recibí un sobre negro que debía entregar a un tal Arturo.

La autoridad que forma parte de la división antimafia.

—Pero tiene una cicatriz en el lado izquierdo —Vincenzo se detiene a unos pasos—. Y un tatuaje en el cuello, lo juro, ¡carajo!

—¿Tatuaje? —pregunta Lucca desde unos pasos atrás, y yo le indico que responda.

—La *Falce della morte* —murmura, con los ojos vidriosos de miedo.

—Hazlo rápido —le digo a mi hermano, y él ni duda: saca su pistola y le dispara en medio de la frente a Giorgio.

—Dijo todo lo que sabía —comenta Enzo, acercándose a mí y a Lucca.

Asiento.

Él sabía que no había otra salida, pero su última frase se me queda resonando en la cabeza:

«La Guadaña de la Muerte».

—Mercenarios en La Spezia… no tiene sentido —dice Lucca.

—Quien esté detrás de esto no tiene las agallas para usar a sus propios hombres; sabe que sería desenmascarado, lo que solo

puede significar una cosa…

—Es alguien conocido —completa Enzo.

Asiento.

Mi mente sigue trabajando a toda velocidad.

—Si estamos en lo cierto, el traidor tiene amigos poderosos, porque estos tipos no son baratos —señala mi consejero—. Sé que ya han trabajado para la Bratva, la Camorra, la N'Drangheta… carajo, hasta para la Yakuza.

—La Spezia es solo la punta del iceberg —digo.

—Don Zampieri —me llama un soldado, y le hago un gesto para que se acerque—. Su encargo ha llegado, señor. Está en el piso superior.

Esto va a ser interesante.

—Pide que lo traigan aquí —ordeno, y él habla por su comunicador con el equipo que está arriba.

En poco tiempo, más soldados llegan trayendo al superintendente del departamento de carreteras.

—Fuiste rápido —le digo a Lucca, y él ni se inmuta.

El hijo de puta es eficiente.

—Señor Fabbri —me adelanto—, muchas gracias por venir a encontrarme. Sé que fue repentino.

El hombre está pálido como el papel.

—Siempre a sus órdenes, don Zampieri.

—Como sé que es un hombre muy ocupado, voy a ser directo —me remango, mientras algunos soldados empiezan a limpiar el desastre que hizo Enzo.

Es algo que revolvería el estómago de cualquiera.

Sin importarle nuestra presencia, comienzan a desmembrar a Giorgio y arrojar sus restos en un cubo.

—No les preste atención, solo estamos separando lo que daremos a los cerdos que criamos en la propiedad —le advierto, y sus ojos se abren como platos.

El hijo de puta empieza a ponerse verde.

—¿Está bien, Stefanno? —Le aprieto el hombro con fuerza, obligándolo a mirarme.

—Sí, señor —balbucea.

—Como sabe, soy un hombre de negocios, lo que significa que lo peor que puede pasar son las sorpresas. Así que imagine mi decepción cuando hay una operación en la maldita ruta y no me avisan con anticipación.

Abre los ojos de par en par.

—Yo… —titubea.

Enzo toma una de las dagas, aún manchada de sangre, y se acerca.

—Es importante que se nos informe de cualquier mierda que esté ocurriendo, ¿entiende?

—Por supuesto, don Zampieri. Estuve fuera la última semana y…

—¿Sabe qué odio más que las sorpresas?

Traga saliva.

—Las excusas y, por supuesto, a los traidores.

Silencio, solo roto por el ruido de la sierra.

—Si tenemos que vernos de nuevo. —Le sujeto la cara, y el cabrón se orina encima—, no será algo tan civilizado como ahora. —Le giro la cabeza hacia el rastro de sangre que gotea hasta el desagüe—. Nadie encontrará tus restos. Tu familia te buscará hasta que solo seas un recuerdo. ¿Fui claro?

—Perfectamente, *Don*.

—¡Bien!

Hago una seña a los soldados que lo trajeron, y lo alejan de mi vista.

—Luego dicen que yo soy el que disfruta de la tortura —dice mi hermano, jugando con el cuchillo.

—Solo fue una conversación. —Me encojo de hombros—. Nada como el incentivo adecuado.

Él y Lucca ríen.

—Aunque ese cabrón no nos haya avisado sobre el ataque, ese no es el mayor problema —digo, indicando a mis hombres que subamos—, sino que hayan elegido ese lugar para la operación, cuando tenían tantos otros puntos de interés.

—¿Crees que es la misma persona?

La Spezia, el accidente y ahora esto.

Todo está conectado.

Debilitar nuestras operaciones. Sacarme del juego.

—Apostaría todas mis fichas a eso.

La gran pregunta es descubrir quién es el hijo de puta detrás de todo esto.



Es temprano por la noche cuando por fin entramos en la mansión. Voy directo a mi cuarto, necesitando con urgencia una ducha, pero al pasar frente a su puerta es imposible no escuchar a Giulia tarareando una canción en italiano y notar lo mucho que ha mejorado su pronunciación.

Al diablo con esto.

Toco suavemente la puerta.

—Puedes entrar.

Abro, solo para encontrarla jodidamente hermosa, con un vestido de tirantes, suelto, que deja ver una porción generosa de sus deliciosos muslos.

Concéntrate, carajo.

Ignoro las ganas salvajes de llevarla a mi habitación, arrancarle ese pedazo de tela y perderme en sus curvas, lamiendo cada centímetro de su cuerpo.

El recuerdo de su sabor en mi lengua hace que mi polla presione contra el cierre, y ya sé que la ducha será fría.

Mierda.

Giulia sonríe, indiferente al efecto que provoca en mí.

Está inclinada sobre un cuaderno de ejercicios, tomando notas en una libreta, mientras Laura Pausini sigue sonando en su celular.

—Una alumna aplicada —disparo, intentando concentrarme en algo que no sea la *diavoletta desnuda* en mi cama—. Veo que ya conociste a Alessia —comento, y ella se sonroja, pausando la música.

—Sí, la conocí, muchas gracias por enviarme una profesora particular de italiano. No sé ni qué decir. —Muerde los labios—. Después de ayer, llegué a la conclusión de que necesito intensificar mis estudios y ella es fantástica. Me dio varios materiales de apoyo y me dijo que escuchara bastante música para ejercitar la comprensión, aprender palabras nuevas y eso. Creo que me entusiasmé.

—Me alegra que te haya gustado. Ella trabaja para la familia desde hace años. Hace tiempo nos ayudó con el español y el portugués.

—Oh, entiendo, por los negocios.

—Exacto. Mi padre siempre decía que la inteligencia es nuestro mejor recurso. Tenemos muchos negocios en Sudamérica, y es complicado llevar reuniones y negociaciones sin entender el idioma de nuestros… socios.

—Debía de ser un hombre sabio.

—Lo era —digo, mientras los recuerdos del viejo me invaden —. Bueno, te dejaré estudiar en paz. Ahora que tienes a Alessia a tu disposición, no tienes que depender solo de Chiara, no vaya a ser que ella te enseñe únicamente palabrotas —bromeo, sorprendiéndola.

Créeme, tampoco sé de dónde salió eso.

Cerca de Giulia me siento… ligero.

—Me enseñó algunas —admite, y la sonrisa en su rostro agita todo en mí—. Y puede que esté un poco celosa por haber perdido el puesto de profesora exclusiva. —Hace una mueca.

—Lo superará —digo, acercándome, ignorando la voz de la razón que me grita que salga de la habitación. Y más aún cuando lo que quiero es acorralarla contra la pared, tomar sus labios con los míos, subirle el vestido hasta la cintura y penetrar su coño, porque, por el color de sus mejillas, debe estar mojada, lista para mí.

Mierda.

Me detengo frente a ella y solo unos centímetros nos separan. Sería tan fácil tener lo que quiero.

—Matteo. —Suspira, con el pecho subiendo y bajando.

—No puedo dejar de pensar en ti —confieso, hundiendo las manos en su cabello.

—Yo también… —jadea, y veo sus ojos brillar con expectativa cuando acerco mis labios a los suyos.

Tan linda.

El sonido de pasos en el pasillo me obliga a apartarme rápido, lo justo para evitar que nos sorprendan tan cerca, pero no lo suficiente para que mi hermana no nos mire con evidente curiosidad.

—¿Todo bien por aquí? ¿Estoy interrumpiendo algo? —Arquea una ceja—. ¿En serio, hermano? Apenas llegas y ya estás fastidiando a Giulia.

—Imagina —exclama ella, con las mejillas encendidas.

—Solo vine a ver si le había gustado Alessia —explico con total tranquilidad.

—No creas que olvidé esta puñalada por la espalda. Giulia y yo nos estábamos divirtiendo mucho en nuestras clases.

—Y pueden seguir. La profesora es solo un complemento, para que no dependa exclusivamente de tu locura —bromeo, y ella entrecierra los ojos.

—Prefiero ser "divertida", antes que tener que aguantar tu mal humor. A este paso, ella va a aceptar la invitación de ese insufrible y se irá unos días a Castiglione. Muy buenas fiestas, por cierto —suelta, mirando a la italianita.

¡Pero qué demonios!

—¿De qué carajo hablas? —pregunto, sintiendo cómo Chiara logra afectarme.

—¿No lo sabes? Giu y Enrico estuvieron conversando un buen rato en la fiesta. Incluso la sacó a bailar, ¿verdad, amiga?

Recuerdo perfectamente esa mierda y la suerte que tuvo el hijo de puta, ya que habría sido extraño, además de grosero, dejar plantada a la hija de Rizzi a mitad del baile.

—Estás exagerando. —Giulia frunce el ceño—. Enrico fue amable y me invitó a conocer Grosseto, pero seguro que lo dijo por decir.

—Olvídalo —gruño, cerrando los puños, con la rabia ardiendo en mi interior.

—¿Estás bien, Teo? —pregunta Chiara, y yo solo le lanzo una mirada.

El mensaje es claro.

No te metas conmigo.

—Chiara tiene razón, Giulia —digo tras unos segundos.

—¿Ah, sí? Es raro oírte decir eso, ¿puedes repetirlo?

Ignoro su comentario.

—Arréglense, nos vamos a La Spiaggia en cuarenta minutos —indico, sacando el celular del bolsillo.

—¿Qué? —mi hermana grita, mezcla de sorpresa y emoción —. ¿Hablas en serio?

Asiento, y esa es su señal.

—¡Te va a encantar, Giu! Es una de nuestras discotecas en Castiglione, pero esta está frente al mar. No te preocupes, nada de arena. —Hace una mueca—. ¡Te va a encantar! Tenemos que elegir la ropa y el maquillaje, ¡qué emocionante! —Aplaude entusiasmada, y yo solo observo a Giulia, que parece atónita con la noticia inesperada—. Seguro que hoy está que arde.

Mi mirada se cruza con la suya y sé que no tiene idea del efecto que provoca en mí.

Ah, ragazza. Si quieres conocer Grosseto, lo harás… conmigo.

Le mando un mensaje a Lucca, sabiendo que no le va a gustar nada tener que acompañarme en esta mierda, pero me da igual. Malhumorado las pelotas. Las chicas se van a divertir, yo aprovecho para revisar las operaciones en el lugar y, de paso, dejarle bien claro al cabrón de Enrico Ferrara que Giulia Tomazini es mía… aunque ella aún no lo sepa.



Be Your Love – Bishop Briggs
Clarity – Zedd, Foxes

Si ya creía que tenía problemas, fue antes de que Matteo me chupara los pechos y me hiciera derretir solo con sus dedos.

¡No pienses en eso! No ahora que su madre y su hermana están en la mesa del desayuno.

—¿Tienes calor, querida? —pregunta doña Eleonora, mirándome preocupada—. Vamos a ajustar el termostato de la casa, hoy amaneció muy caliente, ¿verdad?

Sonrío y asiento con la cabeza, incapaz de decir algo sin trabarme.

A mi lado, Chiara solo observa, y me sorprendo pensando qué estará pasando por su cabeza después de ayer y, bueno… de que su hermano me sacara a bailar.

Todo fue muy tranquilo, pero igual.

—¿Te divertiste ayer, Giu?

Silencio absoluto.

—Todo fue maravilloso.

—Sí que lo fue, ¡hace mucho que no teníamos una fiesta tan… animada! —exclama, genuinamente emocionada—. Incluso bailamos, ni recuerdo la última vez que eso pasó —comenta y es evidente que le trajo buenos recuerdos.

—Está todo bien, mamá. —Chiara acaricia su mano.

—Claro que sí, hija mía. Solo recordaba cuando bailaba en todas las fiestas con tu papá. —Su voz se llena de emoción.

—Papá era un excelente bailarín —comenta Chiara y ambas sonríen.

Es lindo ver ese momento entre madre e hija y más aún saber que, incluso en este mundo de matrimonios arreglados, a veces el amor florece como una flor en tierra árida.

Escucharlas hablar me recuerda a las parrilladas que a veces hacía mi padre en el patio trasero. No eran fiestas elegantes, pero sí muy animadas.

Recuerdo que la música era buena, y a veces mi abuela pedía que pusieran alguna canción italiana para la alegría de los invitados que no entendían nada, pero lo mejor era la comida. Doña Francesca tenía manos de hada, y no solo con platos italianos; hacía una ensalada de mayonesa y farofa que solo de recordarla se me hace agua la boca, aunque al mismo tiempo siento tristeza porque nunca volveré a probar su sazón.

—Si me permiten —pido, ya levantándome bajo la mirada sorprendida de ellas.

—¿Ya, querida? Comiste muy poco.

—Estoy satisfecha. Voy a aprovechar para organizar unas cosas, estudiar y hacer unas llamadas a Brasil.

—¿No es muy temprano allá? —pregunta Chiara.

—Sí, hay cinco horas de diferencia, pero ellas ya están despiertas —sonrío, porque doña Lourdes, mi vecina, se levanta cuando aún está oscuro, y si no hablo con ella temprano, después se complica. No conozco señora más ocupada, entre consultas, mercado, farmacia, panadería, llevar al nieto a la escuela, siempre está en la calle y ocupada. El mejor momento para hablar con ella es en la mañana, cuando todavía está tranquila en casa. Con Isa es igual, o la agarro antes de ir al trabajo o solo en la noche, y para entonces ya es muy tarde para mí.

—¡Vaya, sí que es temprano! Dios me libre —bromea Chiara —. Si pudiera, me levantaría a las diez todos los días. —Me guiña un ojo y es imposible no reír con su espontaneidad.

—Sería genial, ¿no? —exclamo y todas reímos.

—Me gustaría ver a tus hermanos oyendo esto. Ni vi a Enzo salir, y estoy despierta desde las seis.

—Mamá, tienes que descansar.

—No puedo quedarme más en la cama. Es un hábito.

—¿Y Teo? —pregunta para mi alegría.

—Tuvo una reunión temprano. El pobre de Lucca solo agarró una taza gigante de café y se unió a él.

—¿Están en la oficina?

—No, tuvieron que salir.

—Bueno, tiene que haber alguna ventaja de ser mujer en esta familia —exclama y su madre solo pone los ojos en blanco—. ¿Vamos a la piscina más tarde, Giu? —pregunta y no es como si tuviera muchos planes, aparte de llamar a Brasil y estudiar.

—¡Sería genial!

—Perfecto. Teo se va a poner feliz de ver que usas su regalo, o no —bromea, en clara indirecta por el episodio en la piscina.

—¡Chiara! —su madre la regaña y yo solo muerdo mis labios, esperando no ponerme roja como un tomate.

—Solo señalo, mamá. Giu sabe que, aunque tiene muchos bikinis, todo depende del humor de él.

Tanto para no pensar en él. Y aquí estoy, recordando todo lo que pasó ese día, y ayer.

¡Mierda!

Siento mis mejillas calientes y toso un poco.

—Me voy.

—Ve, querida.

—Hasta más tarde, Giu —Chiara guiña un ojo y es imposible no divertirse con ella cerca.

Logré hablar con Isa y doña Lourdes, con quienes no hablaba desde hacía más de una semana.

Está todo bien allá.

La señora aseguró que cuida la casa como si fuera suya, y hablar con ella solo me hizo pensar que necesito hacer algo con ese lugar.

¿Alquilar? ¿Vender?

Hablé con Isa y después de charlar un rato y de que me asegurara que no hizo más nada en el sistema de los Zampieri, le pedí un favor: que anunciara la casa en una inmobiliaria del barrio.

No sé cuándo, ni si volveré.

Es una locura, lo sé, pero si se vende, al menos puedo invertir el dinero y usar la renta para mantenerme aquí.

—¿Estás segura, Giu? Te apoyo completamente en vender esa mansión y mudarte a un departamento, pero… no sé, parece que ya no piensas volver.

Suspiro hondo, sin poder ocultarlo más.

—La verdad no sé si vuelvo —admito.

Silencio.

—¿Cómo es eso?

Durante los siguientes minutos, le cuento todo, cómo me siento respecto a Matteo, desde que, maldita sea, puse mis ojos en él, lo que pasó en la fiesta, todos mis miedos, abro mi corazón.

—Sé que es una locura.

—Y yo pensando que tu mayor problema era descubrir que tus parientes eran mafiosos y estar en la mansión del Don Corleone de la Toscana.

—Isa…

—Tranquila, estoy asimilando todo esto. No puedo creer que realmente dijiste que hacen contratos de matrimonio.

—Créelo.

—Jesús… —Su cara de shock es impagable—. Vamos a tranquilizarnos —dice tras unos segundos—. Por lo que me cuentas, no creo que tu mafioso…

—No es mío —la interrumpo.

—Sí, claro, y yo soy Shakira.

—¡Loca!

—En fin, lo que te quería decir es que él no parece dispuesto a dejar que su tío, el primo imbécil, o quien sea, te ofrezcan en matrimonio.

—No sé, amiga. ¿Por qué se arriesgaría con uno de sus hombres para proteger a una recién llegada?

—¡Porque te quiere para él, obvio!

—No exageremos. No es porque… —Hago una pausa buscando las palabras.

—Porque eyaculaste en sus dedos y parece un neandertal celoso cuando se trata de ti —dice y muerdo mis labios.

—Iba a decir que no es porque nos divertimos que él ahora quiere algo más, además… Dios, ni siquiera hemos tenido sexo.

—Imagina cuando lo tengan, ahí sí que el hombre se pone a cuatro patas.

—¡Isabella! —casi grito y me río a carcajadas.

—Perdón. Hoy estoy sin filtro. Volviendo a tus problemas, voy a anunciar la casa, déjamelo a mí, y sobre el italiano guapo, disfruta, deja de preocuparte un poco. Algo me dice que te puedes sorprender para bien, y no hablo del tamaño de su polla.

—Por el amor de Dios.

Ella se ríe y no puedo evitar unirme.

—Mucho mejor, vamos a sonreír y reírnos. Si él te tira al tío y al primo maldito, yo voy a ir a rescatarte, aunque sea personalmente.

—Me siento mucho más tranquila ahora. Pero no.

—Oye, ¿dónde está tu confianza? Recuerda que soy alguien con contactos, siempre conozco a alguien que conoce a alguien.

—Ojalá no sea necesario.

—Sí. Aún pongo mis fichas en el Corleone.

—Adiós, loca.

—Besos, Giu. Cuídate y disfruta los orgasmos.

—Isaaaaa.

—Una de nosotras tiene que disfrutar la vida. —Se encoge de hombros—. Tengo que colgar, hoy tengo que subir una actualización al sistema.

—Ve.

Me tiro en la cama, todavía impactada por el rumbo de nuestra conversación. Isabella es completamente loca, pero sabe animarme como nadie. A pesar de todo lo que le pasó, es esa persona contagiosa y llena de vida, aunque se esconda demasiado detrás de la pantalla del portátil.

No debería soñar despierta, pero me sorprendo pensando cómo sería tenerla aquí. ¿Imaginas a Chiara y ella en el mismo espacio? Dios nos tenga en su misericordia.

El resto de la mañana pasa en un abrir y cerrar de ojos. Estudié un poco y, claro, luego aproveché la piscina con Chiara.

Y por más que sea un placer tomar el sol a su lado, con cada movimiento me sorprendo mirando hacia la casa.

—No está él.

—¿Qué?

—Matteo.

—Yo… —tartamudeo sin saber qué responder.

Pillada en el acto.

—Puedes tomar sol tranquila, mujer. Hoy no te va a molestar —dice y solo puedo pensar que me gustaría que me moleste.

Por el amor de Dios, Giulia.

—Qué bueno que se estén entendiendo mejor —dice, levantando sus gafas de sol, y sus ojos azules me miran fijamente—. Matteo no es de bailar.

—Él bailó con esa mujer —replico, recordando perfectamente cómo me molestó.

—¿Arianna? Eso fue una obligación. Seguro que la mujer se le lanzó encima, como siempre hace.

—Si tú dices.

—Sí, tú eres diferente. Él fue quien te llamó.

Me gusta cómo suena eso.

—Vi que también bailaste con Lucca.

Hace una mueca y se pone roja.

—Créeme, si dependiera de él, no habría pasado. —Parece un poco decepcionada.

—¿Por qué dices eso?

—Para Lucca Salvatore, yo soy solo una niña.

—Mmm, no sé. Desde donde estaba, me parecía que él la estaba disfrutando mucho.

—Disfrutando para molestarme, solo puede ser. Mejor damos un chapuzón, este sol te está haciendo mal a la cabeza. Estás viendo cosas donde no las hay —se burla.

—Sé muy bien lo que vi —le respondo, arqueando una ceja —. Ustedes dos parecen perro y gato.

Se ríe.

—Eso sí. Siempre. Ahora, deja de hablar de ese infeliz. Vamos a nadar.

—Vamos.



Si la mañana fue agitada, ¿qué decir de la tarde y la noche?

Cuando pensé que solo me tiraría en la cama después de disfrutar la piscina con Chiara, me sorprendió la llegada de una profesora particular a la mansión.

Claro que fue él.

Siempre es así. Siempre sorprendiéndome.

Matteo contrató a alguien especialmente para ayudarme a aprender el idioma. Puede parecer tonto o exagerado, pero me pareció muy atento de su parte.

Durante la fiesta, él vio mi esfuerzo para comunicarme en el idioma local y, claro, mis dificultades.

No hizo ningún comentario, pero ahí está la prueba de que está atento a todo.

Fue fantástico. Ella trajo más libros y materiales y me dio varias recomendaciones. Ahora parezco una alumna en su primer día de clases, hojeando el material, oliendo los libros y escuchando a Laura Pausini.

Dios, cómo amo la voz de esa mujer.

Para mejorar, Alessia dijo que no solo puedo, sino que debo escuchar mucha música, y me dio una lista de canciones que facilitarán la comprensión de los temas que vamos a empezar a trabajar.

Estoy entusiasmada.

Ya había perdido la esperanza de agradecerle hoy, hasta que me sorprendió.

No era Chiara tocando la puerta, sino él.

No hace falta decir que cuando encontré sus ojos marrones, perdí la capacidad de pensar por unos segundos, sobre todo pensando que me vio toda despeinada, inclinada sobre los libros, pero la conversación fluyó fácil.

Pude darle las gracias y, de paso, descubrí que Alessia también fue su profesora.

Si no fuera porque mi corazón latía descontrolado, habría sido una escena normal, dos personas conversando tranquilamente, pero calma era lo último que tenía, y verlo acercarse, mirándome con tanta intensidad, hizo imposible pensar en otra cosa que no fuera él, nosotros, y la forma en que me hizo sentir ayer.

En cómo me siento solo por estar aquí, con él.

Mierda.

Respira.

—Matteo. —Suspiro, con el pecho subiendo y bajando.

—No puedo dejar de pensar en ti —dice, hundiendo la mano en mi cabello, y mi alma y mi ropa interior ya están a punto de romperse ahí mismo.

—Yo también… —jadeo, aunque quiero gritar "bésame ya, por favor", pero tan rápido como se acercó, se aleja y nos sorprende Chiara.

No sé cuánto vio, no es que estuviéramos haciendo algo, pero todavía no estoy lista para las preguntas que vienen y, conociéndola, vendrán.

Matteo, con una cara de no tener vergüenza que da envidia, dice sin ponerse rojo que vino a ver si me gustó Alessia.

No deja de ser verdad, ¿no?

Todo iba bien hasta que su hermana habla sobre la invitación que recibí de Enrico.

No es que fuera secreto, pero…

Su expresión cambió totalmente.

—¿De qué carajo estás hablando? —escupe la pregunta y no puedo ni explicar, claro que Chiara le echa más leña al fuego.

—¿No sabés? Giu y Enrico tuvieron una charla enorme en la fiesta, él hasta la sacó a bailar, ¿no, amiga?

Ahí el caballero de hace un momento se convierte en una mirada implacable. Modo mafioso encendido con éxito.

—Estás exagerando —corrijo, haciendo una mueca—. Enrico fue amable y me invitó a conocer Grosseto, pero seguro que solo dijo eso por decir. —Me encogí de hombros.

¡Qué carajo! —gruñe, y podría jurar que está celoso.

¿De mí? De ninguna manera.

—¿Estás bien, Teo? —pregunta Chiara, provocando a su hermano, y él ni se molesta en responder.

Su mirada lo dice todo.

Está furioso. Mucho.

Muerdo mis labios, nerviosa, imaginando que la noche no terminará como imaginé, perdiéndome en sus besos, pero Matteo me sorprende otra vez.

No sé qué le pasó al hombre.

El hecho es que vamos a un lugar llamado "La Spiaggia", la playa, y por lo que entendí entre los gritos emocionados de Chiara, es una discoteca en Castiglione della [5]Pescaia, cerca de la marina donde bajamos cuando llegamos a la Toscana.

Si su emoción es una señal, la noche será buena.

Por mi parte solo puedo pensar qué llevó a Matteo a tomar esta decisión tan repentina, mientras su frase resuena en mi mente.

"*No puedo dejar de pensar en ti".*

¿Esto está pasando de verdad? ¿O estoy viendo cosas donde no las hay?

No sé qué hay entre nosotros. No puedo describirlo.

Las palabras no parecen ser suficientes.

Pero sea lo que sea… estoy dispuesta a descubrirlo.



Después de diez minutos mirando mi ropa, me rindo y voy al cuarto de Chiara.

—Adelante.

—Holaaa… —Asomo la cabeza con cuidado, pero ella ya está cambiada.

—¿Todavía no te cambiaste? —abre los ojos.

—Sobre eso, no tengo ni idea de qué elegir.

Chiara está hermosa con un conjunto de falda larga y un top negro.

—Hoy nada de tajos.

—Es en el costado, más discreto. Solo se van a dar cuenta cuando estemos allá. —Me guiña un ojo.

—¿Ya te dije que estás loca hoy?

—Eh, no soy yo la que no se cambió todavía.

—Eso no es justo. No es como si tuviera miles de opciones.

—Si fuera una fiesta en bikini, sí tendrías. —No pierde la oportunidad de recordarme la locura de su hermano.

—Eres terrible.

—Vamos, te ayudo. Toma, ponte mis sandalias y maquíllate.

—¡Gracias!

Chiara abre el armario y murmura:

—Caramba, Giu. Tenemos que ir de nuevo al centro comercial.

—Ni pensarlo. Te recuerdo que no me sobran euros.

Ella mueve la mano como si eso no importara.

—¡Acá! —grita emocionada.

—¿Qué?

—¡Esto! —señala un vestido blanco de tirantes, muy escotado en la espalda, con cuello en V, que traje en mi maleta, para la remota posibilidad de ir a la playa.

—Estás loca.

—¿Qué?

—Es muy corto, lo traje como salida de playa.

—Nunca, es perfecto. Solo ponte unas sandalias. Ay, Dios. ¿Qué número calzas?

—En Brasil uso 37, acá creo que sería 39, ¿por qué?

—Ven conmigo, tengo las perfectas para ti. —Sale corriendo, cargando la prenda.

—Chiara —la llamo, pero ya está a diez pasos—. Perdiste la razón. Me voy a poner un vestido largo cualquiera, o un jean con una blusa —sigo, pero me ignora, revolviendo su armario lleno de ropa.

—Confía. —Me alcanza un par de sandalias color dorado, lindas, con tiras para atar en la pantorrilla—. Ve al baño mío. Cambiate ahí.

Muerdo los labios, pensando cómo convencer a esta loca.

—Solo me lo voy a probar para mostrarte que no me queda bien, ¿ok?

—Sí, dale. —Casi me empuja.

Cinco minutos después, estoy parada frente al espejo, en shock.

—Puta madre, me queda bien —murmuro.

—Te dije. Perfecto.

—Es corto.

—Nada exagerado, solo un poco por encima de la rodilla.

—Mmm… —Giro 360° frente al espejo y tengo que admitir que me gusta, mucho.

—Ahora solo faltan los pendientes y un poco de maquillaje.

—No puedo creer que me esté dejando convencer.

—Ni digas, tú te convenciste, no fui yo.

—Es verdad, me encantó —admito, mirándome otra vez—. ¿Nos preparamos para esta fiestita o no?

—¡Siiiii! —grita emocionada.

Quince minutos después, encontramos a Matteo y Lucca abajo, y confieso que mi estómago daba vueltas de nervios, pero con solo ver su mirada supe que Chiara tenía razón.

Él maldice algo en italiano que no logro entender. Lucca, a su lado, trata de disimular, pero veo su mirada hacia Chiara.

Niño, ajá…

—Los soldados ya nos esperan —dice el consejero después de unos segundos, todavía en shock.

Dios, es hasta divertido verlos… afectados.

Matteo sigue mirándome. Y sus iris son como fuego sobre mí. Pasa la mano por su barba, donde una ligera sombra destaca,

dándole un aire más rudo. Y la atrevida que hay en mí ya lo imagina rozándome…

¡Por el amor de Dios, Giulia, contrólate, mujer!

—Vayan al auto, necesito hablar a solas con Giulia —dice y la sorpresa invade mi rostro y el de los demás, pero nadie pregunta.

Todo tiene un límite, y Matteo no está para admitir preguntas.

Mis piernas se aflojan mientras veo a Lucca y Chiara alejarse.

Y en segundos, estamos solos en medio de la sala.

—¿Algún problema? —pregunto, mordiendo los labios.

De forma rápida, me aprieta contra la pared, justo debajo de la escalera, lejos de miradas curiosas del piso de arriba, pero aún en medio de la sala.

—Matteo —suspiro, con el pecho subiendo y bajando.

Acerca su rostro, la barba rozando mi cuello, y sus labios llegan cerca de mi oído.

—Tengo ganas de hacerte subir y cambiar ese maldito vestido que apenas cubre tus muslos deliciosos —gruñe, y siento sus manos deslizarse por mi piel.

—Oh, Dios…

—Pero estás tan hermosa que sería un crimen hacerlo. Prefiero arriesgarme y matar a cualquier hijo de puta que intente tocar lo que es mío.

—No puedes estar hablando en serio —jadeo, y él levanta una ceja, como diciendo: *espera y vas a ver.*

Eso debería asustarme y no ponerme más caliente.

¡Puta madre!

Sus dedos rozan el tejido de mi ropa interior.

—Carajo, *diavoletta*, toda mojada y apenas salimos de casa. —Apoya la frente contra la mía, el dedo deslizándose bajo la tela y presionando mi clítoris, haciéndome arquear de placer.

—Tan linda, tan deliciosa. MÍA, maldita sea.

—Matteo… —casi no reconozco mi voz.

La necesidad cruda en ella.

—Vamos, ya veo que esta noche va a ser una tortura, pero no te equivoques, al final tendré tu coño en mi cara.

¿¡Qué!?

Siento mi cuerpo en llamas y, para empeorar, el maldito sonríe, esa sonrisa pícara cargada de promesas que pienso cobrar.

El trayecto de una hora y veinte minutos parece haber durado el doble, por lo tensa y excitada que estaba.

No ayudaba en nada sentir su mirada sobre mí, como un depredador. Lo único que me salvó fue que estábamos todos en el mismo auto, si no, no sé si habría resistido.

El hombre me dejó de un modo que, mierda, montarlo en el auto no sería algo que descartaría.

Para nada...

El vehículo se detiene y veo cuando el celular de Lucca vibra.

—Perímetro seguro. Todo listo para nosotros.

—¿Ferrara? —pregunta Matteo, con voz impasible. Ni parece el mismo hombre que hace horas me tocaba debajo de la escalera.

—En la oficina, sorprendido con nuestra visita.

—Mejor imposible —responde, y juraría que se está divirtiendo con la situación.

—¿Vamos directo para allá? —pregunta Lucca.

—No. Que el hijo de puta espere un poco.

Lucca asiente, revisando el peine de su pistola antes de volver a guardarla bajo el saco.

Matteo hace lo mismo y no puedo fingir que estoy acostumbrada.

La mayoría de las veces olvido que están siempre armados.

Me invade la tensión.

—¿Hay peligro? —pregunto, apoyando la mano sobre su brazo.

—Solo para quien se atreva a cruzarse en nuestro camino —dice, y muerdo mis labios, nerviosa—. Relájate, *ragazza*. Estamos en nuestro territorio. Solo alguien queriendo morir intentaría algo aquí.

—¡Vamos a divertirnos! —grita Chiara, aplaudiendo, emocionada.

—No tan rápido —dice Matteo—. Quiero que las dos estén en el área VIP.

—¿Qué? Ahí es aburrido —resopla ella, y solo observo, sin poder opinar.

Matteo ni se molesta en responder. Baja del auto y me ofrece la mano.

—Vamos, *ragazza*, la diversión recién empieza.

Si dijera que no fue un shock, mentiría.

—Es impresionante —susurro, pero él escucha.

La sombra de una sonrisa asoma en su rostro.

—Tenemos varios clubes repartidos por la Toscana. Este es uno de los más concurridos, sobre todo ahora en verano.

—Me imagino por qué... —respondo, sin saber a dónde mirar.

Desde donde estamos, puedo ver bien el puerto lleno de lanchas y yates a nuestra izquierda, frente a la playa, la franja de arena llena de bungalows rústicos con sillas y mesitas para los que prefieren disfrutar la noche ahí, y ya puedo imaginar el lugar iluminado con antorchas estratégicamente colocadas, pero lo que quita el aliento está frente a mí: el mar Tirreno, ese azul claro, despidiéndose de otro día, mientras el sol empieza a esconderse, tiñendo el horizonte de naranja, en un espectáculo aparte.

No puedo dejar de mirar.

Matteo toca suavemente mi espalda y recién entonces noto que nos quedamos un poco atrás, acompañados por algunos soldados. Lucca y Chiara ya están cerca de lo que supongo es la entrada, y vamos hacia allá.

Adentro es tan impresionante como afuera. Parece un resort.

Los golpes de la música electrónica retumban en el lugar, mientras varias personas bailan y conversan en lo que parece una terraza con una piscina enorme que da a la playa, y si antes no lo noté, ahora sí.

Hay una gran pantalla y un escenario con muchos focos que permiten que tanto la gente en la arena como en la terraza vean el show de quien sea.

—¿Música en vivo? —pregunto, curiosa.

—No. El DJ va a empezar a trabajar —me avisa, guiándome dentro del club.

Con cada paso que damos, la multitud parece abrir espacio, y siento miradas de miedo y curiosidad hacia nosotros.

Si afuera la atmósfera era playera, adentro el ambiente es de fiesta. Oscuridad y luces de neón verdes parpadean al ritmo de la música.

Es contagioso.

Los soldados siguen abriendo camino hasta que llegamos a una puerta de vidrio polarizado, custodiada por dos guardias gigantes. Pensé que la abrirían, pero no, se abre con un escáner de retina.

—Guau, creo que solo vi eso en películas.

—Al menos, los ojos verdes de él sirven para abrir puertas —grita Chiara a mi lado, pero algo me dice que el consejero la escuchó, porque le dijo algo que la puso roja como un pimiento.

Dije que la noche parece prometedora ¿verdad?

Pasamos por la puerta de última generación y llegamos a un lugar más exclusivo, hay un bar, varios hombres sentados, algunos con hermosas mujeres en brazos.

Todos miran hacia Matteo, como si fuera un dios.

Y creo que, al fin, aquí lo es.

—Por acá. —Su mano caliente no me suelta la espalda mientras subimos una escalera de mármol negro que lleva a una especie de entrepiso.

—¿En serio, Teo? Esto es muy aburrido.

Es seguro, hermanita.

—¿Por qué nunca podemos tener una noche normal?

—¿Tú, normal? —se burla Lucca, y si la mirada matara, el *consigliere* estaría muerto.

—Pónganse cómodos. Solo necesito resolver algo y luego podemos divertirnos juntos.

—Sin prisa, el fastidio estará esperando por ti.

Muerdo mis labios para no reír y observo cómo Matteo se aleja, hablando con dos soldados para que no se aparten de nosotros.

—No es tan malo —le digo apenas quedamos las dos solas.

Es amplio, lejos del bullicio, con sofás súper cómodos para cuando los pies empiecen a doler, sin fila para el baño. Solo veo ventajas.

—Supongo que siempre puede ser peor, ¿no? —Hace una mueca, levantando la mano, y aparece un camarero al instante.

—Un Prosecco, por favor.

—¿Alguna preferencia, señorita Zampieri? —pregunta, y me asombra que sepa quién es ella; después caigo en cuenta, Chiara debe haber venido aquí antes.

—Sorpréndeme. —Sonríe, y el chico sale dispuesto a atenderla.

—Me gustó ese "sorpréndeme".

Chiara se ríe.

—Ojalá traiga la botella más cara. Ya que mi hermano nos dejó atrapadas aquí arriba, cuando la diversión está abajo, puedes apostar que no voy a beber agua.

—La música es buena y al menos no está lleno.

Ella frunce el ceño, y presiento que va a armar un lío.

—¿Qué pasa?

—Ven conmigo. —Agarra mi mano.

—Tu bebida —le digo, pero ella me ignora y baja rápido por la escalera que hace cinco minutos subimos.

—Señorita Chiara... —los soldados la llaman, corriendo tras nosotras.

—Rápido, Giu.

—Tu hermano.

—Solo es un bailecito y después subimos.

—¡Se va a enojar! —aviso, pero ella ya lo sabe.

—Cuando eso pase, ya habremos bailado. —Me guiña un ojo.

—¡Loca!

—Vamos, solo se vive una vez.

—Vamos —respondo, entrando en la fiesta.

Llegamos a la pista y no pasa mucho tiempo hasta que los soldados están a nuestro lado, hablando sin parar en sus comunicadores.

—Don Zampieri dijo que la señorita suba ahora.

—¿Qué? No te escucho —hace gestos y una mueca, pero sé que escuchó, solo lo está ignorando.

El pobre hombre habla otra vez en el comunicador y después queda quieto como estatua a nuestro lado.

Seguro recibió órdenes de no quitarnos los ojos de encima.

No sé cuánto durará la paz, así que aprovecho.

Me acerco a Chiara y juntas bailamos al ritmo de la música electrónica.

Pierdo la cuenta de cuántas canciones pasan, siento mi cabello pegado en la nuca y estoy por pedir un descanso para tomar agua y aliviar los pies, cuando empieza otra canción con un ritmo tan contagioso que no puedo parar, sigo bailando para deleite de mi compañía.

Cierro los ojos, dejo que el sonido me lleve y es imposible no prestar atención a la letra y notar cómo parece perfecta para mí:

"*Cause you are the piece of me*
Porque eres la parte de mí
I wish I didn't need
Ojalá no lo necesitara
Still fighting and I don't know why
Persiguiendo sin descanso
Sigo luchando y no sé por qué.
If our love is tragedy, why are you my remedy
Si nuestro amor es tragedia ¿por qué eres mi remedio?
If our love is insanity, why you are clarity
Si nuestro amor es locura ¿por qué tú eres claridad?"

No sé tú, pero yo necesito con urgencia una pausa y una botella gigante de agua —bromeo.

—Sí, ya abusamos mucho de la paciencia de Teo.

—Yo no hice nada, solo te acompañé.

—Qué buena amiga. —Me da un codazo suave, pero las dos reímos mientras nos preparamos para enfrentar a los leones—. Avísale a mi hermano que ya vamos, solo vamos al baño y luego subimos.

El hombre asiente, habla por su comunicador y nos sigue de cerca.

—Ni siquiera se puede ir tranquila al baño.

—¿No quieres ir arriba? —pregunto—. Aquí seguro hay fila.

—¿Y llegar arriba toda despeinada? —Abre los ojos—. No, gracias. Lucca ya me fastidia sin motivos, no voy a darle más razones —dice seria.

—¿Quién podría argumentar contra eso?

—Menos mal que me entiendes.

Seguimos caminando hacia las señalizaciones, esquivando a la multitud y, gracias a los tipos grandes que nos rodean, no sufrimos ningún tipo de acoso.

No estoy de humor para esquivar a borrachos lanzados.

—Qué suerte, no hay fila afuera. Debe estar vacío, oremos para que no esté asqueroso.

—Eso es raro.

—Estaremos esperándote, señorita Zampieri —avisa uno de los hombres y ella asiente.

Chiara empuja la puerta y celebra.

—¡Vacío! Te dije, tenemos suerte —exclama mirando a su alrededor.

—Ok, suertuda. No sé tú, pero yo estoy en un apuro. Vuelvo enseguida —aviso y voy hacia el baño privado, mientras ella se arregla el cabello y se retoca el maquillaje frente al espejo.

—Realmente tuvimos suerte, Giu. ¿Puedes creer que todavía hay toallitas húmedas en el mostrador? Dios, cómo necesitaba eso.

Chiara está alegre, canturreando, y yo termino de atarme el vestido cuando escucho la puerta abrirse.

Parece que otras mujeres descubrieron este baño escondido cerca del bar.

—Buenas noches —escucho decir, seguido por el ruido de algo cayendo al suelo.

Silencio.

—Chiara? —llamo y no responde.

¿Habrá ido a esperarme afuera?

Un escalofrío recorre mi cuerpo y me froto los brazos.

Salgo del baño privado y nada me preparó para lo que veo afuera.

Una mujer tiene una pistola presionada contra la cabeza de Chiara, mientras otra cierra la puerta del baño, impidiendo que alguien más entre.

—Si no quieres que le vuele la cabeza a la rubia, te sugiero que te quedes callada y hagas lo que te diga.

Mil escenarios pasan por mi cabeza y ninguno es bueno.

—¡Vamos! —repite y doy un paso al frente.

Si quisieran matarnos, ya lo habrían hecho. Eso significa que quieren secuestrarnos para sacar dinero de Matteo, no puede ser otra cosa.

La cómplice se acerca y me ata las muñecas con una especie de esposas, con prisa.

—¡La boca! Vamos, antes de que los soldados se den cuenta de la demora —ordena y otra me obedece, tapándome la boca con cinta adhesiva.

Respiro.

No sirve desesperarse.

—Mi hermano te va a matar por esto —dice Chiara y la mujer sonríe, tirándole fuerte del pelo.

—Cuando él se entere, ya estaremos lejos, y no sería tan valiente, princesita, si supieras lo que te espera.

—Todavía creo que no deberíamos arriesgarnos llevándonos a Zampieri. No estaba en el plan —comenta la que me ató con miedo en la voz.

—Cállate. Al jefe le va a gustar el regalo —responde la que tiene a Chiara, ríspida—. Ata a la puta y vámonos. Ya nos están esperando.

¿Cómo es eso?

—Adentro —la que manda señala un carrito de limpieza y el pánico empieza a apoderarse de mí.

Respiro…

Hago fuerza con las manos intentando liberarme de las ataduras, y el plástico cede un poco.

Dios, muéstrame qué hacer.

Mis ojos encuentran los de Chiara y hay miedo también ahí.

Quiero tranquilizarla, decirle que todo estará bien, pero la verdad es que tengo mucho miedo.

Sé fuerte… piensa.

En segundos nos obligan a meternos en el carrito de limpieza vacío.

Vinieron preparadas para atraparnos.

Todo se oscurece y me esfuerzo por respirar despacio, sin saber cuánto tiempo estaremos ahí.

Estoy atenta a todos los sonidos y por eso escucho cuando la puerta del baño se abre y ellas saludan a alguien. ¿Los soldados?

Muevo el cuerpo, pero no pasa nada, el espacio es tan pequeño que no funciona.

El carrito vuelve a moverse y se escuchan varias voces a nuestro alrededor, pero es difícil entender.

Oigo algo como "muelle" y sigo intentando soltar mis manos.

El dolor punza en mi muñeca mientras la esposa me roza la piel, pero sigo intentándolo.

La mujer no apretó lo suficiente. Estoy casi logrando liberarme.

Cierro los ojos y hago toda la fuerza que puedo; entonces siento mi mano derecha libre.

Saco la cinta adhesiva de mi boca y respiro profundo.

Hago lo mismo con Chiara, pero le señalo que guarde silencio.

No sabemos qué pasará si gritamos.

Podrían simplemente dispararnos o desatar un tiroteo en medio del club.

—Voy a intentar sorprenderlas —susurro y sus ojos se abren con pánico.

—Es peligroso, Giu.

—Es nuestra única oportunidad. Las escuchaste, no nos necesitan a las dos, lo que significa… —me detengo, el estómago revolviéndose por lo que puede pasar—. Tu hermano y Lucca ya deben estar buscándonos —le digo tratando de calmarla—. Tenemos que ganar tiempo.

Con eso en mente, le vuelvo a poner la cinta en la boca, sin apretar tanto, solo para que no se den cuenta.

El carrito se detiene con un fuerte sacudón.

Vuelvo a poner la mano atrás y cierro los ojos, pidiendo a Dios que ilumine mi camino y guíe mis acciones.

No voy a morir, no aquí… no así. No sin luchar.

La tapa se abre, pero en lugar de las dos mujeres, nos sorprenden dos hombres.

—Vaya, vaya... mira lo que encontramos aquí —dice uno, sonriendo, con una mirada enferma hacia Chiara—. Me divertiré con la rubiecita y tú te encargas de la otra —advierte, tirándola de los brazos mientras ella lucha inútilmente—. Tranquila, gatita, prometo que será divertido.

El otro me saca del carrito y permanezco inmóvil, fingiendo estar atada, mientras observo nuestro alrededor.

El puerto.

Nos sacarán de aquí en barco.

Piensa...

—Vamos, idiota, antes de que noten que faltan dos. —Me empuja y veo de reojo la pistola en la cintura de su pantalón.

El otro sigue frotándose contra Chiara, que se mueve tratando de alejarse.

Maldito asqueroso.

—La gatita es brava. Quiero ver cuando tenga mi polla en ese culo.

De repente, Chiara levanta la cabeza con fuerza y le da un golpe directo en la cara.

Él grita sujetándose la nariz que sangra.

—¡Puta! —grita y le da una bofetada fuerte que la hace perder el equilibrio y caer al suelo de cemento.

Es mi oportunidad.

Grito con todas mis fuerzas, doy un codazo al hombre que está cerca de mí y, con la mano libre, agarro su arma, sorprendiéndolo.

El hombre intenta agarrar mi brazo, pero soy más rápida y me alejo lo suficiente para apuntarle.

—Déjanos en paz —grito, atrayendo su mirada mortal y esperando que Matteo y sus hombres sepan dónde estamos.

—Aléjate de ella, cerdo —le aviso al ver que el otro enfermo camina hacia Chiara, que sigue en el suelo.

—Qué valiente —se burla el que está más cerca—. Lástima que sabemos que no vas a disparar. —Da un paso hacia mí y yo aprieto la pistola firme, retrocediendo.

—¡Atrás!

—¡Agarra a la puta ahora! —grita el otro, acercándose de nuevo a Chiara.

—Te dije que te alejaras —grito, pero él me ignora, no pienso dos veces y disparo apuntándole a la pierna, pero de alguna manera fallo, aunque el hombre cae llevándose las manos al vientre, donde lo toqué.

Dios.

El otro hombre avanza furioso, pero antes de que pueda mover la mira hacia él, se escucha otro disparo y un agujero aparece en medio de su frente.

Él se desploma en el suelo, con un charco de sangre a su alrededor.

Mis manos tiemblan y no escucho nada, solo el latido de mi corazón.

Todo parece lejano, casi en cámara lenta, hasta que siento sus manos en mi rostro y encuentro sus ojos marrones.

—Matteo —susurro, en shock.

—Giulia... —leo en sus labios, y veo su mirada preocupada mientras me examina de pies a cabeza, dando órdenes a sus hombres.

—Estoy bien —digo después de unos segundos—. ¿Chiara? —pregunto y él aparta un mechón de mi cara.

—Lucca está con ella. Tenemos que salir de aquí —avisa, cargándome en brazos como si no pesara nada.

—Yo...

—Voy a cuidarte, *mia diavoletta* —susurra en mi oído.

Se oyen más órdenes en italiano. Matteo habla tan rápido y con voz tan dura que no logro seguirlo.

De reojo veo a Lucca cargando a Chiara hacia una embarcación a pocos pasos.

Aún a distancia la reconozco; es la misma que semanas atrás me trajo aquí.

—Desháganse de ellos y limpien la escena.

—¿Las mujeres...? —digo, necesitando saber, porque los hombres no estaban solos.

—Ya las atrapamos, *bella* —me tranquiliza y me relajo en su abrazo—. Van camino a Chiusure, donde desearán no haber tocado ni un cabello tuyo.

Muerdo los labios pensando en el final que tendrán, pero no siento pena.

Eligieron ese destino. Nos entregaron a *Dios sabe quién.*

—¿Ellos? —pregunto, con lágrimas acumulándose en mis ojos, pero respiro profundo, necesitando saber.

—Ya no le harán daño a nadie más —dice con delicadeza.

Muertos.

—Yo... —mi voz tiembla—... lo maté.

Mis labios tiemblan y el pánico me invade.

—Hiciste lo que tenías que hacer para salvarte a ti y a Chiara, eres una guerrera, *amore mio.* —Me mira con tanto orgullo que no puedo replicar.

Un torbellino de sentimientos me invade: miedo, rabia, pero sobre todo alivio.

Nunca pensé que mataría a alguien, nunca creí que eso me pasaría a mí, pero no puedo evitar pensar que antes ellos que nosotros.

Y ahí supe que apretaría el gatillo las veces que fueran necesarias para salvar a Chiara, Lucca, Enzo, la señora Eleonora... y a Matteo.

Siento una lágrima persistente correr por mi rostro y me aferro con fuerza a su camisa blanca.

Yo, Giulia Tomazini, mataría por ellos, por todos los que me importan.



Certain Things – James Arthur feat Chasing Grace
Walking the wire – Imagine Dragons

Fui saludar a Enrico Ferrara por cortesía y porque sabía que el chico estaba, como siempre, en el club.

Al estar ubicado en la provincia bajo el control de su padre, era natural que él, junto con sus hombres, frecuentara el lugar y supervisara las operaciones, aunque el administrador sabe muy bien a quién rinde cuentas al final del día.

La Spiaggia forma parte de la nueva estrategia de la familia para diversificar los negocios, por eso la superviso personalmente y de cerca.

Aumentar nuestros ingresos con contratos gubernamentales y proyectos inmobiliarios está resultando tan rentable como la exportación y distribución de armas y cocaína, además de ser menos arriesgado. Aun así, algunos siguen resistiéndose a los cambios, pero no me importa; las transformaciones están en marcha.

Miro a mi *consigliere* y es la segunda vez que veo a Lucca hablando por celular; por su expresión sé que algo no va bien.

—Con permiso, señores —aviso sin importarme lo que piensen. Ya no soporto escuchar la voz del imbécil. Cada palabra que sale de su boca me recuerda cuando bailaba con Giulia, y me dan

ganas de darle un puñetazo—. ¿Qué pasa? —pregunto cuando estoy a dos pasos de Lucca.

—Dante y Nico están afuera del baño, en el primer piso, esperando a las chicas y se están preocupando por la demora.

—Maldita sea, espero que Chiara no esté haciendo alguna de las suyas.

Sin despedirme, salgo de la sala y me dirijo hacia donde ellas están, con Lucca y los soldados siguiéndome.

Lo primero que noto es el sudor corriendo por sus frentes.

—¿Cuánto tiempo pasó? —voy directo al grano.

—Más de diez minutos.

—Carajo —maldigo—. ¿Hay alguien más adentro?

—No, entraron dos mujeres de limpieza, pero ya salieron hace unos minutos.

Los pelos de mi nuca se erizan y no pienso más.

Abro de golpe la puerta, solo para descubrir que no hay nadie en ese maldito baño.

—¿Quién entró aquí después de ellas? —pregunto mirando a mis hombres, que parecen perdidos.

—Solo el carrito de limpieza, *Don*.

—Mierda —dice Lucca, pensando lo mismo que yo.

—Están con ellas. Cierren todas las salidas, quiero las imágenes, ¡y ahora! ¿Cuánto tiempo dijeron?

—Menos de cinco minutos.

—Aún hay chance de que estén aquí —disparo, mirando a mi alrededor, imaginando cómo sería mi estrategia para sacar a dos mujeres sin llamar la atención.

Escucho a Lucca hablar por teléfono y luego me muestra un video. Podemos ver a las dos mujeres empujando el carrito por el pasillo lateral al bar.

—¿Qué hay en esa dirección? —pregunta Lucca al administrador, pero yo ya sé la respuesta.

—El fondo del bar da exactamente hacia el oeste. Van hacia el puerto —afirmo, listo para arrancar algunas cabezas—. Nico y Dante, encuentren a las mujeres. Las quiero vivas —insisto.

—Sí, señor —responden al unísono y salen disparados.

—Lucca —llamo, con el corazón acelerado, pero me obligo a ser racional. Ahora necesitan al mafioso despiadado, y él quiere sangre.

—*Don* —responde y veo la preocupación reflejada en sus ojos. Mi amigo sabe lo que está en juego, pero pensar en las consecuencias no es una opción.

—Quiero imágenes en vivo del puerto. ¡Vamos!

Con pasos rápidos, corremos por el largo pasillo que lleva a la zona de los muelles detrás del bar, donde hay un embarcadero que conecta con la marina.

Hago un gesto con las manos cuando oigo voces que se alzan y todos están preparados, con las armas en la mano.

—Están con ellas —susurra Lucca, entregándome su celular, y pierdo todo control al ver cuando dos hombres sacan a Chiara y Giulia del carrito de limpieza.

Hijos de puta.

La adrenalina corre por mis venas, pero debemos esperar el momento adecuado. No sabemos si hay más de ellos; atacar a ciegas podría poner en riesgo sus vidas.

Uno de los imbéciles está más adelante con Chiara.

—Maldito, se está frotando contra ella —dice Lucca a mi lado, apretando la pistola con fuerza.

—Créeme que, si depende de mí, le vamos a cortar la polla pronto.

Mi hermanita no se queda quieta; le da una cabezada al hijo de puta que la insulta con la nariz sangrando.

Buena sorellina.

—Maldita sea, Matteo. —Hay frustración y enfado en la voz del *consigliere.*

—¡Esperen! —ordeno, con el dedo inquieto en el gatillo al ver al hijo de puta darle una bofetada, pero entonces lo veo.

—Ni hablar.

Giulia se libera de las ataduras, le arrebata el arma al imbécil y ahora tiene a los dos bajo la mira.

Qué visión de mierda.

Todo sucede en segundos.

—Déjanos en paz —grita—. Aléjate de ella, cerdo —ordena, y cuando el hijo de puta se burla, mi mujer no duda ni un segundo; honra a la familia, disparando al pedazo de mierda que cae al suelo.

—¡Ahora! —ordeno, empujando la puerta de madera que separa el pasillo del embarcadero.

El maldito, que avanzaba hacia ella, ni tiene tiempo de reaccionar, la bala atraviesa su cráneo y cae como un castillo de naipes.

Lucca se lanza hacia el otro que está casi muerto, le quita el arma de la cintura, la arroja lejos y luego va hacia Chiara.

Su mirada se encuentra con la mía y señalo con la cabeza hacia la lancha; él sabrá qué hacer. Tenemos que sacarlas de aquí, y la forma más rápida y segura es por mar.

Me acerco a Giulia, tocándole el rostro, y ella susurra mi nombre, parece perdida, pero solo es el choque y la adrenalina bombeando por sus venas.

—Estoy bien —dice, preguntando inmediatamente por Chiara, y carajo si eso no me hace admirarla aún más.

—Lucca está con ella —la tranquilizo—. Tenemos que salir de aquí —digo, levantándola y ella se aferra fuerte a mi camisa.

—Yo… —murmura.

—Voy a cuidarte, *mia diavoletta* —susurro en su oído, y mi corazón, siempre calmado, late acelerado.

Control, maldita sea.

Grito órdenes con prisa. Algunos hombres irán conmigo y Lucca en la lancha, el resto se asegurará de que esos cabrones no tengan información relevante antes de despedirlos.

—Desháganse de ellos y limpien la escena.

—¿Las mujeres...? —murmura Giulia, angustiada.

—Ya las atrapamos, *bella* —la tranquilizo y siento que se relaja contra mi pecho—. Van camino a Chiusure, donde desearán no haber tocado ni un cabello tuyo.

—¿Ellos? —pregunta, y sé exactamente qué quiere saber. Para alguien criado fuera de la organización, nunca es fácil quitarle la vida a alguien, diablos, hay chicos que se paralizan cuando llega el

momento de la iniciación y eso que se prepararon toda la vida para eso, para verlas como desechables.

—No harán daño a nadie más —declaro tratando de ser sutil, pero fallando miserablemente, por lo que veo en su mirada.

—Yo… —su voz tiembla—... lo maté.

Sus labios tiemblan y quiero quitar ese miedo de su voz, maldita sea.

—Hiciste lo que tenías que hacer para salvarte a ti misma y a Chiara, eres una guerrera, *amore mio* —exclamo, y demonios, el orgullo llena mi pecho por esta mujer que llegó y rompió todo lo que para mí tenía sentido. Me hizo reevaluar mis convicciones, todo a mi alrededor y a mí mismo.

Porque, cerca de ella, carajo, quiero ser, de alguna manera, una versión mejor para la *famiglia* y, sobre todo, para ella.

Apenas entro en la lancha, la ponemos en marcha.

—¿Cuál es el destino, señor? —pregunta uno de los soldados mientras siento a Giulia sobre el sofá en la cubierta principal.

Lucca, cerca de Chiara con una bolsa de hielo, mira hacia mí.

—Sigue rumbo a Capraia y espera instrucciones —digo y él se aleja, dejándonos a los cuatro solos.

—Tenemos que avisar a Enzo y a su madre sobre... —apunta hacia mi hermanita, cuyo rostro ya comienza a hincharse.

—¿Qué carajo pasó ahí? —disparo, pasando las manos por mi cabello—. No puedo creer que hayan ido por Chiara para alcanzarme. Malditos hijos de puta.

—No vinieron por mí. —Mi hermana levanta el mentón y aparta la bolsa de hielo.

—¿Cómo?

—Querían a Giulia —afirma, y debo estar escuchando mal.

—¡Pero qué mierda! —Lucca saca las palabras de mi boca.

—Estábamos en el baño, preparándonos para volver al área VIP, cuando ellas entraron, y antes de darme cuenta ya tenían el arma... —hace una pausa, mordiendo los labios—. Perdón, Teo, es toda mi culpa.

—*Sorellina* —digo, odiando verla así—. Deberías haberte quedado en el área VIP, pusiste en riesgo a Giulia y a ti misma,

pero... maldita sea, nada de esto debería haber pasado, no en nuestro territorio. —Aprieto los puños, molesto por la situación, no por ella.

Lágrimas corren por el rostro de Chiara, que se apresura a secarse.

Temo haber sido muy duro, pero necesito que entienda que sus actos tienen consecuencias.

—Nada de eso importa ahora, ¿por qué crees que iban por Giulia y no por ti? —pregunto, necesitando respuestas urgentes.

—Hablaban en inglés, no en italiano —señala Chiara—. Es como si supieran que Giulia todavía está aprendiendo el idioma.

—De ninguna manera.

—Además, una de las chicas dijo que no deberían arriesgarse a llevarme.

—Lo cual no estaba planeado —Giulia completa la frase, llevándose la mano a la boca y la comprensión la inunda.

—¡Exacto! —confirma Chiara—. Yo sería solo un regalo para el hijo de puta que está detrás de todo esto.

—¡No tiene sentido! —comenta Lucca, tan sorprendido como yo—. ¿Qué podrían querer con Giulia? —Su pregunta va dirigida a mí, y carajo, quisiera tener la respuesta, pero solo tengo malditas preguntas.

Piensa, maldita sea.

Camino de un lado a otro, intentando encontrar alguna lógica en todo esto.

—Te vieron bailando, podrían pensar que tienes algún interés en ella. Y que hacerle daño o secuestrarla llamaría tu atención —puntualiza mi hermana, y demonios, es una posibilidad. No he hecho un buen trabajo ocultando mi interés por la italiana.

—Si Chiara tiene razón, significa que el responsable de este ataque estuvo en la mansión o tuvo contacto con alguno de los invitados —comenta Lucca, y no podría estar más acertado.

Todos guardamos silencio por el peso de esa suposición.

—Veamos qué les saca Enzo. Hoy anclaremos a una distancia segura de Capraia, pasaremos la noche y mañana seguimos rumbo

al puerto de Cecina. Avise a nuestros hombres para que estén preparados allá. Sin contacto con nadie más, incluido Ferrara.

—Él será informado.

—Cuando ya estemos en camino, rumbo a Siena. No quiero lidiar con ese desgraciado ahora. Lo que pasó en la discoteca ya es bastante malo.

Lucca revisa su celular y me mira.

—Ya nos deshicimos de los cuerpos. Ambos sin identificación ni tatuajes que los conecten a alguna mafia rival. ¿Crees que pueda tener relación con los problemas en La Spezia?

—No podemos descartarlo todavía. El movimiento de hoy fue repentino e improvisado. No sabían de nuestros planes con anticipación, eso quedó claro. Tuvieron poco tiempo para organizarse, y fallaron —digo, mirando de Chiara a Giulia, agradeciendo en silencio que todo haya terminado bien.

—Si esta es la versión sin organización, me preocupa lo que puedan hacer con un poco más de planificación —comenta mi hermana, y me gustaría decir que estamos seguros, pero la realidad es otra.

Corremos riesgos todos los días.

—Descubriremos quién está involucrado, es cuestión de tiempo —insisto, y quiero decir cada palabra—, pero mientras tanto, seguridad reforzada —añado, y ella sabe exactamente a dónde quiero llegar.

—O sea, nada de fiestas para nosotras, Giu —intenta bromear Chiara, pero hace una mueca de dolor.

—Basta de eso, ustedes dos necesitan cuidados.

—Yo me ocupo de Chiara, puedes estar tranquilo.

—Estoy aquí, ¿sabes? Y puedo cuidarme, gracias. —Se levanta, pero en un segundo Lucca está a su lado.

Cruzo una mirada con él y sé que está preocupado por ella y por toda esta maldita situación.

—Cuídala —ordeno y él asiente.

—Matteo…

—Estaría más tranquilo si supiera que Lucca se ocupará de las heridas en tu rostro y verá si necesitas algo, *sorellina* —explico, y

ella intenta morderse los labios, algo que siempre hace cuando está nerviosa, pero en el caos terminó con un corte ahí.

Chiara me mira unos segundos y sé que está considerando lo que dije. Es testaruda, pero sabe ceder.

—Está bien —acepta, abrazándome fuerte—. Cuida de Giu, ella me salvó —susurra solo para mí, imposible no notar que está emocionada.

No respondo, solo asiento y beso su frente; ella dibuja una sonrisa.

—¿Listo para ser mi enfermero, *consigliere*? —Claro que tenía que fastidiarlo.

Pongo los ojos en blanco y ni siquiera miro en dirección a los dos que se alejan.

—Hora de cuidar de ti, *ragazza* —susurro, extendiendo la mano.

—Estoy bien, son solo unos rasguños. —Mira su brazo y piernas—. Realmente solo necesito un baño y quizás un analgésico, por precaución, no tienes idea de lo apretado que era ese carrito. —Hace una mueca, y me acerco, apartando un mechón de su rostro.

Tan hermosa. Tan valiente.

—Aún así, quiero asegurarme —digo y su mirada se encuentra con la mía.

—En ese caso, no me escucharás quejarme.

Caminamos juntos hacia la suite principal.

—¡Dios mío! ¡Es gigante!

—¿Te gusta?

—Es hermosa, esperaba una cabina pequeña, no sé. Nunca había hecho paseos en lancha, la primera vez fue… Esa vez. Vi fotos de cruceros. Pensé que esto sería parecido o más pequeño.

—Aquí caben ocho personas para pasar la noche.

—¿Ocho? —Abre los ojos, observando todo con atención.

—Esta es la cabina principal, que como ves, es para una pareja. Además, hay una VIP donde está Chiara y dos habitaciones más con dos camas individuales.

—Estoy impresionada. Hay muchos departamentos que no tienen este nivel de comodidad —dice, mirando el baño con dos

lavabos, ducha y acabados en mármol y madera—. Mira esto. —Pasa la mano por el lavabo—. Realmente viven en otro mundo.

—Este mundo ahora es el tuyo también —respondo, y siento cómo cambia su expresión.

¡Mierda!

—Lamento lo ocurrido —digo, caminando hacia el armario, agradeciendo tener siempre algo de ropa en la embarcación. No es la única que tengo, pero es la que más me gusta usar cuando vengo a Castiglione, por eso mis hombres siempre la mantienen abastecida y con suministros—. No tenemos muchas opciones, pero creo que te gustará dormir con una camisa limpia —digo, extendiéndole la prenda, y Giulia no oculta la sorpresa.

—Gracias, está perfecta —agradece, aunque parece tensa.

—Voy a ver si Lucca y Chiara necesitan algo —aviso, y camino hacia la puerta—. Toma tu baño, creo que encontrarás todo lo que necesitas. Vuelvo en un rato para revisar tus heridas.

Tengo la mano en la manija cuando llama mi nombre.

—Matteo…

Me giro para encontrar sus ojos verdes vidriosos, y eso es como un golpe en el estómago.

—¿Por qué? —muerde los labios, nerviosa, y me acerco, necesitando estar cerca de ella.

—Quisiera tener esa respuesta, *ragazza.* —Acaricio su rostro con el dedo índice—. Si la tuviera, probablemente ya estaría matando al hijo de puta.

—No entiendo, yo no soy nadie…

Ah, sí que lo eres.

—Solo el hecho de que estés cerca de nosotros te convierte en un blanco —puntualizo, sosteniendo su nuca para que sus ojos miren a los míos—. Y eres una Tomazini, eres de la *famiglia* y, por si no quedó claro —me acerco, nuestros labios casi tocándose—, eres increíblemente importante... para mí.

Giulia acaricia mi rostro y cierro los ojos, disfrutando su toque. Uso todo mi autocontrol para no acercarla más y perderme en sus labios.

¿Qué quieren con ella? Ni siquiera puedo concebir la idea de que pudieran hacerle daño.

Maldita sea.

—Toma tu baño. —Rozó mis labios con los suyos, suave, solo un sabor del paraíso, y luego me alejo.

—¿Tú…?

—¿Qué? —Levanto una ceja.

—¿Vas a regresar? —Se sonroja ligeramente.

—No hay otro lugar donde quiera estar que no sea contigo, *diavoletta*.

—Oh… —aparece una sonrisa en su rostro, y en una noche como esta, tener eso es todo lo que necesito.



Con los soldados vigilando la popa y la proa de la embarcación, la sala está vacía y en silencio. Me sirvo un vaso de whisky y me tiro en el sofá, mirando el tintinear del hielo mientras intento encontrar alguna explicación para todo lo que ha pasado últimamente.

Un movimiento a la derecha llama mi atención.

Lucca.

Parece tan cansado como yo, y si conozco bien a mi amigo, su mente está a mil, con innumerables posibilidades y escenarios.

—¿Todo bien? Iba a pasar a ver si necesitaban algo.

—Tu hermana prácticamente me echó de la habitación, se fue a bañar.

—Parece algo que ella haría —comento, tomando otro trago del líquido ámbar—. Aun así, necesito que la vigiles.

—Ni siquiera tienes que pedirlo, maldita sea.

—¿En qué piensas?

—¿Qué interés podrían tener en Giulia? ¿Qué papel juega ella en este lío?

—Lo que dijo Chiara —apoyo el vaso vacío sobre la mesa—, es una posibilidad, ya sabes.

—¡De hecho! Quedó claro en la fiesta y hasta antes —insiste —, que estás loco por la chica.

Levanto la ceja desafiándolo a que siga, pero ni lo corrijo.

Es pérdida de tiempo. El chico me conoce demasiado bien.

—¿Cuál es tu punto? —pregunto.

—No sé. Algo no encaja en esta mierda —señala, sirviéndose una copa de vino.

—Son tantos rompecabezas al mismo tiempo —exclamo, de repente necesitando más whisky.

—O puede que sea solo uno grande, y las piezas están todas mezcladas frente a nosotros. —Bebe de un solo trago.

Maldita sea.

—Crucemos los dedos para que Enzo consiga más piezas, entonces. —Me levanto, listo para ir a revisar a Giulia—. Yo voy a...

—Cualquier cosa, te mando un mensaje, aunque sé dónde encontrarte —puntualiza, y sé que está bromeando—. Voy a chequear cómo están los soldados y luego reviso a tu hermana. Espero que por fin me deje ver ese hinchazón y los rasguños.

—Cuida bien a mi *sorellina.*

—Si ella no me mata en el proceso —responde, y me aguanto la risa.

—Seguro que puedes con eso.

—No estaría tan seguro —gruñe, y no puedo evitar reír—. Te estás divirtiendo con esta situación. Si quieres, puedo ayudar con Giulia y tú cuidas a tu *sorellina.*

—¡No me jodas! —respondo, la sangre hirviendo solo con la idea, y ahora es él quien ríe.

Hijo de puta astuto.

—Buenas noches, Don Zampieri —bromea, ya que nunca me llama así.

—Buenas noches, Lucca.

Llamo suavemente y entro.

—¿Todo bien con Chiara? —es su primera pregunta, pero es difícil concentrarse cuando solo puedo mirar sus piernas desnudas y lo atractiva que está Giulia con mi camisa.

Concéntrate, maldita sea.

—Matteo —me llama de nuevo, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Sí, todo en orden. Lucca se encargará de sus heridas ahora. Ella también estaba bañándose —explico y ella sonríe.

—Espero que no esté muy hinchado.

—Chiara está en buenas manos.

Ella asiente y la habitación parece pequeña.

Me acerco, sin poder estar lejos más tiempo.

—Veo que ya te has ocupado de las heridas.

—Yo… —balbucea—. Encontré el botiquín en el baño.

—¿Todo eso para mantener mis manos lejos de ti, *ragazza*?

Giulia muerde los labios y veo cómo su pecho sube y baja.

—No, quiero decir —hace una mueca—, no quise darte trabajo.

—Cuidarte no es trabajo. —Me detengo frente a ella y siento su respiración acelerada en mi rostro—. Es un placer —exclamo, mirando sus labios.

Control, maldita sea. La chica casi fue secuestrada hoy, lo último que necesita es que la vigile como un depredador.

Aprieto los puños, conteniendo el impulso de tocarla.

—Voy a darme una ducha —aviso, dirigiéndome al baño sin mirar atrás.

El agua fría no ayuda en nada.

Mi polla está dura y palpitando, pero no importa cuánto quiera a la italiana, hoy no se trata de eso.

Me pongo un bóxer negro y salgo de la habitación, encontrándola sentada en la cama, mirando por la ventana.

—Pensé que ya te encontraría durmiendo —digo, secándome el cabello con la toalla.

—Yo… —comienza, pero se detiene, recorriendo mi cuerpo con la mirada, lo que no ayuda en nada a calmar esta erección monstruosa que mi ropa interior no puede ocultar.

Me acerco hasta quedar frente a ella.

—¿Qué pasa? —pregunto y su mirada se cruza con la mía.

No tengo dudas de que si meto la mano entre sus piernas, la encontraré lista para mí, y solo de pensarlo, se me hace agua la

boca.

Ah, Giulia, ¿qué voy a hacer contigo?

—Ah, sí… —Se aleja un poco—. No sé si dormiré aquí o en alguna de las otras habitaciones que mencionaste —explica.

—Te quedas aquí —mi voz suena ronca—. Pero entenderé si prefieres que me vaya a otra...

—¡No! —dice rápido, sin apartar la mirada—. Yo… —muerde los labios, nerviosa—. Quisiera que te quedaras aquí —dice, y a pesar de toda la tensión sexual entre nosotros, sé que hay más.

Tiene miedo.

—Estamos seguros. Los soldados vigilan proa y popa. Cualquier embarcación que se acerque… —Hago un gesto para tranquilizarla.

—Aun así, me sentiría más segura si...

No la dejo terminar.

—Estaré aquí.

—¿De verdad? —El alivio invade su rostro y maldita sea, quiero asegurarle que todo estará bien.

Asiento y camino a la puerta para cerrarla.

—Listo —digo, viendo cómo mira la gran cama con preocupación.

—Que duermas bien, *ragazza* —digo, apagando las luces, hasta que solo un rayo de luz del baño ilumina la cabina.

—¿No vienes? —pregunta, la tensión en su voz es palpable.

—Usaré el sillón —aviso, sabiendo que dormir es lo último que debo hacer hoy.

—¡No seas ridículo! —exclama y estrecho la mirada—. Perdón… —Hace una mueca y quiero reír por sus nervios, pero me mantengo serio—. La cama es grande. —Se acomoda en un extremo, como si eso bastara para mantenerme lejos.

Giulia definitivamente no sabe cuánto me afecta. Acostarme a su lado sin tocarla, cuando mi cuerpo la desea, es tortura, pero al final eso hago.

Me tumbo sobre la sábana, cruzo los brazos bajo la cabeza, intentando pensar en cualquier cosa que no sea la chica a mi lado.

La siento moverse y contengo el aliento al percibir el perfume de su cabello.

Carajo...

—Gracias, Matteo —susurra y abro los ojos para encontrarla acostada de lado, la cabeza en la almohada, mirándome, y maldita sea si no podría perderme en su mirada.

—Que duermas bien, Giulia —susurro, acariciando su rostro con el dedo índice y ella cierra los ojos—. Estaré aquí todo el tiempo —afirmo y ella se relaja.

La sombra de una sonrisa se dibuja.

No sé cuánto tiempo pasa. El silencio solo se rompe por el sonido del agua golpeando el casco.

A mi lado, Giulia duerme tranquila, su pecho sube y baja despacio, y solo cuando estoy seguro de que está bien me doy el lujo de cerrar los ojos, sabiendo que necesito estar en mi mejor forma para protegerla de todo lo que nos acechará apenas atracamos al día siguiente.



Despierto y todavía está oscuro. A mi lado, Giulia sigue apoyada en la curva de mi brazo, con la mano sobre mi pecho y el cabello desparramado.

Hermosa...

Durante la madrugada, inconsciente, se acercó, acurrucándose, y yo, claro, aproveché. Debería haberla apartado, ella estaba dormida, maldita sea, la sensación es tan buena que me quedé inmóvil, esperando que no despertara para poder disfrutar más de ella, de su toque.

Como resultado, mis bolas laten y mi polla sigue dura y lista para la acción.

Con cuidado, aparto su mano y estoy a punto de moverme cuando ella gruñe, tirando el muslo sobre el mío.

—De ninguna manera —jadeo entre dientes.

Esa mierda solo puede ser Dios castigándome por todos estos años de vagancia. Respiro profundo y me alejo de la tentación que representa Giulia Tomazini. No soy santo, al contrario, pero diablos, con ella... quiero ser mejor.

Ella se lo merece.

Estoy cambiándome cuando ella despierta, toda despeinada, con el rostro cargado de sueño y, aun así, lo más hermoso.

—*Buongiorno, bella.*

—Buongiorno... —sonríe, y casi acabo con la diablesa sonriéndome.

¡Control, hombre!

—Voy a preparar algo para comer. Duerme un poco más, aún es temprano.

—Mmm... —se estira, regalándome la vista de sus muslos abundantes cuando la camisa se sube y deja ver más piel.

Mierda.

Me acerco, ignorando todas las alarmas que me dicen que vaya en dirección contraria, y me inclino, sorprendiéndola con un beso en la frente.

—Gracias por quedarte —susurra cuando tengo la mano en la manija y solo asiento, necesitando salir urgente de esta habitación antes de que olvide todas mis buenas intenciones y Giulia entre en el menú.

—¡Buenos días! —saludo a mi *consigliere*, que ya tiene una taza de café en la mano—. ¡Qué milagro es que ya estés aquí! ¿No pudiste dormir?

—Dormir, ¿qué es eso? —responde, y demonios, sé exactamente cómo se siente.

—¿Chiara?

—Le costó dormir y cuando lo logró, fue agitado. Estuvo despertándose todo el tiempo.

—¿Te quedaste en la habitación? —pregunto, arqueando la ceja.

—Ella me lo pidió. —Se encoge de hombros—. No hubiese podido dormir en esas camas individuales —explica.

—Espero que te hayas pasado la noche de pie, por el bien de tu polla —señalo y ni se inmuta.

—Mi polla está perfectamente bien y seguirá así, gracias por preocuparte, y antes de que se me olvide, vete a la mierda.

—¿Olvidaste con quién hablas?

—No, pero en este momento no eres mi Don, sino mi maldito mejor amigo.

—¡Buena respuesta! —replico, sirviéndome el café recién hecho.

—¡Buenos días! —saluda Giulia, mirando de mí a Lucca, y mi amigo levanta la taza—. Imposible volver a dormir, el olor llegó hasta allá.

—En ese caso, vamos a preparar algo que no sea el café de Lucca.

—Oye, ella acaba de elogiar la maldita bebida.

—Ella no dijo eso —bromeo, buscando algo en el congelador —. No es tan bueno como el de mamá, pero tendrá que servir —digo, poniendo en el horno eléctrico una bandeja de croissants de chocolate.

—Seguro que con el hambre que tengo, estará delicioso.

Diez minutos después, el olor invade la cubierta y hasta mi hermanita se une a nosotros.

—¡Buenos días! —saluda, y claro que su rostro está peor—. Ni una palabra. Estoy sin maquillaje aquí. Solo hay ropa masculina en esa cabina. Creo que debo agradecer que haya champú y acondicionador.

—Me aseguraré de tener maquillaje siempre a mano, *sorellina* —bromeo y ella intenta ponerse seria, pero sonríe.

—Sería bueno. Dios, estoy horrible. —Se sienta con nosotros, pero es evidente que está avergonzada.

—Para mí sigues siendo hermosa e irritante —dice Lucca, enfatizando la última palabra, y solo puedo pensar qué mierda fue esa.

Giulia, a mi lado, se muerde los labios para no reír y Chiara está roja como un pimiento.

Por suerte, mi celular vibra.

Enzo.

—¿Dónde están?

—Buenos días para ti también, hermano —bromeo y cuando no responde sé que hay problemas—. Todavía anclados, cerca de Capraia.

—Perfecto.

—¿Qué diablos pasó? —pregunto y toda la atención está en mí. Justo cuando quería un desayuno en paz.

—Las mujeres... —empieza.

—¿Conseguiste algo?

—Ese es el problema, nunca llegaron aquí.

—Explícame. —Mi voz es dura.

—Hubo algún problema durante el traslado. No tengo detalles, pero cuando llegaron estaban muertas en el baúl.

—¡Pero qué mierda! ¿Calor?

—Solo un perito podrá confirmarlo, pero apostaría a que fue veneno.

—¿Quién fue el último en tener contacto con ellas?

—Hablé con Dante y Nico, aseguraron que cuando las pusieron en el vehículo estaban bien.

—¿Alguien más además de ellos?

—No pudieron afirmar con certeza, pero los hombres de Ferrara también acompañaron.

—Mierda.

—Estoy preocupado. Quien esté detrás de esto se aseguró de que no llegaran vivas hasta nosotros.

Mierda.

La rabia late en cada vena de mi cuerpo.

—Sugiero que te mantengas fuera del radar hasta mañana. Déjame intentar descubrir algo sobre esas mujeres, sus conexiones, relaciones familiares, diablos, incluso quiero saber quién les hizo los empastes.

Me aparto del sofá, caminando hacia la popa del barco, y aunque solo hay unos pocos pasos entre nosotros, siento las miradas preocupadas quemando mi espalda.

—¡Está bien! —replico, con dolor de cabeza—. Refuercen la seguridad en la propiedad. No quiero más sorpresas.

—Hecho.

—Y tranquiliza a mamá. Seguro está preocupada y todos estamos bien.

—Hablaré con ella, aunque una videollamada tal vez funcione mejor.

—No necesariamente —respondo, recordando el rostro de Chiara.

—¿Tan mal está? Lucca me avisó sobre Chiara.

—Está hinchada como el infierno.

—Lo que me consuela es que ya los mataste.

—Solo me deshice de uno —destaco.

—Me enteré también —responde, sorprendido.

—Veo que Lucca te puso al día.

—Lo hizo —confirma.

—Bien. Mantenme informado de tus avances.

—Serás el primero en saberlo.

—Una cosa más, Enzo, fuera de nuestro círculo más cercano —señalo y sé que entenderá—. No confíes en nadie.

—Nunca he confiado —exclama y ese es mi hermano menor.

—Cuídense y avisen solo a quienes deban sobre el cambio de planes.

—Déjamelo a mí, cuídate.

Corto y me quedo unos segundos en silencio, solo observando el océano. La sensación de paz que siempre tengo cuando estoy aquí parece lejana.

—Cambio de planes —anuncio cuando regreso con ellos y toda la atención está en mí—. Parece que ganamos un día de vacaciones —digo, cruzando una mirada con Lucca que significa *luego te actualizo.*

—¡¿Qué quieres decir?! Creí que hoy nos íbamos a casa.

—Solo mañana, hermanita. Vamos, anímate. Es un día hermoso.

—Solo tenemos la ropa que llevamos puesta, Teo —señala.

—Sé que las circunstancias no son ideales, pero al menos tenemos comida y bebida. El almuerzo corre por mi cuenta.

—Algo bueno, finalmente. Te va a encantar, Giu, Matteo es un gran cocinero.

Ella arquea la ceja, desconfiada.

—Eso no me lo esperaba —comenta y su mirada se cruza con la mía.

—Espera y verás —dice Chiara, sacándome las palabras de la boca.

Eso es, espérame, ragazza.

Un poco de tensión se disipa y ellas parecen más animadas y, sobre todo, seguras.

Lucca sigue observándome y sé que pronto tendremos nuestra charla, lejos de ellas, y nuestro objetivo principal será asegurarnos de que sigan así.

—Bueno, ya que no tenemos nuestros trajes de baño aquí, creo que tendremos que improvisar, Giu, y hacer topless —anuncia Chiara como si hablara del maldito clima.

—Ni de chiste —gruño.

Lucca casi se atraganta con el café.

—Totalmente fuera de cuestión —apunto, y mi tono no admite bromas.

—¡Cuadrados! —Ella pone los ojos en blanco, sí, los malditos ojos. —Los hombres andan sin camisa, nada más justo.

—No me hagas encerrarte en tu cuarto —dispara Lucca con un tono cortante.

—No te atreverías —replica ella.

—Pruébame. —Guiña un ojo en su dirección—. Seguro que tu hermano apoyaría mi acción.

Chiara me mira.

—Estoy con Lucca.

—Hombres, seres irracionales —exclama, levantándose y dirigiéndose a la proa.

—Me uniré a ella —avisa Giulia, levantándose— y me aseguraré, ya saben —muerde sus labios tratando de contener la

risa y estrecho la mirada— de que permanezca vestida —completa, pero luego cae en risas y es imposible mantenerme serio.

—¿Te ríes? Tu hermana me va a dar un infarto un día —gruñe, observándola tumbarse a tomar sol, totalmente vestida, claro, en una evidente provocación.

—Si hacemos bien nuestro trabajo, eso será problema de su futuro marido —apunto y él me mira confundido.

—¿Qué?

—Marido. No olvides que en la lista de problemas está encontrarle un marido y deshacerme de Del Vecchio —le recuerdo y él asiente.

—Sí, pero tienes que admitir que no es la prioridad ahora. Para suerte de ese pobre infeliz —bromea y vuelve a mirar hacia la proa.

Lucca carraspea y me mira de nuevo.

—Bueno, dime, ¿qué dijo Enzo?

—¿Crees que tu corazón aguante? —provoco y él hace una mueca, pasando la mano por el cabello.

—No me jodas y dime de una vez.

Por los próximos minutos, pongo a mi *consigliere* al día sobre los últimos acontecimientos y él, claro, coincidió en que quedarnos en la embarcación es la mejor opción.

La gran cuestión es descubrir qué nos espera en tierra firme y quién está detrás de cada ataque contra la familia.

O conseguimos algo pronto, o puede ser demasiado tarde.



Like I'm Gonna Lose You – Jasmine Thompson

Camino hacia donde está Chiara con una sonrisa en el rostro. No pude resistirme. La cara de ellos fue... impagable.

—¿Puedo acompañarte? —pregunto, observándola acostada sobre el acolchado que está en la parte delantera de la lancha, *¿cómo se llama?* Proa, eso.

—Claro, Giu. —Me guiña un ojo.

—Ahora dime, ¿de verdad pensaste en hacer topless?

Chiara se sonroja y finge pensar unos segundos.

—¡No! Solo quería ver la cara que ponían ellos.

—¡Lo sabía! —casi grito, aplaudiendo—. Bueno, definitivamente lo lograste —exclamo, y ahí estoy de nuevo riendo.

—Ellos realmente lo creyeron.

—Fuiste convincente. Por un segundo, hasta yo pensé, ¿será capaz?

—Dios me libre, con los soldados dando vueltas baboseando mis tetitas. Qué asco. Ni pensarlo.

—Definitivamente estás loca. Dios, me duele la panza.

—Solo digo, pero si estuviera, por ejemplo, sola con mi futuro esposo, y él fuera… interesante, podría suceder.

—¿Interesante? ¿Y si es el viejo baboso?

—¡Dios mío, Giu! Nada de tetas afuera —responde ella y luego estalla en carcajadas.

Quedamos las dos recostadas, tomando ese solcito de la mañana en las piernas, riendo y hablando de su intento de hacer infartar a su hermano y al *consigliere*, hasta que cae un silencio entre nosotras.

—¿Está todo bien? ¿Dije algo mal?

—No —se apresura a decir, y veo que mira al horizonte, pensativa—. Ayer no te agradecí y creo que nunca voy a poder agradecerte lo suficiente.

—Chiara... —mi voz es un suspiro—. No...

—Tengo que hacerlo. —Sujeta mi mano y sus ojos azules, tan diferentes a los de su hermano, están en mí—. Gracias por luchar por mí, por nosotros... —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Por matar a ese hijo de puta.

—Yo...

—Nunca lo olvidaré. —Me abraza fuerte, tan fuerte que me rindo a ese abrazo, acariciándole la espalda mientras intento controlar mis propias lágrimas.

—Lo haría de nuevo, si fuera necesario —salió de mi boca.

—Lo sé. —Sonríe—. Que no haya una próxima vez, pero si la hay, dispara también a los huevos. —Me guiña un ojo y ahí estoy riendo entre lágrimas.

—Dios, tengo que hacer que hables con Isa, ustedes dos se van a llevar muy bien.

—Ah, vamos, seguro que me va a encantar. Ya te habrás dado cuenta, la vida es buena en la mansión, pero es, digamos, solitaria para alguien como yo.

—¿Como tú?

—Entiendes, mi rutina es simplemente despertarme, no hacer nada e ir de compras. —Hace una mueca.

—Todavía creo que podríamos convencer a tu hermano de que te deje hacer algo...

—¿De verdad crees eso? —Arquea la ceja.

—Yo... sí.

—Caramba, estás realmente enamorada de él.

—¿Qué? —Abro los ojos—. ¿Qué le pusiste a tu café? —bromeo, cambiando de tema.

—Ni pierdas tiempo intentando disimular o inventar una excusa. No soy ciega, ¿sabes?

—Chiara... —Maldita sea, ni sé qué decir, porque, demonios, sí, contra todo mi buen juicio, estoy enamorada de Matteo Zampieri.

—Oye, me encanta todo esto, tú enamorada, y mi hermano, de rodillas. Nunca pensé que vería esto, pero lo lograste. Caramba.

—Solo puedo hablar de mis sentimientos —digo, sin negarlo.

—¿Seguro que no necesitas lentes? Él sigue siendo mi hermano malhumorado, pero cerca de ti actúa diferente, es más ligero, sonríe seguido, excepto cuando le da algún ataque de celos o de macho súper posesivo.

Me río, recordando lo enojado que estaba en el episodio de la piscina.

—Me gusta verlo sonreír... —pienso, y solo entonces noto que lo dije en voz alta.

—¡Ay, qué lindo! ¿Viste? Enamorada. —Hace un corazón con las manos y me sonrojo—. ¿Te cuidó bien las heridas? —Arquea la ceja y guiña un ojo—. El *Don* de toda esta mierda, haciendo de enfermero, ah, qué bueno es ver la caída de Teo.

—Yo misma lo hice —digo y ella abre los ojos, sorprendida.

—No me lo esperaba.

—Y, para que sepas, solo... dormimos. Tu hermano fue un caballero.

—Por ahora, porque está loco por meterse en tu ropa interior.

—¡Chiara! —grito.

—¿Qué? Solo digo, ¿vas a negar que no quieres?

—Creo que ya basta de hablar de mí y de tu hermano —puntualizo—. ¿Y tú, qué tal con el enfermero Lucca?

—Ay, ni empieces.

—¿Eh? Creo que merezco saber. Los quiero tanto a los dos.

—Después dicen que fui yo la que bebió en el desayuno —bromea—. Voy a hablar con mi hermano para ver si no te golpeaste la cabeza ayer con el carrito.

—No intentes cambiar de tema.

—No hay nada entre nosotros —dice, pero hay tristeza en su voz.

—¿Y te gustaría?

—Al parecer, está bastante claro. Soy patética.

—Oye, no digas eso. Eres hermosa, maravillosa, divertida.

—Y la hermanita del *Don*.

—¡También!

—Olvídalo, Giu, ya renuncié a que Lucca me vea como algo más que la niña que conoce desde siempre.

—Pues yo creo que él lo sabe, solo que intenta resistirse.

—¿Será?

—El no ya lo tienes, mujer. Estoy a favor de hacerle la vida imposible, en el buen sentido.

—Dios, ya te dije que te amo, ¿no? Ni puedo creer que vas a ser mi hermana.

—Epa, calma, chica. Que me guste que tu hermano sonría no significa que ya estemos casados.

—Ah, pero va a pasar. Conozco a Matteo, cuando quiere algo, lo consigue y, Giu... te quiere a ti.

Debería gritar que eso es un disparate, pero no. Estoy sonriendo como una tonta y demonios si no siento mi cuerpo entero cobrar vida con esa idea, con la idea de ser de él.

Toda suya.

—Creo que te dio mucho sol —bromeo, después de unos segundos de silencio.

—Estoy de acuerdo contigo, futura cuñadita —responde, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Loca —murmuro—. Alguien puede oírte.

—Relájate, están hablando de trabajo, para variar. Ven, vamos a mi camarote.

—¿Para qué?

—Para cambiarnos.

—¿Cambiarnos? ¿Olvidaste que solo tenemos la ropa que llevamos puesta? —Señalo lo que vestimos.

—Puede que no haga topless, pero ni de chiste me quedo aquí sin refrescarme. Ven, va a ser divertido.

—Esto no va a salir bien —aviso, pero la sigo.

—Claro que sí. Voy a nadar con un top y un short de Teo. ¿Me quedará gigante? Sí, pero es lo que hay para hoy.

—¡No tengo un top!

—Ponte una camiseta y un short y está perfecto. ¿Qué dices?

Su mirada va hacia el mar azul a nuestro alrededor.

Es un día hermoso y estaría mintiendo si dijera que no tengo ganas.

—No sé si esto va a salir bien, pero me convenciste. ¡Vamos!

—¡Siiii! Va a ser divertido, Giu.

Seguro que sí.

Vestidas o no, Chiara va a asustar a su hermano y al pobre *consigliere*, y yo solo quiero ver el circo arder y reír mucho en el proceso.

El día acaba de comenzar, pero parece prometedor.

Simplemente lo sé.

CAPÍTULO 20

Mateo



Walking the Wire – Imagine Dragons
Certain Things - James Arthur feat Chasing Grace
Watch me Burn – Michelle Morrone

Si alguien pensó que el día sería monótono es porque no conoce a Chiara Zampieri. Mi hermana tiene la capacidad de hacer que todos rían y, claro, de hacerme salir unas cuantas canas, y hoy no sería la excepción.

Lucca y yo estábamos en la cocina, el *consigliere* creando mil teorías sobre los recientes acontecimientos, mientras esperábamos una respuesta de Enzo, y yo intentaba decidir qué preparar para acompañar el salmón a la parrilla, cuando el ruido inconfundible de alguien saltando al mar llamó nuestra atención.

—Chiara —exclamó Lucca, adelantándose hacia la popa.

—No solo ella —comento, viendo a mi hermana y a Giulia nadando sonrientes, usando...

—Por lo menos están vestidas.

—¡Maldición, sí!

—Y asaltaron tu armario, pero por una buena causa.

—¿Van a quedarse ahí parados mirando, viejitos? —gritó Chiara, intentando tirarnos agua.

—¿Cómo nos llamó? —pregunto y Lucca a mi lado se ríe.

—Tu hermana merece una golpiza —responde, sin apartar la mirada del agua.

—Por más tentadora que sea la idea, me conformaré con hacerla retractarse —lanzo, estrechando la mirada—. No sé tú, pero creo que el almuerzo puede esperar un poco.

Apoyo el celular y el arma sobre la mesa, me quito la camiseta bajo la atenta mirada de Giulia, y salto al agua, usando solo un short.

—¡Mierda, qué delicia! —exclamo cuando salgo a la superficie, nadando rápido hacia donde están ellas—. ¿Qué dijiste, *sorellina*? —me acerco.

—¡Nada! No dije nada —miente, tratando de escapar, pero agarro su pie y la tiro hacia mí.

—Suéltame, Teo. ¡Giulia! Ayúdame.

—Arréglense ustedes —responde ella, riendo.

—¡Qué buena amiga!

—Tienes cinco segundos para corregirte —ordeno—. Cinco, cuatro...

—Nunca.

Arqueo la ceja, preparándome para hundirla.

—Tres, dos...

—Está bien, tú no eres viejo, solo Lucca —escupe las palabras y no puedo contener la risa.

—Te salvaste por poco —digo, observándola nadar lejos de mí.

—No estaría tan seguro —susurra Giulia a mi lado, y veo que mi *consigliere* decidió saltar al agua como yo, pero ni pierdo tiempo viendo a Chiara y él matarse, atraigo a Giulia hacia mí, encantado con cómo la *ragazza* enreda las piernas alrededor de mi cintura y abre los ojos al sentir lo duro que estoy—. ¿Y esto? —Se muerde los labios.

—Todo mío, *diavoletta* —susurro en su oído—. Solo con estar cerca de ti mi polla cobra vida.

—Por fin una ventaja de ser mujer —responde, mordiendo los labios, y yo arqueo la ceja sin entender a dónde quiere llegar—.

Puedo estar mojada por ti, pero eso solo lo descubres si me tocas —susurra, guiña un ojo y nada hacia Chiara y Lucca.

¡Diabla!

La maldita suelta eso y huye, dejándome aún más duro.

—¡Más tarde! —grito, y claro que nadie entiende nada, pero ella sí...

Giulia, sí.



El resto del día pasa en un abrir y cerrar de ojos.

El desmadre fue bueno y, sinceramente, ni recuerdo cuándo fue la última vez que hice algo así.

Generalmente, cuando Enzo, Lucca y yo hacemos nuestras "fiestitas" en alta mar, las mujeres solo se quedan tomando sol, no quieren saber nada de arruinarse el cabello entrando al mar y, en realidad, nosotros solo queremos una cosa: tener sexo.

Hoy fue diferente.

Giulia no es solo buena.

Carajo, ni siquiera llegué a tocar su coño y ella me tiene así, como un niño enamorado.

Es una locura, en tantos niveles.

Al final, todos nos divertimos, y fue bueno dejar por unos minutos los problemas atrás y divertirnos, sacándoles risas a ellas.

Después de la fiesta en el mar, me encargué del almuerzo, y Giulia tuvo que reconocer que el salmón a la parrilla acompañado de pasta al limón estaba delicioso. A todos les encantó y pidieron una segunda ración.

Ya pasaban de las siete de la noche cuando mi celular vibró.

Enzo.

—Espero que sean buenas noticias.

—Depende de lo que consideres bueno.

—Maldita sea, ya sé que se avecina una mierda.

—Las dos mujeres eran alemanas —comienza, y asiento para que Lucca se acerque. Aprovechando que Giulia y Chiara están en la cabina, pongo el celular en altavoz—. Amplio historial criminal, con

antecedentes que van desde tráfico, prostitución hasta algunos robos.

—¿Qué hacían en La Spiaggia? —pregunto.

—Ahí es donde se pone interesante —comenta y me sirvo un trago de whisky, sabiendo que lo voy a necesitar—. Son empleadas de una empresa de limpieza que opera en Livorno.

—¿Livorno? —pregunta Lucca.

—Sí, la empresa trabaja en varios sectores, desde industrias, comercios hasta grandes operadores logísticos en la zona portuaria.

—¿Me estás diciendo que estas dos trabajaban dentro del puerto de Livorno, haciendo limpieza?

—Sí, excepto la parte de limpiar, eso no puedo afirmarlo con certeza. Lo cierto es que fichaban ahí, según los registros de su empleador.

—¿Qué carajo hacían en Castiglione? —exclama Lucca.

—Buena pregunta, porque ahí hay otro proveedor contratado.

—Ferrara dirá que fue una falla de seguridad, esos desgraciados ni siquiera deben haber revisado sus identificaciones cuando llegaron.

—Estoy de acuerdo. Y voy más allá.

—¿Hay más? —bromea Lucca, pasándose la mano por el cabello.

—La misma empresa de limpieza tiene contrato en La Spezia.

—Ni de broma. —Golpeo el vaso sobre la mesa, derramando un poco del líquido ámbar—. Algo me dice que ellas también trabajaban ahí.

—¡Bingo! Dos veces al mes, cada quince días.

—¿En el mismo sector que Giorgio?

—No, según el reporte de horas, ellas trabajaban en el área de supervisión del patio de contenedores y en los almacenes.

—Donde pasaban desapercibidas y tenían acceso a un montón de información, más aún considerando que no estaban ahí para limpiar ni mierda —afirmo—. Dime que conseguiste alguna conexión, alguna pista.

—Aquí está el problema, conseguir su historial en Alemania fue difícil. Alguien trabajó duro para asegurarse de que su pasado criminal estuviera "sellado".

—¿Quién?

—Gerhard Klein, un abogado de renombre en Múnich, conocido extraoficialmente por sus vínculos con el clan de la Ndrangheta en la región.

Silencio.

Lucca me mira y veo en sus ojos la misma pregunta que domina mis pensamientos.

¿Por qué demonios la mafia calabresa estaría involucrada en esto? ¿Cuál es su interés? Sus conexiones en Europa y con los carteles de Sudamérica son conocidas mundialmente, es la mayor organización criminal actualmente, pero su zona de acción en Italia se limita a Calabria y algunas comunas al norte.

¿Tendrá razón el viejo Genovese, después de todo? ¿Quieren expandir su territorio?

—Enzo, mañana estaremos de vuelta en la mansión y quiero tener una conversación en privado con Genovese esta misma semana.

—Dalo por hecho. Una cosa más, hermano.

—Dime.

—Conseguí acceso al informe no oficial del médico forense.

—¿Y?

—Detectaron estricnina en la sangre de ambas.

—Háblanos claro, Enzo —Lucca dice por mí, y sé que mi hermano se está divirtiendo.

—Es una sustancia extremadamente tóxica. Se usaba mucho como raticida, pero debido a su alta toxicidad, no solo para ratas sino para otros animales y humanos —enfatiza la palabra—, fue prohibida en varios países, incluso aquí, aunque no significa que sea difícil conseguirla si tienes los contactos adecuados.

Maldita sea.

—Una dosis baja, si se ingiere, inhala o entra en contacto con la piel, puede ser fatal, y la de ellas no fue baja.

—¡Por Dios! ¿Qué diablos está pasando? —Mi consigliere no se contiene.

—Sabían que las íbamos a interrogar, se aseguraron de que no hablaran —apunto—. Quien esté detrás de esto tiene recursos y dinero, y no está jugando. Ya sabemos que hay un traidor dentro de casa y ahora sabemos que no actúan solos, hay alguien más grande detrás, apoyando cada paso.

—La pregunta es: ¿quién? —suspira Lucca, visiblemente frustrado.

—Los vamos a encontrar —afirmo, porque en nuestro trabajo es matar o morir, y la segunda opción no existe.

Un movimiento a la derecha atrae mi atención.

Giulia y Chiara aparecen sonrientes y me niego a dejar que la conversación arruine el día.

—Gracias, hermano. Buen trabajo. Nos vemos mañana.

—Coordinaré todo. Hablamos.

—No puedo creer que vamos a volver a casa —dice Chiara, uniéndose a nosotros.

—¿Estuvo tan mal, *sorellina*? —pregunto, levantándome y caminando hacia la popa del barco.

—No —admite, esbozando una sonrisa—. Pero no veo la hora de volver a casa.

—Yo también —reconozco.

—Como tú te encargaste del almuerzo, Giulia y yo nos ocuparemos de la cena.

—Interesante.

—No te ilusiones, serán solo unos bocados. Vi que hay varios tipos de queso, salami, aceitunas, uvas. Tú y Lucca encárguense de las bebidas.

—Eso será fácil. Ya dejé algunos vinos listos.

Quince minutos después, estamos los cuatro sentados en el *flyerbridge*, disfrutando el atardecer desde una posición más que privilegiada, bebiendo vino, comiendo uvas, aceitunas, quesos, salamis, jamones, organizados por ellas en una tabla digna de restaurante, y hablando de los temas más variados: películas, música, comidas favoritas. Fue hasta extraño hablar de asuntos

cotidianos, que por un instante alguien podría pensar que somos personas normales y no miembros de una organización criminal.

Miro a Giulia y su mirada encuentra la mía, y en ese momento solo puedo desear que algún día ella pueda vernos más allá de lo que la mafia nos impone.

—Bueno, no sé ustedes, pero esta chica está cayéndose de sueño —anuncia Chiara, levantándose—. No pude dormir bien anoche. —Hace una mueca—. Espero que hoy sea diferente.

Asiento y ella se acerca, besándome la frente.

—Buenas noches, Teo.

—Buenas noches, *sorellina*. Que duermas bien.

—Ustedes también. —Mira a cada uno de nosotros, luego abraza a Giulia, susurrándole algo al oído, antes de alejarse y detenerse frente a Lucca.

—Buenas noches para ti también —dice, mordiendo los labios.

—Buenas noches, *bambina* —responde él, y mi hermana pone los ojos en blanco.

—¿Crees que podrías ayudarme con ese asunto? —dice, y estoy a punto de preguntar qué diablos es ese asunto cuando me doy cuenta de lo que la maldita está haciendo.

Bueno, no me escucharás quejarme.

—¿Asunto?

—Sí, Lucca, ese, ¿recuerdas? —Gesticula con la cabeza hacia la cubierta de abajo, y mantengo el rostro serio, pese a la confusión de mi amigo.

Él entrecierra los ojos y me mira como pidiendo ayuda, pero sigo serio.

—Si me disculpan, voy a ver qué es lo que la princesita necesita.

—Vete a la mierda, Lucca —resopla ella.

—¿Dije princesita? Olviden eso —bromea—. Buenas noches, Matteo, Giulia.

Asiento en su dirección y, a mi lado, la *ragazza* hace lo mismo, mordiendo sus labios para no reír.

—No puedo creer que tu hermana haya hecho eso para dejarnos solos.

—Lo hizo, y creo que merece un regalo por eso —bromeo, acercándola hacia mí—. Pero lo mejor fue la reacción de Lucca.

—¡Cierto, ¿no?!

—¿Puedo saber qué significa eso? —Levanto la ceja.

—Lo entendiste, aunque estás un poco perdido.

—Quizás un poco. En su defensa, Chiara a veces es un misterio.

—Mmm, no sé... yo sigo pensando que es cosa de lentitud masculina.

—¿Lentitud?

—En ver lo que está justo debajo de tu nariz.

Arqueo la ceja.

—No la tuya, solo estoy pensando en voz alta.

—Ya sé, lo dejaré pasar, porque estoy más interesado en aprovechar este momento contigo que en debatir sobre la inteligencia masculina.

—Menos mal, seguro el asunto se iba a alargar. —Me guiña un ojo y no puedo evitar reírme.

Al final, los dos reímos.

A nuestro alrededor solo hay oscuridad y la brisa fresca de la noche. El silencio cae sobre nosotros y estoy a punto de decir algo cuando Giulia me sorprende.

—No puedo dejar de pensar —dice, mirando el cielo estrellado sobre nosotros.

—¿En qué?

—En cómo... —comienza, pero se detiene, parece buscar las palabras—... no me arrepiento de haber matado a ese hombre. —Suspira, encontrando mi mirada—. ¿Eso me hace una mala persona?

Maldita sea...

—Eso te hace alguien fuerte —le digo, apartándole un mechón de cabello que el viento insiste en despeinar—. Alguien que protege a su familia.

—¿Es eso lo que haces? ¿Lo que hacía mi abuelo? —Se muerde los labios y veo que hay muchas dudas ahí.

—No somos santos, *diavoletta* —no miento—. Tenemos negocios lícitos e ilícitos, pero tenemos nuestro honor. Llevo días preparándome para tener esta conversación contigo, creo que ha llegado el momento.

—¿Conversación?

—Tu abuelo murió cuando yo aún era un bebé —comienzo, y ella abre los ojos sorprendida por el rumbo de la charla—, pero siempre escuché a mi padre hablar de lo íntegro que era Giovanni Tomazini, leal a la familia, con valores firmes. No es casualidad que cuando todo pasó, nadie dudara ni un segundo de que eso era mentira.

—¿De qué hablas? ¿Qué pasó?

—En el momento en que nací, estalló una gran guerra entre las principales mafias en Italia, especialmente la Sacra Siena y la de Civitavecchia.

—Oh.

—Desafortunadamente, eso pasa de vez en cuando, generalmente por territorio. La codicia de algunos grupos es enorme. En esa época no fue diferente y fue un verdadero baño de sangre. Ambos lados sufrieron pérdidas.

—Ni puedo imaginarlo.

—Súmale a todo eso el hecho de que teníamos traidores dentro de la familia.

—¿Traidores?

—Sí, en medio de ese caos, además de preocuparnos por nuestros enemigos declarados, teníamos que estar atentos a los que se escondían bajo nuestro propio techo.

—¿Como ahora? —pregunta, tan astuta como siempre.

—Al menos ahora no estamos en guerra con nadie, pero sí, igual que ahora. Cuando todo eso pasó, tu abuelo fue designado por el *Don*, mi padre, para investigar a fondo el tema, los desvíos que ocurrían, las confiscaciones de mercancías. Sabían que alguien pasaba información privilegiada sobre nuestras operaciones, la cuestión era quién.

—¿Vendían información a la mafia de Civitavecchia?

—No dudo que al viejo Del Vecchio le hubiera encantado eso, pero no, las informaciones se pasaban a las autoridades. Nos causaban enormes pérdidas, además de provocar la prisión de asociados y soldados.

—¿Qué pasó? ¿Mi abuelo encontró al responsable?

—No lo sabemos, pero creemos que sí.

—¿Cómo?

—Lo encontraron muerto y después las cosas se calmaron.

Giulia mueve la cabeza, asimilando todo lo que dije.

—Mi abuela siempre me decía que él se había "convertido en una estrella" que nos mira desde el cielo. —Sonríe amargamente—. Siempre lloraba en su cumpleaños y en el Día de los Difuntos, decía —pausa, la voz quebrada— que nunca podría llevar flores a su tumba. En ese entonces pensé que era porque vivíamos lejos, pero ahora entiendo, es porque ni siquiera sabía si había cuerpo, pero de alguna forma sabía que lo habían matado aquí. —Sus labios tiemblan.

—Giovanni mandó a su mujer y a su hijo a Brasil como precaución, para protegerlos, porque sabía que era algo interno. Mi padre creyó que sería más seguro que nadie más que él supiera la dirección, y eso murió con él. Todavía intentamos rastrear a tu abuela en algunas ciudades, pero la cantidad de inmigrantes italianos era enorme. Sabíamos que si quisiera podría contactar a mamá, pero ella entendió que era más seguro mantenerse alejada y respetamos su decisión. Al final, fue bueno que mantuviera a ustedes protegidos, aunque a la distancia.

—Todo esto lo supiste por...

—Mi padre me contó la historia de la familia Tomazini. Mamá no exagera cuando dice que eran realmente amigos.

—Oh...

—Él siempre decía que el pasado a veces resurge, y que necesitamos conocerlo para comprender el presente y trazar el futuro. —Tomo sus manos entre las mías—. Te cuento todo esto para que entiendas que tu abuelo fue un hombre honrado, respetado. No murió en una guerra entre mafias, sino por quienes él investigaba.

De alguna manera, Giovanni llegó demasiado cerca, intentaron incriminarlo, pero...

—¿Cómo?

—Cuando encontraron su cuerpo, la palabra "traidor" estaba tallada en su pecho.

—Dios. —Se lleva las manos a la boca—. Ustedes...

—Mi abuelo y mi padre jamás creyeron eso. Jamás, porque lo conocían, sabían de sus valores, y él nunca traicionaría a la *famiglia*.

—No sé ni qué decir.

—No digas nada. —Le levanto el mentón con el dedo índice —. Te prometí respuestas y te doy algunas. Sé que es mucho, pero debes saber que tu abuelo fue un buen hombre. Sí, era mafioso, pero más que eso, fue un padre amoroso, un esposo dedicado y protector, un amigo y un miembro digno de nuestra organización, que murió tratando de librar a la familia del peor tipo de enfermedad, la traición, que crece en silencio y contamina todo a su alrededor.

—¿Crees que lograrás descubrir quién está detrás de todo lo que está pasando ahora? —Se muerde los labios y veo preocupación en sus ojos.

—No voy a parar hasta descubrir a los involucrados.

—Y si... —pausa— ¿quién garantiza que si te acercas demasiado no vaya a... —hay miedo en su voz— Dios, podrían ser los mismos traidores.

—No lo sabemos y no hay garantía, *ragazza.* —Acaricio su rostro—. Pero ten una certeza: voy a protegerte con mi vida hasta mi último suspiro, y si algo me pasa...

—No digas eso —pide, cerrando los ojos.

—Mi familia, mi hermano, Lucca... ellos se encargarán de ti.

Giulia mueve la cabeza, los ojos vidriosos, y temo haber dicho demasiado.

—Solo quiero que recuerdes esto: somos mafiosos, pero aún en el crimen tenemos nuestros valores. No nos metemos con tráfico humano, de órganos ni prostitución, ayudamos orfanatos, hospitales, centros de investigación, generamos empleos y, créelo, todavía pagamos impuestos, al menos parte de ellos.

Ella se ríe de mi intento por aligerar el ambiente.

—Eres un buen hombre, Matteo Zampieri.

—Perdón, ¿no escuché bien?

Su sonrisa crece.

—Ya me arrepiento de haberlo dicho.

La acerco hacia mí, ya no hay distancia, su pecho está pegado al mío, su boca a centímetros de la mía, y es hacia ella donde va mi mirada.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, mirándonos.

Parece mucho, pero en realidad es muy poco, porque podría quedarme horas así, solo con ella en mis brazos.

—¿Quieres casarte conmigo, *diavoletta*? —pregunto, sin apartar la vista de sus ojos.

—Eso es una locura, apenas nos conocemos —responde con un suspiro, su pecho subiendo y bajando.

—Tendremos toda la vida para eso, y ya te conozco lo suficiente como para saber que eres la mujer que quiero —insisto, devorándola con la mirada, necesitando que entienda que cada palabra la digo en serio.

—Yo... no soy como las mujeres a las que estás acostumbrado.

—¿A las que estoy acostumbrado, Giulia?

—Mujeres como las de la fiesta, criadas para ser buenas esposas, cuidar hijos. Yo apenas sé cuidarme a mí misma, y mis habilidades en la cocina son limitadas.

—Y es precisamente por eso que te quiero —recalco, dándole un beso en el cuello mientras sujeto con fuerza su nuca, obligándola a mirarme—. Porque no eres como ninguna de ellas, ninguna —enfatizo—, tú eres Giulia Tomazini, la mujer que me vuelve loco, que me desafía desde el primer día, que me provoca, que me hace pensar solo en ti y en tener más de ti, porque incluso cuando todo se está desmoronando, me sorprendo pensando en tu cuerpo pegado al mío, en tus besos, en tu sabor, carajo, en todo lo que quiero hacer contigo, en cuánto te deseo, en mi vida —gruño, mordisqueando su labio solo para pasar suavemente la lengua sobre él—. ¡Tú, *diavoletta*!

—¿Hablas en serio...? —su voz es un suspiro.

—Nunca hablé tan en serio —respondo, acariciando su mejilla con el pulgar.

—No soy virgen —dice, con un desafío silencioso.

Respiro profundo, controlando los celos que hierven dentro de mí.

—¿Él es importante para ti? —Levanto su mentón con el dedo índice, analizando cada reacción.

—¿Qué? No, claro que no —responde con énfasis—. Fue hace tiempo, un novio de la universidad.

—No me hables más de él, no quiero matarlo.

Ella abre los ojos, sorprendida.

La chica no tiene idea de lo que haría por ella, ni de los celos que siento solo de pensar que alguien tocó lo que es mío. Es algo inexplicable, la necesidad de marcarla como mía.

—¿Alguien te espera en Brasil? —pregunto, esperando que responda que no, porque ni de broma la dejaré ir.

Soy un egoísta de mierda.

—No hay nadie esperándome. Estoy sola.

Ya no más.

—En realidad... —se corrige y arqueo la ceja.

—Habla —ordeno y ella hace una mueca.

—Isa es la hermana que nunca tuve, así que sí, ella me espera, pero claro que podría venir a visitarme si me quedo aquí. Hipotéticamente hablando.

—¡Lo harás! —afirmo, divirtiéndome con sus nervios.

—Eres muy mandón y creído, ¿sabías? Quisiera recordarte que ni siquiera respondí tu pregunta.

Y aún no sabe por qué la quiero.

—Pero volviendo al tema de Isa, hay algo importante que necesito compartir contigo.

—Te escucho.

—Entonces... —empieza, y parece avergonzada.

—¿Vas a contármelo hoy o vamos a pasar toda la noche aquí afuera? —bromeo y ella me empuja, pero ni me muevo.

—Bueno, vamos. Isa es una de esas personas que es un genio con las computadoras.

Interesante.

—Cuando digo genio, me refiero a mega inteligente, trabaja como analista de sistemas en una empresa cualquiera, pero donde gana realmente es hackeando sistemas para grandes compañías. No es criminal ni nada por el estilo, realmente le pagan para encontrar fallas en sitios y sistemas, y avisarles para que las arreglen. Una hacker buena, como la llamo yo, en fin…

—Ella intentó acceder a nuestro sistema.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta.

—No lo sabía, pero tú acabas de confirmarlo.

—Dios, no la vas a matar, ¿verdad?

—¡No!

—Por favor, ella ni siquiera logró ver nada confidencial —continúa—, y cuando me lo contó, la hice jurar que... Espera, ¿dijiste NO?

Asiento.

—Nada de tiros ni nada que un mafioso cabreado podría hacer.

Giulia está genuinamente preocupada por su amiga.

—¡Tranquila! —exclamo, conteniendo la risa al imaginar la reacción de mi hermano cuando se entere de esto.

—Acabo de decirte que mi amiga intentó hackear su sistema o lo que sea, y tú te ríes. ¿En serio?

—Solo estoy imaginando la cara de Enzo cuando se lo cuente.

—¿Qué tiene que ver Enzo?

—Es con él con quien tu amiga debe preocuparse, ya que intentó entrar al sistema que él construyó. Es casi como jugar con sus juguetes sin permiso.

—Oh, mierda.

—Relájate. Nada de muerte.

—¿Seguro?

—Absolutamente. Ahora, sobre lo que decía antes, que íbamos a hablar de tu amiga hacker.

—Ah, sí, sobre eso, estoy sola, o sea, sin familiares cercanos —explica.

—Ya no estás sola...

—¿Qué?

—Ahora me tienes a mí y a mi familia, además, claro, de tu tío y primos, pero solo si quieres mantener contacto.

Toda la ligereza del momento se desvanece.

Giulia me mira con atención, como sopesando todo lo que digo.

—¿Debo entender que no hay posibilidad de que simplemente me vaya, ya sabes, a Brasil?

—¡No! —Soy firme.

—Está bien, solo quería confirmar, ya no quiero ir más —exclama, sus ojos verdes fijos en los míos, y maldita sea si mi corazón no se acelera al escucharlo.

—Giulia...

—Una cosa más. —Apoya la mano en mi pecho—, sobre la virginidad, ¿cambia algo para ti? —Se muerde los labios, insegura.

—Aparte de las ganas de saber dónde vive ese imbécil y hacer que trague sus pelotas, no cambia nada en absoluto.

—¿Quién dijo que fue solo uno? —Arquea la ceja, pero sé que me está provocando.

Entorno la mirada, la atraigo a mi regazo, haciéndola sentir mi erección y cuánto me afecta.

—Debería dejar tu trasero rojo por provocarme así, *diavoletta*. —Mordisqueo su oreja mientras pellizco su pezón sobre el vestido fino, y Giulia se sonroja, soltando un gemido que va directo a mi polla—. ¿Te gusta la idea, *bella*? —Sigo dejando una huella de besos por su cuello, y la chica sigue rozando mi erección, una tortura constante—. ¿Te gusta la idea de mi mano en ti? —pregunto, deslizando la palma por sus muslos.

No dice nada. La humedad bajo mis dedos es la única respuesta que necesito.

Carajo.

—Puede que no haya sido el primer hombre en tu vida, *ragazza* —digo, metiendo mis dedos en sus pliegues empapados,

viendo cómo el placer inunda su rostro—, pero demonios, seré el último —sentencio, mirando sus ojos verdes, y veo la comprensión cruzar su expresión cuando Giulia entiende que no son solo palabras al viento, es una maldita promesa, una que pienso cumplir cueste lo que cueste.

Por un segundo, creo que se va a apartar, a correr a la cabina, pero no...

—Acepto casarme contigo, Matteo Zampieri —afirma, con voz firme, sin duda, y maldita sea si mi pecho no parece a punto de explotar de felicidad.

Me aceptó.

No pienso más, bajo mis labios sobre los suyos, necesitando probarla, sentirla, y ella enrosca su cuello alrededor del mío, pegando su cuerpo al mío mientras nuestras lenguas continúan en duelo, hambrientas, necesitadas de más.

Cuando paramos, respiramos con dificultad los dos.

—Creo que fue un sí de la puta madre —susurro, apoyando mi frente contra la suya.

—Creo que sí, Don Zampieri.

—Vamos al cuarto, *ragazza*, antes de que ignore la razón y decida comerte aquí mismo.

—Qué romántico. —Me guiña un ojo—. ¿Podemos hacerlo otro día?

—Quieres matarme.

Se ríe.

—Llévame al cuarto, por favor, yo...

—¿Qué? —Mordisco su mentón.

—Te necesito. —Su voz es cruda, necesitada, y casi eyaculo en los pantalones solo por oírla.

No respondo. Me levanto y Giulia enrosca las piernas en mi cintura. El camino hasta la cabina lo hacemos sin pausas.

En cuanto entramos, cierro la puerta, prensando su cuerpo contra la madera, y mis labios ya están en los suyos, exigentes, posesivos.

—Tan deliciosa —gruño, bajando la parte superior de su vestido, exponiendo sus pechos, solo para morderlos, chupando con

fuerza, mientras Giulia agarra mi cabello, gimiendo palabras inconexas—. Dormir a tu lado esta noche —empiezo, serpenteando mi lengua por su pezón duro— fue lo más difícil que he hecho en la vida, y mira que he hecho muchas cosas...

—¿Por qué? —jadea.

—Solo podía recordar lo que te prometí antes de salir de la mansión, cuánto quería tener tu coño en mi cara.

—Bueno, dicen —guiña un ojo—, más vale tarde que nunca.

Ah, Giulia.

Entorno la mirada, la adrenalina pulsa en mis venas. Meto la mano bajo el vestido, quitándole la ropa interior con un tirón.

—¡No hiciste eso! —exclama, pero la ignoro, mordisqueo su pezón, solo para volver a chupar fuerte, viéndola jadear bajo mi ataque.

—Tengo que probarte —aviso, deslizando mis dedos por su coño mojado, loco por meter mi cara ahí.

—Por favor —pide, agarrando mi cabello.

Sonrío contra su pezón duro, dándole golpecitos con la lengua antes de volver a meterlo en la boca.

Chupo fuerte, alternando entre sus deliciosos pechos.

—Podría quedarme horas aquí, chupándote, *ragazza*, pero quiero saber si eres tan deliciosa como en mis sueños.

Me arrodillo frente a ella, levantando su pierna y apoyándola en mi hombro.

—Carajo...

Cierro los puños ante la visión de su coño mojada, suplicando atención.

—Matteo...

—Estás chorreando, *diavoletta* —Deslizo un dedo por su entrada, empapándolo, bajo su mirada sorprendida—. Ahora siéntate en mi cara, deliciosa, siéntate, que quiero chupar ese coño.

—Alguien podría oír —murmura.

—Y sabrán que mi mujer está siendo bien comida —Presiono su clítoris, sacando un gemido.

—No puedo creer que estemos haciendo esto... aquí —Mira a los lados, como si alguien pudiera aparecer en cualquier momento.

—Aquí solo estamos tú y yo, aunque tengo planes de comerte en todos los rincones de este yate... otro día —señalo, agarrando su culo y tirando de sus caderas contra mi boca.

¡Mierda!

—¡Oh, Dios! —Giulia gime mientras deslizo mi lengua de arriba a abajo, lento, antes de morder su clítoris y chupar fuerte, alimentándome de cada gemido que escapa de su boca.

—Carajo, qué coño tan delicioso. *Mío...* —gruño, y la diablesa se mueve en mi cara mientras sigo chupando sin descanso.

Meto dos dedos dentro de su apretado coño, manteniéndola firme bajo mi ataque.

Cada gemido suyo va directo a mi polla, pero lo ignoro, ahora todo se trata de Giulia y verla derretirse en mi cara.

—Es tan bueno... —gime, agarrando mi cabello como si necesitara animarme para quedarme ahí.

—¿Te gusta, *bella*? —La penetro con tres dedos, volviendo a provocar su clítoris, chupando al ritmo de las estocadas.

—¡No pares! —jadea, y siento sus muslos tensarse.

—Solo quiero que acabes en mi boca, *diavoletta.*

Con la mano libre, separo sus pliegues, recorriendo su clítoris hinchado con la lengua antes de meterlo entero en la boca, chupando fuerte.

—Matteo... —Echa la cabeza hacia atrás, montando mi rostro, subiendo y bajando hacia mis dedos.

Qué visión del carajo...

—Maldita sea, muero por tener mi polla llenándote, sentir tu coño apretándome como haces con mis dedos.

—Ahh —grita, todo su cuerpo temblando, y sigo moviéndome rítmicamente, sintiendo su coño palpitar.

Saco los dedos y vuelvo a penetrarla con la lengua, tomando todo su jugo.

Giulia gime descontrolada, frotando su coño contra mi cara, totalmente entregada.

Maldito paraíso.

Agarro su culo y lamo sus pliegues sin prisa, de arriba a abajo, tomando cada gota bajo sus protestas y solo entonces me

levanto, agarrando su nuca, besándola con ansias, haciendo que sienta su sabor en mí, y cuando ella agarra mi polla sobre la ropa, aprieto los dientes, a punto de explotar.

—Giulia... —jadeo.

El corazón latiendo acelerado contra el pecho.

—Mi turno... —gime contra mis labios.

Bajo la bermuda y el bóxer con un solo movimiento, liberando mi erección que late, y su mirada va directo a ella.

Agarro mi polla, bombeándola una y otra vez bajo su mirada intensa.

—Si sigues mirándome así, no duraré nada, *diavoletta*.

Ella sonríe, humedeciendo sus labios con la lengua, y carajo si mis testículos no aprietan en respuesta.

—En ese caso, mejor —se inclina, acercando su rostro a mi polla, deteniéndose a pocos centímetros— hacer esto. —Se traga mi polla, levantando la cabeza solo para tomarme profundo, sin apartar la mirada.

—¡Carajo! —gimo, viendo a Giulia tomar más en cada embestida, serpenteando la lengua por toda la longitud, llevándome a la locura—. Sí, chúpala toda.

Y lo hace.

Giulia chupa con ganas, lamiendo desde la cabeza hasta mis testículos, solo para volver a tomarme todo lo que puede.

Agarro su cabello, manteniendo firme su cabeza, y muevo mi cadera hacia adelante, penetrando esa boca deliciosa.

La diablesa no se rinde, al contrario, agarra mis muslos, succionando sin descanso.

—¡Carajo! —Tiro de su cabello y ella mira hacia arriba, nuestros ojos se encuentran y la visión es impresionante. Mis testículos aprietan al verla con la boca llena.

Acelero el ritmo, metiéndosela rico, y el sonido de ella atragantándose con mi polla en cada embestida es música para mis oídos, acercándome al límite.

—Será mejor que te apartes, *diavoletta* —advierto, pero ella me ignora, agarrando mi trasero, manteniéndome firme mientras sigue chupando, succionando fuerte.

¡Maldición!

—Si no te apartas ahora, vas a tener que tragar hasta la última gota de mi leche, *ragazza* —exclamo, sintiendo cómo se aprietan mis bolas.

¿Y la diablesa qué hace?

Abre la boca y saca la lengua, invitando.

Es mi perdición.

Agarro su cabello, enroscándolo alrededor de mi muñeca.

—Quiero verte tomarlo todo —gruño, viendo su boca cerrarse alrededor de la cabeza hinchada, entonces no pienso, solo instinto, mantengo su cabeza firme, muevo mi cadera hacia ella, rápido, duro, penetrando esa boca lista, y Giulia sigue tomando todo lo que le doy—. Carajo... —Siento mi polla latir y ella también lo nota, porque levanta la mirada y me mira con mi polla enterrada en sus labios, y al diablo, es demasiado, exploto llenando su boca de leche, y entro en éxtasis al verla tragarlo todo, lamer mi polla como si no pudiera tener suficiente.

Infierno, mis piernas están hasta flojas.

Qué mamada deliciosa.

—Esto fue... —susurro.

—Divertido —Me guiña un ojo, poniéndose de pie y con una sonrisa traviesa en el rostro.

—¿Divertido? —respondo, con el corazón latiendo acelerado.

—Sí, bueno, nunca fui fan del sexo oral... —Cierro los ojos, controlando los celos que me invaden—. Pero contigo fue bueno...

—¿Ya lo habías hecho? —pregunto, aunque sé que tal vez no me guste la respuesta.

Ella se sonroja.

—¿Fue tan obvio que era la primera vez? —Hace una mueca.

¿Qué?

—¿Nunca habías chupado...? —ni siquiera termino la frase.

Giulia me mira con una mezcla de vergüenza y expectativa.

—Nunca quise, hasta ahora —reconoce, y carajo si no me dan ganas de volver a meter mi polla en esa boca deliciosa.

—Bueno... —mi voz sale ronca.

—¿Bueno? —Arquea la ceja.

—Me gusta saber que fuiste solo mía.

—¿Celoso y posesivo? —pregunta, poniendo los ojos en blanco, y la atraigo hacia mí, sujetándola por la nuca.

—No tienes idea de cuánto —susurro, con la boca a centímetros de la suya—. Me alegra que te hayas divertido, *diavoletta*, porque yo me divertí muchísimo —recalco— viendo cómo mi polla desaparecía en esa boquita lista. —Acaricio sus labios con el pulgar, perdiéndome en ellos.

Es intenso, exigente, hambriento...

Acabo de eyacular y mi polla ya está dura de nuevo.

—Eres mi perdición, Giulia.

Ella sonríe, los labios hinchados, el rostro satisfecho.

—Mañana se lo vamos a contar a todos.

¿Qué?

—Voy a hablar con tu tío sobre la boda —explico—. No creo que sea tan loco para negarse.

—Quién sabe, quizás tiene un candidato mejor —responde seria, pero luego muerde sus labios, y sé que quiere reír.

Bruja.

La atraigo, pegando su frente a la mía.

—¿Qué dijiste, *ragazza*?

—Yo... nada. —Intenta negarlo, pero no puede, sonríe ampliamente, y no puedo resistirme y me uno a ella.

—¿Qué voy a hacer contigo, Giulia Tomazini? —Rozo mis labios con los suyos.

—Puedo tener algunas ideas, ya sabes, sugerencias. —Guiña un ojo, y carajo, me voy a infartar a este ritmo.

—Quiero esta boda para ayer, tenemos que casarnos pronto, antes de que decida comerme ese coño tuyo.

—Creo que deberíamos saltarnos esa parte de la boda y... —Frota su cuerpo contra el mío.

—¿Alguien está en llamas? —Arqueo la ceja.

—No es como si fuera a ser virgen de nuevo.

—Aún así, quiero que nuestra primera vez sea especial —respondo, acariciando su rostro con el dedo índice, y hay sorpresa en su mirada.

—¿Estás seguro de que eres un *Don* malvado?

—Tienes este efecto en mí, pero no te confundas. —Entorno la mirada, la atraigo hacia mí, frotando mi nariz contra su cuello—. Es solo contigo. Afuera, sigo siendo el mismo hijo de puta, despiadado.

—He oído que tu fama es que ni siquiera tienes corazón.

—No es fama, es verdad —puntualizo, y ella sostiene mi rostro entre sus manos.

—No lo creo, porque si no, no harías las cosas que has hecho por mí —murmura, sin dejar de mirarme.

—Intentas ver algo bueno en mí, pero no te engañes, no lo hay. —Rozo mis labios con los suyos—. Ahora, vamos a bañarnos porque quiero chupar de nuevo ese coño antes de dormir.

—Mmm... parece un buen plan. —Guiña un ojo—. ¿Podré... —mira hacia abajo y mi polla se agita, pidiendo atención— de nuevo también?

—Siempre que quieras, *diavoletta.*

Julia



Clarity - Clarity – Zedd, Foxes
Love on the Brain - Rihanna

No sé qué es más sorprendente: haber dicho que sí a su propuesta, o que ese hombre me haya hecho llegar al orgasmo tres veces antes de dormir.

Señor de las bragas mojadas, ¿qué es esto?

Antes del baño, durante, después de enjabonarme todo el cuerpo, no vayan por ahí... y en la cama.

¿Alguien me escuchará quejarme? Definitivamente, no.

Pero estoy preocupada, Matteo ni siquiera ha metido la polla en juego, y yo ya estoy adicta a él, y solo de pensar en que me penetre con fuerza, mi cuerpo arde.

¿Cuándo me convertí en una perra así? Cuando posé mis ojos en ese desgraciado. Es irresistible.

Intenté resistirme, pero fallé... rotundamente.

Tuve un novio antes que él. No mentí.

No soy virgen, pero eso no significa que sea experta. Con Rodrigo siempre fue aburrido, solo llegaba al orgasmo cuando me tocaba; resultado, no era la más entusiasta para tener sexo.

Ya me habían hecho sexo oral, pero Dios, no se acerca ni un poco a lo que descubrí ayer. En fin, descubrimientos...

Y estoy más que ansiosa por tener nuevos orgasmos con él.

Mi futuro esposo.

¿Sabes ese dicho: si estás en el infierno, abraza al diablo?

Ya entendí que no voy a regresar a Brasil, no quiero. Y si me quedo aquí, significa honrar algunas tradiciones, que sea casándome con el hombre que quiero... y no voy a ser hipócrita. Lo quiero... MUCHO.

No sé cómo explicarlo, a su lado mi excitación es tanta que solo quiero que el hombre haga lo que quiera conmigo, porque sé... simplemente sé que será bueno.

Con Matteo no hay miedos, ni pudor, solo un deseo loco de ser suya. Siento mi coño palpitar y sé que es mejor dejar de pensar en cosas sucias.

—Buenos días —susurra en mi oído, atrayéndome hacia él—. ¿Dormiste bien? —Siento su polla presionando mi trasero y se me dificulta pensar con claridad.

—Veo que alguien despertó animado —bromeo, frotando mi culo a propósito.

—¿Solo yo?

—La culpa es tuya.

—¿Mía?

—Una chica puede acostumbrarse a una dosis diaria de orgasmos, solo lo digo —bromeo y Matteo sonríe.

Una sonrisa pícara, y cuando me doy cuenta, me agarra para hacerme sentar sobre sus muslos.

—Guau, ¿qué es esto? —pregunto, apoyando las manos en su pecho musculoso, sin cansarme de mirar y tocar todo eso.

—Siéntate en mi cara, *diavoletta* —dice, y mierda, si la idea no hace que mi coño se estremezca.

—¿No te cansas?

—No —su respuesta es corta, directa, y su mirada es fuego sobre mí.

Incendio.

—Ya se deben haber despertado. —Me muerdo el labio.

—Ahora, Giulia.

Carajo.

Hago lo que pide, arrastrándome hasta quedar arrodillada sobre su cabeza.

—Yo...

—Estás empapada, *ragazza* —gruñe, agarrándome el culo y tirándome hacia abajo.

—Oh... —Echo la cabeza hacia atrás, sintiendo su lengua lamerme todo el camino, desde abajo hasta rodear mi clítoris, dando suaves golpecitos, para luego repetir el movimiento.

Puta madre.

—Carajo, qué coño más dulce... mío —gruñe, intensificando las lamidas.

Me entrego al placer, olvidando la vergüenza y el pudor, moviéndome sobre su cara.

—¡Delicia! —exclama, agarrando mi clítoris, succionando fuerte sin parar, muerdo mis labios intentando aguantar, pero no puedo, gimo con cada hábil movimiento de su boca.

Mis muslos empiezan a temblar.

—No pares —imploro, sintiendo el placer crecer en mí.

Matteo aprieta mi trasero y no dudo que queden marcas de sus dedos.

—Más, más... —gimo, y casi me ahogo cuando empieza a penetrarme con la lengua.

—Sí, sí... —gimo fuerte, agarrando su cabello, montando delicioso sobre su cara.

—¡Deliciosa! —gruñe—. Ven, *diavoletta*, ven que voy a lamer hasta la última gota. —Mordisquea mi clítoris suavemente solo para volver a chuparlo.

—¡Ahhhh! —grito, temblando toda, cuando el orgasmo me atraviesa, mi coño se contrae y Matteo hace como prometió, sigue lamiendo, succionando, tomando todo lo que le doy.

Estoy floja cuando él me separa con cuidado, recostándome y colocándose sobre mí.

—¿Quién necesita desayuno cuando tiene a alguien como tú, *bella*?

—Yo... necesito de ti... —susurro, levantando la cadera como invitación, el cuerpo ardiendo por él.

Matteo me mira, con los ojos llenos de deseo.

—No me provoques, Giulia —gruñe, apoyando la frente contra la mía, la mano bajando hasta mi coño húmedo. —Si supieras cuánto quiero hundirme en ti —mete dos dedos, haciéndome jadear —, meterte la polla, tanto y de tantas formas que seguirás recordándola al día siguiente.

—Promesas... —susurro, embriagada de placer.

—Una que pienso cumplir, pronto —roza mis labios —, pero ahora nos esperan.

—¡Oh, Dios! —Me tapo la cara con el brazo. —Ojalá no hayan escuchado nada.

—No estaría tan seguro de eso. —Se ríe de lado.

Hijo de puta.

—No lo puedo creer. Qué vergüenza.

—Allí ya todo el mundo lo sabe…

—¿Saben?

—Que eres mía, y de cómo mi mujer tiene sus necesidades satisfechas. —Guiña un ojo mientras se levanta, y yo hago lo mismo.

—No sé nada de eso.

—Giulia... —su voz es dura y me callo, después de todo, al menos yo gocé, él no, y pensando en eso mi mirada se posa en su polla grande y gruesa, y en la gota que brilla en la punta—. Diavoletta... —su voz se vuelve ronca.

—Perdón, es que... —encuentro su mirada —recordé lo de ayer.

En dos pasos acorta la distancia, agarrando mi nuca, e inclino la cabeza para seguir mirándolo.

—Más tarde.

Sonrío.

—¡Bien! —exclamo, ya ansiosa.

Diez minutos después encontramos a Chiara y Lucca en la "sala" y no necesito mucho para darme cuenta de que ellos saben.

La sonrisa de ella lo dice todo y siento mi mejilla arder.

—Buenos días —saludo.

—Un infierno de buenos días, ¿no es así, Giu? —Me guiña un ojo y se sirve una taza de café.

Matteo ni se inmuta y comienza a hablar de negocios con Lucca.

—Una palabra para ti... —susurra a mi lado —. Lo sabía.

Muerdo mis labios.

—No sé de qué hablas.

—Ajá, claro. Un consejo: el yate puede ser lujoso, pero las paredes aquí son extremadamente delgadas.

—Lo tendré en cuenta.

—Nuestros hombres ya están en el puerto, esperando —avisa Lucca, mirando su celular.

—Bueno, es hora de volver a casa. Hay mucho que hacer y anunciar —dispara Matteo y me quedo helada un instante.

¿Será lo que estoy pensando?

—Mmm, me da curiosidad —comenta Chiara —. Solo espero que no sea más trabajo.

—Te aseguro que te va a gustar, hermanita.

—Eso espero.

Su mirada se encuentra con la mía, y es difícil mantenerse indiferente.

Mierda, esto está realmente pasando.

No fue un delirio post-orgásmico.

Respira. ¡No te alteres!

—Voy a pedirle a Di Ángelo que cambie la ruta y aumente la velocidad, si todo sale según lo planeado, almorzaremos en la mansión.

—Cuento con eso.

Dios, ¿su mamá lo aprobará?

Una cosa es que me reciba en su casa, otra muy distinta aceptarme como nuera.

Inhala, uno, dos, tres...

Ella conoce a su hijo y sabe lo insistente, mandón y persuasivo que puede ser.

Todo saldrá bien.

No puedo esperar para contarle a Isa y ya me imagino muchos, pero muchos ataques de nervios.

No hablé del tema con Matteo, la verdad es que después de que las cosas se pusieron intensas no hablamos mucho, pero me encantaría que mi única amiga viniera. Espero que no sea un problema por los negocios familiares o por la situación actual con los traidores y toda la investigación.

Quizá para cuando se realice la boda todo eso ya esté resuelto.

Soñar no cuesta nada, ¿verdad?

Sería genial, pero algo me dice que Matteo no querrá esperar mucho y, siendo sincera, yo tampoco.

Cierro los ojos, enfocando mi atención en terminar el café antes de llegar a tierra firme.

Veinte minutos después, llegamos al puerto de Cecina, que parece un estacionamiento con tantas embarcaciones.

Tres camionetas nos esperan y hay varios soldados distribuidos por el muelle.

Un poco de tensión me invade y recuerdos de lo ocurrido en la discoteca aparecen como flashes.

—¿Vamos a casa, *bella*? —Matteo extiende la mano hacia mí, esperando que desembarque, y acepto de inmediato, empujando todo eso a un rincón de mi mente.

Es pasado y no sirve de nada darle vueltas.

Ya no harán daño a nadie más.

Pensé que todos íbamos en el mismo auto, como a la ida, pero no. Chiara y Lucca están en el vehículo de adelante, y sé que ella no debe estar nada feliz por eso. Por un segundo pensé que Matteo lo hizo a propósito para quedarnos solos en el auto y, bueno..., pero no.

Ni siquiera se despega del celular.

¡Tranquila, mujer!

Al menos pude poner el mío a cargar y después de media hora ya tengo batería suficiente para chatear con Isa.

Estoy a punto de mandar un mensaje cuando escucho a Matteo hablando con un tal Alberto.

¿Será mi tío? ¿Cuántos Alberto debe conocer?

Finjo revisar el celular, pero en realidad estoy atenta a cada palabra que sale de su boca. Lástima que la llamada no está en altavoz.

Hablan en italiano y muy rápido, pero escuché mi nombre.

Matteo cuelga y se queda en silencio. Espero cinco segundos, pero no puedo evitar preguntar.

—¿Y?

—¿Escuchando la conversación de los demás, Giulia Tomazini?

—Cuando me involucra, sí, claro —respondo afilada, y él estrecha la mirada, con esa sonrisa que me encanta.

—Tu tío se puso muy feliz cuando le informé que te vas a casar... conmigo.

—¿En serio?

—¿Tenías dudas? —Arquea la ceja.

Finjo pensar, solo porque me gusta fastidiarlo.

—Podría tener un mejor candidato, quién sabe. —Me encogí de hombros.

—Te voy a mostrar al mejor candidato —responde, atrayéndome hacia su regazo y siento su polla dura debajo de mí.

Abro los ojos de par en par y mi respiración se acelera.

—Matteo... los soldados.

—Están ocupados y el vidrio no permite que vean ni escuchen nada de lo que pasa aquí atrás, a menos que yo quiera.

—Oh... —Muerdo mis labios, la expectativa bombea en mis venas.

Agarra mi nuca, hundiendo los dedos en mi cabello.

—¿Quieres que tu tío te consiga otro marido, *ragazza*?

—¿Qué crees? —jadeo.

—¡Contesta! —Tira de mi cabello, suave, pero lo suficiente para hacerme inclinar la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto mi cuello—. ¡Dilo! —Sus labios tocan mi piel y, mierda, por más que quisiera dar una respuesta atrevida o indiferente, es la verdad la que sale de mis labios.

—¡No!

Su otra mano sube por mi muslo, quemando a su paso, y ni siquiera tengo tiempo de recordárselo.

—¿Qué quieres, Giulia? —Mordisquea mi oreja, los dedos rozan mi coño, solo para descubrir que no llevo ropa interior. —Pero qué carajo... —gruñe, deslizando el índice por mi hendidura.

—¿Olvidaste que la destrozaste ayer? —Mi voz es un susurro.

—Mierda, no puedo creer que estés sin... —Presiona mi clítoris y jadeo contra su boca.

—No es como si supieran...

Me da una palmada en la coño y salto a su regazo.

—Giulia, Giulia... ¿qué voy a hacer contigo? —Mete dos dedos dentro de mí sin avisar y muerdo los labios para contener el gemido de placer—. Espero que tengas una buena justificación —comenta de repente, sacando los dedos y lamiéndolos uno a uno, con una sonrisa burlona.

—¿Justificación? —Arqueo la ceja, confundida.

—Llegamos.

—¿Qué? ¿Ya? —Miro por la ventana y veo que estamos cerca de la mansión. —Oh, Dios. —Me bajo de su regazo y arreglo mi vestido y cabello.

—Deberías haberme avisado antes.

—Estabas ocupada frotándote contra mí, sin ropa interior.

Frunzo el ceño.

—Muy graciosa tu indignación, considerando que toda la culpa por estar así es tuya.

—Deberías haberte puesto uno de mis shorts.

—Claro, ¿por qué mejor colgar un cartel en el pecho que diga: "Usando los shorts de Don porque él destrozó mi ropa interior"? —respondo molesta.

—Giulia...

—Matteo. —Levanto el mentón.

—Asegúrate de que nadie vea lo que es mío o serás responsable de su muerte.

Mierda.

Debería estar enojada y no excitada.

Maldito hombre.

El auto se detiene y cuando abren la puerta, trago la irritación y acepto la mano de Matteo, sosteniendo con la otra mi vestido para asegurarme de que nadie entre en su mira.

¡Loco!

—Dios mío, Giulia, ¿no estaba funcionando el aire acondicionado en su auto? —Chiara pregunta acercándose—. Estás toda roja. —Pone la mano en mi frente. —¿Seguro que estás bien?

—¿Eh? Sí, es solo el calor —justifico, sintiendo su mirada sobre mí, como si nada hubiera pasado. Como si hace unos minutos no me hubiera estado tocando...

—Qué bueno que llegaron, queridos. El almuerzo está casi listo. —Doña Eleonora aparece en la escalera y siento mis mejillas arder solo de pensar en lo que su hijo y yo estábamos haciendo hace un momento.

Respira.

—Chiara, mira tu cara. —Toca con cuidado el rostro de su hija.

—Créeme, mamá, ya estoy mejor.

—¡*Dio mio*! —Levanta las manos al cielo y luego dirige su atención a mí—. ¿Y tú, querida? Tan feliz de que no les haya pasado nada grave... yo... —Su voz se quiebra y solo puedo imaginar su preocupación.

—Mamá, vamos adentro. Seguro Chiara y Giulia están desesperadas por un baño y cambiarse antes de almorzar.

Oh, sí, por favor.

El vestido casi se mueve solo.

—Sí, claro. Vamos todos adentro —dice mientras se dirige hacia Matteo y Lucca, abrazándolos fuerte.

Comienzo a subir las escaleras, pero me detengo en el escalón y me doy cuenta que los observo mientras interactúan con su madre.

Mi corazón late fuerte y me sorprendo pensando en la mía, la nostalgia es tanta. Muerdo mis labios, conteniendo el torbellino de emociones que me invade.

Matteo tiene una hermosa familia.

Estoy segura de que mi abuela y mi mamá estarían felices de que yo... forme parte de ella, sin importar todo lo demás. Son buenas personas.

Mi mirada se cruza con la suya, es rápido, una fracción de segundo, pero suficiente para ver la preocupación que invade su rostro.

Le sonrío tímidamente, queriendo tranquilizarlo.

Está todo bien...

Sigo caminando, subiendo rápido hacia mi habitación.

No tengo dudas sobre mi decisión. Sé que me voy a casar con el *Don* de la Sacra Siena Organizzata, sé todo lo que eso representa, pero más que eso, me voy a casar con Matteo Zampieri.

El hombre que quiero.

El mafioso que conquistó mi corazón.

Solo que él no lo sabe todavía.

Mateo



Call out my name – The Weeknd
Close – Nick Jonas & Tove Lo

Solo después de asegurarle a doña Eleonora por décima vez de que todos estábamos bien, logré entrar en la casa y dirigirme directamente a mi habitación.

La verdad es que yo también quería darme una buena ducha antes de reunirme con la familia para el almuerzo, que prometía grandes sorpresas, pero primero la ducha; aún puedo sentir el olor de la *diavoletta* en mis dedos, y eso está afectando mi juicio.

Me detuve al pasar por la puerta de su cuarto. Tenía ganas de entrar y enjabonarle todo el cuerpo, como hice anoche, para luego acabar en su dulce coño.

Maldita sea. Concéntrate, hombre.

Parece que nunca hubiera visto una mujer.

Giulia Tomazini no es como cualquier otra.

Puede que solo lleve unos meses aquí, pero ya se metió bajo mi piel.

Mi futura esposa, demonios.

¡MÍA!

Estoy seguro de que mamá se va a sorprender.

Todos lo harán.

Hasta ahora, solo su tío sabe, y se lo dije por respeto a nuestras tradiciones, no porque al viejo le importe mucho; debe estar agradeciendo a Dios, primero por no tener que preocuparse por buscar un pretendiente y, segundo, por estrechar sus lazos con nuestra familia.

Muchos matarían por esta oportunidad, otra razón para mantener esta información solo para mí. Dejé claro que nadie debe saberlo, incluyendo al imbécil de su hijo, y confieso que muero de ganas por ver su cara de sorpresa cuando nos reencontremos.

Maldito hijo de puta.

Los demás capos serán avisados en el momento oportuno, es decir, cuando reciban la invitación, y sé que ninguno se atreverá a cuestionar mi decisión.

Giulia viene de una familia respetada y es mi elección.

Aunque sé que el resto del día estará lleno de reuniones infernales sobre los negocios que se descuidaron en los últimos dos días, estoy muy emocionado.

Bajo las escaleras ansioso por hacer el anuncio y ver a la diablesa.

Todavía no creo que realmente estaba sin la maldita ropa interior en el auto, y cuando me di cuenta, casi pierdo el control; por suerte ya estábamos llegando.

Una sonrisa aparece en mi rostro al recordar el desafío en su mirada.

—Llegaste en el momento justo, querido. Todo está listo.

—El aroma está delicioso, mamá.

—Espero que el sabor también. —Sonríe, y parece que no miente; doña Eleonora es una gran cocinera y, aunque tiene empleadas a su disposición, muchas veces es ella quien cocina.

Hoy, al parecer, es una de esas ocasiones.

—¡Espaguetis a la carbonara, Dios mío! —exclamo al ver la mesa puesta.

Ella sonríe.

—Me quedaré más días fuera de casa si me reciben así —bromeo y ella pone los ojos en blanco.

—Deja eso. Lo hago cuando quieras.

—Voy a grabarlo —dice Enzo, apareciendo justo detrás de mí y apretándome el hombro.

—Hermano. —Apoyo mi frente contra la suya—. Gracias por encargarte de todo.

Ni responde, solo asiente.

—Después del almuerzo tengo una información interesante para ti.

—¿Sobre qué?

—Créeme, es de tu interés —le respondo, sabiendo que se pondrá curioso.

—Nada de trabajo ahora, chicos —reprende mamá y sigo hacia la mesa.

Chiara y Giulia se unen a nosotros enseguida y sirvo una copa de vino mientras observo a la *ragazza* bajar las escaleras, hermosa como siempre.

Concéntrate.

Haz el maldito anuncio y define la maldita fecha.

—¿Dónde está Lucca?

—¿Escuché mi nombre? —Aparece desde los jardines.

—No sabía que ya estabas aquí.

—Solo fui a mi casa a darme una ducha y aquí estoy. Ni en mil años me perdería la carbonara de tu mamá. —Me guiña un ojo.

—Ay, querido. —Ella le da una palmada en la cara—. Vamos a sentarnos todos y comer antes de que se enfríe.

Todos se sientan y, antes de que empiecen, me levanto.

—Me gustaría un minuto de atención —digo, atrayendo sus miradas—. Giulia y yo tenemos algo que queremos anunciar.

La *ragazza* se sonroja, pero se levanta, y no hay nadie que no nos observe atentamente.

—¿Qué pasa? —mamá se lleva la mano al pecho.

—Nos vamos a casar —anuncio, directo como siempre, mirando sus ojos verdes y la forma en que muerde sus labios.

Chiara se atraganta y comienza a toser, mamá llora emocionada y mi hermano arquea la ceja, sin ocultar la sorpresa. Lucca, el hijo de puta, sonríe con esa expresión de "yo ya lo sabía, idiotas".

—Ya hablé con tu tío y el compromiso está sellado. Quiero la boda en máximo treinta días. ¿Crees que podamos organizarla para el 31 de agosto, mamá? —pregunto y la actual matriarca me mira a mí y luego a Giulia, secándose las lágrimas que caen.

—Yo... —Respira profundo—. Estoy tan feliz por ustedes. Dios mío, cuánto quisiera que tu padre y Fran estuvieran aquí para verlo. Nuestros hijos casándose.

—Mamá... —Me acerco, tomando su mano y llevándola a mis labios—. Perdona la noticia repentina, pero...

—No te disculpes, *figlio mio*, estoy feliz... tanto. —Pone su mano sobre la mía—. Verte formar una familia con esta mujer hermosa que Dios nos mandó.

Miro a Giulia y ella está luchando por contener sus lágrimas.

—Ven aquí, *figlia*. Ahora tendré dos —la llama y la *diavoletta* se acerca, siendo inmediatamente envuelta en sus brazos—. Será un placer organizar todo para ustedes. Haremos esta boda en agosto, o no me llamo Eleonora Zampieri.

—¡Por la pareja! —mi hermana levanta su copa para brindar y, maldita sea, hasta ella está emocionada.

—¡Por la pareja! —Todos levantan sus copas.

Me acerco a Giulia antes de que regresemos a nuestros asientos.

—¿Estás bien, *bella*? —susurro cerca de su oído.

—Solo emocionada —confiesa—. Tenía miedo de cómo reaccionaría tu familia, es todo tan... repentino.

Le levanto el mentón, necesitando tener su mirada sobre la mía.

—Ya te consideran parte de la *famiglia*.

Muerde sus labios.

—Creo que a mi abuelita le gustaría mucho que fueras tú, Matteo Zampieri. —Pone su mano sobre mi pecho y temo que pueda notar cómo me afecta.

—Espero que sí, porque no pienso renunciar a su nieta... nunca. —Rozo mis labios con los suyos en un beso suave, contenido, pero lo suficiente para que entienda que dije cada maldita palabra, y claro que todos en la mesa aplauden.

—¡Vamos a comer! —ordeno, tomando su mano y ayudándola a sentarse de nuevo.

—¡Hay tanto por hacer! —mamá exclama emocionada desde el extremo de la mesa.

La siguiente hora pasa volando.

La comida estaba deliciosa y, claro, no faltó conversación.

Con la noticia, los problemas recientes perdieron protagonismo, mamá ya está trazando mil planes y Giulia parece feliz. Verla así es bueno.

La mayoría de los matrimonios en la familia son meros arreglos comerciales, guiados por la conveniencia y los intereses entre familias, pero aquí no es así.

No pensé que conmigo fuera a ser diferente, por eso me siento muy afortunado por haber encontrado a alguien con quien quiero formar una familia, por más loco y aterrador que eso suene.

—Bueno, si me disculpan, tengo innumerables negocios esperándome en la oficina.

Mamá solo hace un gesto con la mano, prácticamente echándome.

Eso es todo; ahora que consiguió lo que quería, doña Eleonora estará más que ocupada las próximas semanas.

Mi mirada se encuentra con la de Giulia y ella sonríe, y en ese instante sé que haré todo para que ella siempre esté así.

Lo que en este momento significa traer a su amiga a la boda.

Estoy seguro de que mi *diavoletta* va a disfrutar la sorpresa y será divertido encargarle a mi hermano la misión de revisar los antecedentes de la chica, justo esa que invadió su precioso sistema.

Eso es de lo que se trata.



—Te ausentas dos días y regresas anunciando un casamiento. ¿Qué diablos está pasando? —dispara Enzo apenas Lucca cierra la puerta tras de sí.

—Necesitaba una esposa, ahora la tendré. Así de simple.

Enzo sigue mirándome, sin creer una palabra de lo que dije.

Lucca se contiene para no reír.

—Déjate de tonterías, Matteo. ¿Qué pasó?

—Vamos, Matteo, dime. ¿Qué te hizo querer atarte las bolas así?

Los ignoro a ambos, camino hasta mi mesa, me sirvo un trago doble de whisky y me tiro en la silla de cuero, apoyando los pies sobre la mesa.

Los dos hijos de puta siguen observándome.

—¡La quiero! ¿Satisfechos? Giulia Tomazini no será de nadie más que de mí.

—No me lo esperaba —susurra Enzo.

—Eso porque estabas demasiado ocupado con tus computadoras —provoca Lucca y recibe un dedo medio en respuesta.

—La diablesa se metió bajo mi piel y no puedo pensar en otra cosa que no sea hacerla mía, en todos los sentidos.

—¿Seguro que no solo piensas con tu polla? —pregunta mi consejero y me levanto, parándome frente a él.

Solo unos centímetros nos separan.

—Lucca —aprieto su hombro—, sabes que eres mi consejero y más que eso, amigo, familia; por eso voy a ignorar ese comentario. —Apoyo mi frente contra la suya—. Nunca pensaría con la polla, no subestimes mi maldita inteligencia.

—No quise ofenderte, hermano. Me gusta mucho ella, solo me preocupé por ti. Todo fue tan rápido.

—Me gustaría poder explicar, pero solo sé esto: Giulia Tomazini es a quien quiero, y será la futura matriarca de esta *famiglia*.

Ambos asienten y me saludan de nuevo.

—Cuando sea su turno, espero que entiendan.

—Maldita sea, Matteo, no jodas. Una cosa es que tú quieras retirarte, pero mi polla todavía está en el mercado y es muy solicitada.

Enzo, a su lado, no puede ocultar la sonrisa.

—Y a mí qué me importa tu polla —replico, volviendo a sentarme.

—Solo lo digo. La Toscana amanecerá llorando cuando anuncie mi boda.

—De felicidad —Enzo tose las palabras.

—Vete a la mierda, Enzo.

—Bueno, señores, me alegra que todo esté aclarado. Sí, habrá boda y todavía tenemos que descubrir quién diablos nos está jodiendo. Los hijos de puta siempre van un paso adelante y ya estoy harto de esta mierda.

—Intenté sacar más información con nuestros contactos en la Bratva, pero hasta ahora nada —avisa Enzo.

—Hablaré con Dimitri al respecto, tendremos una reunión para tratar los próximos cargamentos de cocaína por Frankfurt y aprovecharé la oportunidad. El hijo de puta me debe una.

—Bien.

—¿Algo nuevo sobre las mujeres? —pregunta Lucca y Enzo niega con la cabeza.

—Revisé los sistemas de la empresa detrás de la contratación. Todo legítimo en el papel, pero la información no cuadra. Tenían un salario alto comparado con las horas trabajadas, además de cambiar constantemente de puesto. Es casi como...

—Si las pusieran exactamente donde podrían ser útiles —termino la frase.

—Exacto —concuerda.

—Trae al gerente para una charla. A veces necesita motivación para abrir la boca.

—Ya pedí a unos soldados que lo traigan —avisa mi hermano, sonriendo.

—Perfecto. Por cierto, tengo otra misión para ti.

—Dime.

—Averigua todo lo que puedas sobre la amiga de Giulia en Brasil.

—¿La del celular? —Enzo arquea una ceja.

Asiento con la cabeza.

—¿Alguna razón en especial?

—Quiero traerla como mi invitada a la boda, y por cierto, creo que te gustaría saber que fue ella quien intentó hackear nuestro sistema.

—¿La IP en Brasil? ¡Hija de puta! —exclama, entrecerrando los ojos.

—Es la mejor amiga de mi futura mujer y tu cuñada —provoco y él se pasa la mano por el mentón. Ya sé que no quedará un aspecto de la vida de esa chica que él no descubra.

—Que te diviertas y de nada.

—Ah, eso seguro. ¡Gracias, hermano! —Se levanta y hago un gesto para que se vaya.

—¿Necesitas algo más, Matteo? —pregunta mi *consigliere.*

—Mi reunión con Genovese es a la tarde, me gustaría que participes.

—Cuenta conmigo. Hasta más tarde.

Solo en la oficina, camino hacia el cuadro con los escudos de las familias, mirando los símbolos de nuestras casas.

Treinta días.

Treinta malditos días para que Giulia Tomazini se convierta en Giulia Zampieri.

Tomo el resto del whisky de un solo trago. El líquido baja ardiendo, casi como un reflejo de cómo me siento.

Ardiendo por ella.

Diablesa de ojos verdes.

Agosto ni siquiera empezó, pero ya sé que serán los treinta días más largos de mi vida, porque una cosa es segura: la *diavoletta* no me hará la vida más fácil.

Y estar cerca de ella es pura tentación para un pecador como yo.

Julia



Clarity - Clarity – Zedd, Foxes
Love on the Brain - Rihanna

—Sabía que mi hermano estaba enamorado, pero caray, una boda.

—Yo... —Me muerdo los labios sin saber ni qué decir—. Todavía no creo que esto realmente esté pasando.

—Créelo, querida. Vas a ser una novia deslumbrante. Nos aseguraremos de eso.

—En serio, Teo es muy pesado cuando quiere...

—¡Chiara! —Su madre la reprende y yo quiero reírme.

—Tranquila y créeme, sé bien lo que digo. Hay momentos en que quiero...

—Eso es parte de toda relación —dice doña Eleonora con su sabiduría—. Lo importante es que se quieran, se respeten —acaricia mi rostro— y construyan un hogar con armonía.

—¿Estamos hablando de Teo?

Su madre frunce el ceño y ella levanta las manos.

—Es broma, doña Eleonora. En fin, Giu, estoy muy feliz de que entres oficialmente a la familia, aunque yo ya te consideraba parte. —Me mira con los ojos vidriosos—. Y cada vez que él te irrite, que seguro no serán pocas...

—¡Chiara!

—Recuerda que tienes una cuñada y una suegra —señala a su madre, tirándola hacia un abrazo— maravillosas.

—Claro que sí, lo tendré presente —exclamo y al final, soy arrastrada a un revoltijo de abrazos.

—Mis niñas. Después de la de Giulia, podemos empezar a ver la tuya, querida.

—Ni pensarlo, mamá —La rubia abre los ojos y pone una mueca—. No todas tienen la suerte de Giu. Teo es mandón y gruñón, pero está bueno.

—¿Qué voy a hacer contigo, niña?

—Consígueme un marido bueno y atractivo, para que me case mañana mismo. —Guiña un ojo y su madre se queda en shock —. Como no existe esa opción, seguiré soltera, gracias.

—¿Alguien me llamó? Me pareció oír "bueno y atractivo". —Aparece Lucca, arqueando una ceja, saliendo de la oficina de Matteo, y tengo que morderme los labios con fuerza para no reírme a carcajadas.

Chiara se pone roja y pone los ojos en blanco.

—¿Escuchaste la conversación, consejero?

—Si quieres mantener en secreto las cualidades de tu futuro marido, mejor no hables en la sala, *bambina*.

—¡Paren, ustedes dos! —reprende doña Eleonora, pero se nota que disfruta la situación.

—Vuelvo más tarde, madrina.

—Está bien, querido. Me encargaré de que tengas un pastel fresquito esperándote.

—Aprende, Giu. Cuando seas la matriarca, tendrás que estar alimentando a estos hambrientos que llegan a la mansión a cada rato —habla lo suficientemente alto para que el consigliere escuche.

—Chiara —la regaña doña Eleonora.

—Solo digo. Me voy a mi cuarto a descansar. Este almuerzo estuvo lleno de sorpresas y emociones.

—Creo que yo también voy a subir.

—Está bien, descansen ustedes dos. Voy a separar mis contactos para que empecemos a organizar los preparativos la próxima semana. No hay tiempo que perder. —Aplaude.

—Gracias —agradezco y ella sostiene mi mano dándome unos golpecitos.

—El placer es todo mío, querida. Todo mío. Vayan a descansar, se lo merecen.

Cierro la puerta detrás de mí y miro a mi alrededor.

Pronto me despediré de esta habitación, y solo pensar en eso hace que mi corazón se acelere.

¿Cómo pudieron cambiar tanto las cosas?

¿Quién hubiera imaginado que mi vida se daría vuelta al embarcar rumbo a Italia?

Hay tanto por organizar y ni siquiera estoy pensando en la boda ahora. Necesito hablar con Isa. Desconecto mi celular del cargador, pero pesa en mi mano.

Ella va a volverse loca.

Debe estar trabajando.

Le envío un mensaje preguntando si puedo llamarla por video y la respuesta es inmediata.

Isa: *¡Debes hacerlo!*

Sonrío.

Tengo tanto que contar: el boliche, el lío, la lancha... y la propuesta de matrimonio.

Respira, no te alteres.

Yo: *Te llamo ahora.*

Isa: *Ok.*

Bajo las escaleras con prisa y, por suerte, no me cruzo con nadie.

Toco suavemente la puerta de la oficina, esperando que Matteo no esté en reunión.

—Puedes entrar —Su voz fuerte suena y empujo la puerta despacio, sorprendiéndolo.

—¿Algún problema? —Se levanta y me apresuro a tranquilizarlo.

—No, está bien, solo que...

Matteo da la vuelta a la mesa y se para frente a mí.

—¿Qué pasa? —Su mirada es tan intensa que me toma unos segundos volver a pensar.

—Sobre la boda, cuando le cuente a Isa, seguro querrá venir, sé que está lo del sistema, pero... —comienzo y él apoya el dedo índice sobre mis labios.

—Ni siquiera termines.

Oh, Dios.

Que no diga que no...

—Tu amiga será muy bienvenida en nuestra casa.

¡Oh, Dios mío!

Espera, ¿dijo "nuestra casa"?

A la romántica en mí le gusta cómo suena eso y no puedo contener la sonrisa.

—¿De verdad? —Me acerco, casi pegando mi pecho al suyo.

Él asiente con ese tono serio que tiene.

—Se suponía que sería una sorpresa, pero…

—Ah, muchas gracias. —Casi salto en su regazo, abrazándolo fuerte —. Esto es muy importante para mí.

Matteo sonríe y maldita sea si no parece que mi corazón se me va a salir por el pecho.

—Aquí será tu nuevo hogar, Giulia, puedes recibir a quien quieras, solo debemos tener precaución.

—Lo sé, todo lo de los negocios familiares.

—Exacto.

—Isa es de confianza, te va a caer bien —empiezo a hablar rápido, emocionada—. Yo... me voy, no quiero molestarte —digo, comenzando a alejarme, pero ni doy dos pasos cuando me tira contra su pecho.

—No sin antes probar un poco de ti —avisa, mirando mis labios, y antes que pueda responder, su boca está sobre la mía.

Comienza suave, lento, pero luego se intensifica, Matteo mete una mano en mi cabello mientras con la otra agarra mi culo, acercándome a él.

En un parpadeo estoy sentada sobre su escritorio y el ruido de cosas cayendo no nos detiene.

Se coloca entre mis piernas sin interrumpir el beso. Nuestras lenguas siguen batiéndose en duelo y, maldita sea, quiero siempre más de él.

—Giulia —gruñe, apoyando la frente contra la mía.

—Creo que hicimos un pequeño desorden —bromeo, perdida en sus ojos marrones.

—Voy a comerte en esta mesa.

—Matteo... —Bajo la mirada hacia su enorme erección.

—Vamos, *diavoletta* —dice con voz ronca y cargada de deseo mientras me ayuda a levantarme—, antes que olvide mis buenas intenciones.

—Treinta días —provoco, caminando hacia la puerta.

—No me hagas arrepentirme y cambiar esta maldita boda para mañana —grita y mi sonrisa crece.

No puedo resistir y corro de nuevo hacia él, dándole un beso rápido y contenido.

—¡Gracias! —Acaricio su rostro sin dejar de mirarlo y solo entonces salgo de la oficina.

Puedo bromear y fastidiarlo, pero no soy tonta. Estos treinta días serán tan largos para mí como para él...

Aquí se están creando expectativas con éxito.



—Calma, que no logré seguirte. ¿Acabas de decirme que casi las secuestraron, pero que al final todo salió bien y escaparon? —Isa sigue mirándome.

Sorprendida define su expresión, y eso que ni siquiera le di todos los detalles. No me siento cómoda para decir que maté a ese hombre, aunque no sienta ningún remordimiento.

—Eso lo resume bien —digo, y ella abre la boca, solo para cerrarla enseguida sin que salga nada.

—Yo…

—Lo sé. Tranquila, tuve algunos días para asimilar lo que pasó.

—Dios mío, Giu… cuesta creer que este tipo de cosas realmente ocurran en la vida real.

—Los secuestros ocurren a toda hora, amiga.

—Sí, pero esto parece sacado de una película de acción.

—De una película de mafia —bromeo.

—Dios, necesito una coquita helada después de esto —dice, y en segundos aparece con una latita en la mano, toda feliz.

No aguanto y empiezo a reír.

—Pensé que ibas a decir que necesitabas algo fuerte.

—No, tú sabes que la coquita helada y yo tenemos una relación monogámica.

—Aquí casi no tomamos.

—¿Yo no había dicho que quiero ir a Italia? Olvídalo.

—Loca, sí venden, pero no es algo tan cultural como allá. Aquí hay más vino, jugos o incluso agua en las comidas.

—No viviría sin mi dosis de cafeína con gas —se burla.

—Loca. Y sí, tendrás que venir a Italia y me aseguraré de que tengas muchas coquitas heladas esperándote.

—¿Italia? ¿Qué quieres decir?

—Tendrás que venir, porque necesito que mi mejor amiga sea mi madrina.

Isa escupe la Coca que estaba tomando y empieza a toser.

—¿Qué dijiste? —casi grita, apoyando el vaso en la mesa y agarrando un pedazo de papel para limpiar el desastre que armó.

—¡Me voy a casar!

—No…

—¡¡¡Sí!!!

—¡Te vas dos días y regresas comprometida! ¿Cómo puede ser?

—Él me propuso… y yo dije que sí.

—Dios mío, mira, hasta estoy temblando. —Muestra las manos a la cámara.

—Respira, si te vas a desmayar, que sea aquí, conmigo a tu lado.

—Ya me recuperé —dice, aunque su cara sigue siendo de shock—. Pensándolo bien, todavía no.

Me río con ganas.

—Ríete, cabrona. —Finge estar enojada—. Te dije que consiguieras un italiano guapo, pero te superaste: conseguiste un marido y mafioso de una vez.

—¡Isa!

—¿Tu Corleone me dejará ir allá, después de… bueno, ya sabes?

—Todo bien. Eres nuestra invitada, y él ya sabe lo que estuviste haciendo.

—Puta madre. ¿Debería hacer un testamento, dejando mi notebook y mi colección de funkos?

—¡Estás a salvo!

—Dormiré más tranquila.

—Tal vez solo tengas que ser un poco más simpática con mi futuro cuñado.

—¿Cómo es eso?

—Pues, descubrí que él es el responsable del sistema que intentaste hackear.

—No… —Abre los ojos como platos.

—Sí. —Hago una mueca.

—Bueno, si el jefe perdonó mi indiscreción, el hermanito tendrá que aceptarlo.

¿Hermanito?

Ah, dejaré que descubra por sí sola que él es todo, menos… pequeño.

—Bueno, entonces ahora solo queda esperar que tu casa se venda rápido.

—Eso creo. Tengo que ver cómo organizar el resto de mis cosas que están ahí. Quiero traer algo de ropa y recuerdos para acá.

—Puedo ayudarte con eso.

—¿Harías eso?

—Claro que sí, loca. Nos ponemos de acuerdo un día, hacemos una videollamada, tú me dices bien qué quieres y yo lo llevo para ti, o veo de enviarlo, si es mucha cosa. —Me guiña un ojo.

—¿Ya te dije que te amo?

—No —se burla, poniendo los ojos en blanco.

—Pues te amo, y ya estoy ansiosa por tu llegada. ¿Cuándo crees que puedas venir?

—Solo dame unos días para arreglar las cosas aquí. Puedo trabajar desde cualquier lugar, pero quiero ver si consigo unos días libres para pasar tiempo contigo y conocer un poco la región, si se puede.

Muerdo mis labios, pensando que esa última parte puede ser un problema, considerando el último atentado, pero seguro que Matteo hará lo posible para que podamos divertirnos sin correr riesgos.

—Cuando llegues, veremos. Hay muchos lugares hermosos cerca de aquí.

—Tranquila, Giu, el motivo de mi viaje eres tú, lo demás es consecuencia.

—Mmm, así me vas a hacer llorar.

Ella pone los ojos en blanco.

—Bueno, ni sé cómo voy a trabajar después de esta bomba. Voy a mirar precios de pasajes y cómo está el límite de la tarjeta. —Hace una mueca—, pero lo haré, aunque tenga que pagarlo en pequeñas cuotas.

—Sobre eso, no te preocupes.

—¿Cómo?

—Eres mi invitada. Te voy a mandar tu pasaje.

—Amiga, ya voy a ahorrar en hospedaje, ya que me voy a quedar contigo. Tranquila, que yo puedo.

—No, señora. Ni se te ocurra.

—¿Segura?

—Absolutamente. Mira cuándo puedes venir, tipo, a finales de semana… —bromeo, y ella suelta una carcajada—. ¿Qué? Hablo en serio, nada de llegar en la víspera. Ven antes, así ya nos ponemos a chismear, conoces a Chiara, te va a encantar… y claro, me ayudas con los preparativos.

—Voy a ver qué consigo.

—Piensa bien en eso.

—Siempre… —Muerde sus labios, y sé que su cabeza ya imagina mil escenarios—. Solo tengo que organizar las cosas de la

casa, si no, podrían cortar la luz y dejar el refrigerador vacío.

—Tú siempre cuidando de todo. Va a ser bueno que vengas, así tus primos sanguijuelas tendrán que arreglárselas solos.

—Eso sí que me encantaría verlo.

—Ven pronto y deja que el circo arda.

—Cuánta maldad en ese corazón —bromea.

—Me enoja cómo se aprovechan de ti.

—No te preocupes, Giu. Te diré el viernes cuándo puedo ir, ¿ok?

—Está bien para mí. Espero tu aviso, puedes comprar el pasaje para el sábado.

—Ay, Giu...

—Una persona puede soñar.

—Hablamos luego. Que tengas un gran día, "novia", y ya ve pensando qué debo recoger en tu casa.

—Déjamelo a mí. Ven prontooooo.

—Voy a ir, espérame. —Manda un beso y cuelgo con el corazón calentito.

—Me voy a casar —susurro, todavía asimilando todo.

Me dejo caer en la cama y cierro los ojos unos segundos, esperando que mi corazón se calme. Cuando los abro, giro el rostro y veo el balcón, es casi una invitación.

Me levanto y voy hasta allí. Nunca me canso de esta vista.

Las colinas verdes, el cielo azul… la paz que, irónicamente, encontré aquí.

Mi abuela y su Gio fueron felices en la Toscana. Solo había nostalgia en su mirada cuando hablaba de este lugar. Pero tuvo que huir…

No pienses en eso. Nada de tristeza.

Ella tuvo su historia, y yo voy a construir la mía.

Y, si Dios quiere, voy a ser feliz aquí.

Con él… mi mafioso.

Matteo Zampieri.

CAPÍTULO 24
Matteo



Way down we go – Kaleo

Quince días.

Quince días metido hasta el cuello en asuntos familiares. Reuniones tras reuniones. Torturando a cada hijo de puta que pueda tener información.

Nada. Absolutamente nada.

Quien sea que esté detrás de las últimas acciones contra la familia dio una tregua. Todo está tranquilo. Sin nuevas detenciones. Sin nuevos atentados.

Sin información.

En vez de tranquilizarme, la situación me está quitando la calma.

Parece la calma antes de la tormenta y no me gusta nada eso, más aún sabiendo que mi boda se acerca.

Giulia.

Apenas la he visto en las últimas semanas, y carajo, cuánto la extraño.

Su sonrisa amplia, la forma en que se sonroja, el perfume de su cabello cuando meto la cara en la curva de su cuello y, demonios, su lengua afilada.

Lo único positivo, si es que hay, es que mantengo mi polla bajo control. Nunca pensé que sería tan difícil resistir la tentación

que esa mujer representa.

Fuera del trabajo hasta el cansancio, mis noches se reducen a masturbarme recordándola, su coño empapado, su sabor en mi lengua, los gemidos que suelta mientras clava las uñas en mis hombros.

—Mierda —maldigo, sintiendo mi polla presionar contra el cierre.

Justo lo que necesitaba, una puta erección ahora.

Mi celular vibra sobre la mesa, devolviéndome al presente y sonrío al ver el mensaje.

Enzo está furioso con la misión que le di. Y yo no podría estar disfrutando más la situación.

La investigación sobre la chica no arrojó nada. Aparte de matarse trabajando en una empresa de software y ser hacker fuera del horario laboral, todo está bien. Y puedo jurar que vi admiración en los ojos de mi hermano cuando me actualizó sobre el tema.

La verdad es que la amiga de Giulia está llegando y ella, claro, está loca de felicidad. Puede que no la haya visto en los últimos días, pero sé absolutamente todo lo que pasa aquí.

La boda es el próximo fin de semana y la chica viene para ayudar con los preparativos y después debería pasar unas semanas con nosotros.

La luna de miel quedará para después.

Además de la visita, estamos en medio de una negociación gigante con la Bratva.

Nuestros rivales del sur no se llevan bien con los rusos, y ya tuvimos choques y muertes en el pasado, pero logramos revertir la situación poco antes de que muriera mi padre.

Hoy, nuestro puerto en Livorno es estratégico para ellos en lo que respecta a la distribución terrestre de cocaína hacia Múnich, Passau y Stuttgart.

Hay mucho menos control en las carreteras que en los aeropuertos, y el transporte de las cargas se ha hecho sin problemas en los últimos años; a cambio, nos suministran armas pesadas.

Los rusos se preocuparon por la carga incautada en La Spezia. No era de ellos, pero las noticias vuelan y claro que el

maldito Dimitri vino a tratar eso conmigo, además de otros asuntos, pero le aseguré que se tomaron precauciones, hemos restringido información, cambiado rutas y plantado datos falsos.

En algún momento, la rata caerá en la trampa y estoy más que listo para tener una charla.

Enzo puede ser el ejecutor, pero esa conversación será mía.

Un golpe en la puerta llama mi atención.

—Perdón por molestar.

—Nunca me molestas, *diavoletta.*

Mi corazón se acelera al verla.

Tan hermosa.

Aprieto los puños, conteniendo el loco impulso de atraerla hacia mí.

—¿Algún problema? —Hago un gesto hacia la silla frente a mi escritorio, y ella se sienta.

Parece incómoda.

—No, tu madre, Chiara y yo vamos a salir con algunos soldados a ver algo sobre la decoración. —Se encoge de hombros.

—No pareces emocionada —señalo, analizándola.

—Yo... —empieza, pero se detiene mordiéndose los labios.

—¿Tú?

—¿La boda... todavía la quieres? —pregunta, mirándome expectante.

Qué mierda.

—¿Puedo saber de dónde salió esa pregunta? —Arqueo la ceja.

Giulia se levanta y mi mirada se va al escote que apenas cubre sus pechos generosos.

—Quizás porque apenas he visto al *novio* en las últimas semanas —dice, con su pecho subiendo y bajando, atrayéndome como un imán.

—Mierda.

—Créeme, si tienes dudas sobre esto... —empieza a hablar, pero la ignoro y me acerco a ella—. Matteo... —Abre mucho los ojos y sin pensarlo agarro su nuca, inclinando su rostro, buscando su mirada.

—¿Parezco alguien que cambia de opinión, *ragazza*? —le pregunto gruñendo, irritado con la idea de que haya siquiera pensado esa mierda.

—Yo... —jadea.

En un movimiento rápido, la presiono contra la puerta, pegando mi cuerpo al suyo, haciéndola sentir lo duro que estoy.

—Todos estos días lejos de ti... fueron una maldita tortura. —Le muerdo el cuello solo para deslizar mi lengua sobre su piel caliente, sintiendo cómo su cuerpo se eriza contra el mío—. Todo lo que quería era entrar a tu maldito cuarto, chupar tu coño hasta que estés goteando en mis dedos, en mi lengua, solo para después penetrarse profundo, viendo cómo mi polla desaparece con cada embestida, mientras dices mi nombre y pides más.

—Oh...

Le subo el vestido, dejando al descubierto la tanga diminuta que no oculta casi nada, mucho menos el círculo mojado de su excitación.

—Demonios, Giulia. —Apoyo mi frente contra la suya, el corazón latiendo desbocado—. Sería tan fácil, apuesto a que mi polla resbalaría —susurro, frotando el dedo índice sobre la tela para confirmar mis sospechas.

Empapada.

—Matteo... —Roza su cuerpo contra el mío y aprieto los dientes, usando todo mi autocontrol para mantenerme lejos de la tentación.

—Solo intento resolver todo lo que puedo en estos días, para tener al menos unos días de calidad con mi mujer.

—Suena bien —susurra con los labios a centímetros de los míos.

—¿Bien? —Froto su clítoris, presionando en círculos—. No tienes idea de lo que te espera, voy a comerme tanto ese coño y ese culo. —Abre los ojos muy grandes, y deslizo el dedo mojado hasta su ano, presionando contra los músculos solo para ver cómo la sorpresa y el placer inundan su rostro—. Sí —recalco, sin dejar de meterlo en su apretado culo—. Te tendré de mil formas diferentes, que no sabrás lo que es caminar sin tener mi polla dentro.

Un golpe en la puerta arruina el momento.

—Giulia, Matteo... —La voz de mi hermanita suena al otro lado.

—Ve, *ragazza*, revisa todo lo que tengas que revisar. —Le muerdo el labio, alejando mis dedos—. Y no pienses, ni por un segundo, que cambié de opinión.

Giulia sigue mirándome. Sonrojada, respirando acelerada.

Estoy excitadísimo.

—Estoy arrepentido, solo de no haber organizado esta boda para ayer —exclamo, tomando sus labios en los míos, sin suavidad, solo con la loca necesidad de tener a Giulia completamente para mí.

Otro golpe y solo entonces me alejo, caminando hacia mi escritorio mientras ella acomoda su vestido y se dirige a la puerta.

—Gracias... por las aclaraciones —dice, con la mano en la manija.

Sonrío y veo que ella también sonríe.

—Espero que no quede ninguna duda.

—Ninguna —susurra y tan rápido como entró, sale dejándome igual que antes.

Con la polla dura y doliéndome por ella.

Ni siquiera son las nueve de la mañana y ya necesito una ducha fría.

El día promete ser genial y todavía falta una semana para el gran día.

Julia



Never be the same – Camila Cabello
Girls just wanna have fun – Cyndi Lauper

—Claro que estarías con él —Chiara entrecierra los ojos cuando salgo de la oficina, con el rostro sonrojado y la respiración acelerada.

—Tenía que preguntarle algo —explico, tratando de calmar mi corazón.

El hombre siempre me desestabiliza.

—Preguntar, ya sé… —Ríe con malicia—. Vamos, mamá ya está en el auto.

—Caramba, vámonos entonces.

—No podemos tardar hoy, después tendremos visita. —Sonrío y por un segundo casi lo olvido.

Isa.

Ella llega hoy y apenas puedo creerlo.

—¿Ansiosa?

—¡Mucho!

—Ustedes parecen grandes amigas —comenta justo cuando llegamos al área exterior y uno de los soldados nos abre la puerta de la camioneta.

—Lo somos, desde niñas.

—Genial…

—¿Y tú?

Su gesto responde por mí.

—Digamos que no tenemos muchos vecinos y que las fiestas de la familia no son los mejores lugares para hacer amistades.

—Lo siento —digo, sin poder imaginar mi vida sin la locura de Isa.

—Relájate, tuve dos hermanos mayores que me atormentaban.

Sonrío al imaginarlos más jóvenes.

—Apuesto que Lucca también participaba en eso.

—¿Tienes dudas? —Sonríe—. Pero debo ser justa, en esa época él era menos insoportable.

La mañana pasa en un abrir y cerrar de ojos, visitamos al proveedor encargado de la decoración de la mansión.

Como la boda será un sábado y aún es verano, doña Eleonora está preocupada por el calor. Resultado: tendremos varias carpas distribuidas en el jardín de la propiedad, con una vista privilegiada de las colinas y los olivares.

La ceremonia religiosa será por la mañana, en la capilla que está en la propiedad. Sí, hay una, y es la más hermosa. Toda de piedra, y cuando entré solo sentí una paz indescriptible.

Después de la misa, comienza la fiesta que no tiene hora para acabar, atraviesa el día y termina con una cena especial, todo acompañado de mucha música italiana animada.

—Me alegra que hayamos resuelto esto. Quedará todo maravilloso, Giulia, querida.

—Seguro que sí. Gracias por ayudarme con todo. Ni siquiera sabría por dónde empezar.

—Ah, para con eso, es un placer. —Sonrío y veo la sinceridad en su mirada, lo que aprieta mi pecho.

¿Cómo sería tener a mi madre aquí? ¿A mi abuela?

Estarían emocionadas y entusiasmadas, en la misma medida, con todos los preparativos. Una lágrima insistente cae por mi mejilla.

—¿Pasa algo, *figlia mia*? —pregunta la señora, siempre atenta a todo.

—Solo pienso en cuál sería la reacción de mi mamá y mi abuela con todo esto —digo, con la voz quebrada.

—Ah —sostiene mi mano—, estarían felices y orgullosas, igual que yo. —Me acaricia la mejilla—. Y estoy segura de que estarán acompañando cada paso que demos —exclama emocionada.

—Gracias. —Muerdo mis labios, intentando contener el torbellino dentro de mí y de repente sus brazos me envuelven en un abrazo fuerte e inesperado.

—Me harán llorar y arruinar mi maquillaje —comenta Chiara a mi lado, y sin pensarlo mucho la acerco a nosotras para un abrazo triple, un abrazo familiar.



Son casi las cuatro de la tarde y estoy caminando de un lado a otro del cuarto.

El nerviosismo me invade.

Isa debe estar aterrizando en Pisa en cualquier momento. Me dan ganas de ir a buscarla, pero Matteo me tranquilizó; Enzo, acompañado de varios soldados, fue por ella y pronto estarán de regreso.

Aunque el aeropuerto está en nuestro territorio, desde el incidente en La Spezia los cuidados son extremos.

Solo salimos cuando es absolutamente necesario, y aún así parece una operación militar, con tantos hombres y autos; en fin, solo sigo las órdenes en lo que respecta a seguridad.

Mi celular comienza a sonar y solo puede significar una cosa: ella llegó. Corro hasta la mesa de noche y confirmo mis sospechas al ver su nombre en la pantalla.

—¿Llegaste? casi grito.

—¡Buenas tardes para ti también! —responde riendo—. O debería decir, *buonasera.*

—*Buonasera, amica.* ¿Dónde estás?

—Acabo de recoger mis maletas en la cinta —avisa y respiro aliviada—. Inmigración fue tranquila, ni me pidieron nada. Ahora voy hacia la salida.

—Ok, Enzo estará ahí para recogerte.

—¿Quién?

—El hermano de Matteo.

—Espera un segundo, no me dijiste que era el hermanito el que venía por mí.

—Ups.

—Eso no se hace, Giu. Todavía estoy practicando cómo disculparme en italiano.

—Él habla muy bien inglés, amiga, ah, y portugués también.

—Eso simplifica un poco las cosas —responde—. Ni hablar —exclama.

—¿Qué pasa?

—Creo... —hace una pausa solo para hacerme perder la cabeza—... creo que acabo de ver a tu cuñado.

—Cabello castaño, ojos azules —empiezo a describir.

—¡Mierda! —exclama y muerdo mis labios para no reír.

—Por lo visto, ya notaste que de "hermanito" no tiene nada —comento, sabiendo que es alto.

—Te voy a matar.

—¿A mí?

—Sí.

Escucho la voz de Enzo a lo lejos.

—Tengo que colgar ahora. Dios, es muy guapo —susurra.

—Compórtate, es mi cuñado.

—Solo digo lo obvio. Hasta luego, Giu.

—Hasta luego, buen viaje —respondo y cuelgo.

Que Dios los proteja, especialmente a Enzo, de las locuras que solo Isabella puede causar... o no.

Este viaje será muy interesante.

Uno muy callado y una que habla por los codos.

Una combinación, por decir lo menos, curiosa.



—Ya deben estar llegando —Chiara me tranquiliza por décima vez, pero sigo mirando el celular, esperando algún mensaje suyo.

Nada.

—¿Qué pasa? —pregunta Matteo saliendo de la oficina.

—Giulia está nerviosa esperando a su amiga.

—Pensé que no tardarían tanto —explico y él sonríe.

—Hablé con Enzo hace un rato, ya están en Siena.

—¿Viste? —dice la rubia lanzándose al sofá—. Unos minutos más. Confieso que estoy emocionada por conocer a Isa.

—La vas a amar —respondo sonriendo y justo en ese momento se escucha el ruido inconfundible de un auto estacionando.

—¡Llegaron! —anuncia Matteo y mi corazón late con fuerza —. ¿Vamos, *bella*? —Extiende la mano y yo la acepto rápidamente.

Juntos caminamos hacia afuera, donde tres camionetas acaban de estacionar.

—Me gusta verte así —susurra en mi oído.

—Gracias por eso —respondo rozando mis labios con los suyos.

Enzo baja con esa actitud seria y poco amigable suya, pero en segundos rodea el vehículo, abre la puerta y la ayuda a bajar.

—Gracias. —Escucho, y no pierdo más tiempo, bajo corriendo las escaleras hacia ella.

—Isa...

—¡Giu! —Abre una sonrisa enorme y me abraza fuerte.

—No puedo creer que realmente estés aquí.

—Créeme, fueron más de doce horas de vuelo —bromea y no puedo parar de sonreír.

—Ahora entiendo por qué no quieres irte más —susurra al oído—. ¿Qué genes hay en esta familia?

—Sabía que te iba a gustar —respondo—. Ven. —La tomo de la mano, loca por hacer las presentaciones. —Isa, este es Matteo Zampieri, mi futuro marido —digo y mi mirada encuentra la suya; eso es suficiente para que todo cobre vida.

—Mucho gusto, Isabella —saluda extendiendo la mano—. ¡Bienvenida!

—El placer es mío. Muchas gracias por la invitación —responde sonriendo.

—Estas son Eleonora y Chiara Zampieri, madre y hermana de Matteo. Y Enzo, su hermano, ya lo conociste. —Señalo hacia el vehículo donde él sigue apoyado, observando toda la interacción.

Mi amiga mira hacia mi cuñado y se sonroja, algo raro de ver.

—Sí, lo conocí. Gracias por venir a buscarme al aeropuerto —murmura tímida—. No quería ser una molestia.

—Claro que no, eres nuestra invitada y no es molestia —responde rápido la madre de Matteo, abrazándola—. Muy bienvenida, querida. Espero que hayas tenido un buen viaje.

—Gracias. Fue todo tranquilo, sí.

—Un placer conocerte, Isa —Chiara la saluda con dos besos en la mejilla—. Giulia ha hablado mucho de ti.

—Me da miedo —bromea.

—Solo cosas buenas. —Chiara guiña un ojo.

—En ese caso, puede hablar —responde sonriendo.

—Vamos entrando, vamos —dice doña Eleonora.

—Voy a buscar mis maletas —avisa Isa, dándose vuelta, solo para encontrarse con Enzo sosteniendo su equipaje—. Yo… gracias.

—Yo me encargo.

Ella asiente.

—Giulia, querida, ¿por qué no llevas a tu amiga hasta su cuarto? Así puede refrescarse y descansar antes de la cena.

Miro a mi amiga.

—¿Entonces?

—Sería genial —reconoce.

—¡Vamos entonces!

Isa se despide de ellos y juntas subimos la escalera.

—Es enorme y tan hermosa —comenta a cada paso, sin saber ni dónde mirar.

—Aún no has visto ni la mitad —bromeo.

—Pero me lo vas a mostrar, ¿cierto?

—¡Claro! —respondo, pasando mi brazo sobre su hombro—. Estoy muy feliz de que estés aquí.

—Quiero verte decir eso dentro de unas semanas, cuando ya estés harta de mí.

—Sería más fácil sería intentar convencerte de que te quedes.

—Eso no debe ser tan difícil. —Guiña un ojo.

—No le des esperanzas a mi corazón sensible.

—¿Tú? ¿Sensible? ¿A quién quieres engañar?

—¡Caramba! Así es… —finjo estar ofendida, pero por dentro quiero reírme—. Esta es tu habitación, la mía es la puerta de entrada, por ahora. —Guiño un ojo.

—¡Suerte!

Cierro la puerta detrás de mí, todavía riendo por su último comentario.

—Vamos, quiero detalles.

—Pensé que el plan era que te duches y descanses.

Un golpe en la puerta llama nuestra atención.

—¿Visitas ya? —bromeo.

—Graciosita —responde, y va a abrir.

—Hola… —Apenas puedo escuchar tu voz.

—Tus maletas, Isabella —dice Enzo.

—Dios, debí haberlas bajado contigo. Gracias, y...

—¿Dónde las dejo?

—Puedes dejarlas aquí mismo. —Señala una esquina del cuarto y me quedo quieta, solo observando a mi amiga toda torpe—. Gracias, Enzo.

Él asiente para ella, luego para mí, y sale del cuarto.

Isa cierra la puerta y vuelve a mirarme.

—¿En qué estábamos?

—Ni recuerdo, olvidé todo contigo toda sonrojada cerca de mi cuñado.

—No seas ridícula. Estar cerca de él es intenso, solo eso…

—¿Solo?

—¿Qué quieres escuchar? Que es el hombre más guapo que he visto en la vida, incluso con esa cara de malo y esos ojos azules que parecen cubos de hielo…

—Mmm, te diste cuenta, ¿eh?

—Soy observadora y detallista.

—Lo sé, pero…

—Nada de peros, vamos, quiero saber todo de ti y tu mafioso, que parece Michele Morrone[6].

—¡Loca! —respondo, pero no puedo evitarlo—. Matteo es aún más guapo.

—Presumida. No eras así —dice, yendo hacia el baño—. Dios, hasta aquí es elegante. Creo que es más grande que mi cuarto.

—Eso no es mucha referencia —bromeo, recordando el cuarto diminuto que ella usa en la casa de la madrina, y recibo una mueca como respuesta—. ¿Ya viste tu vista? —pregunto, tirándome sobre la cama.

Isa abre los ojos.

—¡Tiene eso también! —Sale del baño y corre hacia la cortina, corriéndola.

—Mierda, es aún más bonito en persona.

—Te lo dije.

—Lo dijiste. Creo que me enamoré, en serio —exclama, sin saber dónde mirar.

—Te entiendo, amiga. Italia nos hace eso.

No responde. Queda unos segundos en silencio, con la mirada perdida en el horizonte.

—Gracias por invitarme.

—Nunca podría hacerlo sin ti.

Se acerca y se sienta a mi lado, tomando mi mano.

—Estoy muy feliz por ti. Todavía no hablé mucho con todos, pero ya se siente la energía.

—¿Energía? —Arqueo la ceja, siempre bromeando.

—Entendiste. No suelo equivocarme con la gente. Son buenos, incluso el hombre con cara de malo que fue a buscarme.

—Enzo —recuerdo.

—Hasta el nombre del desgraciado es bonito.

Muerdo los labios para no reír y ella pone los ojos en blanco.

—Voy a ducharme, si no nos quedamos aquí y no lo hago.

—Ve, yo sigo por aquí, hablando sin parar contigo.

—¿Todo esto es nostalgia?

—Solo una parte —respondo y ella me abraza.

—Yo también te extrañaba, Giu.

Como prometí, me quedo en el cuarto.

Ella en la ducha y yo de pie en la puerta del baño, hablando sin parar, como ya estamos acostumbradas a hacer.

—¡Eso es todo! —Suspiro, después de un resumen sobre la familia.

—Caramba, es mucha información. No recuerdo ni la mitad de los nombres.

—Los que importan y que tienes que recordar, ya conociste, bueno, excepto a Lucca que debe llegar más tarde.

—¿El consejero? —pregunta.

—Sí, él es el consejero de Matteo.

—Y el hermano, el subjefe, ¿cierto? Como el vicepresidente.

—Buena analogía, y sí, Enzo es el subjefe. Se encarga de las operaciones en Siena y asume la posición del *Don* cuando es necesario.

—¡Maldita sea, es real! Necesito leer más sobre la mafia.

—Cuanto menos sepas, mejor. Acá eres solo mi amiga y madrina de boda.

—Muy elegante. ¿Con quién voy a entrar? ¿Cuántos padrinos son?

—Vas a entrar con Enzo.

—Estás haciendo esto a propósito.

—Nunca.

Ella entrecierra los ojos, sin creer una sola palabra.

—Lo juro. Solo serán ustedes, y Chiara con Lucca. Eso sí será un problema.

—¿Por qué?

—Son como perros y gatos, créeme, te vas a dar cuenta.

—Sabes que creo que eso es solo una tapadera para las ganas locas que tienen de agarrarse.

—Creo que coincido con tu teoría —digo y justo en ese momento su estómago se queja—. Alguien tiene hambre.

—Sí, sabes que odio esas comidas de avión y después de bajar, ya encontré a tu cuñado, no tuve tiempo de comer nada.

—Pronto vas a poder darte un festín, te aviso, la comida acá es divina.

—Cuéntame, ¿es pasta, pasta y más pasta? —bromea.

—Siempre hay, pero hay otras opciones también.

—No puedo esperar —aplaude emocionada —, pero antes de bajar, necesito decir algo serio.

—¿Qué?

—Traje un vestido para tu boda, pero ahora creo que no alcanza.

—Para con eso, seguro es lindo.

—No sé, Giu. Pensé en una boda en el campo, pero no contaba con la mansión millonaria.

—Es muy diferente a una casa, ¿no?

—Diferente es poco. Hasta me da miedo tocar las cosas.

—Todos son sencillos.

—Confío en ti, pero volviendo al problema…

—No te preocupes, iremos a la tienda para ver los arreglos en mi vestido y seguro encontramos algo que te haga sentir más cómoda.

Isa niega con la cabeza.

—Giulia, sigo trabajando como analista de sistemas y cobro en reales. No creo que mi bolsillo tenga euros suficientes. —Ríe.

—Es un regalo mío.

—Yo soy la que tiene que regalar, no tú.

—¿Quién dijo eso?

—Nadie, así funciona.

—Yo te digo cómo funciona,eres mi madrina y vas a estar guapísima en esta boda.

—Caramba, ¿quién eres y qué le hiciste a mi amiga tacaña?

Estallo en carcajadas y cuando me doy cuenta, las dos estamos riendo.

—En serio, el gasto es mío.

—Giu…

—Puedo, amiga. Recuperé la plata de la consultoría falsa y además… —Miro alrededor.

—Ok, buscaremos algo lindo y desde ya gracias por el regalo, pero igual estás loca —bromea.

—Una loca que te quiere mucho —respondo—. Muy feliz de saber que estás aquí, a una puerta de distancia.

—¿Bajamos? Tu novio debe pensar que te secuestré.

—Vamos, pero ahora quiero saber algo.

—¿Qué? —Arquea la ceja, confundida.

—¿Cómo te fue en el auto con Enzo? ¿Pudiste pedir disculpas?

Isa se sonroja y muerde los labios.

—¿Qué pasa? Dime, me dejás curiosa.

—Sobre eso, no vas a creer.

—Cuéntamelo, AHORA.

—Curiosa.

—No tienes idea de cuánto.

—No necesito decir lo difícil que fue estar sentada en un auto junto a tu futuro cuñado.

—¿Excitante?

—Tenso —responde, poniendo los ojos en blanco.

—Ya veo. —Río.

—En serio, no sabes cómo fue estar dos horas en el auto con ese hombre.

—Créeme, lo sé. Matteo puede ser tan intenso como él, pero tú solo conocés el lado simpático.

—Y espero que siga así —bromea—. En fin, después de treinta minutos con él en silencio a mi lado, evitando respirar fuerte para no recibir una mirada mortal, decidí pedir...

—¿Y?

—No pude.

—¿Cómo es eso?

—Abrí la boca, pero me sorprendió.

—Cuenta eso.

—Me preguntó cómo hice para pasar las defensas del sistema y todo eso.

—¿Él qué? —Abro los ojos.

—Mi reacción fue igual que la tuya, shock.

—¿Qué respondiste?

—Después del susto, bueno… dije lo que hice, las fallas que encontré—. Se encoge de hombros. —Incluso sugerí algunas mejoras.

—Isa…

—Relájate, aproveché para aclarar que no tuve acceso a nada que justifique, ya sabes... que él me mate.

—No hiciste eso.

—No con esas palabras —responde, y hasta me da miedo imaginar cómo fue la conversación de ellos.

—¿Qué dijo?

—Me miró fijo unos segundos. —Se sonroja y yo la miro curiosa.

—¿Y?

—Cuando finalmente balbuceé un pedido de disculpas, él...

—Por el amor de Dios, Isabella Venturini.

Hace una mueca.

—Dios, qué estresada. Dijo: "Nunca te disculpes por ser inteligente" y después algo en italiano que, por supuesto, no pude entender, dada mi total asombro y desconocimiento del idioma.

—Guau…

—¿No es loco? Pensé que me iba a matar, al final me llamó inteligente. Podría ser sexy e inteligente, pero no se puede tener todo en la vida.

—¿Qué voy a hacer contigo? —murmuro.

—Invitarme a cenar. —Guiña un ojo—. Todo está bajo control, Giu, creo que yo y el señor callado nos entendemos.

—Bueno, para consolarte, creo que habló más contigo que conmigo en todo este tiempo —bromeo—. Quizá le gustaste —la molesto.

—Le gustó mi inteligencia —provoca.

—Y tú también, amiga.

Un golpe en la puerta nos sorprende.

—Puedes entrar —grito, y aparece la melena rubia de Chiara.

—Vine a comprobar que todo esté en orden. Mamá dijo que en diez minutos servirán la cena.

—Todo más que perfecto. Entra, Chiara. Íbamos a bajar ya, Isa estaba terminando de contarme cómo fue el viaje y su charla con Enzo.

—¿Charla? Si sacaste algo de él, ya es un progreso.

—Eso dije, que habló más con él que conmigo —insisto.

—Están exagerando. Solo hablamos un poco. Él es realmente —parece pensar en las palabras— intenso —termina y se sonroja al instante.

—Yo diría que es callado, pero creo que eso también sirve —bromeo.

—Perdón, estaba hablando de tu hermano. —Hace una mueca.

—Tranquila. Enzo es así, pero no te equivoques, está atento a todo. Ahora hablemos de planes para el resto de la semana. Mañana te dejaremos descansar y recuperar fuerzas en la piscina, ¿cierto, Giu?

—No cambien los planes por mí. Acepto todo.

—¡Ya me caíste bien! —Chiara guiña un ojo.

—Descanso, sí, señora. Créame, nosotros también lo necesitamos. Nuestra rutina ha sido pesada.

—Es su forma sutil de decir que mamá nos está volviendo locas.

—No dije eso. —Me sonrojo y ellas se divierten con la situación.

—En fin —continúa Chiara, y agradezco dejar de ser el centro de atención—. Después de la piscina, daremos una vuelta por la propiedad.

—Sí, a ver los olivares, créanme, yo tampoco lo hice aún. —Guiño un ojo—. Matteo consiguió un hueco en su agenda y va con nosotros.

—El... —Isa empieza, pero se detiene y sé exactamente adónde van sus pensamientos.

—Tranquila, Enzo difícilmente participará, y no tienes que huir de él. Juro que es buena onda —responde Chiara rápido.

—Claro que sí, ¿no, Isa?

Quiero decirle a Chiara que el problema no es ese, al contrario, pero me callo cuando recibo un codazo sutil.

Tengo amor por la vida.

—Pero vamos a lo que importa, después de volar más de diez horas necesito saber, ya saben, por fines de investigación.

—Dime —digo, sabiendo que viene algo loco.

—Me dio curiosidad —comenta Chiara.

—¿Es verdad que los italianos son buenos amantes?

¡Santo cielo!

Me atraganto con la saliva y mi cuñadita empieza a reír.

—Tal vez Giu pueda afirmarlo con más propiedad.

Qué malvada.

No debo estar roja, tal vez morada.

—En fin, no sabría decirlo por experiencia propia, pero viendo la cantidad de mujeres colgadas de mis hermanos, diría que sí.

Apenas me calmo, ya me sorprende la respuesta.

—De Matteo no, loca. Ya no —responde riendo—. Ahora solo tiene ojos para ti, pero Enzo y Lucca son unos viciosos.

—¿Enzo? —Arqueo la ceja. —Pensaba que era más reservado.

—Lo es, pero…

—Los callados suelen ser los peores, Giu —se manifiesta Isa.

—¿Desde cuándo eres experta en eso? —respondo entrecerrando los ojos. Hasta la última vez que hablamos, sus experiencias eran pocas y nada relevantes, como las mías, hasta entonces.

No más, ¡gloria!

—No lo soy, pero escuché suficiente. Siempre es así en las películas. Los nerds callados te sorprenden en la cama —dice, encogiéndose de hombros y mirando a Chiara y a mí.

—Ni en películas entiendo —bromea Chiara.

—Ah, claro, vas a decir que no hay ningún guapo por aquí. Giu me dijo que hay uno, ¿cómo era? consigl…

—*Consigliere* —susurro, mordiendo los labios para no reír.

—¿Ella dijo eso? —Chiara me mira como diciendo que habrá revancha.

—Solo dije que creo que tú y Lucca harían una linda pareja. Mi opinión.

—Eso porque ni siquiera tomaste aún.

No puedo contener la risa.

—Ignorala, Isa. Solo porque encontró a un marido guapo piensa que todas vamos a tener la misma suerte.

—Ah, tu hermano es guapo, sí, con todo respeto, claro.

Ninguna puede quedarse seria.

Las tres nos reímos hasta que nos duelen la barriga y las mejillas.

—Como decía… —sigue Chiara cuando logramos calmarnos —. No todas tenemos la misma suerte.

—Guau, estamos juntas —dispara Isa—. Solo vivo para trabajar, no hay diversión y en las pocas veces que me arriesgué, fue horrible. Prefiero mis juguetes.

—Ni eso puedo. Vivo preparándome para ser esposa-trofeo de algún hombre que podría ser mi padre o abuelo. Espera, ¿dijiste juguetes?

—Sí, tengo algunos. El arsenal de una soltera: succionador de clítoris, vibrador, ese tipo de cosas.

Chiara se sonroja.

No, sonrojarse es poco. Se pone muy, pero muy roja.

—¿Vas a decir que no tienes ninguno? —Isa lanza la pregunta del millón y ella solo niega con la cabeza.

—Ok, ganaste. Giulia, tenemos que animar a Chiara, qué tristeza. Ni un juguete tiene la pobre.

—Ya sé exactamente qué hacer —respondo—. Compras.

—Ahora sí que se puso interesante. Apuesto a que ni siquiera compraste lencería para tu noche de bodas, eso también lo podemos arreglar —comenta Isa y le acertó de lleno.

Con la locura de atender mil compromisos con la mamá de Matteo y la inseguridad golpeándome fuerte, ni pensé en eso.

—Realmente necesito ver eso —admito haciendo una mueca.

—De nada —Me guiña un ojo—. Vamos mañana, ¿sí?

—Creo que podemos ir a la piscina por la mañana y después hacer una escapada al centro comercial.

—¡Tenemos plan! —exclama Isa.

—Esto va a ser impagable. ¿Tarde de chicas entonces? —pregunta Chiara.

—¡Tarde de chicas! —respondemos Isa y yo al unísono.

—Perfecto —Aplaude emocionada—. Ahora, ¿qué tal si bajamos? La cena estaba casi lista cuando vine, y eso fue hace unos diez minutos.

—¡Vamos! —respondo animada.

Ya sabía que Isa iba a conquistar a Chiara con su forma espontánea y divertida; ahora queda hacer que mi amiga se sienta en casa en Italia, como yo me siento.

¿Quién sabe? A lo mejor decide quedarse, ¿no?



Julia

Never be the same – Camila Cabello
Girls just wanna have fun – Cyndi Lauper

Como ya imaginaba, la noche fue fantástica. La cena estaba deliciosa y la conversación, ni se diga, maravillosa.

Mi miedo era que Isa se sintiera fuera de lugar, pero los Zampieri demostraron una vez más que son excelentes anfitriones. La hicieron sentir bienvenida y mi corazón se calentó al tenerla entre nosotros.

Para ayudar, no faltó tema en la mesa y mientras Chiara y doña Eleonora se aseguraban de que no hubiera ni un minuto de silencio, con hasta Lucca y Matteo participando en algunos temas, Enzo solo observaba y me atrevo a decir que no apartó la mirada de mi amiga.

Mírenme shippando otra pareja.

En serio, necesito dejar de hacer eso, pero no puedo.

Y cuando pensé que no podía ser mejor, una sorpresa: juegos en familia. Chiara explicó que a veces hacen noches de juegos de mesa, como War o Clue.

Matteo, Enzo y Lucca se miraron y, después de unos segundos, aceptaron la idea, y yo ya sabía que sería humillada, cualquiera que fuera el juego elegido.

Al final, no fue tan malo.

Los seis jugamos "Clue", mientras doña Eleonora solo observaba la fiesta y traía delicias para comer durante la competencia.

El juego es individual, pero al diablo, allí eran mujeres contra hombres.

Yo perdí, claro, pero tuve el placer de ver a mi amiga derrotar a todos los mafiosos y descubrir todas las respuestas correctas.

—Sí, Enzo, hoy definitivamente no es tu día. ¿Cuándo es la última vez que pierdes en un juego de mesa? —provoca Chiara, y su hermano solo arquea la ceja.

—¡Carajo, hace mucho! —Lucca se une a la broma.

—Estoy empezando a pensar que facilitan las cosas —mi amiga contesta, desconfiada.

—¡Nunca! —explica Matteo—. Todos somos muy competitivos para eso. Tu mérito, Isabella.

Todos aplauden, incluido Enzo.

—Está todo fantástico, pero ya casi se me cierran los ojos.

—¿Te damos sueño, mamá? —bromea Chiara.

—Nunca, ustedes me mantienen despierta y con los pelos de punta, eso sí —bromea, levantándose de la silla.

—Yo también me voy. El cambio horario me está matando. —Sonríe Isa—. Muchas gracias por la recepción y por la noche maravillosa.

—Ah, amiga, descansa mucho. Mañana promete.

—¡Seguro! —responde Chiara, sonrojándose.

—¿Qué hay mañana? —pregunta Matteo, directo como siempre.

—Vamos al centro comercial a comprar ropa. Isa también necesita ver un vestido.

—Quiero que Raffaele vaya con ustedes —dice mi mafioso, siempre preocupado.

—Tranquilo, Teo. Iremos acompañadas por los soldados.

Él asiente.

Uno a uno, todos se van despidiendo y yéndose a sus habitaciones, hasta que solo quedamos nosotros dos en la sala

vacía.

Me acurruco contra su pecho, inhalando su perfume, y Matteo levanta mi mentón con el dedo índice.

—Gracias por esto —susurro, rozando mis labios con los suyos.

Matteo arquea la ceja, sus ojos marrones sobre mí.

—Por traerla, por recibirla aquí, realmente necesito a mi amiga.

—Todo por ti, amore mio —responde, y mi corazón se acelera con sus palabras.

¿Acaba de llamarme su amor?

Respiro. Debe ser solo una forma cariñosa, igual que cuando me llama diablita.

No tengo duda de que hay algo entre nosotros, pero nunca hubo una declaración formal.

Di algo, cualquier cosa.

—¿Ya le contaste a tu hermana que va a entrar con Lucca en la ceremonia? —me sale de la nada y muerdo mis labios, nerviosa. Al menos es una pregunta pertinente, puede ser peor.

—Cuento con que tú hagas los honores.

—Ni pensarlo, ya se lo conté a mi amiga, eso es cosa tuya.

—Lo haré mañana temprano.

—Antes de la boda estaría bien —bromeo—. Quisiera ser una mosca.

—¿Divirtiéndote, no?

Intento ponerme seria, pero fallo, esbozando una sonrisa enorme.

—Solo un poco. —Matteo estrecha la mirada—. Bueno, mucho. ¿Qué tal te fue con Lucca? ¿Dijo algo?

—¿Qué tendría que decir? Él simplemente aceptó.

—¡Claro que sí! —susurro. El *consigliere* no es nada tonto.

—Chiara también debe estar sospechando. No es como si tuvieran muchas opciones. Ella va a quejarse, pero acepta.

—Lo sé, pero...

—Eso lo resuelvo mañana.

—Perfecto.

—Te acompaño hasta tu cuarto, *bella.* —Acaricia mi cabello —. ¡Es tarde!

—Me estás despachando, *Don* Zampieri.

—Cuidando de mi salud mental y de mis pelotas.

—¿Qué? —casi grito.

—Juro que si me quedo un minuto más cerca de ti, van a explotar.

Intento no reír.

Intento.

—¿Te parece gracioso?

—Pobrecito.

Con facilidad me carga en brazos y nos lleva al piso de arriba.

—No soy liviana. Vas a acabar con tu espalda.

—¿Me llamas viejo?

—Estás poniendo palabras en mi boca —respondo, y de inmediato pienso en otra cosa.

—Carajo, Giulia.

Y él sabe exactamente qué, porque mis mejillas me delatan.

—Diabla. —Con cuidado me pone en el suelo y abre la puerta del cuarto.

—Podría ayudarte con tu problema. —Hago un gesto con la cabeza hacia abajo y él frunce el ceño.

Matteo agarra mi nuca, acercando su boca a mi oído.

—Siete días, *diavoletta*. Y no tengas dudas, recuerdo todas tus provocaciones —gruñe, enfatizando cada palabra, haciendo que mi cuerpo se erice.

—¿Todo eso es rencor? —provoco.

—¡No! —Muerde mi labio solo para pasar la lengua después, haciéndome desear más—. Son promesas. —Entonces, sin aviso, se aparta, dejándome caliente y con ganas de más.

Mucho más.

Siete días y contando.

—Ni recuerdo la última vez que voy a una piscina —comenta Isa en cuanto pisamos el área externa.

—Otro motivo para disfrutar aquí.

—Eso es. No quiero saber nada de trabajo en los próximos días.

—Próximas semanas —corrijo.

—Dudo que me dejen en paz tanto tiempo, pero lo intentaremos.

—Te lo mereces. ¿Cuándo es la última vez que te fuiste de vacaciones?

—En teoría, el año pasado. En realidad, solo Dios lo sabe.

—Pues no dejaré que ellos o tus primos te molesten. Celulares apagados, doña Isa.

—Sí, señora. ¿Dónde está Chiara? Pensé que vendría con nosotros.

—Va a venir, pero Matteo la llamó para hablar.

—¿Problemas?

—No. —Hago una mueca—. Solo un detalle sobre la boda.

—¿No sabe que va a entrar con ese tal Lucca?

Ágil como siempre.

—No.

—Eso es cruel.

—Prefiero llamarlo un "empujón".

—Siempre queriendo hacer de cupido.

—¿Funciona?

—¿Conmigo? ¡No!

Ya veremos.

Diez minutos después llega y por su cara entiendo que la noticia ya está dada.

—Ya pensábamos que nos ibas a abandonar.

—Ni pensarlo —responde, acostándose en el sillón a nuestro lado—. Solo necesito unos minutos para... recomponerme.

—¿No estás enojada? —pregunto.

—Ya me lo imaginaba. —Se encoge de hombros—. Mira el sacrificio que hago por ti, cuñada.

—Siempre puedes aprovechar para pisarle el pie —comenta Isa.

—¿Qué? —casi grito—. ¿Eso es un consejo?

—Solo digo. —Se encoge de hombros.

—Me gusta cómo piensas. —Chiara sonríe y ya puedo ver toda la malicia en su mirada—. Isa es de las mías.

—¿Ya les dije que ustedes dos están locas?

Las tres nos echamos a reír.

La mañana pasa volando y cuando estamos a punto de salir, me sorprende ver a Matteo aparecer en la piscina.

—Espero que hayas usado protector solar, *diavoletta* —susurra cerca de mi oído y luego roza sus labios con los míos.

—Oigan, busquen un cuarto —bromea Chiara y muerdo mis labios, sonrojada por la atención—. ¿A qué debemos el honor de la visita ilustre?

—Lucca, Enzo y yo tenemos que salir, pero regresamos al anochecer. Disculpen, ¿podemos pasear por los olivares mañana?

—Claro, no hay problema.

—Ya hablo con Raffaele, él y algunos hombres más las acompañarán al centro comercial. Que se diviertan.

—Ah, claro que sí, y luego me lo vas a agradecer, hermano.

Matteo arquea la ceja y sé que ella lo deja curioso.

—¿Algo que necesito saber?

—Sorpresa, futuro marido.

—No me gustan las sorpresas.

—Esta sí, te la prometo.

Mete los dedos entre mi cabello, atrayéndome para un beso nada formal, pero no me importa que haya espectadores; solo disfruto, adorando cada segundo de Matteo mostrando cariño.

—Hasta más tarde, *ragazza*.

—Hasta… —suspiro, con el corazón a punto de salirse.

—Mejor date un chapuzón, amiga.

—¿Ah?

—Desde aquí se ve que estás que ardes —bromea Isa, riendo, y Chiara se une a la burla.

—Son terribles —replico, sonrojándome un poco más—. Creo que ya es suficiente piscina para nosotras. ¿Qué tal si nos arreglamos y vamos a ver lo que nos interesa?

—¡Vamos!

Tres horas después, lo único que quiero es irme a casa, pero al menos hemos resuelto el problema principal.

El vestido de Isa fue comprado con éxito.

Claro que fue difícil, y no quiso aceptar el regalo de ninguna manera, pero Chiara y yo hicimos un buen trabajo convenciéndola.

El vestido le queda absolutamente divino. Y sé que le encanta. Vi su cara cuando se miró en el espejo de la tienda.

—¿Mansión? —pregunto al salir de la tienda de artículos de masaje/sex-shop. Gracias a Dios, la sección de juguetes eróticos está escondida. Juro que no podría mirar a los soldados si supieran lo que vinimos a comprar.

—¡Ni pensarlo! Ahora solo falta esa ropita especial.

—Mmm, estoy tentada a usar una nueva que traigo de Brasil. Está casi sin uso.

—Ni pensarlo. Seguro es una tanga —dispara Isa sin filtro.

—¡Claro que no! —me defiendo después de unos segundos.

—Pensaste demasiado. Seguro es grande.

—Cómoda, es la palabra correcta.

—El objetivo no es la comodidad, Giu.

—Exacto, no porque tu luna de miel sea en la habitación de mi hermano significa que no será divertida. Vamos a hacerlo trepar por las paredes.

—¡Chiara!

—Solo digo la verdad.

—¡Eso dijo! —complementa Isa.

—Vamos a ver eso rápido, pero ustedes también tienen que comprar algo.

—¿Y mostrárselo a quién? Solo al espejo —replica Chiara.

—Nunca se sabe qué puede pasar mañana.

—¿Se supone que debo casarme virgen, sabes?

—Tu futuro marido puede verte con ella —respondo, guiñando un ojo—. Y solo digo que compres una ropa interior, nada

más.

—Después dicen que yo estoy loca —replica.

—Yo también voy a comprar una de recuerdo, porque las chances de que alguien la vea son remotas.

—Ustedes se quejan demasiado.

—Lo dice la mujer que se casa el sábado. —Isa no pierde la oportunidad de bromear.

—Ya llegamos —avisa Chiara, y con una señal, los soldados que caminan unos pasos detrás de nosotras se colocan frente a la tienda, no sin antes uno de ellos asegurarse de que no haya ningún peligro adentro.

—¿Eso es realmente necesario? —pregunta mi amiga, observando todo con curiosidad.

—Recuerda lo que pasó cuando fuimos a la discoteca.

—Dios, es verdad. Ustedes estaban en el baño. Ya ni para hacer pis en paz se puede —bromea, intentando relajar el ambiente.

—Todo seguro, señorita Tomazini —informa, y le doy las gracias.

—Pronto, señora Zampieri. ¿Está preparada? —susurra Isa a mi lado.

—Para, que ya me está dando dolor de estómago —exclamo, con el corazón acelerado solo de pensar que está casi aquí—. Menos mal que tu mamá no viene —comento mirando a Chiara, que está a unos pasos, mirando las vitrinas con atención—. No podría haber visto esto con ella presente.

—Pagaría por ver eso. Mamá viendo estos pedazos de tela. ¿Qué tal este? —me molesta, señalando un hilo de encaje blanco que no cubre nada.

—Mejor no ponerse nada —respondo, poniendo los ojos en blanco.

—No creo que escuches quejas —responde.

—Vamos a intentar encontrar algo con un poco más de tela —bromeo.

—Giu, he encontrado algo absolutamente perfecto para ti —dice Chiara, apenas conteniendo su emoción.

—Si es otra tanga, paso —empiezo, dándome vuelta para verla y me quedo paralizada al ver lo que tiene en la mano.

Lindo es poco...

Un corset blanco de encaje, con la espalda en tul, y además viene con un conjunto de liga.

—¡Puta madre! —exclama Isa a mi lado—. Tienes que llevártelo, Giu.

—¡Matteo va a infartarse!

Dios me libre, quiero al hombre vivo... bien vivo.

—¿Entonces? —pregunta Chiara—. ¿Ya puedo pedir que lo envuelvan?

—¡Sí! —afirmo sonriendo—. ¡Me encanta!

—Vaya, será mejor que encontremos tapones para los oídos también, si no, nadie dormirá en la mansión.

Isa se ríe y hasta la vendedora se pone roja.

—Mejor así —sigo la broma.

—Pícara. —Tose mi amiga, y le guiño un ojo.

—Eso dicen, mejor prevenir que lamentar, ¿no? Ahora díganme qué quieren, porque no sé ustedes, pero esta novia está loca por poner los pies en alto y descansar.

ateo



Walking the Wire – Imagine Dragons
Certain Things - James Arthur feat Chasing Grace
Imbranato – Tiziano Ferro

Los últimos días han sido una verdadera locura, pero logré atender las reuniones con los capos de Lucca y Pisa, y mi mayor interés era saber si Genovese tenía nueva información sobre el movimiento de las mafias rivales en la región de Piamonte y Lombardía.

Nada.

Como ya esperaba, todo está en la más absoluta tranquilidad.

Hasta el viejo Del Vecchio está tranquilo.

Enzo y Lucca llevan días hablando con nuestros asociados, intentando conseguir alguna información nueva, algo que nos ponga un paso adelante, pero las ratas se escondieron.

Nuestra última pista es lo que conseguimos con el gerente de la empresa de limpieza. Después de que Enzo trabajara unas horas con él, ese hijo de puta admitió que las mujeres no entraron mediante una selección normal, sino que fueron "contratadas" por pedido de un cliente especial, y que debían ser asignadas a ciertos puestos, en fechas específicas.

Juró que no sabía nada más, que solo seguía órdenes. Claro que no le creímos y, en un último intento de salvar su vida, reveló otra pieza del rompecabezas.

F7.

Sea lo que sea que signifique esta mierda.

Solo gritaba eso mientras Enzo tallaba su cuerpo.

—¿Todavía vas a caminar por la propiedad? —pregunta Lucca al entrar en la oficina acompañado de mi hermano.

Miro la hoja con varios F7 escritos y no tengo dudas, necesito despejar la mente, mostrar los olivos a Giulia e Isabella, como prometí. Parece un buen plan.

—Lo prometido es deuda —digo, arrugando el papel y apuntando a la basura con precisión.

—¿Quieres acompañarnos? Hace tiempo que no caminamos por la plantación.

—Yo voy —señala mi hermano, sorprendiéndome.

—¿Ves? Deberías hacer como Enzo.

—Creo que el interés de él no está en los olivos —comenta, pero mi hermano ni se inmuta.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Nada. Lucca solo necesita ocuparse, eso es todo.

Miro de uno a otro sin entender absolutamente nada.

—¿Sabes qué? Yo también voy, esto va a estar interesante —responde mi *consigliere*, divirtiéndose con la situación.

—No quiero problemas con la amiga de Giulia, mantén tu polla bajo control —aviso.

—No es con la mía con la que tienes que preocuparte —se burla.

—Los veo allá afuera —avisa Enzo, cerrando la puerta tras de sí.

—Deja de molestarle —comento cuando quedamos solos.

—¿Cuándo viste a tu hermano molesto por una falda? ¿O por una broma mía?

—Nunca —respondo rápido.

—Exacto, ese es mi punto.

Maldita sea.

—Vamos a hacer esto de una vez.

Independientemente de los comentarios de Lucca, el paseo se hace sin sorpresas, bueno, excepto por la presencia de ellos dos y tengo la sensación de que ni mi hermana ni la amiga de Giulia contaban con esos invitados extra. Pero fuera de eso, fue lindo ver sus miradas encantadas mientras caminábamos entre las filas.

Les expliqué sobre el cultivo, que lleva generaciones, y que producimos nuestro propio aceite de oliva extra virgen.

—No sabía que la familia tenía una marca de aceite —dice Giulia sorprendida.

—Es uno de nuestros muchos negocios —explico, apoyando la mano en su espalda mientras volvemos al lugar donde dejamos el auto.

—Dios mío, no tenía idea.

—¡Qué increíble! La sensación que tengo es que las fotos nunca serán suficientes para mostrar este lugar.

—Te lo dije, amiga, mejor verlo en vivo. Haz las maletas y múdate aquí.

—Estoy de acuerdo —Chiara se suma a la broma.

—No me tientes —responde, y yo me quedo observando a mi hermano, con la mirada fija en la brasileña.

Lucca tiene razón. La chica le movió algo. Solo espero que no se convierta en un problema, porque hasta donde sé, su estadía aquí tiene fecha límite.

—Gracias por el paseo, realmente me encantó conocer este lado de la propiedad.

—Tenía una deuda contigo, *diavoletta.*

—Más que saldada —responde sonriendo—. Ahora tengo que pensar en nuevas cuentas por cobrar. —Parpadea y se sonroja al instante.

Mierda.

La chica está decidida a arruinar mi autocontrol. La acerco a mí, pegando su cuerpo al mío, indiferente a nuestro entorno.

—¿Qué tienes en mente? —susurro en su oído—. Te doy permiso para todo, con el mayor gusto.

—No sabes lo que pensé —balbucea, aún más roja, con la respiración agitada.

—Ah, *ragazza*, eres demasiado transparente.

—Ustedes dos, compórtense, faltan pocos días para la boda —bromea mi hermana y me alejo con una sonrisa llena de promesas.

—Eso me recuerda que tenemos que organizar tu despedida de soltero, Matteo —dice Lucca, para horror de mi hermanita.

Durante los minutos siguientes, Lucca y Chiara discuten sobre si debe haber o no despedida de soltero. Él argumentando que es tradición y ella diciendo que si la hay, las chicas también harán la suya.

Lo que no saben ellos es que me importa un carajo todo eso. Y, a juzgar por la mirada de Giulia, a ella también.

Mi despedida fue hace meses, cuando Giulia Tomazini entró en mi vida.

Podría acabar el tema ahora mismo, pero dejo que sigan discutiendo un poco más.

Es divertido y me distrae de la loca necesidad de cargar a la novia sobre mi hombro y llevarla a mi cuarto ahora mismo.

Respiro profundo, sabiendo que la tortura está por terminar.

Se acerca el gran día.



Julia

Love me like you do – Ellie Goulding

Casi no pude dormir. Mi mente no paraba de pensar y sentía el corazón a punto de salirse del pecho.

Llegó el gran día.

El día en que me convertiré en una Zampieri.

Me levanto de la cama y camino hacia la terraza. El cielo azul, sin una nube, es una buena señal.

La mansión ya está a mil, desde ayer hay un montón de empleados trabajando en la decoración, armando carpas para proteger a los invitados del sol.

Todo está quedando tan lindo.

Ay, mamá, cómo me gustaría que tú y la abuela estuvieran aquí.

Miro mi anillo de plata con obsidiana negra y una sensación de paz me invade. Ellas están conmigo.

Siempre.

Miro el reloj y veo que todavía es temprano, así que decido darme una ducha antes de que comience el caos.

Ayer, cuando me despedí de todos, me prohibieron salir de la habitación.

Sonrío al recordarlo.

Doña Eleonora fue categórica: *Ni se te ocurra ver al novio antes de la hora, jovencita.*

Claro que Matteo tocó suavemente la puerta y solo de recordarlo siento que el corazón se me acelera. Dijo que todavía podía ver a la novia, porque faltaban pocos minutos para la medianoche.

Apenas pude abrir la boca.

Estaba hermoso, ya sin el típico traje, pero la sudadera gris y la camiseta blanca no ayudaban a mantener mis ojos solo en su rostro.

Me acarició la mejilla con el dedo índice y cuando pensé que se iba a pegar contra la pared para darme ese beso, no.

Se acercó y susurró en mi oído:

Buenas noches, diavoletta. Mi sueño siempre ha sido ligero, pero hoy, si pudiera, desearía cerrar los ojos y despertar mañana. Haría que el tiempo pasara rápido porque, demonios, no veo la hora de que seas completamente mía… mi esposa.

Luego rozó sus labios con los míos en un beso contenido, una caricia suave, un beso que decía tanto y yo solo pude balbucear… *mañana*, y verlo alejarse.

Bueno, mañana llegó y el leve golpe en mi puerta es un recordatorio de eso.

—Hola.

—Servicio a la habitación para la novia —suena la voz inconfundible de Chiara y no puedo evitar sonreír.

Abro la puerta y la veo acompañada de Isa, que trae una bandeja llena de delicias que solo puedo imaginar que llevan el toque de doña Eleonora.

—No es porque mamá te prohibió salir del cuarto que te voy a dejar pasar hambre.

—Al fin y al cabo, tienes que tener fuerzas —agrega Isa, guiñando un ojo con picardía.

—Temprano y ya estás pensando en eso, amiga.

—Me vas a decir que tú no.

Me quedo callada.

—¡Lo sabía!

—Por favor, recuerden que es mi hermano. Nada de detalles sórdidos —resopla Chiara, pero también está riendo.

—Van a tener que comer conmigo, es mucha comida.

—Seguro, vamos.

Durante los minutos siguientes comemos y charlamos, y claro que intento sacarles alguna información.

—Está quedando todo tan lindo.

—Deja de torturarme.

Un golpecito en la puerta llama mi atención.

—Yo abro, a ver si es Teo tratando de hacer trampa. —Abre una rendija—. Mamá… guau —dice al abrir la puerta, y doña Eleonora Zampieri entra con un enorme ramo de girasoles y una sonrisa gigante en el rostro.

—Buenos días, hija mía. —Me da un beso cariñoso en la frente—. Esto es para ti, Matteo pidió que te lo entregara.

—Oh…

—¿Quién diría que mi hermano era romántico? Estoy sorprendida.

—Son hermosos —digo, sorprendida por su gesto, y de inmediato me invaden los recuerdos de nuestro paseo.

—Hay una tarjeta, querida —informa mamá, y con cuidado abro el sobre. Dentro hay una nota escrita a mano.

Julia,
Nuestra tradición dice que las mujeres de cada capo deben recibir, con ocasión del matrimonio, el anillo de plata con la obsidiana oval, grabado con el escudo de su nueva familia y el nuestro.
Pienso mucho al respecto y nunca podría pedirte que retires el anillo de tu abuela.
Es impensable.
Ese anillo es perfecto, tú eres Tomazini y ahora te conviertes en Zampieri.
Y más aún, es a través de él que te encuentro, que sé que eres famiglia.
La tradición no se rompe, se adapta.

Se moldea a la realidad, a la nuestra.
Y como Don de la Mafia de Siena, voy más allá...
Creo una tradición nueva, solo nuestra.
Te entrego este anillo.
No tiene nada que ver con la mafia o las familias, y sí con todo lo que eres tú, yo, nosotros... y con lo que espero de nuestra unión.
Dicen que este es el anillo de la felicidad, que cada eslabón representa amor, salud, prosperidad, suerte, bendiciones, alegría y éxito.
Si eso es verdad, no lo sé.
Pero puedo decir que mi felicidad es tenerte a ti, diavoletta.
Hasta más tarde, tu Don, Matteo.

Oh, demonios.

Me muerdo los labios intentando contener las lágrimas, pero el llanto llega.

—Esto también es para ti, querida —dice doña Eleonora mientras me entrega una caja de terciopelo negro. Con las manos temblorosas, la abro y me encuentro con un hermoso anillo formado por siete aros delgados, alternados de oro blanco y dorado.

Las lágrimas ruedan por mi mejilla mientras deslizo la joya por mi dedo.

—Yo… —no logro ni terminar la frase.

Mi corazón parece a punto de estallar.

Maldita sea, Matteo, si esto eres tú sin corazón… Demonios, imagina si tuvieras uno.

—Qué hermoso —dice su madre, también emocionada.

—Menos mal que nadie me hizo el maquillaje. Disculpen —suspiro.

—No tienes nada que disculpar, querida. —Me abraza fuerte y también está llorando—. Fui a entregar mi anillo a Matteo hace unas semanas —comienza, pero hace una pausa y respira profundo al verme tan emocionada—, él me dijo que no.

—Nunca podría tomar el tuyo —le digo, sosteniendo su mano.

—Como matriarca, se esperaba que yo te entregara el anillo que me dieron en mi boda. —Acaricia mi mano—. Pero mi hijo tuvo la sutileza y sensibilidad de entender cuánto significa para ti este anillo. —Señala el que tengo en mi mano, el de mi abuela.

—Sí —murmuro, con los labios temblando.

No puedo imaginarme sin él.

—Tiene razón, las tradiciones no son inmutables, no es un anillo el que hará que seas la nueva matriarca de la familia, ya lo eres desde que te eligió a ti. Tú eres su elegida y este nuevo anillo que te dio solo lo confirma, hija mía.

¡Dios mío!

Más lágrimas caen y no puedo resistir. Me entrego y dejo que salgan, dejando que las emociones fluyan.

—Gracias —suspiro.

—Yo te agradezco a ti, querida. Por entrar en nuestras vidas, y solo pido que Dios ilumine cada día la unión de ustedes. —Acaricia mi rostro.

Miro a nuestro alrededor y Chiara e Isa están llorando.

—Vaya, las maquilladoras van a tener trabajo —dice Chiara, haciendo una mueca, y sonrío entre lágrimas.

—Basta de lágrimas, chicas. Vamos a arreglarnos que tenemos una boda que atender —agita Eleonora, secándose las lágrimas con un pañuelo, mientras Isa y Chiara aplauden emocionadas.

Apenas termino de secarme el rostro, el cuarto se llena de mujeres que vinieron a cuidar nuestro cabello, maquillaje, uñas, masajes, todo lo que puedan imaginar.

Creo que nunca me habían mimado tanto.

La primera en estar lista es la madre de Matteo, deslumbrante con un vestido dorado liso de chiffon, con pequeños detalles de encaje.

—Guau —comento mientras me arreglan el cabello, sin poder contener la impresión.

—¿Te gustó, querida?

—Demasiado hermosa.

—¡Mamá, qué es eso! Estás espectacular —dice Chiara, ya maquillada y con el cabello listo, solo le falta el vestido.

—Ah, dejen eso. Vamos que quiero verlas listas, estoy ansiosa.

Somos dos.

—Vamos, Isa, estamos ansiosas aquí —bromeo, pero ni termino la broma cuando ella sale de la suite, donde se estaba cambiando con la ayuda de una de las mujeres, y puta madre.

—Caramba, estás maravillosa.

—¿En serio? —pregunta, dando vueltas; su vestido es rosa claro, parecido al de Chiara, con cuello y plisados arriba, suelto, muy lindo.

Enzo ni va a saber qué lo golpeó.

Ahí voy de nuevo.

Concéntrate, Giulia.

—Aham, diría que hoy podrías conseguir un italiano para llamar tuyo —no me aguanto y ella pone los ojos en blanco.

—Isa está demasiado linda. No puedo esperar a ver a Enzo sin palabras al verte.

—¿Enzo? —pregunta su madre sin entender nada y mi amiga se sonroja.

—Tu turno, Chiara, vamos que queremos verte en la pasarela —bromeo cambiando de tema, e Isa me guiña un ojo.

Después de unos minutos vuelve y me quedo sin palabras unos segundos.

—Oh, hija mía, pareces una…

—Princesa —completo, y es la pura verdad.

Nada sensual, ni con aberturas como yo habría imaginado para ella.

Un vestido rosado, de tirantes delgados, corpiño incrustado con mini cristales que brillan con cada pequeño movimiento, combinado con una falda de capas y capas de tul que forman el conjunto perfecto.

—¿Les gustó? Algo recatado para mis estándares, pero no quería molestar a Teo en su gran día.

—Ah, no te preocupes, seguro vas a molestar a alguien más —bromeo—. Tu hermano se encargará de que el pobre Lucca no se te despegue —advertí.

—No hablemos de cosas malas ahora. —Hace una mueca, pero la conozco lo suficiente para saber que en el fondo está ansiosa por verlo.

—Seguro que él estará ocupado alejando a los buitres de encima de ti —completa Isa.

—Basta, tontas.

—Todas están hermosas, pero quiero saber de la señorita —dice doña Eleonora, mirando hacia mí—. Nuestros invitados ya están llegando.

—Ya terminé aquí —anuncia la maquilladora, retirándose, y miro mi reflejo en el espejo.

Guau…

El maquillaje es suave, un leve ahumado en los ojos, el labial nude, pero carajo, la mujer es buena, y confieso que siento un cosquilleo en el estómago pensando que solo falta el vestido.

Mi cabello largo está semi recogido, las ondas cayendo sobre mi espalda, con un adorno de rosas blancas prendido en medio del peinado trenzado arriba.

—Ok, es hora de vestirme.

Respira. No te alteres.

—Ay, Dios. —Chiara aplaude emocionada.

Voy a la suite donde espera el vestido y con la ayuda de la mujer que se encargó de mi cabello y maquillaje, me visto.

El vestido hecho a medida queda perfecto.

Paso las manos delicadamente por la tela, ansiosa por ver su reacción y poder mirarme al espejo de cuerpo entero que está afuera.

—Estás hermosa, señorita —comenta la mujer, mirándome.

—Gracias. —Sonrío.

—¿Puedo abrir? —pregunta con la mano en la manija.

Asiento, respirando fuerte.

Abre la puerta y allí están las tres, con los ojos abiertos de par en par.

—Oh, Dios. —Mamá es la primera en hablar y veo que sus ojos se llenan de lágrimas.

—Nada de lágrimas —suspiro, sonriéndole, y ella asiente respirando profundo.

—Carajo, Giu —dice Chiara, mirándome sorprendida—. Estás muy, muy hermosa. Dios…

—Sin palabras para ti, amiga. Solo maravillosa —exclama Isa, mirándome de pies a cabeza.

—Ustedes son sospechosas —bromeo, dando una vuelta.

—Matteo ni va a saber qué le pasó —dice Chiara y silba—. Quizás te cargue al hombro como un saco de papas y te lleve directo a la habitación —bromea, guiñándome un ojo.

—¡Chiara! —reprende doña Eleonora y todas se ríen.

—Ya lo hizo por menos —comenta seria—. Relájate, Giu, solo va a quedarse con la boca abierta. Estás fantástica.

Sonrío con su comentario, pero mi corazón parece que va a salirse del pecho.

Me muerdo los labios, nerviosa, pero no puedo dejar de mirar mi reflejo en el espejo.

El vestido largo, sin mangas, todo de encaje floral y pequeñas cuentas, tiene un escote en V pronunciado. No es indecente, pero llama la atención; la espalda está descubierta. Es delicado y fino, y realmente me siento una princesa en mi propio cuento de hadas, moderno y ligeramente original.

—Matteo va a amar esto, porque no hay otra opción —dice su madre, parándose a mi lado—. La cola está aquí, querida.

Del mismo encaje del vestido, pero con capas de tul, es absolutamente hermosa.

Preciosa.

—Me pregunto cómo estarán los hombres, porque las mujeres ya están listas —comenta Chiara mientras su madre toma mi ramo, que por casualidad es de girasoles y margaritas pequeñas, y lo pone sobre la cama.

—¿Qué tienen ustedes con los girasoles? —pregunta Isa, admirando el arreglo.

—Eso es tema para otro día —respondo.

—Ah, la caminata —dice, estrechando la mirada hacia mí—. Me encantó, Giu. Serás la novia más linda.

—Gracias, amiga. —La abrazo cuidando de no arruinar su maquillaje ni el mío.

Un golpecito leve en la puerta atrae nuestra atención.

—¿Sí? —pregunta mamá.

—Es hora de que bajen la madre y las damas de honor —anuncia una voz desconocida y siento que el estómago se me revuelve.

—Creo que vamos a descubrir cómo están los hombres ahora —bromea Isa respondiendo a Chiara.

—¡Dios, está pasando! —digo nerviosa.

—Tenemos que bajar, querida —dice Eleonora, deteniéndose frente a mí y mirándome con sus increíbles ojos azules; luego, con cuidado, me besa en la frente—. Nos vemos allá, hija mía.

No respondo. No puedo.

Solo sonrío, esperando que todo realmente sea impermeable.

Isa y Chiara se acercan, con los ojos llenos de lágrimas.

—Vayan… no me hagan llorar.

—Hasta pronto, *mia sorella* —dice Chiara con los ojos vidriosos, y demonios, siento que los míos comienzan a arder y la ceremonia ni siquiera empezó.

—Me llamó hermana —suspiro cuando quedamos solo Isa y yo frente a frente.

—¿Quién no querría a alguien como tú? También eres la hermana que la vida me dio —dice con la voz entrecortada y me obligo a respirar profundo—. Pero no te preocupes, yo comparto, Chiara es buena.

Sonrío.

—Estás deslumbrante, amiga —aprieta mi mano—. Estoy tan feliz de poder estar aquí, de compartir este momento contigo. —Asiento con la cabeza porque me siento igual—. Seguro que tu mamá y tu abuela están festejando en el cielo hoy, viéndote tan linda… y feliz.

—Lo estoy —suspiro, luchando contra las lágrimas.

—Me voy antes de que tu maquilladora me mate. —Me guiña un ojo—. Tengo un italiano guapo para encontrar —susurra solo para mis oídos y me dan ganas de reír.

Loca.

Las acompaño a salir del cuarto y aquí estoy, sola con mis pensamientos.

Miro el espejo y el maquillaje sigue intacto.

Gracias, Dios. Han sido tantas emociones que casi es un milagro.

No pasa mucho cuando vuelven a tocar la puerta.

Respiro profundo y abro.

Mi tío abuelo está parado en el pasillo, elegante con un traje gris claro, y juraría que vi emoción cruzar por su mirada.

—Estás hermosa, *bambina*.

—Gracias —suspiro.

—Yo agradezco este honor —responde, extendiendo el brazo en señal de invitación—. ¿Vamos?

Inspiro profundo, una, dos, tres veces.

Llegó el momento.

—Vamos —respondo con una sonrisa enorme.

Las cosas quizá empezaron complicadas y confusas entre nosotros, pero siempre hubo algo…

Nunca fui indiferente a este hombre que llegó a revolucionarlo todo.

La vida y sus misterios nos trajeron hasta aquí, pero ahora, a punto de encontrarme con Matteo en el altar, ante su familia y parte de la mía que nunca imaginé que existía, no tengo dudas.

Su esposa, su mujer… eso es lo que quiero ser.

CAPÍTULO 29
Matteo



"Something about you
Tienes alguna cosa en t
It's like an addiction, hit me with your best shot, honey
Es como una adicción, golpéame con tu mejor tiro, cariño
I've got no reason to doubt you
No tengo motivos para dudar de ti
'Cause certain things hurt and you're my only virtue
Porque ciertas cosas duelen y tú eres mi única virtud
And I'm virtually yours
Y soy prácticamente tuya..." – *Trecho de Certain Things – James Arthur feat Chasing Grace*

O sole mio – Luciano Pavarotti & Bryan Adams
Com te partiro – Andrea Bocelli

Finalmente, carajo.

Llegó el día y estoy nervioso como nunca. No sé si alguna vez estuve así. Me costó mucho más de lo normal dormirme y, cuando desistí de dar vueltas en la cama, me levanté y fui al gimnasio a pegarle al saco de boxeo.

Necesitaba descargar.

Tendré un día largo, hasta que tenga a la *diavoletta* solo para mí.

Ahora, en el cuarto, después de una buena ducha y de que el barbero me haya recortado la barba y el cabello, estoy terminando de arreglarme cuando alguien toca la puerta.

—Puede entrar —aviso.

Aparece mi hermano, ya vestido.

Elegante, usando solo tirantes y corbata.

—¿Te libraste del traje?

—Ordenes de mamá. —Se encoge de hombros—. Lucca y yo estaremos así.

—¡Maldito suertudo! —murmuro, porque me encantaría poder estar sin el traje también.

No entiendo nada de estas cosas de boda. Giulia y mi mamá se encargaron de todo; solo sé que usaré un traje gris claro, uno nuevo, hecho a medida para la ocasión.

—¿Algún problema?

—No hay nada de qué preocuparse.

Alzo la ceja.

—Hay más soldados patrullando el perímetro. Ya empezamos a recibir a los primeros invitados. Genovese, Ferrara y Rizzi están aquí.

—Bien.

—¿Tomazini? —pregunto, sabiendo que el viejo capo iba a acompañar a Giulia durante la ceremonia.

—Llamó y dijo que llega en quince minutos. Algo sobre un accidente en la carretera.

Miro mi reloj.

Todo bajo control.

—¿Cómo te sientes? —pregunta y me quedo unos segundos en silencio, pensando qué responder, pero otra vez golpean la puerta antes de que pueda contestar.

Es Lucca.

—Los dos decidieron verme cambiarme —lanzo, mirando a uno y otro mientras acomodo la corbata frente al espejo.

—Carajo, esto realmente está pasando —murmura mi consejero— y mi hermano esboza una sonrisa ladeada, yo solo alzo la ceja.

—Sepan que este día llegará para los dos, pronto, si depende de mí.

—La persona decide atarse y anda amenazando a los demás. Muy poco elegante.

—Vete a la mierda, antes que me olvide —respondo.

Mi amigo se acerca y me agarra fuerte los hombros. Se acabó la broma.

—Espero que seas feliz, ya sabes... casado.

Ni cerca, al parecer.

Enzo apenas se contiene.

—Respondiendo a tu pregunta, hermanito, me siento muy bien.

No responde, solo asiente.

El maldito me conoce y sabe que estoy ansioso, algo poco común en mí.

—Apuesto a que ya querías saltarte hasta la luna de miel —me pincha Lucca.

—Me conocen bien —replico con una sonrisa que lo dice todo.

—Es una pena que no puedan viajar. —Enzo dice justo lo que estaba pensando.

—No es el momento —comento, y ellos saben por qué.

—Sí, pero pronto podrán —asiente Lucca, y eso espero.

—¿Matteo, querido? —La voz de mamá suena en el pasillo.

—Puede entrar, mamá, ya estoy listo —aviso, terminando de ponerme el saco.

Doña Eleonora aparece hermosa, con un vestido dorado, entra y lo primero que nota es la presencia de Enzo y Lucca.

—¡Pero ustedes dos están muy elegantes! —elogia, acercándose a cada uno y acomodando la corbata—. Pronto serán ustedes los novios —dice y aunque está de espaldas sé que está emocionada, su voz lo delata.

—Hasta usted, madrina.

—¿Qué?

—Ignóralo a Lucca —le aviso, girándome hacia ella y nuestros ojos se encuentran, y demonios, sus ojos se ponen aún más vidriosos—. Nada de llorar, mamá —suspiro y ella asiente acercándose para sostener mi rostro con ambas manos.

—Estás tan guapo, *figlio mio*. Tan... —Acaricia mi barba recién recortada—. No puedo creer que finalmente veré a mi primogénito casarse y por amor. Estoy tan feliz —continúa sin apartar la mirada—. Tu padre estaría tan orgulloso.

Mi corazón se acelera con sus palabras y ni siquiera intento corregirla.

¿Será amor?

No lo sé. Solo sé que no es un matrimonio por conveniencia.

Pensé que cuando llegara este día me sentiría como si estuviera yendo a un funeral, el mío, pero nunca me sentí más vivo y feliz.

Giulia trajo color y vida a mi mundo y espero poder hacerla tan feliz como la diablesa me hace a mí. Si esta necesidad de hacerla sonreír, de verla feliz, de estar con ella, de construir un futuro a su lado, si este miedo de perderla, de que alguien le haga daño... es amor, entonces la amo. Mucho.

—Gracias, mamá. —Beso sus manos.

Un nuevo golpe en la puerta nos interrumpe.

—Disculpen que los interrumpa, pero ya es hora de comenzar la ceremonia. La novia está lista.

Carajo, si escuchar eso no hace que mi corazón se me salga del pecho.

Es esto.

El momento.

Juntos bajamos las escaleras y caminamos hacia los jardines, donde está toda la estructura montada.

—Madrina, usted se superó —comenta Lucca apenas pisamos el exterior.

El día está hermoso.

Cielo azul, sin nubes, temperatura agradable, con una brisa fresca soplando.

Perfecto.

Por precaución, hay varias carpas transparentes instaladas para proteger a los invitados del calor o la lluvia si cambia el clima. Debajo, varias mesas de madera finamente decoradas con arreglos florales.

A nuestro alrededor, las colinas verdes, los olivos y los cipreses.

Una boda digna de la Toscana.

No puedo esperar a ver todo esto al caer la noche, cuando las decenas de mini luces estratégicamente colgadas iluminen la fiesta.

—¿Les gusta? —pregunta mamá, mirando alrededor con ojos de águila.

—Está todo perfecto —la tranquilizo, tomando su mano, y ella abre una sonrisa enorme.

—Chiara e Isa ya deben estar cerca del lugar de la ceremonia —dice y seguimos hacia la izquierda, donde más adelante se pueden ver las sillas de madera colocadas lado a lado en el amplio césped. Bonitos arreglos de flores blancas delimitan el pasillo y, al final, un arco totalmente cubierto por cientos de flores blancas señala el lugar donde Giulia Tomazini me encontrará, con las colinas de la Toscana como único testigo, en un inmenso mar verde.

—Maldita sea —susurra Enzo a mi lado, pero lo escucho y no tarda en aparecer el motivo.

Isa y Chiara caminan hacia nosotros, ambas hermosas con vestidos rosa claro, pero es en la amiga de Giulia en quien se fija su mirada.

Lucca tenía razón.

El consejero también parece tener problemas con su corbata, porque no para de moverla.

—¿Pasa algo? —Alzo la ceja.

—No. Esta maldita me está ahogando —se queja, pero veo hacia dónde va su mirada; sin embargo, en vez de preocuparme, comienzo a pensar que puede ser una maldita solución.

—*Sorellina*, estás deslumbrante. —Le beso la frente cuando se detiene frente a mí.

—Estás guapo, Teo —responde, sonriendo—. Enzo también… Guau, ¡mis hermanos están demasiado hermosos! —bromea.

—¿Y yo qué? —Lucca, claro que tenía que picar.

—Podría decir que no hay milagros —empieza con su lengua afilada de siempre, y luego sonríe—, pero estaría mintiendo. No estás nada mal, consejero.

—Carajo, después de eso, gané el día. Chiara Zampieri elogiándome.

—No te acostumbres. —Pone los ojos en blanco.

—Estás hermosa, Isabella —interviene Enzo, rompiendo su silencio.

—Yo… gracias.

—Enzo tiene razón. —Me apresuro a felicitarla—. Estás muy elegante, Isa.

Lucca también la elogia, pero la chica parece tener ojos solo para mi hermano.

Esto solo mejora.

—¡Gracias! —agradece sonriendo—. Todos lo estamos.

Varios invitados empiezan a acomodarse y algunos se acercan para felicitarme.

—¡Felicidades, *Don* Zampieri! —Se acerca el capo Rizzi, acompañado de su esposa y tres hijas.

—Ángelo, ¿cómo está? —Extiendo la mano—. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Sí, todo perfecto.

—Señora Rizzi, señoritas —saludo a su esposa e hijas, ignorando la mirada de la mayor hacia mí. No es secreto que siempre tuvo interés en una unión, pero nunca le di ninguna esperanza.

—Don Zampieri —todas saludan.

Aprovecho para presentar a la amiga de Giulia.

—Esta es Isabella Venturini, amiga de Giulia y mi invitada.

—Otra brasileña —comenta Arianna Rizzi, sin ocultar su disgusto.

—¡Arianna! —Su padre la reprende, visiblemente incómodo.

Decido ignorar el tono, es un día de celebración, pero no me impide recordarle su lugar.

—Giulia es ítalo-brasileña y la futura matriarca. Recomiendo que lo recuerde —subrayo, directo como siempre.

—Claro, *Don*. Solo decía que su amiga es brasileña.

—Isabella también tiene ascendencia italiana —informa Enzo, para sorpresa de todos, con tono cortante.

Mi hermano definitivamente hizo su tarea.

—Oh…

—Con su permiso, *Don*, vamos a acomodarnos para la ceremonia —señala el capo.

Asiento, observándolos alejarse.

—Eso fue… —empieza mamá, intentando calmar.

—Arianna siempre quiso que Matteo la eligiera como esposa; ahora está preocupada porque Isa también arruine sus planes.

—¡Chiara!

Me muerdo el labio para no reír. *Sorellina* siempre astuta.

—Sus preocupaciones no nos interesan. —Cierro el tema.

Y, por suerte, el organizador viene a buscarnos antes de que Riccardo Ferrara, el imbécil de su hijo, y su pobre esposa se acerquen a nosotros.

El sacerdote ya está en posición, la banda tiene todo organizado y el resto de los invitados termina de acomodarse.

—¿Podemos empezar, *Don* Zampieri? —pregunta, y le extiendo el brazo a mamá, que ya tiene el pañuelo listo.

—¡Vamos!

—¡Bravo!

Detrás de nosotros, Enzo está con Isa a su lado y Lucca con Chiara.

Los que importan están aquí. *Famiglia.*

Al sonar "Con te partirò", acompañado por mamá, comienzo a caminar hacia el sacerdote. Me posiciono, ignorando todas las miradas sobre mí; solo tengo un interés.

Giulia.

Mi corazón late acelerado en mi pecho esperando por ella.

La canción termina y reina el silencio, pero solo por unos segundos.

Pronto, los violines dan las primeras notas instrumentales de "O sole mio", y no podría ser más perfecto, porque eso es la *diavoletta*… mi sol, la luz en la oscuridad de mi mundo, entonces la veo y, carajo, es un golpe en el estómago.

Linda no es suficiente para describirla.

De brazo con su tío, con una sonrisa enorme, los ojos verdosos fijos en mí.

Mía.

Los últimos acordes suenan cuando Alberto Tomazini me entrega la mano de su sobrina, visiblemente emocionado. Quién diría que el viejo se pondría así, tal vez también tenga un corazón.

—Giulia —susurro, besando cuidadosamente su mano, notando que lleva el anillo.

—Matteo. —La emoción en su voz aprieta mi pecho. Creo que nunca estuve tan nervioso en mi vida.

—¿Lista, *diavoletta*?

—Más que lista.

La tentación es ignorar al viejo sacerdote y quedarme admirándola, pero me obligo a mirar hacia adelante, con la mano entrelazada en la suya.

La ceremonia es en italiano, pero gracias a las clases particulares, Giulia entiende todo, y cuando se hace la pregunta, no duda; sin apartar la mirada de la mía, responde "Sí", sí para ser mi esposa, en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Ambos decimos, y entonces se pronuncia la frase que esperé ansioso los últimos días.

—*Puoi baciare la sposa, Don Zampieri.*

Puedes besar a la novia, mi esposa.

Giulia sonríe y no pierdo tiempo.

Acerco su cuerpo al mío y deposito mis labios sobre los suyos, suave, despacio, hay muchos espectadores, pero demonios si no quiero mucho más.

—*Dopo, ti prometto, mia sposa.* —Acaricio su rostro con el dedo índice.

—*Tuo* —susurra, y un aplauso estalla a nuestro alrededor.

Durante los minutos siguientes, somos bombardeados con felicitaciones y abrazos, y solo cuando logramos alejarnos unos minutos con el fotógrafo para registrar algunos momentos, podemos hablar.

—¿Cómo te sientes, Giulia Zampieri? —bromeo, atrayéndola hacia mí mientras el hombre sigue tomando fotos sin parar.

—Me gusta cómo suena —responde sonriendo.

—No respondiste mi pregunta. —Le sostengo la nuca, mirando sus ojos verdosos.

—Feliz, tanto que parece que voy a explotar —agrega.

—No pensé que eso fuera posible —lanzo.

—¿Qué?

—Sentirme así —reconozco.

Giulia se muerde los labios y acaricia mi rostro.

No dice nada.

No hace falta.

Nos perdemos los dos en la mirada del otro.

—Parece que los dos pensamos en los girasoles —digo, señalando su ramo, y ella sonríe mirando el arreglo.

—Cuando estaba en la floristería con tu mamá, aprendí que el girasol representa alegría, lealtad y entusiasmo, convirtiendo cualquier momento en un momento feliz. No podía pensar en algo mejor para traer hoy aquí.

—¿Eso significa que estás feliz?

—Creo que ya dejé claro cuánto —responde—. En cuanto a lo demás, por si no quedó claro, soy tuya, y tú eres mío… solo mío.

—¿Posesiva? —Alzo la ceja.

—No tienes idea cuánto.

Sonrío.

—Soy solo tuyo, *diavoletta*, tomo mis votos muy en serio, y creo que ya quedó claro que no quiero a nadie más, solo a ti. Soy un hombre de una sola mujer, la mía.

Y para que no queden dudas, tomo sus labios en los míos, y esta vez no hay nada suave, hay hambre, necesidad cruda y salvaje, de ella.

—Matteo… —jadea con el pecho subiendo y bajando—. El fotógrafo.

—El buen hombre ama la vida y se apartó unos pasos —susurro contra sus labios y ella ríe—. ¿Y el entusiasmo? —insisto, mordisqueando su cuello—. Espero que estés entusiasmada para más tarde, porque yo sí —destaco, pasando mi lengua sobre su piel.

—¡Vicioso! —responde—. Estoy entusiasmada por hoy y por todas las noches… por la vida a tu lado.

—Carajo, Giulia. ¿Crees que los invitados nos extrañarán?

—¡Loco! Ni lo pienses. Solo más tarde.

Apoyo mi frente contra la suya, dejando que la razón me domine.

—Tienes razón, porque cuando yo empiece… devoraré tu cuerpo, sin ocultar la satisfacción y cómo me afecta.

Ella se sonroja, y demonios si mi miembro no presiona contra la cremallera.

—Vamos, antes de que todos en esta fiesta se den cuenta de lo duro que mi esposa me dejó.

—¿Ya te dije que eres loco y vicioso?

—Mejor grábalo, *amore mío*, porque sí, lo soy, muy loco y vicioso… por ti.

Giulia parece querer decir algo, pero solo sonríe, rozando sus labios con los míos.

—¿Qué?

Mueve la cabeza.

—Tenemos que volver.

—Además —replico, levantando su mentón con el dedo—, ya te dije, eres muy transparente.

Ahí está su sonrisa de nuevo.

Apoya la mano sobre mi pecho.

—Solo estaba pensando en cuánto amé tu regalo. —Mira el anillo en el dedo junto a la alianza y mi mirada la sigue.

—Me alegra que te haya gustado.

—Me encantó… y más que el anillo en sí, amé tu gesto. Gracias por pensar en mí, por entender lo importante que es mantener el recuerdo de mi abuela —dice con dificultad, pero respira profundo y continúa—. Dices que no tienes corazón, pero cada día me demuestras lo contrario, conquistando el mío.

Rozo mis labios con los suyos, incapaz de responder algo en ese momento. Esperando algún día poder conquistar completamente su corazón, porque el mío… ella ya lo tiene, entero.

Julia



Be Your love – Bishop Riggs
River – Bishop Riggs
I see Red – Everybody loves an outlaw

Pensé que me iba a dar un ataque a cada paso por las escaleras. Acceder a los jardines de la mansión y ver todo eso no ayudó en nada a calmar mis nervios.

Todo tan hermoso.

Un sueño, un cuento de hadas.

El mío.

A cada paso traté de respirar profundo, inhalar y exhalar despacio, a lo lejos podía escuchar a Andrea Bocelli, la música con la que Matteo bailó conmigo en la fiesta, y demonios si mis ojos no se llenaron de lágrimas.

Entonces empezó a sonar otra canción, "O sole mio", y lo vi.

Matteo Zampieri.

Mi futuro esposo, mi mafioso, hermoso hasta morir, esperándome al final del pasillo de flores.

A mí.

Su mirada encontró la mía y en ese instante una alegría tan grande me invadió que lo único en lo que pude pensar fue en caminar lo más rápido posible hacia él.

A su lado, mi amiga y aquellos a quienes aprendí a amar en tan poco tiempo, mi familia, y entonces todo nerviosismo se fue;

solo quedaba felicidad.

La ceremonia fue hermosa.

Enteramente en italiano y todavía me estremezco al recordar el momento de nuestros votos y a Matteo deslizando el anillo en mi dedo.

Símbolo de nuestra unión.

De nuestras promesas.

Esta boda pudo haber empezado de la manera más distinta, pero los dos estamos dispuestos a hacer que funcione.

Lo sé.

Después de la ceremonia y de las fotos que tomamos por toda la propiedad, nos reunimos con nuestra familia y los invitados y entonces…

La fiesta empezó.

Y te digo, ¡qué fiesta!

Duró todo el día y se extendió hasta entrada la noche.

El buffet estaba divino, con varias opciones de aperitivos, tablas de quesos, salames, aceitunas, aceites, embutidos, vinos cuidadosamente seleccionados para ofrecer una experiencia gastronómica, y ni siquiera habíamos llegado al plato principal, donde no faltaron opciones, desde pastas frescas, carnes y mariscos.

La banda comenzó tocando la tradicional "Tarantella" y claro que Matteo y yo bailamos, haciendo que todos se levantaran de las sillas y se unieran a nosotros, comenzando la celebración.

Y no paramos más.

Junto con Chiara e Isa, bailé hasta acabar al son de clásicos como "Funiculi Funicula", "Bella Ciao", "Sara perché ti amo" e incluso Eros Ramazzotti, con la hermosa melodía de "Più bella cosa".

Fue inolvidable.

Y es algo que llevaré siempre dentro de mí. En mis recuerdos y en mi corazón.

Ya de noche, con las lámparas iluminando las carpas y dejando todo aún más hermoso, llegó el momento de cortar el pastel.

Y aquí, no pude dejar de seguir otra tradición.

En lugar del pastel de varios pisos, después de hablar con mamá, opté por un *millefoglie*, que significa mil hojas, preparado ahí mismo, frente a todos los invitados, por un chef.

Fue increíble.

Mientras la banda tocaba "Sara perché ti amo", todos de pie, aplaudiendo, veían cómo se armaba cada etapa: masa hojaldre, crema, frutos rojos, fresas picadas, azúcar glas espolvoreado al final por Matteo y por mí, y cuando todo estuvo listo, juntos cortamos la primera rebanada, entre aplausos y fuegos artificiales que cruzaban la noche estrellada.

Todos comieron y aún quedaba la mesa de postres, con porciones pequeñas de tiramisú, panna cotta, mini tortas de mousse de chocolate con frambuesa, apfelstrudel, en fin, delicias sin fin.

—Dios, todo esto va directo a mi culo —murmura Isa a mi lado, dando un bocado al tiramisú.

—Después quemas esas calorías, ahora solo come.

—No te veo haciendo lo mismo.

—No puedo, estoy nerviosa.

—¿Por qué? Mejor dicho, ¿con qué?

—Ansiosa quizá sea la mejor palabra —digo, rindiéndome, porque no puedo apartar los ojos de mi esposo, que está a unos pasos con Enzo y Lucca a su lado, conversando animadamente con el capo de Lucca.

—Mmm, ya entiendo. La señorita, ups, señora —se corrige y yo pongo los ojos en blanco— está pensando en otro tipo de postre.

—Así es —respondo, sonrojándome.

—¡Pícara!

—Más bien subiendo por las paredes.

—¡Dios mío, qué es eso! Menos detalles. No todas tenemos un hombre para divertirnos más tarde.

—Porque no quieres.

—¿Qué? —Casi se ahoga.

—¿Piensas que no estoy viendo esas miradas entre tú y mi cuñado?

—¿Has estado bebiendo, Giulia?

—Solo unas copas —respondo.

—Pues no parece, deja de ver cosas donde no hay, y vamos a ver donde sí —bromea, señalando a Chiara, que en ese momento conversa entretenida con uno de los músicos, bajo la mirada atenta del *consigliere*.

—Ni lo intentes, puedo seguirla a ella y a ti muy bien.

—¡Eso quiero ver! —dice, con una enorme sonrisa.

—¿Cómo es eso?

—Quiero ver cómo sigues cuando estés gozando, ya que tu marido viene hacia aquí, y el hombre parece tener una misión.

Giro el rostro solo para encontrar la mirada de Matteo, puro fuego, caminando directo hacia mí.

Maldita sea.

Todo en mí cobra vida.

—Voy por un agua.

Ni siquiera logro responder. Estoy más preocupada por controlar mi ritmo cardíaco, porque parece que va a explotar.

—Giulia… —dice, deteniéndose a pocos centímetros.

—Matteo… —respondo, sin apartar la mirada de la suya.

—Ahora que ya sirvieron el pastel, ¿qué te parece si vamos a nuestra fiesta privada, *diavoletta*? —Se acerca, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo—. Estoy ansioso por lamer cada pedacito tuyo —susurra en mi oído.

—Eso es tentador —jadeo, tratando de no imaginarlo lamiendo mi coño. Oh, maldita sea, fallé—. Los invitados, tengo que repartir los recuerdos.

—Seguro que mamá puede entregar los confetti y la botella de aceite de oliva, que por cierto debo decir fue una sorpresa, supe que la idea fue tuya. —Roza sus labios contra los míos, mirándome con intensidad.

—Después de recorrer la propiedad y descubrir que fabricamos nuestro propio aceite, pensé que sería un recuerdo auténtico. Tu madre y Chiara me ayudaron con el resto, la etiqueta con nuestros nombres, la hoja de olivo para atar. Quedó hermoso. —Sonrío orgullosa—. Y claro, no podían faltar los confetti de almendra —guiño—, tu madre me contó sobre la tradición y me pareció tan linda.

—¿Linda? Aalza la ceja, queriendo reír.

—¿Qué puedo decir? Soy romántica, me encantó que cada invitado reciba un número impar de confetti, representando que el... —por un segundo casi digo nuestro amor, pero me contengo, ya que nunca nos hemos declarado—… el amor de la pareja es indivisible.

Matteo no dice nada, acaricia mi rostro con el dedo índice y cierro los ojos.

—Te necesito —susurra cerca de mis oídos, dejando una estela de besos en mi cuello, y me agarro fuerte de su camisa, necesitando mucho más que unos besos.

—Por favor —suspiro, encontrando su mirada y él sonríe, esa sonrisa traviesa, llena de promesas.

—Ven conmigo. —Entrelaza sus dedos con los míos y me lleva hasta la mesa del pastel, tomando una copa de champán y chocándola con un cuchillo, llamando la atención de todos—. Señoras y señores, un minuto de atención —comienza y contengo la respiración, sin la menor idea de qué pretende.

Todos se acercan, mirándonos con expectativa.

—Giulia y yo queremos agradecerles a todos por estar aquí en este momento tan especial de nuestras vidas —Matteo aprieta mi mano y, maldita sea, me emociono solo de escucharlo decir eso—. Espero que hayan bebido y comido… y que lo hayan pasado bien —bromea y varios levantan sus copas gritando palabras que no entiendo—. La fiesta no ha terminado, pero la mía ahora será solo con mi esposa. —Levanta su copa y todos aplauden y gritan.

Siento que mis mejillas arden, y ni tiempo tengo para recomponerme, Matteo me levanta en sus brazos, para delirio de los invitados.

Ellos silban y aplauden, mientras mi esposo me lleva sin dificultad hasta un auto negro antiguo, descapotable, que no sé de dónde salió. Tiene varias latas amarradas en el paragolpes.

—Nuestra fiesta continúa en otro lugar, *diavoletta* —susurra en mi oído, mientras me acomoda con cuidado en el asiento del pasajero.

—¿Cómo? ¡Pensé que íbamos a la mansión! —exclamo, impactada.

—Hoy no. Hoy quiero que grites mi nombre con mi polla bien dentro de ese coño tuyo.

Pierdo la capacidad de razonar.

¿Qué decir después de eso?

¡Vamos ya, por favor!

Me sonrojo en mil tonos de rojo y el travieso sonríe, sentándose en el asiento del conductor.

—¿Nada de soldados persiguiéndonos? —pregunto cuando pone el auto en marcha.

—Solo nosotros. Es seguro adonde vamos, o no, depende de qué consideres seguro. —Me guiña el ojo.

—Deja de provocarme —respondo, con el corazón a punto de salirse del pecho.

—No es provocación cuando es real —subraya, apretando fuerte el volante.

Trago saliva. La expectativa me devora viva.

Matteo conduce por cinco minutos más por un camino de tierra.

Estoy a punto de preguntar otra vez a dónde vamos cuando veo a lo lejos una especie de cabaña, un chalé; incluso de lejos se ven luces encendidas.

—¿Es para allá a donde vamos? —pregunto, sin poder contener la emoción.

Aunque está lejos, ya se nota que es absolutamente... hermoso.

Todo revestido en piedra y madera, pero puedo jurar que vi grandes ventanas de vidrio en la parte superior.

—¡Dime! —insisto y él me mira, esbozando una sonrisa.

—Qué curiosa eres, esposa.

—Una de mis muchas cualidades —bromeo—. ¿Entonces?

—Sí, lo es —reconoce—. Durante años fue alojamiento para los soldados, pero quedó desocupado cuando construimos nuevos cuarteles más al sur de la propiedad. Siempre me gustó esta parte del terreno. Está alejada de la mansión, no mucho, pero lo suficiente cuando uno necesita un poco de paz.

—Hiciste tu refugio —murmuro, admirando la construcción mientras nos acercamos.

—Así es —confirma—. Lo renové hace unos seis meses. Cuando no puedo despejar la mente en alta mar, aquí es donde busco tranquilidad.

—¿Tranquilidad? —Arqueo la ceja justo cuando Matteo estaciona el convertible frente a la construcción.

A nuestro alrededor solo hay oscuridad.

—Hoy no —dice bajándose del auto y rodeándolo sin quitarme los ojos de encima.

Maldita sea.

—Hoy solo quiero... a ti. —Con facilidad me toma en sus brazos.

—No sabía que los mafiosos fueran románticos —provoco, apoyando la mano sobre su pecho.

—Te voy a mostrar lo romántico, *ragazza* —responde con voz ronca y solo sé que mis bragas están arruinadas.

Matteo tiene ese efecto.

Su voz, su mirada...

—Por fin, solos —anuncia al empujar la puerta con el costado del cuerpo y bajarme con cuidado al suelo.

—Guau... —suspiro, tratando de absorber todo a mi alrededor.

—No es la luna de miel que mereces —dice a mis espaldas y yo solo asiento.

Si por fuera ya es encantador, no estaba preparada para el interior. Parece esos chalés románticos sacados de revistas, una mezcla de rústico y elegante. A mi derecha veo una cocina pequeña, pero con todo lo que podríamos necesitar.

Aunque con este hombre, un vaso de agua, o mejor, una botella, y una cama son más que suficientes. No necesito nada más.

Jesús, Giulia.

Hay una especie de sala donde un sofá que grita comodidad está estratégicamente colocado frente a una chimenea, y una hermosa alfombra mullida ya me da ideas de nosotros dos en el suelo.

¡Socorro!

Ni siquiera hemos tenido sexo y ya estoy haciendo planes.

Matteo sigue parado detrás de mí, dejándome apreciar el lugar. Me giro, apoyando las manos en su pecho y encuentro su mirada marrón oscuro.

—Solo te necesito a ti —digo pausadamente, intentando calmar el ritmo de mi corazón—. Viajaremos después, no faltará oportunidad.

—Vamos a conocer la parte de arriba, *diavoletta*.

—¡Maldita sea! —digo cuando termino de subir los últimos escalones.

Techo alto, con vigas de madera expuestas, una cama gigante en el centro del cuarto, pero la cereza del pastel es la ventana de vidrio, de piso a techo, de pared a pared.

Ahora afuera está oscuro, pero aún así se pueden ver los contornos de las colinas, las copas de los árboles moviéndose.

—Muero por ver esto mañana.

—Lo verás. —Me abraza por detrás y siento su respiración en mi nuca.

La tensión se agita dentro de mí.

No ayuda nada ver la tina posicionada en la esquina izquierda, diseñada para admirar el paisaje mientras te relajas o... tienes sexo.

Carajo.

Mi pecho sube y baja, y sé que Matteo lo notó.

—¿Estás bien? —susurra en mi oído—. Pareces... inquieta, *diavoletta.*

Me giro y quedo frente a frente con él.

Sus ojos no dejan los míos.

—Por favor, Matteo...

—¿Por favor qué? —Sujeta mi nuca con fuerza, su boca está a pocos centímetros de la mía.

—Tú sabes... —susurro.

—Aún así, quiero oírlo.

Cierro los ojos, respiro profundo.

—Mírame, Giulia, y dime qué quieres.

Maldita sea...

Abro los ojos y encuentro su mirada.

—¡Que me metas la polla!

—¡Mierda, sí! —gruñe y con un movimiento rápido me aprieta contra la pared.

—Matteo... —jadeo y su mirada baja hacia mi escote.

—Si supieras todo lo que quiero hacer contigo. —Mi cuerpo está en llamas y apenas me tocó—. Saldrías corriendo.

—Lo dudo mucho, ya me has dicho algunas cosas y aquí sigo —lo provoco y él arquea la ceja. ¿Y yo qué hago? Levanto el mentón en desafío.

Estoy tan jodida.

Matteo me mira y, carajo, si no es puro fuego lo que veo ahí.

No dice nada.

Toma mis labios con los suyos en un beso intenso, hambriento, sujeta mi cuello con las manos y presionando su cuerpo contra el mío me hace sentir lo duro que está.

Muerde mi labio inferior y luego lo lame, mis manos recorren su espalda y su pecho.

Demasiada ropa.

Libera mi boca y comienza a chupar mi cuello, dejando una estela de besos y lamidas.

Con cada toque, mi coño late de ansiedad.

Llevo mis manos al frente de su pantalón y lo toco, acariciando la erección que se marca en la tela, recordándome lo bueno que es tenerlo en mi boca.

—*Cazzo* —gime y se aleja, pasando las manos por su cabello —. Tienes un minuto para sacarte este vestido, a menos que no te importe destruirlo —señala mientras tranquilamente se quita el saco y afloja la corbata.

¡¡Maldición!!

Lo sigo, hipnotizada, mientras saca la pistola de su funda y la apoya sobre la mesa, luego comienza a desabotonar la camisa blanca.

—¿Necesitas ayuda, *diavoletta*? —Su voz ronca me eriza la piel mientras se acerca, como un depredador.

Me giro de espaldas, levantando mi cabello sobre el hombro, buscando su mirada en una petición silenciosa.

—Quieres matarme —exclama, pero desabrocha cada uno de los numerosos botones—. Listo —susurra cerca de mi oído y sin pensarlo dejo caer la tela como un charco a mis pies, revelando el corset y la liga que no dejan mucho a la imaginación.

—Dio mio —jadea, la voz aún más ronca, necesitada... de mí, y demonios si eso no me enciende más.

Matteo agarra fuerte mi cadera, girándome hacia él, su mirada hambrienta recorre mis pechos que casi saltan fuera de la lencería, sigue hacia abajo, y la tanga blanca de encaje no disimula mi excitación.

El hombre se agacha y sin pudor frota su rostro allí, haciéndome agarrar su cabello.

—Mojada como la mierda —dice, soltando la liga, deslizando la tanga por mis piernas, exponiendo mi coño.

—Matteo... —gimo su nombre y su mirada encuentra la mía antes de sacar la lengua y lamer mi hendidura de abajo hacia arriba.

—Mía, demonios... toda mía —exclama, sosteniendo firmemente mi trasero mientras sigue deslizando su lengua por todo el camino, excitándome, provocándome.

—Por favor...

No responde, separa mis labios con los dedos, provoca mi clítoris con la lengua, haciéndome ansiar más, y de repente muerde mi punto sensible, chupando fuerte, sin descanso, mientras mete dos dedos en mi coño, entrando con fuerza.

—¡Sí! —grito, echando la cabeza hacia atrás—. Chúpame —gimo, inclinando mi cadera hacia él.

—Apenas comienzo, *bella* —dice, rodeando mi clítoris con la punta de la lengua y metiendo otro dedo dentro de mí.

—Puta mierda —jadeo, apretando sus hombros con la intrusión.

—¿Te gusta? —pregunta, moviendo sus dedos dentro de mí sin parar.

No puedo ni responder. El placer me invade.

Matteo agarra mi clítoris, succiona fuerte al ritmo de sus embestidas y sé que no voy a aguantar.

—Sí, sí... —gimo, pero se aleja.

—Por favor —imploro y él sonríe.

—Esto apenas empieza, te voy a penetrar en todos los rincones de este lugar —afirma, volviendo a chupar fuerte, y carajo, si mi coño no late contra sus dedos.

—Oh, Dios... —grito, sintiendo mis muslos temblar—. Voy a acabar, no pares.

Matteo acelera, metiendo los dedos dentro de mí mientras sigue chupando al mismo ritmo.

—Mierda, qué coño más rico —gruñe, sacando los dedos y comenzando a meterme la lengua, mientras presiona el pulgar en mi clítoris hinchado.

Gimo, enloquecida.

Ni pienso, solo siento.

Agarro su cabello, frotando mi coño contra su rostro, deleitándome con la sensación de su barba rozando mi piel, su lengua invadiéndome, todo... es demasiado, me derrito bajo su ataque.

—Matteo... —grito, echando la cabeza hacia atrás, montando su rostro, subiendo y bajando hacia su lengua.

—Acaba, diavoletta, acaba que voy a beber cada gota —ordena, jalando mi cadera hacia su cara y mi coño convulsiona bajo su ataque.

No sé ni dónde estoy.

Siento mis piernas flojas, pero Matteo me sostiene firme, lamiendo de abajo hacia arriba, arrancando gritos desesperados y de placer.

—Sí, sí... —gimo, rendida, y vuelve a meter los dedos en mí, agarrando mi clítoris sensible, succionando fuerte—. Puta mierda —grito, el placer arrasando en mí, mis muslos temblando, el corazón a punto de salirse por la boca en un orgasmo aplastante.

En un segundo intento mantener las piernas firmes en el suelo, al siguiente me levanta y en pocos pasos me pone sobre la cama.

—Aún tienes mucha ropa —provoco, abriendo las piernas para que vea el estado en que me dejó.

En segundos se quita la camisa, regalándome la vista de su abdomen marcado; mi mirada sigue hacia abajo, donde el pantalón no oculta nada.

De un tirón se quita el pantalón y el bóxer, liberando su polla, y verla larga, gruesa, dura, con la cabeza rosada toda mojada, hace que mi coño palpite.

No puedo apartar la mirada. Necesito a Matteo dentro de mí. Como leyendo mis pensamientos, se tira sobre mí.

—Por favor...

—¿Qué quieres, Giulia? —Muerde mi pecho sobre la tela.

—A ti... dentro de mí —jadeo cuando él arranca la tela, liberando mis pechos que saltan frente a su cara.

—¡Mierda! —Me agarra el pezón y lo chupa con fuerza.

—Matteo... —grito, agarrando su cabello.

El maldito sonríe contra el pezón duro, dando golpecitos con la lengua antes de volver a meterlo en la boca, chupando fuerte, alternando la atención de uno a otro.

—Por favor... —gimo, necesitada.

—Podría pasar horas aquí, chupándote, *diavoletta* —dice, rodeando el pezón erecto con la lengua—, o viendo cómo mi polla desaparece en esta boca deliciosa —agrega, alejándose solo lo suficiente para acercar su polla a mi rostro y bombearla solo para provocarme.

Saco la lengua y él estrecha los ojos ante la provocación.

—Ver tu boca cerrándose alrededor de ella mientras te lo tragas todo —subraya, tirando de mi cabello y metiendo la cabeza lentamente en mi boca—. ¿Eso es lo que quieres? —gruñe, metiendo más y más, hasta que mis ojos se llenan de lágrimas y él se aleja todo lo que puede—. Golosa como la mierda —comenta, frotando su miembro entre mis labios—. Pero ahora solo pienso en ver mi polla desaparecer en este coño estrecho.

Se coloca entre mis piernas, manteniéndolas bien abiertas, mientras se inclina y desliza su longitud entre mis labios.

—Sí... —gimo, sin esconder cuánto lo deseo.

—¿Eso quieres, *diavoletta*?

—Por favor...

—¡Mírame, Giulia! —ordena y obedezco, encontrando sus iris marrones fijos y hambrientos en mí—. ¿Quieres que te penetre fuerte? —Presiona suavemente mi entrada mientras provoca mi clítoris con el pulgar.

—¡Fuerte! —pido, mis pechos suben y bajan con expectativa.

No dice nada, embiste en un solo impulso, entrando hasta el fondo.

—Oh... —Agarro las sábanas, sintiéndolo llenar cada centímetro, tocando cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Llena, muy llena.

—Carajo —susurra entre dientes sin dejar de mirarme.

—Apoya tus piernas sobre mis hombros —ordena y solo obedezco. Con una mano sostiene firme mi cadera y luego se retira despacio, solo para volver a entrar hasta el fondo.

No sé si es el tamaño, el grosor, solo sé que es bueno... mejor que todo lo que he sentido. Cada movimiento roza justo donde necesito y todavía tiene su dedo que sigue presionando, frotando mi clítoris sensible.

—No pares... —jadeo, necesitando más, mucho más de él.

—Ni loco —responde con la voz ronca que aprendí a amar—. Tan apretada, tan deliciosa —gruñe y entonces, sin aviso, comienza a embestir rápido y duro, entrando y saliendo frenéticamente.

Maldita sea... qué hombre.

Matteo no para, sigue empujando a un ritmo alucinante y en la habitación solo se oyen los golpes de nuestros cuerpos y mis gemidos necesitados.

—Sí, sí...

Menos mal que no estamos en la mansión, porque nos dan ganas de gritar.

—¡Es tan bueno! —exclamo mirando hacia abajo solo para ver absorta su polla desaparecer dentro de mí—. Oh, Dios...

—Nada de Dios, *diavoletta*, solo yo, tu maldito marido.

—¡Sí! —vibro, mis pechos se mueven con cada embestida—. ¡Mío! —grito y él sonríe, intensificando la presión en mi clítoris.

Muerdo mis labios, sintiéndome al borde del precipicio.

Y por más que quiera alargar la sensación, no puedo.

Mis muslos empiezan a temblar.

—Carajo, aprieta mi polla —Presiona mi clítoris y es mi fin; el orgasmo llega como una ola que barre todo, y solo lo dejo ir, el placer me inunda.

Echo la cabeza hacia atrás, gritando su nombre sin pudor, tal como él dijo que haría.

—Acaba, Giulia, acaba en mi polla, *amore mio.* —Agarra mis muslos, manteniéndome prisionera de sus embestidas.

No para ni disminuye el ritmo, sigue implacable llevándome a lugares desconocidos. Y si ya era feliz con el sexo oral, después de esto soy un caso perdido.

Cuando puse mis ojos en Matteo Zampieri, supe que estaba jodida, pero ahora... la verdad es una sola: nunca volveré a ser la misma después de este hombre.

—Mía, demonios, toda mía, eso, aprieta mi polla, *diavoletta* —gime fuerte, con los ojos en los míos, y demonios si no siento mi coño convulsionar a su alrededor, tomando todo lo que tiene para darme.

Todo.

Sonrío al ver el momento en que Matteo acaba, su rostro tomado por el placer, gritando fuerte mi nombre... y esto, cielos, debería estar prohibido, porque solo pienso en tener más y más.

Mi marido baja mis piernas acariciando mi piel en el proceso, desplomando su cuerpo sobre el mío, cuidando de no apoyar su peso en mí. Estoy atrapada entre sus brazos, donde quiero estar, y puede que hoy esté muy emotiva, pero demonios, sentir su pecho sobre el mío, nuestros cuerpos sudados, su mirada en la mía, nuestros corazones latiendo acelerados, no hace que no se acumulen lágrimas en mis ojos.

No parece incorrecto estar con él. Parece correcto, parece perfecto... hecho para mí. Si alguna vez tuve dudas, ahora ya no existen.

Lo amo.

A mi mafioso, Matteo Zampieri.

Y bajo su dominio es donde quiero estar, no porque me obligue, sino porque no hay otro lugar donde quiera estar que no sea a su lado.

CAPÍTULO 31



Way down we go – kaleo
Play with fire - Sam Tinnesz feat Yacht Money
Certain Things – James Arthur feat Chasing Grace

—¿Todo bien? —pregunto, observándola con atención.

—Sí —me tranquiliza, acariciando mi rostro—. Solo pensando en lo intenso que fue esto —suspira, y rozo mis labios con los suyos.

—Y la noche apenas comienza —resalto, dejando un rastro de besos por su rostro, su cuello, hasta tener el pezón de su seno entre mis labios.

Es demasiado rica.

—Eso es lo que yo llamo un plan —exclama, con la respiración acelerada, mirándome con los ojos entrecerrados.

—No estaba bromeando cuando dije que quiero que mañana me sientas dentro de ti, *diavoletta*.

—Mmm… —Se retuerce bajo el ataque de mi lengua y solo sé que ya está lista para recibirme de nuevo—. No sé cómo describir lo que siento…

Sigo serpenteando mi lengua sobre su pezón duro, observando cada uno de sus movimientos.

—A menos que… —continúa, con la voz cargada de deseo—. Una mezcla de preocupación con "ya podemos tener sexo otra vez"

—lanza, y a la mierda, no consigo contenerme.

Suelto una carcajada y Giulia sonríe, uniéndose a mí.

—Dame cinco minutos y podemos continuar nuestra celebración. Nada de preocupación, *bella*, solo placer.

—¿Mmm, ya estás cansado? Debe ser la edad —provoca.

—Voy a mostrarte lo viejo cuando esté comiéndote el culo apretado.

—¿Dije edad? Quise decir virilidad —revira rápido, mordiéndose los labios para no reír.

Ni lo pienso, invierto nuestras posiciones y hago que la diabla quede montada sobre mí.

—No creas que podrás distraerme, porque no lo vas a lograr. Sé muy bien lo que quiero, y quiero enterrarme en tu culo, viéndolo tragarse mi polla.

—Matteo… —Muerde los labios—. No sé, yo nunca… —dice, y el cavernícola en mí vibra.

—Bueno —señalo, con la voz ronca de deseo.

—¿Bueno? Pensé que si ya tuviera experiencia sería más fácil. —Mira hacia abajo, a mi polla que en ese momento está empujando contra su trasero delicioso.

—Mi polla va a entrar, no te preocupes. Y es mejor exactamente así, tu culo se va a acostumbrar solo a la mía, a la de tu marido.

—Eres muy posesivo —replica él poniendo los ojos en blanco.

—No tienes idea de cuánto. —Agarro su nuca, mordisqueando su labio—. Ahora, ¿qué dices si tomamos un baño? —Mis dedos provocan sus pezones.

—Mmm, ese es el tipo de invitación que nunca vas a escuchar que rechace —responde, enterrando las manos en mi cabello—. ¿Podemos ir a la bañera? —pregunta, mirándome expectante.

—Lo que quieras, *diavoletta*.

—Lo recordaré.

Me levanto y camino hacia la cava que mandé instalar en la habitación.

—¡Dios mío! —exclama Giulia y me detengo en medio del camino.

—¿Qué pasó?

—Tuvimos sexo sin condón. —Se lleva las manos a la boca, en shock, y me acerco para tranquilizarla.

—Y mientras dependa de mí, seguiremos así, sin ninguna barrera entre mi polla y tu coño mojado.

Ella se sonroja.

Y, carajo, mi polla se agita.

—Yo… ni me acordé —continúa—, estaba tan… —Su mirada baja hacia mi miembro y aprieto el puño, tratando de prestar atención a lo que hablamos.

—Si sigues mirando mi polla así, voy a metértela otra vez sin —resalto, y Giulia se pone aún más roja, pero levanta el rostro y sus ojos se encuentran con los míos—. Estoy limpio y sé que tú también lo estás —la tranquilizo.

—Sí, sí, todo bajo control —balbucea—. Excepto la parte de tener mini mafiosos o mini mafiosas.

Me muerdo los labios para no reír, porque parece realmente angustiada.

—¿La idea de que estés embarazada, esperando un hijo mío, es tan horrible? —pregunto, esperando que su respuesta sea no.

—¡No! —responde rápido y suelto el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Infierno…

Nunca pensé mucho en eso.

Esposa, hijos, pero… lo quiero.

—Solo nunca lo había pensado hasta ahora —hace una mueca—, pero creo que podemos disfrutar un poco de la vida de casados antes de intentar aumentar, ya sabes, la familia.

—Hagamos lo siguiente: mañana vemos con el doctor si hay algo que puedas tomar, hasta que consultes a una especialista.

—Ok, estamos a salvo. Acabo de recordar que me puse mi última inyección unas semanas antes de viajar. Uso anticonceptivos para aliviar los cólicos, duran noventa días, hasta se me había olvidado.

No voy a mentir. La noticia es como un balde de agua fría, ya me estaba imaginando a Giulia con un vientre enorme.

Mierda, ¿cuál es mi problema?

—¿Todo bajo control, entonces?

—Sí —suspira—, me alteré porque nunca había…

Sé exactamente lo que va a decir, y ni quiero escucharlo.

—Conmigo siempre será sin, quiero sentirte.

—Yo también. —Ahí está de nuevo, chupándome la polla con la mirada.

—Giulia, ya te lo advertí, si sigues mirándome así, voy a penetrarte aquí mismo y la bañera tendrá que esperar.

La diabla suelta una risita y camina hacia la bañera, terminando de quitarse la lencería hasta quedar completamente desnuda.

Provocadora.

Concéntrate, hombre.

La bebida.

Me alejo, intentando calmar el torbellino que esta mujer provoca en mí. Regreso con una botella de vino tinto y algunas frutas cortadas: fresas, frambuesas, arándanos y uvas, y encuentro a Giulia recostada en la bañera.

Su largo cabello está recogido en lo alto de la cabeza, dejando expuesto su cuello, y solo puedo imaginar mis labios lamiendo y mordisqueando cada pedacito suyo.

—Veo que ya te acomodaste —digo, apoyando la bandeja con frutas en un banquito al alcance de ambos y sirvo el vino, entregándole una de las copas.

—Gracias. El agua está divina, solo falta que entres para estar perfecta.

Me uno a ella, agradeciendo al universo por haber comprado una bañera lo bastante grande para los dos.

Durante cinco minutos nos quedamos frente a frente, y claro, la diabla empieza a deslizar su pie por mi pierna, mi muslo. Permanezco en silencio, observando hasta dónde llega su atrevimiento.

Dije relajar, pero las cosas pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

A la mierda.

De un movimiento rápido, la agarro por la cintura, atrayéndola hacia mí, bajando mis labios sobre los suyos.

No es suave.

Giulia tiene que aprender que jugar con fuego trae consecuencias.

—¿Creíste que podías seguir provocándome, *diavoletta*?

—Mmm… —gime contra mi boca, y mordisqueo su labio, solo para pasar mi lengua allí.

Ella pega su cuerpo al mío, sus pezones duros rozan mi pecho, y profundizo el beso, jugando con su lengua, perdiéndome en su sabor.

Cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad.

—Ya contaba con que hubiera consecuencias —jadea, fijando sus ojos en los míos, y es eso. Mi sangre hierve, mi polla, que ya estaba dura, implora atención y sé exactamente qué hacer.

Me levanto de golpe, sin importarme el agua que salpica al suelo. Giulia permanece recostada, con la mirada traviesa fija directamente en mi polla.

La agarro de la nuca, obligándola a mirarme a los ojos.

—Vas a chuparme la polla, diavoletta, vas a tragártela entera con esa boquita lista, y cuando acabe, quiero verte tomar hasta la última gota de mi leche. ¿Fui claro?

No responde, apoya las manos sobre mis muslos.

—Responde —exijo, enredando sus cabellos en mi mano, tirando de su cabeza hasta que sus labios quedan a centímetros de mi polla.

—¡Sí! —exclama y, sin rodeos, se la traga, llevándola al fondo de su garganta.

—¡Diablos, sí! —gimo, viendo su boca deslizarse por toda mi longitud, solo para volver y chupar con ganas la cabeza de mi polla.

Carajo.

—Te gusta, ¿verdad, diaba?

Murmura algo, pero es imposible entenderla. Está ocupada, con la boca llena, pero su mirada clavada en mí.

Mierda.

Mía.

Giulia chupa con fuerza, dándole atención especial a la punta, mamando rico ahí, para luego lamer todo el camino hasta mis bolas que palpitan, y después vuelve a tragársela entera, tomando todo lo que puede.

Aprieto más el agarre en su cabello, manteniendo su cabeza firme, y comienzo a mover mis caderas hacia adelante, metiéndola en su boquita ardiente.

Ella no se detiene.

Relaja la garganta, afirmando las manos en mis muslos, succionando con fuerza, volviéndome loco.

Es mi señal.

—Mírame, *amore mio* —ordeno, y ella obedece. Nuestras miradas se encuentran y casi acabo ahí mismo, con la visión de Giulia con la boca llena, mi polla hundida casi hasta el fondo.

Aumento la velocidad, metiéndola sabroso en su garganta, y ella aprieta mis muslos con las uñas, pero no se aparta, lo toma todo.

En la habitación solo se oye el sonido de su boca chupando y mis gemidos.

Siento que estoy cerca, y la diabla también, porque agarra mi culo, sus uñas presionando mi piel me encienden todavía más, mientras sigue chupando con fuerza.

—Giulia —rujo, echando la cabeza hacia atrás, llenando su boca de semen, y ella sigue chupando, tragando todo. —Carajo… —jadeo, la respiración agitada, apartándome solo para contemplar a mi mujer, lamiéndose los labios, y si no acabara de eyacular, lo haría de nuevo.

Le agarro el mentón, frotando mi pulgar en sus labios hinchados.

—Buena chica —la elogio, y ella sonríe, descarada. —Ahora me toca. —La tomo en mis brazos y, con cuidado, salgo de la bañera.

—Matteo… —suspira con deseo en cada nota de su voz.

La acomodo en el centro de la cama, ignorando sus protestas por estar mojada. Le abro las piernas, dejándola bien expuesta, y hundo mi rostro en su coño empapado.

—¡Sí! —grita, agarrando mi cabello.

Separo sus labios, deslizando mi lengua de abajo hacia arriba, rodeando su clítoris antes de atraparlo, chupando fuerte.

—¡Puta madre! —maldice Giulia, alzando las caderas. Coloco mi palma sobre su vientre, obligándola a quedarse quieta bajo mi ataque. —No pares, qué rico… —gime, y muerdo su clítoris solo para volver a succionarlo sin descanso.

La diabla se retuerce, gimiendo palabras incoherentes, y yo sigo disfrutando.

—Tu coño es mío, Giulia —gruño, metiendo dos dedos en ella, haciéndola jadear, mientras sigo penetrándola y chupándola.

—¡Matteo! —grita, clavando las uñas en mis hombros.

—Mía —repito, rodeando su clítoris con la lengua antes de volver a atraparlo con la boca.

—Sí, tuya —jadea. —No pares, no pares —suplica entre gemidos.

—Ni loco. —Intensifico los movimientos en su coño, embadurno su culo con su propia excitación y meto un dedo despacio, sintiendo sus músculos tensarse a mi alrededor. —Tan apretado.

—Matteo… —grita, pero sigo chupando su clítoris mientras mis dedos trabajan en su coño y en su culo.

—Tan mojada, tan deliciosa… —Le meto otro dedo en el culo, y Giulia gime sin control, los muslos temblando.

—Oh Dios, sí, sí… dámela.

Mierda, casi acabo otra vez solo de escucharla así.

Necesitada.

Tiro de su clítoris con los dientes, la presión justa, para volver a atraparlo con la boca, chupando de manera rítmica.

Giulia grita mi nombre alcanzando el orgasmo. Libero su clítoris y paso a chuparla, bebiendo su jugo directo de la fuente.

—Delicia…

—Oh…

—Goza, *diavoletta*, goza… —Sigo deslizando mi lengua por sus labios, tomándolo todo, mientras mis dedos siguen penetrando en su culo.

Puta madre.

Todo su cuerpo tiembla mientras gime mi nombre bajito.

—Tú… —susurra, mirándome con los ojos vidriosos de placer. —Dentro de mí, por favor. —Giulia suplicando por mi polla es mi perdición.

Le agarro la cadera y la volteo como si fuera una muñeca de trapo.

—A cuatro patas, *amore mio*. Mira este culo… —Le doy una palmada en la nalga, disfrutando al ver el rojo teñir su piel blanca.

—Matteo… —Alza la cadera, inclinando el cuerpo hacia adelante.

La tiro hacia la orilla de la cama y deslizo mi polla por sus labios empapados, embadurnándome con su excitación.

Le separo el culo y, sin aviso, paso mi lengua allí, rodeando su culito apretado, y siento a Giulia tensar el cuerpo.

—Oh, Dios, tú estás… —susurra sorprendida, pero la ignoro, lamiendo todo, presionando primero un dedo y luego dos, viéndolos desaparecer.

Giulia gime sin parar.

—Sería tan fácil enterrarme en tu culo, *diavoletta*. —Retiro mis dedos y presiono suavemente la punta de mi polla, observando su cuerpo adaptarse para recibirme.

—Me vas a desgarrar —grita, y me detengo, dejando que se acostumbre a la quemazón, mientras mis dedos se deslizan en su coño empapado solo para encontrar su clítoris hinchado.

Muevo mi índice en círculos, ejerciendo la presión justa, y la diabla empieza a relajarse.

—Matteo… —gime.

—¿Qué quieres, *bella*? —Le pellizco el clítoris, empujando mi polla unos centímetros más.

Aprieto los dientes, sintiendo su cuerpo apretarme con fuerza.

—¡Puta madre! —exclama, echando la cabeza hacia atrás.

Con la mano libre, acaricio su culo, mientras mi dedo sigue provocando su clítoris.

—Más… —gime Giulia, agarrando la sábana.

Afirmo la mano en su cadera y empujo mi polla, viéndola ser tragada por su culo.

—Carajo —gruño, con el control colgando de un hilo.

—Voy a explotar —la diabla gimotea, y retiro casi toda mi longitud solo para volver a hundirme hasta el fondo, llenándola.

—¡Puta madre! —exclama, alzando aún más la cadera, y es mi señal. Sin dejar de estimular su clítoris, empiezo a embestir su culo, entrando y saliendo, rápido, fuerte, y con cada embestida se me hace más difícil contenerme.

—Quiero que acabes con mi polla enterrada en tu culo, *diavoletta* —gruño, hundiéndome profundo, en la habitación solo el sonido de nuestros cuerpos chocando y nuestros gemidos.

—Por favor, es demasiado…

Presiono su clítoris, arrancándole más gritos desesperados, e intensifico las estocadas, empujando con fuerza.

—Ah… —grita, echando la cabeza hacia atrás, el cuerpo entero temblando, y carajo, si no acabo con ella, rugiendo su nombre, llenando su culo de semen.

—Carajo, sí. —Arremeto dos veces más antes de salir de ella y caer a su lado en la cama, atrayendo su cuerpo contra el mío, necesitando sentirla pegada a mí.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, los dos tirados, abrazados, la respiración entrecortada.

Acaricio su espalda, su cabello, perdido en sus ojos verdosos. Mi pecho parece a punto de explotar con la intensidad de los sentimientos que Giulia despierta en mí.

Pero ahora, con ella aquí, conmigo, solo puedo pensar que soy un hijo de puta afortunado.

Afortunado de verdad.

—¿Ya es mañana? —pregunta de repente, sonriendo.

—Ya, *diavoletta*. —Le aparto un mechón del rostro, sabiendo que viene algún comentario ingenioso.

—Perfecto, porque no sé si puedo caminar más. Realmente te tomaste en serio eso de hacerme sentirte… —murmura, y no puedo evitar sonreír.

—¿Te lastimé? —pregunto, preocupado.

—No —me tranquiliza, sonrojándose. —Yo… lo disfruté —admite, mordiéndose los labios. —Fue aterrador al principio, saber que tu polla gigante entró ahí, pensé que iba a explotar, pero entonces…

—¿Entonces? —Alzo una ceja, queriendo escucharla.

—Fue bueno, muy bueno.

—Me alegra que te gustara, porque adoré meterla por el culo.

—No te emociones, no es para tanto.

No contengo la risa.

—Sigue riéndote. Creo que necesito descansar, por lo menos…

—¿Unas horas? —pregunto serio, y ella abre mucho los ojos, escandalizada.

—¿Estás loco? —Ignoro su indignación y la atraigo hacia mí. —Dios, ya estás duro otra vez, ¿qué problema tienes?

—Tú, pero prefiero llamarte solución, *amore mio*.

—No creas que con palabras bonitas vas a conseguir algo… —intenta sonar seria, pero al final me regala su sonrisa.

—Ven conmigo. —Me levanto y le tiendo la mano.

—¿A dónde?

—A bañarnos.

—¿Bañarnos? —Entrecierra los ojos.

—Sabes que no miento. Déjame cuidarte, enjabonarte todo el cuerpo, y luego podemos acostarnos, ¿qué opinas? Sé que estás cansada.

—Solo un baño —murmura, pensativa.

—A menos que quieras algo más.

Muerde los labios, sonrojada.

Maldita sea, Giulia.

Mi polla reacciona, porque sé lo que la diabla está pensando.

—Vamos a bañarnos, marido —dice, aceptando mi mano. —Si cambio de idea sobre el "solo baño" —empieza, y mi corazón se acelera—, te aviso.

Cumplí mi palabra, enjabonando cada pedacito de su cuerpo, dándole atención especial a ciertas zonas, claro, y no tardó en poner esa mirada de deseo que reconozco a kilómetros.

La que me dice que quiere que se la meta.

Control, maldita sea. Todo se trata de ella.

Fue difícil mantener el control cuando Giulia decidió devolverme el gesto y me torturó pasando sus manos por todo mi cuerpo, sobre todo cuando agarró mi polla, bombeando fuerte con la excusa de asegurarse de que quedara limpia.

Diabla…

Al final, los dos estábamos ardiendo y deseando más.

—Matteo… —susurra en mi oído, el agua caliente cayendo sobre nuestros cuerpos. —Cambié de idea.

—¿Sobre qué? —pregunto, fingiendo indiferencia.

—Tú sabes —responde, mordisqueando mi cuello, y carajo, si no aprieto los puños.

—Quiero escucharte decirlo, dime qué quieres. —Le levanto el mentón, mirándola a los ojos.

—Quiero…

Permanezco en silencio, esperando, la sangre bombeando en mis venas.

—Que me chupes y me hagas acabar.

—No tienes que pedírmelo dos veces, *amore mio*.

Cumplo su deseo. No solo una vez, sino dos, porque después de acabar en mi boca, la *diavoletta* imploró por mi polla y, claro, no podía dejar a mi mujer necesitada.

Nos fuimos a dormir de madrugada, exhaustos y satisfechos, por ahora, porque una cosa es segura: cuando se trata de Giulia, siempre quiero más.

Pensé que me costaría dormir acompañado, pero no, fue maravilloso tenerla conmigo, recostada en la curva de mi brazo, sintiendo su cuerpo relajarse contra el mío, mientras acariciaba su cabello, su espalda, aspiraba el perfume de su melena.

Mi mujer.

No sé cuánto tiempo pasó, solo sé que me quedé observándola dormir relajada, el pecho subiendo y bajando, pensando en cómo nuestras vidas habían cambiado, en lo que el futuro nos tenía preparado, y si esto era una muestra de ello… no es raro que, cuando el sueño por fin me venció, lo hiciera con una sonrisa enorme en el rostro.

La sonrisa de alguien que encontró la felicidad.



Por primera vez en años, me despierto tarde. No es que no estuviera atento al más mínimo ruido y listo para cualquier acción. Mi pistola está aquí, conmigo, al alcance de la mano, pero con ella a mi lado me relajé y conseguí descansar como hace mucho tiempo no lo hacía.

La luz inunda la habitación, pasando por las rendijas de la persiana, indicando que afuera el día está hermoso y soleado.

Giulia tiene la pierna apoyada sobre la mía, su mano descansa en mi pecho, y la sensación es que podría quedarme así por horas.

—Buenos días, dormilona. —Beso su frente, inhalando el perfume de su cabello.

—Mmm… —murmura, frotando la nariz en la curva de mi cuello. —Tú también estás aquí, eso te convierte en dormilón también —rebate ligera, aún somnolienta.

—Solo haciéndote compañía, *diavoletta*.

—Muy amable de tu parte. —Sonríe, deposita un beso en mi pecho y se gira para mirarme.

—¿Con hambre? —pregunto.

—¡Mucha!

—Debe haber algo que podamos preparar en el refrigerador.

—Pero está tan bueno aquí —dice, llena de pereza.

—Puedo bajar y preparar nuestro café, o podemos ir hasta la mansión, tomar algo ya listo y volver aquí de nuevo —puntualizo, y

la sorpresa inunda su rostro.

—¿En serio?

—¿Por qué no? No tengo dudas de que mamá va a adorar consentirnos, y hoy nadie se levantó temprano.

—Me encantaría ir…

—Tengo certeza de que tu amiga está bien. Chiara la mantendrá ocupada.

—Lo sé, pero será bueno verlas después de lo de ayer. —Sonríe.

—Quieres saber cómo fue el final de la fiesta, ¿verdad?

Finge pensar unos segundos, pero luego confirma con la cabeza.

—Quiero saber si todo salió como planeé, si se divirtieron y, quién sabe, si hubo algún chisme de última hora. Necesito estar al tanto.

—Créeme, nos enteraríamos si hubiera pasado algo crítico.

—No hablo de problemas estilo mafia, solo un chismecito básico, claro que Enzo o Lucca no reportarían eso.

Sonrío ante su entusiasmo.

—En ese caso, mejor nos vestimos, recuperamos energías y averiguamos si pasó algo… interesante —comento.

—¡Exacto! —bromea, pero luego se pone seria.

—¿Ocurre algo?

Niega con la cabeza.

—Gracias por todo esto. —Mira alrededor. —Por esta noche mágica.

—Ni se acerca a lo que yo había planeado para ti.

—Amé cada segundo, y sé que tendremos otras oportunidades de viajar.

—Cuenta con eso —destaco—. Y sobre hoy, podemos volver aquí después, si quieres.

—Lo sé y, aunque esta opción es extremadamente interesante, creo que estoy demasiado curiosa por conocer mi nuevo cuarto.

—¿Curiosa? —Alzo una ceja.

—Ya sabes, para ver si está todo pintado con la sangre de tus enemigos —bromea. —Mentira, quiero conocer nuestro rincón. —Enfatiza el "nuestro", y maldita sea si no me gusta cómo suena eso. —Y, quién sabe, estrenarlo… —Me lanza una sonrisita y sé exactamente a dónde quiere llegar.

—Cada metro cuadrado de ese lugar —completo, y su sonrisa se amplía.

Hermosa.

—Es un buen plan, tienes que admitirlo.

—Un maldito buen plan —exclamo, dejando un rastro de besos en su cuello, haciendo que Giulia se retuerza debajo de mí.

—Para, para… si no, vamos a llegar allá después del almuerzo.

Riendo, me aparto y la acompaño mientras se enrolla en la sábana.

—Sabes que ya vi y lamí todo lo que intentas esconder.

—Aun así… —Hace una mueca. —Por favor dime que tienes algo para vestirnos aquí y que no tendré que ponerme el vestido de novia.

—Hay una bolsa abajo con algunas de tus cosas. Chiara la separó para mí. Voy a buscarla para ti.

—Dios, ¿ya te dije que te amo? —bromea, y por un segundo quisiera que no fuera en broma.

Me dirijo al piso inferior, intentando poner mi cabeza en su lugar.

Todo a su tiempo.

No porque yo ya esté de rodillas significa que ella esté en la misma página.

Aprovecho para usar el baño de la planta baja y subo ya vestido, solo para encontrarla intentando peinarse con los dedos.

—Aquí. —Le entrego la bolsa. —Voy a revisar mis mensajes mientras te arreglas. —Beso su frente y me alejo hacia la terraza.

Como imaginaba, somos premiados con otro hermoso día de verano. Ni una nube en el cielo. Y si a esta hora ya está caluroso, el atardecer promete.

—No estabas bromeando cuando dijiste que la vista desde aquí es hermosa —exclama Giulia, abrazándome, y la atraigo más hacia mí, rozando sus labios con suavidad.

—La vista aquí es, definitivamente, hermosa —devuelvo, analizándola de pies a cabeza. El vestido veraniego suelto hasta la altura de la rodilla solo me hace imaginar lo fácil que sería deslizar mis manos por sus muslos.

—Ni lo pienses —advierte, atrapándome *infraganti.* —¡Estoy hambrienta!

—Podría pensar en algunas cosas deliciosas para comer aquí… —Miro más abajo, y noto cómo se sonroja.

—¡Eres terrible! Vamos, antes de que me convenzas de lo contrario.

Suelto una carcajada y Giulia sonríe, poniéndose aún más hermosa.

El camino hasta la mansión lo hacemos en pocos minutos. Como imaginaba, encuentro a todos en el comedor.

El aroma a café recién hecho y la mesa repleta es una invitación.

—Pensé que ya no iban a salir de allá —bromea Chiara.

—Si fuera por mí, aún estaríamos —devuelvo rápido—, pero Giulia estaba preocupada por ti, enloqueciendo a Isa —bromeo, y ella pone los ojos en blanco.

—No dije nada de eso. —Recibo un codazo.

—¡No te preocupes por mí! ¡Estoy muy bien! —comenta su amiga. —Chiara y yo vamos a la piscina en un rato, y doña Eleonora me va a enseñar a preparar un legítimo tiramisú como postre para la cena.

—Vaya, agenda llena —respondo y sé que Giulia se siente más aliviada.

—En ese caso… —La cargo en mi hombro, cuidando que nada se vea, y subo las escaleras.

—¡Matteo, el café! —grita, riendo a carcajadas.

—Cambio de planes, el nuestro será en la cama, *diavoletta*.

—¡Estás loco! —Ríe, mientras abajo todos silban y aplauden.

—Por ti, *amore mio*.

Por ti.

—Mamá, pide a Viola que lleve un poco de todo a mi cuarto, por favor —grito. —Necesito fuerzas para complacer a esta mujer —agrego, y las risas desde abajo son señal de que oyeron mi sincera petición.

—¿No hiciste eso? —dispara Giulia, mientras el rojo cubre su rostro.

—No puedo dejarte con hambre, *diavoletta*. Tengo planes.

—¿Planes? —Alza una ceja, mientras la pongo con delicadeza en el suelo.

—¿Lista para conocer tu cuarto?

—Más interesada en lo que tienes en mente —devuelve, mirando mis labios.

Ni lo pienso mucho.

La aprieto contra la puerta y bajo mis labios hasta los suyos, intentando expresar todo lo que guardo en el pecho.

Empieza suave, pero se intensifica, la diabla succiona mi lengua, agarra mi cabello, y subo mi mano bajo su vestido, apartando su tanga a un lado solo para sentir cómo mi dedo se desliza en su humedad.

—En mi mente, mi boca está donde mi dedo está ahora —presiono su clítoris, provocándola con movimientos circulares, y Giulia gime contra mis labios.

—Llévame ya adentro y sigamos el plan.

—Bien —devuelvo, llevando mi dedo a la boca, chupándolo mientras la diabla sigue cada movimiento. —Recuerda que primero tenemos que alimentarte —provoco, sabiendo que en minutos recibiremos todo y más.

—Seguro que puedes poner el plan en práctica mientras tomo un jugo y pongo algo en la boca —dice, y enseguida abre los ojos, notando cómo sonó.

Claro que no pierdo la oportunidad.

—Me gusta cómo piensas, Giulia Zampieri, mantendré tu boca llena, con gusto. —Guiño y ella pone los ojos en blanco, pero luego sonríe contra mis labios.

Una sonrisa amplia, feliz, y solo espero poder mantenerla así.



Los próximos días pasan en un abrir y cerrar de ojos. Todavía tuve que resolver unos temas, pero Enzo y Lucca filtraron la mayoría de los asuntos, solo lo que realmente exigió mi participación llegó hasta mí.

¿Y qué hice?

Aproveché para disfrutar de mi esposa.

Adorar cada pedacito de ella, quedarme tirado en la cama conversando sobre los más variados temas después de hacerla gemir mi nombre, observar su rostro aún tomado por el placer se volvió una rutina que pretendo mantener; al anochecer, unas copas de vino en la terraza, admirando la puesta del sol y, claro, muchos momentos en familia.

Ni siquiera recuerdo la última vez que logré conciliar estar con las personas que amo con las presiones y responsabilidades de la posición que ocupo.

Fue bueno.

Lamentablemente, el descanso terminó.

Vacaciones es algo que no existe, no en nuestra línea de trabajo, donde todo puede cambiar de un momento a otro.

Estoy en la oficina desde la mañana y el día promete.

El almuerzo con los Tomazini es el único punto tranquilo del día, ya que la tarde está comprometida con reuniones. Dimitri me mandó un mensaje anoche, lo que significa que tiene algo para mí.

En nuestra última llamada tuve que tranquilizarlo respecto a los problemas en La Spezia y nos enfocamos en la negociación del nuevo cargamento de AR-15 y AK-47 que llega a Livorno la próxima semana.

Hoy el objetivo es otro.

Comenté rápidamente sobre la situación que enfrentamos desde el atentado, el problema en La Spiaggia y las mujeres envenenadas.

La Bratva tiene informantes y espías repartidos por todo el mundo. Si hay algún ruido fuera de Italia, yo voy a saberlo.

Ese debía ser mi último compromiso, pero me sorprendieron con una reunión de último momento con Cesare Del Vecchio y ya imagino qué asunto traerá el viejo a la mesa de negociación.

Chiara.

Un golpe en la puerta me trae de vuelta al presente.

—Puedes entrar —aviso, ya sabiendo quién es.

Enzo y Lucca entran y se sientan en los sillones frente a mi escritorio, mientras tomo un cigarro y lo enciendo.

Les ofrezco la caja de habanos, pero ellos continúan solo mirándome.

—¿Necesitando calmar los nervios tan temprano? —mi *consigliere*, observador como siempre.

—Del Vecchio va a querer una respuesta —disparo sin rodeos.

—Probablemente quiera hablar de los cargamentos. No tuvimos más problemas desde que implementamos esos cambios en las rutas.

—No es eso.

—Chiara —escupe Lucca, y hay tanta rabia en su voz que el viejo debería contratar más guardaespaldas—. No puedes estar considerando eso.

—¿Cuál es tu sugerencia?

—Una que no involucre entregar a tu hermana al monstruo que es su hijo.

El silencio pesa en la sala.

Nunca consideré esa posibilidad, pero necesito una alternativa, y rápido.

—Un matrimonio con una de las hijas de los Rizzi puede ser una posibilidad —sugiere Enzo y hasta me acomodo en la silla, reflexionando al respecto.

Claro que no es lo mismo que unir nuestras familias a través del matrimonio, pero aun así, el hijo de puta estaría fortaleciendo nuestra alianza al casar a su hijo con la heredera de uno de mis capos.

—¿Qué opinas? —miro a Lucca.

—Seguro que no lo aceptará de primera, no sin otro motivo fuerte detrás, pero creo que cederá.

Un motivo fuerte.

Paso las manos por mi mentón, evaluando la frase de mi amigo y sabiendo exactamente qué hacer, en caso de ser necesario.

—¿Debo hablar con Ángelo? —pregunta, mirándome con expectativa.

—No por ahora, quiero escuchar qué tiene que decir. Cuanto más podamos retrasar esta decisión, mejor. No me agrada tener nada que me ate a la mafia de Civitavecchia.

—No podremos huir de eso por mucho tiempo —puntualiza Enzo, levantándose impaciente.

—¡No! —replico, haciendo lo mismo y caminando hacia él—. Pero es el mejor escenario, por ahora. ¿Vas a acompañarnos hoy con los Tomazini? —disparo, dando por cerrado el asunto.

Asiente.

—Lucca, ¿estás monitoreando el desplazamiento de los contenedores que vienen de Frankfurt?

—¡Por supuesto!

—Perfecto. Concéntrate en eso. No quiero sorpresas, no involucrando a los rusos. Ya tenemos bastante con lo nuestro.

—¿Necesitas algo más, Matteo?

Niego con la cabeza y mi *consigliere* se levanta, caminando hacia la puerta.

—Enzo, quédate. Hay un asunto más que quiero tratar contigo —remarco, y mi hermano vuelve a acomodarse en el sillón.

—¿Hermano?

—Mira qué soldados enviaremos para acompañar a Isabella hasta el aeropuerto mañana.

—Yo la llevaré —aclara, sorprendiéndome.

—Por lo que recuerdo, te quejaste cuando pedí que fueras a buscarla al aeropuerto.

No responde, pero noto cómo su semblante se endurece.

—¿Hay algo de lo que deba preocuparme? —disparo, directo como siempre.

—¡No!

—¿Y con respecto a la chica?

—¿Qué pasa con ella? Se va mañana —retruca demasiado rápido.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—¿Cómo debería sentirme? —Arquea la ceja, y nos quedamos unos segundos solo mirándonos.

Sé que hay algo ocurriendo y el cabrón lo sabe.

—Solo digo que estoy aquí, aunque sea para sostener el maldito saco de boxeo —comento, sabiendo lo complicado que puede ser este tipo de asunto, aún más en nuestro ambiente.

—No necesito nada —dice, pero veo cómo su cuerpo se tensa al escuchar la voz de la chica a lo lejos.

—En ese caso, mejor ve a arreglarte. Ni de broma voy a aguantar solo a Alberto y Massimo Tomazini.

Asiente y sale de la oficina pisando fuerte, y claro que no creí ni por un segundo en su última frase.

Enzo tiene serios problemas, solo que aún no lo admite.

CAPÍTULO 32

JCAPÍTULO 30**ulia**



Certain Things – James Arthur feat Chasing Grace
Love on the Brain - Rihanna

Las últimas semanas pasaron tan rápido.

Aún me resulta extraño cuando algún empleado me llama señora Zampieri, pero al mismo tiempo siento el pecho a punto de estallar.

Casada.

¿Quién diría que estaría así, en las nubes?

¿El culpable? Matteo Zampieri.

No viajamos, pero eso no hizo que nuestra luna de miel fuera menos especial, al contrario, cada segundo fue inolvidable y estoy segura de que él va a preparar algo. Ojalá que incluya la lancha y nosotros dos solos en alta mar, porque la traviesa que habita en mí ya puede imaginarlo devorándome en lo alto de ese flybridge, con solo las estrellas de testigos.

Jesús... ¿soy yo o aquí se calentó el ambiente?

Cálmate, Giulia, ni parece que esta mañana ya te regalaron varios orgasmos.

Siento las mejillas calientes y me esfuerzo por pensar en cualquier otra cosa que no sea mi marido y todo eso.

Si Chiara o Isa me vieran así, seguro empezarían las bromas, y con razón. Siempre que Matteo me arrastraba al cuarto con alguna excusa absurda, yo soportaba las burlas de ellas después.

Amigas aparte, las bromas siempre prevalecen.

Aprovecho que él está en la oficina desde temprano y decido sacar a Isa del cuarto, la tengo solo para mí hoy, y eso está arruinando mi paz.

Para empeorar, aún tenemos un compromiso fuera, pero no podía rechazar la invitación de mi tío. Excepto por la boda, no tuve muchas oportunidades de hablar con él ni con su familia. Estoy emocionada, salvo por la parte de reencontrarme con mi primo, pero todo cambió desde nuestro encuentro apenas llegué. Quiero verlo intentar hacer amenazas ahora.

Soy la esposa del *Don* y estoy lista para restregárselo en la cara a quien sea necesario.

¿Simpática? Siempre, pero la paciencia tiene un límite. Y no voy a aceptar que me menosprecien a mí ni a los que amo. Ni pensarlo.

Para mi alegría, Isa va conmigo.

Solución perfecta.

Visito a mi pariente y, de paso, llevo a mi amiga a pasear por Florencia para aprovechar nuestro último día. Hablé con Matteo y me dijo que al regreso visitaremos la catedral, incluyendo subir a la cúpula, el famoso "Duomo de Firenze[7]".

Estoy ansiosa y emocionada, más aún porque esta segunda parte del paseo es sorpresa para ella. Después de casi un mes aquí, ni siquiera pude llevarla a pasear como me hubiera gustado.

Fue tanta la prisa. Nos divertimos mucho, claro, pero sé que ella necesita por lo menos conocer esto antes de partir.

Hay tanto que ver, tanto: la escultura de David de Miguel Ángel, las innumerables galerías, restaurantes, pero para eso necesitaríamos mucho más tiempo.

¡Ella podría quedarse, eso sí!

Llegamos a la mansión de los Tomazini con treinta minutos de anticipación.

Salimos de Siena en una caravana con cuatro camionetas y soldados por todos lados.

Matteo notó mi mirada sorprendida, pero ni pregunté, si ellos entienden que todo esto es necesario, ¿quién soy yo para cuestionarlo?

Solo espero que sea un paseo tranquilo.

El trayecto duró poco más de una hora, e Isa y yo aprovechamos para admirar el paisaje, las colinas verdes, cipreses altos y las construcciones medievales, dando paso a una ciudad de belleza impresionante.

—No sé ni dónde mirar. Todo es tan hermoso —comenta Isa y no podría estar más de acuerdo.

—Hay varios puntos turísticos en Florencia, quizá en tu próxima visita podamos explorar más —dice Matteo, y mi corazón se agita solo porque deja claro que mi amiga siempre será bienvenida aquí.

—Seguro —destaco, y ella sonríe.

Enzo permanece en silencio, mirando por la ventana, pero lo he sorprendido varias veces observándola a ella cuando cree que nadie lo ve.

Por el amor de Dios, cuñado, haz tu movimiento.

—¿Es aquí? —pregunto, sorprendida cuando pasamos por una gran puerta de hierro con la inicial T.

—Sí, esta propiedad era de tu abuelo, Giovanni Tomazini, lo que la hace tuya.

—¿Mía? —pregunto, abriendo los ojos, y no sé si estoy más sorprendida por eso o por saber que mi abuela vivió en un lugar tan elegante antes de ir a Brasil. Éramos felices allí, pero... esto es increíble.

—Tuya, si quieres. Desde la muerte de tu abuelo, es tu tío abuelo quien cuida y usa la mansión.

No voy a echar a mi tío. No necesito esta propiedad. Estoy feliz donde estoy.

—La mansión de los Zampieri es mi hogar, soy una Zampieri ahora —afirmo, y Matteo no dice nada, solo asiente mirándome de un modo extraño.

El almuerzo en la mansión de los Tomazini fue una buena experiencia.

Estaba nerviosa, pero nos recibieron muy bien y el interior es tan impresionante como el exterior. Por suerte, Massimo estuvo callado la mayor parte del tiempo.

No sé si fue por la presencia del *Don* y el subjefe que se intimidó, o porque ahora el dueño de toda esto es mi marido.

Lo cierto es que me encantó verlo con el rabo entre las piernas.

Nunca olvidaré cómo me trató en esa fiesta. ¿Rencorosa? Sin duda.

Tampoco me gustó nada cómo el imbécil miraba a mi amiga, pero ni tuve que intervenir. Enzo y él tuvieron una conversación y de repente el imbécil dejó de mirarla.

Curioso, por decir lo menos.

Al final, el balance fue positivo y salí de ahí con la sensación de haber cumplido. Me gusta pensar que mi abuela estaría feliz de que haya ido a conocer el lugar donde vivió tantos años.

—Visita concluida con éxito —lanzo en cuanto volvemos a la carretera.

—¿Te gustó?

—Fue mejor de lo que esperaba. Mi primo es realmente un imbécil, si tenía alguna duda, hoy tuve certeza. Aprovecho para agradecerte por haber hablado con él —digo, mirando a Enzo—. No sé qué fue, pero funcionó.

—Un placer —responde, mientras Matteo e Isa nos miran sin entender nada.

—Bueno, como no tengo primo aquí, puedo decir que todo estuvo genial, cualquier paseo en compañía de ustedes es fantástico —comenta Isa.

—Eso es porque no tienes idea de nuestra próxima parada.

—¿Cómo? Pensé que íbamos a la mansión.

—Después —respondo, toda misteriosa.

—Cuéntalo ya.

—Pronto lo descubrirás —aviso, mordiendo los labios para no reír, sobre todo cuando ella me mira seria y luego mira a mi marido y a mi cuñado como si alguno de ellos se atreviera a contar algo.

—Por lo visto, solo me queda esperar —bromea, poniendo los ojos en blanco y enfocándose en la ventana.

Unos minutos después, estacionamos y ella mira a su alrededor sin disimular la curiosidad.

—¡Dios mío!

—¿Qué pasa? —Me hago la tonta.

—Es la catedral de Florencia, ¿no? Dios mío, qué enorme y hermosa es —gira el rostro, intentando ver más, la voz llena de emoción.

—Sí, ¡sí! —confirmo sin ocultar mi emoción—. ¡Y haremos un tour privado allí!

—¿Qué? —Abre los ojos.

—¿Lista para tomar muchas fotos y subir cientos de escalones? Por lo que investigué en Google, la subida hasta la cúpula es intensa.

—¿En serio, Giu?

—Agradece a Enzo, fue él quien organizó todo, y en tiempo récord.

—Yo… —comienza, pero yo sigo.

—Y a mi marido, claro —Le guiño un ojo.

—Gracias, gracias —agradece, mirando a ambos, visiblemente emocionada—. Sé lo ocupada que es su vida, y que me hayan traído aquí… ni sé qué decir.

—No podías irte sin conocer algún punto turístico de la Toscana —comenta Matteo, y ella no puede decir nada, solo asiente emocionada.

—Gracias —susurra después de unos segundos—. Cuando subí al avión, mi único objetivo era ver a mi amiga, estar a su lado en su gran día, tal vez disfrutar unos días de descanso, pero lo que encontré aquí, con ustedes, la forma en que me recibieron… es mucho más de lo que creí posible. Gracias, realmente no me sentí como una huésped, me sentí en casa, como si fuera parte de la familia. Y hace muchos años que no sé qué es eso. —Sus ojos se llenan de lágrimas, y demonios, si no me entró una pestaña a mí también.

—Nada de tristeza —murmuro, abrazándola fuerte—. Vamos a disfrutar tu último día aquí.

—Vamos —dice, tratando de secar disimuladamente las lágrimas que recorren su rostro.

La catedral es… me faltan palabras.

Imponente, fantástica, increíble, divina, son algunos adjetivos que se me vienen fácil. Ni siquiera sabía dónde mirar. Había tantos detalles: el suelo, las paredes, el techo, la cúpula impresionante, y si solo estar adentro ya fue una experiencia única, no contaba con lo que vendría después de subir los cientos de escalones que nos esperaban.

Sí, cientos.

La escalera es empinada, estrecha, y en muchos momentos pensaba qué hago aquí, pero seguimos, molestándonos mutuamente. Matteo y Enzo ya habían estado en la catedral, pero hacía años, y no dijeron nada para no arruinar nuestra experiencia. Cuando alcanzamos los últimos escalones y vimos el cielo soleado, fue como un golpe en el estómago, esa sensación de que todo el esfuerzo y cansancio valió la pena.

—¡Es hermoso! —exclama Isa, y no podría estar más de acuerdo.

La vista de Florencia, a más de cien metros de altura, desde lo alto de una iglesia más antigua que el descubrimiento de Brasil, me deja boquiabierta.

—Otro excelente lugar para tener una vista panorámica de Florencia y del río Arno es la piazzale Michelangelo —comenta Enzo, rompiendo el silencio—. La mejor hora es al atardecer.

Interesante.

—¿Otro día, marido? —bromeo.

—Por supuesto, *amore mio*.

—Quizá en otra oportunidad —susurra mi amiga, y a su lado Enzo dice algo que no logro entender. Sea lo que sea, se quedan mirándose en silencio varios segundos.

No sé cuántos minutos estuvimos ahí.

Solo sé que fueron pocos.

La bajada, claro, fue más fácil y en pocos minutos ya estábamos de vuelta en el vehículo y en la carretera.

El regreso fue en silencio.

No sé si fue por el cansancio del día o simplemente porque, en lo que a Isa y a mí respecta, no quiero que el día termine.

Es difícil pensar en ella lejos, otra vez.

—No creas que las actividades de hoy terminaron —bromeo, tratando de animarla, cuando estacionamos frente a la mansión, una hora después.

—¿Cómo que no, loca?

—Te dejaré descansar un poco, pero acuérdate de esta noche.

—¿Esta noche?

¡La pasta, mujer!

—¡Claro que sí! No se me olvidó. Ni pensaría en irme sin haber hecho pasta fresca con tu suegra. —Sonrío—. Será divertido, ahora, si va a quedar buena, esa es otra cuestión.

—En el peor de los casos, comemos otra cosa —bromeo mientras entramos y nos reciben la *mama* y Chiara, quien decidió no venir porque se sentía un poco indispuesta.

—¿Estás mejor? —pregunto.

—El medicamento alivió un poco, pero ya voy a volver a mi cuarto. —Hace una mueca y sé bien lo que es lidiar con cólicos fuertes.

—Descansa, más tarde paso para charlar un rato, ¿qué te parece?

—¡Por favor! Hasta la hora de la cena estaré mejor y me uniré a la diversión con ustedes.

—Eso es. Ahora anda y quédate quietecita.

—Qué bueno verlas animadas y ocupadas —comenta Matteo,acercándome hacia él, y apoyo las manos en su pecho.

—¡Sí! Voy a ayudar a Isa a organizar las maletas, porque si no, seguro que alguna de ellas traerá exceso de equipaje —bromeo —. Y después cocinaremos con tu mamá.

—Creo que hoy me quedaré solo con las frutas —comenta él, y frunzo el ceño.

—Vas a comer de todo y vas a repetir, eso sí —intento sonar seria, pero fallo miserablemente y él sonríe.

—Tengo varias reuniones esta tarde y después de cenar tengo un compromiso externo. —Aparta un mechón de mi cabello.

—¿Ningún momento libre?

—En cuanto tenga una pausa, lo sabrás —susurra cerca de mi oído, y se me eriza la piel.

Cálmate, Giulia.

—Por fin, buenas noticias —exclamo, y al final los dos sonreímos—. En ese caso, que tengas buenas reuniones y que pronto puedas tener un descanso. —Le guiño un ojo, rozando mis labios con los suyos antes de alejarme de la tentación que es mi marido.



—*Pici* —repite Isa otra vez.

—Sí, *Pici* —repite doña Eleonora, toda animada.

—Te va a encantar, Isa. Es un plato típico de la Toscana, parecido a un espagueti, pero más grueso y rústico. Es bastante ligero y generalmente viene acompañado de ragú.

—¿Ragú?

—Una salsa —complementa Chiara.

—Ya me encanta y ni siquiera está listo —responde ella, trabajando la masa con la ayuda de mamá.

—Voy a seguir observándolas para asegurarme de que todo salga como planeamos —bromeo.

—¿Observando, eh? Lo que no quieres es ensuciarte las manos.

—Ya hay muchas manos aquí —bromeo—. Voy a ayudar cortando los ingredientes para la salsa.

—Ya veo…

—En ese caso, puedes empezar, querida. Ya los dejé sobre la mesa. Tú y Chiara pueden adelantarse con esta parte —dice mamá, y Chiara y yo nos miramos.

—Yo y mi bocota —murmuro, y nadie en la cocina puede quedarse seria.

Todas comienzan a reír con ganas. Y es en ese ambiente ligero y agradable que pasan los minutos. Estamos las cuatro distraídas charlando cuando escuchamos una tos leve.

En la puerta, observando todo, no sé desde cuándo, están ellos...

Matteo, Enzo y Lucca.

—Tengo que admitir que huele bien —Matteo es quien habla primero.

—Mmm, tu hermana está involucrada, no sé si tengo estómago para esto. Es muy arriesgado —bromea Lucca con una sonrisa, y claro, recibe el dedo medio como respuesta.

¡Compórtense! —advierte mamá—. Lucca, querido, vas a tener que probarlo.

—Claro que sí, madrina. Soy valiente, ¿recuerdas? —bromea, y ella no puede mantenerse seria.

Estoy tan concentrada siguiendo la interacción de Chiara con el consejero que casi, CASI, no noto cuando Enzo se acerca a mi amiga y le limpia delicadamente la cara donde había un poco de harina, para luego salir de la cocina sin decir nada, dejándonos a mí y a todos los que vimos la escena en shock.

¿Pero qué fue eso, señoras y señores?

¡SOCORRO!

—Ok, imagino que tienen mucho trabajo, ¿qué tal si nos dejan trabajar en paz o esta cena no saldrá hoy?

—Matteo, ¿me parece a mí o tu madre nos está echando de la cocina?

—Es tu culpa, me temo.

—¿Mía? Solo dije la verdad.

—Vaya, qué gracioso. Pero no lo es —se burla Chiara, poniendo los ojos en blanco.

—¿Viste? —Matteo aprieta su hombro—. Vámonos, no puedo dejar al ruso esperando.

Su mirada se cruza con la mía y él se despide con un gesto antes de alejarse con el *consigliere*.

—¡Vamos, chicas! ¡Es una cuestión de honor hacer que les caiga la mandíbula cuando prueben nuestro *Pici*, cierto!

—¡Cierto! —todas aplaudimos.

La cena fue absolutamente fantástica. El *Pici* quedó divino y todos repitieron, incluso el consejero.

Claro que no faltaron bromas ni emoción.

Isa aprovechó la oportunidad para agradecer a todos. Yo, que ya me había emocionado en la catedral, terminé con los ojos llenos de lágrimas otra vez, pero no fui la única; mamá y Chiara también tuvieron el mismo problema.

—Siempre serás muy bienvenida aquí, querida.

—Gracias —susurra, y sé que está a punto de llorar—. Con su permiso, voy a terminar de arreglar mis maletas.

—Ya voy a ayudarte —aviso, aprovechando unos minutos más en compañía de mi marido. Sé que tendrá que volver a sus interminables reuniones, lo cual es una lástima. Ningún descanso hasta ahora.

Créelo, estoy contando con eso.

—No te preocupes, Giu.

—Insisto —replico, y ella ni intenta argumentar, sabe que es perder el tiempo.

—Yo también voy, pero solo para charlar —bromea Chiara y todos nos reímos a carcajadas.

Dios, miro a cada uno de ellos… y solo puedo sentir felicidad por tenerlos a todos conmigo.

Inmediatamente, recuerdo a mi abuela, que con toda su sabiduría decía: "El placer está en las pequeñas cosas".

Y no podía estar más en lo cierto. Disfrutar la compañía de la familia, de los amigos, de aquellos que realmente importan… de los que te hacen bien.

De eso se trata.

Matteo me da un beso rápido y se va con Enzo y Lucca al despacho, y por su entusiasmo, no debe ser un tema fácil.

Voy hacia la habitación de Isa y toco suavemente la puerta. No tarda mucho en abrir, y no hace falta ser un genio para notar que estaba llorando.

—Isa —susurro, ya sintiendo mi garganta apretarse—. Sabes que no puedo ver a nadie llorar.

—Yo… —apenas puede hablar, señala el centro de la cama, donde está su maleta abierta—… nunca pensé que me sentiría así al pensar en irme.

No digo nada. No puedo. Solo la abrazo fuerte… lo más fuerte que puedo. Cuando creo que es seguro, respiro hondo.

—No quería que fuera así —Hago una mueca y ella sonríe—. Es tan bueno tenerte aquí. Piensa solo, sin primos molestos y oportunistas.

Ella se ríe entre lágrimas.

—Sí, ¿puedes creer que ni siquiera los recordé?

—¿Ves? Otro motivo para que te quedes.

—Qué locura, me encantó estar aquí y conocer a cada uno de ellos —dice, pensativa.

—Especialmente a mi cuñado, apuesto.

—Basta, tonta…

—Dime la verdad, ¿soy una romántica tonta que ve cosas donde no hay nada?

—No hay nada, amiga, pero no voy a mentir, él me mueve algo.

—¡Lo sabía! —exclamo y ella pone los ojos en blanco.

—No cambia nada.

—No sabes…

—Sí sé —Ríe—. Mejor enfoca tus esperanzas en Chiara, ahí sí hay…

—¿No es así?

—¡Claro que sí!

La abrazo otra vez.

—Quédate, nunca te pedí nada —bromeo.

—No tengo un italiano al que llamar mío.

—Eso es fácil de resolver.

—Ajá —responde, tomando su perfume y envolviéndolo en un jean para protegerlo.

—Si es que no lo has hecho ya. —Le guiño un ojo y estoy a punto de hablar de Enzo cuando tengo que correr al baño.

—¿Qué pasó? ¿Sigues mal del estómago? —pregunta preocupada, sujetando mi cabello mientras veo cómo la cena desaparece.

Maldita sea.

Cómo odio vomitar.

—Creo que mi hígado está mal, no sé —murmuro, lavándome la cara y mojando mis muñecas para ver si se va el malestar.

—Acuéstate aquí. —Empuja la maleta a un rincón—. Te pusiste hasta pálida.

Hago exactamente eso, me acuesto y cierro los ojos, rezando para que esta sensación horrible desaparezca pronto.

—Estaba bien y de repente esto.

—¿Tienes dolor de barriga también? Puede ser una intoxicación alimentaria.

—¡No! Solo náuseas y un cólico molesto.

—¿Vas a menstruar?

—No sé. Casi no me baja por el medicamento, solo algunos escapes de vez en cuando.

—¿Cuándo te pusiste la última inyección? —pregunta y trato de recordar exactamente cuándo fue.

—Sé que pronto me toca otra, voy a hablar con el médico para pedir la receta. Aquí se necesita —explico.

—Giu —llama y abro los ojos solo para encontrar su mirada preocupada sobre mí.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que existe la posibilidad de que tú…

—¿Yo qué, loca? Dilo de una vez.

—¿Estés embarazada?

Muevo la cabeza negando.

—No… no, es el medicamento.

—Los medicamentos fallan y si se acerca la fecha de la siguiente inyección…

Dios, el corazón me late fuerte.

¿Y si lo estoy?

Claro que tuvimos sexo varias veces.

Muchas, muchas, de verdad.

Respira, Giulia.

Isa sube a la cama y toma mi mano.

—Oye, no te vuelvas loca, solo dije eso porque, bueno, puede ser, ¿no? Ustedes parecen dos conejos.

—Eso no ayuda. —Hago una mueca.

—¿Cómo conseguimos comprar un test en la farmacia y quitar esa preocupación de tu cara? Me siento fatal, porque fui yo la que lo sugirió.

—Tienes razón. No está de más comprobarlo —susurro, levantándome despacio, ya sintiéndome un poco mejor—. Voy a llamar a Chiara, si hay alguna forma de ir a una farmacia a esta hora, ella sabrá qué hacer.

Dios mío, ¿y si realmente estoy embarazada?

—Llama rápido, deja de pensar. Ya veo cómo se mueven las cosas desde aquí.

Respiro profundo y mando un mensaje.

No tarda mucho en aparecer.

—¿Qué pasó? Las dos parecen que vieron un fantasma.

—Mejor siéntate —dice Isa, mientras pienso cómo contarle sin que se altere.

—¿Qué? —grita cuando termino de hablar.

—¡Ey! Tranquila, ni siquiera sabemos si es eso.

—Ay, Dios mío, voy a ser tía. —Aplaude, toda emocionada—. Matteo se va a volver loco.

—Chiara, tienes que calmarte. Nadie puede sospechar nada, solo voy a hablar con tu hermano cuando... no quede ninguna duda, ¿entiendes?

Ella asiente y hace un gesto de cerrar la boca.

—Soy un tumba y ya sé exactamente lo que vamos a hacer —responde.

¡Perfecto!

Logramos salir solo con su guardaespaldas y tres hombres más. Lo último que necesitábamos era una multitud cuando íbamos a la farmacia.

—No puedo creer que lo lograste —susurro cuando ya vamos en la carretera rumbo al pequeño centro comercial que queda a unos treinta minutos—. ¿Qué dijiste?

—Le dije a mamá que se me acabaron los medicamentos para el dolor menstrual y que no puedo arriesgarme a quedarme sin ellos para más tarde.

—¡Bien!

—Además, pude decir que Isa no había probado un *gelato*[8] todavía.

—Tuviste que armar un drama.

—Claro, ¿no? Tenía que ponerse sensible, con solo el medicamento, seguro quería darme alguna dipirona para que no saliéramos de ahí —confiesa y quiero reír solo de imaginar la escena.

—Bien pensado. Tomaremos *gelato*.

Al acercarnos, solo rezo para que todavía esté abierto.

—¡Está abierto! —exclama Isa a mi lado, apretando mi mano.

Los guardias entran primero a la farmacia y luego hablan con Raffaele, que abre la puerta del vehículo y nos acompaña adentro.

—¿Cómo voy a agarrar esto sin que él lo vea? —murmuro mientras miramos las repisas, fingiendo buscar un medicamento.

—Sé rápida —dice Chiara y camina hacia su viejo guardaespaldas.

—Raffa, ¿cuál de estos dos crees que es mejor? —pregunta, señalando dos cajas.

—No entiendo... —empieza, pero la rubia sigue hablando.

Es nuestra señal.

Agarro el test, un paquete de toallitas femeninas y camino hacia la caja con Isa a mi lado.

Por suerte, la cajera es rápida y en segundos tengo el test guardado en mi bolso.

—Me llevo este —avisa Chiara, guiñándome un ojo.

Misión cumplida.

Regresamos al auto, pero claro, hacemos una última parada.

Isa no se iba a ir sin probar un *gelato* tradicional.

Al final, no mentimos sobre los motivos del viaje.

Hubo medicina y helado, solo espero que este último se quede en mi estómago.

La vuelta parece durar más que la ida, pero sé que es mi ansiedad.

Calma.

Nada pasa por casualidad, ¿recuerdas?

Cuando veo la mansión, aprieto la mano de Isa y Chiara, que están sentadas a mi lado, igual de tensas.

—Entra ahí rápido y haz pis en eso —susurra mi cuñada cuando el carro se detiene.

—Cuenta con eso —respondo, pero apenas entramos a la sala, me topo con Matteo saliendo del estudio.

Maldita sea.

—¿Se tomaron el *gelato*? —pregunta y mi cerebro se bloquea. Solo pienso en lo que llevo en el bolso.

Respira.

—¿Qué? —pregunto después de unos segundos.

Matteo frunce el ceño y me observa con atención mientras se acerca.

Perfecto, sospecha algo.

Mal trabajo, Giulia.

—Me dijeron que salieron a tomar *gelato*, por eso se fueron, ¿no?

—Sí, sí, estaba delicioso. —Sonrío, pero sé, solo sé, que mis mejillas están rojas.

—No se olviden de los medicamentos —comenta Chiara, sacudiendo la bolsa de la farmacia.

—¿Medicamentos?

—Chiara también tenía que pasar por la farmacia. Aprovechamos para hacer las dos cosas.

Él no dice nada más y dejo escapar un suspiro lento.

—Giu, ¿va a haber maratón de Grey's Anatomy hoy?

¿Qué? ¿De qué diablos está hablando Chiara?

Solo puede ser del test.

Piensa, Giulia.

—Ah, sí, podemos verlo juntas —enfatizo— esos episodios, antes de que ella se vaya. —Sonrío y veo que ambas se alejan hacia sus habitaciones.

—Ya veo que tienes plan para cuando me vaya —dice, atrayéndome hacia sus brazos, y aunque estoy nerviosa, se siente bien estar ahí—. ¿Pasa algo? —pregunta, levantando mi mentón.

—No. Solo estaba pensando si vas a tardar mucho.

—¿Ya me extrañas?

Finjo pensar y él me lanza esa mirada que, maldita sea, me hace sentir ardiente.

Hombre terrible.

—La cama es muy grande.

—Hablando de eso... —Muerde mi oreja—. Tengo una pequeña pausa antes de tener que salir.

—Mmm... ¿muy pequeña? —Alzo la ceja.

—Lo suficiente para dejarte satisfecha.

—Quiero verlo —provoco, y es mi perdición, porque si algo ya descubrí es que a Matteo le encantan los desafíos.

En segundos, dejo de sentir el suelo.

—Puedo ir caminando.

—No hay tiempo que perder.

—Pensé que teníamos suficiente.

—Ah, *diavoletta...*

La puerta se cierra y se tranca, y mi marido no pierde tiempo.

Empieza a desabotonar la camiseta sin apartar la mirada de la mía.

—Tienes treinta segundos para quedarte desnuda.

—¡Qué mandón! —respondo, pero tiro el bolso sobre la silla, agradecida por esta distracción, que es más que bienvenida.

Matteo se quita el pantalón y los bóxers y su miembro queda libre, la cabeza brillante es como un imán para mi mirada.

—Se acaba tu tiempo, Giulia —reprende con voz ronca, haciendo que mi coño duela de deseo.

—Es tu culpa, me distrajiste.

—Puedo vendarte los ojos si quieres —bromea y me sorprendo—. Veo que te gustó la idea.

—Sí —confirmo, no hay por qué mentir.

—Es bueno saberlo, *amore mio*, pero hoy... tengo otros planes. —Mete la mano dentro de mi ropa interior, solo para descubrir que estoy más que lista—. Caramba, estás goteando queriendo mi polla.

—Matteo... —jadeo, sintiendo sus dedos invadiéndome.

Me tortura unos segundos, entrando y saliendo, con la boca a centímetros de la mía, hasta que se aleja, lleva los dedos a la boca y los chupa, uno por uno.

Por el amor de…

—Acuéstate en la cama, piernas abiertas —ordena y solo obedezco.

Busca en el armario y vuelve con unas esposas de cuero, las ata en mis tobillos.

—Matteo... —jadeo mirando hacia abajo, solo para verlo sujetarlas a la estructura de la cama.

Repite el proceso con mis brazos y mi pecho sube y baja al ritmo de mi respiración acelerada.

—Tan deliciosa... toda mía —dice, pellizcando suavemente mi pezón, pasando la lengua, solo para alejarse tan rápido como vino.

—Por favor...

—Alguien tiene prisa. —Sonríe y vuelve a buscar en el armario, para poner sobre la mesa de noche una caja de madera.

—Sabes que soy curiosa... ¿qué hay ahí?

—Pronto lo descubrirás —advierte, acercándose, posando su cuerpo sobre el mío.

—No voy a vendarte hoy porque quiero que veas todo lo que te voy a hacer.

—No sé si decir gracias —suspiro y él sonríe.

—Lo dirás —dice y sus labios están en los míos, en un beso intenso, hambriento, con nuestras lenguas luchando, hasta que se aleja dejándome con ganas de más.

Ni siquiera tengo tiempo para quejarme.

El hombre comienza una estela de besos y mordiscos en mi cuello, bajando hacia mis pechos.

Besa la punta, rodeando el pezón con la lengua, solo para hacer lo mismo con el otro, y sin aviso, muerde la punta dura.

Matteo chupa fuerte mientras sigue provocando el otro con los dedos.

Cada succión parece ir directo a mi coño que implora atención.

—Tan linda. —Muerde mi mentón, solo para volver a besar y lamer mi barriga, bajando todo el camino hasta encontrar mi ropa interior destruida—. Esto no debería estar aquí —murmura sin levantar la cabeza, y con un tirón, ya no están.

—¡Matteo!

—Te compraré mil bragas, *diavoletta* —gruñe—. Este coño está pidiendo que lo chupen.

—Sí... —tartamudeo, sintiendo su aliento ahí.

—Toda mojada —exclama, separando mis labios y sin apartar la mirada, pasa la lengua por todo el camino—. Rica como el demonio.

Maldita sea.

Me muevo contra las restricciones, pero no sirve, él muerde mi clítoris, presionando un poco, solo para meterlo todo en su boca, chupando rico.

—¡Ah, Dios! —gimo, rezando para que nadie me escuche.

—¿Te gusta? —pregunta con la cara entre mis piernas.

Miro hacia abajo solo para verlo sacar la lengua y lamer toda la extensión.

—Por favor... —gimo, tratando de levantar las caderas, necesito más.

De él.

Matteo se aleja, toca la caja misteriosa y contengo la respiración cuando veo lo que saca.

De ninguna manera.

Un plug anal grande aparece de la nada y una mezcla de excitación y miedo me invade.

Si aguantaste la polla de un hombre, ¿qué es un juguete?

—Quiero comer tu coño con tu culo lleno, *diavoletta*.

—Oh, Dios... —jadeo, con la expectativa recorriendo mis venas—. Quieres matarme —suspiro.

Él sonríe con malicia, y maldita sea si no me excita más.

Siento sus dedos untando mi trasero y contengo la respiración.

—Relájate, *amore mio* —dice y muerde mi clítoris, chupando fuerte mientras empuja despacio el plug en mi culo.

—¡Maldita sea! —exclamo, echando la cabeza hacia atrás—. Es grande...

—Sabemos qué es grande —bromea mordisqueando mi punto sensible mientras sigue metiendo el juguete—. Listo, lo tomaste todo. Mira lo mojada que estás —gruñe, deslizando el índice por mis pliegues.

—Matteo, por favor...

El maldito mete dos dedos en mi coño y me muerdo los labios para no gritar.

—¿Quieres acabar, *diavoletta*? —Rodea mi clítoris con la lengua mientras tira del plug solo para volver a meterlo.

—Oh, Dios, sí, por favor.

—Mírame, Giulia —ordena y mi mirada encuentra la suya—. Mira mi polla desaparecer en este coño tan rico —dice mientras entra despacio, desapareciendo en mi interior.

Maldita sea.

Llena...

Muy llena.

Se aleja todo el camino solo para llenarme de nuevo.

—Voy a explotar —exclamo.

Matteo empieza a provocar mi clítoris hinchado con el pulgar y un torbellino de sensaciones me invade.

—Por favor —gimo, pero ni sé qué pido.

Solo sé que necesito más.

Tan cerca.

Sigue tocándome, moviendo su dedo en círculos, con la presión justa, luego se aleja, sale casi todo solo para volver con fuerza, pero esta vez ya no hay nada de contención.

Matteo agarra mi cadera con la mano libre y mete rápido, fuerte, sin parar, y yo simplemente dejo de resistir.

Cierro los ojos dejando que el orgasmo me atraviese.

Gimo, rendida, sintiendo mi coño convulsionar alrededor de su miembro, el juguete pareciendo diez veces más grande en mi trasero, y él no para, sigue embistiéndome mientras todo mi cuerpo tiembla.

Es abrumador.

—Mía —grita eyaculando, echando la cabeza hacia atrás, entrando en mí otra vez, profundo, llenándome, marcándome como suya, y lo único que puedo pensar es que dicen que las mujeres embarazadas tienen más deseo.

Si eso es verdad, Matteo está más que jodido.

Porque yo no puedo tener suficiente de él.

Nunca.



Earned it – The Weeknd
Infinity – Jaymes Young

¿Qué diablos me pasa?

Estar cerca de esa chica está friendo mis neuronas. Es la única explicación lógica. No debería haber ido a Florencia, aquí tengo suficientes asuntos que atender, pero ¿qué hice? Exactamente lo contrario.

Por ella.

Para estar cerca.

Para asegurarme de que ningún hijo de puta la mirara de reojo.

Y mierda si no valió cada segundo.

La felicidad que vi en su rostro pagó cada minuto de tortura solo por estar a su lado.

Deseando algo que no puedo tener.

Es complicado.

Las palabras de mi hermano no salen de mi cabeza.

Isabella se va. Mañana.

Y pronto esta sensación extraña, también se irá. Voy a lograr sacar a esa desgraciada de mi mente. No hay otra opción.

Miro el reloj, todavía tengo tiempo antes de que salgamos a la carretera. Podría matar al maldito Del Vecchio solo por agendar la reunión en el mismo horario, lástima que eso desataría una guerra

entre las familias. Las cosas podrían ser tan simples como una bala en la cabeza.

Desisto de dormir una siesta y abro la computadora.

Todo en orden.

Cámaras, central de monitoreo, todo, excepto... *no lo puedo creer.*

Tecleo rápido cerrando todas las puertas, pero los ataques continúan. Tengo que admitir que la chica es valiente.

Intentar invadir el sistema de nuevo, usando un malware sin archivo, solo demuestra que es muy inteligente.

No puedo creer que esté en esa empresa de mierda, con tanto potencial.

Me entretengo cerrando todas las puertas que intenta abrir, sabiendo que solo evité la invasión porque ajusté las brechas que ella identificó.

A la mierda con esto.

Salgo de mi cuarto, sabiendo exactamente a dónde voy. Toco la puerta y no tarda mucho en abrirla.

Linda con un vestido de verano de tirantes.

—Vincenzo —susurra, y mierda si no se me pone dura solo con oírla decir mi nombre.

No digo nada, entro y cierro la puerta detrás de mí.

Isabella da un paso atrás, la sorpresa inunda su rostro.

—Yo... puedo explicar —empieza, sin saber hacia dónde mirar.

En la cama, la computadora está prendida y estoy seguro que si miro, estará en la página de Zampieri Holdings.

—Eso espero —respondo serio, conteniendo las ganas de sonreír.

Dios, la mujer es bajita.

Su cabeza debe rozar mis hombros, y aun así, no puedo dejar de mirarla y acercarme como un depredador.

Mi pequeña.

¿De dónde mierda salió esto? Ella no es mi pequeña. No es nada mío, pero demonios, me gustaría que lo fuera.

—Estaba a punto de guardar la computadora en la mochila —comienza a hablar y solo la escucho. La verdad es que me encanta oír su voz— cuando recordé nuestra conversación en el auto.

Levanto la ceja y ella hace una mueca.

—Quería saber si habías corregido las fallas que mencioné, ¿ok? Eso fue todo. Mi curiosidad me ganó otra vez —dice mordiendo sus labios.

Debería reprenderla. Por más divertido que sea este "intercambio" entre nosotros, no puedo permitir que alguien invada o intente invadir el sistema de las empresas.

Hay mucho en juego.

Las informaciones críticas están protegidas por capas de encriptación y firewalls, pero sé que para ella eso sería un desafío más que bienvenido.

Me acerco en silencio, observando cómo sube y baja su pecho, y tengo que apretar los puños para no tocarla.

—Vas a... —empieza, pero la interrumpo apoyando mi dedo índice sobre sus labios.

Maldita sea.

—Eso no puede volver a pasar —digo con voz dura y ella abre los ojos sorprendida—. O habrá consecuencias.

Isabella niega con la cabeza, seguramente pensando que la voy a matar. No podría estar más equivocada.

Todo lo que deseo es que ella esté bien viva, en mi cama.

—Entendido —susurra.

—Bien —respondo, sin poder dejar de mirar sus ojos azules ni las pequeñas pecas sobre su nariz respingada.

Muévete. Sal de aquí ya...

Me doy la vuelta y, sin decir más, camino hacia la puerta, necesitando alejarme de la tentación que representa Isabella Venturini.

—Vincenzo —llama y me detengo con la mano en la manija —. Me voy mañana —continúa y cierro los ojos—. No sé cuándo ni si algún día volveré aquí.

Mierda.

Me giro y encuentro su mirada.

—No puedo irme sin saber algo. No quiero quedarme imaginando cómo sería, necesito saber.

—¿Qué?

Su mirada va a mi boca y aprieto los puños, conteniendo las locas ganas de atraerla hacia mí.

—Esto. —Se acerca y, para mi sorpresa, me besa, apoyando la mano en mi pecho.

Intenté… mantenerme alejado, pero… al diablo con todo, al menos por hoy.

Necesito sentirla, saber su sabor.

Ni siquiera pienso mucho, agarro sus muslos, la levanto con facilidad, prensando su cuerpo contra la pared mientras mi lengua invade su boca.

¡Maldita sea!

Isabella agarra mi nuca, enreda las piernas en mi cintura, correspondiendo al beso.

No es romántico ni suave.

Es duro, exigente, necesitado, y solo me hace desear más, mucho más... *de ella.*

Me aparto, mordiendo su labio y ella gime bajito, haciendo que mi miembro se acelere en respuesta.

Estoy duro como una roca, y la culpable es ella.

Empiezo a lamer y morder su cuello, bajando el tirante de su vestido con el dedo índice, y soy recompensado con la vista de sus pechos, los pezones rosados, suplicando ser chupados, y no pierdo ni un segundo, bajo la cabeza, agarrando uno de ellos, succionando fuerte, mientras ella gime agarrándose del cabello.

Carajo, podría quedarme horas aquí, chupando rico, solo sacando sus pequeños gritos de placer.

¿Qué tan jodido es esto?

El celular en mi bolsillo vibra y ni siquiera necesito mirar para saber qué significa.

Hora de salir.

Y tal vez esta interrupción sea para mejor, porque si la mujer ya me dejó así, no quiero imaginar qué sería si tuviera a Isabella de todas las formas que deseo.

Mis buenas intenciones serían solo eso: intenciones.

Interrumpo el beso, apoyando la frente contra la suya. Ambos respiramos con dificultad y, demonios, si en su mirada no veo las locas ganas de continuar.

—Esto no debería haber pasado —digo, levantando su vestido, cubriendo sus pechos y veo una mezcla de decepción y fragilidad cruzar su mirada—. Es mejor así, créeme.

Le doy un beso en la frente y salgo del cuarto sin mirar atrás.

Si antes pensaba que estaba jodido, ahora estoy seguro.

Isabella Venturi vino a Italia con un solo propósito: meterse bajo mi piel.



Julia

Photograph – Ed Sheeran
Like I'm Gonna Lose You – Jasmine Thompson
Saturn – Sleeping at Last

Estoy tirada en la cama, sin esposas, y todavía me siento floja por el orgasmo.

¿Qué fue eso?

Matteo está terminando de arreglarse frente al espejo cuando nuestras miradas se cruzan.

—¿Estás bien?

—Mis piernas todavía parecen gelatina, pero pronto estaré lista para más.

Él sonríe, se acerca mientras termina de anudar la corbata y roza sus labios con los míos.

—Tengo ganas de cancelar esta mierda y quedarme aquí.

—Voy a cruzar los dedos para que vuelvas pronto —lo tranquilizo, ayudándolo con la corbata—. ¡Listo!

—¿Vas a estar bien?

—¡Sí! —Me levanto, llevándome la sábana conmigo—. Voy a darme una ducha y después voy a estar allá fastidiando a Isa hasta que no aguante más.

Me rodea la cintura, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo.

—Vas a arrugar tu traje.

—A la mierda la ropa, necesito tenerte unos segundos más, *amore mio*.

Mi corazón se acelera con sus palabras.

Cada vez que me llama así, quiero preguntarle si es en serio… si quiere decir esas palabras, si es tan real como la forma en que me siento por él, pero me quedo callada.

El momento correcto va a llegar.

Y ya no voy a guardarlo dentro del pecho.

Matteo se despide y lo veo bajar las escaleras por una rendija de la puerta.

Oh, Dios mío...

Mi mirada cae inmediatamente sobre mi bolso apoyado en el sillón y el estómago se me revuelve.

Respira y no te desesperes.

Vamos a tomar una ducha y hacer la maldita prueba.

O todo sigue igual, o en unos meses seremos tres.

¡Maldita sea!

Salgo del baño unos minutos después, solo para descubrir que hay dos mensajes de Chiara y otros dos de Isa.

Parece que no soy la única ansiosa.

Chiara: *¿Dónde estás y el test? ¡Vamos!*

Chiara: *No me digas que estás durmiendo. Eso no se hace.*

No puedo contener la risa.

¿Durmiendo? Como si fuera posible.

Isa: *Tu marido ya salió, ¿dónde estás?*
¿Ya descubriste si voy a ser madrina?

Ay, mi corazón.

Les mando mensaje a las dos.

Yo: *Estaba en la ducha. Locas. ¡Vengan ya!*

No tardan mucho, escucho un golpecito en la puerta.

Y ahí están ellas.

—¿Y entonces? ¿Ya sabemos? —Chiara está eufórica—. Isa y yo casi nos desmayamos y tú tomando una ducha. Lamentable, ¿no? —bromea, y mi amiga tarda unos segundos en seguir la broma.

—Ah, sí… eso es maldad —dice, pero parece estar en las nubes.

—No exageren. No tardé ni quince minutos.

—Quince minutos de tortura. ¡Ya podríamos saber! —argumenta Chiara—. Anda rápido y haz lo que tienes que hacer.

—Orina en la varilla —complementa Isa.

—Eso da vergüenza. Ni ganas tengo —bromeo, tomando la cajita del test.

—Ni lo pienses. ¡Hazlo!

Después de eso, nadie se toma en serio la situación.

Todas estamos riendo.

—Solo ustedes me hacen reír en un momento de tensión.

—Basta de charla, vamos a hacer pipí, Giu.

—Sí, sí, ya voy.

Cierro la puerta y, por suerte, logro hacer un poco de pipí en el vasito.

Sigo las instrucciones y ahora solo queda esperar.

—¿Y?

—Ahora solo falta esperar tres minutos más —digo, apoyando el test sobre el lavabo del baño.

Isa me abraza fuerte y Chiara se une a nosotras.

Estamos las tres así y no podría estar más agradecida por tenerlas conmigo.

—Tengo miedo de mirar —reconozco.

—Déjate de eso, si da positivo, solo será motivo para festejar.

—¿Yo, mamá? ¿Crees que seré buena en eso?

—¿Tienes dudas? Si fuera yo, ahí sí me preocuparía —bromea Chiara.

—Matteo…

—Se va a volver loco —completa mi cuñada— de felicidad y no estará solo. Recuerda que el niño tendrá una tía y un tío que lo adorarán —dice.

—No olvides a la madrina —bromea Isa.

—No sé nada de eso. Creo que puedo ser la madrina —provoca Chiara, pero sé que está jugando.

—Ni pensarlo, tú eres madrina del segundo —responde Isa—. Yo tengo preferencia porque aguanto a Giu hace más tiempo.

—Oigan… —les llamo la atención—. Me distrajeron un montón, gracias. ¿Segundo hijo, Isabella? En serio, ni siquiera confirmamos el primero, loca. —Me río.

—Planear es todo.

Ni me lo digas.

—Voy a mirar —aviso, respirando hondo.

—¡Vamos! —dicen juntas.

¡Positivo! Estoy embarazada.

—¡No lo puedo creer! —Me llevo las manos a la cara.

—Créelo. Es un positivo bien grande —dice Isa, con la voz un poco entrecortada.

En shock, miro de una a otra y no puedo contener la emoción.

Las lágrimas inundan mis ojos.

Un bebé.

Un hijo.

Nuestro hijo...

Respiro profundo.

—No fuiste planeado, pequeño mafioso o mafiosa, pero debes saber que ya eres amado y tienes una familia que te va a proteger y amar mucho —digo sin preocuparme por secar el llanto que resbala por mis mejillas.

Chiara e Isa también lloran.

Extiendo los brazos y en segundos estoy envuelta en su abrazo.

—Felicidades, amiga, estoy tan feliz por ti, ustedes... —se corrige, abrazándome fuerte.

—No sé ni qué decir, voy a ser la tía más babosa.

—Ponte en la fila —bromea Isa, riendo entre lágrimas.

—Van a ser las tías más babosas y lindas del mundo —exclamo. La felicidad explota dentro de mí.

—¿Qué piensas hacer?

—Asimilar la noticia y prepararme para contarla.

—Ya quiero ver la cara de Teo.

—Yo también.

—Mi mamá y Enzo también se van a volver locos.

—¿Enzo?

—Es capaz de regalar su primer set de cuchillos.

—¿Cuchillos? —abro los ojos.

—Hay un mini mafioso o mafiosa ahí adentro, prepárate.

—Dios, necesito sentarme, creo.

Isa solo se ríe.

—Sigue riendo. Yo todavía creo que deberías renunciar a volver a Brasil y quedarte aquí con tu ahijado o ahijada.

—Para, ya me costaba irme antes, ahora ni te cuento.

—Otro motivo para quedarte. —Le guiño un ojo.

—No sé ni cómo voy a mirar a mamá sabiendo esto —suspira Chiara.

—Ponte firme, señorita. Secreto absoluto. Hasta que Matteo se entere, nadie más puede saber —les recuerdo.

—Tranquila, soy un tumba y ahora me voy a dar una ducha y a lavar mi cabello después de toda esta emoción. Tal vez un vino también caiga bien.

—Guau, creo que voy a hacer lo mismo que tú, después de terminar de meter todo en mi maleta. Falta poco. Si entró de ida, entra de vuelta.

—¿Ya me van a abandonar? —Hago un drama.

—Siempre puedes acompañarme y ayudarme a ordenar la maleta. —Isa guiña un ojo.

—Vamos. Voy a aprovecharte hasta tu último segundo aquí.

Y así lo hago.

Ayudo a Isa a terminar de empacar, charlamos unos minutos más, hasta hablamos de posibles nombres, pero es raro hablar tanto de un tema cuando ni mi marido lo sabe.

—Me voy, amiga. Quiero estirar la espalda, acostarme y leer algo.

—Anda. Hoy hubo muchas emociones, descansa hasta que llegue tu marido que después sé que no podrás. —Hace una sonrisa

pícara.

—Mañana todavía desayunamos juntas, ¿no?

—Cuenta con eso.

La abrazo fuerte.

—Gracias, Isa...

—No quiero llorar más.

Respiro profundo y salgo del cuarto, porque si me quedo ahí voy a llorar de verdad, pero ahora puedo culpar a las hormonas.

Cierro la puerta detrás de mí y decido buscar algún libro, revista, cualquier cosa para distraerme.

Empiezo a mover cosas en el armario, donde ordené los pocos objetos que traje de Brasil, con la esperanza de encontrar mi Kindle, cuando veo el diario de mi abuela.

No pienso mucho.

Lo tomo con cariño y me siento en la cama. Lo hojeo con cuidado, es imposible no pensar en cómo sería si ella y mi madre estuvieran vivas.

Toco mi vientre aún plano y un torbellino de emociones me invade.

La nostalgia es la principal.

—Te habría encantado conocer a tu bisabuela y a tu abuelita —digo, sintiendo que la garganta se me quema—. Y ellas te aman… y siempre cuidarán de ti, pero desde allá arriba, entre las estrellas.

Respiro profundo tratando de no llorar, pero es imposible.

Sé que tendré todo el cariño y apoyo aquí, de mamá, de mi marido, de la familia que me recibió, pero… ahora solo quisiera tener el abrazo de ellos, de mi padre, de mi madre y de mi abuelita.

Intento secar mi rostro con el pulgar, pero las lágrimas ganan la batalla. Voy al baño a sonarme la nariz y regreso con unos pañuelos.

Me vuelvo a sentar en la cama y con el movimiento el diario se abre en una página donde una misma frase está escrita una y otra vez.

Miro con atención, imaginando que sea una declaración de amor o alguna frase romántica, pero no es así.

"Sul ponte con tre archi e tre torri troverete la risposta che state cercando. RF. Il Topo".

Toda la página está escrita con esta frase, y la siguiente también.

¿Qué locura es esa? ¿Qué significa?

"En el puente con tres arcos y tres torres encontrarás la respuesta que estás buscando. RF. La rata".

Leo y releo el texto sin entender el sentido. Sé el significado de cada palabra, pero aún así no tiene sentido.

Hasta que veo justo debajo una anotación que me rompe el corazón.

"Noviembre/1988
Lo perdí, eso es todo lo que sé.
No recibí más llamadas, ni cartas…
Nada de mi Gio.
No puedo correr riesgos, ni poner a Nora o a Don en peligro, el enemigo acecha y no sé quién más está involucrado.
Tengo que proteger a mi hijo.
Es todo lo que me queda.
Todo".

No hay nada más escrito.

Mi corazón se aprieta y solo puedo imaginar cuánto sufrió y tuvo que ser fuerte, con un hijo de nueve años que criar, sin marido, en un país diferente… sola, y aun cuando todo se desmoronaba a su alrededor, ella todavía pensaba en proteger a sus amigos.

Abajo hay solo un boceto de un dibujo que, aunque extraño, parece familiar.

¿Dónde he visto eso?

Piensa, Giulia. Piensa.

Ay, abuelita, ayúdame a entender qué está pasando…

Vuelvo a la página anterior a la frase repetida decenas de veces y entonces todo encaja.

No puede ser.

Dejo el diario sobre la cama y bajo corriendo las escaleras.

Tengo que estar equivocada, tengo que estarlo...

La sala está vacía, solo algunas luces prendidas, mamá, Chiara e Isa están en sus cuartos y los empleados ya se retiraron.

Trato de no hacer ruido al abrir la puerta del despacho, pero es casi imposible.

Prendo la luz y camino hasta el gran cuadro, ese con los escudos de cada familia.

—Oh, Dios mío...

Sabía que lo había visto.

Frente a mí, la imagen que recuerda el dibujo del diario.

Tres torres sobre un puente con tres arcos.



FERRARA
Resp. Capo Jefe Riccardo Ferrara.
Prov. Livorno y Grosseto

Justo debajo, el nombre de la familia que representa el escudo.

Ferrara.

Seguido del nombre del capo.

Riccardo Ferrara.

RF.

Mis manos tiemblan cuando saco el celular del bolsillo del pantalón de buzo.

Contesta.

Contesta.

Dios, que no vaya a una reunión con ellos.

—¿Giulia? ¿Algo anda mal? —responde, y un alivio me invade.

—Oh, Dios, ¿estás bien?

—Estamos regresando, ¿qué pasó?

Regresando.

Gracias a Dios.

—Tenemos que hablar, yo... —respiro profundo, necesito calmarme—. Lo descubrí, estuvo conmigo todo este tiempo...

Un golpe suave en la puerta me hace saltar de susto.

—¿Qué? La conexión es pésima, cuando llegue hablamos.

—No, espera. Era el diario.

—¿Diario?

—Ya voy... —digo, ya imaginando que desperté a mamá.

Abro la puerta, pero ni en mis peores pesadillas podría haber imaginado esto.

Frente a mí, con una sonrisa enferma, el hijo del hombre que acabo de descubrir que es el traidor de la familia.

Enrico Ferrara.

—Giulia, Giulia... —Escucho la voz de Matteo, pero no puedo decir nada, no cuando el cañón de una pistola está presionada contra mi frente.

En ese momento solo levanto las manos, y veo cómo me quitan el celular de la mano y la llamada se corta.

—Llévensela —ordena a dos hombres que están a su lado, y entonces todo es dolor y oscuridad.



Come with me – Spirital

Podría estar en casa.

En mi cama, con mi mujer... pero no.

Llevo exactamente cincuenta minutos en la carretera, camino a una reunión de último momento, cuando mi celular vibra.

Del Vecchio.

Mi primera reacción fue pensar qué carajo quiere que no puede esperar a nuestro encuentro en ese maldito restaurante, pero luego fue peor.

¿Cómo que no habrá reunión?

—¡No puede ser en serio! Tú agendas esta mierda y ahora la cancelas —disparo, sin importarme cómo suene.

—Le sugiero que revise su agenda —dice, sin cambiar el tono de voz—. Yo no programé esa reunión, Don Zampieri.

Cierro los ojos, sintiendo que la cabeza me late con fuerza.

—Pero no todo está perdido, ¿verdad? Hay algo que necesito hablar con *Don*.

Justo lo que me faltaba, el cabrón quiere hablar.

—La ruta F7 está comprometida y eso ha causado problemas no solo para ustedes, sino también para mis negocios. No es bueno. Ningún cargamento debe pasar más por allí.

—¿De qué mierda hablas?

No existe ninguna ruta que comience con F en todo el país.

—Lo entenderás... solo espero que a tiempo —responde y siento la piel de mi nuca erizarse—. Espero que llegues a casa antes que los invitados. Seguro que a tu esposa le va a gustar. Me lo agradecerás después. —Y cuelga.

¡Qué carajo!

Enzo y Lucca me miran, esperando explicaciones.

—La reunión fue cancelada —aviso, tratando de asimilar lo que acabo de oír—. Llévennos de vuelta a la mansión —ordeno, recordando su última frase—. AHORA.

Las llantas chillan cuando tomamos la curva cerrada.

—¿Qué está pasando? —pregunta Enzo.

—Algo está pasando —digo, con el corazón latiendo a mil—. El viejo no dijo nada claro. Mencionó algo sobre que la ruta F7 está comprometida. Otra vez esa mierda de "F7". ¿Qué carajo significa eso?

—¿Qué más dijo? —pregunta Lucca.

—Que no agendó la reunión y que espera que llegue a casa antes que los invitados.

—¡Por Dios! —exclama, sacando su celular y comenzando a hacer llamadas.

—Quiero saber qué está pasando allá, ¡y lo quiero saber ya! —grito, empezando a marcar a Giulia, pero el teléfono vibra y su nombre aparece en la pantalla justo en ese momento.

—¿Giulia? ¿Pasa algo? —pregunto, rezando para que sea su voz al otro lado.

—Oh, Dios, ¿estás bien?

Suelto el aire que ni siquiera me di cuenta que estaba reteniendo.

Ella está bien... cálmate.

—Estamos regresando, ¿qué pasó?

—Tenemos que hablar, yo... —comienza, y sé que me adelanté a celebrar.

Algo no va bien, suena nerviosa, acelerada.

—Lo descubrí, estuvo conmigo todo este tiempo... —dice, pero apenas logro escucharla. La señal está mal en este tramo de la

carretera.

—¿Qué? La conexión es pésima. Hablamos cuando llegue.

—No, espera —pide angustiada—. Era el diario.

—¿Diario?

¿De qué diablos habla?

—Ya voy... —la escucho y quiero gritarle que termine de contarme lo que descubrió. A la mierda todo lo demás.

Escucho pasos, una puerta que se abre, y luego silencio.

Nada.

—Giulia, Giulia... —llamo, pero no hay respuesta.

Miro a mi hermano y amigo, sin poder ocultar el miedo que invade cada célula de mi cuerpo, cuando todo lo que oigo es el sonido de la llamada cortada.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —Golpeo el cuero del asiento—. Contesta, contesta... —murmuro, marcando de nuevo, solo para descubrir que las llamadas van al buzón de voz—. Díganme que consiguieron algo.

—Logré contactar a Nico y Giorgio, están patrullando más al norte de la propiedad y no vieron nada raro, pero van hacia la mansión. Deberíamos tener noticias pronto.

Miro a mi hermano, deseando que tenga buenas noticias.

—Mamá y Chiara no contestaron —dice, y veo preocupación en su rostro—. No puedo acceder a las imágenes de las cámaras del portón principal ni de la mansión. Estamos ciegos —exclama, y en su mirada y en la de Lucca veo reflejado la mía.

Miedo.

—¿Cuánto falta para llegar? —pregunto, intentando ordenar mis pensamientos.

—Cuarenta minutos —anuncia nuestro soldado.

—Hazlo en veinte —ordeno, y él pisa a fondo.

No sé qué diablos está pasando, pero lo voy a descubrir. Y si alguien se mete con mi familia, deseará estar muerto.

Dios permita que no haya pasado nada.

Porque ni siquiera puedo pensar en qué haré.

No puedo...

El celular de Enzo comienza a sonar, él atiende con prisa.

—Isabella...

Su mirada se endurece, veo cómo le late el músculo en el rostro.

—Ok, cálmate. Tienes que hacer exactamente lo que te diga si quieres sobrevivir —dice mientras pone la llamada en altavoz.

Es real, mi peor pesadilla se hizo realidad.

Quien sea que esté involucrado sabía que estaríamos fuera, solo no contaba con nuestro regreso tan rápido.



Isabela

Zombie – The Cranberries
Ashes – Celine Dion

Llevo diez minutos acostada mirando al techo. No logro relajarme. Mi mente no para de correr. Todo está en orden, listo para mañana.

Todo, menos yo.

Los recuerdos del día me invaden y si ya me costaba dormir antes, ahora mucho más.

Primero vienen los destellos del paseo por Florencia, la subida hasta la cúpula del domo, la vista inolvidable, pero entonces, ahí está él, invadiendo otra vez mis pensamientos.

Vincenzo Zampieri.

Un hombre de pocas palabras, eso seguro, pero ¿quién necesita palabras cuando actúa...?

No pienses en eso. No ahora.

Maldición.

Y aquí estoy de nuevo, recordando su beso, su forma de agarrarme. El hombre realmente me levantó y me apretó contra la pared.

No olvides la chupada en los pechos.

Muerdo mis labios, sintiendo cómo todo abajo cobra vida.

Qué pena que no traje mis juguetes. Habrían sido útiles en una noche como esta, pero siempre están mis dedos y mi imaginación.

Estoy a punto de empezar a tocarme cuando escucho un ruido abajo.

La curiosidad en mí se despierta y cuando me doy cuenta estoy de pie, caminando despacio hacia la puerta.

¿Ya llegaron?

Con el fuego que tengo, podría hasta tocar la puerta de su cuarto. Y decir sin rodeos que quiero mucho más que un beso ahora. Y la culpa es de él, por crear expectativas.

Recuerda lo que dijo.

Esto no debería haber pasado, es mejor así, créeme.

No voy a mentir, fue un balde de agua fría. Mi primer pensamiento fue: ¿habrá odiado el beso?

No...

Lo sentí.

El maldito estaba bien duro, frotándose contra mí y yo disfrutaba cada segundo.

No sé mucho de pollas. Solo vi dos en mi vida. Pero por lo que sentí, parece una respetable.

Concéntrate, Isabella. Por el amor de Dios.

El hecho es...

No debería haber pasado, pero pasó.

Y solo puedo pensar en tener un poco más, antes de ir... antes de volver al infierno.

El ruido se repite y me concentro en la razón por la que me levanté.

Abro la puerta con cuidado y le doy gracias a los dioses por no haber hecho ruido ni chirriar. Mi cuarto está cerca de la escalera y tengo una vista privilegiada del piso de abajo.

Solo que no esperaba ver eso.

Me llevo la mano a la boca para no gritar.

Desde mi cuarto puedo ver con claridad.

Hay cinco hombres en la sala. No veo sus rostros. Todos vestidos de negro.

La puerta del despacho está abierta, Giulia está ahí parada, con el celular en la mano y un arma apuntándole a la cabeza.

El pánico inunda mis venas, pero me obligo a pensar.

La vida de mi amiga depende de eso.

Piensa. Piensa.

Mi celular está sobre la cama. Caminando de puntillas, voy hasta allá y marco el primer número que se me ocurre.

El de él.

Él sabrá qué hacer.

—Isabella...

Contesta en el primer tono y no sé si podré siquiera hablar.

Ellos pueden escuchar.

—Hay hombres aquí —susurro, con la voz quebrada—. Ellos... ellos tienen a Giulia —respiro y vuelvo a espiar por la rendija —. Oh, Dios, ella... parece desmayada, la están cargando...

¿Estará muerta?

—Ok, cálmate. Tienes que hacer exactamente lo que te diga si quieres sobrevivir —dice, y me obligo a respirar hondo.

—Nos van a matar... —se escapa de mi boca—. Están mirando hacia las escaleras.

—No, no lo harán.

—Tengo que ayudar a Giu... —cierro los ojos, intentando calmar mi corazón que parece que va a salir por la boca.

—No hay nada que puedas hacer por ella ahora, pero tienes que protegerte.

—Ok...

—¿Puedes llegar al cuarto de Chiara?

—Creo que sí.

—Perfecto, asegúrate de que no te vean y ve para allá.

—Están hablando entre ellos, voy —aviso y con cuidado abro un poco más la puerta.

Me agacho y con cuidado camino hasta el cuarto de Chiara, casi en medio del pasillo.

—Escucha, tienes que ser rápida. En el cuarto hay un pasillo que conecta con el cuarto de mamá.

—¿Pasillo?

—Está desde que ella nació y hoy no se usa, pero sigue funcionando. Está oculto detrás de un espejo.

Espejo.

—Tienen que ir al cuarto de mamá, ahí hay un cuarto de pánico. Enciérrense y esperen, ya estamos regresando.

—Yo...

—Tú puedes. Sé que sí, Isabella.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Hasta que estés segura —dice con tanta convicción que un poco de alivio inunda mi corazón.

Cierro los ojos, respiro profundo y con la mano temblando, giro la manija del cuarto de Chiara, esperando que esté sin llave.

La puerta cede y la empujo despacio, dando gracias a Dios en una oración silenciosa.

Ni rastro de ella en la cama.

La luz del baño está encendida. Me acerco y apenas se abre la puerta, hago señal con el dedo índice sobre mis labios para que guarde silencio.

El miedo en mi cara debe ser tanto que ni pregunta.

Asiente.

—Tenemos que ir al cuarto de pánico en el cuarto de tu mamá —susurro y ella mira hacia la puerta.

—No. El pasaje detrás del espejo. Ahora.

Juntas lo corremos y empujamos la puerta.

—¿Qué está pasando? —pregunta mamá, levantándose de la cama.

Escucho pasos en la escalera.

No hay tiempo.

—¡Al cuarto de pánico! ¡Ahora!

La señora se levanta de un salto, corre al armario, abre un cajón y casi me da un infarto pensando que va a buscar un arma, cuando de repente una parte del mueble se mueve, revelando otro cuarto.

El cuarto...

—Vamos. —Hace un gesto, mirando a Chiara y a mí.

Corremos las tres adentro y una gran puerta de acero se cierra tras nosotras.

Desde fuera todo parece igual que antes, un armario.

Sé eso porque dentro, donde estamos, hay monitores que muestran el cuarto y otras partes de la casa.

—¿Qué está pasando? —pregunta doña Eleonora, mirándome a mí y a Chiara, con evidente preocupación.

Agarro mi celular que había guardado en el bolsillo en altavoz.

—Lo logramos —respiro, y Dios, quiero llorar, pero me obligo a ser fuerte.

—Sabía que irías, *piccolina.* —La voz de Enzo suena en la habitación y hay tanto alivio en ella que una lágrima rebelde corre por mi rostro.

—Ellos... ellos están en el cuarto —susurro, viendo en las pantallas que tres hombres armados entraron al cuarto.

—No te preocupes. No saben de este lugar y aunque lo supieran, no podrían entrar.

Suelto el aire que ni sabía que estaba reteniendo.

—No pueden oírte ni verte —me tranquiliza—. Los ves gracias al sistema de cámaras individuales que hay en cada refugio —explica.

—¿Giulia? —suena la voz de Matteo al fondo, y se nota lo preocupado que está.

—No está con ellos —revelo, y más lágrimas corren por mi rostro, pero me apresuro a secarlas—. Ellos... la atraparon.

—¡Maldita sea! —Todos escuchan a su hermano insultando.

—¡Dio mio! —exclama mamá caminando de un lado a otro.

Chiara intenta calmarla.

—¿Qué está pasando, hijo?

—Lo vamos a descubrir, mamá.

—Diez minutos —dice alguien a lo lejos, reconozco la voz de Lucca.

—Ya vamos, quédense ahí y estarán seguras.

¿Y tú?

—Sí, hijo. Nos quedaremos. Cuídense.

—Lo haremos y, mamá, atraparemos a esos cabrones y rescatamos a Giulia.

¡Dios, sí!

—Lo sé, lo sé —dice la señora visiblemente emocionada.

Saco el teléfono del altavoz y lo acerco a mi oído.

—Gracias —mi voz es apenas un suspiro, pero hablo, aunque no sé si él aún está ahí, escuchándome.

—Soy yo quien tiene que agradecer —responde con voz ronca, sorprendiéndome—. Gracias a ti, mi hermana y mi madre están a salvo.

—Nos salvaste —devuelvo, con la voz entrecortada—. ¡Me salvaste! —exclamo, con los ojos cerrados, el corazón martillando en el pecho—. Por favor, no tardes —pido y la línea queda en silencio, estoy a punto de colgar cuando Enzo vuelve a hablar.

—Voy para allá.

—Cuento con eso —exclamo y entonces la llamada termina.

Él vendrá. Él me salvó.

Y ahora va a salvar a mi amiga. Tengo que creer en eso.

Y lo único que queda...

Es esperanza...

De que pronto todo esto quedará atrás.



Mateo

Bad to the bone – George Thorogood & The Destroyers
Come with me - Spirital

Se la llevaron.

Giulia...

Mi *diavoletta.*

La ira corre por mis venas.

El sabor amargo de la impotencia, de haber fallado con ella... con mi *famiglia.*

Gracias a Dios y a Isabella, mamá y Chiara están a salvo en el cuarto de pánico, pero no sé qué encontraremos en la mansión.

Parece que fue una acción rápida y aislada.

Se enfocaron en la casa, donde sabían que estarían las mujeres.

La llegada a la propiedad es silenciosa. La tensión llena el auto. Todos con las armas en mano.

No creo que esos hijos de puta sigan aquí, pero no se puede bajar la guardia.

Raffaele y otros soldados revisan meticulosamente cada cuarto, cada rincón donde alguno de ellos pudiera haberse metido.

Como esperaba, los hombres que cuidaban la puerta principal fueron asesinados por la espalda, lo que solo puede significar una cosa.

Conocían a los tiradores.

Abrieron el paso y fueron sorprendidos.

La pistola me pesa una tonelada en la mano. Me pican los dedos por matar a esos bastardos.

—Van a pagar —exclama Lucca al ver los cuerpos caídos a un lado.

Estacionamos frente a la mansión y al primero que veo es a Raffaele, el guardia que cuida especialmente a mamá y Chiara.

—Don...

—¿Qué pasó?

—No escuchamos nada. Apenas me había ido a mi cuarto, después de que la señora Zampieri se retirara —explica, y creo en lo que dice—. El único ruido que escuché fue un vehículo acelerando hace unos minutos, pero para entonces ya era demasiado tarde.

—Dos vehículos pararon a unos metros de la mansión, llegaron en silencio, caminando, y a quien encontraron en su camino lo neutralizaron —señala Enzo desde atrás.

—¿Muertos?

—Seis hasta ahora.

Aprieto los dientes.

—Continúa con la inspección, Raffaele. No quiero más sorpresas.

—Puede contar con eso, señor.

Dentro de la mansión todo parece igual que cuando nos fuimos, salvo por la alfombra revuelta.

La puerta de mi despacho está abierta, la luz encendida... en el suelo está el celular de Giulia. Fue aquí donde la atraparon. Ella estaba en el despacho cuando me llamó.

¿Qué estabas haciendo aquí, amore? ¿Qué descubriste?

Subimos las escaleras y hago señas para que Enzo y Lucca sigan hacia el cuarto de mamá.

Ella podrá verlos por las cámaras y abrirles la puerta.

Voy a mi cuarto, buscando cualquier información, cualquier detalle que me ayude a descubrir quién está detrás de esto.

Cada segundo que pasa sin saber qué le pasa a Giulia es una tortura sin fin, pero me esfuerzo por mantener la cabeza fría.

Las luces están encendidas, nada fuera de lugar, excepto... sobre la cama, un pequeño cuaderno rojo.

"Era el diario".

Esa frase resuena en mi cabeza mientras lo hojeo, con la adrenalina bombeando en mis venas a cada página.

No tardo en darme cuenta de que es el diario de su abuela Francesca Tomazini, y aunque al principio las páginas hablan de cosas banales, poesía, en cierto momento el contenido cambia.

"Septiembre/1988
Mañana viajaremos a Brasil.
Mattia y yo...
No quería ir...
No sin Gio, pero lo entiendo.
El Don le confió esta misión...
Solo espero que regrese a nosotros".

"Octubre/1988
Extraño tanto la casa, a mi Gio, a Nora... tengo miedo. Cada día crece más".

En la página siguiente, la misma frase está repetida hasta la última línea.

"En el puente con tres arcos y tres torres encontrarás la respuesta que buscas. RF. La rata".

Maldita sea.
Maldita sea.

Solo queda una página más escrita, una despedida, cuando la abuela de Giulia pierde la esperanza de volver a ver a su esposo, pero no es eso lo que me impacta, sino el dibujo que veo justo debajo.

Eso fue lo que Giulia vio.

Eso fue lo que la llevó al despacho.

Recordó el escudo.

Descubrió quiénes son los traidores.

Cierro los ojos, intentando ordenar mis pensamientos.

Destellos de los últimos acontecimientos, de todas las pistas que conseguimos hasta ahora, todas las piezas empiezan a encajar como un maldito rompecabezas, y entonces veo la prueba de embarazo sobre el lavabo del baño.

De ninguna manera.

Aprieto con fuerza el marco de la puerta, temiendo que mis piernas se doblen.

Embarazada.

Mi mujer está embarazada y en manos de esos hijos de puta.

Me quema la garganta y cierro los ojos con fuerza.

Por primera vez en décadas, siento las lágrimas acumularse en mis ojos, pero no hay tiempo para eso.

Enzo y Lucca entran al cuarto.

—Ella descubrió quiénes son los traidores.

—¿Qué?

Les entrego el diario.

—Vean la última página.

—Maldita sea. Lo mataré.

—Nosotros lo haremos —respondo.

—Todo tiene sentido —dice Lucca y asiento con la cabeza.

—Del Vecchio dijo que la ruta F7 estaba comprometida. No sé cómo, pero el viejo se refería a ellos, por eso dijo "mira tu agenda". Quienes programaron esta mierda fueron ellos.

—Querían que estuviéramos fuera para después culpar a la mafia de Civitavecchia —mi consejero saca las palabras de mi boca.

—F + 7 LETRAS, Ferrara. Voy a matar a todos.

—Cálmate, hijo mío. No creo que Stefania esté involucrada en esto.

—Ella será escuchada, mamá —aviso—. Pero no tengas dudas, su marido y su hijo no vivirán para ver otro día.

Sujeta mi rostro entre sus manos.

—Trae a nuestra niña de vuelta a casa.

—Lo haré...

Aunque muera intentándolo.

Todas las miradas están sobre mí.

Enzo, Lucca, listos para todo.

—Hasta que regresemos, ustedes deben quedarse aquí. Voy a dejar a Raffaele y a quince hombres más. ¿Ya volvió a funcionar el sistema de monitoreo? —le pregunto a Enzo, que asiente confirmando.

—Bien —afirmo—. Estarán seguras, no volverán, ya consiguieron lo que querían. Nuestra ventaja es que ellos no saben que ya estamos de vuelta y que sabemos exactamente quiénes son.

—¡Maldita sea, sí! —celebra Lucca a mi lado.

—¿Y ustedes? —pregunta mi hermanita, con miedo y preocupación en la voz.

—Nosotros vamos a cazarlos —aviso, y veo sonreír a Lucca y Enzo a mi lado.

Y ya sé exactamente por dónde empezar.

Del Vecchio.

Saco mi teléfono y en el tercer tono contesta el viejo.

—Don Zampieri.

Es hora de conseguir respuestas.



Saturn – Sleeping at Last
Zombie – The Cramberries

Julia

Despierto, y lo primero que noto es que no fue una pesadilla. Ignoro el dolor punzante en la cabeza y permanezco inmóvil, con los ojos cerrados, intentando entender qué está pasando.

Mi último recuerdo es Enrico Ferrara y la pistola que apuntó a mi cabeza antes de que uno de sus hombres me diera un culatazo y todo se volviera oscuro.

Inmediatamente pienso en Isa, Chiara y mamá, ¿acaso las atraparon también?

No pienses en lo peor. No pienses.

Mi corazón se acelera y me esfuerzo por calmarme, sin querer que noten que desperté.

Respira. Resiste.

Matteo, a esta hora, debe haberse dado cuenta de que algo pasó y vendrá a buscarme. Tengo que creer eso.

Trato de escuchar lo que dicen, pero es imposible. Es demasiado rápido y solo entiendo unas pocas palabras.

Sorano.

Cierro los ojos y trato de pensar en cosas buenas: Chiara, Isa y yo charlando, las cenas en familia, las tardes en la piscina, admirar el atardecer sentada en el porche, Matteo sonriendo, haciéndome sentir cosas que nunca imaginé posibles, no después de todo lo que

pasó en los últimos años, llamándome *diavoletta*, y su amor, haciéndome sentir parte de la *famiglia*.

Una lágrima se desliza por mi rostro, seguida por otras más.

Respiro profundo.

Una, dos, tres veces.

Tengo que ser fuerte.

No es solo mi vida.

Hay mucho más…

Voy a luchar con todas mis fuerzas para sobrevivir.

No hay otra opción que volver a casa.

El auto se detiene de golpe y con el sacudón, mis hombros chocan contra una lata.

Un dolor irradia por todo mi cuerpo y no puedo contener un gemido.

—Vaya, vaya, se despertó. —Un escalofrío recorre mi espalda al escuchar su voz.

Intento moverme, pero mis brazos y pies están atados; un gran pedazo de cinta me tapa la boca y me impide gritar.

—No pierdas tiempo. Vas a quedarte con nosotros un buen tiempo, me atrevo a decir… para toda la eternidad.

No muestres miedo.

La puerta se abre y unas manos ásperas me sacan hacia afuera, haciendo que mi piel se raspe contra el suelo de la camioneta.

Ignoro el dolor y los pequeños cortes que surgen.

Mantente viva.

—Bienvenida a la Fortezza di Sorano —dice Enrico, quitándome la cinta de la boca.

Pienso en gritar, pero pronto me doy cuenta de que es inútil.

Estamos en su territorio, con sus hombres corruptos.

A nuestro alrededor, solo bosque, y más lejos lo que parece un antiguo pueblo medieval.

—Dije bienvenida —repite y me da una bofetada fuerte que hace que mi rostro gire con el impacto, el sabor amargo de sangre invade mi boca.

—¿Qué quieres? —pregunto, levantando el mentón.

—Ah, veo que encontraste tu lengua. —Agarra mi cabello, tirando mi cabeza y un dolor recorre todo mi cuerpo—. Vamos a ver cuánto tiempo la mantienes. —Me guiña un ojo, y un vómito de bilis sube por mi garganta con su amenaza—. Y respondiendo a tu pregunta, para empezar, la Toscana. Basta de estar a la sombra de hombres débiles como los Zampieri. Lleven a Giulia Zampieri a nuestras mejores habitaciones —dice, y sé que lo peor me espera cuando empiezan a arrastrarme.

—Matteo te va a matar por esto —grito.

—¡Paren! —ordena, y los hombres obedecen.

—¿Lo hará? —Arquea la ceja, deteniéndose frente a mí. Niega con la cabeza—. Si tan solo supiera quién es el enemigo, pero... no.

—Lo va a descubrir —escupo las palabras, aunque sé que debería callarme para evitar otra bofetada o algo peor.

—Eres una tonta. Cuando él se entere, todos mis hombres ya te habrán destrozado, y tus restos servirán para alimentar a los perros.

Hace un gesto con la mano y vuelven a arrastrarme.

Incluso a la distancia puedo oír su risa y creo que nunca podré olvidarla.

Es pura maldad.

Uno de los hombres abre un portón de hierro, y lo que parece ser una celda antigua, toda de piedra, oscura y sucia, aparece frente a mis ojos.

Ni siquiera se molestan en desatarme, solo me empujan y cierran los candados detrás de mí.

La oscuridad me envuelve.

Caída en el suelo, con el rostro palpitando, lo último que necesito es pensar en el estado de este lugar y en las alimañas que deben estar rondando, pero el olor lo dice todo y de inmediato todo lo que llevo en el estómago se va.

—Oh, Dios, ayúdame —susurro, encogida entre la suciedad —. Que Matteo me encuentre antes de que sea demasiado tarde para nosotros.



No sé cuánto tiempo pasó. Parece mucho.

Escucho pasos y voces, y tenso el cuerpo.

De repente, las puertas se abren y la luz invade el lugar haciendo que mis ojos ardan.

—Vaya, vaya... qué tenemos aquí. —Un señor, que solo después de unos segundos reconozco como el capo de Grosseto, habla, caminando por la celda como si fuera un dios—. Finalmente tendremos la oportunidad de conversar.

No respondo y su mirada se estrecha.

—¿Prefieres que hable en inglés, extranjera? —escupe las palabras, con odio en cada una.

—Io ho capito. Eu te compreendo —hablo en italiano y en inglés, y él sonríe—. Y soy ítalo-brasileña —respondo.

—Veo que al menos eso logró Don Zampieri —se burla—. Imagino que te estarás preguntando por qué estás aquí.

Sería un buen comienzo.

—Tú eres el traidor —disparo y su mirada se clava en mí.

—No, niña... —Se acerca, hace señas a sus hombres y en segundos me levantan y atan a una silla—. Mucho mejor, imagino.

—*Molto gentile* —respondo con sarcasmo.

—Como decía, no soy traidor, sino un salvador.

—¿Salvador de qué?

—De los Zampieri. Durante años he sido testigo de sus acciones y cómo nuestra posición en Toscana se ha debilitado.

Necesito ganar tiempo.

Lo que significa hacer que el viejo siga hablando, ya que está claro que le gusta el sonido de su propia voz.

—Déjame adivinar, tú eres la mejor opción.

Sonríe y sigue hablando.

Genial.

—Durante años hemos vivido de las migajas que los Zampieri nos dejan, mientras los débiles se quedan con las mejores provincias y negocios.

—Entonces de eso se trata. ¿Envidia?

—No seas ridícula —responde con el rostro rojo.

—Es poder. Si yo fuera el Don, la Sacra tendría el doble de influencia. Ya habríamos invadido el territorio de Civitavecchia y no estaríamos pensando en reducir la exportación de armas, sino en aumentarla, vendiendo a toda Europa y Asia. Se acabarían los escrúpulos: prostitución, tráfico de personas, órganos, hay muchos mercados por explotar, pero no... no es honrado —escupe al suelo.

Y ni siquiera sé qué decir. El hombre está enfermo, él y su hijo. Es la única explicación.

—He sido paciente, aumentando mis desvíos, debilitando a los Zampieri durante décadas. Tu abuelo casi lo arruina todo, pero eso se resolvió hace años. —Sonríe y me dan ganas de vomitar, pero no hay más—. Tuve que reducir nuestras acciones, pero ahora es el momento.

—¿Momento?

—Dos Ferrara tomarán su lugar legítimo, como líderes de la Sacra Siena.

Matteo me explicó una noche cómo funciona la organización.

Hay un consejo formado por los capos de las provincias, pero todos responden al *Don*. Solo se nombra un nuevo *Don* si el anterior muere sin dejar herederos.

—Matteo es el Don —replico, aunque sé que eso lo molestará.

—Por ahora, pero cuando estalle la guerra, será más fácil deshacerse de él.

¿Guerra?

—Se suponía que sería algo sencillo, pero tu marido logró salir de ese auto.

El atentado.

Lo recuerdo, varios soldados perdieron la vida, incluso el hijo del capo de...

—Sé lo que estás pensando. —Se encoge de hombros—. Mattia no debía estar en ese auto, pero el cabezota insistió en ir con el Don, y al final, fue bueno.

—¿Bueno? ¡Mataste a tu propio hijo! —le respondo, con bronca y asco latiendo en mí.

—Era un lastre, un débil, y no hay lugar para débiles. Enrico es mi primogénito y entiende los valores que debemos defender.

—Es parte de tu intento de golpe, ¿verdad?

La bofetada viene rápido, y sé que pronto ni siquiera podré abrir los ojos, siento mi rostro latiendo.

—¡Niña tonta! Será divertido enviar tus pedazos al Don Zampieri.

Respira...

Más tiempo.

Necesito...

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, pero trago el llanto, no ahora. Levanto el mentón y fijo la mirada en el imbécil frente a mí.

—Vas a morir y me divertiré viéndolo.

Él comienza a reírse, sus hombres se unen, pero yo mantengo la calma.

—Veremos quién se ríe, niña. Tu marido no tiene idea de dónde estás ni quién te capturó. ¿Quién sospecharía de un viejo que perdió a su propio hijo en un atentado? —Se acerca y agarra mi mentón con fuerza, apretando—. Es un maldito perrito buscando a su perra... un blanco fácil. —Sonríe y luego se aleja.

Mi corazón late acelerado mientras lo sigo con la mirada hasta la puerta de la celda.

Riccardo Ferrara se detiene y, sin darse vuelta, dice:

—Cuando apareciste en la casa de los Zampieri, pensé que eras un riesgo, que podrías arruinarlo todo. No sabíamos cuánto sabía tu abuela ni si tú tenías idea de algo.

—¿La Spiaggia? —susurro y él ni se molesta en negar.

—Al final quedó claro que solo eres un rostro bonito y un agujero para que el Don se la meta. —Aunque está de espaldas, sé que se ríe—. ¿Me ayudarás, Giulia Tomazini, o debería decir Giulia Zampieri? —Voltea el rostro hacia mí.

—Mi nombre es Giulia Tomazini Zampieri —replico, orgullosa.

—Está bien, serás la responsable de la muerte de tu marido. Recuerda eso cuando estés gritando —se burla—. Ah, y perdona mis modales, yo mismo te desmembraría, pero hay mucho por hacer.

No muestres miedo. No muestres.

—Pueden divertirse con ella. Cuando terminen, llamen a los demás, pero no se demoren. Quiero que esté hecha pedazos y que sus partes sean enviadas a la mansión Zampieri antes del amanecer —ordena y sale de la celda sin mirar atrás.

Los soldados me miran y en ese instante lo supe.

Puedo morir, pero no sin luchar.

Por mí y por la vida que llevo dentro.

Dios, ayúdame... ilumina el camino de Matteo y que encuentre este agujero... y nos salve.



Mateo

Bad to the bone – George Thorogood & The Destroyers
Come with me – Spirital
Man on a mission – On the Larceny

—¿Qué más sabes? —la pregunta es directa, sin rodeos—. Ni se te ocurra meterte conmigo. Porque después de matarlos, iré por ti.

—Veo que no llegaste a tiempo —responde Del Vecchio, sin inmutarse.

Viejo hijo de puta.

—¿Cómo lo supiste? —escupo, y más le vale que tenga una respuesta jodidamente buena, porque si no, lo próximo que verá será el cañón de mi arma.

—Somos aliados, Don Zampieri. Realmente siento que no hayas llegado a tiempo para prevenir lo que haya ocurrido.

—Me agarraron a mi mujer, mierda. —Golpeo la pared, ignorando el dolor.

—Hasta ahora solo tenía sospechas, pero...

—Ya sé que son los Ferrara, deja de decir tonterías. Quiero saber qué más sabes, y piensa bien tu respuesta.

—No me gustan las amenazas, Don, pero voy a ignorar su tono por la situación.

Aprieto los puños, sabiendo que debo calmarme.

Conseguir información con él es una de nuestras pocas esperanzas para obtener respuestas más rápido.

—El hijo del capo de Grosseto tiene una predilección especial por uno de mis locales.

Lo que solo puede significar uno de sus burdeles.

—En especial por una de nuestras chicas —continúa.

—No me importa a quién ese hijo de puta esté metiendo la polla.

—A mí tampoco me importa, el dinero es dinero, pero en la última visita bebió más de lo habitual.

—Ve directo al punto, Don.

—Y le dijo a la chica que pronto no tendría que pagar más mierda, porque ella y todas las putas serían de ellos. Que controlarían toda la Toscana... y Roma —enfatiza.

El imbécil es realmente estúpido.

—Escuchar ese tipo de cosas nos hizo vigilar más de cerca al señor Ferrara y sus movimientos.

—Es un jodido imbécil.

—Entonces imagina mi sorpresa al descubrir que la reunión de hoy no fue convocada por el Don, ni por su *consigliere* como de costumbre, sino por él, Enrico Ferrara, y lo más extraño es que ni él ni su padre participarían, ya que, según mis hombres, fueron vistos saliendo de Grosseto rumbo a Siena, hace unas horas.

La invasión.

—Hijos de puta.

—No queremos una nueva guerra, Don Zampieri, al contrario, quiero fortalecer la alianza entre Civitavecchia y la Sacra. No voy a quedarme sentado viendo a estos imbéciles echarme esta mierda encima, causando muertes y pérdidas. Dicho eso, creo que le gustará saber que Enrico Ferrara acaba de entrar en uno de mis locales para "celebrar".

—Don Del Vecchio —digo, la adrenalina bombeando dentro de mí. Aprieto el celular con tanta fuerza que es un milagro no destruirlo—. No lo dejes salir.

—Será un placer —responde y luego cuelga.

—¿Qué conseguiste? —pregunta Enzo.

—Vamos a Civitavecchia. Quiero el helicóptero listo para salir en cinco minutos. Enrico Ferrara está allá, y me va a dar todas las respuestas que necesito, si quiere morir rápido.

—¡Mierda, sí! —exclama, mientras Lucca ya prepara nuestro transporte.

Aguanta, diavoletta, voy a encontrarte.



El trayecto hasta el local de Cesare Del Vecchio dura menos de quince minutos. El tiempo es crucial si queremos recuperar a Giulia antes...

No pienses en eso, mierda.

—Don Del Vecchio —saludo al viejo, ignorando a todos los soldados a su alrededor.

Claro que fue un riesgo venir aquí. Podría ser una gran trampa, pero algo me dice que no. Él dice la verdad.

No nos conviene a ninguno de los dos que Ferrara tenga éxito eliminándome, convoque una nueva reunión del Consiglio y asuma el liderazgo de la Sacra. Si realmente cuenta con el apoyo de algún brazo de la Ndrangheta al norte, no se conformarán solo con la Toscana. Del Vecchio no es tonto ni altruista, quiere salvar su propio trasero.

—Tu invitado ya te espera —avisa, mostrándome el camino.

—¿Tus hombres? —pregunto, sabiendo que ni siquiera ese pedazo de mierda vendría solo al territorio rival.

—Muertos —responde, sin cambiar el semblante.

Ni me inmuto, aunque sean hombres de la Sacra, seguro estaban involucrados.

Hago un gesto a mis soldados y ellos se quedan afuera, esperando órdenes. Solo Enzo y Lucca me acompañan.

Esta conversación será rápida.

—Siéntase cómodo, Don —dice, empujando la puerta y revelando una sala que sin duda se usa para interrogatorios.

Aislamiento acústico, piso frío para facilitar la limpieza, instrumentos de tortura dispuestos, una mesa con restricciones y, claro, en una esquina, Enrico Ferrara, desnudo, atado a una silla y con la cara sangrando, mostrando que ya se han hecho "amigos".

—Veo que ya te divertiste —exclamo al viejo que sonríe.

—Algunos hábitos nunca mueren, además, llevaba años queriendo arrancar algunos dientes a este hijo de puta —comenta, encogiéndose de hombros, antes de cerrar la puerta tras de sí.

—Enrico Ferrara —empiezo, acercándome, abriendo y cerrando la mano, la rabia hirviendo dentro de mí—. ¿De verdad pensaste que no íbamos a descubrirlo?

Él sonríe.

—Demasiado tarde. —Escupe cerca de mi pie, casi dándome.

Ignoro su provocación y le doy un puñetazo en el rostro, haciendo que sangre por la boca.

Ni me aparto, agarro su cabello, tirando de su cabeza hasta que ese jodido me mira.

—No me importa lo que tú y el imbécil de tu padre hicieron estos últimos meses, los desvíos, el atentado. Su error fue llevarse algo que me pertenece.

—La perra... —sonríe, y sin pensarlo, le doy una serie de puñetazos en la cara hasta que escucho la voz de mi hermano detrás de mí y paro, con el puño doliéndome.

El hijo de puta apenas puede abrir los ojos, la sangre corre por su rostro.

—A esta hora debe estar deseando estar muerta.

Aprieto su mentón.

—Escucha bien, pedazo de mierda. Estás muerto, pero si será rápido o no depende de ti.

Él se ríe, pero lo ignoro.

—¿Dónde está? Quiero la ubicación exacta.

—Nunca —escupe.

—Eso es lo que vamos a ver —aviso, mirando a mi hermano, y él sabe exactamente lo que quiero.

No hay tiempo para hacer que el desgraciado sangre despacio, arrancarle uñas, dientes o usar cualquier otra tortura. Todo

eso funciona, pero Enrico Ferrara fue criado para soportar ese tipo de dolor.

No va a hablar. No rápido.

Tiempos desesperados requieren medidas extremas.

—Aquí —mi hermano me entrega la jaula de hierro sin fondo y los ojos del hijo de puta se abren de par en par.

Sí...

—¿Qué vas a hacer, mierda? —Se agita contra las ataduras.

Es inútil. No va a ninguna parte.

—Pónganlo sobre la mesa —ordeno, y en segundos el primogénito de los Ferrara está inmovilizado, a mi disposición.

Con la ayuda de Enzo, la jaula se asegura sobre su barriga, sin importar cuánto maldiga.

—La rata —pido, y me entregan el pequeño roedor.

No pierdo tiempo, arrojo al bicho dentro de la jaula y la cierro, para desesperación de Enrico.

—Mierda, mierda...

Él sabe lo que va a pasar.

—Enzo. —Hago un gesto, y en segundos el soplete está en mis manos, listo para usarse.

Sin aviso, lo enciendo y con verdadero placer veo la llama azulada empezar a calentar el hierro. La rata, que hasta entonces estaba tranquila, comienza a chillar, arañar y morder la piel de Enrico Ferrara, mientras busca desesperadamente escapar del calor.

El olor metálico a sangre llena el ambiente, mezclado con heces y orina.

—¡Quítalo! ¡Quítalo, mierda! —grita desesperado, viendo al roedor destrozar su piel—. ¡Lo contaré, lo contaré!

—¿Dónde está? ¡La ubicación exacta! —ordeno, sin cambiar el tono, alejando el soplete de la jaula.

—Sorano... Sorano, está en Sorano.

—¿Dónde? —vuelvo a activar la llama y él sigue soltando todo lo que quiero escuchar.

—En la Fortaleza de Sorano.

El lugar es inmenso.

—¿Dónde? El lugar exacto —insisto, acercando la llama para la locura de la rata, que vuelve a arañar a su víctima.

—En las celdas, calabozos —grita—. ¡Lo conté todo, lo juro! —jadea.

—Te creo, Enrico. —Apago el soplete y le doy una palmada en el rostro.

Él respira profundo, relajándose.

—Quiero a Nico aquí, ahora. Tengo una misión especial para él.

No tarda mucho en aparecer el soldado.

—Don Zampieri.

Sujeto sus hombros, mirando sus ojos.

—Vas a mantener ese maldito soplete encendido hasta que la rata encuentre la salida, ¿quedó claro?

—Sí, Don —responde, aceptando el equipo.

—No, no... —grita Enrico, agitando contra las ataduras—. Ya conté todo. Mátame rápido, por favor —implora, con el rostro transtornado mientras observa al roedor inquieto sobre su barriga.

—Ya te dije que te creo —respondo, dándole la espalda y saliendo de la sala, mientras sus gritos desesperados vuelven a sonar.

Encuentro a Del Vecchio al final del pasillo.

El viejo sonríe.

Disfruta los sonidos de una buena tortura.

—Espero que hayas conseguido lo que necesitabas —exclama, observándome atentamente.

—Lo conseguí. Mi hombre está terminando con nuestro invitado y pronto la sala estará libre. Gracias por la información y el espacio.

—Feliz de ayudar —asiente.

—Ahora, con tu permiso, necesito encontrar a mi esposa.

—Claro, Don, envíale mis saludos.

Nuestros ojos se cruzan y quedamos unos segundos en silencio.

No olvidaré tu ayuda. Y él lo sabe.

Asiento en despedida y camino hacia el helicóptero.

—Ya hablé con nuestros hombres y contactos cerca de la Abadía de San Salvatore y Piancastagnaio —informa Lucca.

—Perfecto. Quiero que estén posicionados fuera de Sorano. La ciudad es pequeña, apenas nos vean llegar, los hombres de Riccardo sabrán y defenderán la fortaleza. Necesitamos un plano de ese lugar.

—Maldita sea... —maldice Enzo.

—¿Problemas?

—Mi laptop quedó en Siena, sería más fácil... —empieza, pero se detiene y saca el celular del bolsillo—. Vamos, tendremos el plano en cinco minutos.

Y efectivamente, en cinco minutos lo tenemos.

Isabella, por pedido de Enzo, accedió a los servidores de la municipalidad y a la oficina de arquitectura que hizo una remodelación reciente.

Claro que el plano entregado a las autoridades no es la misma versión que encontramos con los arquitectos. Riccardo Ferrara me comentó en una reunión hace meses que quería invertir en el turismo de la región, por eso la obra, pero lejos de convertir el inmueble en un hotel o posada para turistas, el idiota tenía otros planes, porque las mejoras internas fueron mínimas; aprovechó para reforzar algunos muros, mejorando la defensa de la antigua fortaleza.

—El lugar es un maldito laberinto —exclama Lucca al ver el croquis.

—Enrico dijo que está en los calabozos, así que nuestro foco es esa área —señalo—. La mayoría de nuestros hombres debe ir por el norte, atrayendo la atención de los hombres de Ferrara, lejos de Giulia y de nosotros.

—¿Cómo llegaremos?

—El helicóptero nos dejará a un kilómetro de la fortaleza. Entraremos por esta entrada trasera, que debe estar vigilada solo por uno o dos hombres —explico y ambos asienten.

—Es arriesgado —comenta Lucca—. Enzo, yo y algunos soldados deberíamos ir primero.

—Ni hablar. Vamos juntos. Mi mujer está ahí, mierda —exclamo—. La madre de mi hijo —susurro y siento sus miradas en mí —. Está embarazada, demonios... embarazada, y yo... —Me paso las manos por el cabello.

—La llevaremos de vuelta a casa. —Mi *consigliere* aprieta mi hombro con fuerza, recordándome que no estoy solo.

—Familia —dice mi hermano, sus ojos azules siempre tan fríos, encontrando los míos, emocionado.

—Familia —repito, respiro profundo, necesitando calmar el torbellino dentro de mí.

Quedamos en silencio unos segundos, solo se escucha el sonido de las hélices cortando el aire mientras nos acercamos al destino.

—Avísenle a los hombres, todo tiene que ser perfecto. No hay margen de error. En cuanto estemos posicionados, daremos la señal para que invadan por la entrada principal, mientras nosotros entramos por atrás.

—Riccardo ni siquiera sabrá qué le ha pasado —comenta Lucca, sonriendo.

—Exacto, y me gusta cómo suena —respondo—. Enzo, nuestros otros hombres deben invadir la mansión de los Ferrara en Grosseto. Si resisten, maten, pero daré la oportunidad de que expliquen y se defiendan. Puede que haya hombres y mujeres que no sabían de los planes ni acciones paralelas de su capo. Esos serán perdonados, los demás... tendrán un encuentro contigo en Chiusere —digo, y él sonríe.

—Pensé que iba a perder mi puesto después de hoy.

—Riccardo Ferrara es mío —destaco, deseando pronto escuchar los gritos desesperados del idiota.

—Sé que tenemos el factor sorpresa a nuestro favor, pero me gustaría tener algo más que pistolas y cuchillo —comenta Lucca, revisando el cargador.

—No te preocupes por eso —responde Enzo, sacando una caja de debajo del asiento y mostrando varias ametralladoras, granadas y revólveres—. Cortesía de los rusos. Parte del cargamento llegó.

—¡Carajo! ¡Ahora sí! Estoy listo para la diversión.

—Recuerden, quiero a Riccardo vivo.

Cinco minutos después, aterrizamos en un claro en el bosque, acompañados de cinco soldados más, ya que la mayor parte de nuestra fuerza atacará por el frente.

La caminata de treinta minutos es en silencio. No sabemos qué nos espera ni si hay dispositivos de seguridad en la zona. Mi instinto dice que no.

El hijo de puta es mezquino y confiado, demasiado confiado para pensar que alguien llegaría por aquí, ese es su error.

—No veo a nadie vigilando el perímetro en el ala sur —avisa Enzo, observando la fortaleza con binoculares.

Quedan pocos metros para nuestro objetivo.

—Vamos —ordeno y, con las armas en mano, entramos por una salida de agua fluvial que, según el plano, tiene una ventilación en uno de los corredores subterráneos, cerca de las celdas; ese será nuestro punto de entrada.

—A cien metros —señala Enzo, revisando su celular.

—Ahí —susurra Lucca, haciendo señas para que todos se posicionen.

Con cuidado, pasamos una cámara por la rendija de la tapa de metal y, como imaginábamos...

Nada.

Sin cámaras, sin ningún maldito guardia.

—Den la señal, es hora de enseñarles a estos hijos de puta lo que pasa con los que traicionan a la familia.

Lucca asiente y envía el mensaje, mientras los soldados empujan cuidadosamente la tapa de metal, liberando el acceso. Son los primeros en entrar, asegurándose de que no haya nadie.

Entramos.

La adrenalina late en mis venas. Hago una seña a la izquierda y tres van por allí, mientras dos se colocan a la derecha, para que no nos sorprendan por ningún lado.

Las primeras celdas están vacías, pero entonces escucho gritos.

Giulia.

Empujo la puerta con fuerza, arma en mano, y me sorprende la escena que hace que la rabia hierva dentro de mí.

Está atada, tirada en el suelo sucio, con el rostro hinchado, sangre, mucha sangre... mis rodillas casi ceden, pero la furia es mi combustible. Giulia sigue gritando y luchando mientras un hijo de puta intenta sujetar sus brazos y otro pedazo de mierda intenta meterse entre sus piernas, con los pantalones hasta las rodillas.

Al verme, el primero la suelta para alcanzar su arma, pero soy más rápido y le disparo en la mano, y su grito llena la celda.

—¡No vas a morir! —grito, trastornado—. Una bala es poco para ti, pedazo de mierda.

Al segundo le disparo en el hombro y cuando intenta agarrar la pistola, mi hermano es más rápido y le da en la mano, porque quiero que estén vivos.

—¡Míos! —grito, pateando las armas lejos—. Átenlos y asegúrense de que permanezcan juntos, tendré mi momento con ellos —disparo, ciego de rabia—. ¡Quiero a Ferrara vivo! —gruño.

A lo lejos solo se oyen gritos y disparos.

—Nuestros hombres ya tomaron la fortaleza —dice Lucca, pero su voz parece distante.

Ahora solo necesito una cosa... *a ella.*

Que esté bien...

La lastimaron.

Debí protegerla, pero fallé. La traje a mi mundo y...

Respira, mierda.

Giulia murmura algo incomprensible y luego levanta la cabeza hacia mí, apenas puede abrir los ojos.

—Soy yo, *amore mio*, te sacaré de aquí, ahora está todo bien —digo, sacando mi cuchillo y cortando las cuerdas de sus muñecas y tobillos, tirando de su ropa.

Mis ojos arden, pero debo ser fuerte.

Por ella...

—Matteo... —su voz sale entre lágrimas, y lleva la mano a mi rostro. Su pecho se mueve mientras se entrega al llanto, y siento una lágrima deslizarse por mi cara.

Maldita sea...

—Yo... lo siento —murmuro contra su cabello, rezando para que algún día me perdone. Siento sus dedos apretando mi camisa con fuerza y correspondo abrazándola fuerte, necesitando que sepa que estoy aquí, con ella, porque Dios, necesito tanto sentirla, saber que está conmigo, viva, que la pesadilla quedó atrás.

—Viniste, lo sabía, lo sabía —susurra entre lágrimas que no cesan.

—Debí desconfiar —suspiro, manteniendo todo mi control para no venirme abajo al ver a mi mujer herida.

—No es tu culpa —dice, apoyando la mano en mi pecho—. Escucha bien, Matteo Zampieri, tú NO eres el culpable, ellos son... esos jodidos traidores, enfermos, no tú. Nunca tú, tú me salvaste... nos salvaste. —Se mira la barriga.

Cierro los ojos, apoyando la frente contra la suya mientras la levanto, necesitando sacarla del suelo.

—Tuve tanto miedo de perderte —susurro en su oído.

—Estoy aquí —dice, sus ojos verdes clavados en mí con tanta intensidad.

—De perderte... sin haberte dado el mundo...

—Solo te necesito a ti.

—Sin haberte dicho cuánto... cuánto te amo. *Ti amo, diavoletta.*

—Lo sé —sonríe entre lágrimas—, pero es bueno escucharlo. Maldición, es muy bueno. Yo también te amo, tanto.

Con cuidado rozo mis labios con los suyos y Giulia agarra mi cabello.

Dios, cuánto amo a esta mujer y a nuestro hijo o hija que está por venir.

—Esta conversación no terminó. —Alejo un mechón de su cabello—. Tenemos que cuidar de ti y yo tengo que terminar...

—Estoy bien —me tranquiliza—. ¡Estás aquí!

—Ellos... —empiezo, pasando el dedo índice por su rostro con cuidado, y ella sabe a dónde quiero llegar.

—No —tranquiliza, tocando mi cara—. Mírame —pide y mi mirada encuentra la suya—. Llegaste a tiempo, son solo rasguños y un rostro hinchado —intenta hacer una mueca pero gime de dolor.

—Prometo que pagarán —gruño y ella asiente.

—Los que se rindieron ya están controlados, los otros, muertos —avisa Enzo—. Traje este regalo para ti, pensé que te gustaría —anuncia, trayendo a Riccardo Ferrara con las manos atadas y sangre corriendo por su rostro—. Resistió. —Se encoge de hombros—. Alégrate de que no le metí un tiro en la cabeza.

Miro al gusano y veo rojo.

Giulia sigue en mis brazos, herida, sucia de sangre, vómito, orina, todo por culpa de ese hijo de puta.

—Veo que ya encontraste a tu puta, Don Zampieri —provoca, deseando que lo mate rápido.

Eso no es una opción.

—Algunos soldados se quedarán contigo afuera, *amore mio*, solo necesito terminar unos asuntos aquí —digo y ella sabe lo que pasará—. No tardaré, pronto iremos a casa. —Acaricio su rostro, ayudándola a ponerse de pie con cuidado. Su mano ensangrentada agarra mi camisa con fuerza.

—No —dice, sorprendiéndome.

—Giulia, créeme, no es algo que quisieras presenciar —empiezo, pero ella niega con la cabeza—. No será nada agradable.

—Quiero ver —enfatiza—. Quiero verlos sufrir, ellos no tuvieron piedad de nuestros soldados, de mí, ni de mi abuelo —su voz se quiebra y respira profundo antes de continuar—. No tuvieron compasión por nadie de la familia. Nos traicionaron. No tendré piedad de ellos.

—Verás un lado mío que...

—¡Hazlo! —ordena, y ahí está la matriarca de la familia Zampieri.

No digo nada.

Hago un gesto a mi hermano y *consigliere* y ellos saben lo que pasará.

Giulia se aleja y camina hacia Riccardo Ferrara, que es retenido por mis hombres. Se detiene frente a él y sonríe.

—Espero que mis hombres se hayan divertido contigo, puta —escupe al suelo.

—Lo intentaron —dice firme, con el mentón en alto—, pero fallaron. Para alguien que se decía "el salvador" es más bien un perdedor —se burla.

El viejo no dice nada, pero su rostro se pone rojo de rabia.

—Podría matarte rápido, un tiro en medio de la frente, seguro cualquiera aquí cumpliría mi pedido —enfatiza sin apartar la mirada—. Pero será mucho más divertido verte morir a manos de mi marido, escucharte gritar y suplicar que te maten —dice con una sonrisa enorme, y luego se aleja como si nada, caminando hacia donde Lucca y Enzo esperan mis órdenes.

Me acerco al infeliz y sin pensar le doy un puñetazo en el rostro, haciéndolo escupir sangre.

—Riccardo, Riccardo... si supieras cómo tu hijo gritó y suplicó —otro golpe en el estómago lo hace doblarse—. Pedazo de mierda —le tiro del cabello para que me mire—. Quiero que veas lo que haré con estos dos hijos de puta que dejaste para violar a mi mujer. Verás lo que les haré y te imaginarás lo que te espera, pero no te preocupes, lo tuyo será mucho peor.

—Haz lo que quieras. No me arrepiento de nada de lo que hice. Tú y tu familia son débiles, la ruina de la Sacra. Lo haría todo otra vez.

—No podría importarme menos lo que un hijo de puta como tú piense, pero será un placer verte cambiar de opinión y arrepentirte, créeme, siempre lo hacen.

Enzo trajo del helicóptero una mochila con todo lo que podría necesitar.

—Ah, hermano, siempre pensando en todo —digo, recorriendo con el dedo los cuchillos, alicates y otros instrumentos.

Lo primero que tomo es cinta adhesiva.

Corto dos pedazos y sin preocuparme por ser delicado, los pego en la frente del capo, haciendo que sus párpados se abran y sus ojos queden bien abiertos.

—No quieres perderte nada.

Los soldados están atados desnudos a una viga de madera, parecen pedazos de carne agitándose mientras suplican misericordia.

Tomo el bisturí y me acerco a ellos.

Lanzo una última mirada hacia Giulia y encuentro su mirada.

Última oportunidad, *amore mio.*

Está envuelta en una manta que mi hermano consiguió, la mirada fija en mí, y asiente con la cabeza, animándome a continuar.

—Deberían haber pensado en esto antes de tocar a mi mujer, muchachos —empiezo, deslizando la punta del bisturí lentamente por sus barrigas, cortando la piel, haciendo que un hilo de sangre aparezca mientras se agitan contra las ataduras—. Vean, toda acción tiene una reacción, y esta... —hago señal a uno de mis hombres que levanta la polla del primero.

—¡No! —grita—. Por favor, no.

—Esta es la suya —exclamo, pasando sin piedad el bisturí por la piel, rasgando los músculos, ignorando sus gritos y la sangre que brota, mientras me tomo mi tiempo para arrancarle el polla.

El soldado tiembla sin control, agarro su miembro y se lo meto en la boca, y con una señal, uno de mis hombres le tapa la boca con cinta adhesiva.

—Será mejor que se calme o se va a asfixiar con su propio polla —advierto, dándole una bofetada en el rostro.

—Por favor, don Zampieri, le suplico. Solo estaba siguiendo órdenes...

—Si dice una palabra más, también le corto las bolas —enfatizo y, sin perder tiempo, hago lo mismo que con su amigo, deleitándome con cada grito de desesperación y dolor.

Ellos lastimaron a mi mujer, son escoria, traidores, deben pagar.

—Déjenlos en el suelo. Los ratones pronto se encargarán de ellos —ordeno, acercándome a Riccardo Ferrara, con las manos manchadas de sangre, la sangre de mis enemigos.

—¿Tiene algo que decir, capo? —pregunto, acercando el bisturí a su rostro, disfrutando el miedo que veo en su mirada—. No se preocupe, no le voy a cortar la polla —advierto, apoyando el bisturí sobre la mesa—. Traigan el tubo —ordeno y uno de los soldados sale de la celda, regresando segundos después con un trozo de tubo de hierro de tres cuartos de pulgada.

—Don... —Ferrara se agita.

—¿Dijo algo? —Me giro y lo miro, sin ocultar mi diversión.

—Por favor...

—Pero ni siquiera hemos empezado —respondo—. Pónganlo a cuatro patas y bájenle el pantalón.

—¡No! —grita, forcejeando, pero es inútil.

—Esto es por haber mandado a sus hombres a divertirse con mi esposa, y por todos los años de traición, por toda la muerte y el dolor que causó —digo y, sin piedad alguna, le meto el tubo en el culo, observándolo aullar de dolor—. Manténganlo firme —ordeno, viendo que los ratones ya empezaron a acercarse y a divertirse con nuestros otros invitados.

Hago un gesto hacia Enzo, señalando a los roedores, y él sabe exactamente lo que tengo en mente.

—Hoy tienes un asunto pendiente con estos bichos.

—No voy a desperdiciar esta oportunidad —respondo, tomando el soplete.

—Mira, Riccardo, con tu hijo fallecido —comienzo, apretándole la barbilla para que me mire fijo— me divertí con la jaula, contigo, el tubo tendrá que servir —advierto y él empieza a rezar.

Muevo la cabeza y el pequeño roedor es metido en la abertura del tubo, y antes de que intente escapar, enciendo el soplete y lo coloco en la punta.

—Dios, Dios... me arrepiento, me arrepiento, por favor —grita, pero nada lo salvará hoy.

El ratón entró y tiene que salir.

Los gritos de Riccardo Ferrara resuenan por la celda, hasta que queda solo silencio.

—Que esto sirva de lección, eso es lo que les pasa a los que traicionan a la Sacra, que traicionan a la *famiglia* —digo, con la adrenalina bombeando en mis venas y en el pecho la sensación de deber cumplido—. Hoy se hizo justicia. Honramos a los que se perdieron en la lucha contra los traidores. Honramos a la *famiglia* —exclamo y todos aplauden—. Es hora de irnos a casa.

Miro hacia donde está Giulia y temo lo que voy a encontrar.

Sé que ella dijo que quería quedarse, pero incluso para alguien criado dentro de la mafia, acostumbrado a torturas, la escena de hoy fue pesada.

No quiero que piense que soy un monstruo. Sé que lo soy, pero con ella, soy solo...

Matteo Zampieri. Su don, su marido, su... todo suyo.

—*Diavoletta* —susurro, deteniéndome a pocos centímetros de ella. Su mirada verdosa se encuentra con la mía.

—Llévame a casa —su voz es apenas un suspiro—. Por favor, solo quiero ir.

La levanto, tomándola en mis brazos, disfrutando su cuerpo junto al mío.

—Vamos a casa, *amore mio*. Se acabó —susurro en su oído.

Se acabó.

Julia



I don't wanna live forever – Zayn &Taylor Swift
Love me like you do – Ellie Goulding
Certain Things – James Arthur feat Chasing Grace

Estuvo cerca…

Muy cerca.

Sabía que no iba a poder resistir mucho tiempo, pero aun así seguí luchando, gritando, hasta que lo que sujetaba mis brazos se alejó y sonó el inconfundible sonido de disparos.

Matteo...

¡Mi Matteo!

Él vino. Me salvó, nos salvó...

Y aún ahora, abrazada a él, en un helicóptero que ni siquiera sé de dónde apareció, solo puedo sentir mi pecho a punto de explotar de alivio y felicidad.

Es extraño. Me siento extraña.

Acabo de ver a tres hombres ser torturados y asesinados por mi marido. Y no siento absolutamente nada de lo que creí que sentiría. De lo que en mi cabeza debería sentir.

Horror, asco, miedo... solo puedo sentir satisfacción y un enorme orgullo... por él. Y creo que eso fue lo que más me asustó. Mi reacción a todo eso. Pero cuando vi a esos imbéciles que casi me

violan y matan, sentí tanta rabia, tanto odio... que es como si una llave se hubiera girado dentro de mí.

Ya no era Giulia Tomazini, nacida en el sur de Minas Gerais.

No.

Ahí estaba Giulia Zampieri, nacida aquí...

Una mujer nueva.

Una que entendía que hay mucho más que lo correcto e incorrecto.

Una que estaba dispuesta a vivir y matar por la *famiglia*.

La matriarca.

La esposa del Don de la Sacra Siena.

Yo...

—Llegamos, *amore* —susurra, con tanto cariño y preocupación en su voz que es difícil contener la emoción.

En casa.

—¿Estamos seguros? —balbuceo y él aprieta mi mano.

—Sí —responde, levantando mi mentón—. Nadie más entra aquí, capo o no, sin que nosotros lo autoricemos. ¡Nadie! —enfatiza y sé que debe haber reforzado aún más la seguridad de la mansión.

Bien...

Apenas bajamos del helicóptero, veo a mamá, Chiara e Isa en lo alto de las escaleras, todas llorando, y las lágrimas me inundan los ojos.

Están bien.

—Todos estamos bien —susurra Matteo a mi lado, y me doy cuenta de que pensé en voz alta—. Tu amiga vio cuando te atraparon y logró avisarnos, ellas lograron esconderse a tiempo.

—Ni siquiera puedo pensar en lo que... —Siento un nudo en la garganta al imaginar lo que podrían haber hecho.

—No pienses —responde rápido—. Están vivas y bien, y querrán abrazarte.

—Dios, necesito un baño.

—No creo que les importe eso.

—Oh, *figlia mia*... —Se acerca mamá, con la voz quebrada.

—Estoy sucia —suspiro, sin poder contener más el llanto.

—¿Y a mí qué me importa, niña? —Me abraza con cuidado, llorando contra mi cabello—. Recé tanto, tanto para que Dios te protegiera y te trajera de vuelta pronto.

—Funcionó —bromeo y ella sonríe.

—¿Los responsables? —pregunta mamá, seria, con voz cortante.

—Muertos —dice Matteo sin rodeos.

—¡Bien! Vamos adentro, vamos a cuidarte, querida.

Apenas doy un paso más, soy envuelta en los brazos de Isa.

—Nunca más me asustes así. Creo que me salieron varias canas y perdí unas vidas.

Sonrío, pero hasta eso duele, y hago una mueca.

—¿Ahora eres un gato, acaso, con siete vidas?

—Entendiste. Nunca más... nunca —pide, con lágrimas corriendo por su rostro, y yo asiento.

—¿Tu vuelo?

—Lo reprogramé. No podía irme, no sin... —Aprieto su mano —. Vas a tener que aguantarme unos días más.

Sonrío y eso lo dice todo.

Chiara es la siguiente en acercarse.

—Ustedes van a necesitar un baño digo, pero claro que ella lo ignora y ahí estoy yo en sus brazos.

Nos quedamos abrazadas en silencio.

Lo que veo en su mirada dice todo lo que necesito saber.

—Creo que nunca vi a tu hermana en silencio tanto tiempo —bromea Lucca y más lágrimas ruedan por su rostro.

—Sé que estoy horrible, pero no hace falta que llores tanto —bromeo.

—Sigues hermosa, y nada que un poco de maquillaje no arregle.

—No exageres.

—Está bien, maquillaje y unas semanas de descanso. —Pone cara de disgusto—. Nos asustaste tanto, tuve mucho miedo.

—¡Yo también! —reconozco, mordiendo los labios, agarrando la mano de Matteo, que no me dejó sola ni un momento—. Pero se acabó, no harán daño a nadie más.

La rubia sonríe ampliamente.

—Seguro que Teo se encargó de eso.

Lo hizo.

Y yo no podría amarlo más...

—Giulia fue la que hizo esto —dice, sorprendiéndome—. Fue ella quien descubrió quiénes eran los traidores. Terminó lo que su abuelo empezó hace décadas, honró a la familia.

Oh, mierda, tanto para no empezar a llorar otra vez.

—Tu abuela estaría tan orgullosa, querida —dice mamá y simplemente me rindo, más lágrimas caen, aún más al verla así, tan emocionada, y claro que mi mente fue hacia mi abuelita, y sé que ella está viendo, donde sea que esté, está. Se hizo justicia.

—La charla está buena, pero Giulia necesita un baño y cuidados, después podrán ponerse al día —avisa Matteo con un tono que no da lugar a discusión.

No respondo porque sí... necesito eso.

Mucho.

—Voy a preparar algo. Seguro que todos tienen hambre.

Ni siquiera puedo pensar en comida, no ahora, pero sé que necesito alimentarme.

—Me encantaría —digo y mamá sonríe amplia, mirando expectante a los chicos.

—Nunca me escucharás rechazar tu comida, madrina —dice Lucca guiñando un ojo—. Toda esta acción me dio hambre.

Enzo asiente con la cabeza.

—En un rato bajamos —avisa Matteo, cargándome en brazos.

—Espera —pido—. Necesito hablar con Lucca y Enzo —digo y él se gira hacia ellos.

Respiro profundo.

—¡Gracias! —exclamo y ambos parecen sorprendidos—. Allí, en el helicóptero, no pude decir... —mi voz tiembla y siento que todos me miran—... gracias por haber ido a buscarme, por encontrarme... —un sollozo sacude mi cuerpo y siento el toque suave de Matteo calmándome.

—Eres familia y cuidamos de la familia, *sorellina* —Enzo es el primero en hablar. Una frase grande para alguien siempre tan

callado y que aún me llamó hermanita.

Intento contener el llanto, pero viene.

Se acerca y, con delicadeza, me besa la frente.

—Eres una de nosotros —dice Lucca sin apartar la mirada de la mía—. Nuestra matriarca. Moriría feliz, si fuera necesario, para salvar tu vida o la de cualquiera aquí —exclama, mirando a cada uno de nosotros—. *Famiglia.*

—Famiglia —dicen todos, emocionados.

Sigo llorando cuando Matteo prende la ducha y con cuidado me ayuda a quitarme lo que alguna vez fue mi pijama.

Ni siquiera necesito mirar al espejo para saber que estoy pésima, pero aun así lo hago, la imagen es aterradora.

Rostro sucio e hinchado, muy hinchado, casi no puedo abrir el ojo derecho, rasguños en las mejillas, cortes en las rodillas, los brazos, y varios moretones que empiezan a aparecer.

Viva...

—Me gustaba este pijama —digo, rompiendo el silencio al verlo tirar la ropa directo a la basura y desnudarse en un abrir y cerrar de ojos.

—Te compraré todos los que quieras, *amore mio* —dice, intentando animarme, pero el pijama es lo de menos.

Apoyo la mano sobre mi barriga y respiro profundo, agradeciendo a Dios estar viva, sabiendo que la historia pudo tener otro final.

Cierro los ojos y dejo que el agua caliente caiga sobre mi espalda, algunos cortes arden, pero es soportable.

—Voy a cuidarte —susurra Matteo, empezando a enjabonarme con extremo cuidado y no puedo ni responder. Me quedo inmóvil, dejándolo ayudarme, deseando que no solo se lleve la suciedad, sino toda la tensión, el miedo... Mi corazón late acelerado en el pecho, mi garganta arde, y entonces ya no puedo contenerme más, el llanto viene con fuerza y me entrego. Lloro por todo, el horror, la impotencia y las incertidumbres de las últimas horas.

—Estoy aquí... —Me atrae hacia sus brazos, donde pertenezco, donde quiero estar, y lo abrazo fuerte.

—Tuve miedo de no poder verte otra vez —empiezo, necesitando sacar todo del pecho—. De no tener la oportunidad de decirte con todas las letras cuánto te amo —un sollozo sacude mi cuerpo, y muerdo mis labios intentando calmarme.

—Giulia... —Mira mis ojos y hay tanto ahí.

—Me arruinaste, Matteo Zampieri. Vine a Italia con un objetivo simple, sacar la ciudadanía y conocer un poco de mi historia, saber dónde vivieron mis parientes, quiénes eran —hago una pausa y respiro profundo—, pero entonces te conocí, y mi mundo se puso patas para arriba.

—Yo... —dice, pero lo interrumpo apoyando el dedo índice en sus labios.

—Traté de resistir, no quería —admito—. Parecía incorrecto, un mafioso —hago una mueca—, pero cada día conocía más de ti, el hombre, el hijo, el hermano, el Don, y solo se hacía más difícil resistir —digo sin preocuparme por ocultar el llanto, es imposible—. Hasta que me rendí —asumo, sonriendo—. De luchar contra mis sentimientos, ignoré mis prejuicios y todo lo que me decía que me mantuviera lejos, porque... —su mirada es intensa—... porque todo lo que quería eras tú, eres tú. Te amo, todo de ti —Le doy un golpe con la palma en su pecho.

Matteo sigue mirándome en silencio.

—Amo tu boca sucia, tu lado mandón y posesivo, tu forma seria e intimidante, cómo me haces derretir en tus brazos, tu toque en mi cabello, tus besos, amo cómo me siento —mis labios tiemblan y los muerdo intentando controlar el torbellino de emociones que me invade— cuando estoy contigo, feliz, realizada, completa y dueña de todo.

Él sonríe, sosteniendo mi rostro entre sus manos.

—Tuve tanto miedo —rompe el silencio—. Creo que nunca me sentí tan impotente y asustado.

—Lo lograste —suspiro.

—La idea de perderte me da miedo.

—Estoy aquí. —Acaricio su rostro.

—Nunca pensé que tendría esto, pensé que todo se resumía a la familia, a ser un buen Don, pero no, contigo quiero ser un buen

esposo, un buen padre, quiero ser lo mejor de mí para ti, porque tu felicidad es la mía, porque la idea de una vida sin ti está vacía... como yo antes de conocerte.

¡Oh, Dios!

—Entraste en mi vida y lo cambiaste todo, con tu sonrisa, tu lengua afilada —hago una mueca, pero él sigue—, me conquistaste al instante y no podía pensar en nada más que en tenerte, hacerte mía. Fui egoísta, lo fui —reconoce—, porque la idea de verte partir era insoportable. Eres mía desde que puse mis ojos en ti en ese agujero de Roma.

—Como dije, posesivo —bromeo y él ríe.

—No tengas dudas. En lo que respecta a ti, lo soy de verdad. Pensé que después de hoy no querrías volver a verme y, mierda...

—¿Por qué? —pregunto, sin entender a dónde quiere llegar.

—Fallé. No protegí a quien amo. A mi mujer, a mi hijo... —Apoya la palma sobre mi barriga.

—Matteo —suspiro, sin soportar que piense así—. No has fallado. Puedes ser el Don más cabrón, pero es imposible controlar todo. Todo pasa por una razón.

—Necesito que sepas, *diavoletta*, que haré todo, TODO, lo que esté a mi alcance para protegerte a ti y a nuestros hijos.

Lo sé.

—¿Nuestros? ¿En plural ya? exclamo, pero él sigue:

—No quiero volver a sentirme como hoy, cuando supe que te atraparon, cuando pensé que te iba a perder. Yo… te amo, Giulia Zampieri, tanto que duele.

Me pongo de puntillas y rozo mis labios con los suyos.

—Ahora déjame llevarte a la cama y cuidar tus heridas —susurra, levantándome en sus brazos.

—Parece que invertimos los roles —comento, recordando que cuando nos conocimos, yo cuidaba de sus heridas.

—Ni lo menciones. Si depende de mí, vas a seguir cuidando de las mías, siempre.

—¡Tú también tienes prohibido lastimarte!

—Haré lo mejor que pueda —Me guiña un ojo—. La idea de tus manos en mí siempre es tentadora.

—Siempre las tendrás, pero preferiblemente por todo el cuerpo —bromeo.

Durante los minutos siguientes, Matteo se ocupa de mis heridas. Mi pecho parece que va a explotar. La angustia se fue.

Sé que los recuerdos de lo que pasó hoy me acompañarán por un buen tiempo, pero serán solo eso, recuerdos de nuestra supervivencia y superación.

—Gracias —suspiro cuando pone la última curita—. Si no te va bien en la carrera de Don de la Sacra, ya sabes dónde buscar trabajo.

Sonríe y es bueno verlo así.

—Voy a dejarte descansar y a ver cómo van los preparativos allá abajo —avisa.

—Quédate —le pido, y se sienta a mi lado.

—Necesito preguntarte algo —dispara, dejándome curiosa.

—¿Qué?

—¿Te asusté?

—¿Me asustaste? ¿Cómo?

—Hoy, en esa celda —responde, y veo preocupación cruzar en su mirada.

Ah, Matteo...

—Yo... —comienzo, sin saber bien cómo ponerlo en palabras —. Me gustó verlos sufrir —admito, y él no disimula la sorpresa—. Tenías miedo de que viera ese lado tuyo, pero... cada segundo allí solo me mostró lo equivocada que estaba con mis prejuicios. El Don de la mafia de Siena es solo una de tus muchas facetas, y yo... amo todas ellas. Ya te lo dije, pero lo repito: eres mucho más que un mafioso, eres mi... marido, amante, el padre de mis hijos —Guiño y veo una lágrima correr por su rostro, haciendo que mi voz se quiebre—. Eres Matteo Zampieri, mi amor.

—Demonios... —Me acerca a sus brazos, y sus labios están sobre los míos, despacio, con cuidado, pero mierda, si no quería más —. Te amo tanto, *diavoletta* —Apoya la frente contra la mía.

—Y yo a ti, *amore mio* —exclamo sin apartar la mirada de la suya, viendo allí todo lo que necesito saber.

—Si ya te animaste un poco, creo que a mamá le gustará saber que será promovida a *Nonna.*

Sonrío.

—¿Crees?

—Estoy seguro. Prepárate para que te mimen mucho, Giulia Zampieri.

—Eso es interesante y ya me imagino siendo consentida por ti —digo y él estrecha la mirada.

—Giulia —susurra y sé que entendió el mensaje.

—Solo lo digo, ya sabes...

—Será un placer, cuando estés mejor —enfatiza.

Pongo una mueca y él ríe, ese sonido delicioso que amo.

—Abuela Eleonora —cambio a un tema más seguro—, me gusta eso. ¿Y tú, estás feliz? Sé que el bebé llegó rápido... —me interrumpe apoyando el dedo índice sobre mis labios.

—Nada de lo que diga será suficiente para la felicidad que siento. Siento que voy a explotar. Soy el hijo de puta más afortunado de este mundo porque tengo a ti... y a nuestro hijo.

—¿Sabes que podría ser una niña, verdad? —le provoco.

—Entonces, una *principessa*. Sea lo que sea, la amaré y protegeré, así como te amo a ti, con todas mis fuerzas.

—*Famiglia* —suspiro y él sonríe.

—*¡Famiglia!* —repite orgulloso.

—Entonces hagamos oficial que la familia crecerá —exclamo sin poder ocultar la sonrisa.

—Parece un buen plan. Un infierno de buen plan, *diavoletta* —responde, atrayéndome de nuevo a sus brazos, donde quiero estar, donde pertenezco, bajo su dominio.

¡Fin!

Julia



Photograph – Ed Sheeran

Una semana después.

Claro que los últimos días pasaron en un abrir y cerrar de ojos, aunque mi rutina fuera básicamente descansar, descansar un poco más y dejar que me consientan.

¡Mucho!

Matteo no estaba bromeando cuando dijo eso.

Nuestro pequeño mafioso o mafiosa ya recibió muchos regalitos de la abuela y las tías babosas, y ni quiero imaginar cómo será hasta el final del embarazo.

Aproveché la semana para hacerme un chequeo médico. Matteo no me habría dejado en paz de otra manera.

Estoy bien.

Mi rostro ya es lo que bromeo llamando “"cincuenta tonos de púrpura”, pero al menos ya no está hinchado. Las heridas están sanando. Y lo más importante, nuestro bebé está bien. Firme y fuerte, creciendo en el horno, y confieso que ya me pongo ansiosa por saber qué será, no porque tenga preferencia, solo la curiosidad de siempre.

Si dentro de la casa todo está perfecto, afuera hubo mucho ruido.

Matteo convocó una reunión del consejo y explicó todo lo que pasó. Mostró el diario, contó lo que yo le dije, todo lo que Riccardo Ferrara me había contado, pensando que no vería otro día, además de otras evidencias que ya había conseguido, pero el golpe final fue la grabación de la confesión de Enrico Ferrara, en la que confirma mi secuestro y da la ubicación de la fortaleza. Solo eso habría bastado para matarlos, no es que alguno se atreviera a desafiar la decisión del Don de la Sacra.

Al final, quedó solo el sentimiento de alivio por habernos librado del mal que representaban. La mayoría de los Ferrara huyó cuando supo lo que le pasó al patriarca. Su esposa fue encontrada muerta en su habitación cuando los hombres de Matteo invadieron la casa.

Los que se rindieron fueron interrogados y a quienes no tuvieron participación ni sabían lo que hacía, los perdonaron.

La familia Ferrara terminó.

La provincia de Grosseto y Livorno fue entregada a los Martelli, que según Matteo es una familia antigua y respetada en la región, además de servir a la familia con honor desde hace años.

Este problema está resuelto.

Pero no todo son buenas noticias.

Isa se va.

Después de pasar la semana conmigo, llegó el día de su partida y no puedo disimular.

Estoy destrozada.

Sé que vuelve a "casa", pero nada me saca de la cabeza que su lugar está aquí.

—Creo que ya agarré todo, pero si encuentro algo después, te aviso —bromea, mirando por última vez dentro de los cajones.

—No voy a mandar nada. Ven tú a buscarlo —bromeo, y ella pone los ojos en blanco.

—No puedo creer que me voy —dice, mirando alrededor, y sé que está emocionada.

—Yo tampoco —respondo, sintiendo un nudo en el pecho.

No llores.

—Mejor bajemos, seguro ya nos están esperando —dice y sé que tiene razón.

Juntas bajamos las escaleras y un empleado trae su maleta.

—Gracias —le agradece, algo incómoda—. Podría haber bajado con ella —susurra para mí.

—Podrías haberte quedado, así no tendrías todo este trabajo.

—¡Estás loca! —exclama sonriendo—. Pero te amo.

—Y yo a ti... —suspiro sintiendo la garganta arder.

—El chofer ya está listo afuera —avisa Matteo.

—No voy a dejarlo esperando entonces —bromea, pero viendo las caras de todos en la sala, nadie está feliz con esta despedida.

Caminamos hacia la salida de la mansión, donde una camioneta está estacionada frente a las escaleras.

Uno de los soldados se acerca y pone su equipaje en el auto.

—Esto es todo... —comienza, con la voz quebrada.

A mi lado, Chiara seca las lágrimas que le corren por la cara, y maldita sea, mamá también tiene un pañuelo en la mano.

—Muchas gracias por haberme recibido —dice, con lágrimas bajando por su rostro—. Maldición, dije que no iba a llorar, pero...

—Oh, querida, ven aquí —mamá la abraza fuerte—. Siempre serás bienvenida, ¿me escuchaste? —Sostiene el rostro de Isa y las dos lloran—. Aquí estaremos, muriendo de ganas por verte. Que Dios te cuide y tengas un excelente viaje de regreso.

—Gracias, señora Zampieri —agradece y recibe una ceja arqueada—. Gracias, mamá —se corrige, y esta vez recibe una sonrisa como respuesta.

Chiara es la siguiente.

Me mantengo alejada, esperando que cuando sea mi turno haya logrado calmarme un poco, pero es inútil. En cuanto ella sale del abrazo de Chiara con la cara roja, intentando secar las lágrimas que insisten en caer, y camina hacia mí, tiro la toalla.

—Me voy a deshidratar así... —Pone una mueca.

No respondo.

No puedo.

Solo la abrazo fuerte.

—Te voy a extrañar mucho —susurro en su oído y ella me aprieta aún más.

—Y yo a ti, mucho —responde después de unos segundos, intentando secar las lágrimas que me caen—. Somos unas lloronas.

—Dime algo que no sepa —bromeo y le saco una sonrisa.

—¿Prometes que vendrás al nacimiento?

—¿Aún dudas? —Arquea la ceja—. No me perdería ese momento por nada del mundo. Vendré y traeré kilos y más kilos de dulce de leche de Minas para calmar tu antojo.

—Eso sí que es bueno.

La veo mirando alrededor.

Buscando a alguien.

Y sé exactamente quién es.

—¿Seguro que no quieres quedarte? Te vas sin despedirte...

Isa muerde sus labios.

—Ni siquiera está aquí, amiga —dice en voz baja, solo para mis oídos, y sé que eso la lastimó. Puede ser bromista y hacerse la dura, pero es la más romántica de nosotras—. Todo lo que teníamos que decirnos ya lo dijimos —intenta tranquilizarme, pero no lo creo. Si lo hubieran hablado, ella no se estaría yendo.

No soy ciega.

Hay algo entre ellos, solo que los dos cabezones se niegan a verlo.

—Tengo que irme, Giu —susurra, y la vuelvo a atraer a un abrazo, sin poder tener suficiente.

—Avísame cuando llegues. Seguimos hablando.

—¡Sí, mamá! —bromea, poniendo cara y luego va hacia Matteo, le extiende la mano y se sorprende cuando él también la abraza.

—Siempre eres bienvenida, Isabella Venturini —dice serio, y luego sonríe, y allí está mi amiga llorando otra vez.

Matteo me abraza y juntos vemos partir el auto.

—Pronto volverá a visitarnos, *amore mio* —dice intentando animarme.

Sé que tiene razón, pero maldita sea, en este momento solo puedo pensar que Enzo no está aquí.

Debería quedarme quieta, subir a mi cuarto, pero no.

—¿Dónde está Enzo? —pregunto sin rodeos.

Matteo frunce el ceño.

—Necesito hablar con él —insisto.

—Algo me dice que está en el gimnasio.

—¡Perfecto! —exclamo caminando hacia allá, con Matteo justo detrás.

Entramos al lugar y claro que tenía razón.

Su hermano está golpeando el saco de boxeo como si su vida dependiera de ello.

El sudor le cae por el rostro, pero no me inmuto. Me acerco, necesitando mirar en sus ojos.

Él ve que me acerco y se detiene, sosteniendo el saco.

—Ella ya se fue —digo, corta y directa, y veo tristeza cruzar por su mirada, pero pronto la disfraza con indiferencia.

Enzo no dice nada, pero sabe de qué hablo.

—Para alguien tan inteligente, solo espero que sepas lo que estás haciendo —mis palabras salen con sabor amargo, y sin decir más, le doy la espalda, necesitando más que nada ir a mi cuarto.

Estoy casi en la salida cuando escucho el ruido de puños golpeando algo sólido.

Volteé la cara solo para encontrar a Matteo sujetando el saco de boxeo, mientras su hermano lanza golpes sin descanso.

Un golpe tras otro.

Es casi frenético.

Como si necesitara sacar toda la rabia y frustración que siente.

Cierro los ojos y aprieto los puños, odiando verlo así, odiando saber cómo Isa se fue de aquí, y aún más odiando el hecho de no poder hacer nada para resolver la situación, salvo esperar que el universo conspire a su favor, o mi opción preferida y digna de un romance, esperar que esos dos testarudos no aguanten la distancia, acepten pronto que se quieren y que mi amiga regrese rápido a Italia.

¿Romántica y un poco soñadora? Lo admito.

Necesito dejar de ver comedias románticas.

Maldita sea, realmente espero que sepas lo que estás haciendo, cuñado.

EPÍLOGO 2
Matteo



Certain Things – James Arthur feat Chasing Grace
Imbranato – Tiziano Ferro

Cuatro meses después…
Diciembre/2024

—No puedo creer que fuimos a una estación de esquí y no esquié —resopla Giulia apenas entramos a nuestro chalet.

No venía a los Apeninos desde hacía años, y cuando ella comentó que nunca había visto nieve, aproveché la oportunidad. Hice una visita breve al capo Rizzi y luego partimos hacia la propiedad que la familia tiene desde hace años en Abetone, un pequeño pueblo en la provincia de Pistoia, conocido por ser un destino para practicantes de deportes de invierno, ya que cuenta con pistas de esquí, teleféricos y, claro, una vista fantástica de los Alpes italianos.

En nuestro caso, todo lo que yo quería era a mi mujer solo para mí por unos días, completamente desnuda frente a la chimenea mientras yo, más que feliz, la hacía arder.

—Pero fuiste en teleférico y en trineo —le recuerdo, y ella abre una sonrisa enorme, abrazándome.

—Cierto, y me encantó, pero tendremos que volver en otra ocasión para que pueda intentar esquiar.

—Claro, *diavoletta*. La próxima vez traeremos a mamá, a Chiara...

—Un viaje en familia. —Aplaude animada—. Ya me gusta la idea —exclama, y me imagino cómo sería.

—Prometo pensarlo.

—¡Por favor! —pide—. Traeremos a todos los soldados que quieras —agrega con una sonrisa que siempre termina arrancándome un "sí".

Esa mujer es mi perdición.

—Y sobre el esquí... —continúa emocionada—. Ni se te ocurra reírte de mí —advierte.

—¿Reírme? ¿Como tú cuando viste a la gente aventurarse en la pista? —provoco.

—Dios, es verdad. No pude evitarlo, pero tienes que admitir que fue muy gracioso ver las caídas.

—Lo fue —reconozco, atrayéndola hacia mí—. Pero ahora, ¿qué tal si olvidamos el esquí y tú y yo nos metemos en esa bañera, con una copa de vino bien merecida para mí y jugo de uva para ti? —Le guiño un ojo.

—Mmm... —finge pensar, luego sonríe—. Creo que es una buena idea. ¿Fui demasiado dura contigo hoy?

—Si te refieres caminar por la nieve mientras tú intentabas encontrar huellas de animales —comienzo y ella se sonroja—. O, tal vez, observarte hacer muñecos de nieve y poner mi maldito bufanda en la nieve.

Ella intenta contener la risa, pero no puede.

—Perdón —dice—. Se mojó, pero quedó lindo —guiña un ojo —. ¡Admítelo!

Niego con la cabeza, incrédulo.

Solo ella puede traer tanta ligereza a mi vida.

—Claro que se mojó —bromeo, rozando mis labios con los suyos—. Y lo haría todo de nuevo solo para ver esa mirada de felicidad en ti.

—Matteo —suspira.

—Creo que nunca olvidaré verte fascinada admirando los Alpes desde el teleférico —comento, apartando un mechón de su rostro.

—No olvides a nuestros ángeles de nieve —dice, con la mirada brillando de emoción.

—Todavía no puedo creer que me hicieras tirarme en la nieve y abrir y cerrar brazos y piernas.

—Todavía no puedo creer que nunca lo hayas hecho —responde—. Pensé que era algo que todos los que viven donde nieva hacían.

—La mayoría de mis recuerdos de esa época son sobre entrenamientos —confieso—. Pero una vez, en uno de nuestros viajes a Pistoia, papá nos trajo aquí, y recuerdo que mamá hizo un muñeco de nieve, Enzo y yo ayudamos, Chiara aún era muy pequeña. Usamos una zanahoria como nariz. —Me encogí de hombros y de repente ella parece triste—. ¿Qué pasa? —le levanto el mentón.

—Promete que nuestro hijo tendrá una infancia —pide, con preocupación en la mirada—. Sé que tendrá responsabilidades, entrenamientos, lo entiendo, pero... —Apoyo el dedo índice sobre sus labios.

—Lo tendrá, lo prometo. Pietro Zampieri será el próximo Don de la Sacra Siena, pero también será un niño. Haremos que funcione.

—Juntos —dice, sin apartar la mirada de la mía.

—Juntos —repito, apoyando la mano sobre su vientre ya abultado, agachándome para besarla, sintiendo su cuerpo estremecerse con mi toque.

—Dijiste algo sobre jugo de uva y esa bañera —susurra, mirándome con segundas intenciones.

—No olvides la vista de las montañas —bromeo.

—Creo que estaré ocupada admirando otras cosas... —Su mirada baja hacia donde mi pantalón no oculta lo duro y listo que estoy para ella.

—El aire de los Alpes te puso caliente, *diavoletta* —provoco.

—Tú me pones caliente, y no hay nada más justo que me apagues.

—Hagamos así: ¿qué tal si tú llenas la bañera, mientras yo preparo el vino y algo para comer, y después soluciono tu problema? —provoco.

—¡Hecho! —roza sus labios con los míos—. ¡No tardes!

Ni pensarlo.

Minutos después me acerco con una botella de jugo de uva, frutas, quesos y aceitunas.

—¿Dónde está el vino?

—Te acompañaré con el jugo.

—No es porque no puedo beber que tú debes quedarte sin.

—Hoy solo quiero jugo y a ti —insisto, dejando la bandeja sobre la mesa estratégicamente colocada junto a la bañera, despojándome de la ropa en tiempo récord.

Giulia sigue cada movimiento mío embobada, y maldición si no me pone aún más duro.

—Así voy a malacostumbrarme —jadea, sin apartar la mirada.

—Esa es la idea —respondo, entrando en el agua caliente y atrayéndola inmediatamente a mi regazo.

Giulia enrosca los brazos alrededor de mi cuello, sus pechos rozando mi pecho, mientras su trasero se frota contra mi polla.

Aprieto los dientes y estrecho la mirada, sabiendo que la diablesa adora provocarme.

—¿Sabes otra cosa a la que me estoy acostumbrando...? —susurra en mi oído.

—No tengo la menor idea.

—Sí la tienes... —Ella inclina su cuerpo aún más, frotando su coño contra mi polla.

—Giulia...

—La culpa es de las hormonas y tuya, por ser tan delicioso. —Acaricia mi pecho, bajando la mano hasta sujetar firmemente mi polla, moviéndola arriba y abajo.

—Maldita sea —gruño, sin apartar la mirada—. ¿A qué te estás acostumbrando, *diavoletta*?

—A orgasmos y más orgasmos —responde sonriendo, y sin aviso me posiciona en su entrada y baja con todo, tomando todo mi largo en ese apretado coño.

—Carajo... —Lanzo la cabeza hacia atrás, sintiéndola apretarme.

Giulia se queda inmóvil unos segundos y justo cuando voy a preguntar si está bien, comienza a subir y bajar despacio, en dulce tortura, casi sacándome todo para volver a tomarme entero.

—¡Qué coño tan delicioso! —Le muerdo el pezón, succionando fuerte, mientras provoco el otro con el índice y pulgar.

—Oh... —gime, acelerando el ritmo, moviendo su cuerpo, subiendo y bajando sobre mi polla—. Tan bueno... —Aprieta mis hombros, las uñas casi cortando la piel—. Toda mía —murmura, sentándose con ganas, tomándome hasta el fondo.

—Tuya, maldita sea, toda tuya, *diavoletta* —exclamo, agarrando su culo, volviendo a chupar sus pechos como el hombre hambriento que soy, mientras la diablesa sigue cabalgando sobre mi polla.

Llevo la mano entre nosotros, presionando su clítoris y Giulia gime mi nombre, aumentando la velocidad de sus movimientos.

En el chalet solo se escuchan nuestros gemidos y el agua cayendo por el piso.

A la mierda todo.

—Tómala todo, *amore mio*. Toda, maldita sea —ordeno y ella sigue subiendo y bajando sobre mi polla, sus pechos balanceándose frente a mi cara.

Maldito cielo.

—Voy a acabar —gime, y siento sus muslos temblar.

Muerdo su pezón duro mientras meto el índice en su apretado ano, haciéndola jadear con la invasión, y con la mano libre sostengo firme su culo sobre mi polla, levantando mi cadera, penetrando profundo en ese delicioso coño.

—Puta madre... sí, sí, no pares —exclama, sus músculos apretándome.

No voy a durar.

—Matteo —grita mi nombre, el placer inundando su rostro.

Hermosa como el demonio.

—Mierda —gruño, metiéndome profundo tres veces más, disfrutando cada grito que Giulia lanza por la forma en que su coño parece abrazarme, hasta que es demasiado... eyaculo fuerte, gritando su nombre, llenándola de mi leche.

¡Mía!

Su coño sigue apretándome, convulsionando a mi alrededor, tomando todo, mientras gimo su nombre, entregado.

Apoyo la cabeza en el respaldo de la bañera, el corazón latiendo descompasado en el pecho, y Giulia se acurruca contra mí, toda relajada, con una sonrisa enorme en el rostro... satisfecha.

—Esto es lo que llamo un baño relajante —bromea, con los ojos cerrados, deslizando el dedo índice por mi pecho.

—Tú y yo tenemos conceptos muy distintos de relajación, *amore mio* —respondo, sin poder evitar sonreír—. Pero creo que me gusta mucho el tuyo... mucho —destaco, besando su frente mientras mi mano sigue acariciando su espalda.

No sé cuánto tiempo estuvimos ahí, tirados, disfrutando el momento, recuperando el aliento mientras admirábamos las montañas cubiertas de nieve.

—Mejor vamos a la cama —digo, besando su cabello.

—Sí, pero está tan bien aquí —resopla, abrazándome, aunque luego se queda pensativa.

—¿Qué pasa, *amore mio*?

—Nada, solo pensaba…

—¿Algún problema?

Se muerde los labios y sé que algo la está molestando.

—Habla —ordeno.

—Isa... —susurra.

—¿Qué tiene?

—Al ver toda esta nieve no pude evitar pensar que pronto será Navidad y mientras yo estaré aquí, ella estará... —se detiene, mirando de nuevo las montañas—. Sola.

—Podemos invitarla a que nos visite —respondo.

—No es tan simple...

—¿Por qué dices eso?

—Hablé con ella antes de venir aquí, algo está mal.

—¿Cómo?

—Isa siempre está alegre, animada, pero últimamente —se muerde los labios—, está triste, solo trabaja, trabaja y mantiene a esos primos suyos. Trata de engañarme, dice que está bien, pero la conozco mejor...

—Seguro que pronto todo se arreglará.

—La culpa es de tu hermano, ese cabeza dura.

No sé ni qué decir después de eso, porque Enzo también está raro.

Pasa la mayor parte del día y la noche en Chiusure, casi no lo he visto. Al principio pensé que era por la traición de los Ferrara y su empeño en averiguar quién más de la familia estaba involucrado. Decir que él volteó la vida de todos es quedarse corto, y si dependiera de él, todos los que tuvieron contacto con Enrico o Riccardo Ferrara en los últimos meses, por más mínimo que fuera, estarían en nuestro sótano.

Imposible.

No que él acepte bien esa palabra.

—Él también está hecho un desastre —señalo lo obvio.

—Tienes que hacer algo.

—¿Yo?

—Eres el Don, dile que vaya allí y arregle esto con ella.

Me río, ella intenta ponerse seria, pero al final también sonríe.

—Créeme, *amore mio,* los problemas amorosos no están en mis obligaciones.

—Pues deberían estar, así también resolverías lo de Chiara —replico.

—¿Qué problema?

—Hombres... —resopla.

Frunzo el ceño y estoy listo para insistir en lo que quiere decir cuando mi celular vibra sobre la mesa.

—Tengo que atender —digo, levantándome con cuidado, enrollándome una toalla en la cintura.

Enzo.

Inmediatamente me pongo alerta.

Que mi hermano me llame solo puede significar algo importante.

—Dime. —Mi mirada se va hacia Giulia, que sigue en la bañera observándome atentamente—. ¿Qué? ¿Estás seguro? ¡Maldita sea! Hijos de puta, debería haberlos matado a todos.

Eso es lo que papá siempre decía: no dejar cabos sueltos.

Infierno.

—Está bien, manda el helicóptero por nosotros. No hay tiempo que perder. En cuanto llegue, discutiremos qué hacer —digo, aunque sé que en cuanto cuelgue el cabrón ya estará haciendo las maletas. Él mismo quiere resolver este asunto, es personal, lo que hace todo más peligroso.

No podemos precipitarnos.

La llamada termina y sé que no podré ocultar esto mucho tiempo a Giulia, aun así prefiero contarlo estando en la mansión, con todo el apoyo, y no en lo alto de una montaña.

—¿Qué pasó? —pregunta, notando que algo anda mal.

—Problemas, tenemos que volver —aviso, ya caminando hacia mi ropa.

—¿Es tan grave? —Se levanta, saliendo de la bañera y envolviéndose en una toalla mientras se acerca a mí.

—Desafortunadamente sí, *amore mio* —Acaricio su rostro.

—¿Qué pasó, Matteo?

—Enzo me dará más detalles cuando lleguemos —desvío el tema—. Lo siento por arruinar nuestra noche —cambio de tema, esperando que funcione.

—No lo sientas, me divertí mucho estos dos días, y aún logramos terminar lo que empezamos. —Mira la bañera y me guiña un ojo—. En fin, los imprevistos pasan, y como decía mi mamá, está bien viajar, pero mejor aún es volver a casa.

—No podría estar más de acuerdo contigo —digo, atrayéndola a mis brazos, rozando mis labios con los suyos.

Giulia sonríe, y solo espero poder mantenerla así, aunque sepa que lo que nos espera no será nada bueno.

Nunca lo es... no cuando están involucrados los venezolanos.

En nuestro trabajo, la paz nunca es una opción.

No por mucho tiempo, y parece que los días de calma pronto quedarán atrás.

Muy pronto.

Fin...

Tranquila, no te dejaré así.

Eche un vistazo a un extracto del próximo libro de Zampieri.

Próximo libro…
Vicente



Infinity – Jaymes Young
Poison – Alice Cooper
Ashes – Celine Dion

Diciembre/2024

Un día de mierda más, como todos los anteriores.

Ni yo aguanto ya mi mal humor. Ni siquiera torturar, que siempre me alegra y me satisface, ha servido de algo.

Jodida situación.

No consigo sacarla de mi cabeza.

Lo intenté…

Creí que sería fácil olvidarla, que bastaba con meter mi polla en alguna mujer interesada en pasar un buen rato, en un buen polvo, pero al carajo si ni mi polla quiso cooperar.

La hijo de puta solo funciona pensando en ella.

Isabella Venturini.

Trato de resistirme, de empujar mis pensamientos lejos, el saco de boxeo ha sido mi compañía constante, pero aunque acabe agotado, basta con recostarme y cerrar los ojos para que las memorias vuelvan.

Sus labios, su sabor, su cuerpo pegado al mío, los gemidos que soltaba mientras me agarraba del cabello, cuando yo la chupaba

deliciosamente.

Maldición…

Justo lo que necesitaba ahora. Ponerme duro pensando en ella. Como si no bastara con que me persiga todas las noches. Parezco un adolescente que acaba de descubrir la masturbación y ese es su nuevo deporte favorito.

Maldita situación.

Necesito encontrar una salida, pero ¿cuál?

La única solución está a miles de kilómetros, viviendo su vida normal.

¿Estará con alguien?

No pienses en eso, carajo.

La idea hace hervir mi sangre y solo puedo pensar en arrancarle la piel al imbécil que se atreva...

¿Que se atreva a qué? Ella no es tuya en absoluto.

Mierda, ella es…

Sacudo la cabeza, necesitando dejar de pensar en esto. No me importa qué esté haciendo. El hecho es que está mejor sin mí y todo el desastre que me rodea.

No soy tonto.

Sé que nuestro estilo de vida es algo que la mayoría detesta. Somos criminales, bandidos, fuera de la ley, la jodida etiqueta que quieras, pero para mí… es solo un día más en mi familia.

Y yo vivo y muero por ella, por la *famiglia.*

Respiro hondo, vuelvo a fijar la vista en el monitor. Estoy revisando los sistemas desde hace una hora, algo que normalmente hago en quince minutos, todo porque a cada instante pierdo la concentración.

Mi celular vibra sobre la mesa y arqueo la ceja. Es tarde, lo que solo puede significar una cosa: problemas.

Desde que resolvimos la situación con los Ferrara, no tuvimos ningún otro incidente. Todos los cargamentos han llegado a La Spezia y Livorno, y las rutas terrestres tampoco han tenido imprevistos relacionados con cortes de carretera.

Todo funcionando perfectamente.

Incluso bromeé con Lucca al inicio de la semana diciendo que las cosas estaban aburridas. El cabrón contestó que era porque maté a todos los que podrían causar problemas. Sonrío al recordarlo, de hecho lo hice. Y fue un placer.

Número desconocido.

Un escalofrío me recorre la nuca.

Nada bueno.

—Hola.

—Ya estaba a punto de desistir de encontrarte.

Esa voz…

—¿Ramón?

—Veo que todavía recuerdas mi nombre, "El Diablo".

Claro que lo recuerdo.

Ramón Pérez es un viejo contacto en Venezuela, uno con el que no hablo desde hace unos diez meses, cuando la sociedad con Los Cayos terminó, no de la manera amigable que hubiéramos querido.

Hubo pérdidas en ambos lados, hasta que la muerte de Manuel Hernández puso fin a la matanza. Su hermano lo sucedió en los negocios y la vida siguió para ambos bandos, aunque separados.

Al final del día son transacciones, y a veces la relación deja de ser ventajosa para una de las partes.

Su error fue intentar robarnos.

Si no hay confianza, no se puede continuar.

Desde mi punto de vista, Los Cayos salieron ganando: se libraron de su líder ejecutado. Pero si fuera por mí, habría sido toda la cúpula, como ejemplo. Matteo solo ejecutó a él, perdonando a los demás, en un gesto de buena fe.

—¿A qué debo el honor de tu llamada?

—No debería hacer esto —dispara, con la voz apagada.

—¿Hacer qué? ¿De qué carajos estás hablando?

—Pensé que querrías saber algo.

Pero qué mierda. Estoy por responderle, cuando me llega una notificación al celular.

Un video.

—¡Ábrelo! —ordena, y la curiosidad me gana.

Siento la sangre helarse cuando noto que es una grabación.

Isabella.

No puede ser.

Aprieto el puño y sigo mirando.

Ella aparece caminando por una calle, completamente ajena a quien sea que la está filmando, hasta que entra en una especie de tiendita y la grabación termina.

—¿Qué significa esto? —disparo, manteniendo el tono de voz inalterado.

—Dicen que la chica es importante para ti.

Río.

Ignorando el pánico bombeando en mis venas.

—Parece que no me conocen.

—Bueno, en ese caso, supongo que no te importará. Héctor quiere saber qué información tiene sobre ustedes. No creo que mucha, pero hasta que se convenza, ella sangrará y deseará estar muerta.

Siento el músculo de mi rostro palpitar.

Por encima de mi cadáver, carajo.

—¿Héctor?

¿Qué mierda quiere con nosotros ese imbécil?

—El hermano menor del difunto Manuel, que en paz descanse.

De ninguna manera.

—Salió de prisión hace unos meses y es quien manda aquí ahora.

Perfecto, justo lo que necesitábamos, un nuevo jefe.

—¿Qué pasó con el otro hermano? Olvidé el nombre del imbécil —pongo a prueba su reacción.

—Muerto. Héctor le cortó la garganta y pintó las paredes con su sangre antes de asumir. En fin, pero no te llamé para hablar de peleas familiares ni cambios en nuestra estructura.

Piensa, carajo. Consigue la mayor cantidad de información.

—Le dijeron que la morena es amiga de la nueva matriarca y de interés del *"El Diablo".*

El Diablo…

Odio ese apodo, pero los venezolanos empezaron con esa mierda después de que torturé a unos enemigos en Puerto Cabello y quedé rojo, empapado en sangre. No fue una visión bonita, pero los cabrones lo merecían y disfruté cada segundo.

—¿Qué te hace pensar que me importa lo que le pase a la chica?

—Yo no lo pienso. El ejecutor que conozco no se preocupa por nada excepto por su familia, pero un italiano engomado dijo que la chica te tiene agarrado por las pelotas.

No es mentira.

Ferrara.

—Enrico Ferrara es el nombre del cabrón.

Lo sabía. Si pudiera, mataría a ese hijo de puta otra vez.

—¿Por qué haces esto?

—La Piedra —dispara, y de inmediato recuerdo cuando hackeé la base de datos del gobierno venezolano y modifiqué el registro de una mujer a "muerta", a petición suya. No hice preguntas entonces, solo lo ayudé. Estaba desesperado y en el fondo sabía la verdad: estaba ayudando a alguien a desaparecer del radar. No existen ex miembros de un cartel, a menos que crean que estás muerto—. Digamos que estamos a mano.

—¿Cuándo? —pregunto sin rodeos.

—Este fin de semana, quizá el viernes.

Hoy es miércoles, lo que me da un día para entrar y salir de Brasil.

—Una cosa más, hay hombres vigilando de cerca a la chica, solo esperando la orden.

Mierda. Esto no es bueno.

Todo puede cambiar en un instante.

—No voy a olvidar esto.

—Mejor que lo olvides, ya que nunca ocurrió. Cuídate, El Diablo.

La llamada termina y mi cabeza va a mil. Cierro los ojos y respiro hondo, necesito calmarme.

Héctor Hernández acaba de firmar su sentencia de muerte.

Nadie se mete con la *famiglia* y queda impune.

Y nadie se mete con lo que es mío.

Isabella Venturini es mía.

No importa cuánto intente resistirme o negarlo, ella lo es… desde el momento en que puse mis ojos sobre ella.

Maldita sea, mía.

Lo siento, hermano, pero no hay tiempo que perder.

—Hola —Matteo atiende al segundo timbrazo, y sabe que solo lo molestaría si fuera urgente.

Y lo es.

—Tenemos problemas —digo, seguro de que tendré toda su atención.

—¿Qué?

—Acabo de recibir una llamada de un contacto en Los Cayos que me debía un favor. Hay un nuevo líder en el cartel y está interesado en la *famiglia*. Al parecer, no ha olvidado lo que hicimos con el hijo de puta de Manuel.

Matteo guarda silencio unos segundos y sé que está recordando todo lo que pasó hace meses.

—Lo peor no es eso. Están detrás de Isabella.

—¿Estás seguro?

—Acabo de ver un maldito video, la están vigilando, esperando solo la orden para atraparla. Probablemente quieran interrogarla, torturarla, antes de matarla y tratar de atraernos a un intercambio que no ocurrirá… lo sabes tan bien como yo.

—Pero qué carajos.

—Enrico Ferrara, antes de morir, les vendió información. Fotos mías con ella en la boda. Saben que es amiga de Giulia, quieren usar eso contra nosotros.

—Hijos de puta, debí haberlos matado a todos.

—Hiciste lo que creíste correcto —retruco, porque no sirve de nada darle vueltas a lo que ya fue hecho. Las decisiones se tomaron en función de la situación en aquel momento, y no sabíamos de este otro hermano—. Va a ser un placer —subrayo cada palabra—, pero antes tenemos que resolver el asunto con Isabella.

—Ok, manda el helicóptero a buscarnos. No hay tiempo que perder. En cuanto llegue, vamos a discutir qué hacer —dice, pero

ignoro esa última parte. Sé exactamente lo que voy a hacer, pero no quiero discutirlo con mi hermano, no por teléfono.

—Ok —respondo antes de colgar, sabiendo bien qué haré a continuación: preparar mi maleta.



Matteo no tarda en llegar y cuando cruza la puerta de la sala ya estoy listo, esperándolo.

—Despacho —ordena, mientras Giulia lo mira a él y luego a mí, sin esconder la curiosidad.

Camino hacia allí, mientras él le dice algo a su esposa.

Estoy impaciente. No puedo quedarme sentado.

Qué situación de mierda.

Tengo ganas de agarrar el celular y llamarla. Escuchar su voz, saber que está bien, segura… por ahora. Pero eso solo levantaría preguntas que deben responderse cara a cara, de lo contrario solo generará pánico y la llevará a buscar ayuda en los lugares equivocados.

El cartel de Los Cayos tiene a las fuerzas armadas en el bolsillo en su país, pero no me sorprendería que los militares también tuvieran conexiones con las autoridades brasileñas.

Es gracias a esas conexiones que gran parte de la cocaína se mueve por los aeropuertos. Maletas que pasan sin revisión, sin identificación y cruzan el océano.

Escucho el ruido de la puerta a mi espalda, y ya me preparo para la discusión con Matteo.

—Ok, cuéntame todo.

Durante los siguientes minutos le relato toda mi conversación con Ramón, hasta en los mínimos detalles.

—¡Eso es! Tenemos que actuar, cada hora que pasa, las probabilidades de no llegar antes que ellos aumentan —soy directo.

—No sabemos si están vigilando la casa.

—Si solo esperan la orden de ese tal Héctor, deben estar en la calle, siguiendo cada uno de sus movimientos.

—Lo que significa que tenemos que sacarla de casa sin levantar sospechas.

—¿Un centro comercial? —sugiero.

—Me gusta. Público, muchas entradas y salidas que cubrir. Ni siquiera sabrán dónde la perdieron —comenta Matteo, pasándose la mano por la barbilla, pensativo.

—Estoy con la… —empiezo, queriendo agilizar esta conversación e ir de una vez al jet, cuando Giulia empuja la puerta del despacho.

—¿Qué está pasando? —pregunta, mirando fijamente a mi hermano—. Ni intentes engañarme diciendo que es un asunto cualquiera sin importancia. Si así fuera, me lo habrías dicho, como siempre haces, pero no, estás actuando raro desde que recibiste la llamada de Enzo, yo… sé que pasa algo.

Matteo cruza una mirada conmigo.

—Ella necesita saber —exclamo.

Matteo se pone de pie y camina hacia su esposa.

—No quise decirte nada porque quería tener toda la información antes de preocuparte.

—¿Qué está pasando? —susurra.

—Es sobre Isa…

—¿Qué ocurrió? —Le agarra la mano, con el rostro dominado por la preocupación.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—No estoy segura —murmura, cerrando los ojos—. Espera, fue anteayer, estaba desanimada, triste —pausa, su mirada se cruza con la mía—, pero eso ha sido lo normal en ella los últimos meses.

Cada palabra es como un cuchillo clavándose en mi pecho.

Cuando me alejé nunca quise lastimarla. Todo lo contrario.

Solo quería protegerla, de mí.

De mi mundo.

—¿Qué diablos está pasando? —Giulia exige, mirando de mí a Matteo—. Hablen de una vez, sin rodeos.

Matteo toma la palabra y cuenta lo que está ocurriendo, la llamada que recibí, el video.

Todo.

Sin medias tintas ni verdades a medias.

Giulia sabe tanto como nosotros en este momento, excepto que nosotros conocemos al enemigo y de lo que son capaces. Ella no.

—¿Qué vamos a hacer?

—¡Traerla de vuelta! —respondo sin pensar—. Del lugar del que nunca debió salir —añado, queriendo decir cada maldita palabra, y su mirada se cruza con la mía.

—Por fin —suelta, con la voz cargada de emoción.

—¿Qué soldados piensas enviar? —pregunta Matteo.

—Ninguno. Iré yo.

—No puedes estar hablando en serio. Si creen que ella significa algo para ti, estarán esperándote. Es una trampa.

—No me importa. Lo necesito —exclamo, tajante.

—Enzo —dice mi hermano y yo aprieto los puños.

—Matteo —respondo, encontrando su mirada—. Eres mi hermano, mi *Don*, mi líder, nunca desobedecí ninguna orden tuya, no me obligues a hacerlo.

—¡Mierda! —maldice, pasándose las manos por el cabello.

—Si fuera Giulia, ¿confiarías eso solo a los soldados?

—Sabes que no —retruca, después de unos segundos de silencio.

—Entonces no me pidas hacer lo mismo —recalco, y él se acerca, apoyando las manos en mis hombros.

Sé que está preocupado, pero no hay otra opción.

Es arriesgado. Pero es la única alternativa.

—¿Cuántos hombres necesitas?

—Cinco, no quiero llamar la atención.

—Lleva a Leonardo y Nico contigo.

Asiento, el corazón latiendo fuerte en mi pecho, listo para entrar en acción.

—Haz lo que sea necesario.

—Cuenta con ello.

Mi cuñada se acerca, quedando a pocos centímetros de mí.

El rostro dominado por la emoción.

—¡Ni se te ocurra hacerte daño, oíste bien! —dice seria, señalándome con el dedo, aunque sé que es preocupación—. Mantente a salvo y, por favor, tráela… a casa.

—¡Lo haré! —respondo, antes de ser tragado por su fuerte abrazo.

Isabella Venturini volverá a Italia conmigo, o no me llamo Enzo Zampieri.

Más sobre Enzo e Isa en el libro 02 de la Trilogía Zampieri.



¡Y eso!

Otro libro…

El primero de una nueva trilogía.

Y qué cambio…

Pasé de ser un jugador de fútbol americano al mundo de la mafia italiana.

Por supuesto que daba miedo.

De que lo odies, de que sea terrible.

Es un universo que nunca he explorado.

Por lo general, mis buenos no son criminales ni tienen una moral cuestionable, pero Matteo Zampieri vino con todo y no hubo forma de detenerlo.

Su historia tenía que salir y puedo decir que estoy satisfecha con ella.

Es un romance ambientado en la mafia, que muestra que incluso los criminales tienen corazón y que el amor surge de las formas más inesperadas e improbables.

Espero que lo hayas disfrutado y los haya conquistado con su forma de ser mandona e intensa.

Como siempre, hay mucho por lo que estar agradecidos.

¡Gracias, Señor! Por iluminar mi camino, por darme la oportunidad de hacer lo que me apasiona: crear universos, personajes y llevar a la gente de viaje a través de mis libros.

Gracias a mi esposo por apoyarme SIEMPRE, incluso cuando no quiere hablar sobre técnicas de tortura. 🤣

Gracias a mis betas: ***Jully y Luana…*** gracias por su tiempo, sus ideas y sus sugerencias. Estaba muy insegura porque era un tema nuevo, y ustedes me ayudaron y me dieron confianza. ¡*Vamos, Ceci!*

Gracias, Bah, mi correctora, siempre haces un gran trabajo y haces que el texto sea aún mejor. 😊

Gracias a mi "jefa" ***Ariel @leiturasdaariel,*** la que me motiva *cada día, sí, y también cada dos días,* la que no me ve saludando en el grupo de WhatsApp de "Ceciletes", la que ya viene a preguntarme si anoté el objetivo del día... (mira el chasquido del látigo), pero que siempre está disponible para darme un consuelo, un consejo, una sugerencia... *siempre está ahí para mí*. Gracias, Ariel. Otro libro más para terminar, y vamos, que tenemos mucho por delante. ¡Te quiero!

Gracias a ***Jully @leiturasdajully*** por ayudarme a hacer que mi feed fuera digno de esta increíble pareja y por aceptar la misión de betaear el libro. ¡Muchísimas gracias!

¡Mis ***maravillosos compañeros*** que aceptaron este reto conmigo! Gracias por registrarse y ayudarme a compartir su historia. ¡Viven en mi corazón!

Gracias a mis *Ceciletes,* espero que hayan disfrutado de esta nueva aventura en el Ceciverso. Me lo tomé con calma, sin muchas lágrimas esta vez, pero lo que me faltó en lágrimas lo compensé con el fuego que estos dos tuvieron... 😌 . Espero que hayan quedado con el ♥ calentito y deseando a cierto subjefe. (¡En algún momento, llegará...!). Gracias por su apoyo diario... ¡Los quiero a todos!

Gracias a ***mis lectores.*** Espero de verdad que hayan disfrutado de esta historia, pero si no, *no pasa nada*... quizás la próxima los conquiste. ¡No se rindan! 😊 Gracias por todo el cariño que me han demostrado y por mis libros. Ustedes son quienes me motivan a traerles más y más historias.

¡Gracias a ti, que estás leyendo! ¡Sí, a ti! Espero que hayas disfrutado de su historia y tengas curiosidad por saber qué sigue...

Recordando que me encanta recibir mensajes en directo, no seas tímido, *ven* a chatear conmigo.

Si es la primera vez que lees mis libros, debes saber que hay otros héroes fascinantes por conocer: bomberos, protectores militares, directores ejecutivos, vaqueros y jugadores de fútbol americano. ☐Lee las siguientes páginas y elige tu próxima lectura.

¡¡¡Los amo chicos!!!

PD: deja tu reseña y mensaje, es importante para mi evolución y para que la historia llegue a otros lectores.

¡Un beso grande y hasta la próxima!

Cecilia Turner.

SOBRE LA AUTORA

Cecília Turner es el seudónimo de una abogada paulista.

Lectora voraz desde la adolescencia, solía ir a la casa de sus tías a buscar libros y más libros para devorar después de hacer la tarea.

Hoy, casada y con dos hijas, continúa devorando libro tras libro.

El deseo de escribir surgió hace algunos años.

Después de cuatro años conciliando su carrera, la crianza de sus hijas, su esposo, el posgrado y las innumerables series que adora ver, finalizó su primer romance, *Viciada por Ti*, en 2021, y desde entonces no ha parado.

Le gusta crear historias que calienten el corazón y garanticen buenas risas.



Instagram: **@ceciliaturner_autora**

Facebook: **@CeciliaTurner.autora**
https://www.facebook.com/CeciliaTurner.autora

TikTok: **autora_ceciliaturner**
https://www.tiktok.com/@autora_ceciliaturner?lang=pt-BR

Twitter:
https://twitter.com/Ceci_Turner

Sitio: **www.ceciliaturner.com.br**

AUTORA
Cecilia Turner

[1]Una comuna italiana de la región de Toscana, en la provincia de Grosseto, con unos 7.465 habitantes.

[2] Una enfermedad progresiva que destruye la memoria y otras funciones mentales importantes.

[3] Grey's Anatomy es un drama médico estadounidense. La serie se centra en la vida de internos, residentes y médicos adjuntos de cirugía, y en cómo evolucionan en su profesión mientras intentan preservar la vida de sus pacientes y sus relaciones personales.

[4] Supernatural fue una serie de televisión estadounidense de fantasía urbana oscura creada por Eric Kripke. La serie cuenta la historia de dos hermanos, Sam Winchester y Dean Winchester, interpretados por Jared Padalecki y Jensen Ackles, respectivamente, quienes cazan demonios, fantasmas, monstruos, vampiros y otras criaturas sobrenaturales por todo el mundo.

[5]

[6]Actor, pintor, modelo y cantante italiano. Su papel más reconocido fue el de Massimo Torricelli en el drama de 2020, 365 días.

[7] La Catedral de Santa María del Fiore es el ***Duomo*** de Florencia, Italia, y se encuentra en la plaza del mismo nombre. Su construcción comenzó en 1296 y finalizó en 1436, año en que fue consagrada por el papa Eugenio IV.

[8] **El gelato** es un helado al estilo italiano. Se elabora con una base de leche, nata y azúcar, y se aromatiza con purés de frutas y frutos secos, entre otros. Generalmente tiene un menor contenido de grasa que otros tipos de helado.